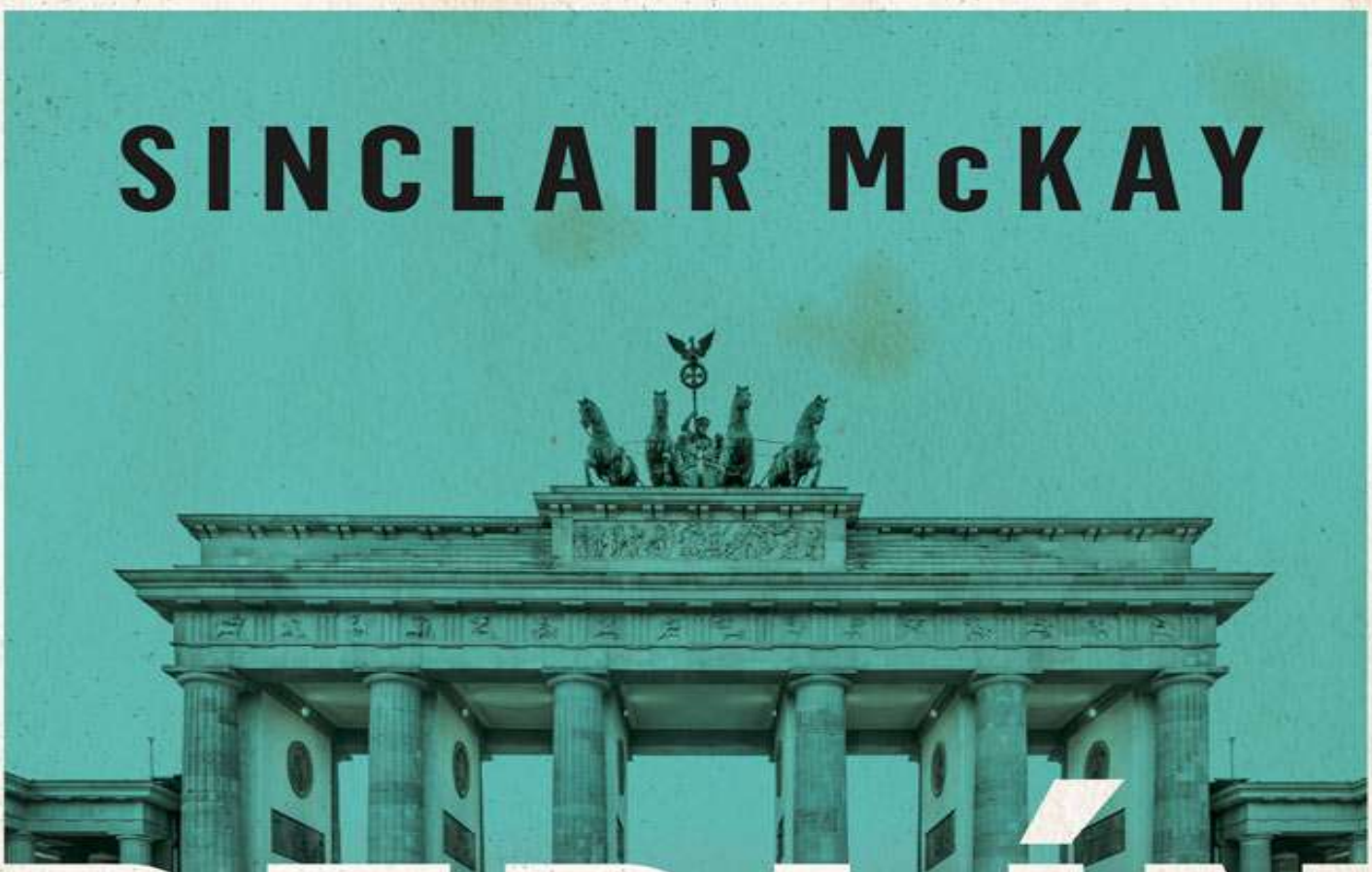
SINCLAIR McKAY

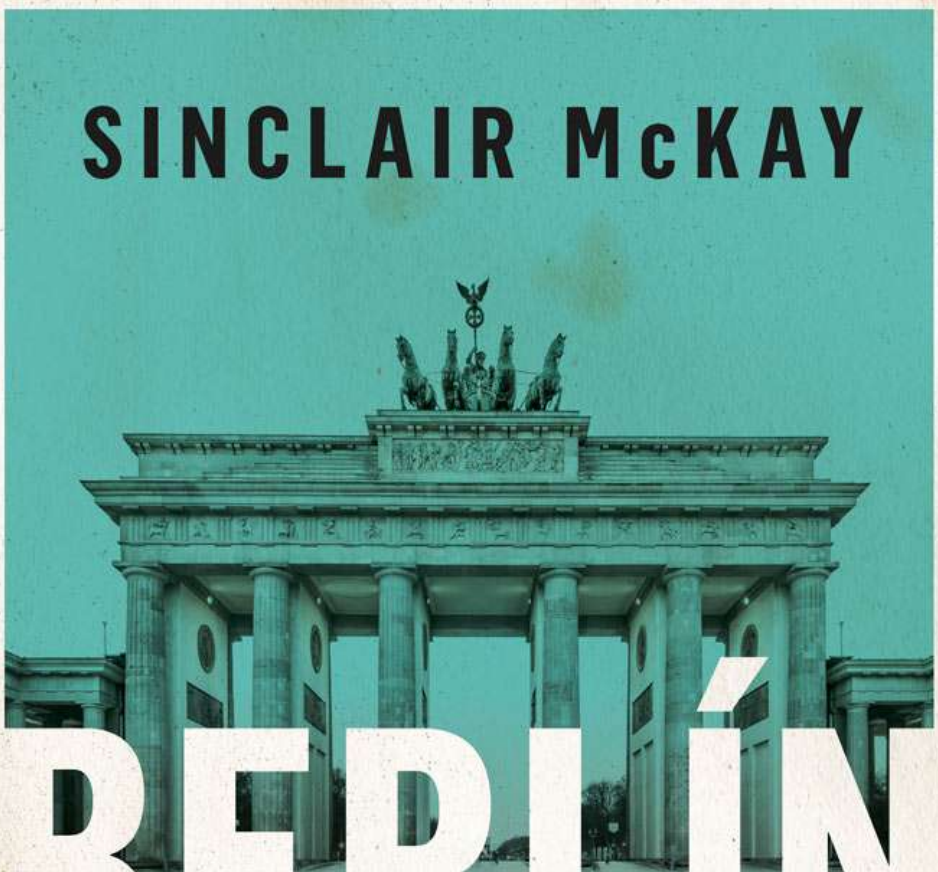


BERLÍN

AUGE Y CAÍDA DE UNA CIUDAD EN EL CENTRO DEL MUNDO

taurus

SINCLAIR McKAY



BERLÍN

AUGE Y CAÍDA DE UNA CIUDAD EN EL CENTRO DEL MUNDO

taurus

Sinclair McKay

Berlín

Auge y caída de una ciudad en el centro del mundo

Traducción de Victoria E. Gordo del Rey

taurus

LISTA DE ILUSTRACIONES

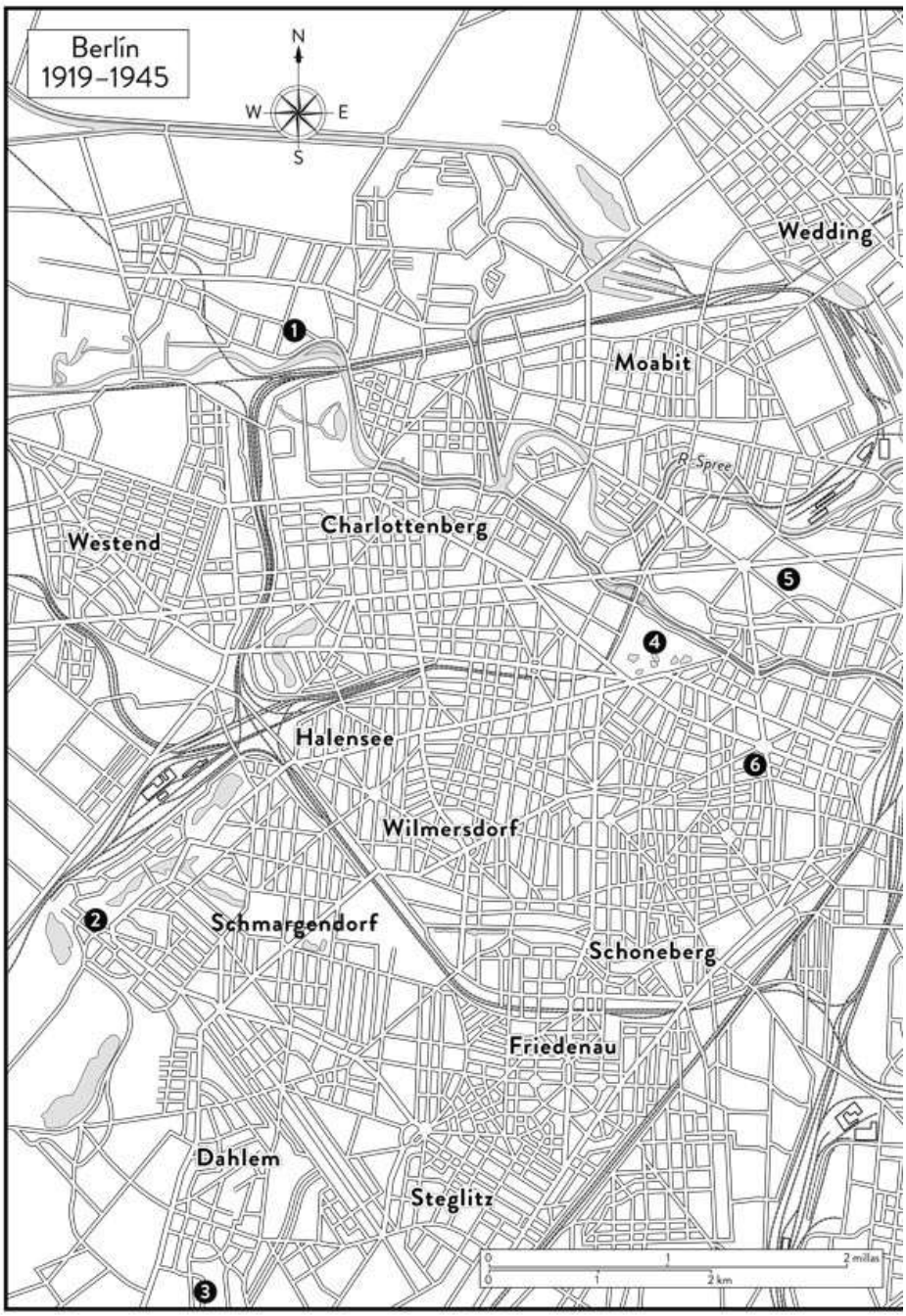
1. El invierno de 1918-1919
2. Rosa Luxemburgo
3. La Neue Synagoge restaurada
4. Los grandes almacenes Karstadt en la década de 1920
5. El Berlín de Weimar
6. Otto Hahn y Lise Meitner
7. Los laboratorios eléctricos de Manfred von Ardenne
8. Albert Einstein
9. Una escena de *Die Nibelungen* de Fritz Lang (1924)
10. Una escena de *Metrópolis* de Fritz Lang (1926)
11. Maquetas de Albert Speer para un Berlín futuro
12. Paul Wegener en *El gólem* (1920)
13. Hannah Arendt
14. El príncipe heredero Guillermo y la gran duquesa Cecilia
15. Vladimir Nabokov y su esposa Vera
16. Un bloque de viviendas de clase trabajadora en Berlín
17. La fábrica de turbinas de AEG
18. La red de metro de Berlín
19. Violencia callejera en las décadas de 1920 y 1930
20. Un desfile nazi de Primero de Mayo
21. Resultados de la Noche de los Cristales Rotos (Kristallnacht)
22. Hildegard Knef
23. Marika Rökk
24. Los grandes almacenes Karstadt en 1945
25. La Volkssturm
26. El Tiergarten en 1945
27. Una barricada callejera para frenar a los tanques soviéticos
28. Un tanque enemigo en una calle de Berlín
29. Sachsenhausen
30. Una torre antiaérea de Berlín
31. Berlineses cobijados bajo tierra
32. El Führerbunker
33. Centro de la ciudad en ruinas en mayo de 1945
34. La U-Bahn restaurada
35. «Desescombradoras»
36. Niños jugando entre las ruinas
37. La vida en alojamientos semiderruidos

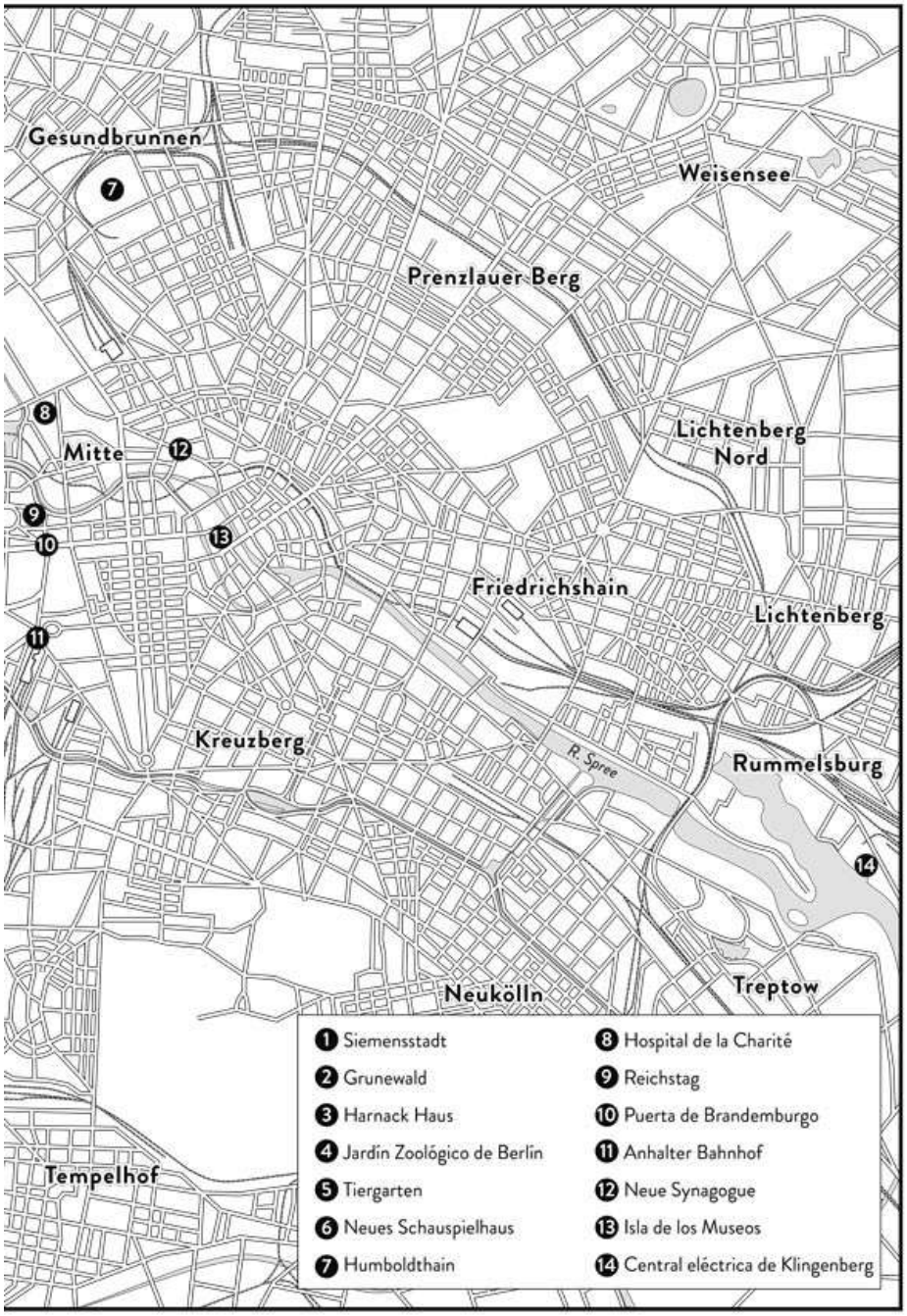
38. Una integrante del Ejército Rojo dirigiendo el tráfico
39. El hotel Adlon en 1945
40. Walter Ulbricht en una reunión de planificación de posguerra
41. Marlene Dietrich en *Berlín Occidente* de Billy Wilder (1947)
42. El Bloqueo de Berlín de 1948-1949
43. Mapa del Berlín dividido
44. La compañía teatral de Bertolt Brecht durante la puesta en escena de *Madre coraje y sus hijos,* 1949
45. El túnel espía angloestadounidense
46. Tecnología del túnel espía
47. Revista *Bravo*
48. La revuelta de Berlín de 1953
49. Manifestantes de Berlín Oriental se enfrentan a un tanque soviético
50. Bloques de viviendas de Berlín Este levantados por Ulbricht
51. Un edificio de apartamentos de Berlín Occidental
52. El programa infantil comunista *Unser sandmännchen*
53. Comienza la construcción del Muro de Berlín
54. El Muro de Berlín
55. La herida del Berlín dividido, ya curada

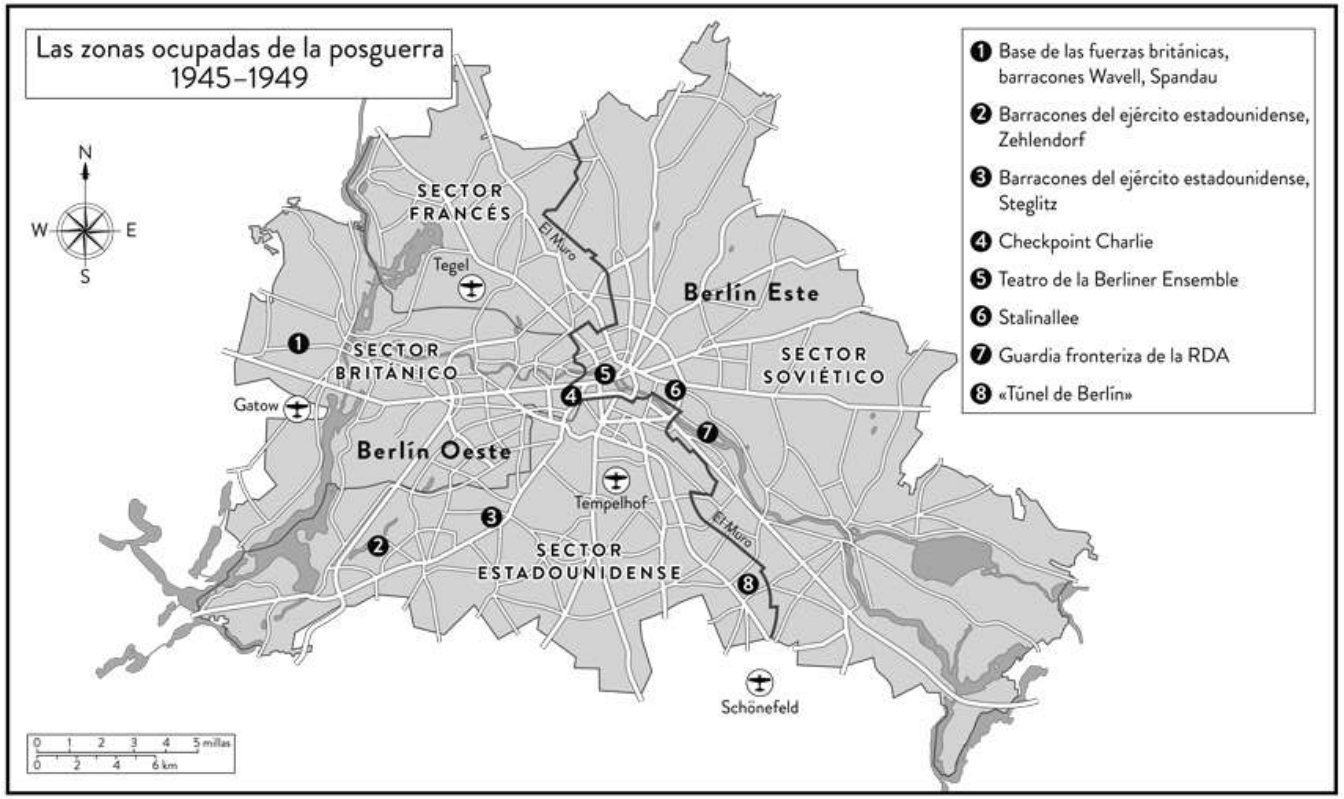
CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

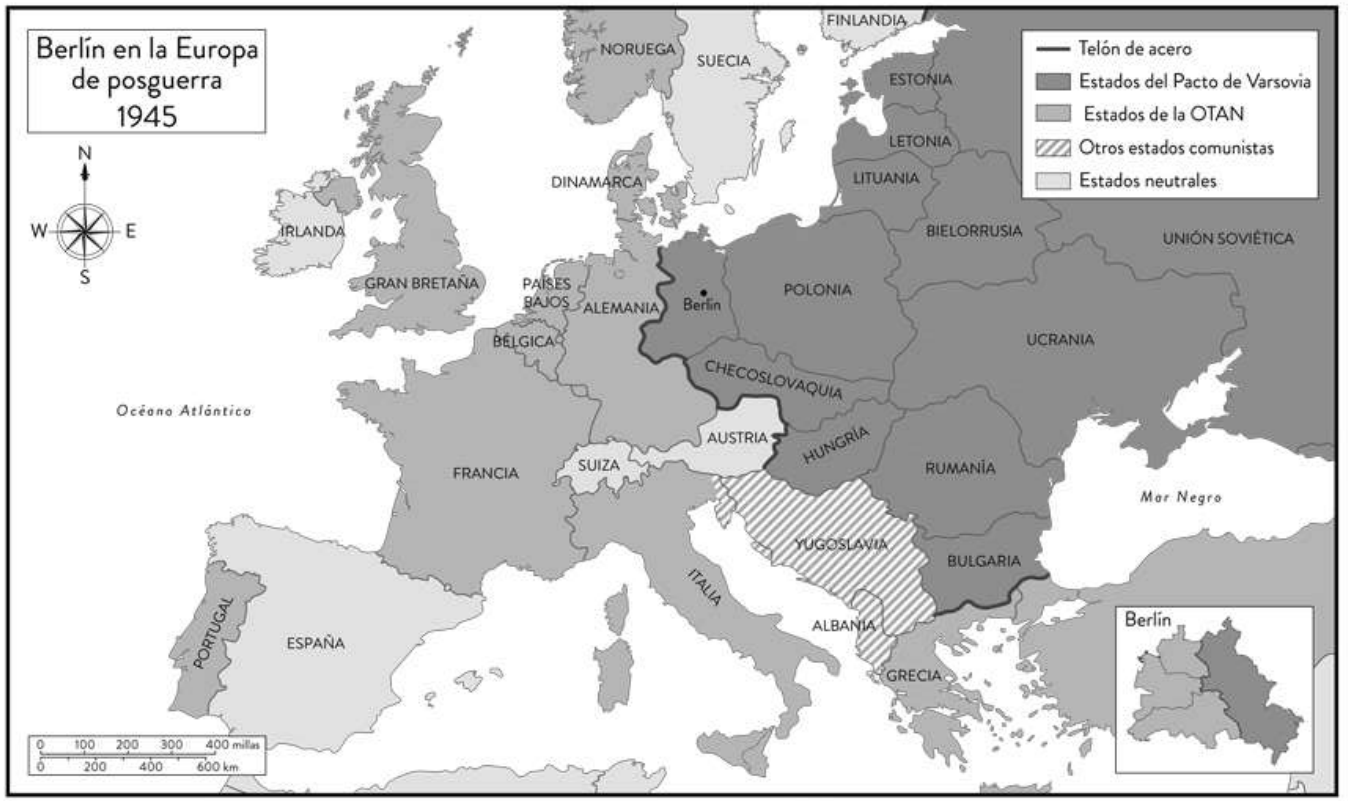
La mayoría de las fotografías proceden de colecciones privadas. El resto son de Alamy (11, 14, 15, 16, 19, 21, 22, 26, 27, 31, 42, 45, 50, 53, 54); Getty (2, 5, 8, 12, 17, 23, 36, 41); AKG (4, 9, 18, 38, 46, 48); Topfoto (25, 33, 37, 51, 52); Bridgeman (1); National Archives (43). En todos los casos se ha tratado de verificar el *copyright*, pero el editor agradece cualquier información que clarifique la propiedad de los derechos de cualquier material que conste como no identificado y tratará de hacerlo constar en futuras ediciones.

MAPAS


Berlín
1919–1945
N
W
E
S
Wedding
Moabit
R. Spree
Charlottenberg
Westend
Halensee
Wilmersdorf
Schmargendorf
Schoneberg
Friedenau
Dahlem
Steglitz
1
2
3
4
5
6
0
1
2 millas
0
1
2 km


Gesundbrunnen
Weisensee
Prenzlauer Berg
Mitte
Lichtenberg Nord
Friedrichshain
Lichtenberg
Kreuzberg
R. Spree
Rummelsburg
Neukölln
Treptow
Tempelhof
1 Siemensstadt
2 Grunewald
3 Harnack Haus
4 Jardín Zoológico de Berlín
5 Tiergarten
6 Neues Schauspielhaus
7 Humboldthain
8 Hospital de la Charité
9 Reichstag
10 Puerta de Brandemburgo
11 Anhalter Bahnhof
12 Neue Synagogue
13 Isla de los Museos
14 Central eléctrica de Klingenberg


Las zonas ocupadas de la posguerra
1945–1949
N
W
E
S
SECTOR FRANCÉS
El Muro
Tegel
Berlín Este
SECTOR BRITÁNICO
SECTOR SOVIÉTICO
Gatow
Berlín Oeste
Tempelhof
SECTOR ESTADOUNIDENSE
Schönefeld
0 1 2 3 4 5 millas
0 2 4 6 km
1 Base de las fuerzas británicas, barracones Wavell, Spandau
2 Barracones del ejército estadounidense, Zehlendorf
3 Barracones del ejército estadounidense, Steglitz
4 Checkpoint Charlie
5 Teatro de la Berliner Ensemble
6 Stalinallee
7 Guardia fronteriza de la RDA
8 «Túnel de Berlín»


Berlín en la Europa de posguerra 1945
N
W
E
S
Telón de acero
Estados del Pacto de Varsovia
Estados de la OTAN
Otros estados comunistas
Estados neutrales
NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
ESTONIA
LETONIA
LITUANIA
DINAMARCA
BIELORRUSIA
UNIÓN SOVIÉTICA
IRLANDA
GRAN BRETAÑA
PAÍSES BAJOS
ALEMANIA
Berlín
POLONIA
BÉLGICA
UCRANIA
CHECOSLOVAQUIA
Océano Atlántico
AUSTRIA
HUNGRÍA
RUMANÍA
FRANCIA
SUIZA
Mar Negro
YUGOSLAVIA
BULGARIA
ITALIA
ALBANIA
PORTUGAL
ESPAÑA
GRECIA
Berlín
0 100 200 300 400 millas
0 200 400 600 km

PRÓLOGO
«TODA CIUDAD TIENE UNA HISTORIA, ¡PERO BERLÍN TIENE DEMASIADA!»

Berlín es una ciudad desnuda. Exhibe abiertamente sus heridas y cicatrices. Quiere que se vean. La piedra y los ladrillos de sus incontables calles muestran marcas, agujeros, quemaduras; recuerdos de las balas. Estos desperfectos son ecos de un enorme y sangriento trauma del que, durante muchos años, los berlineses fueron reacios a hablar sin tapujos. Bajo la sombra del horrendo genocidio, sugerir que ellos también fueron víctimas de la guerra de Hitler era un tema tabú. La ciudad en sí hace tiempo que se curó, pero estas heridas aún no han cicatrizado: la pared de la vieja fábrica de cerveza de Friedrichsruhe muestra la huella, en forma de rayos de sol, dejada por un intenso fuego de artillería; el bajorrelieve en la base de una columna de la Victoria del siglo XIX, de Cristo crucificado, con el corazón atravesado por la metralla; la arcada románica del pórtico de entrada a la estación de tren de Anhalter, desaparecida bajo las bombas, ahora se yergue exenta y no conduce más que al vacío. En el frondoso parque Humboldthain, situado en el extremo norte del centro de la ciudad, brotan los árboles en torno a una sombría e inmensa torre de defensa antiaérea de cemento que, a finales de la guerra, sirvió como refugio, hospital y catacumba. Tal vez lo más famoso sea la derruida torre de la iglesia, rematada con metal, que preside la concurrida calle comercial de Kurfürstendamm: la iglesia memorial del káiser Guillermo. Esta torre es casi lo único que resta de la construcción original, que databa de principios de siglo; una noche de 1943 fue alcanzada por un bombardeo y quedó envuelta en llamas (tras la guerra, se construyó junto a ella una

nueva iglesia de estilo moderno). Para alguien que no supiera nada de la historia de esta ciudad, la mera vista de esta extraña torre resultaría desconcertante: ¿qué podría significar esta insólita ruina conservada en medio de una indiferente zona comercial? Otras capitales europeas dan cuenta de su oscuro pasado con monumentos de una estética elegante, con el fin de suavizar los accidentados perfiles de la historia. Aquí no.

A lo largo de todo el siglo xx, Berlín ocupó el centro de un mundo convulso, y alternativamente fue objeto de seducción y de preocupación para la imaginación internacional. La esencia de la ciudad parecía radicar en su marcada dualidad: los espléndidos bulevares, los disonantes bloques de viviendas, las humeantes fortalezas de la industria pesada, las brillantes aguas y bosques de sus alrededores, los exultantes y pansexuales cabarés, la sobria dignidad de la ópera, los coloridos excesos de los pintores dadaístas, la adusta uniformidad de los masivos desfiles de la esvástica. Y, con la llegada de los nazis, un progresivo redoble de tambores de muerte. De la población judía de la ciudad, la mayoría de los que se quedaron en Berlín bajo los nazis —unas ochenta mil personas— fueron deportadas y asesinadas entre 1941 y 1943. Por otra parte, se estima que veinticinco mil berlineses murieron a causa de la acción aliada durante las últimas semanas de la guerra, en 1945. Pero, tanto antes como después, la proximidad del miedo también fue continua: para cualquier persona nacida en Berlín en torno a 1900 —de las que tuvieron la suerte de vivir hasta la década de 1970 o 1980— la vida en la ciudad fue una interminable sucesión de revoluciones; un torbellino de agitación e inseguridad que abarcó el perturbador trauma de la Primera Guerra Mundial y la enfermedad y la violencia inmediatamente posteriores; la intensa y vertiginosa irrupción de la industria moderna y la arquitectura desafiantemente revolucionaria en la que se reflejó y que invadió las otrora familiares calles y lugares de trabajo; la náusea de los profundos desplomes de la economía y la pobreza y el hambre que acarrearon; a continuación, la supremacía nazi, la psicosis del genocidio y el fuego de la guerra y, por último, el corazón de la ciudad partido por dos

ideologías enfrentadas. En el núcleo de todos estos traumas estaban aquellas semanas finales de guerra, de la primavera de 1945, cuando, sobre Berlín y sus ciudadanos, se cernió una devastación comparable a los infernales castigos de la Antigüedad clásica.

La ciudad no carece de sentidos tributos a los muertos: el exquisito y reciente Monumento al Holocausto, un laberinto de monolitos que se van elevando por encima de nuestras cabezas a medida que nos vamos introduciendo en él, es uno de los pocos lugares donde el apresurado ritmo berlinés se ve obligado a ralentizarse. A pocas calles de distancia de aquí se halla el mucho más antiguo monumento conmemorativo de la Neue Wache, neoclásico y de tonos pálidos, construido en 1818, tras años de terrible conflicto europeo. En los últimos tiempos, su propósito se ha ampliado, y se ha transformado en una impresionante sala en conmemoración «de las víctimas de la guerra y la dictadura», en donde la luz entra a través de un orificio circular u *oculus* abierto en el techo. Pero, para Berlín, el singular cataclismo de la guerra de Hitler y la destrucción que acarreó a la ciudad nunca pueden ser conmemorados fácilmente. En la primavera de 1945, mientras estadounidenses y británicos se abrían paso a través de Alemania y sus bombarderos destrozaban cada vez más calles y edificios, convirtiendo las casas en cenizas, y las ingentes fuerzas soviéticas cercaban con decisión la ciudad y sus estridentes proyectiles perforaban el aire, los berlineses corrientes eran prisioneros de este inexorable horror, una matanza para la que el mundo no tenía piedad. La ciudad se convirtió en un campo de batalla, exponente de la obscenidad final de la guerra total. Los símbolos de la civilización se vieron reducidos a polvo, y los berlineses, forzados a una supervivencia entre escombros, al límite de la resistencia de la naturaleza humana.

Y en 1945 se añadió un elemento más de angustia, más allá de las bombas y los morteros que dejaban los cuerpos sin enterrar irreconocibles, la epidemia de suicidios de miles de ciudadanos que prefirieron poner fin a sus vidas en lugar de someterse a un enemigo que les infundía terror, así como la violación indiscriminada, en números literalmente incalculables, causantes de décadas de

traumas familiares en toda la ciudad. El hecho fue que, en el resto del mundo, estas violaciones y crueldades fueron consideradas comprensibles, como ráfaga final de una venganza tan imparable como la naturaleza misma. Los líderes nazis habían impuesto la agonía y la muerte a millones de personas en toda Europa. La por entonces considerable comunidad judía de Berlín había vivido años aterrorizada antes de ser deportada y exterminada. De modo que ¿cómo podían sus vecinos berlineses pensar siquiera en decirle al mundo que ellos también habían sufrido atrozmente? Este silencio expiatorio generó una desconcertante nube de ambigüedad moral en toda la ciudad. ¿Hasta qué punto fue total el totalitarismo de los nazis en Berlín?

La caída de la ciudad en 1945 es uno de esos momentos de la historia que se erige como un faro; el haz de luz ilumina nítidamente lo que había pasado antes y lo que pasó después. No fue solo la vil muerte del hombre que estaba en el centro de la vorágine, o la forma en que su autodestrucción en un búnker subterráneo pareció ir filtrándose y disolviendo los cimientos de la ciudad misma. Ni tampoco es una historia que pueda entenderse en exclusiva como una historia militar, dado que también incluye a un enorme tapiz de civiles berlineses de a pie —que superaban ampliamente en número al de los soldados supervivientes que ya no podían protegerlos— y sus esfuerzos por no perder la cordura cuando sus vidas se vieron dislocadas. Es también la historia de quienes habían percibido las amenazantes sombras de esta violencia en los años previos. En 1945, los berlineses de más edad ya habían vivido las secuelas de la Gran Guerra y la fallida Revolución alemana de 1918; ya habían tenido que bordear las heladas calles transformadas en desfiladeros para francotiradores; ya habían tenido que sufrir periodos de escasez crónicos y un frío inclemente. En 1919, apareció un cartel por toda la ciudad que representaba a una elegante mujer bailando un tango abrazada a un esqueleto. «¡Berlín, párate a pensar! ¡Estás bailando con la muerte!», se leía impreso. El póster, inspirado por el poeta Paul Zech, se refería a las medidas de salud pública tomadas a raíz de la guerra, si bien no dejaba de sugerir una morbilidad más genérica asociada a la naturaleza de la ciudad.

En un sentido similar, la pesadilla de 1945 proyectaba su larga sombra sobre el futuro de Berlín. Entre las repercusiones del nazismo, aquellos ciudadanos de a pie tuvieron que enfrentarse a nuevas oleadas de violencia de posguerra, privaciones, angustia y todo un nuevo ciclo de totalitarismo. El gris cadavérico del Muro de Berlín, cuya construcción comenzó en 1961, fue otra de las secuelas de 1945, y mantuvo a la ciudad en el centro de la inestabilidad geopolítica mundial y potencial detonante de una guerra nuclear. Sin embargo, incluso en esta nueva encarnación de dualidad, el talento y el arte, así como su espíritu abiertamente rebelde, sobrevivieron.

Las personas no viven sus vidas dentro de unas eras fijas; aunque una época termine, la gente continúa, o trata de continuar, básicamente igual que antes. Con frecuencia, la historia reciente de Berlín se contempla a través de unos prismas que establecen divisiones fijas: el periodo guillermino, el de Weimar, el nazi, el comunista, cada uno de ellos herméticamente cerrado. Sin embargo, las vidas de sus ciudadanos formaron un agitado *continuum* a lo largo de todos estos distintos regímenes; fueron personas que tuvieron que estar siempre esforzándose al máximo por adaptarse a una ciudad que cambiaba a la velocidad del rayo. ¿Qué debieron de parecerles todas estas revoluciones violentas a los berlineses que tan solo deseaban vivir, trabajar y amar? Los que crecieron en la era Weimar, que luego estuvieron bajo la sombra de la caída nazi, que en los años siguientes vieron su ciudad ocupada y dominada por otras potencias… ¿Cómo pudieron mantenerse firmes sus esquemas mentales, los recuerdos de determinados barrios, cuando el paisaje urbano que les rodeaba estaba en un constante estado de desconcertante mutación y demolición, hasta el punto de que algunos nacidos en la ciudad perdían la capacidad de orientarse por sus calles de siempre? La pesadilla de la guerra tampoco puede definir por completo a estos increíblemente ingeniosos ciudadanos; explorar sus vidas y su suerte es importante para darse cuenta de que sus historias también engloban el extraordinario territorio cultural de Berlín: no solo su arte, su cine y su música, extraordinariamente innovadores y a la vanguardia del mundo, ni su valioso esfuerzo científico, sino también su tortuosa relación con su

antigua aristocracia y la constante actividad de los motores de la violencia de clase y callejera.

Antes de Hitler, esta había sido una ciudad cosmopolita, que atraía a fascinados visitantes de todo el mundo. Por los elegantes edificios de apartamentos y los grandes almacenes futuristas de la década de 1920, se movían artistas con una visión sensual y satírica de la nueva realidad de la vida urbana. Esta exuberancia se extinguiría casi por completo (aunque nunca del todo, ni siquiera bajo los nazis) durante algún tiempo. E inmediatamente después de mayo de 1945, esta llama volvería a elevarse aún con más fuerza, alimentada por el oxígeno de la liberación. De otra parte, se hallaba la pionera promesa, previa a los nazis, de la realización personal. Durante algún tiempo, mujeres y hombres fueron relativamente libres para vivir conforme a su verdadera orientación sexual. Aquí, a diferencia de en otras ciudades del mundo de esa época, no se les denigraba; podían por fin expresar el amor que hasta entonces se les había negado. Una vez más, los nazis hicieron todo lo posible para asfixiar esta parte de la vida de la urbe, y por los medios más crueles. Un gran número de berlineses fueron enviados a la muerte más brutal por este motivo. No obstante, de entre las cenizas, volvió a brotar la resistencia y la capital redescubrió su gusto por la sensualidad.

La vida intelectual ciudadana era otra de sus fuerzas de empuje. Tanto en la ciencia como en las artes, toda una gama de nuevos mundos se dio cita en los laboratorios de Berlín. Antes del nazismo, esta había sido la ciudad de Einstein, pero él no fue el único innovador deslumbrante. Los misterios de la física cuántica eran explorados aquí por mentes que operaban en campos desconocidos e inimaginables. La inmolación de la urbe en 1945 deja claramente a la vista los avances que había experimentado la ciencia, y lo lejos que estaba dispuesto a llegar Stalin para arrebatarle sus secretos sobre la energía atómica y apropiárselos.

El precio de la innovación de principios del siglo xx fue la inseguridad y el aislamiento; la mera velocidad del ritmo de descubrimiento, y del cambio social, sexual y artístico, resultó estimulante para unos y provocó miedo en otros. Esto confirió a

Berlín una identidad cambiante que no resultaba fácil definir. Su extraordinaria sensibilidad —evidente incluso en medio del olor a muerte y los escombros de la invasión soviética— ya había sido señalada anteriormente. «Siempre ha sido —escribió el poeta Stephen Spender— una ciudad en la que la psicología de los habitantes se mostraba abiertamente».[1] En 1930, el escritor satírico Joseph Roth escribió: «Berlín es una joven e infeliz ciudad en estado de espera».[2] Al caminar por las calles del este, dijo de Hirtenstrasse, un bulevar de austeros bloques de viviendas: «No hay una calle más triste en el mundo».[3] Sin embargo, en un anuncio de agencia de viajes de 1920, Berlín era calificada como «la nueva ciudad de la luz en Europa».[4] En 1929, se decía que «no existe una ciudad en el mundo tan inquieta como Berlín. Todo está en movimiento».[5] Max Reinhardt, director de teatro de prestigio internacional, había comentado, antes del auge del nazismo: «Lo que me encanta es la sensación de transitoriedad; cada año podría ser el último».[6] Incluso en las vibrantes luces de neón que se filtraban entre las nieblas otoñales del atardecer, la posibilidad de la oscuridad se sentía siempre cerca. Al artista George Grosz le causaban desasosiego «las oscuras fachadas de los edificios de viviendas» y la inminencia de «disturbios y masacres».[7] Y, tras la guerra, cuando las nuevas potencias ocupantes asolaron Berlín, esa intensa sensación de alienación urbana se agravó, y artistas como Bertolt Brecht indagaron en estos desgarros y fracturas. Tanto en el este comunista de la ciudad como en la parte occidental bajo dominio estadounidense, resurgió una fluida energía estética que, al igual que en el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, iba mezclada con algo febril y vertiginoso, al borde de la ingobernabilidad.

Hoy Berlín es un lugar maravilloso para el paseante sin rumbo; su aparente falta de un centro claramente distinguible hace que explorarlo resulte fascinante. Uno podría inclinarse por pensar que el corazón de la ciudad se halla en la Puerta de Brandeburgo y en el restaurado Reichstag que se encuentra a su lado. Pero no: la sensación no es de boato o trascendencia, sino, simplemente, de

que allí se lleva a cabo la tarea del Gobierno, sin más. ¿Tal vez el latido de ese corazón pueda escucharse entre los solemnes museos y la catedral, en la Isla de los Museos, entre esas columnatas y cúpulas neoclásicas? De nuevo, no: aunque constituyan una vista innegablemente seductora y paisajísticamente atractiva, estas grandiosas instituciones del siglo XIX parecen encontrarse tímidamente fuera de lugar; aunque causen impresión en los visitantes, ninguna característica arquitectónica revela que formen parte de la vida orgánica de la ciudad. Tal vez la clave resida en la historia de la atrozmente perseguida comunidad judía de Berlín. No lejos de aquí, un poco más al norte, tras un paseo por las orillas del río Spree, encontramos un bellísimo edificio: la Neue Synagoge («Nueva Sinagoga»), con su cúpula morisca brillando bajo el dorado sol. Sin embargo, es como una aparición fantasmal; en 1943, la sinagoga quedó medio destruida y, a raíz de la guerra, su ya gravemente dañada estructura fue deteriorándose cada vez más hasta que finalmente fue demolida. La edificación que podemos ver hoy es una reconstrucción hecha desde el sentimiento más profundo. Constituye una parte importante de la historia, aunque no toda.

Lo mismo puede decirse de otra enorme reproducción: el Berliner Schloss, un palacio del siglo XVIII construido para la dinastía Hohenzollern, incautado durante la Revolución alemana de 1918, en gran medida ignorado por los nazis, pulverizado por el bombardeo aliado y demolido por los soviéticos en la década de 1950, que ha vuelto a nacer junto al Spree, al menos parcialmente. Tres de sus cuatro inmensas fachadas exteriores han sido perfectamente recreadas en su esplendor barroco, y el edificio alberga actualmente el museo Humboldt. Sin embargo, esta recreación también ha sido objeto de una enorme controversia. Sus vehementes críticos han argumentado que hay algo siniestramente neocolonial en la deliberada reconstrucción de la sede del poder imperial. «Toda ciudad tiene una historia —comentó el destacado arquitecto de Berlín David Chipperfield—, pero Berlín tiene demasiada».[8]

Sin embargo, hay un enclave más tranquilo, más de clase trabajadora, al noroeste; unas calles con edificios de viviendas de aspecto mustio y polvoriento donde, de algún modo, ha quedado atrapado el corazón histórico más esencial de la ciudad. Se encuentra en las dependencias de un empeño admirable. El Zeitzeugenbörse —o centro para el intercambio entre testigos contemporáneos— ha tenido como objetivo captar y registrar las voces de los berlineses de a pie durante todo el siglo xx: sus vidas y experiencias a lo largo de los traumas de las distintas décadas. La antigua sensación de que el pueblo alemán tenía que reprimir sus propias experiencias de sufrimiento generó el efecto no buscado de crear una masa de materia histórica oscura: de silencio y oscuridad respecto a ciertos acontecimientos históricos. Los maravillosos académicos y voluntarios que gestionan el Zeitzeugenbörse han estado trabajando en los últimos años para conseguir que las voces de una generación de berlineses no se pierdan para siempre. Son estas voces las que nos pueden ayudar a orientarnos a través de un siglo de terror y, a la vez, de obstinada fortaleza.

Y también pueden aportar perspectivas vívidas y evocadoras: por ejemplo, a partir de los recuerdos de Helga Hauthal, que a mediados de los años cuarenta era una colegiala a la que su inocente obsesión por el cine le hizo entrar en conflicto con la inflexible autoridad; de Horst Basemann, un joven berlinés que en 1945 estuvo en el frente oriental, al recordar su niñez y las embriagadoras fogatas nocturnas en el bosque con las Juventudes Hitlerianas, en la década de 1930; del joven oficial Mechtild Evers quien, en 1945, en sus esfuerzos por escapar a un ejército ya próximo, corrió un riesgo aún peor; de Reinhart Crüger, que en 1941, cuando tenía doce años, presenció con horror cómo la Gestapo venía a buscar uno por uno a todos sus vecinos judíos, y de Christa Ronke, una joven adolescente que, como otras muchas de su edad, simplemente deseaba centrarse en sus estudios escolares mientras en 1945 el mundo se desintegraba, y luego, al igual que sus amigos, aprendió a superar el trauma de la posguerra al mismo tiempo que trataba de construirse una nueva vida en aquel desolador paisaje.

Aunque lo concerniente a los poderosos siempre queda registrado con detalle, las personas corrientes cuyas vidas se vieron sacudidas y truncadas por sus acciones e ideologías tienen un sabor y una textura que tal vez nos diga más acerca de la moral y de las decisiones humanas. Y estos temas revisten una especial resonancia en Berlín: debido a la estrecha proximidad del mal con sus vidas, estos ciudadanos resultan especialmente fascinantes. Lo que ocurrió en Berlín, y en el resto de Alemania, podría haber sucedido en cualquier parte, pero ¿cómo estas ideologías —la inexorable y fría brutalidad del fascismo y la panóptica represión del comunismo— llegaron a arraigar tan fuertemente aquí? ¿Y cómo sus repercusiones continúan sintiéndose en toda Europa y Occidente hasta aquella extraordinaria noche de otoño de 1989 en que el Muro —esa expresión última de la opresión totalitaria— cayó por fin?

En este sentido, podría decirse que es imposible entender el siglo XX sin entender Berlín. Fundamentalmente, fue el momento de la caída de la ciudad al final de la guerra, en 1945, el que sintetizó dentro de sí el horror nihilista: la muerte en masa y sin sentido, a una escala inimaginable. No obstante, incluso en aquel ambiente tan cargado, todavía era posible distinguir algunas chispas del incansable e impaciente espíritu de Berlín. Caminar hoy en día por la ciudad es sentir todas estas capas dejadas por el pasado. Con gran sensibilidad en estos últimos años, las autoridades han hecho posible apreciar las diferentes ideas de la urbe tal y como era. Lo que la culminante oscuridad de 1945 nos enseña es que, incluso cuando las sombras fueron más espesas, en Berlín todavía había vidas, amores y sueños que expresaban la verdadera alma de la ciudad.

PRIMERA PARTE

Disolución

1
LOS HABITANTES DE LA OSCURIDAD

Vivían sus vidas bajo tierra o tras gruesos muros de hormigón. Estaban enterrados. De algún modo, esto era soportable. Por toda la ciudad de Berlín había aproximadamente un millar de refugios antiaéreos construidos *ex profeso*, pero solamente podían alojar a una parte de la población, apenas tres millones. También estaban los sótanos bajo los edificios de viviendas, las bodegas bajo las casas y las estaciones del metro, e incluso las trincheras. Los pasajes subterráneos —perforaciones en hormigón sin recubrir, animadas con algunos carteles de furiosa propaganda— servían de incómodo refugio. Los civiles, apiñados unos contra otros, dirigían la mirada a los techos abovedados o se miraban entre sí, y cerraban los ojos cada vez que desde fuera llegaba el amortiguado estruendo y reverberaba de tal forma que podían sentirlo en sus huesos.

La primera semana de abril de 1945, el ritmo de la vida civil en Berlín había alcanzado ya un punto de terrible simplicidad: la búsqueda diaria de una ración de alimento —el que fuera— haciendo silenciosas colas, que apenas se movían y podían durar horas. Las agotadoras caminatas por las calles en ruinas, con zapatos de suelas gastadas y cubiertos de polvo, barrios enteros destruidos que se habían vuelto irreconocibles, nuevas vistas y panoramas y desorientadoras ausencias: el efecto acumulativo de meses de intensos bombardeos. El mes anterior se había producido un frenético ataque aéreo, como si los bombarderos aliados se hubieran propuesto, sencillamente, hundir bajo tierra la ciudad. Aun así, en los barrios de la periferia, en algunas fábricas que no quedaron destrozadas por estos explosivos de gran potencia, operadas por

trabajadores forzados traídos de todas partes de Europa, la actividad continuó, si bien con cortes intermitentes en el suministro de electricidad y agua. Las plantas eléctricas de la ciudad que aún funcionaban continuaron en marcha, con sus altas chimeneas exhalando humo blanco; la inmensa y arquitectónicamente elegante central eléctrica de Klingenberg, cuya sombra se proyectaba sobre el río Spree al este de la ciudad, se mantuvo activa gracias a inteligentes trabajadores forzados que hacían astutas especulaciones sobre el futuro de la ciudad y sobre cuál de los aliados sería el primero en reclamarla para sí. El metro, de alguna forma, seguía funcionando, aunque solo las líneas que no habían sufrido impactos directos y únicamente para aquellos que lo necesitaban para ir a trabajar o con fines militares.

Con deprimente frecuencia, el cansino aullido de las alarmas antiaéreas de la ciudad, grave y cavernoso, daba comienzo a una nueva carrera hacia el mundo subterráneo. Desde el otoño de 1943, los bombardeos aliados habían matado y mutilado a miles de personas, dejando calles y distritos enteros prácticamente inhabitables, si bien algunos habitantes seguían viviendo entre las ruinas, renuentes a marcharse. Aquellos ciudadanos cuyos sótanos y refugios no se habían derrumbado salían cada mañana a empezar días que parecían noches de lo oscuro y denso que estaba el cielo, a veces «de un amarillo encendido», por el polvo y las cenizas.[1] Hasta el aire parecía quemado: los incendios sin extinguir dejaban un tufo a madera, pintura y caucho. Tapándose la boca con pañuelos, madres y abuelas veían cómo las autoridades de defensa civil recuperaban los cuerpos, muchos en pedazos, de debajo de los ladrillos y piedras grises. Cualquier muerte individual había perdido su carácter sagrado. Pese a la eficaz organización de entierros en masa, en el aire seguía percibiéndose el penetrante dulzor de la putrefacción. Por supuesto, no todos los restos habían podido ser recuperados de entre los escombros. Esto no se debía a la desidia; bomberos, policía y otros empleados municipales seguían afanándose en ello. Pero, al igual que los hospitales, estaban desbordados. Hubo casos en los que la ideología se disolvió en

medio de tanta destrucción. El pequeño Hospital Judío del barrio periférico de Gesundbrunnen, al norte de la ciudad —fundado en el siglo XVIII y única institución judía que sobrevivió a la guerra en Berlín, principalmente por sus instalaciones y competencia profesional—, al final de la contienda simultaneaba las funciones de escondite para judíos fugitivos con el tratamiento médico de gentiles. En cambio, el céntrico Hospital de la Charité, fundado también en el siglo XVIII —algunos de cuyos doctores habían sido utilizados por los nazis en la década de 1930 para llevar a cabo monstruosos experimentos médicos y practicar la eutanasia en pacientes discapacitados y psiquiátricos— había quedado en gran medida destruido; los suministros médicos y la morfina eran demasiado escasos para proveer a las interminables procesiones de heridos. Muchos habitantes de la ciudad no alcanzaban a entender hasta qué punto su vida cotidiana había discurrido a la par que el terrible horror eugenésico del régimen.

A principios de abril de 1945 los bombardeos de los estadounidenses a la luz del día fueron aflojando, pero los ataques nocturnos de los aviones británicos continuaron. Muchos berlineses que habían perdido sus casas en estos ataques estuvieron viviendo en los refugios día y noche; para ellos, esta vida en la oscuridad debió de ser algo parecido al límite de la existencia. Las autoridades de Berlín habían previsto ya algunos años antes que la ciudad podría necesitar un refugio de este tipo. Berlín está erigido sobre suelo arenoso, por lo que las excavaciones siempre resultaban un engorro, ya fueran para obras de alcantarillado o para las vías del metro que comenzaron a construirse a partir del cambio de siglo. En 1935, los nazis estipularon que cualquier nuevo proyecto de edificación incluyera un sótano que pudiera utilizarse como refugio. La virulencia de los primeros ataques británicos sobre la ciudad en otoño de 1940 dio lugar a un «Programa de Construcción de Búnkeres para la Capital del Reich». En abril de 1945, tras dieciocho meses de constante bombardeo aliado, un gran número de estos búnkeres y sótanos se habían convertido en tumbas selladas. Calles enteras se habían derrumbado bajo el lanzamiento de millares de

kilos de explosivos pesados, que habían caído sobre sótanos y pasadizos subterráneos habitados en los que los equipos de rescate se esforzaban por entrar. Uno de los riesgos a los que se enfrentaban aquellos que moraban en los refugios era que las bombas hicieran explotar las cañerías del agua, ya que en ese caso su muerte se debería al ahogamiento, al elevarse el agua hasta el techo demasiado rápido, sin darles tiempo a escapar. Las estaciones del metro eran también vulnerables, dado que las líneas discurrían solo a unos metros de la superficie.

Pese a toda esta adversidad, el agudo humor berlinés siguió de algún modo presente. Se decía que las iniciales LS, correspondientes a *luftschutz* («refugio antiaéreo»), en realidad significaban *lernen schnell russisch*, o «Aprenda ruso rápidamente».[2] Pero el humor no conseguía acallar el miedo. Desde comienzos de año, en unos días en que las implacables heladas berlinesas revestían las calles de una sensación metálica, la ciudad se había ido llenando de exhaustos y traumatizados refugiados rurales. Algunos habían llegado en tren, otros lo habían conseguido andando, procurando no resbalar en los helados adoquines y rieles de tranvía, dirigiéndose hacia el oeste sin una meta fija. Llegaban huidos de las tierras que les habían sido arrebatadas, llevando consigo los recuerdos de quienes habían dejado atrás y no habían podido escapar del Ejército Rojo, mujeres violadas repetidas veces, muchas de las cuales fueron luego torturadas y asesinadas.

Algunos civiles berlineses eran conscientes (y estaban temerosos) de que las ingentes fuerzas soviéticas, que iban congregándose en la distancia y avanzando inexorablemente hacia ellos, habían sido a su vez testigos de la depravación y las obscenidades cometidas por los nazis, que tenían a los prisioneros de guerra soviéticos en corrales a la intemperie, donde, según las estimaciones, a como mínimo tres millones de ellos se les había dejado morir de hambre bajo el cielo helado. Y, llegado agosto de 1944, mientras iban expandiéndose desde el territorio soviético hacia Alemania, un gran número de soldados del Ejército Rojo había podido leer en su periódico, *Krasnaya Zvezda,* el aterrador relato sobre un campo de Polonia

llamado Majdanek, escrito por el soldado y poeta Konstantin Simonov. Sus angustiosas descripciones de las cámaras de gas, y de los «miles y miles de pares de zapatos de niños»[3] allí tirados, se contaban entre los primeros informes sobre aquellas atrocidades, y eran tan desgarradoras que algunas autoridades británicas y estadounidenses no las creyeron del todo. Los rumores de lo que estaba ocurriendo en los campos de la muerte ya habían llegado a Berlín. Brigitte Lempke, que en aquella época era una colegiala, recordaba que una compañera, en un aparte, le dijo: «Te voy a contar una cosa, pero no se la digas a nadie o pasará algo muy malo». Un poco asustada, Brigitte así lo prometió y su compañera le contó que un tío suyo, que era médico, había vuelto del este. Una noche, cuando se suponía que la niña estaba en la cama, le escuchó hablar entrecortadamente con sus padres. Estaba llorando, dijo. Había visto hornos en los que iban a quemar a personas. La niña utilizó un símil muy expresivo: «Igual que se mete el pan en horno, meten allí a gente».[4] Una imagen que Brigitte nunca consiguió olvidar.

Y para el Ejército Rojo, la naturaleza de los que estaban tratando de derrotar había quedado todavía más patente con los descubrimientos de Treblinka y, en enero de 1945, de Auschwitz. «Liberación» parecía un término demasiado jubiloso para el rescate de esqueletos vivientes entre obscenos montones de cadáveres. También habían encontrado fosas comunes en bosques recónditos. Estos jóvenes soldados no necesitaban mucho para endurecerse frente al enemigo, pese a lo cual sus superiores soviéticos en un principio no dejaban de insistirles, a través de la prensa y la radio, en que estos campos no eran solo responsabilidad de los oficiales nazis, sino de la sociedad alemana en general. Eran emanaciones procedentes de la propia naturaleza de la patria. Más adelante llegaría un momento en el que, con la caída del régimen nazi, los soviéticos cambiarían de postura, insistiendo en que la clase trabajadora alemana no tenía la culpa, pero hasta que aquella monstruosidad fue aplastada, los soldados del Ejército Rojo no

podían evitar hacerse preguntas sobre la humanidad de los civiles que se iban encontrando.

El ciclo de la venganza avanzó a una velocidad terrible. En parte, a principios de abril, se debió a las tensiones entre los aliados. Las fuerzas estadounidenses y británicas, tras abrirse paso desde el oeste, se disponían a lanzarse a un ataque final sobre Berlín. (Los aliados ya habían decidido hacía tiempo —no sin dificultad— cómo sería la división de Berlín y qué zonas de la capital derrotada ocuparía cada uno; las negociaciones de la Comisión Consultiva Europea en Londres llevaban en marcha desde el otoño de 1943, con figuras como el diplomático del Departamento de Estado norteamericano Philip E. Mosely negociando con sus homólogos británico y soviético sobre «líneas apresuradamente trazadas en lápiz»[5] en los mapas). En aquel momento, en *The Daily Telegraph* de Londres, el teniente general H. G. Martin llegó a manifestar que a las fuerzas de Hitler todavía «les quedaba algo de fuelle» y que no dejarían que el Ejército Rojo del mariscal Zhukov se acercara. Su predicción era que serían los estadounidenses bajo el mando del general Bradley, o bien los británicos bajo el del capitán general Montgomery, quienes tomarían la «Fortaleza número dos Berlín».[6] El primer ministro británico, Winston Churchill, sabía que la conquista de la ciudad extinguiría definitivamente la llama nazi; pero los estadounidenses al mando del general Eisenhower ya se habían retirado silenciosamente de la carrera; y el presidente Roosevelt, solo unos días antes de morir, e impaciente por que Estados Unidos se implicara a largo plazo en Europa, estaba convencido de que la carrera la ganarían los soviéticos. Esta decisión le fue comunicada a Stalin a través de Eisenhower, pero aquel, en su permanente paranoia, simplemente no la creyó. Él mismo había desplegado un doble engaño ante sus aliados, diciendo que ya no consideraba Berlín la máxima prioridad, para luego, el 1 de abril de 1945, decir a sus altos comandantes, los mariscales Georgy Zhukov e Ivan Konev, que debían llegar los primeros a la capital alemana. Zhukov, de cuarenta y ocho años, había nacido y crecido en una aldea a poco más de cien kilómetros de Moscú. La suya había sido una infancia

rural de principios de siglo enmarcada en un extenso paisaje de abedules y ríos de aguas bravas, donde la harapienta pobreza era endémica pero encontraba el consuelo de alegres recuerdos de la pesca y los frutos recién cogidos de los bosques en verano. En este sentido, aunque Zhukov había vivido y crecido con las mareas de la historia y la Revolución rusa, se asemejaba a los jóvenes hombres y mujeres que tenía entonces a su mando (si bien muchos de estos jóvenes habían conocido el hambre —y en algunos casos, la hambruna— provocada por Stalin con la colectivización de las granjas en la década de 1930 en lugar de la opresión de los minifundios zaristas). No hacía mucho que Zhukov y sus fuerzas habían visto sus amadas tierras devastadas por los nazis, y se sentían en ese momento impulsados por una energía arrolladora e implacable en cuyo núcleo se encontraba la imagen de Berlín.

Cuando las noticias sobre el Ejército Rojo traídas por los refugiados alemanes que habían podido escapar a las violentas represalias fueron filtrándose osmóticamente entre los berlineses, se fue llegando al entendimiento de que su idea e imagen de civilización pronto iba a tener que enfrentarse a un impredecible ajuste de cuentas. En este sentido, el impulso de cobijarse en la penumbra de los refugios antibombas era una respuesta racional al terror del mundo exterior.

No todos los refugios eran subterráneos. Había construcciones sorprendentes en las esquinas de ciertas calles, o escondidas entre los árboles de los parques de la ciudad. Algunas consistían en simples cilindros de cemento anónimos con tejados inclinados, mientras que otras adoptaban la forma de los edificios que las rodeaban, como oficinas o apartamentos, aunque su textura rugosa y las pequeñas ventanas practicadas toscamente en los muros las hacían un tanto extrañas. Varias de estas estructuras se levantaban sobre los suelos de arena de los espacios de recreo, y sus entradas eran simples losas de hormigón inclinadas. Dentro había túneles sin salida a ninguna parte. En el distrito de Wittenau, al norte de la ciudad, había dos búnkeres de hormigón de unos quince metros de alto, de planta cuadrada y con sencillas entradas en forma de arco que evocaban asociaciones aún más macabras, por su parecido a los

grandes mausoleos familiares. En la céntrica zona de Kreuzberg se encontraba uno de los refugios más ingeniosos: un enorme gasómetro de forma redonda, construido en el siglo XIX, se había convertido en el búnker Fichte (estaba ubicado en Fichtestrasse): los muros se habían reforzado y su oscuro interior, de seis plantas, se había dividido en setecientas cincuenta pequeñas habitaciones. Se le suponía una capacidad para seis mil personas. A principios de 1945, a veces llegó a albergar a treinta mil. A los vecinos de Kreuzberger se añadieron desamparados refugiados de las zonas rurales llegados a Berlín justo cuando empezaba a oírse el temible zumbido de los bombarderos acercándose.

Dada su poca profundidad, la sensación de inexpugnabilidad de los refugios de la red del metro no era más que ilusoria. Incluso en la estación de Moritzplatz, donde había una capa más de túneles bajo las vías, la impresión de seguridad quedó pulverizada de golpe cuando una bomba alcanzó la estación, causando la muerte instantánea de treinta y seis personas.

La estimación de esos últimos dieciocho meses de la guerra es que unos veinte mil civiles murieron debido a los ataques aéreos. A lo largo de ese tiempo, los ojos de cientos de miles de berlineses fueron acostumbrándose a un mundo de catacumbas, bombillas desnudas, toscos muebles de madera y cubos de desechos. Hubo algunos, no obstante, que no pudieron contener su ira ante lo que consideraban el comportamiento bárbaro de un desalmado enemigo y ante la vida que estaban obligados a llevar. Poco tiempo antes, la fotógrafa Liselotte Purper, que había trabajado con el departamento de propaganda de Goebbels, escribió a su marido Kurt, destinado en el este, una de las últimas cartas que recibiría de ella antes de que le mataran. «¡No puedo más de rabia! —decía—, ¡solo de pensar en la brutalidad con la que nos violarán y asesinarán, en la terrible desgracia que solo el terror aéreo está causando en nuestro país!». [Z]

La mayoría de quienes se cobijaban en los refugios eran mujeres, muchas de ellas con niños pequeños. Parte del extenuante terror que generaban las sirenas de alarma de los bombardeos residía en

la velocidad a la que los niños tenían que ser sacados de la cama, vestidos y llevados en volandas al refugio más próximo, a veces en cochecitos de bebé cargados hasta arriba de cosas. Luego, durante estas noches de estruendo, había que tranquilizar a las asustadas criaturas. Al norte de la ciudad había un gran parque ajardinado, el Humboldthain. El nombre hacía honor a una de las figuras históricas más destacadas de Berlín, el naturalista del siglo XVIII Alexander von Humboldt, que había cruzado océanos enteros para estudiar las maravillas botánicas y geográficas de todo el mundo. En tiempos de paz, este parque había puesto el contrapunto sosegado y florido a las desangeladas calles que le rodeaban. En aquel momento, este enclave pasó a caracterizar el profundo desasosiego de la ciudad. Pese a los incendios provocados por los incesantes bombardeos nocturnos y los estragos causados por ciudadanos desesperados en busca de combustible, todavía quedaban algunos árboles altos y frondosos, recortándose contra el gris del cielo. Pero en algunas zonas de césped del parque se habían abierto trincheras, zigzagueando como si fueran relámpagos, sobre las que se alzaba una gran torre cuadrada de hormigón, de unos sesenta metros de alto por otros treinta de ancho, coronada con plataformas octagonales para la artillería antiaérea. Por la noche, el tejado de la torre quedaba a cargo de muchachos adolescentes, sin apenas entrenamiento en las armas, que, impotentes, dirigían los cañones antiaéreos contra el flameante cielo. Y en su interior era donde los ciudadanos corrían a refugiarse cuando llegaban los bombarderos aliados.

La forma de la torre de defensa antiaérea del parque Humboldthain —una de las tres estructuras de este tipo que existían en la ciudad— resultaba a la vez algo ajeno y extrañamente familiar. Pese a la tosquedad del hormigón, las estrechas ventanas recordaban a las de castillos de siglos pasados. Su sombrío interior apestaba a humanidad. Miles de personas se habían estado congregando en estos refugios diariamente a lo largo de los últimos meses. El número máximo que podía repartirse entre aquellas lúgubres plantas era de veinte mil personas, pero, debido al pánico,

eran muchos más los que se introducían en ellas como podían. Las caras conocidas, sentadas en sus bancos y catres de siempre, se mezclaban con las de personas extrañas en aquella penumbrosa y mal ventilada intimidad. Los bajos techos de las habitaciones y pasillos de la torre estaban iluminados con pálidas bombillas azules que daban a los rostros una lividez fantasmal. El nivel de higiene no podía ser más precario y desagradable: puro compostaje. En las noches más crudas de aquella heladora primavera, los enormes muros, de varios metros de grosor, proporcionaban aislamiento, pero ninguna ventilación, y las pequeñas ventanas se mantenían completamente cerradas para que los bombarderos no pudieran detectar ni la más mínima luz. Pegadas a las paredes había hileras de rudimentarias y chirriantes literas. A algunos, la mera idea de un sueño profundo les habría parecido absurda. Y, sin embargo, allí había familias que se habían adaptado a esta nueva vida a media luz y que solo salían de la fortaleza para conseguir la comida racionada. Muchos habían visto sus casas derrumbarse bajo el feroz bombardeo aliado. Con ellas no solo habían perdido su techo y su cobijo, sino todas las posesiones que constituían la memoria familiar: las fotografías, sus viejos muebles de madera de caoba, porcelanas y vajillas, todo lo que representaba un cierto tipo de estabilidad y continuidad. Los lazos que unían a estos refugiados con su pasado se habían roto de golpe. Y aquella oscura torre de cemento se había convertido en su hogar. Otros la utilizaban menos, solo en los casos de emergencia más extrema, cuando los bombarderos se aproximaban a la ciudad. Estar allí no les parecía lo más saludable. «Cuando los cañones del tejado abrían fuego —recordaba Gerda Kernchen, que entonces tenía dieciséis años—, todo el edificio temblaba, te destrozaba los nervios».[8]

El simple hecho de la existencia de este edificio —que empezó a formar parte del horizonte del barrio de Gesundbrunnen en 1943, construido con mano de obra forzada— ya resultaba indicador, para algunos berlineses, de que el rumbo de la guerra había cambiado. Durante los gélidos días de febrero y marzo de 1945, cuando las fronteras alemanas ya habían sido penetradas por el este y por el

oeste, fue convirtiéndose cada vez más en un sombrío símbolo del asedio. A este se sumó la claramente visible imagen de otra torre antiaérea que se alzaba imponente sobre el zoo de la ciudad. En cierto sentido, este refugio transmitía una sensación todavía más perentoria: en su tercera planta —también de desangelado hormigón visto— albergaba un hospital de campaña. Las instalaciones y la iluminación eran precarias; una de sus secciones se utilizaba como ala de maternidad. Incluso en la primavera de 1945, seguían naciendo bebés en esta fría ciudad devastada por la guerra.

Una torre de defensa antiaérea ubicada dentro del distrito de Friedrichshain, al este de la ciudad, escondía un secreto celosamente guardado: una gran cantidad de obras de arte y antigüedades procedentes del Museo del Káiser Federico y otras galerías de arte, así como de patrimonio robado a propietarios judíos. Entre las obras de arte ocultas en la torre Friedrichshain se incluían cuadros de Caravaggio (*San Mateo y el ángel*, *Retrato de una cortesana*) y de Botticelli (*La Virgen y el Niño con san Juan*), entre otros, y estaban casi ridículamente desprotegidos. A comienzos de 1945 se había ideado un plan para poner a buen recaudo la colección de cuadros y esculturas en Pomerania (en la costa occidental de la conquistada Polonia), pero el meteórico avance de los soviéticos dio al traste con la idea. Una mina de potasio de Schönebeck (ciudad situada a unos noventa y seis kilómetros al sudoeste de Berlín) fue la siguiente posibilidad, pero al estar todos los hombres sirviendo en el Ejército y las mujeres aptas para el trabajo destinadas en otros lugares, tampoco fraguó. Y pocas semanas antes, después de que otro de los museos de la ciudad cayera bajo las llamas de las bombas incendiarias, se habían llevado todavía más obras de arte a la torre Friedrichshain. En marzo, varios directores de museos habían coordinado un nuevo plan: utilizar las minas de Grasleben (una zona al oeste de Berlín y cercana a Hannover) y de Ransbach (en el oeste de Alemania, cerca de Fráncfort). Algunas de estas obras de arte fueron cuidadosamente empaquetadas y sacadas de la ciudad, mediante enormes contenedores, y llevadas al campo. Los últimos de estos convoyes salió el 7 de abril, dejando muchas tras de sí.

Los civiles curioseaban entre estas obras maestras descartadas en busca de algún alimento almacenado, ya que, aunque los tesoros artísticos estaban siendo evacuados, los ciudadanos no. Nunca hubo ninguna tentativa conjunta de encontrar algún refugio temporal para los berlineses en pueblos o aldeas fuera de la capital. A los efectos, eran prisioneros cercados por los límites de la ciudad; no había ningún otro sitio al que pudieran ir. Por el contrario, en los dieciocho meses anteriores, había habido familias que habían regresado a Berlín. Entre ellas estaban los niños que previamente habían sido secuestrados en masa por las autoridades y llevados a albergues en regiones montañosas de aire puro. Muchos estaban impacientes por volver, así como las madres y abuelas que añoraban los lugares de referencia que habían constituido su hogar, aun cuando estos estuvieran desapareciendo.

La ciudad estaba siendo defendida, pese a que la Wehrmacht estaba letalmente mermada; a partir del 20 de marzo, el Grupo de Ejércitos del Vístula —llegados para hacer frente a las ya próximas fuerzas soviéticas— había estado al mando del general Gotthard Heinrici, un veterano de cincuenta y ocho años procedente de una familia de teólogos protestantes, cuya sólida fe luterana provocaba desconfianza en sus superiores. En momentos anteriores de la guerra, las enconadas discrepancias con la jerarquía le habían conducido a un periodo de retiro forzoso; pero entonces, con el Ejército Rojo a ochenta kilómetros al este de Berlín, el rehabilitado Heinrici recibió el encargo de impedir que esta gran fuerza militar cruzara el río Óder y siguiera avanzando hacia la capital. Aunque entre los ciudadanos a los que protegían corrían rumores sobre unas supuestas nuevas armas, más poderosas que los misiles V-1 y V-2 que habían estado surcando los cielos del canal de la Mancha y causando devastación en Londres, Gotthard Heinrici sabía perfectamente que este milagro estaba muy lejos de producirse. El anterior jefe del Grupo de Ejércitos del Vístula —el *reichsführer* de las SS, Heinrich Himmler— había dejado que le destituyeran del puesto tras quedar demostrada su lamentable ineptitud. El hombre que había ideado la estructura del Holocausto y los repugnantes medios para acabar con la vida de millones de personas se había

retirado al Sanatorio de Hohenlychen, a kilómetros de distancia de Berlín en dirección norte, aquejado de una autodiagnosticada gripe. Mientras, en la ciudad de la que él se había marchado, los altavoces de la calle emitían enfáticas soflamas redactadas por el ministro de propaganda Joseph Goebbels. El ministro llamaba a mantener la fe. A principios de la década de 1920, la imagen que Goebbels tenía de Berlín era la de un «monstruo de asfalto» que hacía a las personas «crueles e insensibles»;[9] el asfalto había apartado a la gente de Berlín del verdadero espíritu alemán; la ciudad había sido «asfaltada por los judíos».[10] En 1926, ya era *gauleiter* —líder del partido nazi regional— de la ciudad: un cargo que ostentó hasta su muerte. En un incisivo y brillante estudio sobre su uso del lenguaje, el filólogo de la época Victor Klemperer trazaba las cambiantes actitudes de Goebbels hacia Berlín; cómo el conflicto entre «la tierra y el asfalto» fue atemperándose e idealizándose hasta llegar al punto, en 1944, de declarar: «Sentimos un gran respeto por el indestructible ritmo de vida, y la férrea voluntad de vivir demostrada por nuestra población metropolitana».[11] Tampoco es que dicha población tuviera muchas opciones.

Había también muchos ciudadanos berlineses que expresaban, muy discretamente, sus dudas sobre las nuevas armas milagrosas. Detrás de estos rumores sediciosos —compartidos con cautela en una ciudad donde los *blockwart* o guardas de bloques de viviendas todavía mantenían una feroz vigilancia sobre la conducta pública de sus vecinos— yacía la triste y fría conciencia de la realidad. No había vuelta atrás ni salvación posible. Los adolescentes que entusiasta pero inútilmente disparaban las armas antiaéreas desde el tejado a los bombarderos que volaban a gran altitud eran colectivamente conocidos por las iniciales LH, de *lüften helfer* («los ayudantes del aire»). Los civiles que estaban refugiados abajo interpretaban estas iniciales de forma diferente (a la manera antes comentada de las *lernen schnell russisch*): les llamaban *letzte hoffnung*, esto es, «la última esperanza». Tras la broma yacía una pesada carga de amargura. De forma paradójica, la sociedad opresivamente laica diseñada por los nazis desde mediados de la década de 1930 se

sostenía sobre una fe pararreligiosa: requería la absoluta confianza en el Führer y en los encargados de llevar a cabo su obra. Para que esta visión de Alemania, y de Berlín, fuera coherente, se requería creer en que el Estado tenía derecho a un control absoluto sobre cuerpo y mente, y a utilizar este control para alimentar y proteger a las personas. También requería creer en armas milagrosas. Y dentro de los refugios y sótanos, la fe estaba desapareciendo. Hubo quienes, como el general Heinrici, se aferraron a su fe cristiana pese a todos los esfuerzos del Gobierno por marginar a las iglesias y los seglares. Era la suya una fe que no se podía proclamar demasiado en alto. Si rezaban en privado, lo hacían en silencio.

Y, sin embargo, en la ciudad también había otros que —literal y metafóricamente bajo tierra— se mantenían fieles a su antiguas creencias y comunidades pese al furor del exterminio. A pesar de la sistemática deportación de la mayor parte de la población judía a Auschwitz y a otros campos de la muerte, hubo un número significativo de judíos, alrededor de unos mil setecientos, que consiguieron quedarse en Berlín, escondidos. Increíblemente, habían sobrevivido. En algunos círculos, muy cerrados y selectivos, se les conocía como los «submarinos».[12] Muchos de estos judíos habían sido acogidos por amigos y socios gentiles. Algunos se vieron obligados a pasar gran parte de sus vidas ocultos en la casi permanente oscuridad de los sótanos. Una de ellas fue Rachel R. Mann, quien recordaba que se encontraba fuera de casa el día que la Gestapo fue a buscarla a ella y a su madre. Cuando llegó a casa, una vecina compasiva la acogió; pero durante el invierno y la primavera de 1945, cuando la histeria de algunos funcionarios nazis aumentó más todavía, se vio obligada a quedarse en el sótano. «[La vecina] me traía cada día algo de comer, y a veces me subía a su apartamento para que me pudiera dar un baño. Estuve allí abajo hasta el final de la guerra».[13]

Marie Jalowicz-Simon, entonces Marie Jalowicz, llevaba evitando a las autoridades desde 1942, tras haber logrado esquivar a un funcionario de la Gestapo una mañana; horas después, cuando un cartero trató de entregarle una carta, ella simplemente le dijo que su

«vecina» Marie había sido deportada al este. Así quedó escrito en el sobre, consiguiendo al parecer soslayar la burocracia municipal. Poco después descubriría —llevando una chaqueta sin una estrella amarilla— que, aunque procedía de una familia claramente de clase media, en los barrios de clase obrera de la ciudad la tratarían con la máxima amabilidad y generosidad mientras buscaba trabajo en las fábricas.[14] Ya en la primavera de 1945 se refugió en una pequeña casa situada en uno de los barrios de la periferia norte de la ciudad entre sus conciudadanos, de los cuales solo unos pocos conocían su verdadera identidad. Para ella, estos berlineses de clase trabajadora eran sus salvadores y el verdadero espíritu de la ciudad. En opinión de Simon, ellos entendían la magnitud del crimen cometido por el Estado, a diferencia de las clases medias, que habían capitulado ante la filosofía nazi. «Fue, sobre todo —afirmaba—, la burguesía ilustrada alemana la que falló».[15]

Algunos de estos «burgueses ilustrados alemanes» habrían argumentado que no habían tenido otra opción, que no merecían compartir la culpa colectiva y que sus noches pasadas bajo los edificios, con el miedo a que las bombas cayeran sobre ellos, eran una forma de purgatorio o penitencia.

El racismo y el entusiasmo suscitado por las teorías eugénicas no fueron exclusivos de la Alemania de entreguerras; dichas creencias estaban tan extendidas en algunos círculos que se consideraban naturales y respetables (el médico del rey Jorge V, lord Dawson de Penn, fue solo una de las muchas figuras del *establishment* británico que se interesó por la eugenesia, así como algunos destacados políticos de izquierdas). Cuando estos berlineses se vieron obligados a vivir bajo tierra debido a los bombardeos, fueron muy pocos los que reflexionaron sobre cómo toda su sociedad había sido envenenada por la obsesión de la superioridad y la degeneración racial. Lo tenían demasiado cerca para poder verlo. Para algunos seguiría siendo así incluso después de la guerra.

Pero cuando todas aquellas personas, los ricos y los no ricos, juntaron sus provisiones —exiguas cantidades de pan de centeno y carne, y las celosamente guardadas reservas de alcohol, desde

merlot hasta brandy— fue cuando subliminalmente fueron conscientes de que su Führer se había convertido también en un permanente refugiado. Mientras en la radio se hablaba, con diferentes grados de énfasis, de la victoria que estaba próxima y de la necesidad de que todos los ciudadanos defendieran su hogar, era evidente que el Führer ya no estaba haciendo apariciones públicas. Muchos de los que habían visto de cerca a su líder en los mítines habían experimentado una sacudida emocional cuando los ojos de Hitler se habían cruzado con los suyos; una sensación de que, de algún modo, él los conocía y se sentía estrechamente unido a ellos. Pero, en la primavera de 1945, la ausencia del Führer estaba rompiendo ese encanto hipnótico.

Y muy pocos berlineses se habrían imaginado —incluso aunque contemplaran la posibilidad de la existencia de un cuartel general subterráneo— la sombría e insólita realidad de los túneles que había bajo el centro de la ciudad. En la superficie, en el jardín de la Cancillería del Reich, había un cubo de hormigón con puertas, una de las muchas entradas al complejo. Una vez que el visitante había superado el control de entrada de los guardias y su obsesivo e intrusivo registro corporal, había que bajar por una escalera en espiral para entrar en este mundo aparte. Al pie de estas escaleras, había más guardias, más puertas y, a continuación, en un confuso embrollo de habitaciones y pasillos, un laberinto de hormigón visto. Por todas partes había señales de unas obras realizadas a toda prisa: en el suelo se veían pequeños charcos formados por el agua que goteaba del techo. En aquella madriguera había dispersas salas de reunión, cocinas, retretes e instalaciones básicas para el aseo, dormitorios y una centralita telefónica. Luego había más escaleras, que descendían a un nivel de algo más de doce metros bajo tierra y conducían a un submundo aún más mortecino. Aquí era donde, el 1 de abril, el Führer se había establecido de forma permanente junto a su compañera (que en breve se convertiría en su esposa) Eva Braun, su perra de raza pastor alemán Blondi y varios cachorros. El aire acondicionado emitía un zumbido bastante ruidoso, como el de un moscardón atrapado. No funcionaba muy bien. El ambiente olía a cerrado. Los funcionarios recorrían los pasillos a todas horas y su

encorvado líder les mandaba llamar a las horas más intempestivas. Era un mundo en el que el Führer decidía cuándo era de día y cuándo de noche; las reuniones con los altos jefes militares se programaban para empezar antes de la medianoche y a veces no terminaban hasta el amanecer. En medio de aquella mole de cemento, se perdía la noción del tiempo. Cuando estos comandantes y funcionarios del partido dormían, ¿serían capaces de soñar? En la intimidad de estas imágenes, ¿compartirían las delirantes ideas que su Führer concebía estando despierto?

En el resto de la ciudad, los niños sufrían pesadillas. Sabine K., de nueve años, «dormía muy mal»[16] en su refugio del sótano, como confesó en su diario. Había soñado que «un ruso» había entrado en el sótano y le había «pedido agua». Ella se había alejado por un pasillo, que hacía una curva y luego se convertía en un lugar desconocido en el que brillaba «una luz amarilla», y de repente se quedaba aterrorizada al ver a un hombre de rasgos «chinos» que le arrancaba el abrigo y la «tocaba».[17] ¿Era esta pesadilla consecuencia de la propaganda nazi que describía al enemigo en puertas como «hordas asiáticas»?[18]

Sorprendentemente, en todos aquellos sótanos, búnkeres y bodegas, así como en las estaciones de metro de Berlín y en las torres de hormigón que rodeaban el lóbrego laberinto del Führerbunker formando grandes círculos concéntricos, la gente a veces conseguía descansar. La intérprete de música Karla Hocker recordaba que había otra forma de percibir el ambiente del frío y húmedo sótano en el que ella estaba. «Un ambiente curioso, una mezcla de cabaña de esquí, albergue juvenil, sótano revolucionario y ópera romántica».[19] Ella y sus compañeros no pensaban más que en dormir. Para los que estaban fuera, bajo el cielo abierto —los cada vez más fanáticos oficiales de las SS y la Gestapo, y los de paisano, con la mirada atenta a la más mínima contravención de los deseos del Führer, listos para castigarla, y para los jovencísimos adolescentes apostados en los tejados de aquellas torres grises, a cargo del manejo de artillería antiaérea que inundaba el cielo con ráfagas de fuego intermitente—, el sueño era entonces una mera

cuestión de sucumbir al agotamiento. El cansancio, al igual que el hambre, era un estado permanente. Solo algunos meses antes, todos estos berlineses, desde los refugiados más ancianos a los más jóvenes reclutas de las Juventudes Hitlerianas, habían llevado una vida que a otros les habría parecido absolutamente normal: colegio, cafés, conciertos. Y ahora habían aceptado con asombrosa velocidad la perspectiva de un final catastrófico. La velocidad era una de las principales características de esta ciudad.

Esta nueva existencia subterránea había sido comentada poco antes por un piloto de reconocimiento soviético al sobrevolar el este de la capital. Él tenía la idea de que Berlín era un lugar caracterizado por la actividad y la luz, los fuegos de las fundiciones, el seductor brillo y las novedosas luces de neón del consumismo. Y lo que veía era una ciudad invernal y oscura; tranvías parados en calles vacías; enormes complejos industriales hechos pedazos y ennegrecidos; bulevares desiertos, sin una sola alma. ¿Qué había sido de esta ciudad de la luz?

2
LOS NIÑOS MÁRTIRES

Estos chicos se habían amoldado a la oscuridad, pero sus espíritus nunca habían sido doblegados del todo. El régimen se había propuesto controlar no solo lo que aprendían, sino también sus mundos de fantasía interiores. No obstante, siempre había quedado un atisbo de ingobernabilidad e imaginación infantil fuera del alcance del poder del Gobierno nazi. Llegada la primavera de 1945, el régimen de Berlín simplemente pretendía dar a esta infancia un final prematuro. Jóvenes adolescentes estaban siendo reclutados (en algunos casos, se presentaban como entusiastas voluntarios) para tareas militares. Todos ellos eran conscientes de que se enfrentaban a la perspectiva de su propia muerte. No se trataba de un temor abstracto; para algunos de estos chicos el terror era imposible de superar y podía verse claramente reflejado en sus rostros. Otros, como Alfred Czech, que a los doce años de edad fue presentado ante el Führer, en los últimos días de vida de Hitler, para recibir la Cruz de Hierro, en un cierto y terrible modo, creían que su rol de niños soldado era algo natural. «De pequeño no pensé mucho en ello, solo quería hacer algo por mi pueblo —contaría al ser entrevistado décadas más tarde—. No sabía que era demencial mandar niños al frente de batalla. Era la guerra».[1] En ese momento era parte de la Volkssturm («la tormenta del pueblo»). Se trataba de la expresión física de la «guerra del pueblo»: el reclutamiento de todos los varones civiles que, hasta ese momento, por cualquier razón debida a cuestiones de salud o trabajo, habían quedado exentos del servicio militar obligatorio. En abril de 1945, aquella red se había ampliado y había pasado a incluir a chicos que ni siquiera

habían cambiado aún la voz. Tampoco las chicas jóvenes —pertenecientes a la Liga de las Muchachas Alemanas, a veces también con solo doce años— fueron excluidas del campo de batalla urbano. Theresa Moelle, de quince años, recibió instrucción en el manejo del lanzagranadas de mano Panzerfaust. En los días siguientes, tendría que utilizarlo. Al igual que los chicos de la Juventudes Hitlerianas, la posibilidad de morir siempre estaba presente. Este macabro uso de los niños —su reclutamiento para ser arrojados contra el enemigo— debería haber sido uno de los puntos en los que el innato escepticismo berlinés hubiera ofrecido más resistencia. Y, para muchos, así era, como las madres que, mientras hacían cola, miraban a estos jóvenes armados —los hijos de otras madres— sin poder reprimir su repugnancia ante la idea de estos niños mártires.

Sin embargo, el paisaje de la ciudad destrozada que les rodeaba parecía exhalar nihilismo. Solo unas semanas antes de abril de 1945, los bombarderos habían desplegado todo su fuego devorador en el distrito de Friedrichstadt, que —atípicamente, en lo que nunca fue una ciudad bonita— había contado con la atractiva e histórica presencia de un ornamentado teatro popular y dos grandes catedrales de estilo clásico, así como un gran mercado que llevaba atrayendo a visitantes desde el siglo XVIII. Por si fuera poco, estaban los grandes almacenes Wertheim, una maravilla de principios de siglo que durante un tiempo fueron los más grandes de Europa. Los miles de letales bombas incendiarias lanzadas por los cazabombarderos estadounidenses durante uno de los ataques diurnos más largos desataron un infierno que estuvo a punto de convertirse en una tormenta de fuego. Los bomberos de Berlín no pudieron hacer nada; las llamas no cedieron en varios días, extendiéndose ávidamente de edificio en edificio, y apoderándose de todos. En los años siguientes, el distrito de Friedrichstadt sería conocido en el mundo como una zona fronteriza. En 1945, su desaparición fue una manifestación física más de la innegable realidad de la guerra, incluso cuando las fantasías de las armas secretas seguían recibiendo crédito en algunos rincones de la ciudad

y del régimen. Una figura especialmente trastornada en este sentido fue el líder del Frente Alemán del Trabajo, Robert Ley, que estaba convencido de que los científicos alemanes habían perfeccionado unos «rayos de la muerte»,[2] algo que parecía más propio de la imaginación de un niño de diez años.

En aquellos primeros días de abril de 1945, los adolescentes de Berlín estaban siendo organizados por los veteranos de más edad de la Volkssturm, algunos de los cuales, con sus rostros demacrados y sus cruces de hierro de la última guerra, poseían una grave dignidad. Para muchos de estos chicos, no importaba que los uniformes que les proporcionaban les quedaran ridículamente grandes, ni que algunos fueran de las SS, en lugar de uniformes del ejército regular que ellos tanto veneraban. La idea que se hacían de lo que les esperaba se veía lógicamente condicionada por su edad. Los muchachos que eran destinados a manejar la artillería de las torres de defensa antiaérea eran, en cierto sentido, tan inconscientes como los que, abajo en la calle, aprendían a cargar pistolas y lanzagranadas y recibían un veloz entrenamiento en la brutal realidad de la lucha casa por casa. Todavía no estaba claro cuándo empezarían a combatir para salvar su ciudad, pero lo que estos chicos sí sabían era que requeriría de su heroísmo individual. Y eran pocos los que se resistían activamente, porque una generación de jóvenes y de familias de Berlín ya había llegado a aclimatarse, no tanto al carácter siniestro del movimiento de las Juventudes Hitlerianas como a las posibilidades que este ofrecía para escapar de la pobreza industrial de los deprimentes barrios periféricos de Berlín. Así llevaba siendo desde comienzos de la década de 1930.

Para el berlinés Horst Basemann, que algunos años antes se había unido a su grupo local de las Juventudes Hitlerianas, los fines de semana pasados en los bosques de los alrededores de Berlín habían tenido un atractivo irresistible. Más allá de los meros lazos afectivos que estableció con los otros chicos, hubo otro elemento que caló más hondo en su psicología. En la primavera de 1945, se encontraba prisionero de la Wehrmacht al este de los Urales, con veintipocos años, ciego de un ojo. Fue en ese momento cuando empezó a

repasar mentalmente todo lo que hasta entonces le había parecido tan natural, empezando por su ingreso en las Juventudes Hitlerianas en 1934. El mero hecho de salir del ambiente agobiante y opresivo de las calles de la ciudad de Berlín había sido solo el principio. Así lo recordaba: «Al anochecer nos sentábamos en círculo en torno a la fogata. Enfrente de nosotros, el lago brillaba bajo la luna; a nuestra espalda teníamos el bosque».[3] Los líderes solo eran «dos o tres años» mayores que yo. Pero sentado también junto a ese fuego, había un invitado especial: un hombre de mediana edad, que había combatido como soldado en la Primera Guerra Mundial. «Nos cuenta sus experiencias… Nosotros le escuchamos sin perder ripio, hasta que llega al trágico final de su historia. Los chicos estamos relajados, conmovidos y callados. Miramos el crepitar de las llamas del fuego que poco a poco se va apagando».[4]

Basemann continuaba: «Este exoficial del ejército coge la corneta y toca una melodía que nosotros todavía no conocemos. Y luego dice: "Si un día la llamada es para vosotros, queridos muchachos, para borrar la vergüenza de Versalles, estoy seguro de que estaréis listos para defender a nuestra patria y, si es necesario, entregarle también vuestra vida"».[5] Esto les parecía todo lo contrario a angustioso; a aquellas mentes jóvenes, ese heroísmo, enmarcado por las llamas en el silencio y la oscuridad del campo, más bien les despertaba una especie de júbilo interno. La vergüenza de la derrota en la Primera Guerra Mundial y las múltiples humillaciones y consecuencias del Tratado de Versalles —los soldados franceses y belgas marchando por el Ruhr en 1923 para incautarse de la producción de carbón y acero, la pobreza crónica que se extendió por toda la nación, en parte a consecuencia de las reparaciones exigidas a Alemania— podía superarse junto al llameante fuego, cuyas chispas se elevaban hacia la oscura noche. Además de todo esto, estaban las canciones que, con la distancia, herr Basemann recordaba como «extrañas». Aún se sabía parte de la letra: «Si caigo en tierra extraña; adiós, así tenía que ocurrir», y «La muerte del soldado es la más bella de todas».[6]

Todo esto tenía lugar lejos de sus padres y de la mirada vigilante de los profesores; y los que en un principio se resistían al reclutamiento de sus hijos, lo hacían precisamente porque les asustaba el sentimiento cuasirreligioso de este movimiento. A lo largo de la década de 1930, algunas familias católicas se mantuvieron firmemente en contra de que sus hijos e hijas fueran atraídos hacia estas fogatas. Por todo el país, las Juventudes Hitlerianas fueron, en sus primeros años, impopulares entre algunos padres de clase trabajadora, que detestaban el rígido autoritarismo de su filosofía. En general, las que se sintieron más rápidamente atraídas por esta idea fueron las clases media y media baja. En Berlín, sin embargo, se daba una circunstancia que llevó a generar un mayor entusiasmo en la clase trabajadora: la posibilidad de escapar, aunque fuera por breve tiempo, de los hogares en los que vivían hacinados y de sus desangelados patios sin árboles. Lo que a los chavales más pobres de Berlín les atraía de estos campamentos de fin de semana que les ofrecían era que eran gratis y que allí encontraban buena comida, risas, compañerismo y una inusual sensación de igualdad entre chicos de diferentes ámbitos y contextos sociales.

Por otra parte, según la experiencia de Horst Basemann, la idea de que «la juventud debe ser dirigida por la juventud»[7] no parecía estar asociada a excesos. Sí se daba, en cambio, una gran importancia a los ejercicios militares. A la instrucción en lo que casi podían considerarse desfiles castrenses, le seguían exigentes marchas y carreras por terreno arbolado, en los bosques de los alrededores de la ciudad. Los chicos aprendían también los principios de la orientación y lectura de mapas. Había además duras simulaciones de combate: se formaban equipos, se vestían con ropa de camuflaje, se escenificaban emboscadas, el ganador se hacía con el brazalete del rival, «y no se lloraba cuando te hacías daño».[8]

Pero los nazis no tenían el dominio completo sobre la imaginación de estos jóvenes urbanos, que encontraban estímulo también en otros lugares. Las películas de vaqueros de Hollywood, o cualquiera protagonizada por Gary Cooper, fueron enormemente populares en

Berlín durante toda la década de 1930, así como las de Laurel y Hardy («El Gordo y el Flaco»), también del gusto de Hitler. Además, estaban las aventuras de ciencia ficción de Flash Gordon (prohibidas en 1941, justo antes de que Estados Unidos se sumara a la guerra, cuando, en el cómic, Flash dejó de luchar contra Ming el Despiadado, y puso el punto de mira en el fascismo). Por otra parte, tenían las emocionantes y enrevesadas hazañas detectivescas de *La cena de los acusados*, un mundo de cócteles y puñales, brillantes deducciones y finales de suspense a punta de pistola. Pero lo que despertaba un entusiasmo más universal entre estos chicos eran las novelas del Oeste de un veterano autor alemán llamado Karl May, cuyo héroe era un vaquero conocido como Old Shatterhand. El llamativo apodo se debía a la feroz técnica de lucha del personaje, que por este motivo tenía dañados los nudillos. Las aventuras de Old Shatterhand a lo largo de una larga serie de novelas le mostraban remediando injusticias y zambulléndose en peligros por praderas y desiertos brillantemente descritos, junto a su inseparable compañero indio Winnetou. Eran argumentos llenos de fantasía, violencia, peligros y muertes —con arenas movedizas, cocodrilos, hordas de ratas hambrientas—, y las novelas calaron masivamente en la imaginación masculina alemana, pese a que su autor había muerto en 1912 y jamás había puesto un pie en Norteamérica. Entre los más fieles admiradores de Karl May se encontraban Albert Einstein, Thomas Mann y el pintor George Grosz.[9] Otro devoto de crucial importancia fue Adolf Hitler, que en su infancia austriaca había devorado estos libros con fruición y volvió a releerlos con frecuencia de adulto. Albert Speer, perteneciente al círculo más íntimo de Hitler, comentó en cierta ocasión que el Führer, cuando hablaba sobre estrategia militar, a veces citaba a «Napoleón y a Old Shatterhand en la misma frase».[10]

Sin embargo, para los chavales de Berlín, estas historias, combinadas con sus emocionantes juegos de guerra, representaban sencillamente el portal a otra dimensión y les hablaban de «noches mágicas al aire libre, bajo una luna violácea y unas estrellas impresionantes, de un brillo mucho más fulgurante que el de los

cielos europeos».[11] Muchos de ellos venían de hogares duramente golpeados por la Depresión: padres desempleados, afectados por graves preocupaciones y el malhumor que acarrea la pobreza. No había nada anormal en estas ensoñaciones de heroísmo, compartidas por el mundo entero, pero los nazis además encontraban instintivamente en ellas el medio más directo para utilizar aquellos sueños juveniles para sus propios propósitos: evocaciones de Sigfrido en el bosque, engrandecidas con charlas de héroes de la vida real que habían combatido en la última guerra y que, a su modo de ver, habían sido traicionados por villanos reales que ahora manejaban sus asuntos. Esto funcionaba con los chicos porque los adultos también lo creían. En años venideros, estos serían los muchachos que, convertidos ya en hombres, serían enviados a marchar a través de heladas estepas y que presenciarían o cometerían atrocidades. También la generación de chicos inmediatamente posterior continuó leyendo a Karl May, para asombro de los soldados estadounidenses que, en 1945, veían a su alrededor a andrajosos niños alemanes jugando a indios y vaqueros.

Todos los cánticos y marchas de las Juventudes Hitlerianas estaban inspirados por el mito fundador del martirio juvenil. En 1932, Herbert Norkus, de quince años, vivía en el deprimido barrio de Moabit, y su mundo estaba circunscrito al de la extrema pobreza de sus progenitores. Aunque iba bien en los estudios, la vida cotidiana de su familia en aquel momento económicamente tan precario era de permanente inseguridad y hambre; también de miedo. Norkus se había unido a las Juventudes Hitlerianas, y al igual que Basemann, había encontrado un formidable escape en aquellos fines de semana en el bosque, pero la mayoría de los adolescentes que vivían en su vecindario habían jurado lealtad al Partido Comunista. El resultado lógico de esto, en aquellas calles de grises bloques de viviendas y canales de agua estancada, tornasolada de aceite, eran las peleas entre bandas. Haciéndose eco de los violentos y ebrios enfrentamientos entre comunistas y nazis, los muchachos de Moabit

se consideraban también en estado de guerra. Herbert Norkus era un blanco frecuente; a menudo tenía que salir corriendo atropelladamente y esconderse en el cementerio local hasta que pasaba el peligro. Un domingo de enero de 1932, mientras pegaba panfletos del partido nazi por el vecindario, un grupo de chavales del barrio, presos de la furia, se lanzaron a por él. Llevaban navajas; Norkus fue golpeado y apuñalado. Cayó al suelo, y tras conseguir levantarse y caminar unos metros, volvió a derrumbarse, dejando un rastro de sangre. Murió poco después.

Esto representó para los nazis una oportunidad aún mayor que la del asesinato del activista (y matón) del partido, Horst Wessel, de veintidós años, en 1930 (aunque el asesinato de Wessel inspiró una canción que adquirió fama mundial como expresión musical del nazismo); en el caso de Norkus, habían matado a un crío, sin que los demás hicieran nada, mientras prestaba su inocente servicio al partido que quería salvar al país. El periódico *Der Angriff* («El ataque»), no se cohibió ni lo más mínimo en su nauseabundo reportaje sobre la tragedia. «Allí, bajo la lúgubre luz del atardecer —escribió Goebbels en un artículo propagandístico—, los torturados ojos amarillos se quedaron mirando al vacío […] la frágil voz de un niño parece oírse desde la eternidad […]. ¡Me han matado! ¡Clavaron su puñal asesino en mi corazón! Y solo porque yo —un niño— quería servir a mi país». Goebbels llevaba la imaginaria voz de Herbert Norkus aún más lejos: «Yo soy Alemania […] mi espíritu, que es inmortal, seguirá con vosotros».[12] Más tarde, en 1933, se estrenó la película *Hitlerjunge Quex*, una cruda escenificación del asesinato. El filme no paró de proyectarse, a sucesivas promociones de niños, a lo largo de la década de 1930, así como durante toda la guerra. A comienzos de los cuarenta, el líder de las Juventudes del Reich, Baldur von Schirach, invocó a aquel «espíritu inmortal» en un discurso: «Este joven camarada se ha convertido en un mito de la nación joven, en el símbolo del espíritu de autosacrificio de todos los chicos que llevan el nombre de Hitler […]. Nada une más a las Juventudes Hitlerianas que la conciencia de nuestro fraternal vínculo con este muchacho asesinado».[13] Norkus fue, en términos nazis,

canonizado: «¡Llama sagrada de la juventud, tú eres la luz en la oscuridad!», decía una proclama de las Juventudes Hitlerianas en tiempos de guerra. «Tú nos mostrarás la senda que conduce al amanecer, el camino de la lealtad, el camino de Adolf Hitler».[14] La intención era despertar una inspiración pararreligiosa en los jóvenes. En la primavera de 1945, a los adolescentes berlineses que no habían conocido otra cosa que un mundo dominado por Hitler, el himno de las Juventudes que tan frecuentemente se cantaba parecía incuestionable en cuanto a sus sentimientos: «Nuestra bandera nos lleva a la eternidad / sí, la bandera importa más que la muerte».[15]

En lo tocante a la estructura física real de Berlín, era más difícil saber lo que niños y adolescentes —al margen de cuál fuera su inspiración— podían esperar salvar. Mientras trabajaban entre los inestables restos de edificios de viviendas recién bombardeados y demolidos, los viejos soldados reunidos bajo el estandarte de la Volkssturm empezaron a enseñar a las mujeres y niñas de Berlín el brutal oficio de la guerra. Puede que para mucha gente estas tutorías tuvieran la útil cualidad de servir de distracción; unos minutos durante los cuales resultaba posible imaginar que estas defensas funcionarían. Las distracciones eran sumamente necesarias. Cualquier actividad —incluso las que podían considerarse menos útiles— era mejor que soportar los largos días poblados de terror y semioscuridad. Incluso entre los jóvenes más resistentes, las más pequeñas privaciones y contratiempos de su vida subterránea se hacían cada vez más difíciles de sobrellevar. Christa Ronke tenía quince años. Se había criado en el hogar de una familia acomodada y cariñosa, en uno de los barrios de las afueras de la ciudad. Poco tiempo antes, aquella casa había sido blanco de los bombarderos. Una enorme explosión, que detonó en el jardín, había destruido la casa para la que sus padres «habían estado ahorrando muchos años».[16] La madre de Christa no podía parar de llorar; no solo por lo que habían hecho los agresores americanos, sino también por Hitler. Christa y su madre —su padre estaba combatiendo en el oeste — habían conseguido salvar parte de sus tan queridos recuerdos: algunas tazas de porcelana antiguas, la figura de una bailarina

también de porcelana (a la que ahora «le faltaba la mano derecha») y unos cuantos libros. Los «preciosos muebles» habían quedado completamente destruidos, así como el piano en el que Christa practicaba cada día. Una pérdida que le afectó especialmente fue la de los «frutales, arbustos y pinos arrancados de raíz»[17] que antes habían formado el paisaje de su jardín. Pero al menos ellas estaban vivas. Sin embargo, en abril de 1945, el estrés llegó a ser casi insoportable para Christa.

Ella y su madre habían encontrado un nuevo alojamiento: un apartamento de dos habitaciones en Dahlem, un barrio rico al sudoeste de la ciudad, aunque en aquel momento ya quedaban pocas comodidades que disfrutar. Al bajar corriendo al sótano durante un bombardeo, Christa había tropezado y se había lesionado gravemente el pie, pero no había posibilidad de recibir atención médica. Además, las raciones eran ya tan escasas que el hambre era casi lo único que ocupaba la mente cada día: unos gramos de carne, pan de centeno, mantequilla. No había leche. En cuanto a verduras, había algunas zanahorias y remolachas, aunque lo más deseado eran las patatas, que parecían haber desaparecido. Otra dificultad era que, incluso cuando podía conseguirse comida, apenas había gas para cocinarla; los suministros eran lastimosamente escasos casi todo el tiempo. El de la electricidad era ya intermitente; cuatro o cinco horas al día. Las noches solían pasarse a la luz de las fantasmales velas, hasta que las sirenas volvían a dar comienzo a la carrera hacia el refugio del sótano.

El momento de principios de abril que le pareció a Christa condensar toda su impotencia llegó una tarde en la que, tras la jornada escolar —los profesores seguían intentando mantener al menos una apariencia de normalidad en edificios fríos y poco iluminados— fue a coger las raciones de su familia. Al llegar a la tienda se dio cuenta de que, sin saber cómo, había perdido las cartillas de racionamiento familiar. Desconsolada, volvió corriendo a casa a contarlo. Su madre, recuerda, trató de confortarla.

Para su alivio, sin embargo, descubrió que en aquel despiadado mundo aún quedaban pequeños destellos de bondad: un

desconocido se había encontrado las cartillas y las había metido en el buzón de su casa (aunque faltaban algunas hojas —«¡la recompensa del que encuentra!», escribió con tristeza). Al día siguiente, Christa pudo adquirir lo que, en comparación con las cartillas perdidas, parecía una gran cantidad de pan y carne. Este fue uno de los momentos de algo parecido a la normalidad. El único mundo que había conocido estaba a punto de dar un vuelco.

Otros niños habían visto sus certezas violentamente desbaratadas incluso antes. Gerhard Rietdorff era un muchacho de «doce años y medio»[18] en 1943, cuando, tras ser evacuado al campo, su familia lo trajo de nuevo a Berlín, donde se habían mudado a un apartamento justo al lado de la «muy muy animada Alexanderplatz». Le matricularon en una escuela mixta cerca de la cual quedó fulminantemente enamorado de «los dulces y brillantes ojos de una niña con trenzas rubias» llamada Eveline.[19] Fue un flechazo mutuo, inocente, sincero y tímido en palabras; «las puntas de los dedos se rozaron accidentalmente sobre la mesa» y Rietdorff se quedaba «paralizado de felicidad» cuando oía su voz. Un día, mientras volvían a casa, Eveline hizo una señal a Rietdorff para entrar en el jardín lleno de maleza de la iglesia de Marienkirche, donde un rápido beso les embriagó de euforia. Ella salió corriendo diciéndole: «¡Hasta mañana, cariño!». Aquella noche hubo un bombardeo infernal; la escuela y muchas de las calles de alrededor se llenaron de escombros. Rietdorff recordaba: «Nunca volví a ver a Eveline».[20] En 1945, innumerables niños de Berlín estaban teniendo que enfrentarse a la perspectiva de sus propias y devastadoras pérdidas. Por esta razón, para algunos berlineses tomar las armas pudo representar una forma de escape e incluso de liberación.

Con las fuerzas regulares de la Wehrmacht en posiciones defensivas por todo el campo de los alrededores, las calles de Berlín se encontraban en parte en manos de los hombres de las SS, cada vez más desquiciados y decididos a cazar «traidores», y en parte en las de los de la Volkssturm, de edad más avanzada, quienes, pese a sus

gafas y al aspecto andrajoso y descabalado de sus uniformes, podían al menos jactarse de la solemnidad de su experiencia. Se trataba de individuos que habían vivido situaciones de violencia tremenda, cataclísmica, muchos años atrás. La Volkssturm no se constituyó hasta unos meses antes del otoño de 1944. No fue un acto de desesperación; más bien, los lugartenientes de Hitler Martin Bormann y Heinrich Himmler pensaron que estos hombres podían aportar un fervor y un entusiasmo que se traduciría en una radicalización de toda la población civil. Hubo un tiempo —tras el célebre intento de asesinato de Hitler en 1944— en que el alto mando nazi había tenido a los veteranos de la Volkssturm en mejor consideración y bajo menos sospecha que a algunos integrantes del cuerpo de oficiales regulares. La Volkssturm sería dirigida no por los militares, sino directamente por el partido, e impulsada no por la lógica militar, sino por las aplastantes y apocalípticas certezas de la ideología nazi.

Cierto es que en los albores del movimiento había habido escenificaciones y discursos impactantes cuando estos hombres ya maduros, que en su día a día habían sido empleados o directivos con traje y sombrero, fueron reclutados y desfilaron por Berlín con sus gabanes verde musgo y sus brazaletes de la Volkssturm. Pero también hubo cierta renuencia. En primer lugar, algunos de estos hombres no querían utilizar los uniformes pardos que correspondían más al estatus nazi que al de la Wehrmacht. Y había otro motivo de escisión: los más mayores que, años atrás, en la Primera Guerra Mundial, habían pertenecido a la clase de oficiales eran claramente conscientes de las deficiencias militares de la maquinaria del partido nazi, de su incompetencia y sus armas defectuosas, y querían que fuera el ejército regular el que les proporcionara un equipamiento que de verdad funcionara y una instrucción realmente eficaz.

El movimiento tenía como objetivo reclutar a todos los civiles varones de entre dieciséis y sesenta años; una cifra equivalente a unos doce millones de hombres en toda Alemania. Para abril de 1945, los parámetros se habían ampliado aún más, desde los trece a los setenta años. Naturalmente, los nazis sabían que la Volkssturm no podía constituir una fuerza de combate plenamente operativa,

pero esperaban que pudiera servir para obstaculizar al enemigo de manera más indirecta: hostigar a los invasores, aumentar las bajas, debilitar la moral, hasta que, tras una larga guerra de desgaste y con las fuerzas estadounidenses y británicas agotadas, fuera posible influir en el final del conflicto y los términos de paz sin llegar a una completa capitulación alemana. La actitud hacia los soviéticos era distinta: el *existenzkampf*, literalmente, la lucha por la propia vida y el alma del país. Así pues, la Volkssturm tenía que entregarse a una «lucha sin cuartel en cualquier lugar de Alemania donde el enemigo quiera poner el pie».[21]

Para estos empleados administrativos, el entrenamiento físico en sí —cada tarde al salir de trabajar y los domingos durante varias horas— era agotador; pero a menudo resultaban aún más agotadores los mítines pararreligiosos en los que los oradores nazis describían el mundo en términos de sangre y muerte, tierra y honor, exterminio y supervivencia. También había exhibiciones de inspiración medievalista: la Volkssturm tenía que jurar profesar altos ideales de caballería y gentileza hacia las mujeres. Y, detrás de todo ello, estaban las ardientes evocaciones de la traición de Versalles. «¡Nunca más un 1918!», proclamaba la propaganda del doctor Goebbels. «¡Podrán romper nuestros muros, pero jamás nuestros corazones!».[22] En abril de 1945, el tono efervescente de esta retórica altisonante ya estaba perdiendo su poder: es posible que a muchos varones berlineses de cierta edad, que ya habían vivido tantos horrores, nunca les hubiera sonado especialmente auténtica. También había otros, más cautos, que simplemente no querían tener nada que ver con ella. El padre del escritor checo Peter Demetz vivía en el Berlín fragmentado en la primavera de 1945 y sabía que no faltaba mucho para que le obligaran a entrar en la Volkssturm. Su plan para evitarlo —dado que no se hacía ilusiones sobre las fuerzas que se iban aproximando a la ciudad— era encantadoramente simple: esperar a la total oscuridad del apagón, encontrar el cráter profundo de alguna bomba, y «caerse» dentro, a fin de quedar exento de cualquier obligación.[23] Lo cierto es que encontró el cráter, pero cuando se dejó caer dentro ya era demasiado tarde para

darse cuenta de que era mucho más profundo de lo que él creía. Su cuerpo aterrizó sobre un revoltijo de ladrillos y consiguió romperse no solo una pierna, sino las dos. De este modo, quedó claramente excusado de prestar servicio activo.

Los nazis tuvieron la perspicacia de darse cuenta de que la población tenía una actitud de aceptación serena —e incluso positiva— ante la idea de una entrada triunfal de las fuerzas estadounidenses y británicas. Culturalmente, el porqué no era difícil de adivinar: justo antes de que estallara la guerra, una de las novelas más vendidas en Berlín era *La ciudadela*, del autor británico A. J. Cronin, ambientada en las comunidades mineras del sur de Gales, cuyo argumento trataba de médicos idealistas y socialmente sensibilizados, y desigualdades de clase. Otra había sido la espectacular epopeya de Margaret Mitchell sobre la guerra civil estadounidense, *Lo que el viento se llevó*. Eran muchos los berlineses que, en las últimas etapas de la guerra, no podían resistirse a sintonizar en sus radios la absolutamente prohibida BBC. Ni siquiera todos los implacables bombardeos habían logrado destruir del todo aquella creencia en la decencia aliada.

Los nazis eran plenamente conscientes de que esto era así, y una de las lecciones de la propaganda que con más énfasis se narraba en los mítines de la Volkssturm era sobre los supuestos planes que los soldados norteamericanos tenían para las mujeres alemanas, con especial atención a los soldados norteamericanos negros: obviamente, los nazis no tenían ningún problema en recurrir a una de las más antiguas y burdas calumnias raciales cuando relataban a los veteranos alemanes las intenciones de los invasores. También se subrayaba que lo que querían los estadounidenses y los británicos no era solo derrotar a Alemania, sino borrar su cultura del mapa: hacer desaparecer la pura esencia de lo germano. Fue por entonces cuando otros berlineses comenzaron a oír rumores de que los aliados iban a obligar a una sumisa Alemania a convertirse en una sociedad enteramente agrícola (se trataba de un eco derivado de las recomendaciones reales del Plan Morgenthau de 1944, una propuesta norteamericana para destruir la capacidad de Alemania de librar futuras guerras, liquidando casi toda su industria pesada),

despojando a la sofisticada ciudad no solo de su arte, sino de su innovadora tecnología. Entre los aliados, había habido quienes —en particular, el jefe del mando de bombarderos británico, sir Arthur Harris— no habrían estado en desacuerdo con este objetivo.

A principios de abril de 1945, los baqueteados hombres de la Volkssturm ya eran del todo capaces de darse cuenta —simplemente a partir del escaso y viejo armamento que les proporcionaban— de que su resistencia sería de una inutilidad nihilista. Algunos de los rifles que les repartían eran verdaderas antigüedades que se remontaban a la Comuna de París de 1871. Otros estaban en lamentables condiciones, al haber sido incautados a prisioneros franceses y de otras nacionalidades. Los soldados de la Wehrmacht que andaban de paso por la ciudad o estaban allí destinados trataban de encontrar tiempo para estos combatientes *amateur*. Hombres que todavía vestían sus trajes de oficina, cuya condición de Volkssturm solo se evidenciaba por el uso de un brazalete, eran instruidos en las técnicas específicas para la carga y uso del nuevo armamento. En cuanto a los niños que se hallaban entre ellos, se les enseñaba a utilizar unos rifles cuyo tamaño era excesivo incluso para los más mayores. Algunas lecciones eran todavía más execrables: a los grupos locales de la Volkssturm se unirían oficiales de las SS, en un estado de extrema agitación, como avispas encerradas dentro de un bote. Su función era instruir a los chicos en otra forma muy distinta de luchar en la guerra, como el bombardeo suicida de tanques soviéticos. El llamamiento al sacrificio ritual de las Juventudes Hitlerianas se hacía sin ningún reparo. Muchos hombres de las SS, años atrás, habían estado sentados en torno a aquellas fogatas en el bosque, escuchando historias de sangriento heroísmo, con los ojos como platos.

Aquella primavera, la histeria de los nazis también se puso de manifiesto con la llegada de las unidades Werwolf;[*] estos «hombres lobo» iban a constituir el último bastión de la resistencia a las tropas aliadas que se estaban aproximando a toda velocidad: una fuerza de guerrilla formada por terroristas estrictamente organizados y dispuestos a atacar mediante el sabotaje y el combate casa por casa. Su función era demostrar que el régimen nazi nunca se dejaría

doblegar. Una de las figuras arrastradas por esta peculiar espiral fue Oswald Mathias Ungers, que más adelante adquiriría cierta fama como innovador arquitecto. Nacido en 1926, de niño había mostrado una gran fascinación por los aviones y una aptitud todavía mayor para las matemáticas. En 1942, con dieciséis años de edad, se vio empujado a la guerra por el servicio de trabajadores del Gobierno. Al principio estuvo destinado en los equipos de construcción de aeropuertos; su arma era una pala. Intentó ser piloto, pero suspendió el examen médico y fue reclutado para el servicio de inteligencia de señales de la Luftwaffe; a medida que el conflicto iba empeorando, él fue entrando cada vez más en el núcleo de la espiral. «Creí que cualquier decisión que tomara estaría siempre mal, que no sería la correcta en ninguna circunstancia, y que por tanto era mejor dejarme llevar», contaría más adelante a sus entrevistadores de una revista especializada en arquitectura. «Dondequiera que me mandaran, yo iba como un valiente soldado».[24] En 1945, tenía diecinueve años: «Al final, por muy extraño que parezca, acabé en el Werwolf. Todavía quedaban algunos fanáticos que creían que podrían cambiar el resultado de la guerra. Nos destinaron a un escuadrón y nos escondimos en la oscuridad del bosque».[25] Su entusiasmo no duró mucho; al poco tiempo se dispuso a dejarse capturar por los estadounidenses.

En aquellos primeros días de abril de 1945 es posible que aún quedaran unos pocos berlineses obstinados en creer en que pronto se obraría un milagro y el régimen respondería al golpe con una fuerza devastadora que dejaría a sus enemigos noqueados. Aunque en opinión de Christa Ronke esta idea y los que creían en ella provocaban la burla de sus vecinos más experimentados; y esto, pese a los intentos de las SS por aterrorizar a barrios enteros con ejecuciones públicas en la horca de los «traidores», «desertores» y «cobardes».[26] Como ella recordaría más adelante:

> Estado de ánimo de la gente: la lucha es una locura. Todos expresan en voz alta que el Gobierno debería darla por terminada de una vez. No tiene sentido seguir luchando. La guerra está perdida. Por qué tantas víctimas innecesarias ahora, ¡militares y civiles! Muchos escuchan emisoras del enemigo, yo entre ellos. Por supuesto, los nazis siguen hablando de victoria. Nosotros esperamos que los norteamericanos lleguen a Berlín antes

> que los rusos. Goebbels y los periódicos creen que los rusos cometerán asesinatos y violaciones. Las emisoras del enemigo dicen lo contrario. No sabe una qué creer. El tema de la comida empeora día a día; tenemos hambre y, como no se labren los campos, las cosas irán aún peor.[27]

No había ninguna duda de que los hombres que patrullaban aquellas calles en ruinas sabían perfectamente hasta qué punto las cosas iban a ir peor. Desde los ennegrecidos edificios de pisos vacíos, y las iglesias quemadas, hasta los en su día glamurosos grandes almacenes, ahora convertidos en intimidantes moles carentes de iluminación que guardaban, según se rumoreaba, artículos de lujo para las élites; la ciudad que los más viejos del lugar habían conocido —aquella en la que habían nacido, cuando Berlín y Alemania todavía eran gobernados por una casa real y un emperador que se daba aires de grandeza— estaba siendo desmantelada ante sus ojos. Si resultaba imposible tratar de imaginar la ciudad que sería en el futuro, también lo era evocar las resplandecientes calles del pasado. Pero los hombres de más edad de la Volkssturm llevaban largo tiempo acostumbrados a ver aquellas calles trastocadas por la anarquía.

3
LA AGONÍA REVOLUCIONARIA

Entre las mujeres y los hombres metidos en aquellos húmedos sótanos-refugio había algunos que habían ejercido de nudistas en su juventud. La afición de Berlín por la desnudez pública, que había comenzado antes de la Primera Guerra Mundial y había llegado a convertirse casi en una tendencia de masas —*nacktkultur*— en la década de 1920, practicada en parques, lagos o clases de baile, había constituido un impulso irresistible. En toda Alemania, se habían vendido cientos de miles de libros de Richard Ungewitter sobre este tema; una revista llamada *Die Schönheit* («Belleza») contenía abundantes ilustraciones de elegantes desnudos. Un exsoldado llamado Hans Suren había escrito una guía titulada *El hombre y el sol* sobre los beneficios de hacer ejercicio desnudo. (Él y Ungewitter también eran, según acabó trascendiendo, profundamente antisemitas y fascistas, obsesionados con la eugenesia y los ideales de perfección corporal arios). La desnudez pública —ya fuera en los escenarios de Berlín o a orillas del lago Halensee— era, en líneas generales, una metonimia de la tendencia natural de la ciudad hacia los extremos. Sin embargo, estos extremos también habían adoptado otras formas que habían traído consigo turbulencia, inestabilidad e inseguridad. En muchos sentidos, el siglo XX había llegado rápido —puede que demasiado rápido— a Berlín. Aquellos ciudadanos que entonces se enfrentaban al interminable terror de los bombardeos ya sabían lo que era la destrucción. En las primeras etapas de su juventud, el cambio de siglo había visto otro tipo de ciudad en ruinas: la revolución eléctrica industrial había llegado tarde a Berlín y, en la frenética carrera por

ponerse al día, algunas áreas urbanas fueron desmanteladas a fin de hacer sitio a inmensas fábricas, fundiciones y modernas plantas químicas, mientras que los ciudadanos más pobres —que nunca habían manejado certezas en torno a la seguridad de sus viviendas — veían cómo su vida se volvía cada vez más azarosa. Más adelante, tras la Gran Guerra, los monolíticos bloques de viviendas de zonas como Wedding y Pankow pasaron a estar sucios, abarrotados, deslucidos y fríos, y no ofrecían más que la tenebrosa vista de unos patios tremendamente sombríos o de un cielo gris y contaminado sobre sus cabezas (una de las razones por las que, para algunos, ir a los bosques de la ciudad a quitarse toda la ropa constituía una liberación simbólica y purificadora). Con la pobreza llegó la violencia —las palizas, peleas y agresiones eran tan frecuentes y estaban tan extendidas que simplemente formaban parte de la escuela de la calle —. En ciertos sentidos, los ancianos de Berlín nunca habían conocido una paz duradera, y la ciudad que en 1945 había que defender con armas de otra época, según se le decía a la Volkssturm, ya había sido testigo, en anteriores conflictos, de cómo sus calles se tornaban mortalmente peligrosas. En el invierno de 1918, cuando eran jóvenes, una parte de ellos había participado en las multitudinarias manifestaciones convocadas en las plazas y frente a los edificios públicos de la ciudad, llamando a la creación de un mundo nuevo.

El fin de la Primera Guerra Mundial había traído la revolución a una nación cuya unificación se había producido solo cincuenta años antes. Cuando Alemania se zambulló en la Gran Guerra, ella y Berlín estaban bajo el Gobierno constitucional de la casa de Hohenzollern. El final, cuando llegó, se produjo asombrosamente rápido. Cuando la inutilidad de tantos millones de muertos se combinó con la amargura de la derrota, el inicio de las voraces reparaciones de guerra exigidas por los vencedores (la primera de las cuales fue de veinte mil millones de marcos de oro en materias primas) y la vigorosa inspiración de la toma del poder por parte de los bolcheviques en Rusia, la indignación brotó con rapidez en las calles de Berlín. El káiser Guillermo II abandonó cualquier idea de sofocar la revolución y, tomando nota del sangriento y aterrador final de la familia Romanov en un sótano, bayoneteada y fusilada por los bolcheviques

en julio de 1918, buscó refugio en los Países Bajos. La mayor preocupación de las clases medias y altas de la ciudad era que el comunismo no encontrara hueco allí, pero la marea socialista iba creciendo cada vez más. Mientras el moderado Philipp Scheidemann proclamaba la nueva república desde el balcón del Reichstag, el ferviente comunista (y activista contra la guerra) Karl Liebknecht se dirigía a las aparentemente desconcertadas multitudes desde un balcón rival: el del abandonado Berliner Schloss, el palacio real del káiser, cuyos tesoros habían sido expoliados por eficientes saqueadores. Durante un tiempo, la inflexible rigidez del lenguaje marxista invadió las calles de Berlín. Se formó un Consejo de Comisarios del Pueblo, ratificado por —entre otras— la Asamblea General de Consejos de Trabajadores y Soldados de Berlín. Luego, en este paisaje invernal de incertidumbre económica y de veteranos de guerra mutilados, irrumpieron con violencia soldados de extrema derecha. En las navidades de 1918, las aceras estaban cada vez más manchadas de sangre. Las escaramuzas se hicieron aún más frecuentes.

Aparte de las mutilaciones de la guerra, los soldados traían una enfermedad: una cepa de gripe conocida como «gripe española» que había mutado en las trincheras y que, en aquel momento, se estaba extendiendo por el mundo. Sus víctimas eran, contra lo habitual, personas jóvenes y sanas. En todo Berlín, como en otras ciudades europeas y de Estados Unidos, las familias y los médicos presenciaban impotentes cómo los pacientes, con los pulmones como esponjas empapadas, jadeando por la falta de aire, desarrollaban cianosis heliotrópica: una coloración de la piel de un azul intenso que se extendía desde las mejillas al resto de la cara y al cuerpo. A veces llegaban a sangrar por los ojos. El rojo de las gotas de sangre sobre el blanco algodón tenía un brillo peculiar. La muerte era inevitable y cundía por todas partes. Estos terribles síntomas volverían a hacer aparición en 1945 debidos no a un virus, sino a los efectos del cianuro voluntariamente ingerido, dado que muchos berlineses optaron por liberarse del miedo por las vías más desesperadas.

Aun así, como el conde Harry Kessler, un diplomático aristócrata, comentó en 1918, en aquel primer invierno tras la guerra también hubo berlineses que, de forma sorprendentemente obstinada, se esforzaron por ignorar o minimizar la crepitante hostilidad política que les rodeaba, decididos a disfrutar de las fiestas navideñas, aunque fuera en un simulacro de normalidad, como Kessler dejaría anotado en su diario la Nochebuena de 1918:

> La feria de Navidad se celebró, pese al baño de sangre. Los organillos sonaban en Friedrichstrasse mientras en los puestos callejeros se vendían bengalas, pan de jengibre y espumillón. Las joyerías de Unter den Linden estaban abiertas de par en par, con sus escaparates brillantemente iluminados y relucientes. En Leipziger Strasse, las habituales aglomeraciones navideñas atestaban los grandes almacenes […]. En los Establos Imperiales yacían los muertos, con las heridas todavía recientes […]. Alemania abría sus brazos a la noche de la Navidad.[1]

Sin embargo, el día de Navidad, los socialistas volvieron a congregarse en el centro de la ciudad en torno a la bandera espartaquista radical de Karl Liebknecht, cuya inspiración era la Revolución bolchevique de Rusia; querían que el comunismo se instaurara también en Alemania, en tanto que el moderado líder del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), y que no tardaría en convertirse en presidente, Friedrich Ebert trataba de afianzar las bases de una nueva socialdemocracia.

La Liga Espartaquista había sido anteriormente un movimiento antibélico coordinado por la Internacional Socialista; Liebknecht había pasado en la cárcel los últimos años de la guerra. Su camarada Rosa Luxemburg, una brillante erudita en diversas materias y pensadora política, que se había mudado a Berlín en 1898 (y viajado a Varsovia para participar en la insurrección de 1905, parte del fuego revolucionario que se había extendido por el entonces Imperio ruso), también había estado en prisión durante la Primera Guerra Mundial. Se enteró de la Revolución bolchevique de 1917 desde su austera celda. Su reclusión no mermó un ápice su alegría, aunque ella era contraria al Gobierno de Lenin mediante (según sus propias palabras) el terror: ciertamente, las masas tenían que pasar por una enorme transformación espiritual, pero ella creía

que «la eliminación de la democracia [...] es peor que la enfermedad a la que se supone debe curar».[2] Solo el socialismo podía traer la verdadera democracia y la igualdad era imposible sin ella. Cuando en 1918 fue liberada, Luxemburg tenía cuarenta y siete años, y era una carismática profesora de jóvenes entusiastas a la que los políticos conservadores (y moderados) consideraban una amenaza. Luxemburgo irradiaba un optimismo y una esperanza contagiosos; sensible y sensual, no podía estar más lejos del frío estereotipo del radical impasible. Su examante Leo Jogiches, con quien siguió manteniendo estrecha relación, podía llegar a hacerle reír tanto que tenía que sentarse en la acera hasta que se calmaba. Tenía una gata llamada Mimi, entre cuyos admiradores se contaba el propio Lenin. Para los alemanes más conservadores, una figura como la de Luxemburgo —una intelectual judía nacida en Polonia y, sobre todo, una mujer— era una premonición del mundo moderno que estaba por llegar.

Su colega espartaquista Karl Liebknecht, por su parte, fue, en otros sentidos muy distintos, un anticipo del hipnotizador liderazgo que con el tiempo acabaría imponiéndose en Alemania: un hombre cuyo carisma no se hacía inmediatamente evidente, pero que podía ejercer un gran poder sobre las multitudes. «Era como un invisible sacerdote de la revolución —escribió el conde Kessler—, un misterioso pero rotundo símbolo que atraía la mirada del pueblo».[3] Sus discursos tenían una «inflexión cantarina», y las enormes multitudes que se congregaban para escucharle hablar desde los balcones de las comisarías de policía tomadas por los espartaquistas reaccionaban hacia él con un clamor de aprobación y agitando banderas rojas, mientras «miles de manos y sombreros se elevaban en el aire».[4] Para los pobres de Berlín, los hombres que regresaban rotos de la guerra, las mujeres exhaustas y cargadas de incesantes responsabilidades de trabajo y familia, cualquiera que les ofreciera no solo las recompensas del socialismo, sino los beneficios de la seguridad doméstica en un momento en el que el trabajo y el hogar eran permanentemente precarios, despertaba una adhesión entusiasta. Sin embargo, había muchos otros berlineses en quienes

la causa y el carisma de Liebknecht suscitaban odio. «Berlín se ha convertido en un caldero de brujas en el que fuerzas e ideas opuestas se están cociendo juntas»,[5] escribió Kessler.

Aquellas fuerzas explotaron en enero de 1919 con el Levantamiento Espartaquista. En 1945, muchos de los hombres de mediana edad de la Volkssturm seguramente se acordarían de aquellos tiempos en que ametralladoras, granadas y morteros explosionaban a su paso por las familiares calles de su ciudad. Liebknecht y Luxemburgo habían conseguido animar a un cierto número de trabajadores a armarse y tomar y ocupar puntos clave de Berlín, desde estaciones de tren hasta la Puerta de Brandeburgo o redacciones de periódicos, con puestos de ametralladoras, y las batallas entre revolucionarios y fuerzas del Gobierno, con las balas atravesando ventanas y vehículos, y los desfiles de banderas rojas ondeando al viento, eran un objetivo que batir para las tropas gubernamentales. Pese a que Liebknecht declaró que la presidencia de Friedrich Ebert había llegado a su fin, lo cierto es que quedaba muy lejos de ser así. Berlín era un campo de batalla; el Gobierno del SPD desplegó a los Freikorps —un cuerpo formado por exsoldados, muchos de ellos seguramente afectados psicológicamente por la guerra, y por adolescentes fanáticos demasiado jóvenes para haber podido participar en ella— a fin de eliminar y destruir a los comunistas. Al igual que en el Ejército, había oficiales y distintas graduaciones, pero tras la desmovilización y la derrota, las antiguas estructuras del verdadero Ejército se habían disuelto, y la manera en que fueron reorganizadas, en partidas itinerantes de grupos de Freikorps, quedaba muy lejos de las antiguas normas de reclutamiento.

Eran unos enemigos implacables, terroríficos y patológicos. Una de sus canciones favoritas decía: «Sangre, sangre, la sangre debe correr, densa como una lluvia de golpes».[6] También eran unos misóginos de marca mayor. La literatura de los Freikorps rebosaba violencia contra las mujeres. Uno de estos mercenarios de los Freikorps, que había apaleado a dos mujeres letonas sospechosas de ayudar al Ejército Rojo en el Báltico, recordaba cómo la sangre que

brotaba de sus cabezas era de la misma tonalidad que las rosas que adornaban la ventana.[7]

Aquel enero, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo se vieron finalmente obligados a esconderse, mientras los Freikorps cometían asesinatos por toda la ciudad, sin tener para nada en cuenta la existencia de un Estado de derecho o que estaban masacrando a civiles (mataron a cientos de ellos). En calles del centro se escuchaba el silbido de las balas. Y, no obstante, en los cafés se seguía atendiendo a los clientes, los estancos continuaban vendiendo cigarros, y en medio de la heladora penumbra de enero, los tranvías de la ciudad hacían saltar las chispas de sus raíles «como si fueran fuegos artificiales».[8] La ciudad estaba buscando una forma de coexistir con la amenaza de la violencia autorizada por el Estado. Y la encontró.

Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo fueron localizados y secuestrados por la división de la Guardia de Caballería (tan oscuramente evocadora del honor prusiano) y llevados a la sede del movimiento, en el hotel Eden. Liebknecht fue «interrogado»,[9] un eufemismo de la brutal violencia recibida. Luego le dispararon por la espalda. La muerte de Rosa Luxemburgo fue igualmente brutal. Se hizo circular el rumor de que una multitud de diversos oponentes de derechas la había localizado mientras la trasladaban desde un hotel a otro lugar; lo que en realidad ocurrió fue que los Freikorps le dieron una paliza mortal y la remataron de un tiro, para luego echar su cuerpo al canal Landwehr. El paradero de su cadáver constituyó un misterio durante varios meses hasta que, en el cálido verano, encontraron sus restos en el agua, descompuestos e hinchados hasta el punto de resultar irreconocibles; fue identificada solo después de una autopsia llevada a cabo en el hospital de la Charité.

El Levantamiento Espartaquista fue sofocado de forma sangrienta a lo largo de varias semanas y meses, durante los cuales el eco de los disparos no dejó de oírse por todas partes, y a lo largo de toda la década siguiente, los brotes de violencia entre la izquierda y la derecha siguieron siendo continuos. Aun así, en los meses anteriores a la inauguración del nuevo marco de Gobierno alemán —la

República de Weimar— a finales del verano de 1919 (la histórica y preciosa ciudad de Weimar constituía una candidata mucho más sosegada que el febril Berlín), la población de la capital había encontrado un modo de amoldarse a la irracionalidad para seguir trabajando, yendo de tiendas o de bares. Su mundo llevaba asomándose al abismo de la locura durante toda la guerra. Había muchas madres que seguían llorando la pérdida de sus hijos, y mutilados de guerra que al ser desmovilizados de sus horrendas e inútiles trincheras se habían encontrado con un Estado que tenía poco o nada que ofrecerles.

Los propios Freikorps tampoco tenían nada que ofrecer, salvo más oleadas de derramamiento de sangre. En la primavera de 1920, un abortado golpe de Estado encabezado por Wolfgang Kapp, que llenó las calles que rodeaban los edificios del Gobierno de psicópatas paramilitares, consiguió hacer huir a los ministros. Kapp era un exfuncionario público de sesenta y un años, fiel hasta la médula a la vieja, militarista y autoritaria aristocracia prusiana, conocida como los «junkers». Sus seguidores ya desfilaban con esvásticas antes del advenimiento del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP). Pero, aunque llegó a ocupar algunas dependencias del Ejecutivo, el grueso de la población de Berlín detuvo el avance de su nuevo reino fascista. Una huelga general contra el *putsch* provocó la parálisis: no había tranvías, ni trenes, ni electricidad, ni gas. A los pocos días, el golpe había fracasado y Kapp huía de la ciudad rumbo a Suecia. No obstante, la posibilidad de la violencia no desapareció nunca; el ambiente de seguridad que la guerra había borrado del mapa era difícil de recuperar. Había brotes de destrucción localizados y esporádicos; la rotura de escaparates y el saqueo de tiendas llegó a ser tan frecuente que los paramilitares asumieron una nueva función de carácter privado como vigilantes dedicados a proteger los comercios frente a los anarquistas.[10]

Pero había también quienes creían que incluso el convulso ambiente de las calles de Berlín seguía siendo mejor que las tierras de las que habían huido. El fin de la Gran Guerra había asistido al retorno de una enorme afluencia de refugiados judíos llegados desde

el este de Europa a la capital, población desplazada. La ciudad no contaba con un sistema de asilo propiamente dicho, aunque los burócratas trataron de crear un marco organizativo, con papeles que permitieran a los refugiados pobres salir hacia otras ciudades en busca de trabajo. En Berlín ya existía una comunidad judía asentada hacía tiempo, en su mayoría perteneciente a la alta burguesía y de inclinaciones políticas bismarckianas (conservadoras, profundamente leales al Estado y al mismo tiempo partidarias de la asistencia social), con un papel destacado en los campos artístico y científico. Sin embargo, el antisemitismo existía, más de una forma latente que claramente visible, como un conjunto de actitudes que nunca eran expresadas sin tapujos, pero siempre estaban ahí. Incluso el numeroso contingente de varones judíos que habían luchado en las trincheras y recibido abundantes condecoraciones militares siempre fue consciente, pese a la emancipación de principios de siglo, de ciertas silenciosas barreras, sociales y profesionales, que continuaban presentes en los peldaños más altos de la sociedad a la que ellos habían entregado sus vidas. No obstante, la comunidad judía era parte integrante del alma de Berlín. Y puede que en un principio existiera una cierta sombra de duda por su parte hacia los recién llegados del este. El escritor satírico judío Joseph Roth —su propia familia procedía de Galitzia— no podía disimular su ambivalencia cuando se desplazó a un albergue situado en el extremo este de Berlín, para informar de las nuevas llegadas de personas que habían huido de Polonia y de Ucrania:

> Muchos de estos hombres llegaban directamente de campos de prisioneros de guerra rusos. Venían con una extraña y maravillosa mezcolanza de uniformes. En sus ojos yo veía reflejada una tristeza milenaria. También había mujeres. Llevaban a los niños a la espalda como si fueran montones de ropa para lavar […]. Nosotros les llamábamos «el peligro del Este». El miedo a los pogromos les ha unido como en una creciente bola de nieve que va sumando desdicha y mugre en su avance hacia Alemania.[11]

Sin embargo, apenas unos meses después, Roth también comentaba que —una vez libres del miedo de que las comunidades locales pudieran volverse contra ellos— un gran número de judíos procedentes de Polonia y de Galitzia establecieron dentro de la

ciudad, cerca de Alexanderplatz, un fascinante reino para ellos mismos. Roth lo describía como un «extraño y melancólico mundo aparte»,[12] aunque a los que vivían allí no les pareciera exactamente lo mismo. Entró en un bar en el que había varios hombres y mujeres acordando especulativas operaciones comerciales. Allí ofrecían «buen pan, pescado en distintas salsas y salchichas de Cracovia», aparte de aguardientes. En otros sitios, en Grenadierstrasse, «olía a cebollas, pescado, tocino, fruta, y a infancia».[13] La pobreza se extendía por todas partes, tanto entre inmigrantes como locales. A principios de la década de 1920, las tasas de mortalidad infantil en Berlín eran asombrosamente altas —322 muertes por mil, en algunas áreas—, más que en cualquier otra ciudad europea. Muchas de ellas eran causadas por enfermedades gástricas, resultado del hacinamiento e insalubridad de las viviendas. Una enorme proporción de estas defunciones infantiles correspondía a lo que entonces se llamaba hijos «ilegítimos»; durante ese periodo, aproximadamente un 20 por ciento de los bebés de Berlín eran hijos de madres solteras, una proporción mucho más alta que la de otras ciudades.[14] Y estos niños, nacidos en el frío y sucio ambiente de la pobreza, eran los más vulnerables a las enfermedades.

En otros lugares de la ciudad, los llegados del este eran otros: rusos blancos —los que se oponían al bolchevismo— que huían de la revolución de Lenin. Entre ellos estaba el joven poeta y futuro novelista Vladimir Nabokov (que más tarde alcanzaría la inmortalidad literaria con su obra de 1955, *Lolita*). En su novela *La dádiva,* ambientada en la década de 1920, el protagonista, Fiódor, asiste a veladas de poesía rusa y malhumorados debates filosóficos celebrados en los elegantes barrios del oeste de Berlín. Come empanadillas calientes llegadas asimismo desde San Petersburgo a estas calles: «Compró algunas *piroshki* (una de carne, otra de calabaza, un tercera de tapioca…) en una tienda de comida rusa que era una especie de museo de cera de la cocina tradicional del país».[15] Fiódor también alberga sentimientos encontrados y algo esnobs sobre los berlineses con los que va dándose empujones en los

tranvías, que le desagradan por «su amor a las vallas, las filas, la mediocridad; el culto a lo administrativo [...] por el humor escatológico y la carcajada vulgar; por el gran tamaño de sus traseros, en ambos sexos, incluso en los que no están gordos». Sin embargo, él también se deja llevar por el culto nudista de la ciudad, y encuentra un claro en el bosque de Grunewald para desnudarse y experimentar esa desacostumbrada «libertad» de sus «carnes».[16] En términos más generales, Berlín era un hogar acogedor y confortable: abundaban las habitaciones de alquiler cómodamente amuebladas, en respetables casas de huéspedes regentadas por caseras a la vez fieras y protectoras y, según más de uno observó (en especial el entonces joven escritor británico Henry Vizetelly), con pies desproporcionadamente grandes. Esto era solo un par de años después de una guerra cuyas sacudidas seguían sintiéndose en toda la sociedad; la velocidad a la que Berlín volvió a ofrecerse a nuevos ciudadanos de otros países era en sí una demostración de su modernidad.

En cierto sentido, los recién llegados habían cambiado algo el paisaje de la ciudad, pero los mayores cambios, los más tectónicos, los habían generado artistas que, incluso antes de la guerra, ya habían empezado a fijarse en la estética arquitectónica y a pensar si Berlín podría dar un vuelco a todos los conceptos previos sobre el aspecto que debían tener edificios, calles y zonas residenciales. Paradójicamente, otra de las largas mechas que comenzaría a arder en los albores del nazismo fue la de la arquitectura berlinesa.

Incluso antes de que Hitler —que se consideraba a sí mismo arquitecto y soñaba con reconstruir Berlín de acuerdo con su propia visión— entrara en la ciudad, su paisaje ya había sido abruptamente impredecible. Algunas de las fábricas construidas a principios de siglo, como la Fábrica de Turbinas AEG, en 1909, diseñada por Peter Behrens, eran más bonitas que las casas de los trabajadores empleados en sus líneas de producción. Tras la Primera Guerra Mundial, los edificios entraron rápidamente a formar parte de la batalla cultural que tendría obsesionado a Hitler hasta su muerte. Esta batalla tampoco cesó con la caída del régimen nazi: la

imposición de un comunismo de posguerra en casi la mitad de la ciudad llevaría a una remodelación aún más profunda de todos los distritos. Para la gente de Berlín, no se trataba de ninguna abstracción etérea: la arquitectura era una expresión del alma de la ciudad. Asimismo, simbolizaba los permanentes tics nerviosos de la impaciencia pública: «La gente por entonces ya estaba acostumbrada a ver iglesias de estilo gótico, sinagogas de estilo oriental [...] y museos y edificios públicos de cierto estilo renacentista italiano —dijo el arquitecto Hans Poelzig en un evento de arquitectura celebrado en Berlín—. Cualquier intento de ir en contra de esto ha fracasado, y la arquitectura industrial en sí constituía la línea de menor resistencia».[17] También fue Poelzig quien en 1919 demostró que la revolución podía ir más allá de la industria. Hasta el interior de un teatro podía sugerir un mundo completamente nuevo.

Tras la guerra, Max Reinhardt, el gran director de teatro de Berlín, se propuso crear un espacio que atrajera a toda la población de la ciudad, tanto al público de clase trabajadora como a las clases medias, más refinadas. Para su localización se eligió el antiguo emplazamiento de un circo permanente, un gran espacio cerrado, que se convertiría en el Schauspielhaus («Gran Teatro»). Hans Poelzig se hizo cargo del proyecto, aportando un enérgico y sorprendente expresionismo a la ciudad. El vestíbulo de entrada contaba con enormes arcos y columnas de luz que se elevaban desde el suelo formando figuras orgánicas, con evocaciones botánicas. Más impresionante aún era el auditorio central. Colgando de la cúpula interior había mocárabes; largas y protuberantes estalactitas que formaban apretadas filas y parecían gotear desde los robustos pilares de apoyo.

Podría parecer extraño que la forma de un teatro fuera parte de una encarnizada batalla por la cultura, pero así fue. El estilo del Grosses Schauspielhaus llegó a ser particularmente odiado por Hitler, que —según se supo más tarde— tenía unas ideas fijas sobre cómo debía ser un teatro: neoclásico, con columnas, y butacas y palcos tapizados en terciopelo rojo. «Le gustaban en especial los

numerosos teatros construidos por Hermann Helmer y Ferdinand Fellner, que a finales del siglo XIX habían proporcionado a Austria-Hungría y a Alemania numerosos teatros barrocos, todos siguiendo el mismo patrón»,[18] escribió el arquitecto de Hitler, Albert Speer, de quien hablaremos más adelante. Pero el problema no era solo la arquitectura, sino el estilo de obras que se representarían en estos lugares. Lo más seguro era que la visión de Hans Poelzig se correspondiera con representaciones alusivas a la ingobernabilidad, de radicalismo e incluso obscenas, sobre el escenario. Al poco de instaurarse el régimen nazi, el Grosses Schauspielhaus fue reconstruido y las estalactitas expresionistas, eliminadas, para crear un espacio más ordenado, acorde con la mentalidad nazi.

En cambio, en la ciudad hubo otros arquitectos tremendamente innovadores, de 1919 en adelante, que llevaban tiempo deseosos de remodelarla. Entre ellos había jóvenes que habían estudiado bajo la deslumbrante creatividad de Peter Behrens. Sus nombres llegarían a adquirir mucha más fama que el suyo. Uno de ellos fue Ludwig Mies van der Rohe, que más tarde sería reconocido como una de las figuras más influyentes del siglo XX en arquitectura y en arte. En 1921, los berlineses quedaron hipnotizados por su extraordinaria propuesta para el primer rascacielos de la ciudad: sus dibujos describían no una composición de ladrillo y piedra, sino una enorme torre de cristal que se elevaba muy por encima de los tejados de Berlín, que hizo a Joseph Roth empezar a soñar despierto, maravillado. «Lo que puede tener la apariencia de una batalla contra los elementos es, de hecho, una unión con los elementos: el hombre y la naturaleza se convierten en uno solo —escribió—. El regocijo es el mismo en los rascacielos que en las montañas [...] las nubes se pasean sobre la cabeza de los mortales como antes lo hicieron sobre las de los dioses del Olimpo».[19]

También formuló una clarividente predicción. «Diez mil personas entran y salen de él a diario —escribió Roth—, menudas chicas de oficina, salidas de los angostos patios al norte de la ciudad, con su rápido taconeo y balanceando sus bolsos de piel, llenan los ascensores».[20] Las autoridades de la ciudad no tardarían en

rechazarla, pero esta visión de transparente cristal y acero fue la que más adelante Mies van der Rohe llevaría consigo a América; y la que, un siglo después, sería imitada en el mundo entero.

Mies van der Rohe también pensó en el futuro de la vivienda social; su creación de ochenta y ocho apartamentos en Afrikanische Strasse, en el barrio obrero de Wedding, más avanzada la década, mostraba a los berlineses una vida más limpia y más brillante: marcadamente rectilínea, con pocos y redondeados bordes, interiores llenos de luz procedente de ventanas verticales y horizontales y con toda la fachada del edificio estucada en color limón pálido, levemente evocadora del Mediterráneo.

Mies van der Rohe fue uno de los miembros fundadores del grupo de arquitectos que se autodenominó «El Anillo» y formaba parte del movimiento estético Neue Sachlichkeit. Y este no fue el único proyecto visionario de viviendas dirigido a transformar el bienestar, tanto material como espiritual, de las clases trabajadoras. Al noroeste de la ciudad, justo debajo de la zona industrial en su día apodada *Fireland* («Tierra del fuego») debido a la inmensa cantidad de cenizas, hollín y humo que lanzaba al aire de Berlín, yacía un lugar todavía más ambicioso: una miniciudad por derecho propio que había sido fundada a finales del siglo XIX. Siemensstadt era un inmenso complejo dedicado a los nuevos desarrollos en materia de electricidad y de química. Sus fábricas y plantas eran estructuras de ladrillo rojo, algunas tan elegantes que recordaban los perfiles de los nuevos grandes hoteles de moda; el alojamiento de su fiel mano de obra iba a adoptar una forma similarmente novedosa. Al comienzo, Siemensstadt se encontraba en un terreno no urbanizado y pantanoso, alejado de zonas residenciales. Pero en 1919, tras la Gran Guerra, cuando se edificaron allí nuevas fábricas para alojar la nueva tecnología, además de la primera factoría de diez pisos, quedó claro que las condiciones de vida del cada vez mayor número de empleados debían planificarse con cuidado.

Hans Hertlein fue el arquitecto que diseñó los revolucionarios planos. Las clases trabajadoras urbanas nunca antes habían vivido así. Iban a construirse quinientos pisos de dos, tres y cuatro

dormitorios. En lugar de anodinos y sucios bloques de viviendas, habría edificios residenciales con terrazas y jardineras para colocar plantas, con una disposición similar a la de un pueblo, con plazas verdes, arcos y relojes en torres ornamentales. En cuanto a sus prestaciones, cada piso tendría su instalación de fontanería completa y, casi todos, su propio cuarto de baño. Las nuevas viviendas se ocuparon rápidamente, y para finales de la década ya eran necesarias más, que se construirían con un estilo modernista aún más llamativo. Esta vez, entre los arquitectos se encontraba Walter Gropius, fundador del instituto Bauhaus, cuyo manifiesto aunaría el arte, el diseño, la arquitectura y la artesanía en un revolucionario todo estético. La visión que él y otros colegas plasmaron en mil quinientos nuevos pisos era de una sobresaliente brillantez y pulcritud geométrica; por dentro, los pisos exhibían una sinfonía de diferentes e inusuales colores: paredes de color amatista, esmeralda o rojo cobrizo. Eran viviendas que transmitían una sensación de juventud, vigor y energía. Sorprendentemente, no solo sobrevivirían a Hitler y a la guerra, sino que seguirían habitadas hasta bien entrada la posguerra. El legado de Walter Gropius no es precisamente escaso, pero estos hogares simbolizan de modo brillante la forma en que el arte pudo imponerse por encima de las más violentas y destructivas ideologías. Sin embargo, para el propio Gropius, el camino a través del horror que estaba por llegar no sería fácil de recorrer.

Este visionario, que había combatido en el frente durante la Gran Guerra, simplemente deseaba que el mundo en el que tenían que desenvolverse los trabajadores respirara belleza. Arte y oficio, decía, «se elevarán un día hacia el cielo de la mano de un millón de trabajadores, como el símbolo cristalino de una nueva fe».[21] Su vida, al timón de la Bauhaus, estaría dedicada a crear «un nuevo hombre en un nuevo entorno».[22] Una nueva estética envolvería las fábricas, infundiendo un aliento de vida a la producción industrial en masa, aplicando una alegre inventiva hasta al producto más sencillo. Sin embargo, como ocurrió con muchas visiones de un nuevo estilo

de vida, despertó el rechazo de muchos críticos rehenes de cierta destemplada impaciencia.

De hecho, la respuesta política a la Bauhaus (financiada con dinero público) —incluyendo sus excéntricas y vanguardistas fiestas en las que los invitados a veces iban completamente vestidos de metal, y los doblemente excéntricos artistas, cuales magos que congregaban a su alrededor a jóvenes discípulos e insistían en un vegetarianismo con aroma a ajo— casi siempre fue hostil. Gropius renunció a su cargo, y en la década de 1930, con la llegada de Hitler, finalmente fue obligado a emigrar. El último director de la Bauhaus fue Ludwig Mies van der Rohe y en 1933 su trabajo ya incluía pasar gran cantidad de tiempo en las comisarías para tratar de que dejaran en libertad a alumnos detenidos por los nazis. (Su condición de absoluto esteta le llevaba a no poder evitar comentarios como que los bancos de madera de las comisarías estaban muy mal diseñados). Mies Van der Rohe también fue obligado a emigrar. Tanto él como Gropius (aunque este último se instaló primero en Belsize Park, Londres, en un apartamento del edificio Isokon, de líneas blancas y exquisitamente modernistas) comenzaron una nueva vida en Estados Unidos.

Su revolución había puesto rumbo a otros lugares, y en los albores de la década de 1930, ya se percibía el avance de otras visiones más conservadoras. Los nazis no tardaron en encontrar sus arquitectos ideales para la capital. El profesor Heinrich Tessenow estaba seducido por los bosques, los lagos y los mitos de Alemania. Era patológicamente nacionalista. Al igual que sus contemporáneos, él también tendía a idealizar al trabajador, aunque desde un ángulo distinto, con un claro rechazo por el cristal y el acero y los afilados perfiles del futuro. «El estilo viene del pueblo —les decía a sus alumnos del Instituto de Tecnología de Berlín—. Está en nuestra naturaleza amar la tierra donde hemos nacido. La verdadera cultura no puede ser internacional. La verdadera cultura solo puede nacer del vientre materno de una nación».[23] Y proseguía declarando, en un tono nativista que posteriormente encontraría un terrible eco en los nazis: «La metrópolis es una cosa temible […]. La metrópolis es

una confusa mezcla de lo viejo y lo nuevo. La metrópolis es conflicto, un conflicto brutal. Todo lo que es bueno debería quedar fuera de las grandes ciudades [...] donde el urbanismo se mezcla con el pueblo campesino, el espíritu del campesinado se echa a perder. Es una pena que la gente ya no sea capaz de pensar en términos campesinos», decía Tessenow.[24]

Cuando Berlín estaba bajo el dominio de los modernistas en la década de 1920, un arquitecto más joven estaba aún aprendiendo el oficio; un hombre que sabía que los edificios urbanos eran proyecciones de poder y creencias, que reflejaban la sociedad y la cultura: Albert Speer. Nacido en 1905, quedó cautivado por las palabras y el trabajo del profesor Tessenow. Pero, a principios de los años treinta, Tessenow se vería eclipsado por su joven admirador. Speer entró vertiginosamente rápido en la órbita de Hitler. No fue por casualidad: había sido miembro del partido nazi desde principios de los años treinta. Él y su esposa vivían en el barrio berlinés de Wannsee y él era especialmente popular entre los cargos locales del partido, no solo porque su profesión le confería una cierta dignidad, sino también porque era el único miembro del partido local que tenía coche. Fue el jefe de distrito, Karl Henke, el primero en encargarle a Speer una remodelación de su sede; aunque la estructura mantuvo un estilo conservador, este se atrevió con unos innovadores diseños de papel pintado en fuertes colores primarios —rojo y amarillo— para las distintas salas. Una visita de la jerarquía del partido despertó un acusado interés por parte de uno de los colaboradores más estrechos de Hitler. Goebbels se entusiasmó con el estilo de Speer, y vio además la ventaja de contar con un arquitecto joven, agradable y refinado, para crear edificios dignos que aportaran al nazismo un toque de respetabilidad. Y, a su vez, tras la asunción y toma del poder por parte de los nazis en 1933, Speer descubrió que también despertaba fascinación en el propio Hitler. El Führer —afirmaría más adelante— no carecía de cierto talento natural para la arquitectura; podía esbozar rápidamente sus ideas, con lápices azules y rojos. Pero la inclusión de Speer en su círculo más íntimo parecía fruto de la seducción.

En cierta ocasión, Speer se dio cuenta de que se había presentado en un pequeño evento llevando una chaqueta inadecuada; Hitler insistió en prestarle una. Este gesto de intimidad fue comentado con cierta sorpresa por otros colaboradores cercanos al Führer. En otra ocasión, una cena para un reducido grupo de selectos invitados, Speer estuvo sentado enfrente del Führer; avanzada la velada, se encontró cruzando la mirada con Hitler, y ya no fue capaz de apartarla. Describió la escena que siguió como una competición de miradas. Speer decidió no apartarla de los ojos de Hitler antes que él, de modo que ambos permanecieron mirándose el uno al otro en silencio «como si no existiera el tiempo», según Speer escribió, antes de que Hitler se volviera a hablar con una mujer que estaba sentada a su lado. Esta pugna no pareció dejarle a Speer otra cosa que una sensación de leve y divertida incomodidad. Sin embargo, debió de preguntarse: ¿fue una simple exhibición de poder? ¿Un intento de tratar de ver qué guardaba en su interior? En este caso, Hitler debería de haberse sentido decepcionado porque, como revelan las propias memorias de Speer, así como una larga serie de entrevistas (llevadas a cabo tras cumplir su condena de veinte años de cárcel en Spandau) con la escritora Gitta Sereny, dentro del alma de Speer no había mucho que ver.[25] Sencillamente, no había nada. Su capacidad para la reflexión parecía del todo ausente. Hitler le quería tener cerca porque Speer era el instrumento que haría realidad su grandioso sueño para Berlín: despojar su centro de viviendas, apartamentos, oficinas, tiendas y fábricas, y reemplazarlo con avenidas de monumentalismo neoclásico, evocador de la Antigua Grecia. Y, en años futuros, los dos se reunirían a altas horas de la noche, en salas cercanas al despacho de la Cancillería, para conversar en secreto sobre la creciente colección de maquetas de Speer de su propuesta de ciudad regenerada: Germania.

Para Hitler era más que una obsesión; cuando estaba con Speer mirando las reproducciones de edificios en mármol, las pulcras fachadas rectilíneas y, en el centro, la extraordinaria mole del Salón del Pueblo, coronada por una cúpula de un tamaño muchas veces mayor que la de San Pedro de Roma, se generaba una especie de

tierna pasión. Él y Speer debatían los más mínimos detalles —desde la procedencia del agua que llenaría el lago frente a la reformada gran estación de ferrocarril hasta la manera en que la cúpula se vería desde distintos ángulos y perspectivas. Nadie más —ni siquiera la pareja de Hitler, Eva Braun— tenía permiso para ver estas maquetas a escala. Eran un secreto compartido solo por él y su joven arquitecto, un sueño para altas horas de la madrugada.

En el corazón del proyecto de Germania —las grandes y anchas avenidas bordeadas por edificios públicos, el papel dominante del Salón del Pueblo y el espacio proyectado en su interior, tan grande que las miles de personas que cabrían dentro parecerían hormigas —, latía una escalofriante aversión al aparentemente anárquico desorden del Berlín de entonces; no solo en comparación con los barrios de viviendas, con la colada semanal ondeando al viento como fantasmas de tela de algodón, sino con el bullicioso glamour de sus espectaculares grandes almacenes, teatros, fábricas y cervecerías. Todo esto no encajaba en una gran ciudad. El deseo que Hitler quería expresar era el de una capital que dominara Europa, que sobrecogiera a todo el que la viera; una ciudad que rechazaba de plano el futuro: en la visión de Speer no había rascacielos por ninguna parte (en un momento en el que la línea del horizonte dibujada por los edificios de Nueva York tenía maravillado al mundo). Solamente el Führer podía permitirse mirar desde las alturas las calles llenas de gente; ese no era lugar para el hombre corriente. Ninguna estructura se interpondría en la perspectiva de la gran cúpula. Esto era una manifestación de un romanticismo antiguo, oscuro: Speer quería construir exclusivamente en piedra porque imaginaba su ciudad en ruinas pasados mil años. Estas ruinas estarían cubiertas de enredaderas de hiedra, como si las pinturas de Tiepolo cobraran vida. La propuesta no era solo absurda, sino que la idea —muy del gusto de Hitler— revelaba también una verdad más profunda que había ido fraguando en sus sueños secretos: sus fantasías eran siempre, fundamentalmente, sepulcrales. De lo que Germania carecía, sobre todo, era de cualquier cosa que sugiriera la presencia humana entre sus

inmensos edificios o la hiciera visible en sus largas y anchas avenidas.

Más adelante, cuando llegó la guerra y Speer fue apartado de la arquitectura para pasar a ser ministro de Armamento y Producción de Guerra y estar al timón de un abominable proyecto nacional de trabajo esclavo, la visión de Germania empezó a perder terreno, si bien Hitler continuó yendo a ver su querida maqueta de la ciudad por las noches. Los bombardeos aliados a gran escala comenzaron en 1943 y fueron aumentando de intensidad, mientras Berlín iba convirtiéndose en cenizas, sin que pudieran nacer románticas enredaderas entre tantos huesos tronchados y carne hecha papilla. Pero por más frío y sociópata que fuera Speer —un hombre al que la idea de que debía mostrar arrepentimiento parecía desconcertarle completamente— no se le podía desestimar así como así. Aunque gran parte de su arquitectura de alguna manera conseguía resultar a la vez vulgar e imponente, también tuvo momentos de inspiración artística, destellos de discernimiento que le permitieron hacer uso de los efectos estéticos adecuados para glorificar a los nazis.

Berlín había sido en tiempos una ciudad deslumbrantemente nocturna; la luz —y su habilidoso manejo— constituía parte integrante de su atractivo. Justo a partir de la Revolución alemana, en 1919, comenzó a adquirir fama mundial como una ciudad rica en iluminación. «Berlín es moderna, es moderna gracias a su luz —afirmó el pintor francés Fernand Léger en la década de 1920—. Su lucha contra la noche […]. Yo llevo en Berlín ocho días y todavía no me he dado cuenta de que se hace de noche […]. Berlín es un bloque único de luz».[26] En esto la ciudad se mostraba fieramente competitiva, muchos decían que había desplazado a París como la «nueva Ciudad de la Luz de Europa».[27] En la época de Weimar, la industria y la ciencia, así como la actividad comercial, se unieron para hacer que Berlín brillara tanto que todas las demás luminarias de Europa parecieran pequeñas y sosas. Había incluso un término, *der lichtwirtschaftliche gedanke*, que venía a significar «la idea de la

economía de la luz». En 1922, el neón llegó a la ciudad con sus colores iniciales en rojo, azul y amarillo; el descubrimiento, realizado pocos años antes por científicos británicos, de que el gas de neón dentro de un tubo de ensayo producía una luz asombrosa cuando se le aplicaba una carga eléctrica, fue posteriormente estudiado con especial interés en Berlín, con experimentos que dieron lugar a nuevas tonalidades en rosa y verde. Al poco, las mojadas aceras nocturnas empezaron a vestirse con el reflejo de estos colores, mientras primero cientos y luego miles de anuncios eléctricamente iluminados emitían su característico zumbido sobre las vallas comerciales. La empresa de bombillas Osram, con sede en Berlín, diseñó entretanto gran variedad de nuevas formas de iluminación, y en la década de 1920 se proyectó un espectacular monumento arquitectónico con el sencillo nombre de «La casa de la electricidad».[28] Pero donde el poder hipnótico de la luz en la oscuridad para seducir y atrapar, tentar y persuadir, adquirió todavía más vida fue en la manifestación artística más nueva de Berlín: los escaparates de los grandes almacenes. Mientras la ciudad pasaba por su revolución estética más palpitante, «fueron los escaparates de Berlín los que adquirieron más fama a escala mundial».[29] En la década de 1920, importantes calles comerciales como el Kurfürstendamm se transfiguraban al atardecer por obra del más sofisticado cuadro viviente: la alta costura mostrada sobre decorados móviles, o maniquíes animados mecánicamente e incluso mujeres reales que posaban tras los escaparates de cristal, iluminados con el arte y el cuidado de una producción teatral, desde con el naranja más chillón hasta el violeta más intenso. Los descomunales almacenes Wertheim, en Leipziger Strasse, componían escenas tomadas de los grandes maestros de la pintura, uno de cuyos ejemplos, ligeramente macabro, fue el de docenas de muñecos infantiles vestidos de blanco y dispuestos en diferentes alturas, bajo una luz intensa y con un telón oscuro de fondo.

Pero no eran solamente los escaparates. Los propios edificios constituían en ocasiones exhibiciones luminosas: los almacenes Karstadt, en Hermannplatz, a finales de la década de 1920, ya

habían superado los de Wertheim, convirtiéndose así en los más grandes del mundo en su categoría. Tenían nueve plantas de altura y en su fachada se veían dos grandes torres y ventanas en forma de ranuras verticales, que por la noche eran brillantemente iluminadas; toda la estructura parecía latir al compás de la radiante electricidad. Para la primavera de 1945, los almacenes Karstadt, que en su día habían encarnado la fusión entre el futurismo y la elegancia, se habían convertido en algo muy distinto para los berlineses: el edificio, sin luz y salpicado por la metralla de las bombas, seguía siendo utilizado como depósito de suministros de emergencia para las necesidades más básicas de la ciudad. Bajo el cielo plomizo, y despojado de todo su poder, parecía una sombría fortaleza. Bajo cualquier apariencia, el edificio Karstadt, con sus adustas líneas verticales y su monumental tamaño, imitaba a los edificios que se sentían más próximos al orgulloso corazón industrial de la ciudad: sus centrales eléctricas. Este eco era algo intencionado, porque cuando las calles de Berlín se inundaban de luz en los años veinte, muchos se sentían muy orgullosos de aquellas altas torres proveedoras de energía.

La extraordinaria y enorme central eléctrica de Klingenberg, construida en el barrio oriental de Rummelsburg en 1925 —de ladrillo rojo colocado con estilo expresionista, no solo en filas horizontales, sino también verticales y con ángulos de cuarenta y cinco grados, que en su interior contaba con oficinas de suelos de mármol— era una ciudadela del futuro, una fortaleza con muchas torres, de medio kilómetro de extensión, a las orillas del río Spree. Esta enorme estructura no resultaba tan intimidante como podría parecer, al quedar suavizada por su reflejo sobre las aguas del río. Proporcionaba luz, pero también calidez; en sus cercanías se inauguró una piscina exterior, que se calentaba con la energía sobrante de la planta. Incluso las subestaciones eléctricas eran de una majestuosidad sorprendente; construidas también con ladrillo rojo, algunas recordaban a ábsides de iglesia, pero con unos ángulos y detalles extraños e innovadores. Las estructuras destinadas a proporcionar la luz mostraban una identidad algo liviana; el estilo y los adornos arquitectónicos, sus variadas perspectivas, demostraban

que la industria no tenía por qué ser fea o impersonal; que, en la era moderna, incluso los edificios más funcionales estaban imbuidos de cierto gusto por las proporciones y el color. (Estas subestaciones no solo han sobrevivido hasta hoy, sino que están en pleno uso y albergan oficinas de empresas tecnológicas o modernos restaurantes, lo que demuestra la solidez de aquel impulso artístico).

Por otra parte, había un estridente e hipnótico producto importado que cobró nueva y vigorosa vida tras la Gran Guerra: el Luna Park, una invención norteamericana, era un parque de atracciones permanente a las orillas del lago Halensee, en el bosque de Grunewald, al oeste de la ciudad, que aportó animación y luz a la vida nocturna: aquí, bajo grandes lámparas de brillante amarillo limón y el rojo más intenso y seductor, las personas en busca de diversión podían sumergirse en un mundo en el que el pensamiento consciente y ordenado desaparecía para dejar paso a la pura sensación. Se trataba asimismo de un ámbito «hipermoderno», también parcialmente construido en un estilo expresionista por el escultor Rudolf Belling, entre otros. A diferencia de los más tradicionales parques de atracciones alemanes del siglo anterior —una panorámica de carpas y barbacoas—, este era un espacio en el que diferentes mundos y temáticas eran recreados por medio de fachadas, desde góticas a orientales, y configurados de acuerdo con perspectivas distorsionadas. También se caracterizaba por un movimiento incesante y giratorio: el escritor Kurt Tucholsky se sintió desorientado al montar en un basculante tiovivo que parecía formar parte del movimiento «cubista-expresionista».

Además de todo esto, había que tener en cuenta la exagerada cantidad de cerveza que se vendía y se bebía. Una de las áreas de bar estaba ambientada como la típica taberna bávara, aunque con una forma exageradamente angular y distorsionada, y un giro inesperado más: un burbujeante arroyo de cerveza en medio. Los visitantes que se consideraban algo más refinados podían tomar el té en el Luna Palace. Pero las ilusiones un tanto delirantes que el parque sugería funcionaban mejor por la noche. También los exóticos refrigerios que podían encontrarse allí y en otros bares de Berlín: un «pink persico» era licor de melocotón con «un toque de

frambuesa»; un «black and dash» era aguardiente de patata con un «terrón de azúcar empapado en ron»;[30] incluso la cerveza rubia normal de Berlín podía estar «animada» con un «toque de frambuesa». Aunque los gustos culinarios de los bebedores seguían siendo los de siempre, «salchichas, rollitos de arenque en vinagre, patatas fritas»,[31] o incluso una simple «sopa de guisantes» servida en grandes cuencos y acompañada de un bollo caliente, o pan de centeno con cominos, las novedades visuales seguían siendo muy celebradas en la vida nocturna.

Este fue especialmente el caso del Haus Vaterland, inaugurado a finales de los años veinte en Potsdamer Platz; una fantasía arquitectónica de seis pisos, con una cúpula iluminada en llamativo neón, y lleno de restaurantes y bares ambientados en diferentes países. Un lugar mucho más entretenido que las viejas «cervecerías del tamaño de estaciones de tren» de Berlín,[32] con salchichas servidas por los pasillos centrales; este era un impresionante palacio del placer, con cines y escenarios con bailarinas, además de bares. La zona de restaurante del café Turco era una fantasía oriental, con abundancia de rojos y ocres y arcos ornamentales. El resplandor del exterior del edificio pretendía ser una contribución más a la arquitectura de la luz de Berlín.

Las propias calles de Berlín compartían esta cualidad: «La ciudad era como una feria —escribió Erich Kästner—. Las fachadas de las casas estaban bañadas por deslumbrantes luces para avergonzar a las estrellas del cielo».[33] En otros lugares, como las salas de baile y clubes nocturnos, a menudo había una «iluminación roja» que, como sugirió el escritor, trataba de atenuar la luz y, a la vez, emitirla. En el Sportspalast de Berlín, se celebraban épicas carreras ciclistas por las noches, en las que los espectadores tenían que taparse los ojos por la intensidad de los focos que alumbraban a los atletas. La estética y la intensidad de esta luz también fueron consideradas por los que podían ver su potencial político.

La expansión de la fuerza aérea alemana, la Luftwaffe, y de las instalaciones relacionadas con ella, a mediados de la década de 1930, añadió otra forma más de luz a la oscuridad de Berlín: el haz

de los reflectores antiaéreos, en forma de enormes columnas de un blanco fantasmal, penetraban en la oscuridad de la noche. Fue Albert Speer quien, dentro ya de la órbita de Hitler, vio que aquella luz podía utilizarse de un modo muy distinto. En la primavera de 1934 iba a celebrarse un masivo mitin del partido en un aeródromo para dirigibles zepelín. Este tipo de convocatorias, cuyo objetivo era causar una gran impresión, a menudo ocasionaban momentos ridículos, con los miembros del NSDAP tratando (sin conseguirlo) de desfilar con paso disciplinado, mientras sus grandes barrigas sobresalían por encima de los pantalones. Según Speer, era mejor «que desfilaran saliendo de la oscuridad».[34] Esto provocaría el doble efecto de disimular un poco su aspecto risible y dar a la vez cierto tinte dramático a lo que, de otro modo, no sería más que una sucesión de discursos:

> Alguna vez había visto nuestros nuevos reflectores penetrando e iluminando kilómetros de cielo. Le pedí a Hitler que me proporcionara ciento treinta de ellos […]. El efecto superó con mucho todo lo imaginable […]. Los […] perfectamente definidos haces de luz, colocados en torno a la pista a intervalos de doce metros, podían divisarse desde una altura de unos seis u ocho mil metros, fundiéndose a continuación en un resplandor general. La sensación era de estar en una inmensa sala, con los focos actuando como poderosas columnas de unos muros infinitamente altos. De vez en cuando, pasaba una nube atravesando esta guirnalda de luces, aportando un inesperado toque surrealista a este espejismo.[35]

Aquí estuvo el arranque de una distintiva estética fascista que iría evolucionando y desarrollándose a través de los multitudinarios y cuidadosamente coreografiados mítines de Núremberg, que además encajaba a la perfección con la afición de Hitler a pronunciar enardecedores discursos por las noches. Él también era consciente de la receptividad que la oscuridad podía despertar. (Se trataba de una estética que también, de forma inconsciente, estaba inspirada en el mundo del espectáculo: años más tarde se señaló que las columnas de luz eran una técnica que ya había sido perfeccionada para los suntuosos estrenos cinematográficos de la década de 1920 en Berlín). Speer, cuya vanidad era muy acusada, daba a entender que la inspiración era únicamente suya. «Imagino que esta "catedral de la luz" fue la primera arquitectura luminiscente de este tipo —

afirmó con todo descaro en sus memorias—, y para mí sigue siendo no solo mi concepto arquitectónico más hermoso, sino también en cierto modo el único que ha sobrevivido al paso del tiempo».[36] Como hombre arrogante carente de ironía, Speer no habría sabido ver el amargo humor negro que encerraba esta afirmación, dado que los mítines de Núremberg no son un material apto para sutiles retrospectivas de galerías de arte. Sin embargo, en términos generales, el terrible drama inherente al marcado contraste entre el resplandor y la oscuridad definiría la memoria visual tanto de Alemania como de Berlín, así como el cisma existente entre la histórica tradición de mofa a la autoridad propia de la ciudad y la velocidad a la que la gente se vio arrastrada a la violencia.

4
SANGRE DERRAMADA Y JÚBILO

«La capacidad para captar el lado escéptico de las cosas y un agudo sentido del humor siempre habían sido ingredientes fundamentales de la vida de Berlín —apuntó el filólogo judío Victor Klemperer (que sería luego uno de los pocos ciudadanos de Dresde que, milagrosamente, sobrevivió a la lluvia de bombardeos del 13 de febrero de 1945), y añadía—: que es la razón por la que todavía hoy no he conseguido entender cómo pudo prosperar el nazismo en Berlín».[1] La risa, por amarga que sea, era síntoma de una humanidad redentora, enemiga de ideologías rígidas basadas en el odio. Y, sin embargo, tras la Gran Guerra, seguida de la Revolución alemana y de años de desesperación económica, su corolario emocional, el odio, empezó a correr también por las venas de los berlineses. Su presencia era palpable en las calles más pobres. A veces, aunque la brutalidad tomara la forma de lealtad a unos principios políticos, parecía que esto no bastaba para explicarla; la rabia y los ataques sangrientos eran un componente casi fundamental. Hasta cierto punto, lo mismo podía decirse de otras muchas ciudades tras la Primera Guerra Mundial; en ciertos barrios de Londres, en las aceras a las puertas de los pubs, podían verse salpicaduras de sangre, y las peleas más violentas eran tan frecuentes que ni se las consideraba dignas de mención. Pero, en Berlín, la violencia incluía un componente extra, más allá de las luchas territoriales y el exceso de alcohol.

«Ciertamente, sería difícil encontrar, en la historia moderna, un terreno más idóneo para asesinos y demás canalla que la capital alemana», escribió el corresponsal de *The Times* en Berlín en 1920.

[2] En parte, reconocía, era una «secuela de la posguerra que también parecía afectar a Nueva York y Londres». En Berlín, no obstante, alcanzó un nuevo nivel: «Ahora mismo no resulta fácil asustar, impresionar o ni siquiera interesar a los que ya están acostumbrados a esto», continuaba el reportero.[3] Entre los casos más macabros estaban el de una madre desesperada que había metido a dos de sus hijos en un barril y cerrado la tapa con clavos, dejándoles allí hasta que se asfixiaron, un vidente estrangulado por unos pocos marcos, y el del asesino en serie del bosque de Falkenhagen, que mató a tantas personas que, cuando por fin le detuvieron, confesó que no era capaz de recordar cuántas víctimas llevaba. Este tipo de casos, combinados con la amplia disponibilidad de armas y los enfrentamientos armados entre bandas en zonas de clase trabajadora como Wedding y Moabit, hicieron que las calles se llenaran de agresividad y desasosiego.

«Todos los principales encausados son jóvenes imberbes, uno de ellos un colegial, sin experiencia en la vida ni capacidad de discernimiento», informaba *The Daily Telegraph* sobre un asesinato político cometido en 1922, que había causado gran impacto en un continente hastiado de muerte.[4] «Ellos mismos se han ido intoxicando con teorías demenciales y eslóganes absurdos, a través de los cuales los elementos militaristas de Alemania tratan de consolarse por haber perdido la guerra».[5] También había teorías conspiratorias: por ejemplo, recientemente se había publicado un bulo antisemita titulado *Los protocolos de los sabios de Sion,* que pretendía probar la existencia de contubernios judíos que tramaban dominar el mundo. El crimen por el que estos jóvenes fueron juzgados —en calidad de cómplices, dado que para entonces a los asesinos ya les habían matado o bien se habían suicidado— fue el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores alemán Walther Rathenau. En este acto de violencia, la intolerancia rampante arremetió con toda su furia contra la elegante élite de Berlín. El doctor Rathenau constituía en cierto modo la encarnación del modernismo que antes había caracterizado a la ciudad: un industrial, a la vez que ensayista, y un economista a la vez que un esteta. Y fue

una figura clave —tanto desde el punto de vista político como simbólico— en la incipiente República de Weimar, absolutamente volcado en encontrar vías que dieran estabilidad al país en medio de las voraces exigencias del Tratado de Versalles, para que su economía pudiera hacer realidad su enorme potencial. Rathenau era todo lo contrario al viejo estereotipo aristocrático prusiano: un meticuloso tecnócrata de empresa, de cincuenta y cuatro años, políticamente inclinado hacia la izquierda, judío, aunque no practicante, que imaginaba un nuevo entorno de trabajo en el que la dirección y los trabajadores estuvieran en armonía en lugar de en perpetuo enfrentamiento. La familia de Rathenau podía atribuirse parte del mérito por algunas innovadoras fábricas de Berlín: su padre Emil había visto el potencial que tenía la electricidad y había fundado la que más adelante sería la poderosa compañía eléctrica AEG.

Rathenau estaba familiarizado con el intensivo trabajo de los talleres, los hornos incandescentes, la asombrosa velocidad de las líneas de producción automatizada, el brillo envolvente de la nueva iluminación, y a la vez comprendía las repercusiones que las exigencias de las reparaciones de guerra estaban teniendo en los balances financieros de estas fábricas. Rathenau, atendiendo la petición del canciller Joseph Wirth, asistía a solemnes conferencias internacionales y, en 1922, solo veía una forma de aliviar el aislamiento y la presión a la que estaba sometida Alemania: un pacto sorpresa con Rusia (que supuso una brusca conmoción para Francia y Gran Bretaña, entre otros). Rathenau era muy admirado por Lenin, que le veía como un paso evolutivo del capitalismo en dirección a la certidumbre del socialismo. El Tratado de Rapallo —que normalizaba las relaciones diplomáticas entre los dos países, cancelaba las deudas entre ambos y posibilitaba una cooperación militar secreta— causó un enorme revuelo; existía el temor de que un nuevo plan secreto entre Alemania y Rusia dominara el continente europeo. Del mismo modo, no parecía entenderse mucho que una figura de altura intelectual como Rathenau no se hubiera planteado esta idea ni por un momento; el pacto era sobre todo un

síntoma de la desesperación económica de Alemania a la vista de las cada vez mayores reparaciones de guerra exigidas por Francia.

Rathenau vivía en una villa neoclásica en medio del bosque de Grunewald, al sudoeste de Berlín. Cada mañana, le llevaban al Ministerio de Asuntos Exteriores en una limusina. Aquella cálida mañana, la capota no estaba echada. Poco después de que el chófer arrancara, el coche paró ante un semáforo y otro vehículo, más modesto, en cuya parte de atrás iban dos hombres jóvenes con cazadoras de cuero, se puso a su lado. Uno de ellos abrió fuego con una ametralladora, el otro lanzó una granada de mano a la parte trasera de la limusina. La explosión hizo que esta se elevara en el aire. Sorprendentemente, el chófer de Rathenau solo sufrió heridas leves, y mientras corría a buscar ayuda, una enfermera que pasaba por allí acompañó al ministro de Exteriores en su agonía.

Los asesinos —Erwin Kern y Hermann Fischer, ambos de veintipocos años— ya eran veteranos en la violencia política extrema. Eran miembros de la ferozmente antisemita Organización Cónsul (una filial de los Freikorps). Ambos huyeron de Berlín y trataron de buscar refugio en el castillo de Saaleck. Cuando al final fueron detenidos por la policía, Kern fue alcanzado por una bala y Fischer volvió la pistola contra sí mismo y se suicidó. Entretanto, el conductor, Ernst Techow, de veinte años, se dirigió en el coche de la huida a casa de un tío suyo. Al ver el estado de excitación en el que llegaba, y enterado de la noticia del asesinato, el tío de Techow, fuera de sí, le propuso a su sobrino que cogiera una pistola y se fuera al bosque a pegarse un tiro, antes que caer en desgracia. En lugar de ello, Techow se entregó a las autoridades, enfrentándose a la pena de muerte como cómplice del asesinato, que le sería conmutada a quince años de prisión. Poco después, la anciana madre de Rathenau escribió una extraordinaria carta en la que perdonaba a la madre de Techow, único destello de redención dentro de todo este deplorable ciclo de violencia. Las repercusiones del asesinato fueron igualmente graves: la muerte de Rathenau, que parecía presagiar un imparable derramamiento de sangre, sacudió los mercados bursátiles extranjeros y la fe en la economía alemana, con la consiguiente devaluación de la moneda, que a su vez

contribuyó a desencadenar otra oleada que aumentaría el inminente maremoto de la hiperinflación y acabaría por destruir el sustento de los berlineses, forzándoles a apañárselas con la humillación de una moneda devaluada en una economía dominada por el pánico.

Fue durante este periodo cuando algunos de los berlineses más ancianos y con más dinero —que vivían de sus ahorros y rentas fijas — empezaron a darse cuenta de lo que era encontrarse entre los más pobres y desesperados de la ciudad; con un marco que se iba devaluando a marchas forzadas, la estructura de la civilización aceptada por todos —el simple acto de comprar comida— sencillamente se desmoronó. Las reliquias familiares reemplazaron a los billetes y las monedas, y todo, para adquirir artículos de primera necesidad cada vez más escasos. Comenzó la búsqueda desesperada de comida, no solo en los cubos de basura, sino también a través del robo y el consumo de mascotas domésticas. Los que ya tenían poco, se quedaron prácticamente en la indigencia; ¿de qué les servía el sueldo a los obreros siderúrgicos si al final de la semana el dinero no valía nada? Para innumerables familias berlinesas, la posibilidad de recuperar la fe en el sistema político a partir de este momento dejó de existir.

Y, aun después de restaurarse la estabilidad económica, todavía hubo llamas de violencia política que se encendían de forma inesperada. La sangrienta muerte de Rathenau fue fuente continua de inspiración para otros asesinos que odiaban el régimen de Weimar, pero a quienes quizá les movían unos deseos de violencia más básicos. En 1925 se descubrió una conspiración para matar al ministro de Asuntos Exteriores Gustav Stresemann; el potencial agresor, Karl Kaltdorf, trabajaba en la gran fábrica Siemens. Kaltdorf había sido un comunista devoto, pero hacía poco tiempo había cambiado de chaqueta y se había convertido en «un violento hitleriano». Sus intenciones quedaron anunciadas en una carta escrita a un amigo: «El cerdo debe morir».[6]

También hubo casos de asesinatos que en realidad no eran políticos, sino claramente nihilistas y que también parecían formar parte de las sombras de la última guerra. Uno de ellos fue

protagonizado por cuatro adolescentes de clase media del barrio berlinés de Steglitz, todos ellos en el último año de colegio, que parecían haber sellado un pacto mortal: en parte asesinato y en parte suicidio, con una pistola. El caso sirvió como prueba de una cierta degeneración de la juventud de Weimar, que cobró especial resonancia debido a la existencia de una preocupación generalizada sobre aquello en lo que se habían convertido los hijos de Versalles. (Un año antes había cundido una profunda inquietud ante una sucesión de asesinatos cometidos por chicos de entre nueve y once años; ataques con navaja contra adultos, dirigidos de modo aleatorio, con tal fiereza que las cuchillas les habían atravesado completamente el cuerpo. Y lo más perturbador era que estos casos no guardaban relación entre sí, salvo por el hecho de resultar exactos unos a otros en cuanto a su naturaleza).

La literatura de la última época de Weimar refleja una fuerte sensación general de desorden y malestar. El ejemplo más sobresaliente, tanto por su acritud como por su estilo literario, fue una novela de 1929 sobre el submundo de la ciudad titulada *Berlín Alexanderplatz,* de Alfred Döblin: la oscura saga de un presidiario puesto en libertad, Franz Biberkopf, y sus andanzas entre un repertorio de pornógrafos y prostitutas, bandas de ladrones, personas de clase media en circunstancias de penuria económica que se prestan a esconder mercancías robadas a cambio de una parte del botín, y los delincuentes profesionales que les explotan. Este mundo tan vívidamente descrito de calles heladas, tabernas baratas (las «carrilleras con patatas» se consideran un festín de lujo) y apartamentos destartalados que dan a patios tan claustrofóbicos que los vecinos pueden seguir de cerca lo que hace cada uno nos presenta una ciudad engullida por la vorágine y a su población debatiéndose impotente por salir de ella, atrapada por unas corrientes sobre las que tiene escaso o ningún control. Bajo el hostigamiento de una pobreza generalizada, la transgresión es a la vez odiosa pero inevitable. La estructura y el estilo de la novela es reflejo de este caos: a cada paso que da el protagonista, bienintencionado pero débil de carácter, el propio aire que le

envuelve parece ir llenándose, de forma casual, de noticias, fragmentos de conversación, letras de canciones populares.

Esta evocación de una ciudad que había llegado tarde a la modernidad, y a toda prisa, fue un éxito comercial inmediato no solo en Berlín, sino también a escala internacional. Dos años más tarde, con Berlín totalmente sumergido en el tsunami económico desatado por el derrumbe de Wall Street —en 1931, aproximadamente un 25 por ciento de la población de la ciudad estaba desempleada, y el mismo hambriento porcentaje de personas dependían completamente de unas ayudas sociales que, como mínimo, eran escasas y precarias—, otra novela todavía más cruda provocó, más que una cálida acogida, una enorme rabia. Su autor era hasta ese momento bien conocido por un relato infantil enormemente popular titulado *Emilio y los detectives*. Esta nueva obra, *Going to the Dogs*, era en gran medida un libro para adultos. En él, Erich Kästner relataba, con sarcástico humor, la historia de Jakob Fabian, un joven instruido pero perdido a la deriva en una ciudad carente de posibilidades para encontrar un trabajo seguro, y abundante en cambio en una promiscuidad emocionalmente turbulenta y una violencia palpitante, que a menudo amenaza con imponerse. Kästner captó ese momento crucial de la vida de la capital en el que tanto obreros como empleados se dividieron en grupos rivales —comunistas y nazis— y comenzaron a enzarzarse en conflictos aún más sangrientos.

A lo largo de toda la novela, se narran violentas manifestaciones desmanteladas por una policía sedienta de sangre, todo ello combinado con un malsano ambiente de pobreza generalizada y una omnipresente neurosis sexual. El joven protagonista, Fabian, se ve irresistiblemente retrotraído hacia imágenes pasadas de la Gran Guerra y las «terribles fotografías que había visto»,[7] además de por los despojos humanos que dicha guerra había dejado deambulando por las calles de Berlín. Existe una conexión física directa entre aquella carnicería y las nauseabundas y brutales incertidumbres de la ciudad en aquel momento:

> Decían que hay algunos edificios aislados […] todavía llenos de soldados mutilados. Hombres sin extremidades, con rostros espantosos, sin nariz, sin boca […]. Enfermeras a las que ya nada puede asustar introducen alimento en estas pobres criaturas desfiguradas a través de finos tubos de cristal, que clavan en el lugar donde habían tenido la boca. Una boca a la que antes podía escucharse reír, hablar y llorar.[8]

Estas referencias a mutilaciones, además de a burdeles, salas de baile o sórdidas casas de huéspedes en las que un infinitamente intercambiable desfile de parejas sexuales subía y bajaba de puntillas por las escaleras, causaron un revuelo inmediato: ya en 1931, unos meses antes de que los nazis dominaran la política, el ambiente estaba cambiando. El propio Kästner lo había detectado —estaba seguro de que le acusarían de «esparcir inmundicia»— y se adelantó a defender su obra en un epílogo a la novela que demostró su clarividencia sobre el peligro de otra guerra mundial:

> A todo esto, este autor replica: «Yo soy un moralista». Solo atisba un rayo de esperanza, y así lo expresa. Ve que sus contemporáneos, como mulas tercas, retroceden a toda prisa hacia un profundo abismo en el que caben todas las naciones de Europa. Y por tanto, al igual que otros lo han hecho antes y a la vez que él, grita: «¡Cuidado! ¡Agarraos bien a la barandilla que tenéis a la izquierda, con la mano izquierda!».[9]

Seguramente, solo un berlinés refinado como él podía concebir la imagen de una escalera mecánica —una innovación relativamente reciente que hasta entonces solo podía verse en los grandes almacenes más elegantes— como el medio para recobrar la razón.

De modo que ¿iba la joven generación berlinesa de 1930 —jóvenes que, diez años antes, cuando eran apenas muchachos, habían visto regresar de las trincheras a sus padres, taciturnos y con ojos llenos de angustia— a luchar su propia guerra para compensar la que se había perdido? No era tan sencillo: la agresividad presente en las calles de Berlín en 1932 era en parte debida a dos facciones mutuamente incapaces de entenderse, y ambas fatalmente convencidas de que la historia seguía un curso inexorable. La sangre se derramaba con terrible facilidad, y en situaciones diversas, a menudo en marchas y protestas que, o bien acababan en pelea, o bien despertaban la atención de la policía armada de la ciudad, entre cuyos miembros algunos todavía recordaban la anarquía salpicada

de balas durante la Revolución alemana. Cada muerte, a cada orilla de este abismo político, adquiría el rango de martirio; pese a lo cual, estas muertes parecían a la vez demasiado frecuentes. Por otro lado, estaba la dimensión internacional: la Liga de los Jóvenes Comunistas de Berlín quería establecer vínculos activos con la Unión Soviética, y entre sus filas había emigrados rusos que cantaban las glorias del socialismo. Entre estos comunistas comprometidos se encontraba en 1932 un alumno de escuela intelectualmente vehemente llamado Eric Hobsbawm, que más adelante habría de convertirse en uno de los historiadores más influyentes del siglo. Este es su recuerdo, expresado con cierta ironía:

> Nazis y comunistas eran partidos formados por gente joven, entre otras cosas porque los jóvenes están muy lejos de sentir rechazo por la política de acción, la lealtad y el extremismo, ajenos a los bajos, deshonrosos compromisos de los que piensan que la política es el arte de lo posible […]. Los nazis eran ciertamente nuestros enemigos en las calles, pero también lo era la policía.[10]

Uno de los enclaves centrales de los mítines era el Lustgarten, una bella extensión ajardinada cercana a los grandes museos y al Stadtschloss. Para 1930, cuando se reunían los Jóvenes Comunistas, ya había adquirido un cierto aire paramilitar. Sus cuasiuniformes de estilo defensivo eran curiosamente ingenuos, pero, a la vez, un claro indicador para los nazis —que ellos sabían que estarían observándoles— de que estaban preparados para luchar. El escritor Franz Hessel describió la escena así en sus memorias:

> El estandarte soviético se saluda con reverencia. Largas procesiones han llegado desfilando desde todos los rincones de la ciudad hasta aquí, con extraños instrumentos a la cabeza: trompetas de múltiples campanas, tubas de jazz, tambores africanos. Estos luchadores van uniformados exactamente igual que aquellos a los que quieren desbancar. Camisas grises y guerreras marrones ceñidas con cinturones, al estilo militar. Y los desfiles se organizan en torno a los brazaletes rojos de los que marchan a la cabeza.[11]

Hessel comentaba que un orador se situaba en los escalones que había frente a la catedral. Su enardecido discurso adquiría un tono inconscientemente religioso: los contundentes eslóganes relativos a acabar con la opresión y pedir justiciar para los pobres eran

coreados por la multitud, como se hace en misa. Sus himnos se parecían a los cánticos religiosos. Y el movimiento era maniqueo; porque el suyo era el único camino hacia la virtud, y los que se negaban a seguirlo debían ser considerados malvados. Absurdamente, llegado el año 1932, la mayor fuente de maldad, según los comunistas de Berlín, no era el evidente enemigo del partido nazi, sino los socialdemócratas centristas y su tibia condescendencia hacia las fuerzas del capitalismo. Estos subestimaban el enorme y letal potencial del partido.

Tras aquel afán por la lucha callera latían otros impulsos primarios. «Después del sexo, la actividad que mejor combina la experiencia corporal con una emoción intensa es la participación en un mitin de masas en un momento de gran exaltación pública», afirmaba en tono jocoso Hobsbawm. Pero, «A diferencia del sexo, que es esencialmente individual, esta actividad, dada su naturaleza colectiva, puede prolongarse durante horas, no como el clímax sexual, al menos en el caso de los hombres».[12]

Los nazis también eran sabedores a la perfección de la euforia que podía generar el hecho de sentirse parte de un grupo físicamente fuerte, unido por la férrea convicción de que luchaban por la decencia y la limpieza, por la pureza alemana, contra la corrupta mancha de las influencias bolcheviques extranjeras. El joven doctor Goebbels caía en un profundo cinismo cuando estudiaba los medios por los que la sed de sangre podía influir y envolver a los jóvenes. Él era quien estaba detrás de los incendiarios artículos de prensa en *Der Angriff*; él y el partido organizaban los mítines nazis en lugares hábilmente escogidos, como el inmenso Berliner Sportspalast, el estadio cubierto en el que se celebraban las frenéticas carreras ciclistas de seis días. De nuevo, así lo cuenta Franz Hessel:

> El pabellón se llena. La policía patrulla frente a las puertas, porque se esperan contramanifestaciones por parte de «los rojos» en el exterior. Y la distancia entre pasar de largo y empezar a dar puñetazos no es mayor que la que hay entre morderse el pulgar y desenvainar la espada por los Montesco o los Capuletos […]. Si no llevaran puesta su insignia, de la Orden de la Reacción o la de la Revolución, sería muy difícil distinguir a estos impulsivos muchachos berlineses de ambos bandos.[13]

Tal vez en apariencia podría haber sido así, pero el hecho era que los nacionalsocialistas mantenían la promesa de administrar violencia, y en cada generación de jóvenes, de cualquier país, hay siempre una facción que se siente atraída por el poder y la euforia de una brutalidad sin límites. El propio Goebbels —nacido en 1897 en una familia católica de clase media-baja— era, a juzgar por las apariencias, todo lo contrario a un matón: de rasgos delicados, había nacido con un pie zambo y sus años de formación habían estado marcados por la introversión. En la escuela, había sido tan estudioso y retraído que más adelante se recordaría a sí mismo como «un lobo solitario». Con aspiraciones de novelista y dramaturgo, se sentía ineludiblemente atraído por la poesía del nacionalismo y todas sus invocaciones a un alma alemana esencial. Asistió a la Universidad de Würzberg y en los primeros años de la posguerra empezó a frecuentar círculos estudiantiles de derechas, que fantaseaban con vehemencia con un renacimiento y una venganza nacionales. Goebbels se doctoró en Filosofía y Literatura; su tesis se centró en el escritor romántico Wilhelm von Schutz, también embargado por este cuasimístico espíritu *völkisch*. En aquel momento Goebbels no era excesivamente antisemita para los estándares de la época. Pero no tardaría en llegar a serlo, y resulta significativo que por entonces ya entendiera el odio de los que entonces lo eran.

Goebbels (al que sus colegas llamaban «el doctor» y que nunca dejaba pasar la oportunidad de hacer gala de su título) se quedó deslumbrado con el nacionalsocialismo y los vociferantes mítines en los que, de repente, se sintió parte de una ponderosa comunidad. Aquella emoción de sentirse unido a otros —la euforia experimentada, en el lado opuesto, por Hobsbawm— fue un fenómeno que llegó a absorber a Goebbels. Se obsesionó con Hitler, al que conoció nada más cumplir este su condena por el «*putsch* de la cervecería» de 1923 (un temprano intento de golpe de Estado nazi que había tenido su punto de arranque en la cavernosa cervecería Bürgerbräukeller). El encuentro se produjo en 1925, y Goebbels estaba convencido de hallarse en presencia de un hombre que sin duda llegaría a gobernar. Para entonces, el talento de Goebbels para la manipulación de los medios de comunicación —la

atención al detalle en periódicos y en carteles, el impacto de las imágenes de águilas y esvásticas, incluso un hábil uso del sentido del humor— se había ganado el favor de Hitler. En 1926, Goebbels ya era el *gauleiter* nazi de Berlín. En aquel momento, la presencia del partido en la ciudad era mínima, y los pocos miembros que lo integraban habían protagonizado enfrentamientos cada vez más violentos con simpatizantes comunistas. Goebbels quería penetrar lo más posible en los distritos obreros de la ciudad y para ello no solo encontró luchadores curtidos —cuya afición a repartir leña primaba sobre su ideología—, sino también seguidores dotados de mayor capacidad de expresión a los que se podía formar como «soldados políticos».[14] También necesitaba lo que hoy denominaríamos «una campaña de relaciones públicas», en ningún caso para suavizar la imagen del partido, sino para hacer que saliera mencionado en la prensa generalista.

En este sentido, los mítines nacionalsocialistas que recibían ataques por parte del comunista Frente Rojo podían ser útiles para generar publicidad; pero Goebbels conocía el Frente Rojo mejor que la cuidadosamente calibrada tecnocracia de la República de Weimar. Él mismo no había reculado en nada respecto a la revolución leninista de Rusia; por el contrario, la veía bajo el aura romántica de un renacimiento o regeneración, y como una grandiosa liberación de las cadenas del capitalismo. Todo su fervor se concentraba en promover una revolución en Alemania, donde adoptaría una forma política distinta, pero seguiría marcando un triunfante distanciamiento respecto a las demandas del capital internacional. La diferencia era que Goebbels había atribuido los fracasos de Alemania a una teoría de la conspiración, y al proclamar esta teoría de la conspiración —los oscuros poderes que estaban detrás de la banca y los medios de comunicación— estaba despertando la ira de un número cada vez mayor de seguidores nazis.

No obstante, los comunistas de Berlín seguían siendo imprescindibles para sus planes, y cuando Goebbels organizó un mitin público nazi en el barrio obrero de Wedding, sus esperanzas se vieron sobrepasadas. El evento tuvo lugar en la sala Pharus, y antes

incluso de que empezara, los combatientes comunistas ya habían irrumpido dentro y se habían subido en masa al escenario. Aquello iba más allá de una pelea; ambos bandos portaban armas muy peligrosas. Había «cadenas pesadas, nudilleras de metal» y «barras de hierro», y un gran número de personas salió con la nariz o algún hueso roto o con otras heridas que requerían hospitalización. Pero, a la hora de hacer el recuento resultó, al menos según Goebbels, que fue el Frente Rojo el que salió peor parado, con docenas de heridos. Este episodio concreto de violencia cuidadosamente calculada fue el que hizo que el partido saliera en los principales periódicos de Berlín. Goebbels no buscaba su aprobación, eso le era indiferente. Lo que quería era que se diera cobertura al hecho de que el partido nazi estaba atrayéndose a los obreros y que estos obreros —todos ellos inocentes pacifistas— eran las víctimas de los brutales ataques de los terroristas marxistas.

Lejos de lo que decían los titulares, estos «terroristas» habían tenido como líderes a hombres como Walter Ulbricht, un joven de mirada intensa que, en 1928, con treinta y cinco años, fue elegido diputado para el Reichstag. Ulbricht era un típico *apparatchiks* comunista, que había pasado por la Escuela Internacional Lenin del Comintern, en Moscú, y que afirmaba que el objetivo de su partido era «la derrota de nuestro propio Gobierno [...] y el establecimiento de un régimen soviético».[15] (El camino que iba a seguir por el laberinto de la historia le llevaría, en años futuros, tras pasar por las Brigadas Internacionales en la guerra civil española y el Terror de Stalin en Rusia, donde residió durante toda la Segunda Guerra Mundial, de nuevo de vuelta a casa, para dominar primero Berlín y después Alemania Oriental, ejerciendo un poder que Goebbels nunca habría podido imaginar).

A finales de la década de 1920 y principios de la de 1930, Berlín era una ciudad plagada de múltiples periódicos con gran número de lectores y, en el *Der Angriff* de Goebbels, el blanco de la ira editorial no era el comunismo como movimiento, sino el pueblo judío, al que, según convenía, podía identificarse con el bolchevismo, así como con las altas finanzas, las editoriales y los medios de comunicación. *Der*

Angriff se especializó en publicar repugnantes caricaturas de estereotipos judíos que daban a entender que, lejos de formar parte del espíritu orgánico de la ciudad, lo que pretendían era infiltrarse, hacerse con el control e incluso dirigir los acontecimientos internacionales. Se trataba de encender un fuego que, en algunos barrios de la parte industrial de la ciudad, no necesitaba mucha más leña para arder. El hecho de que el propio Goebbels empezara a profesar con cierta tardanza sus propias creencias patológicamente antisemitas hacía aún más oscura su enérgica proclamación de las mismas.

5
EL CAMINO QUE CONDUCÍA A LA OSCURIDAD

Bajo la intensa luz de un cobrizo atardecer, el deslumbrante reflejo dorado había sido visible desde la otra orilla del río Spree, y las calles densamente pobladas de sus alrededores. Ahora estaba apagada; solo era una grandiosa estructura hecha pedazos, no por la malevolencia nazi, sino por las bombas incendiarias de los aliados. La sinagoga, en su día ricamente decorada, estaba vacía, convertida en ruinas mojadas. En los primeros y oscuros años de la opresión, había ofrecido el consuelo de la comunidad; ahora era solo la representación física del hecho de que el consuelo era ilusorio. La intención de los nazis había sido hacer de Berlín un lugar *judenfrei* y este proceso había sido como una pesadilla lentamente asfixiante. A partir de 1933, el pueblo judío se vio apartado de sus profesiones, luego paulatinamente despojado de sus negocios y privado de sus placeres, desde pasear por el parque a ir a conciertos o a los restaurantes más populares, abiertos para todos sus conciudadanos; por último, en las oscuras noches de la guerra, se les obligó a dejar sus casas y fueron deportados en tren a destinos que no podían imaginar. Los vecinos veían en silencio como sus pisos eran saqueados u ocupados por oficiales de rangos inferiores. Para 1943, las autoridades ya declararon Berlín «libre» de judíos. Y, de algún modo, allá por 1945, mientras la ciudad permanecía a la espera de la creciente furia de las fuerzas enemigas cada vez más próximas, todavía quedaban supervivientes y fugitivos moviéndose sigilosamente entre las sombras. Incluso en el punto álgido de la opresión nazi, algunos jóvenes judíos hacían todo posible por evitar la panóptica mirada de la Gestapo. La vacía sinagoga de

Oranienburger Strasse había sido en su día símbolo de una urbe en la que este tipo de horror habría parecido inconcebible. Hubo una época en la que aquel mismo Berlín había sido un lugar de refugio.

En términos generales, la ciudad nunca se había complacido en exceso en la ornamentación; incluso las casas y palacios más grandiosos eran anodinas construcciones neoclásicas que podían verse en cualquier otra capital europea sin despertar la más mínima atención o interés. Pero en 1886, la novedad de la gran cúpula de oro reluciente, flanqueada por otras dos más pequeñas, sobre torres de rico colorido en tonos terracota, anunciaba una nueva era de apertura. La forma de esta magnífica construcción era casi una fantasía oriental, sus cúpulas recordaban deliberadamente las tierras del Mediterráneo, y marcaba un espectacular contrapunto con las demás iglesias, más adustas, de ladrillo marrón y dos torres gemelas en la fachada que presidían las demás calles de la ciudad. Obra de Eduard Knoblauch, sustituía a un templo del siglo XVIII cuyo tamaño había quedado pequeño para las necesidades de Berlín. A la inauguración de esta deslumbrante estructura había asistido Otto von Bismarck, entonces primer ministro de Prusia en esta Alemania preunificada.

Esta no era la única sinagoga y, quizá, ni siquiera la más estéticamente agradable. Solo a un kilómetro y medio aproximadamente, al noroeste de Rykestrasse, había un templo posterior, de principios de siglo, que, desde el exterior, parecía un eco de la moderna identidad industrial de la ciudad: intrincadas formas de ladrillo rojo contrastaban con discretos reflejos dorados en los dinteles. El aspecto del interior era más sereno y atemporal, en colores crema y verde, rojo y dorado. En los años posteriores al régimen nazi, fue la sinagoga de Rykestrasse la que protagonizaría todos los esfuerzos de conciliación con el horror existencial infligido a sus congregantes, así como a sus correligionarios del resto del mundo. Antes de aquella oscuridad, estas y las otras diez sinagogas construidas cerca del centro debieron de haber sido el símbolo más poderoso de que la población judía de Berlín —en continuo aumento

durante todo el siglo XIX— estaba intrínsecamente imbricada con el tejido vital de la capital.

Sin embargo, pese a que la ciudad creció hasta unos ciento ochenta mil habitantes en los primeros años del siglo XX, en otros lugares todavía había una constante sensación de ambivalencia. Esto tenía que ver con la cuestión de la «pertenencia» planteada por los gentiles. En general, y a modo de ejemplo, si una familia había vivido durante muchas generaciones en un país o una ciudad, ¿por qué nadie iba a preguntarse si esa familia se había «asimilado» a la cultura de aquel lugar? ¿Por qué no iba dicha familia a formar parte de la vida de esa ciudad como cualquier otra? ¿Por qué había de considerarse fuera de ella? Sin embargo, el término «asimilación» venía repitiéndose a lo largo de la historia de Berlín.

En cierto aspecto, esta ciudad era maravillosa y visiblemente cosmopolita, y lo fue sobre todo en los años siguientes a la Primera Guerra Mundial. Por otra parte, e irónicamente, se ha señalado que incluso en los momentos más oscuros del nazismo y la Segunda Guerra Mundial, aquel cosmopolitismo continuó, si bien de forma tristemente diferente, al llenarse sus fábricas de cientos de miles de trabajadores forzados, de prisioneros traídos desde todo el continente. Los polacos se mezclaban con los rusos y los franceses en las ajetreadas líneas de producción y en los espartanos bloques de viviendas. Las condiciones en las que vivían entraban en grotesco contraste con las que había habido antes. En líneas generales, la fama del carácter abierto de Berlín había sido anterior a Weimar (cabe mencionar aquí el caso del filósofo del siglo XVIII Moses Mendelssohn, que fue incorporado a la academia de Berlín y a la corte de Federico el Grande de forma gradual, inaugurando así una nueva era de estabilidad y aceptación para el pueblo judío). En 1866, la Neue Synagoge fue la expresión de una pujante confianza, aunque los judíos aún no gozaran en Berlín de la plena ciudadanía. Había allí una fe decidida a no ocultarse, más que a autoproclamarse grandilocuentemente por las calles de los alrededores. Y esto en un momento en el que, a cientos de kilómetros al este, en las tierras bajo la tiranía zarista, el pueblo judío estaba siendo aterrorizado por

decreto oficial. En cambio, se trataba de una ciudad en la que una gran comunidad —dedicada a diversas profesiones, desde sastres a banqueros, pasando por comerciantes, científicos, empleados administrativos, filósofos, dueños de cafés o profesores de literatura — podía prosperar sin que nadie les importunara. «Yo estaba plenamente convencido de ser alemán, europeo, un hombre del siglo XX —escribió Victor Klemperer sobre aquel Berlín de entonces—. ¿Sangre? ¿Odio racial? Hoy en día no, aquí no, ¡es el centro de Europa!».[1] La vida religiosa se centraba en cuestiones relativas a la tradición y la ceremonia. Sin embargo, la pregunta, planteada siempre por otros, seguía estando ahí: ¿estaban asimilados?

El término ponía de relieve que aquella imagen histórica de apertura siempre había tenido unos límites definidos. Durante mucho tiempo a lo largo del siglo XIX, los varones judíos tenían prohibido incorporarse al Ejército, y no digamos soñar con formar parte del distinguido cuerpo de oficiales. Cuando llegó la Gran Guerra, su alistamiento sí fue finalmente bienvenido, pero incluso después de los sacrificios hechos en aquellas sangrientas trincheras, la pregunta de la asimilación seguía formulándose. Peor aún: había gentiles que después de aquello trataron de negar que los judíos hubieran luchado y muerto en la contienda. Unos diez mil varones judíos perdieron la vida en el conflicto, una proporción enorme de la población hebrea total; pero, aunque se concedieron medallas y se les rindieron honores militares, algunos resentidos y recalcitrantes antisemitas siguieron insistiendo en que estos soldados de hecho se habían intentado escaquear del combate real. Lo cierto era que los judíos de Berlín eran con frecuencia más alemanes en cuanto a sensibilidad y legado cultural que sus conciudadanos gentiles, pero, para comienzos del siglo XX, la cultura ya no se consideraba el principal indicador; ahora lo era la «raza», dentro de una ola de entusiasmo por la eugenesia en todo el continente. Mucho antes de que Heinrich Himmler se obsesionara con los conceptos de los arquetipos teutónicos procedentes del gélido norte frente a los nacidos en los desiertos del Levante, ciertos sectores de la sociedad berlinesa aceptaban a sus vecinos judíos, compraban sus productos,

contrataban a sus profesionales jurídicos o disfrutaban con su creatividad artística y musical, pero nunca dejaron de verlos como «otros». Hannah Arendt identificó con gran agudeza la imposible posición en la que se había situado al pueblo judío desde el siglo XVIII, incluso por parte de sus amigos gentiles. «En lugar de definírseles por la nacionalidad o la religión —escribió—, a los judíos se les estaba transformando en un grupo social cuyos miembros compartían ciertos atributos y reacciones psicológicas cuya suma total supuestamente constituía la judeidad».[2] Esto, a su vez, confería a cada individuo una categoría distinta a la alemana. Cuando la tormenta del nazismo estalló, incluso los gentiles que simpatizaban con el judaísmo encontraron difícil disociar a sus amigos hebreos de los malévolos libelos y caricaturas antisemitas.

Así pues, aunque la espeluznante velocidad con la que los nazis pasaron de los boicots comerciales al asesinato industrial en masa jamás habría sido posible de predecir para una mente sana, el principio del antisemitismo en sí no supuso en ningún caso una ruptura filosófica: durante los terribles días posteriores a la derrota alemana de 1918, una de las nuevas novelas que más se vendieron en los quioscos berlineses fue la mediocre obra antisemita titulada *El pecado contra la sangre*. No había pasado mucho tiempo desde la Gran Guerra cuando, junto con el mito de los soldados «huidizos», surgieron las teorías de la conspiración urbanas: que los poderes del capitalismo, entre ellos, el que representaban los «usureros» judíos que hacían dinero con el armamento, habían sido clave para el desencadenamiento del conflicto. A esta teoría le siguió otra que, si se analiza, tal vez debería haber invalidado la primera: que la Revolución rusa de los bolcheviques y el intento de la Revolución alemana estaban dirigidas por judíos que querían propagar la insidiosa doctrina del comunismo. Esta aparente contradicción —la crueldad y la codicia del capitalismo, y el fuego ideológico del comunismo, ambos igualmente atribuibles al pueblo judío— siguió de algún modo persistiendo. Así como las novelas de ficción baratas describían a los villanos judíos como unos monstruos obesos y avariciosos que llevaban sombreros de copa y mascaban puros,

existía el también sorprendente estereotipo del judío de Europa del Este: pobre, sucio y portador de enfermedades medievales. Esto, junto con la publicación en 1921 del sangriento e injurioso libelo *Los protocolos de los sabios de Sion* y la continuada creencia en que la prensa y el mundo académico estaban controlados por las élites judías, hizo que incluso en una ciudad tan sofisticada como Berlín surgieran focos de antisemitismo en los rincones más oscuros. En algunos casos, la malevolencia era homicida; antes incluso de que los «camisas pardas» tomaran las calles, había a quienes el odio les llevaba a tramar sangrientos asesinatos.

Aunque durante y después de la Segunda Guerra Mundial, y hasta la división de la ciudad entre el Este y el Oeste, la historia de la comunidad judía de Berlín —su vertiginoso ascenso, su sistemático desmantelamiento, el intento de hacerla desaparecer por completo y los posteriores esfuerzos, a partir del final de la guerra, de reconstrucción y expiación— se hace aún más compleja, pese a que el antisemitismo crudo era predecible y común —los mismos tercos estereotipos han seguido apareciendo en otros lugares, por todo el mundo, Gran Bretaña incluida—, hubo también brillantes brotes de filosemitismo. Estos últimos se pusieron de manifiesto incluso en los días más oscuros, callada y discretamente, en un momento de histeria desbocada y fríos asesinatos en masa. Unos actos que demuestran que había ciudadanos que eran inmunes a la vil propaganda y simplemente veían a seres humanos como ellos. Los prejuicios rara vez sorprenden, pero la amabilidad puede a veces resultar extraordinaria. En la primavera de 1945 todavía quedaban algunos judíos —un número muy escaso— en Berlín; la inmensa mayoría había sido llevada a la fuerza a estaciones de ferrocarril donde les hacían subir a trenes con destino al este para no volver, o incluso para no saber de ellos nunca más. Pero unos pocos, como Marie Jalowicz-Simon, se las arreglaron para esconderse de la vista de las autoridades con la ayuda de sus amigos gentiles. Ella y un puñado de jóvenes procedentes de distintos lugares de la ciudad se arrancaron las estrellas amarillas de sus abrigos y adoptaron identidades no judías.

Dado que las deportaciones habían comenzado en Berlín, siempre había habido soplos y rumores sobre adónde estaban enviando a los judíos. Un punto cardinal entero —«el Este»— se convirtió en sinónimo de muerte. Pese a este asesinato a una escala sin precedentes, los nazis nunca fueron capaces de descoser del todo las numerosas y complejas hebras judías entretejidas en la vida y la cultura de Berlín. Había judíos cuyas voces habían ayudado a que la ciudad se entendiera a sí misma, de formas que demostrarían ser mucho más duraderas y resistentes que el nacionalsocialismo. Por ejemplo, el crítico, ensayista y filósofo Walter Benjamin, criado en el oeste de Berlín en el seno de una próspera familia, a principios de siglo, quien se dedicó a observar los más mínimos detalles de calles y parques (hasta las modernas máquinas expendedoras de chocolate), así como a los estudiantes y las prostitutas, los dandis y las caseras de pisos, los salones y las bulliciosas pensiones, y proporcionó a Berlín un marco de filosofía urbana. Siendo estudiante en los días previos a la Gran Guerra, él y otros compañeros del idealista Movimiento Juvenil se reunían en lo que ellos llamaban «La Sala de Debates», unas habitaciones que Benjamin había alquilado cerca del «viaducto ferroviario municipal» y «las tranquilas aguas del canal de Landwehr».[3] Benjamin era el prototipo de berlinés judío que luchaba por encima de todo por la *kultur und bildung* («cultura y formación»). Él no aspiraba a la revolución, sino a un deseado y espectacular progreso social: era «un intento heroico por cambiar las actitudes de la gente sin cambiar sus circunstancias».[4] Y el final de la guerra no trajo la revolución a Berlín, en su opinión, sino algo más bien parecido a un torbellino imparable: «Nada siguió igual excepto las nubes, y bajo esas nubes, en un campo de fuerza de torrentes y explosiones destructivas, estaba solo el pequeño y frágil cuerpo humano».[5] En medio de todo esto, existía una poderosa sensación de constituir la «última élite verdadera del Berlín burgués»[6] dentro de lo que parecía una sólida base de civilización. Guardaba un recuerdo proustiano de las redes familiares y comerciales de su juventud: «Seguro que nuestros trajes se comprarían en Arnold Müller, los zapatos en Stiller's y las maletas en Mädler's», y

«finalizados los encargos, nuestro chocolate con nata montada nos lo pedirían en Hillbrich's».[7] (El contraste entre aquel mundo rememorado con tanto detalle y el triste desenlace de la vida Benjamin, a la que él mismo puso fin en 1940, en la frontera entre Francia y España, mientras trataba de escapar de la Wehrmacht, intensificaba la emoción de estos recuerdos). En aquellos breves y dorados años en los que Berlín era un lugar seguro, la madre de Benjamin había preferido frecuentar la sinagoga de la Reforma, y su padre, en cambio, la Ortodoxa. En su juventud, Benjamin había mostrado una clara aversión por ambas.

Lo mismo podría decirse de muchos miembros de su generación; pero esto no significaba que la práctica o el sentimiento religioso hubieran desaparecido. Lothar Orbach, nacido en 1924, recordaba que su familia y sus amigos creían en Dios y rezaban, y respetaban las tradiciones de la mesa de la Pascua Judía y el Séder familiar; pero, sin embargo, miraban con cierta distancia a los «judíos profundamente devotos». «Primero éramos alemanes, y después judíos, y desdeñábamos a quienes hacían prevalecer la religión sobre la identidad nacional».[8] El padre de Orbach había sido uno de los judíos berlineses que habían luchado en la Primera Guerra Mundial y, pese al antisemitismo de algunas asociaciones de veteranos, él no estaba dispuesto a minimizar los riesgos que había asumido por su país. «Nunca salía sin llevar su insignia de veterano, un lazo negro, rojo y amarillo, prendido en la solapa».[9]

En Berlín no existía nada parecido a una comunidad judía homogénea, del mismo modo que no había una comunidad católica uniforme. Pero sí había organizaciones paraguas, como la Bund deutsch-jüdischer Jugend, que englobaban un amplio repertorio de asociaciones deportivas, de senderismo y políticas. Dentro de estas organizaciones, había diversas voces; por ejemplo, la de vehementes sionistas o la de quienes hacían campaña por el establecimiento de un Estado judío en Tierra Santa. Los que se oponían a ellos veían esto como una especie de «ensoñación romántica»; ¿por qué iba a desear nadie mudarse a un paisaje desértico de la Antigüedad cuando podía florecer en mitad de la galopante modernidad de

Berlín? Los padres de Orbach se contaban entre un enorme número de ciudadanos judíos que tenían razones para estar agradecidos de que la ciudad fuera su hogar: en su caso, procedían originalmente de Pomerania, en el este, un lugar que, en comparación, resultaba asfixiante.

«El autoengaño de los judíos intelectuales consistía en pensar que ellos no tenían "patria", porque su patria estaba en realidad en Europa», escribió Hannah Arendt.[10] Esta observación ya la había hecho Rosa Luxemburgo, la cual a su vez había emigrado a Berlín desde Suiza; sus extraordinarias competencias lingüísticas —manejaba con fluidez el ruso, el polaco y el francés, además del alemán—, junto con su todavía superior inteligencia, le permitieron establecerse de inmediato en ciudades de todo el continente. Hannah Arendt, alemana de nacimiento, representaba una rama diferente de la vida intelectual judía. Nacida en Hannover, en su época de estudiante había vivido en Berlín y en Heidelberg, en los primeros años de Weimar. Dada su inclinación por la teología, se había sentido atraída por los seminarios filosóficos del joven Martin Heidegger, autor de *El ser y el tiempo*, donde exponía unas ideas del hombre no como un mero observador subjetivo, sino como una entidad inseparable del mundo que le rodea; una mezcla de existencialismo e intenso romanticismo. Arendt, que entonces tenía diecisiete años, se enamoró de Heidegger, de treinta y cuatro, y los dos mantuvieron una relación amorosa. Aunque no duró mucho, Arendt nunca abandonó la influencia que el filósofo había ejercido sobre su propio método de pensamiento, pese a que en 1933 Heidegger se revelara como un firme partidario de Hitler y nunca hubiera disimulado este entusiasmo. «La humanidad está despertando —declaró en 1931—. La grandeza resiste a la tormenta».[11] Durante su relación, a mediados de la década de 1920, Heidegger y Arendt habían hablado sobre el *augenblick*, el instante, el parpadeo, la chispa de renacimiento espiritual que «nos cambiará a todos».[12] Pero ese instante hallaría a cada uno en momentos diferentes y en circunstancias distintas. Pese a ello, la fascinación académica de Arendt por el romanticismo alemán

persistió. En 1929 se casó con Günther Stern y podría decirse que su piso de Berlín era, en algunos aspectos, la perfecta sinécdoque del Berlín de Weimar: la sagacidad del casero para aprovechar al máximo el espacio obligaba a ella y a Stern a tener que hacer sitio para unas clases de baile que ocupaban la sala de estar durante el día; es más, Arendt y los bailarines tenían a su vez que lidiar con un escultor de la Bauhaus que también trabajaba en el apartamento, casualmente, hijo del propietario.

Hannah Arendt, para quien un aspecto absolutamente intrínseco del judaísmo era la vida intelectual, no tardaría en ver de cerca la crueldad del nazismo cuando, en 1933, fue detenida por la Gestapo. Había expuesto en un ensayo que el nuevo régimen significaba el fin definitivo de la idea de la asimilación, y empezó a investigar sobre el alcance del antisemitismo de Estado en la Biblioteca Estatal Prusiana, para un trabajo que iba a presentar en Praga. Los nazis habían ilegalizado ese tipo de investigaciones y Arendt fue denunciada por un bibliotecario, lo que llevó a que ella y su madre pasaran ocho días bajo custodia y sometidas a interrogatorio. Tras su liberación, ambas huyeron a Suiza.

Familias judías de todas las esferas fueron forzadas a reorganizar apresuradamente sus vidas. En Friedrichstrasse había unos suntuosos grandes almacenes llamados S. Adam, un negocio familiar regentado por cuatro hermanos, famosos por su rico surtido en productos de lujo, que antaño habían sido terreno acotado para la aristocracia, pero a los que en aquel momento ya tenían acceso los berlineses de la clase media acomodada. En ellos se celebraban además grandes bailes de carnaval con carácter benéfico, que eran la atracción de las capas más refinadas de la sociedad berlinesa. En 1930, el negocio de la familia se vio afectado por las primeras repercusiones del desastre de Wall Street; para 1932, prácticamente se había volatilizado dentro de la tormenta económica que envolvió a la ciudad. A continuación llegó la implacable campaña nazi para boicotear a los negocios judíos, que supuso la desaparición de sus comercios (que los nazis aprovecharían para hacerse cargo de ellos). La familia Adam no tardó en darse cuenta del inmediato y terrible peligro que el nuevo régimen representaba. Luego llegó el exilio y,

para uno de los hermanos, Fritz, una muerte inesperada. Su hijo y heredero, Klaus, de trece años, fue enviado a Inglaterra y matriculado en la St. Paul's School. En muy poco tiempo, Klaus tuvo que adaptarse a vivir solo en un país extranjero, cosa que hizo con tan intensa energía que, en 1939, prestaba servicio en la RAF (uno de sus tres únicos pilotos nacidos en Alemania) atacando a las fuerzas de la Luftwaffe con gran valentía. En 1960 se había convertido ya en Ken Adam, el talentoso diseñador de producción de las películas de James Bond, entre otras. Él introdujo parte de la inspiración arquitectónica de Weimar en aquellos fantásticos decorados cinematográficos. Mediante el uso del cemento, el cristal y unos ángulos fascinantes, creó un mundo de héroes y villanos en los que estéticamente podía reconocerse perfectamente a la Bauhaus. Años más tarde, tras la caída del Muro de Berlín, sir Ken Adam regresó a la ciudad; y en fechas bastantes recientes se ha celebrado en el Museo del Cine de Berlín una exposición centrada en su obra.

Hubo también un breve periodo antes de 1933 en el que Berlín ofreció su consuelo a los que habían sufrido algún trauma. Este fue el caso de Eric Hobsbawm, que, al quedarse huérfano, tuvo que abandonar Viena, su ciudad de nacimiento, junto con su hermana. Fueron a vivir allí a casa de unos parientes suyos, de posición económica desahogada. Al igual que su recientemente fallecida madre, la judeidad de Hobsbawm no implicaba asistir a la sinagoga ni cumplir con sus rituales. Sin embargo, sí parecía formar una parte importante de su identidad cuando el futuro historiador comenzó a ir conociendo la ciudad que se había convertido en su nuevo hogar. «Llegué a Berlín a finales del verano de 1931, cuando la economía mundial se estaba derrumbando —escribió—. En cierta medida, para los jóvenes de clase media, este colapso de la economía mundial era algo de lo que sabíamos por lecturas de prensa más que por experiencia propia».[13] No obstante, las consecuencias de este derrumbe fueron absolutamente evidentes, como una sucesión de erupciones volcánicas. «Dominaba nuestro horizonte, igual que las columnas de humo de los volcanes reales, que se elevan sobre las

ciudades […]. El Vesubio, el Etna […]. La erupción estaba presente en el aire que respirábamos. A partir de 1930, su símbolo pasó a resultarnos ya familiar: la esvástica negra sobre un círculo blanco dentro de un fondo en rojo».[14]

Tal vez, insólitamente para un intelectual que leía todo lo que podía y a gran velocidad, Hobsbawm era a la vez una persona extraordinariamente activa: no había ningún aspecto de Berlín por el que él no se interesara, aunque esto implicara alguna confrontación. Lejos de la rutilante modernidad del centro comercial, y entre la arquitectura pesada estatal del siglo XIX, con sus anodinas y pomposas estatuas —entre ellas las de los treinta y dos gobernantes que tuvo la ciudad entre 1415 y 1918—, él veía una ciudad que no había conseguido deshacerse del todo de su pasado guillermino más reaccionario. Opinaba que, en otros lugares, la pompa podía ir acompañada de elegancia; una característica que, por ejemplo, distinguía a Viena. Pero en Berlín daba una impresión de pesadez y mediocridad. Y, en cualquier caso, aquel no era lugar para adolescentes. «El Berlín en el que vivían los jóvenes de las clases medias […] era un lugar para moverse por él, no para pararse y mirar sus calles —escribió—. Lo bueno de esas calles era que muchas de ellas conducían a lo que verdaderamente merecía la pena de la ciudad, es decir, los lagos y los bosques que la rodeaban».[15] Hobsbawm era un entusiasta del patinaje sobre hielo, por lo que le venía muy bien que Berlín fuera «particularmente» frío. Sus ciudadanos gozaban además de una enorme energía. «Era una ciudad refractaria a las sandeces», escribió;[16] incluso el dialecto local y las expresiones idiomáticas estaban cargadas de una simpática irreverencia y, a diferencia del habla mucho más rígida de Viena, aquí era más acelerada y abundante en salidas ocurrentes. Él y su hermana vivían con sus parientes en un piso muy grande del elegante barrio bávaro, pero el joven Hobsbawm se paseaba por todo Berlín. ¿Cómo una ciudad iba a limitarle a él? Era consciente de que toda su familia vivía en un mundo «transnacional» en el que el movimiento era algo natural, sobre todo en lo tocante a encontrar oportunidades profesionales. Su tío, a cuyo cargo él estaba

entonces, trabajaba para los estudios Universal, una empresa estadounidense fundada por Carl Laemmle, un emigrado alemán que nunca había perdido el contacto con Berlín.

Nada en la educación de Hobsbawm sugería que su condición de judío le marcara como exótico o «distinto». Asistía al Prinz-Heinrich-Gymnasium, un reputado centro de secundaria de clase media que parecía aferrado a un cierto tradicionalismo prusiano: protestante y conservador. «Aquellos de nosotros que no encajábamos en este perfil —ya fuéramos católicos, judíos, extranjeros, pacifistas o de izquierdas— nos sentíamos como una minoría colectiva, pero en ningún caso una minoría excluida», recordaba.[17]

Además de una enseñanza estricta en materias como griego, latín y matemáticas, impartida por profesores que parecían cómicos arquetipos del gusto prusiano por la tradición, el colegio también reconocía la existencia del mundo físico: la única vez en la vida de Hobsbawm en la que entendió la utilidad de hacer ejercicio. En este punto, la tradición se relajaba y era la libertad la que cobraba fuerza. El centro contaba con un club de remo de larga tradición y, en consecuencia, con acceso exclusivo a ciertas áreas cerca de los lagos donde la gente joven podía reunirse y, en las noches de calima del verano, nadar en las plácidas aguas y charlar. Los profesores del colegio, con su corte de pelo militar y sus ojos claros, podían ser a veces irascibles e impacientes, pero tenían sus zonas ocultas; habían luchado en la Gran Guerra y ahora hacían lo que consideraban mejor para una nueva generación. Solían animar a sus pupilos a salir de la ciudad e ir a albergues juveniles y excursiones. Y, aunque claramente no les interesaban las ideas izquierdistas juveniles expresadas con vehemencia, tampoco se cerraban frente a estos derroteros intelectuales: en 1932, los estantes de la biblioteca del colegio de Hobsbawm albergaban ejemplares de obras del dramaturgo radical Bertolt Brecht y del *Manifiesto comunista* (cualquier alumno que expresara simpatía por el comunismo era instado por los profesores a ir a buscar el libro y leerlo).

Sin embargo, como dejó escrito Hobsbawm, era muy evidente que el país era como el Titanic y que iba a chocar con un iceberg. El

trabajo del tío de Hobsbawm con los estudios Universal se vio amenazado, en 1932, no solo por los nazis, sino por los desesperados intentos del canciller Franz von Papen por estabilizar la economía. Una nueva ley proteccionista obligaba a las empresas multinacionales con actividad en Berlín a contratar principalmente a alemanes. El tío de Hobsbawm era polaco; así que se quedó sin empleo. Él y su esposa tuvieron que irse de Alemania para ganarse la vida. El joven Eric y su hermana quedaron entonces a cargo de otra tía, que vivía en un apartamento junto a una vía férrea, en una casa llena de inquilinos. La tía pasaba las tardes con los huéspedes, a los que entretenía con horóscopos y relatos de fenómenos paranormales (en el Berlín de la década de 1930, la adivinación era muy popular; en los últimos días de la guerra, Joseph Goebbels también se aficionó a la consulta del horóscopo). Para entonces, Hobsbawm ya se había introducido de lleno en el Partido Comunista, y le consolaba la idea de formar parte de un movimiento mundial que sin duda iría cobrando cada vez más fuerza, desde su baluarte en la Unión Soviética. Cuando Hitler fue nombrado canciller en enero de 1933, Hobsbawm recordaba haber leído el titular en el periódico; solo unas semanas más tarde, con el Parlamento disuelto y unas nuevas elecciones a la vista, los escuadrones de «camisas pardas» se convirtieron en una policía auxiliar que acompañaba a los agentes en el asalto a las sedes del Partido Comunista. El Reichstag ardió en llamas el 27 de febrero y, desde este momento, la libertad en Alemania desapareció por completo. La libertad de expresión, de prensa, incluso cualquier oposición expresada en llamadas telefónicas privadas, podía dar lugar a un castigo. Los comunistas eran arrestados, detenidos, torturados. Antes de que asaltaran su propia sucursal del Partido Comunista, Hobsbawm escondió el equipo para imprimir octavillas en una habitación de su casa. Era plenamente consciente del peligro; lo que antes no había ido más allá de unos exultantes desfiles por las heladas calles de Berlín había pasado a adquirir dimensiones de pesadilla. Los comunistas de Berlín nunca habían entendido del todo que otros desearan el poder tanto como ellos.

Mediante la intervención del tío de Hobsbawm, el joven adolescente y su hermana fueron sacados de Berlín en 1933 y enviados a Inglaterra, donde encontraron refugio. Para muchos otros jóvenes judíos de la ciudad alemana, las posibilidades eran terriblemente limitadas. Mientras algunas familias discutían sobre la conveniencia o no de emigrar —ya fuera a Gran Bretaña, América o Palestina—, otros trataban de replantearse sus vidas a la vista de la agresión tan rápidamente ejercida por el régimen: no solo el boicot a los negocios judíos, sino la extraordinariamente dolorosa expulsión de sus puestos profesionales y académicos. Y junto al dolor, estaba el miedo: el principal efecto de las Leyes de Núremberg (que dotaban al antisemitismo y la persecución nazi de un nuevo y recién elaborado marco legal) era despojarles de la plena ciudadanía, lo que a su vez implicaba privarles de la protección del Estado de derecho. Los judíos de Alemania, y de Berlín, se enfrentaban en ese momento a la aterradoramente desestabilizante perspectiva de que las autoridades podían maltratarles sin ningún reparo legal. En una palabra, podían convertirles, en esencia, en parias, sin derechos ni amparo de la ley. Con el tiempo, incluso se les asignarían nuevos nombres, para significar que ser judío era su única característica identitaria y, por tanto, su diferenciación respecto a las personas libres. Un camino que acabaría desembocando en un pavoroso final.

En la ciudad también había quienes nunca se habían parado a pensar mucho en su herencia judía, hasta que entonces se vieron sometidos a aquella agresión atávica: los nazis llevaron al extremo del histerismo su catalogación de las generaciones anteriores en busca de sangre «impura». En 1934, Ruth-Johanna Eichenhofer era una colegiala; su padre era veterinario. En su colegio le dijeron que tenía que unirse a la Liga de las Muchachas Alemanas (el equivalente femenino a las Juventudes Hitlerianas). Esto conllevaba una burocracia artera. El abuelo paterno de Eichenhofer era judío; su abuela era protestante. Sus padres tuvieron que presentar un impreso enumerando tres generaciones de antepasados y subrayando a los que fueran judíos. En su juvenil inocencia, Eichenhofer le sugirió a su padre que simplemente cambiara los nombres (algunos de ellos, banqueros en Berlín) de los miembros de

su rama de la familia. Así, no le harían preguntas, y ella sería libre de hacer lo que se esperaba de ella en la Liga. Su padre estuvo de acuerdo, el formulario se presentó, y durante los años siguientes, recordaba, él vivió carcomido por una ansiedad cada vez mayor. Eichenhofer estaba despreocupadamente segura de que meterían los formularios en cualquier fichero, sin más. Pero su padre entendía el carácter puramente sociópata del antisemitismo nazi, y le atormentaba la idea de que sus mentiras salieran a la luz y las represalias que esto conllevaría. Cuando en 1941 falleció a causa de una enfermedad renal, su hija no tuvo dudas de que ese miedo permanente había sido un factor desencadenante de su enfermedad. [18]

Para los hijos de las familias gentiles de Berlín, el tratamiento dado a sus compañeros y amigos, a medida que la década de 1930 fue haciéndose cada vez más oscura, era motivo de perplejidad; por aquella época, los padres consideraban imprudente hablar demasiado abierta o francamente sobre lo que estaba pasando. Brigitte Lempke y su familia vivían en un edificio de apartamentos, y uno de sus vecinos favoritos era herr Handke, un músico profesional. En 1938, según recordaba, de repente «ya no estaba allí».[19] Cuando su ausencia empezó a prolongarse mucho y el silencio al respecto hizo que no pudiera más de curiosidad, Lempke preguntó a varios vecinos del edificio si sabían dónde se había ido Handke. Le dijeron que había ido a tocar la trompeta en un campamento de Polonia. Aquel año, la disolución de la ciudadanía implicó que los judíos considerados polacos fueran sencillamente deportados de Alemania, a través de la frontera este. Las autoridades polacas (que por su parte habían estado tratando de limitar el número de judíos polacos que regresaban al país desde Alemania, exigiéndoles unos sellos especiales en el pasaporte) estaban tan desconcertadas como las familias que, sin previo aviso, de repente tenían que abandonar sus casas y entrar en un mundo que les atemorizaba y en el que sus pasaportes y documentos, sus ahorros y sus pertenencias, habían dejado de tener ningún valor. Hubo que establecer campamentos de refugiados en la frontera. En 1938 reparó en otra desaparición

inexplicable: la de una compañera de clase de Lempke, Friedel Schneider. Tras las vacaciones escolares, Friedel había «dejado de venir a clase». Lempke estaba muy extrañada: su compañera no iba tan mal en el colegio como para que simplemente «hubiera abandonado los estudios».[20] Una vez más, empezó a preguntar, y la contestación que recibió, sin darle mayor importancia, fue que Friedel y su familia se habían mudado a Polonia. En aquel momento Brigitte pensó que, en cierto aspecto, tal vez su amiga estuviera mejor al otro lado de la frontera, porque el 9 de noviembre de aquel año se produjo el pogromo conocido como Kristallnacht (Noche de los Cristales Rotos).

Ninguna persona normal habría podido comprender de inmediato el verdadero alcance de la cuidadosamente coordinada destrucción y brutalidad que estalló en ciudades de todo el país. El pretexto fue que habían matado a un oficial alemán en París. A lo largo de todo el día, soldados y «camisas pardas» estuvieron ocupados en los preparativos de un ataque premeditado contra los judíos de Berlín. El entonces adolescente Lothar Orbach, que vivía con su familia en la zona noreste de la capital, pudo ver cómo comenzaba el planeado ataque en su calle: empezaron a llegar hileras de furgones militares de los que bajaban soldados saltando al grito de «*Jude verrecke, juden raus!*» («¡Muerte a los judíos, fuera los judíos!»).[21] Al otro lado de la calle había una sombrerería; los soldados no solo rompieron todas las ventanas, sino que sacaron a rastras a sus aterrados dueños, los Sochachevers, hasta la calle. Les colgaron unos carteles del cuello donde se decía que los alemanes no debían comprar nada a los judíos. Como comentó Orbach, este mandato no ponía objeciones al saqueo, y en cuestión de minutos, algunos conciudadanos berlineses irrumpieron en la tienda, abierta de par en par, y salieron de ella «tocados con elegantes sombreros nuevos». Cerca de allí había un chocolatero llamado Friedlaender, cuya tienda fue «destruida»; una vez atacado el local, los niños del vecindario —encantados ante la ocasión que se les presentaba— entraron corriendo en la tienda y salieron con montones de golosinas en las manos y «toda la cara manchada de chocolate».[22]

El corresponsal de *The Times* de Londres, mientras corría de un lado a otro de la ciudad, iba viendo cómo las sinagogas eran profanadas. Describió «escenas de un saqueo y destrucción sistemáticos rara vez igualadas en un país civilizado desde la Edad Media».[23] En su información decía que habían prendido fuego a nueve de las doce sinagogas. «La sinagoga de Fasanenstrasse […] fue tomada por una multitud de jóvenes vándalos que destruyeron todo el mobiliario interior del edificio y se llevaron el mantel del altar, el cual quemaron, en actitud solemne, en la aledaña Wittenbergplatz, en presencia de una gran multitud».[24] El corresponsal consiguió adentrarse en el centro de la ciudad, hasta Kurfürstendamm, la elegante zona de compras en la que muchos comercios todavía — y por muy poco tiempo— seguían en manos de sus legítimos propietarios judíos. «Esta mañana —escribió al día siguiente de la Kristallnacht—, [en] la calle más comercial de Berlín, los caza-judíos seguían en marcha. En dos ocasiones he visto aterrorizados judíos correr delante de una pequeña multitud de perseguidores […] en uno de los casos, había una mujer en manos de un grupo de gente que la tenía contra la pared». Lo que había comenzado como una destrucción coordinada, había adquirido ya la terrible forma de una desenfrenada anarquía. Miembros de las Juventudes Hitlerianas, entre los que había «niños pequeños», habían destrozado un elegante café y se habían llevado las botellas de vinos y licores.[25] La malicia infantil parecía haber hecho presa también en los más mayores. «Un anciano exmilitar se dedicaba a abrirse camino dentro de la tienda de una modista judía golpeando con una aspiradora un magnífico biombo de nogal que había tras el escaparate». También atacaron una tienda de muebles: «Jóvenes de aspecto atlético cogían las delicadas sillas y sofás tapizados en satén y los estrellaban contra las paredes hasta dejarlos hechos astillas».[26] El saqueo al menos respondía a motivos de terrible codicia; esto último, simplemente a un odio incontrolable.

Para el corresponsal de *The Daily Telegraph*, era como si algo se hubiera apoderado de la ciudad. «En Berlín imperaba la ley de la calle —escribió—. El odio y la histeria racial parecían haber hecho presa en personas que podían hasta entonces haberse considerado decentes. Yo vi mujeres elegantemente vestidas que aplaudían y gritaban alborozadas mientras respetables madres de clase media levantaban en alto a sus bebés para que no se perdieran la "diversión"».[27] Y con el saqueo y la destrucción llegaron los asesinatos. «Se dice que el encargado de la sinagoga ha muerto quemado vivo, junto con su familia».[28] Inexplicablemente, dentro de toda aquella violencia, la también incendiada Neue Synagoge se salvó, gracias al inesperado y valiente defensor que encontró en la persona de un policía llamado Wilhelm Krützfeld, que se enfrentó a los pirómanos de las SA y —con el argumento de que su acción iba dirigida a proteger los edificios de alrededor— ganó tiempo, permitiendo así que la brigada local de bomberos pudiera sofocar las llamas que habían comenzado a arder (otro acto de desafío, dado que los servicios de bomberos de otros lugares habían recibido orden de no intervenir). La sinagoga sufriría una destrucción mucho más devastadora en 1943, debido a la campaña de bombas incendiarias emprendida por los aliados.

Aquella noche también se produjeron linchamientos en otras zonas de la ciudad, dos de ellos en el este, y dos en el oeste. En medio de todo aquel derramamiento de sangre, las mujeres acudían a toda prisa a las reventadas puertas de las tiendas de modas del Kurfürstendamn para hacerse con todas las «medias y ropa interior» que pudieran.[29] Aunque la sociedad civil en sí parecía en aquel momento muy endeble, la sed de sangre aún no se había contagiado a todo el mundo. Había gentiles que veían con consternación que los ciudadanos judíos estuvieran siendo aterrorizados por muchachos adolescentes. Aunque pocos se atrevían a protestar contra ello abiertamente, algunos sí expresaron un sentimiento de vergüenza y también de miedo. Uno de ellos se manifestaba así ante el corresponsal de *The Times*: «Un trabajador

me dijo que, como alemán, no le agradaría ver las fotografías que iban a aparecer mañana en la prensa extranjera».[30]

La abuela del joven Reinhart Crüger vivía en Sophienstrasse, unas pocas calles más allá de la orilla del río opuesta a la Isla de los Museos y cerca de la sinagoga de Oranienburger Strasse. La abuela de Crüger no era ni judía ni antisemita; el área donde ella vivía hacía mucho tiempo que venía siendo un vecindario judío. Incluso en 1939, en un momento en el que un gran número de judíos ya habían conseguido emigrar, todavía había muchos que no habían podido irse. Salir de Alemania obligaba a pagar un precio muy alto: el Gobierno nazi exigía dinero, enseres y propiedades como una especie de rescate. Aquellos que no podían abandonar Berlín se enfrentaban al inexorable endurecimiento de la persecución: la incautación de sus negocios y la imposibilidad de encontrar un puesto de trabajo (hasta los médicos más cualificados tenían que buscarse las mañas para encontrar empleo); la estricta restricción de los horarios para hacer sus compras; la prohibición de usar cualquier forma de transporte público, desde el metro hasta el tranvía; la prohibición de andar por ciertos barrios, plazas y parques; el racionamiento cada vez más escaso, que llevaba al hambre continuada. Poco tiempo después, a estas medidas se añadiría la obligación de desempeñar algún trabajo forzoso en las grandes factorías berlinesas. El pequeño Reinhart Crüger apenas se hacía la idea de todo esto. Era como si las vidas de los gentiles, aunque se desarrollaran en las mismas calles, y en casas adyacentes, tuvieran lugar en otra dimensión. Pero en algunas ocasiones sí era posible ver lo que había al otro lado.

La abuela de Crüger vivía en un tranquilo edificio de apartamentos con una «escalera que crujía al pisarla» y con vistas a «los castaños» y a la cercana iglesia de Sophienkirche. «Los residentes afines al nazismo abundaban menos aquí que en otras zonas de la ciudad —recordaría Crüger décadas después—, [pero] los judíos trataban de vivir pasando lo más inadvertidos posible debido al ambiente político».[31] No obstante, «se llevaban bien con los vecinos» e incluso a principios de 1939, en aquella pequeña

cuadrícula de calles, todavía les trataban como «conciudadanos».[32] La abuela solía llevarse al niño de compras, y uno de los destinos habituales eran los grandes almacenes antes conocidos como Wertheim; este distinguido y elegante comercio de propiedad judía, con sucursales en todo el país, se encontraba entre los que habían robado los nazis, y entonces habían pasado a llamarse AWAG. El muchacho apenas recordaba con vaguedad que aquel había sido un vecindario principalmente judío; él, decía, «no distinguía a los judíos entre los transeúntes». Había excepciones: le fascinaban esos hombres que llevaban «sombreros de ala ancha, barba y largos abrigos negros».[33] Su abuela le explicó las costumbres y tradiciones de la comunidad judía ortodoxa. En posteriores visitas, a medida que pasaban los meses, el chico se dio cuenta de que este tipo de hombres se veían cada vez menos.

Con la guerra asolando Europa y el mundo, el niño, entonces de doce años, volvió a visitar a su abuela en 1941. Al bajarse del U-Bahn (el metro de Berlín), en Hackescher Markt, lo que vio le dejó inmediatamente impresionado:

> El área que antes me era tan familiar me parecía de algún modo diferente. Me paré y miré alrededor. Entonces, de repente me di cuenta: ¡eran las estrellas judías amarillas en la ropa de la gente! Dondequiera que mirara, fuera en dirección a Oranienburger, Rosenthaler o Dircksen Strasse, veía transeúntes con la estrella de David puesta en la ropa. Todavía seguían viviendo muchos ciudadanos judíos en esta parte de la ciudad. Se movían sigilosamente por las aceras, con gesto avergonzado y asustado. Esta medida contra la población judía llevaba solo unos pocos días en vigor.[34]

Para él estaba claro lo que esas estrellas significaban: vulnerabilidad frente a cualquier ataque, un omnipresente miedo a ser denunciados. Esto iba más allá de despojar a las personas de su ciudadanía; se trataba de que un Gobierno había marcado a una minoría religiosa y la había convertido en blanco de una maldad oficial y de una violencia aleatoria. El chico preguntó entonces a su abuela qué sabía de eso, «bombardeándola» a preguntas: «¿Está bien lo que les están haciendo los nazis?», «¿Conoces a alguno personalmente?».[35] Su abuela le dijo que sí, y le rogó que fuera discreto. Le dijo que, por supuesto, ella seguía saludando a sus

vecinos y parándose a hablar con ellos por la calle. Pero, además, calladamente y contra todas las normas, estaba ayudando a varios de sus vecinos con raciones extra de alimento, ya que, incluso en 1941, la comida disponible para los judíos de Berlín apenas era suficiente para evitar la malnutrición. Un gran número de hogares ya habían sido expropiados, y los judíos se veían obligados a mudarse a alojamientos donde cada vez estaban más apiñados.

Luego comenzaron las deportaciones en masa, llevadas a cabo conforme a unos meticulosos principios burocráticos:

> Un día, a principios de octubre de 1941, nuestra vecina, la señora Hohenstein, recibió un impreso de la comunidad judía en el que tenía que enumerar sus propiedades […]. Nosotros no nos tomamos muy en serio estas listas, pero el señor Hefter, de la comunidad judía, parecía consternado, y dijo que aquella misma noche iban a sacar a mil judíos de sus casas y a deportarlos. Esos mil judíos eran los que habían recibido «las listas» […]. Apenas pasadas las ocho de aquella noche, dos agentes de la Gestapo exigieron entrar en la habitación de la señora Hohenstein. No habían transcurrido diez minutos cuando la señora Hohenstein se nos acercó, con la cara pálida como el papel, para decirnos que se la iban a llevar. Los «caballeros» no sabían adónde. Luego los «caballeros» la guiaron hasta la puerta. Escuchamos un portazo tras de ellos y nos quedamos escuchando los callados pasos de ella y el eco de las fuertes pisadas de las botas en la escalera. Luego volvió a quedar todo en silencio.[36]

Una anciana, en la calle, bajo una noche de otoño, camina flanqueada por dos oficiales de la Gestapo, hasta un centro de detención que antes había sido el hogar de unos ancianos; las caras de los demás, sacados de forma parecida de sus casas; abrigos, bufandas, maletas pequeñas. Algunos hombres y mujeres, protegiéndose del frío de la noche, hablaban en voz muy baja de su inminente «viaje»; otros intercambiaban oraciones, bendiciones y despedidas. A partir de aquí, el furgón militar, el recorrido por la ciudad, oscurecida por los bombardeos, luego la llegada no a una estación de tren normal y corriente, sino a la rudimentaria e inhóspita terminal de mercancías de Grunewald. Este, entonces, era el primer y empinado tobogán a la deshumanización; hombres y mujeres ancianos que no tardarían en saber que no había posibilidad de apelar a nada ante los jóvenes que supervisaban su expulsión de la ciudad, ni tampoco de conocer con qué destino. Incluso aunque

en aquel momento el trato todavía fuera relativamente amable, también era implacable. Ya eran simple mercancía.

En enero de 1942, en una preciosa casa con vistas al helado Wannsee, el *obergruppenführer* («general») de las SS, Reinhard Heydrich, y otros altos cargos nazis se reunieron en una conferencia para debatir «la solución final a la cuestión judía».[37] Esta conferencia había surgido de las conversaciones con Hermann Goering, entre otros, en relación con el Plan General para el Este. El asesinato en masa de judíos ya estaba en marcha en Polonia y en otros territorios. A finales de 1941, con la Wehrmacht abriéndose paso a través de Rusia, llevando el fuego y la muerte a ciudades y pueblos en su avance, Hitler había llegado a la conclusión de que todos los judíos debían ser eliminados —y no solo los millones de los recientemente ocupados campos de la muerte del este, sino también las poblaciones judías de toda Europa—. Esta visión del infierno —el asesinato masivo a una escala inconcebible hasta ese momento, además de los planes de trabajo esclavo y la deliberada muerte por hambre— adoptó la forma, en esta elegante villa campestre, de un mero ejercicio burocrático (seguido de una comida tipo *buffet* abundantemente surtida): logística del transporte, capacidad ferroviaria, catalogación de los diferentes grupos de edades de modo que algunas personas pudieran destinarse a la realización de trabajos pesados. No se trataba de unos subalternos intimidados que estuvieran obedeciendo órdenes: Heydrich y los demás congregados en aquellas acogedoras salas con vistas al lago estaban absolutamente convencidos de que el pueblo judío en general tenía que ser erradicado, como cualquier forma de contagio. Que unos cuantos abominables fanáticos creyeran esto era comprensible, aunque aterrador: pero lo que resultaba aún más aterrador era que hubiera muchos otros, en Berlín y fuera de Berlín, a los que se pudiera hacer creer lo mismo.

Al llegar enero de 1942, la abuela de Reinhart Crüger, de la calle Sophienstrasse, también recibió la visita de la Gestapo. «Habían

tocado a la puerta de la casa de mi abuela», recordaba Crüger. Al abrir, el agente de la Gestapo que estaba allí le había dicho (como ella relataría más tarde): «Heil Hitler, frau Crüger, ¿puedo hablar con usted un momento?». La anciana le acompañó a la sala de estar y él le explicó qué era lo que le había traído allí. «¿Sabe usted que todavía hay muchos judíos viviendo en Sophienstrasse?», preguntó, añadiendo luego que se sabía que «una pareja judía» tenía un apartamento en aquella misma casa. El oficial de la Gestapo prosiguió: «Tenemos una lista oficial aquí donde aparecen detallados todos los residentes judíos del vecindario. Como puede usted ver, vigilamos de cerca a los judíos. ¡Y lo mismo esperamos que haga usted, querida frau Crüger!».[38]

La mujer se quedó en silencio, dejando que el oficial se siguiera explayando:

> Todos los ciudadanos alemanes deben defenderse de estos desagradables e inferiores enemigos de nuestra patria. Por esta razón, debe tener los ojos y los oídos muy abiertos en lo que toca a los judíos. Debe informar inmediatamente de cualquier cosa sospechosa que vea —por ejemplo, si ve gente por ahí con maletas o bolsas grandes— en la comisaría número 16 de Hackescher Markt. ¡Le insisto en que cumpla con este deber! Aunque todo esto deberían saberlo ya de sobra todos los ciudadanos alemanes, ¿no cree? ¡Heil Hitler!

«Cuando el visitante se hubo marchado —recordaba Crüger—, mi abuela sencillamente se quedó petrificada en el recibidor. Aquellos minutos en los que tuvo que escuchar todo aquello debieron de ser terribles para ella».[39] Aquella era la consecuencia humana de la fría psicosis de la Conferencia de Wannsee: hombres y mujeres y niños que esperaban aterrorizados oír sonar el timbre de la puerta. A algunos les decían que les estaban enviando a «colonias» especiales; a otros, más insidiosamente, que les estaban sacando de Berlín por su propia seguridad, ante los ataques de los bombardeos aliados; una inocente evacuación, nada más. Crüger, de nuevo viviendo en casa de su abuela, una noche fue testigo del frío horror de las redadas: más abajo de su calle, vio un camión cubierto con una lona en el que iban haciendo subir a hombres y mujeres que llevaban estrellas amarillas en los abrigos. Luego, oyó movimiento

en la escalera y sonar el timbre de una puerta. La abuela de Crüger, que le había advertido a su hijo que no se acercara a la ventana —porque si alguien le veía mirando podía «meterse en problemas»— estaba temblando tras la puerta de su apartamento, con la oreja pegada a la madera, tratando de averiguar qué estaba pasando abajo. Desde el hueco de la escalera llegaba el eco de unas voces. «¿Se llama usted Heinrich Israel Lewin?». Un sonido aún más leve de asentimiento. «¡Muéstreme su identificación!». De nuevo, el silencio de la obediencia. «Usted y su mujer, prepárense para salir. Por favor, solo pueden llevar el equipaje en una maleta y una bolsa. Tienen que estar listos en diez minutos». Mientras esta escalofriante escena tenía lugar escaleras abajo, la abuela de Crüger abrió muy suavemente la puerta de la entrada, instando con severidad a su nieto a guardar un silencio total, mientras ella trataba de mirar por el hueco de la escalera, pero entonces se escucharon los pasos de alguien que subía. Asustada, ella volvió a cerrar la puerta rápida y sigilosamente. Le explicó que a la Gestapo y a las SS no les gustaba nada que les observaran. «No quieren que haya testigos de su sucio trabajo. ¡Qué asco!».[40]

Es imposible hacerse una idea de cuántos de estos deportados sabían lo que les esperaba en los bosques del este. Sin embargo, asombrosamente —ante la burocracia que les tenía rodeados y absolutamente vigilados, que catalogaba a miles y miles de personas y las controlaba de forma inexorable—, unos pocos judíos berlineses aprovecharon las escasas oportunidades que surgían de convertirse en fugitivos: cambiando sus nombres y convirtiéndose en «buzos» o «submarinos», sumergidos en lo más profundo de una ciudad fantasma construida sobre el engaño. Pasados pocos meses del incidente en Sophienstrasse, ya habían sacado a la inmensa mayoría de los judíos de Berlín y asesinado a un gran número de ellos. Pero para Lothar Orbach y su madre —que tuvieron la inmensa suerte de contar con varios amigos gentiles profundamente leales entre sus vecinos— solo quedaba una salida, desesperada y aterradora. El timbre de su puerta sonó en Nochebuena, mientras en la radio sonaban villancicos tradicionales. Era una visita esperada. Mientras

los oficiales de mediana edad de la Gestapo explicaban al joven Lothar que a su madre y a él les iban a sacar de la ciudad por su propio bien, la madre, supuestamente en el baño, llevó sus bolsas con el equipaje a la puerta trasera. Y mientras esperaban a que su madre estuviera lista, Lothar ofreció a sus captores una taza de café de achicoria y un trozo de pastel de frutas para que entraran en calor en aquella fría noche de Navidad. Nada más dejarles en el cuarto de estar, madre e hijo salieron corriendo por la puerta trasera sabiendo desde ese mismo instante que dejaban atrás su mundo para nunca volver.

Su vía de escape no estaba ni mucho menos garantizada; se escondieron en el patio interior del edificio y solo podían salir de allí a través del piso de otro vecino. Creían que podían contar con la portera, pero cuando suavemente tocaron a su puerta, no les abrió, pese a que la luz de su casa estaba encendida. Entonces llamaron a la puerta trasera de otros pisos en los que también se veía luz, pero todas permanecieron cerradas a cal y canto. Sus vecinos tenían pavor de ponerse en peligro. Finalmente, saciados con su café y su pastel, aquellos nazis que esperaban en su apartamento se dieron cuenta de que sus víctimas se habían marchado. El grito se escuchó en todo el edificio: «¡Al que se descubra escondiendo a judíos se le fusilará!».[41]

Fue en ese momento cuando Lothar y su madre escucharon un leve susurro procedente de un balcón de arriba; una anciana llamada Else Mueller les hacía señas para que subieran y se ocultaran bajo su cama. Los nazis llamaron a su puerta, pero la señora había tenido la precaución de ponerse un brazalete con la esvástica y cuando llegaron a su planta, preguntó: «¿Han cogido ya a esos malditos judíos?».[42] Desde su escondite, Lothar y su madre pudieron ver las botas militares, pero los hombres tomaron a frau Mueller por una de los suyos y se fueron. Más tarde, en el silencio de aquella Nochebuena, les dijo a sus vecinos que los nazis habían llevado a su marido al suicidio; todo lo relacionado con el régimen era para ella una abominación. En pocos días, los Orbach adoptaron nuevos nombres y nuevas identidades. En otro lugar, Marie Jalowicz-

Simon hacía lo propio. Todos ellos habían intuido que estaban al borde del abismo y que no tenían nada que perder.

Los pisos eran saqueados; otras residencias más lujosas de la periferia, antes propiedad de académicos e industriales judíos, se las quedaban sin más dirigentes del partido. Robaban los objetos de valor, destrozaban los recuerdos de familia. Además de la aniquilación de la carne, los nazis también se habían propuesto borrar los recuerdos; los funcionarios que escoltaban a los hombres, mujeres y niños —con sus respectivas y únicas maletas— hasta el punto de reunión en la sinagoga, y luego a la terminal de mercancías del ferrocarril, hacía tiempo que habían dejado de percibir en ellos su misma condición humana, su terror y su inocencia. En menos de una generación, los judíos de Berlín habían pasado a ser considerados una materia extranjera peligrosa de la que había que deshacerse. Sin embargo, aunque el impulso hacia el homicidio parecía tener algo de gélido e ineludible, el encendido sadismo que latía en el centro de este odio había quedado claramente evidente hasta en la más pequeña de las medidas sancionadoras ejercidas contra esta comunidad.

Una de ellas había sido la prohibición de que los judíos entraran en los cines. Por sí mismo, el edicto carecía de cualquier lógica o propósito; ¿qué daño cabía concebir que pudieran causar los habitantes judíos a los gentiles berlineses dentro de un cine? ¿Por qué no podía haber siquiera unas salas de cine especialmente segregadas para judíos, como sí se había hecho con cafés y restaurantes? La crueldad estaba incandescentemente clara; las autoridades eran del todo sabedoras de que, en los tiempos de mayor opresión, el cine era un bálsamo psíquico que la gente necesitaba de forma perentoria. Aquellas películas cómicas, musicales y de suspense, representaban una oportunidad para sumergir aquellas mentes angustiadas en mundos que les ofrecían diferentes posibilidades de compasión, risa, diversión, amor y justicia. Además, de esta manera se privaba específicamente a los judíos del gran placer artístico en cuya concepción ellos habían participado tanto. Hubo un momento en el que Berlín —más que el Hollywood emergente— había liderado este nuevo medio que había

captado la imaginación de todo el mundo. Tras la guerra, sería a través de las películas que el mundo se vería obligado a asistir y a enfrentarse a la magnitud del horror al que se había sometido a los judíos. Mucho antes de eso, la ciudad había comprendido —y los nazis, como reflejo, también habían captado a su modo— que las películas podían influir en la realidad y en el curso de la historia.

6
LA PROYECCIÓN DE LOS SUEÑOS

El joven demacrado, en la sencilla habitación de su pensión, miraba con temor el espejo de cuerpo entero. Su reflejo le devolvía la mirada, pero con una expresión distinta, irreconocible. El joven estaba inmóvil, pero, para su espanto, su reflejo empezó a moverse con deliberada malicia. Luego el reflejo salió del espejo, momento en el cual los corazones de cientos de espectadores se aceleraron con placentero terror. ¿Alguno de ellos sentía también cierto estremecimiento subconsciente de reconocimiento? *El estudiante de Praga* fue una película de terror rodada en Berlín en 1913, tan popular que se hicieron dos versiones más; el público de la ciudad siempre se sentía atraído por lo extraño. Sin embargo, ¿cuántos de los que fueron a ver la versión sonora de 1935 —una producción con el visto bueno de los nazis— considerarían que esta historia de un ser maligno reflejado en un espejo podía haber sido inspirada por una sociedad aparentemente normal en la que estaba floreciendo una violencia anormal?

Diez años después, a principios de abril de 1945, las salas de proyecciones de películas de las zonas residenciales de la periferia de Berlín que no habían ardido con las bombas (antes de la guerra, había casi trescientos cines por toda la ciudad) todavía seguían proyectando sus parpadeantes imágenes fantasmagóricas. A los berlineses les encantaba el cine, un medio que en sus primeros tiempos había contribuido a definir a la ciudad moderna. Para muchos, como la colegiala Helga Hauthal, era una adicción: aquel foco grande y pálido en mitad de la oscuridad. Pero, a diferencia de las demás luces de la ciudad, esta, para ella, constituía una

evocación de mundos mejores y más bonitos. En cuestión de días, las salas de cine supervivientes fueron obligadas a cerrar por orden de las autoridades y, a muchos adolescentes, esto les provocó casi un dolor físico. Para Helga, cualquier película protagonizada por la actriz y cantante Marika Rökk era algo tan real como la vida misma.[1] La especialidad de frau Rökk eran las comedias románticas y musicales, y su estilo, glamurosamente natural. Había sido contratada por los estudios de cine UFA en la década de 1930, en respuesta directa a la preocupación de Joseph Goebbels por que la cada vez más próspera industria de Hollywood llegara —si no se controlaba— a conquistar y apoderarse de la imaginación alemana; el país —y el régimen nazi— necesitaba estrellas que pudieran competir y hacer sombra a Ginger Rogers y Carole Lombard. Marika Rökk, una cualificada bailarina de origen húngaro, aportaba elegancia de movimiento y sensibilidad a todos sus personajes. Su pareja en la pantalla solía ser el extremadamente popular Johannes Heesters, un actor que ya de por sí era un ídolo de las matinés cinematográficas. A Helga, estos sofisticados romances le parecían un modelo de vida. No ansiaba otra cosa que volver al cine a sumergirse en aquellas historias calculadamente escapistas.[2]

En términos generales, este deseo de gastar enormes cantidades de dinero en los cines era común a toda la ciudad; también era compartido por las instancias más altas de la jerarquía nazi. En cierto momento, Hitler llegó a asistir al visionado privado de dos películas en una noche. Él nunca se había sentido atraído por nada que fuera demasiado artístico o intelectual. En esto, tanto él como gran parte de la población berlinesa se entendían perfectamente. Fue en Berlín donde el nuevo medio del cine adquirió la altura de un arte global propiamente dicho, en los primeros tiempos de Weimar. Y había sido en parte a través del cine como los ciudadanos de Berlín habían llegado a conformar la idea de la que era su casa: en los años veinte y principios de los treinta, había habido películas de realismo social enormemente populares que eran en sí una crónica de la vida diaria en las calles de Berlín y de las gentes que se movían por ellas. La ciudad estaba fascinada con su propia imagen

cinematográfica. Esto continuó siendo así bajo el Gobierno nazi, mediante películas calculadas para mostrar cómo eran los nuevamente reglamentados ciudadanos y sus nuevamente reordenadas calles, con esvásticas ondeando al viento, de la manera más efectista posible. Incluso en la primavera de 1945, con el zumbido de los proyectores en silencio, algo del extraordinario espíritu y creatividad del cine alemán había conseguido —independientemente de los nazis— no solo sobrevivir, sino también prosperar.

Un espíritu que podía encontrarse en la joven actriz Hildegard Knef, que apenas unos meses antes había sido contratada por unos importantes estudios; incluso en marzo de 1945, mientras se preparaba para disfrazarse de joven soldado en las trincheras defensivas de Berlín con el fin de escapar a los violentos agasajos sexuales del Ejército Rojo, Knef hacía acopio de un ingenio que superaba con mucho la imaginación de la mayoría de los guionistas. También podía hallarse una forma enigmática de esta creatividad en el concienzudo actor Paul Wegener, que en 1920 había alcanzado fama mundial con su evocadora y hermosa versión cinematográfica de un cuento popular judío, y que no obstante más adelante Goebbels incorporaría a las epopeyas históricas nazis. En marzo de 1945, Wegener aún seguía viviendo en su exóticamente decorada casa, al sudoeste de la ciudad, preparándose para el momento de la expiación. Y este espíritu también aleteaba en otro escritor especialmente brillante y cautivador, tan cautivador que, pese a su evidente antipatía por el nazismo, Goebbels había querido contar con su talento imaginativo para una película épica a todo color rodada en 1943: *Münchhausen*. Este escritor era Erich Kästner. Sus novelas habían sido de las primeras en arder en las intimidatorias piras encendidas en 1933. Sin embargo, en la primavera de 1945, Kästner no solo seguía sobreviviendo al régimen, sino que planeaba escapar de Berlín con la artimaña de un guion cinematográfico.

Todas estas figuras, cada una a su manera, fueron exponentes de la enorme importancia que tenía el cine en la imaginación alemana en general, y continuarían moldeándola pasada la guerra. Una de las razones por las que este medio ejercía un poder tan hipnótico en

Berlín radicaba en que fue en esta ciudad donde el cine de la década de 1920 —y su producción— había llegado a ser un floreciente arte por derecho propio, más allá de una simple y vulgar atracción carnavalesca. Durante la Primera Guerra Mundial, el dinero se había canalizado hacia los productores cuyos estudios se encontraban en la boscosa periferia al sur de Berlín, con el fin de generar propaganda. Pero, cuando acabó la guerra, la inversión fue a parar a una industria que podía en parte redimir a la nación alemana en el escenario internacional.

En 1919, las películas aún eran mudas. Para los cineastas, esto era todo lo contrario a una limitación. Más bien, les ofrecía todas las posibilidades del mundo. El idioma es local; pero una imagen atractiva es universal. Directores y productores, como los que se congregaban en los enormes estudios Babelsberg de la UFA, vieron con claridad que sus dramas, comedias y fantasías podían traspasar fronteras, llegando no solo a la Europa continental, sino también a Gran Bretaña y a Estados Unidos. La era Weimar daría a la luz a actores como Conrad Veidt, Marlene Dietrich y Emil Jannings; directores como Ernst Lubitsch y Friedrich Wilhelm Murnau; producciones como *Fausto*, *La última carcajada* y *El ángel azul.* Más avanzada la década, un joven guionista judío, llegado a la ciudad desde Viena, comenzó su carrera observando las interacciones sociales entre los jóvenes berlineses: más tarde, su nombre pasaría a ser Billy Wilder.

La primera aportación de Wilder a la cinematografía berlinesa sigue manteniendo su frescura y modernidad a día de hoy, pese a ser una de las últimas producciones del cine mudo. *Menschen am Sonntag* («Gente en domingo»), realizada entre 1929 y 1930, era realista desde el punto de vista social a la vez que agradablemente cómica, y narra la historia de cuatro jóvenes berlineses, dos mujeres y dos hombres, que deciden pasar una soleada jornada de domingo tonteando y flirteando junto a uno de los lagos de la ciudad. También presenta un ligero esbozo de Berlín: animadas calles bañadas por el sol, pequeñas habitaciones de alquiler con las paredes forradas de papel pintado con recargados diseños, prósperos cafés y tiendas, y un gran número de personas que

acuden a la zona de recreo a la orilla del lago. La película, que recibió una cálida acogida por parte de crítica y público, fue el resultado del intenso intercambio de ideas entre Wilder y los directores Robert Siodmak y Edgar G. Ulmer en el por entonces muy de moda Romanisches Café, unas ideas anotadas con rapidez en servilletas de papel. En aquel momento, ninguno de los tres parecía ni mínimamente consciente de que su Berlín estaba desapareciendo, o de que acabarían teniendo que emigrar y empezar de nuevo sus carreras en Estados Unidos. *Menschen am Sonntag* retrataba una ciudad y a una población juvenil a gusto consigo misma. Acababa de producirse el derrumbe de Wall Street y la tormenta económica resultante no había llegado todavía a Berlín, aunque se estaba aproximando con velocidad. Un momento de armonía urbana que queda aquí indeleblemente registrado: sin esvásticas, ni Jóvenes Comunistas, ni luchas callejeras, ni barrios chabolistas. Wilder había llegado hacía poco a Berlín procedente de Viena y se había enamorado perdidamente de la ciudad. Le encantaba bailar, como a millones de sus conciudadanos. Durante un breve periodo trabajó como *eintänzer* («bailarín-taxi») —un término utilizado indistintamente para referirse a parejas de baile a sueldo y también a gigolós— en uno de los mejores hoteles de Berlín. «Las mujeres se movían con gran ligereza —recordaría más adelante—. Yo también me movía con mucha ligereza con ellas».[3]

Para 1945 Wilder era ya un ciudadano estadounidense que había empezado a dejar su impronta estética en Hollywood. (La escena de su comedia *Con faldas y a lo loco*, de 1959, cuando Jack Lemmon, con peluca rubia y vestido de noche, baila un tango con Joe E. Brown, podría interpretarse como una imagen simétrica de sus tiempos de *eintänzer*). Y para cuando en 1944 se estrenó el intenso filme de cine negro titulado *Perdición*, una rama muy especializada del Ejército norteamericano, la de operaciones psicológicas, ya había requerido sus servicios. Wilder fue ascendido al rango de coronel, y a principios de 1945, Berlín volvió a ocupar sus pensamientos mientras el Ejército estadounidense se abría camino por las gélidas llanuras de la Europa occidental. La perspectiva de la victoria aliada

era ya segura, aunque todavía no podía predecirse cuándo se produciría. Pero el coronel Wilder ya estaba empezando a pensar en cómo utilizar la cámara entre las ruinas góticas de Berlín y en cómo podría seducir una vez más al público alemán, pero esta vez con el propósito de convencerle de abandonar el culto a Hitler. Sin embargo, su futura vuelta a Berlín tenía también algo de trauma personal. Cuando emigró de allí en 1933, viajando a través de París para llegar a Estados Unidos, había dejado atrás a su madre, su abuela y su padrastro, en Austria. El *Anschluss* («unión») con la Alemania nacionalsocialista, en 1938, puso a Austria directamente bajo el dominio nazi, lo que implicó la supresión inmediata de los derechos fundamentales de los ciudadanos judíos. Cuando estalló la guerra, era extremadamente difícil para estos salir de Austria; las autoridades se negaron a reconocer la documentación legal anterior. Para principios de la década de 1940, ya había comenzado el transporte con destino a la muerte. A la madre y la abuela de Wilder ni siquiera las llevaron al mismo campo de exterminio: las asesinaron rodeadas de extraños. A comienzos de 1945, Wilder no tenía ninguna información de lo que había sido de ellas. Y, sin embargo, incluso enfrentado a este inmenso dolor, seguía pensando en la gente de Berlín, y en cómo su cámara podría reparar sus dañadas mentes.

Tenía sentido que uno de los jóvenes creadores de Berlín volviera para desempeñar ese papel: la ciudad también había enseñado al mundo cómo el cine podía envolver los recuerdos, igual que un sueño. Este latente talento berlinés se hizo evidente por primera vez poco después de la Primera Guerra Mundial, en 1920, con *El gabinete del doctor Caligari*, dirigida por Robert Wiene. Se trataba de una extraña película de terror con diversas y desconcertantes lecturas: un asesino sonámbulo, un charlatán de feria que más tarde se revelaba como el director de un manicomio poseído por el demonio, con grotescos decorados expresionistas donde las habitaciones se veían distorsionadas y las sombras adoptaban la forma de dagas. La película captó la imaginación de públicos del mundo entero que solo un año antes habían considerado Alemania la fuente de un poder diabólico. Algunos años después, el crítico

berlinés Siegfried Kracauer elaboró la teoría de que el loco doctor Caligari era una premonición de Hitler. No obstante, aquellos presagios de advertencia en el cine alemán eran más bien como ensoñaciones febriles; no analogías políticas exactas, sino más bien sugerentes de una creciente y cada vez mayor sensación de miedo en la sociedad.

Había otro relato cinematográfico también macabro y enormemente popular que, de forma quizá más precisa, evocaba la dualidad latente en la cultura de Weimar. El primer *remake* de *El estudiante de Praga* (1926), la segunda versión en cine mudo, también tenía como protagonista a Conrad Veidt, esta vez en el papel del hombre que inconscientemente vende su imagen reflejada en el espejo a un emisario del diablo. En esta ocasión, no se trataba de una antigua leyenda popular, sino de una idea (en parte inspirada por *La historia del reflejo perdido* de E. T. A. Hoffmann) del actor y director Paul Wegener. Cuando volvió a versionarse, en 1935, con Anton Walbrook, la inquietud que sentía el personaje resultó irónicamente real para el actor. La madre de Walbrook era judía y él era homosexual. En 1936, tras viajar a Hollywood para rodar una película, en lugar de regresar a Alemania, se dirigió a Inglaterra, donde se estableció y continuó su carrera como protagonista de un gran número de producciones. Entretanto, el creador de *El estudiante de Praga* sí continuó en Alemania; el régimen nazi envolvió a Paul Wegener en un estrecho abrazo, al que él no respondía con la misma calidez.

Si el régimen hubiera examinado su trayectoria anterior con más detalle, habría podido ver que Wegener se hallaba bastante alejado de su antisemitismo. En 1920 había explorado a una escala extraordinaria el mito judío en *El gólem*. La visión del gueto de Praga en la época medieval se reprodujo en unos estudios de Berlín; un sensacional y visualmente fascinante laberinto de piedra y pizarra, con tejados absurdamente puntiagudos y ventanas y bóvedas tomadas desde ángulos extraños. Todo ello fue obra del arquitecto Hans Poelzig; a él no le parecía incongruente evocar una fantasía de cuento de hadas para la pantalla de cine al tiempo que contribuía a dar forma al modernismo de Berlín adaptándolo al mundo real. El

relato trataba de una persecución: la de la comunidad judía de Praga, amenazada con ser expulsada de sus hogares por el emperador, cuyo decreto les acusaba de «crucificar a nuestro Señor» y «codiciar la riqueza de los cristianos».[4] El rabino Loew, en su serpenteante laboratorio de piedra, consulta antiguos textos en busca de un medio para proteger a su gente. Dichos textos prescriben crear un hombre de arcilla, animado por una palabra mágica que lleva dentro de un amuleto que hay en su pecho. Al principio, la criatura —encarnada por Paul Wegener, con movimientos dificultosos y delicadas expresiones faciales que más adelante influirían en la interpretación de Boris Karloff del afligido monstruo de Frankenstein— es una fuerza benévola: parte leña, hace recados y, luego, de forma espectacular, estando en el palacio del emperador, le salva a él y a su corte cuando se desploma el techo. Pero la criatura también tiene capacidad para el mal, y cuando el sirviente de Loew concibe una pasión frustrada por la hija de este, Miriam, el gólem instrumentalizado estalla en un brote de muerte y feroz destrucción. Al final, solo la inocente intervención de un niño puede detenerle. Lo más interesante es que esta comunidad judía, mientras su vida discurría en este paisaje onírico de perspectivas tremendamente exageradas, no era presentada como una amenaza «extrajera» al público que fue en masa a ver el filme, sino en un ambiente de intimidad y calidez.

No obstante, por más intencionada que fuera, la película tenía además otro trasfondo, tal vez subconsciente: la asociación del rabino con poderes herméticos y místicos. Vemos a Loew estudiar las estrellas, pero para tratar de interpretar sus auspicios sobrenaturales. Su laboratorio es oscuro, de alquimista. Pese a tratarse de un relato fantástico, los judíos de Praga, si bien son sus simpáticos protagonistas, aparecen a la vez retratados como fascinantemente exóticos. Son los héroes de la historia, sí, pero no dejan de ser «otros». En cualquier caso, *El gólem* fue un éxito rotundo: el estreno, en el que no faltaron ni celebridades ni focos, fue uno de los que más adelante servirían de modelo a Hollywood y

a sus estrellas invitadas. El público abarrotó los cines de Berlín durante varias semanas.

Por tanto, aunque ciertamente Wegener continuó produciendo y protagonizando películas de patrocinio nazi en las décadas de 1930 y 1940, y fue distinguido personalmente por Goebbels, que le nombró Actor del Estado, siempre existió en él, como algunos observaron, cierto elemento de reticencia o ambivalencia. Nunca hizo ningún pronunciamiento público de apoyo al régimen. Posiblemente, aceptaba el trabajo y los honores que en el hacían porque rechazarlos habría provocado la ira de la jerarquía nazi y, como todo el mundo, él solo quería sobrevivir y proteger a su familia (y, en su caso, a cinco exesposas). A principios de 1945, el rostro de Wegener se veía en todos los cines de Berlín que quedaban abiertos tras los bombardeos y los apagones. Goebbels había encargado una epopeya histórica llamada *Kolberg*, la historia de una ciudad sitiada durante las guerras napoleónicas. Los héroes eran los ciudadanos que resistieron el asalto; el público berlinés seguramente se quedaría perplejo ante la aplastante carga propagandística del paralelismo. Wegener —también residente de Berlín— debió de quedarse igualmente asombrado. Su apartamento, situado en el sudoeste de la ciudad, muy cerca de los lagos y los árboles de Grunewald, destacaba por su rico mobiliario asiático y por un par de estatuas de Buda. La fama de Wegener era internacional, y hacia los últimos días del régimen nazi en Berlín, su apartamento acabaría siendo utilizado en una de las más sorprendentes intervenciones soviéticas.

Las posibilidades del nuevo medio, el cine, se habían hecho evidentes desde la Gran Guerra; pero también habían cautivado a Hitler en los años de Weimar, dejándole tan impresionado como cuando escuchó las primeras óperas de Wagner. Había una película en concreto que no solo le parecía una obra maestra, sino también un magnífico exponente de la grandeza del arianismo. Fue cerca de los lagos al sur de Berlín donde, bajo el inmenso techo de unos estudios, se creó en 1924 un mitológico y neblinoso bosque alemán. A través de estos enormes árboles, cabalgaba el rubio guerrero Sigfrido, y en aquellos bosquecillos vivía también un dragón

extraordinario que escupía fuego de verdad; además, había elfos, herreros y espadas mágicas, castillos y aristócratas: una aparentemente inconsciente nueva versión de la saga *Nibelungenlied* (el *Cantar de los nibelungos*). Con asombrosa seguridad, el joven director Fritz Lang reprodujo todo un mundo existente fuera del tiempo, trasladando la ya cercana sensación de tragedia a través de la muerte anunciada de un joven héroe. Aquello no era un ejercicio de simple escapismo, sino que tenía la escala y la profundidad propias de la ópera. También alcanzaba una duración épica: cinco horas, divididas en dos partes. Una película que exigía que las audiencias de todo el mundo no solo suspendieran su incredulidad, sino que se entregaran por completo a la experiencia.

Lo que hizo de *Die Nibelungen* algo realmente tan fuera de lo común no fueron solo sus exorbitantes costes de producción —un logro extraordinario en un momento en el que el país apenas comenzaba a salir de la agónica espiral de la hiperinflación—, sino la intensidad de su intención de captar, como dijo su guionista Thea von Harbou, la esencia de la germanidad.[5] (Thea fue, durante un tiempo, esposa de Lang y más adelante miembro del partido nazi). También dio a entender que la decisión de hacer la película fue una especie de mandato inconsciente; que la historia la había elegido a ella «para recordarle a Alemania una gloria que casi había llegado a olvidar».[6] La asertividad de esta visión wagneriana —solo seis años después del conflicto más devastador y humillante para la nación— quedó clara desde el principio. Un joven héroe ario, cabalgando por un paisaje encantado hacia su violento y profético final: si de alguna manera aquello pretendía servir de «bálsamo»[7] a la nación herida, como apuntaron algunos, no dejaba de ser curioso a la par que macabro. Y, pese a todo, alcanzó una enorme resonancia.

El estreno de la película en 1924 —celebrado en la sala de cine UFA-Palast am Zoo, con una capacidad de mil setecientas butacas— atrajo, entre otros, a un ministro del Gobierno y al presidente del Reichsbank, además de a muchos otros altos dignatarios. También embelesó al joven Joseph Goebbels y a Adolf Hitler. Ambos la consideraban una extraordinaria obra de arte por derecho propio,

además de una de las películas más importantes que se habían filmado nunca: una producción que conectaba con lo más profundo del alma alemana. Durante muchos años a partir de entonces, Fritz Lang insistió en que su propósito había sido completamente el contrario: que su descripción de esta aristocracia de cuento de hadas se centraba especialmente en su decadencia, deterioro y descomposición, y que el suyo era un mundo que no podía, ni debía, durar. Pero Goebbels estaba decidido a adueñarse de la visión de Lang.

Tres años después, la imaginación del director encontró una nueva y sorprendente forma futurista en *Metrópolis*: una fábula sobre un futuro próximo, protagonizada por una extraordinaria mujer robot y ambientada en un Berlín recreado fantásticamente, con torres de luz, el cielo lleno de biplanos y trenes monorraíl y, debajo, trabajadores esclavizados por máquinas diabólicas que abastecen de energía a la ciudad de arriba. Esto también resultó ser inspirador para los nazis. La historia y su mensaje, en realidad, eran incoherentes; una poco clara alegoría semimarxista, con la novedad de una *doppelgänger* androide que se hace pasar por una bella e inocente mujer. Pero nada de eso importaba; la clave estaba en el deslumbrante espectáculo de aquella arquitectura de perspectivas sorprendentes y en el juego de luces. Y, de nuevo, fueron los más cercanos a Hitler los que parecían más fascinados por todo ello.

Incluso cuando el creciente resplandor de Hollywood fue atrayendo a directores y actores de la época como F. W. Murnau o Marlene Dietrich, Fritz Lang continuó trabajando en Berlín; entre otras fascinantes producciones (como *M*, *el vampiro de Dusseldorf*, protagonizada por el también futuro emigrante Peter Lorre en el papel de asesino de niños), Lang estaba sumergido por completo en una obra de ficción sobre una mente criminal, el doctor Mabuse. En 1933, *El testamento del doctor Mabuse*, en el que este cerebro criminal, internado en un manicomio, continúa proyectando su voluntad por medios sobrenaturales a través del inframundo de Berlín, duró un abrir y cerrar de ojos. En enero de 1933, Hitler ya se había convertido en canciller, lo que de inmediato confirió a los nazis un poder que abarcaba todas las esferas. A estos no les importó la

alegoría sugerida por la película: que los violentos moradores del inframundo berlinés fueran una analogía de los nazis, y que el satánico Mabuse se pareciera a Hitler. Cuando se prohibió la película, Fritz Lang tomó conciencia del peligro que el nuevo régimen representaba para él y su familia: su madre, que se había convertido al catolicismo, era judía de nacimiento.

Sin embargo, *Mabuse* no logró atenuar la admiración del nuevo ministro de propaganda del Reich por la obra de Lang. Goebbels y Hitler conversaban a menudo sobre *Die Nibelungen* y, con la reciente entrada del cine en una nueva era del sonido, estaban impacientes por que se hiciera una nueva versión de la película, a una escala todavía más fastuosa. Allí había, en su opinión, una historia y un espectáculo que podían mostrar al mundo las glorias de la nueva era nazi. Contactaron con Thea von Harbou para plantearle la posibilidad de que ella escribiera el guion de este proyecto de nueva producción, a lo que ella respondió con prudente cautela. Sin embargo, el instinto de Lang cuando fue convocado a una reunión con Goebbels le puso en alerta, y aunque mantuvo la cita —Goebbels le había dicho que él era «el hombre que tenía que hacer la película nazi»—,[8] el director supo que tenía que marcharse de Alemania si quería evitar que le obligaran a hacerla. De modo que se fue a París y de allí a Estados Unidos. En la primavera de 1945, cuando su vieja ciudad estaba rodeada por las fuerzas que en breve entrarían en ella y la aplastarían, su más reciente producción hollywoodiense de cine negro, *La mujer del cuadro*, era aclamada por la crítica y tenía entusiasmado al público estadounidense.

El intenso amor del Führer por el cine, de cualquier género, marcó los años de la cinematografía nazi. (A la inversa, también hubo películas odiadas por el régimen; antes incluso de llegar al poder, la proyección en las salas de Berlín del filme antibélico hollywoodiense *Sin novedad en el frente* había sido saboteada por los nazis, destrozando equipos, lanzando bombas fétidas y soltando ratones por el patio de butacas, lo que hizo que la película fuera más tarde prohibida). Los arquetipos de los filmes fueron deliberadamente proyectados sobre todas las áreas de la vida bajo el Gobierno nazi.

El propio Berlín pasó a convertirse, a su modo, en un enorme plató de cine para las cámaras del régimen: la elaborada puesta en escena de los actos del Primero de Mayo en la ciudad o las celebraciones del cumpleaños de Hitler el 20 de abril, con esvásticas del mismo tamaño que los edificios de los que colgaban y multitudes reunidas en torno a enormes palos de mayo, eran filmados como espectáculos cinematográficos. «Si a los nazis les encantaba el cine, había que rodar el Tercer Reich en cine»,[9] como más adelante diría un académico. El ejemplo más célebre y clamoroso del uso de este medio para sentar los cimientos del régimen en la imaginación popular fue *El triunfo de la voluntad,* de Leni Riefenstahl, un documental basado en la grabación del Congreso de Núremberg de 1934. Aunque los términos «documental» y «grabación» resultan en este caso absurdamente inadecuados; lo que esta realizadora hizo, a través del montaje, el trávelin, los tramos en contrapicado y una música enardecedora, fue crear su propio espectáculo propagandístico. Participar en aquel congreso debió de ser toda una experiencia; pero para los espectadores alemanes, presenciar maravillados la simetría de las multitudes enfocadas desde arriba, o el poder de su Führer, cuya imagen se captaba desde un ángulo inferior para realzar su presencia, añadía una adrenalina y una emoción aumentadas por la particular intimidad de las salas de cine; las caras de la gente corriente, al igual que la de su líder, llenando la pantalla, dirigiendo su mirada a la plateada oscuridad. Años después, Riefenstahl trató de negar que ella se hubiera propuesto producir una obra de triunfalismo, afirmando que lo único que había hecho era captar aquel momento para la historia. Pero no fue así. Ella contribuyó activamente a crearlo.

Durante el periodo de la Alemania nazi, los principales espectáculos iban a veces —aunque ni mucho menos siempre— abiertamente dirigidos a alentar el odio. Entre los esfuerzos propagandísticos más repugnantes cabe citar la producción de 1940 titulada *El judío Süss*, con el actor Werner Krauss de protagonista; veinte años atrás, el mismo actor había fascinado al mundo con su personaje del doctor Caligari. Con anterioridad a la guerra, su

tremendo talento como intérprete de carácter llevó a un coprotagonista a decir que era un «genio diabólico».[10] Al igual que Anton Walbrook, el joven Krauss había sido descubierto por el afamado director teatral Max Reinhardt, al que, según declararía el actor más adelante, «le debo todo en mi vida».[11] A diferencia de Walbrook, e incluso de su coprotagonista en *Caligari,* Conrad Veidt, que se marchó de Alemania en cuanto tuvo ocasión, Krauss declaró con satisfacción su lealtad a este nuevo régimen nazi. Como actor clásico, su trabajo fue más allá del cine. En 1943, mientras la Wehrmacht trataba de abrirse paso desde el este hacia el oeste, Krauss subió a los escenarios para interpretar una obra que antes ya había sido muy del agrado de Hitler. *El mercader de Venecia* le dio a Krauss la oportunidad de ensayar una versión de Shylock que gozó de la aprobación del público y de la prensa especializada. Él, como escribió un crítico, era «la imagen patológica del tipo de judío de Europa del Este, con toda su podredumbre interior y exterior».[12] (Curiosamente, aun existiendo un veto general a las obras teatrales inglesas en los escenarios alemanes durante los años de la guerra, Shakespeare no solo quedó exento de él, sino que fue activamente ensalzado por la jefatura nazi. A las Juventudes Hitlerianas se les animaba a tomar parte en las «Semanas de Shakespeare»; Goebbels había dicho de él: «¡Qué enorme genio! ¡Muy por encima de Schiller!». Y el propio Hitler había comentado sobre *El mercader de Venecia* que constituía una «atemporal caracterización del judío».[13] El único dramaturgo de lengua inglesa que estuvo permitido en la Alemania nazi aparte de Shakespeare fue George Bernard Shaw). Werner Krauss y Paul Wegener se contarían luego entre el grupo de actores que retomaron su profesión en medio de los escombros y la muerte de los años del Berlín de la posguerra, y el propio Krauss sería objeto de airadas protestas. Incluso durante los años de la guerra, algún crítico llegó a decir que su caracterización como judío en *El judío Süss* parecía pensada para generar odio. Krauss respondió enojado que ese no era su problema; que él se había limitado a desempeñar su trabajo de actor.

Entre las producciones a todas luces propagandísticas, también había un gran número de películas de género cuya única pretensión era, en cambio, competir con el banal escapismo de Hollywood. Esta es la razón por la que la actriz y cantante Marika Rökk —la heroína de colegialas como Helga Hauthal— llegó a ocupar un lugar tan destacado en la pantalla. Rökk se especializó en musicales románticos —*Caballería ligera, Era una noche embriagadora*— que incluían siempre la puesta en escena de elaboradas coreografías. Los nazis llevaron a cabo un detallado estudio de las películas que llegaban de Hollywood, y en especial de las comedias disparatadas y los melodramas sentimentales, pero los directores y productores de la UFA y otros estudios habían recibido unas directrices claras de Goebbels, en marzo de 1933, en una alocución que este les dirigió durante un encuentro especialmente convocado al efecto en el hotel Kaiserhof. El cine, les dijo, tenía que ajustarse «al perfil del pueblo» y todas las producciones tenían que estar profundamente «enraizadas» en «los cimientos del nacionalsocialismo».[14] Los estudios de la UFA se deshicieron rápidamente de todos sus empleados judíos; a la mayoría de ellos les despidieron en los primeros meses del régimen nazi. Incluso aunque esto significase una grave pérdida de talento —unos mil quinientos artistas y técnicos alemanes, judíos y gentiles, encontrarían por ello un floreciente renacer en Hollywood—, el afán de los estudios era que les consideraran conformes a las normas.

En ciertos sentidos, como prototipo de estudioso del cine que era, si Goebbels hacía un análisis tan exhaustivo de Hollywood no era solo con fines directamente propagandísticos, sino porque entendía que las películas podían representar una valiosa fuente de liberación emocional; esto adquiriría una importancia vital durante la guerra, ya que los que se quedaban en casa sentían una enorme angustia por los hombres que se encontraban repartidos por todos los continentes y océanos del mundo, en los diversos escenarios del conflicto. Tras los desastrosos reveses sufridos en el norte de África y en las estepas rusas, Goebbels —aparte de aparecer en el Sportpalast en 1943 para avisar a los ciudadanos de que se

prepararan para la guerra total— ordenó a sus realizadores de cine que produjeran espectáculos cada vez más entretenidos. Aparte de ser vital para la moral, él creía que el papel del cine era crucial de cara a impulsar a la Alemania nazi hacia la victoria. Una curiosidad genuinamente estética cuyo visionado ha resistido hasta hoy fue la producción a todo color de la anteriormente mencionada epopeya fantástica *Las aventuras del barón Münchhausen*, rodada en 1942, pero que no llegaría a los cines hasta 1943. Teniendo en cuenta el absoluto control nazi sobre el cine, esta película presentaba una curiosa ambivalencia; se trataba de una historia donde se alternaba la diversión más delirante con una repentina e intensa melancolía. Se basaba en unos relatos populares protagonizados por el legendario barón Hieronymus von Münchhausen y en ella se entremezclaban telescopios mágicos con una relación romántica con Catalina la Grande, un encuentro con el ocultista Alessandro Cagliostro (que confiere la inmortalidad a nuestro héroe), un vuelo por el aire sobre una bola de cañón, una extraordinaria entrada en la Venecia del siglo XVIII y un viaje a la Luna en un globo aerostático, donde el barón y su ayudante de cámara descubren que está habitada por flores con cabezas humanas parlantes y desmontables.

Todo esto —acompañado de ingeniosos efectos especiales— se filmó en los colores más vivos; la secuencia rodada en 1942 en el Gran Canal de Venecia, por donde el barón navega durante el carnaval, ante la mirada de cientos de extras ataviados con disfraces, suponía un tremendo despilfarro. Como también el uso de oro y porcelana auténticos (y robados) para las escenas de los banquetes rusos. Sin embargo, una figura vital era consciente de lo insólito de todo esto: el hombre que había escrito el guion. Al final de la película, Münchhausen, ya en el presente, mientras charla sentado en el cenador de un jardín con sus jóvenes huéspedes, les confiesa que ha tenido bastante; que renunciará a su inmortalidad y morirá. Pero uno de ellos exclama que es un semidios. «Sí —responde Münchhausen—, pero un semidios solamente es medio hombre».[15] Esta frase parecía precisamente lo contrario al triunfalismo nazi: tomaba el culto a la muerte y al sacrificio y lo

convertía en algo agotador, triste y crepuscular. Münchhausen no solo había conocido su mundo, sino otros mundos más allá, y a través de los siglos. Y ninguno había bastado. ¿Qué se suponía que podía representar este final para Goebbels y la jefatura nazi? Solo Goebbels conocía la identidad secreta del guionista de la película, Erich Kästner, porque sus trabajos llevaban años siendo prohibidos. Curiosamente, el autor había preferido quedarse en Alemania, aunque sus gobernantes demonizaran tanto a su obra como a él mismo. Había sido sometido a agresivos interrogatorios de las SS en dos ocasiones, pero esto no le había intimidado lo suficiente para abandonar Berlín. Durante el final de la década de 1930 y principios de la de 1940, había sobrevivido en parte gracias a que pudo publicar en la neutral Suiza. Se centró en los libros para niños, teniendo cierto cuidado con que sus tendencias pacifistas y antinazis no le delataran demasiado. Una película como *Münchhausen* requería a un escritor que con su prodigiosa imaginación llevara el espectáculo a la vida. Goebbels asumió el riesgo al permitir que Kästner se hiciera cargo del guion, acordando que fuera escrito bajo un pseudónimo; no podía parecer que detrás estuviera un autor prohibido. Pero ¿qué quería decir realmente Kästner con la película? Münchhausen como personaje es genial y está lleno de energía y espíritu cómico, pero el peso de la tristeza también está siempre presente. A diferencia de *Die Nibelungen* de Lang, aquí el mito quedaba expuesto a la realidad del sentimiento humano.

La película alcanzó enorme popularidad, y Hitler estaba encantado con ella y su sensacional escenografía. Más adelante, de alguna manera, descubrió que Kästner era el autor y su primera reacción fue montar en cólera y ordenar que Kästner no volviera a trabajar como guionista. En 1944, con Berlín siendo despiadadamente bombardeada día y noche, la importancia del cine como evasión aumentó todavía más, sobre todo para quienes vivían en la periferia, a cierta distancia de los objetivos más obvios. Llegada la primavera de 1945, Kästner ya había sufrido sus propias pérdidas materiales, al caer una bomba sobre su casa —un pequeño apartamento en un edificio de cuatro plantas en Roscherstrasse, justo al lado del Kurfürstendamm, lleno de libros, máquinas de escribir y «su

sempiterna salchicha más dura que una piedra en la despensa»—[16] mientras él se encontraba en un refugio subterráneo. Kästner sabía, en aquellos últimos días en que los soviéticos se iban aproximando, el horror que les esperaba. También había oído alarmantes rumores sobre que las unidades de las SS que aún quedaban deambulando por Berlín tenían previsto matarle antes de que el Ejército Rojo tomara la ciudad. Él y algunos amigos de la industria del cine empezaron a planear su huida. La idea era llegar hasta alguna pequeña aldea del Tirol. En caso de que alguien les preguntara, habían pensado poner de pretexto que estaban buscando localizaciones para el rodaje de una nueva película titulada *Das verlorene gesicht* («El rostro perdido»).

Y mientras todo esto ocurría, otra figura clave del cine alemán, justo al principio de su carrera, iba a adoptar un medio de supervivencia llamativamente diferente. En los años que estaban por venir, Hildegard Knef alcanzaría una fama (y también mala fama) internacional, pero, en 1945, era una actriz de diecinueve años recién descubierta. En ciertos aspectos podía considerarse un emblema del Berlín moderno. Se había criado en el pudiente barrio de Wilmersdorf, muy del gusto de los artistas, en un piso que estaba cerca de unas vías de ferrocarril elevadas que obligaban a interrumpir la conversación cuando pasaba el tren. Su padre murió joven, su madre era una excéntrica que a veces sufría episodios maniacos. Su padrastro era zapatero y ella iba a una escuela donde, en un primer momento, el nazismo había recibido una cálida acogida por parte de algunos profesores, si bien no de todos los alumnos. A frau Knef le producía rechazo toda aquella ruidosa furia. Pero había disfrutado mucho durante el verano de 1936: de las Olimpiadas de Berlín bajo aquel rotundo sol que todo el mundo llamaba «el buen tiempo de Hitler», e incluso de la imagen del propio Führer que alcanzó a ver en la distancia. Pocos años después —y bajo el cielo de la guerra, cargado de bombas, que se traduciría en un permanente «dormitorio sin ventana» y «trozos de cristal sobre la cama»—,[17] Knef encontró trabajo, en 1943, en el departamento de animación de la UFA. Casi como manda la tradición, uno de los

ejecutivos del estudio se fijó en ella en la cantina y supo captar el potencial cinematográfico de aquella rubia de ojos verdes, de modo que le concedieron una beca para estudiar interpretación (curiosamente, incluso cuando empezaba la guerra total, estas cosas seguían revistiendo suficiente importancia para el régimen nazi).

Fue mientras actuaba en un teatro de Berlín, en 1944, cuando conocería a Ewald von Demandowsky —un productor de cine de propaganda nazi y también oficial de las SS— y ambos entablarían una relación; para entonces, Knef había conseguido su primer papel cinematográfico, en un drama bucólico titulado *Journey into Happiness* («Viaje a la felicidad»). Fue una de las últimas producciones nazis. Y en febrero de 1945, ella era una de las innumerables mujeres berlinesas que escuchaban las noticias de los avances soviéticos y trataban de sopesar lo que el futuro les depararía. Una de sus amigas era adicta a la adivinación del futuro y las cartas del tarot; lo único que pudo decirle es que se venían días «horrorosos».[18]

En marzo de 1945, Knef y Demandowsky (entonces reclutados por la Volkssturm) no sabían qué hacer. «En aquel momento éramos bombardeados continuamente, por los americanos, los ingleses y, a veces, los rusos», escribió Knef.[19] Las oficinas de los estudios donde le habían contratado por primera vez habían quedado hechas cenizas durante un ataque aéreo, y ahora ella, junto con sus conciudadanos, trataba de navegar una vida que pasaba bruscamente de momentos de absoluto pánico a largas horas de silencioso tedio. Hasta el simple acto de salir a comprar comestibles era una mezcla de suspense y aburrimiento. «Dicen que se puede conseguir mermelada en Dahlem [un barrio de la ciudad colindante con Wilmersdorf]» —escribía Knef—. Me pongo en la cola; vamos avanzando muy despacio, nos refugiamos en los portales, salimos, volvemos a formar la fila. Camionetas llenas de mujeres y niños pasan al lado traqueteando, son refugiados procedentes de Fráncfort del Óder, de Strausberg, de Spindlersfeld».[20] Y estos refugiados eran los que parecían portar el mensaje más pesimista. «Gritan: "¡Marchaos, los rusos os violarán, os reventarán la cabeza!". Una de

las mujeres vocifera: "Crucificaron a mi marido, lo clavaron a la puerta, le han cortado los pechos a mi hermana; ¡marchaos!"».[21]

Fue entonces cuando la idea de un plan de huida de la ciudad empezó a tomar forma en la cabeza de Knef, una estrategia que se basaría en la afición de toda su vida, la interpretación. Se disfrazaría de hombre. Era alta y de figura escultural, y confiaba en que, con un abrigo largo, jersey, pantalones y una gorra podía parecer y moverse como un hombre. No se trataba de un capricho disparatado, sino de una acción inspirada por un miedo real y acuciante a ser violada. Y por toda la ciudad, muchas mujeres que vivían escondidas en sótanos discurrirían la misma idea para evitar que les atacaran. Pero Hildegard Knef iba a llevarla más lejos (y no del todo conforme a lo planeado). Vestida de ese modo, se unió a un grupo de hombres —Volkssturm, SS y muchachos adolescentes— y de repente se vio envuelta en la batalla calle a calle por la ciudad. Aunque el ardid de Knef tuvo éxito en un principio, pasados unos días, acarrearía unas repercusiones inesperadas y un peligro que no había imaginado. Tras la guerra, Hildegard Knef se haría con un extraordinario —y a veces escandaloso— reducto dentro de la vida cultural del dividido país. (Su amante Demandowsky, en cambio, sería capturado y ejecutado). Entretanto, su huida desesperada y sus extravagantes estratagemas parecían sacadas de una de las historias de ficción de Erich Kästner, rodada bajo la satírica mirada de Ernst Lubitsch. Incluso en la caída de Berlín, una de sus jóvenes intérpretes se mantuvo fiel al anárquico espíritu artístico de la ciudad.

En otros lugares, sin embargo, hacia el sur de la ciudad, hubo una institución —gravemente dañada por los bombardeos, pero todavía en pie— dedicada a lo contrario. Además del cine y la fantasía, durante muchos años, los científicos más visionarios habían venido desarrollando sus pioneros avances en Berlín. En aquella fría y húmeda primavera de 1945, tres de estos científicos, perfectamente conscientes de que el mundo se encontraba en puertas de la era atómica, estaban fraguando sus propios planes. Aunque toda la investigación nuclear llevada a cabo bajo los nazis hacía tiempo que se había trasladado a lugares más tranquilos del país, los

laboratorios berlineses seguían albergando unos secretos, conocimiento y material que habrían sido de inestimable valor para el bando que primero se hubiera hecho con ellos. Estos científicos sabían que iban a ser capturados, bien por los estadounidenses y los británicos, bien por los soviéticos. Y aparentemente ya habían hecho su elección.

7
EL CLUB DEL URANIO

Las estrellas del cielo ya no eran lo que parecían. Incluso la oscuridad que las envolvía era diferente. Einstein había cambiado la forma del universo. Hubo quienes, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, pensaron que la nueva teoría general de la relatividad —el espacio y el tiempo estaban entrelazados y podían ser distorsionados por fuerzas gravitacionales— era en sí misma consecuencia del mentalmente perturbador horror de las trincheras; que el intelecto más brillante de todos se había visto desorientado por el ambiente de la guerra y que, al hacerlo, había invertido las leyes naturales del universo. Entre ellos estaba Joseph Goebbels que, hostil a la herencia judía de Einstein, suscribió en su lugar la ridícula idea de una «física aria» específica, y que, más tarde —durante los desesperantes días del búnker de abril de 1945—, llegó a creer que los movimientos de las estrellas podían verdaderamente contener los místicos secretos del futuro, descifrables por medio del horóscopo. Para entonces, ya hacía tiempo que Einstein era ciudadano estadounidense, y su antiguo barrio en Berlín había sido blanco de tan intensivos bombardeos que también se había convertido en todo lo contrario de lo que era. Pero, años antes de todo esto, su teoría de la relatividad había puesto a Berlín, durante un tiempo, en el centro del mundo científico.

En la primera semana de abril de 1945, algunos de los científicos que anteriormente se habían inspirado en Einstein contemplaban lo que quedaba de su trabajo y revisaban los descubrimientos de sus propias y deslumbrantes investigaciones en un estado de temor que iba acrecentándose cada día. Muchos de los laboratorios de Berlín ya

no eran más que un montón de cristales rotos y ladrillos pulverizados; al igual que la industria de la ciudad, también las luces de la ciencia se estaban apagando. Muchos de los programas de investigación más delicados habían sido evacuados de la ciudad, pero unos cuantos físicos permanecían aún, hombres que durante la guerra habían caminado por diversas cuerdas flojas en el terreno moral, y que en ese momento entendían que su conocimiento de la física nuclear les convertía en objetivos claros. Entre ellos estaba un profesor que, en su día, había parecido destinado a la muerte deshumanizada en los campos de concentración del este. Gustav Hertz era, según la terminología oficial de la época, «un judío parcial de segundo grado».[1] Su abuelo había sido judío; a mediados del siglo XIX, toda la familia se había convertido al luteranismo, aunque para los nazis esto no era pureza suficiente. El profesor Hertz había sido director del departamento de Física Experimental en la Universidad Técnica de Berlín. El estigma de la deslealtad asociado a su sangre contaminada hizo que las autoridades le apartaran del cargo.

Que el profesor Hertz hubiera ganado el Premio Nobel por su trabajo pionero sobre los electrones no se tuvo en cuenta, ya que se trataba de una rama de la investigación científica en la que el régimen no confiaba (al igual que en el caso de Einstein, los nazis consideraban su campo como una invención judía). Que Hertz hubiera sido un ciudadano demostrablemente orgulloso de serlo tampoco significaba nada. Ni siquiera que hubiera estado trabajando durante toda la Primera Guerra Mundial para convertir el gas de cloro en una terrible arma de batalla impresionó a los nazis. Pero tal vez un pequeño destello de esta brillantez, la imagen de su prestigio y respetabilidad internacional, había contribuido a protegerle y, pese a haber sido un proscrito de la academia, el profesor Hertz fue bienvenido en la gran empresa de aparatos eléctricos Siemens. El complejo —inevitablemente— había quedado dañado de gravedad por las bombas tras la intensa campaña de 1944 a 1945. No obstante, algunos de los laboratorios que albergaban estos maltrechos edificios todavía sobrevivían. Y en los heladores días de

abril de 1945, el profesor se estaba planteando sus posibilidades de sobrevivir en el futuro. Uno de sus colegas era un joven y brillante físico llamado Manfred von Ardenne, experto en tecnología inalámbrica y en los primeros estadios de la televisión. En el hermético mundo de la física atómica y cuántica, todos los científicos de este estrechamente unido grupo —que se reunía y hablaba con frecuencia de su trabajo— ya sabían o habían calculado cómo las bombas atómicas podían convertirse en una posibilidad. En la profunda vulnerabilidad de la ciudad en ruinas —con las instituciones abiertas al lluvioso cielo, y el obligado domicilio nocturno en los refugios subterráneos— no existía posibilidad alguna de escape. Los científicos eran a la vez claramente conscientes de que el enemigo iba a ir en su busca y de que —gracias a la información reunida por la inteligencia soviética— el Ejército Rojo y el NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) de Stalin sabían exactamente dónde encontrarlos. Los extraordinarios y rompedores avances en la comprensión de la estructura del cosmos, acontecidos en Berlín en los últimos treinta años, conferían a sus mentes un incalculable valor de cara a futuros conflictos geopolíticos.

La ironía de que el régimen nazi no fuera capaz de hacerse una idea del conocimiento de la física nuclear de estos científicos —ni de las posibilidades del armamento nuclear—, mientras que los estadounidenses y los soviéticos sí, no podía pasarles desapercibida a estos hombres. El hecho de que algunos de aquellos cruciales avances en ciencia atómica fueran en parte resultado de la imaginación y la filosofía de Albert Einstein era algo que los nazis nunca pudieron aceptar. Ya a comienzos de la década de 1920, cuando Einstein —que vivía en Berlín— era internacionalmente famoso y agasajado por científicos, periodistas y destacadas figuras de la sociedad, e incluso por el actor de cine Charlie Chaplin, había un significativo número de nacionalistas y agitadores que aborrecían el nuevo universo que él postulaba. Einstein insistía en que la teoría general de la relatividad no era una revolución. Él no había venido a suplantar a Isaac Newton; por el contrario, había aplicado sus leyes a un universo que el matemático del siglo XVII jamás podría haber

concebido, y con ello las había hecho evolucionar. La gravedad de Newton no podía explicar otras fuerzas más poderosas que obraban en la galaxia; Einstein imaginó la curvatura de la luz y la desaceleración y aceleración del tiempo. Había quienes le odiaban porque creían que estaba desestabilizando deliberadamente la sólida realidad. Ya a principios de la década de 1920, el antisemitismo enfebrecido llevó a los nacionalistas alemanes a creer que Einstein solo podía postular tales ideas porque era judío.

Como suizo-alemán, Albert Einstein había encontrado su hogar en Berlín antes de que el régimen guillermino hubiera lanzado a la nación a una guerra que, en sí misma, desafiaba los fundamentos de la racionalidad. Y, después de esa guerra, durante la Revolución alemana, los comunistas habían luchado contra los Freikorps en las calles bajo la ventana del despacho de Einstein.[2] Las batallas se habían extendido a la Universidad de Berlín, donde los comunistas ocuparon el campus, exigiendo que en un futuro solo fueran admitidos académicos y estudiantes socialistas. Acudieron a Einstein, esperando contar con su apoyo, pero este en cambio les expresó su temor por la libertad de pensamiento, e hizo lo que pudo en los círculos oficiales para que se restaurara el orden. El orden en la Alemania de Weimar con frecuencia podía resultar ilusorio. Durante los años siguientes, a la vez que esta penosa armonía se veía terriblemente sacudida por la pobreza, las agobiantes reparaciones de guerra y la hiperinflación, Albert Einstein se convirtió en una verdadera celebridad internacional, un hombre con una imagen tan reconocible como la de las estrellas de cine de Berlín. Le invitaron a Gran Bretaña y a Estados Unidos para dar conferencias ante auditorios abarrotados, no solo de científicos, sino de entusiastas seguidores formados en muy diversas disciplinas. Audaces periodistas enfocaban las entrevistas de Einstein como si fueran divertidos concursos: ¿cómo podían hacer para que esta figura de alborotada pelambrera —la viva representación del científico excéntrico— quedara en evidencia o incluso conseguir que pareciera un tonto? En realidad, no se podía, principalmente porque tenía un

acusado espíritu cómico y una irónica conciencia del impacto que tenían sus palabras.

Einstein y su esposa vivían en el tranquilo y adinerado barrio bávaro; una calle de edificios de viviendas ligeramente ostentosos, con interiores decorados con lujo, justo al sur del Tiergarten, el parque ajardinado más céntrico de la ciudad. Los salones intelectuales y sociales de Berlín no dejaban pasar ninguna oportunidad de ilustrarse con sus ideas; el conde Harry Kessler recordaba que Einstein le animó a ver que la teoría general de la relatividad era esencialmente simple; y estableció una analogía con una bola de cristal con una luz arriba, y escarabajos planos moviéndose por su superficie: un reino finito, pero a la vez ilimitado. Durante una cena, un invitado se mostró entusiasmado al enterarse de que Einstein era «profundamente religioso». ¿De verdad era cierto? «Sí —le dijo Einstein—, podría decirse así. Intente penetrar con sus medios limitados en los secretos de la naturaleza y descubrirá que, más allá de toda concatenación discernible, sigue habiendo algo sutil, intangible e inexplicable. La veneración por esta fuerza que escapa a lo que somos capaces de comprender es mi religión».[3]

La oposición de muchos científicos —que no podían aceptar que la gravedad no solo era una fuerza, sino que formaba parte de la infraestructura del universo— tenía en aquellos primeros momentos un carácter despectivo, como si Einstein estuviera hablando de fenómenos sobrenaturales. Pero algunos de estos científicos todavía creían en este tipo de manifestaciones —cosas como «el éter»— y, tal vez con cierta lógica, dado que aquel fue un periodo de cambio y cuestionamiento en el que las teorías más nuevas podrían igualmente haberse considerado sobrenaturales. Así, el científico danés Niels Bohr y Max Born estaban explorando el extraño reino del quantum donde, a escala atómica y subatómica, el universo parecía haber empezado a comportarse de formas inexplicables: partículas que desafiaban la medición, electrones que actuaban y reaccionaban de modo diferente cuando se sometían a observación. El académico más veterano de la Universidad de Berlín y a la sazón su rector, el

profesor Max Planck, había sido quien había abierto el camino en este campo del quantum, mientras investigaba en la termodinámica. Al igual que en el caso de su joven amigo Einstein, su intención jamás había sido socavar las leyes clásicamente formuladas de la física, pero en aquel momento había fenómenos observables, relacionados con la radiación y el calor, que no podían ser explicados de otro modo. La investigación de Planck se vio afectada de gravedad por los terribles terremotos económicos de los años veinte; sus laboratorios a veces no podían funcionar debido a la carencia de fondos o de recursos.

Esta prometedora generación de físicos, a la que no tardaría en sumarse un joven Werner Heisenberg, pasaba gran parte de su tiempo enfrascada en sus profundos y abstractos pensamientos. A menudo, Einstein entraba en una especie de estado de trance. En cierta ocasión, llegó a pasar tanto tiempo dentro del baño que los miembros de su familia empezaron a llamarle a gritos a través de la puerta, alarmados. Cuando abrió, les respondió tímidamente que creía que se encontraba en su despacho.[4]

No obstante, Einstein también era perfectamente lúcido respecto al mundo que le rodeaba y el cada vez más envenenado ambiente político. A principios de la década de 1920 se celebró un encuentro público, anunciado como un debate sobre la relatividad, al que no pudo resistirse a ir. Para entrar en la sala, sin embargo, tuvo que pasar por una cadena de esvásticas que había colgadas. En aquel debate —y en otras discusiones que mantuvo en público con colegas científicos contrarios a sus teorías— preguntó, con toda intención, si su oposición a la teoría de la relatividad habría sido tan fuerte si él no hubiera sido judío.

Einstein se mostró siempre y en todo momento valiente, en el sentido de que sabía que no debía retroceder nunca ante los matones, pero a principios de los años treinta también fue muy consciente del escalofrío que iba recorriendo toda la ciudad. Entendía que Hitler era en parte producto de la catástrofe económica. «Yo no me cuento entre las amistades de herr Hitler —declaró desde Pasadena, California, donde había sido invitado para

ejercer como profesor e investigador en Caltech—. Él vive del estómago vacío de Alemania. En cuanto las condiciones económicas mejoren, dejará de ser importante».[5] Sin embargo, esta afirmación suponía atribuir racionalidad pura a las clases medias acomodadas de la nación. Entre los millones de personas desesperadamente pobres, tanto desempleadas como con trabajos por horas, el comunismo y el nazismo, desde sus extremos, parecían ofrecer respuestas. Pero Hitler y el NSDAP eran, si no amados por las clases medias, tampoco especialmente temidos por ellas; las familias que habían visto desaparecer los ahorros de su vida con la hiperinflación de 1923 ya no podían confiar en que ninguna variante del régimen de Weimar garantizara la seguridad económica. Por grotesco que resulte, el atractivo de Hitler era el de la estabilidad.

A principios de 1933, tras el ascenso de Hitler a la Cancillería que fue casi inmediatamente seguido de la quema del Reichstag, lo que permitió a los nazis culpar y azuzar su rabia contra los comunistas, celebrar unas elecciones claramente sesgadas e imponer con rapidez un totalitarismo férreo, Einstein entendió que había subestimado las terribles fuerzas que estaban en juego; la materia oscura que ejercía tan extraños efectos en toda la nación. La noche siguiente al incendio del Reichstag, el científico le dijo a su amante: «No me atrevo a entrar en Alemania a causa de Hitler».[6] Pero esto no implicaba que se quedara callado. Einstein viajó a Bélgica, donde pronunció la contundente declaración: «Mientras yo pueda elegir, solo viviré en un país en el que imperen las libertades civiles, la tolerancia y la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. Estas condiciones no se dan en Alemania en este momento».[7]

Y así fue como el cerebro más importante de Berlín fue exiliado: la respuesta del régimen nazi resultó furibunda. Un periódico popular declaró: «Buenas noticias sobre Einstein: no va a volver», y en su editorial continuaba diciendo que era «un engreído vanidoso [que] se atreve a juzgar a Alemania sin saber lo que pasa aquí, cuestiones que serán siempre incomprensibles para un hombre que nunca fue alemán a nuestros ojos y que se declara judío y nada más que judío».[8]

El dolor experimentado por el exilio era muy distinto al que sufrieron los que se quedaron y trataron en vano de acomodarse al régimen. El gran amigo de Einstein, Max Planck, tuvo no solo que convivir con su ausencia, sino también con la subsiguiente crueldad de las restricciones nazis para con las personas judías del mundo académico. En cierto sentido, él consiguió resistir al régimen durante un tiempo; la *gleichschaltung* («coordinación») llegaría un poco más tarde al Instituto Káiser Guillermo que a otras instancias oficiales, y él hizo lo que pudo, que no era mucho, para proteger a sus miembros judíos. Uno de ellos era el profesor Fritz Haber, que había pasado toda la Primera Guerra Mundial desarrollando tanto armas químicas como fertilizantes agrícolas: instrumentos de muerte y de vida creados en laboratorio (su primera mujer se suicidó; algunos dijeron que el desarrollo de gas venenoso llevado a cabo por su marido le había movido a ello. En cambio, sus fertilizantes, aunque tóxicos, se tradujeron en la tan necesitada abundancia de las cosechas. Esa nauseabunda dualidad persistió. Algunos años más tarde, los laboratorios de Haber desarrollaron el gas de cianuro de hidrógeno denominado Zyklon A, destinado originalmente a ayudar a los agricultores a acabar con los insectos que devoraban sus cultivos, pero que más adelante sería adaptado por los nazis como medio de exterminio de la vida humana a una escala inimaginable). El profesor Planck defendió a Haber ante el propio Führer, pero Hitler estaba obsesionado, como él mismo le dijo a Planck, con los judíos, «que se pegan entre sí como lapas».[9]

Al final, la perversidad del régimen, y la guerra para derrotarlo, acabaría devorando a Max Planck. En 1944, su querido hogar en el elegante barrio de Grunewald quedó completamente destruido una de esas noches de incesantes bombardeos. Pero lo peor llegó cuando su hijo pequeño, Erwin, un político de Weimar apartado de su cargo para desempeñar un trabajo comercial, fue arrestado por la Gestapo como sospechoso de haber estado implicado en la conspiración de 1944 para asesinar a Hitler. Finalmente, Erwin Planck fue conducido ante el Tribunal del Pueblo en enero de 1945; el mero hecho de comparecer ante este siniestro tribunal era

garantía de una inminente muerte violenta. El profesor Planck envió una carta desesperada a Hitler, defendiendo la inocencia de su hijo. El silencio fue implacable. Erwin Planck fue ahorcado ese mismo mes. El profesor Planck ya había perdido a su hijo mayor en la Primera Guerra Mundial. Este varapalo final —el último y salvaje acto de un Estado sociópata— llevó al anciano a la tumba. Ni siquiera la cascada de afectuosos homenajes que le dedicaron nada más acabar la guerra —todo el merecido respeto que se le había negado durante el nazismo, incluida una entusiasta bienvenida a Londres, caso único entre los científicos alemanes en aquella época— pudieron curarle aquellas terribles heridas.

Otra brillante figura del Instituto Káiser Guillermo, cuyo talento había sido reconocido por Max Planck antes de la Primera Guerra Mundial, fue también alguien que, irónicamente, pudo haber servido para proporcionar a los nazis el conocimiento necesario para fabricar armamento atómico. Como mujer con ascendencia judía, sin embargo, Lise Meitner corrió peligro desde el mismo momento en que los nazis se hicieron con el poder. Nacida en Austria, Meitner había estudiado en la Universidad de Viena; su campo era la física, algo sumamente inusual en una mujer de aquella época, pero esto fue lo que le llevó a Berlín, donde la presencia de las mujeres en el ámbito de la ciencia no era tan infrecuente. Max Planck, por entonces de mediana edad, se mostraba conservadoramente reacio a la idea de que una mujer trabajara en el nuevo campo de la radioactividad y la investigación atómica, aunque esta reticencia pronto se desvanecería ante su tremenda capacidad, energía y efervescente imaginación. Lise formaba equipo con Otto Hahn, y juntos, durante las décadas de 1920 y 1930, protagonizaron algunos de los avances más extraordinarios en el conocimiento de esta materia.

«La radioactividad y la física nuclear estaban progresando increíblemente rápido en aquellos tiempos —recordaría Meitner años después—. Casi no había mes en el que no se produjera algún nuevo y sorprendente descubrimiento en alguno de los laboratorios que trabajaban en este campo. Nosotros desarrollamos muy buenas

relaciones científicas y personales con nuestros colegas».[10] A principios de los años treinta, ya estaba siendo invitada a dar prestigiosas conferencias, y durante algún tiempo pareció que su carrera contaba casi con un campo gravitacional propio que la permitía elevarse por encima del nuevo régimen nazi. Pese a la expulsión de sus colegas judíos de distintas profesiones, la nacionalidad austriaca de Meitner —los dos estados todavía no se habían fusionado— le proporcionaba cierta protección temporal, en un momento en el que ella y Otto Hahn descifraban enigmas atómicos cada día. No es que no fuera consciente de la amenaza, pero su trabajo revestía una importancia tan grande para ella que no permitía que el odio de unos miserables oportunistas políticos la desviaran de él. En los laboratorios del instituto, se dedicaba a bombardear uranio con neutrones, en un intento por crear unos muy pesados elementos artificiales denominados «transuránicos». A través de estos experimentos con isótopos de uranio-238, ella y Otto Hahn estuvieron a punto —inconsciente e inintencionadamente— de cambiar por completo el curso de la política y de la historia mundial al hacer de la bomba atómica una posibilidad cada vez más cercana.

La anexión nazi de Austria en 1938 fue el punto en el que la amenaza a Lise Meitner por parte del régimen se hizo real y próxima, dado que con ella perdió de inmediato la protección que le proporcionaba la ciudadanía austriaca. Otto Hahn y otros colegas le rogaron que se fuera cuanto antes de Alemania. La velocidad a la que lo hizo fue notable; no tuvo tiempo más que para preparar dos pequeñas maletas. Con la ayuda de sus amigos, logró llegar hasta los Países Bajos, y desde allí a Estocolmo, donde fue recibida por el Instituto Nobel.

Su frustración al tener que abandonar su trabajo fue intensa; ella y Hahn continuaron manteniendo correspondencia y estaba claro que habían descubierto —en el curso de sus últimos experimentos— la fisión atómica. «Hay algo en los "isótopos radioactivos" que es tan extraordinario que por ahora solamente te lo cuento a ti», le escribió Hahn en diciembre de 1938.[11] Aquellos isótopos estaban comportándose de modos que Hahn y su colega Fritz Strassmann

sencillamente no eran capaces de interpretar de forma concluyente. «Quizá tú sí le encuentres alguna sensacional explicación».[12] ¿Había «explotado» el núcleo del uranio? Meitner le dijo que sí; era la confirmación de la fórmula propuesta por Einstein «sobre la capacidad de conversión de la masa en energía».[13] Allí, en Berlín, se dio uno de los primeros pasos hacia la posibilidad de producir armas nucleares. La Alemania nazi estaba en posición de ventaja respecto a los aliados. Que el camino hacia ese destino se torciera y distorsionara con tanta violencia fue como el fenómeno igualmente fascinante de las fuerzas de la moralidad y la ciencia combinándose sin llegar a fusionarse.

El profesor Hahn permaneció en Berlín; cuando llegó la guerra, no tuvo casi más opción que quedarse. Y, entre los físicos más destacados del país, acabaría creándose un nuevo programa, al que sencillamente se denominaría el «Club del Uranio».[14] En torno a ese mismo momento, en 1940, en Estados Unidos Einstein advertía al presidente Roosevelt de la posibilidad de que los nazis pudieran desarrollar armamento nuclear. El secreto estaba al descubierto; no podía ignorarse. En Alemania, el extraordinario y joven físico Werner Heisenberg, ya entonces famoso por su principio de la incertidumbre (relacionado con la cantidad de movimiento de las partículas que no podía predecirse ni medirse con exactitud), supo ver enseguida el potencial de la fisión. Sin embargo, sus posibilidades netamente devastadoras quedaban fuera de los estrictos límites de la imaginación nazi. Los científicos de Alemania, pese a estar bajo la orden de promover los esfuerzos bélicos, chocaban con el obstáculo de la propia naturaleza del régimen. Muchos de sus colegas más brillantes eran judíos y se habían visto obligados a huir de un Estado que, en todo caso, habría rechazado su trabajo por tratarse de «ciencia judía»; por otra parte, los distintos institutos científicos no estaban eficientemente centralizados; y, por si fuera poco, también estaban en cierto modo infrafinanciados. La creación de una bomba atómica requería inmensas instalaciones industriales, como las que más tarde se construirían en el desierto de Los Álamos para el Proyecto Manhattan. Los laboratorios de Berlín, algunos dentro del

complejo industrial Siemensstadt, no eran suficiente. Si los nazis no hubieran adolecido de esa desdeñosa falta de curiosidad en este campo, les habría ido mucho mejor.

Hahn y Heisenberg veían de cerca la desconcertada incapacidad de los nazis para comprender aquello que Churchill y Roosevelt sí podían; en 1942, fueron convocados a una reunión con el ministro de Armamento y Municiones, Albert Speer y varias figuras militares, celebrada en el Instituto Káiser Guillermo, en Harnack Haus. El propósito era que los científicos dieran conferencias a los militares sobre «la desintegración de los átomos y el desarrollo de la máquina de uranio».[15] Más adelante, Speer le preguntó a Heisenberg cómo «podía aplicarse la física nuclear a la fabricación de bombas atómicas».[16] Según Speer, Heisenberg le dijo que, en teoría, este tipo de bomba podía construirse ya desde ese momento; pero que Alemania tardaría al menos dos años en desarrollar una. Speer no reaccionó con mucho entusiasmo. Entretanto, a Hitler también le estaba llegando información del joven inventor Manfred von Ardenne sobre las posibilidades nucleares. Tanto él como sus generales parecían tener cierta dificultad para hacerse una idea acerca del armamento atómico; si se utilizaba en el campo de batalla, ¿podía hacer que los ocupantes de un vehículo salieran despedidos a tres kilómetros de distancia? Y, si se usaba en una ciudad, ¿qué garantía había de que la fisión pudiera contenerse en parte?, ¿o existía la aterradora posibilidad de una reacción en cadena que pudiera acabar devorando el planeta?

Tras la guerra, tanto el profesor Hahn como el profesor Heisenberg afirmaron que ellos se habían opuesto con vehemencia al régimen, y Heisenberg sugirió que él mismo había saboteado activamente el programa de investigación nuclear. Todavía existe cierta ambigüedad a este respecto; su reunión de 1941 con el físico Niels Bohr en Copenhague, y el posible significado de lo que hablaron, siguen resultando hoy tan opacos como las tesis cuánticas. ¿Le estaba rogando Heisenberg a Bohr que hiciera que los aliados dejaran de desarrollar su bomba atómica? ¿Estaba solicitando inteligencia técnica? ¿O estaba asumiendo un extraordinario riesgo,

traicionando a su propio país, al hacer saber a Bohr que él también entendía la teoría necesaria para crear un arma así? Para muchos alemanes, existía una dimensión extra de sufrimiento moral que sus homólogos aliados no podían entender: aunque los científicos detestaran y tuvieran miedo al régimen nazi, también temían por la destrucción de su país y de sus compatriotas. Los físicos alemanes que tenían la clara intuición de que ya estaba en marcha un programa como el Proyecto Manhattan sabían que las ciudades en las que ellos y sus seres queridos vivían podían ser directamente barridas de la faz de la tierra por los vengativos aliados. Las intensas campañas de bombardeos de la RAF (Fracción del Ejército Rojo) y la USAAF (Fuerzas Aéreas del Ejército de Estados Unidos) —el infierno desatado en los cielos, los miles de cadáveres encogidos, carbonizados, de civiles— eran indicadores de una intencionada crueldad. Esta capacidad siempre estaba ahí.

El objetivo alemán de desarrollar armamento atómico —si es que este esfuerzo desorganizado podía describirse como un objetivo— se vio abandonado de manera efectiva en 1942. Es posible que existiera algún elemento dentro la jerarquía nazi que una vez más recelara de que, tras la física nuclear, seguía habiendo algo de Einstein y su «ciencia judía». En todo caso, sus mentes estaban puestas en un «arma milagrosa» de naturaleza muy distinta. Era obra de un joven —un ingeniero— que de niño contemplaba el inmenso cielo de la noche desde los bosques de Berlín y soñaba con el día en que sería posible viajar hasta la Luna y caminar por su superficie.

Wernher von Braun estaba obsesionado de niño con la ciencia y la matemática espacial y aeronáutica. Procedía de una familia aristócrata —su padre era un barón *junker*—, pero en Berlín y sus alrededores él había cursado su educación en varios de los internados progresistas que constituyeron un rasgo distintivo tanto de la era guillermina como de la era Weimar. Su hogar familiar estaba en el extraordinariamente elegante Tiergarten y, pese a la mezcla de esnobismo y antisemitismo característica de la alta sociedad de la ciudad, el muchacho invitaba a los amigos judíos de

su primera escuela a merendar a su casa.[17] Su madre, que podría haber llegado a ser científica de profesión de no ser por las tradicionales limitaciones impuestas por el hogar y la familia, le regaló un telescopio; y, en ese momento, la obsesión de alcanzar las estrellas le absorbió por completo. Su sentido de la forma y de la estructura matemáticas era instintivo, pero, a diferencia de Einstein, sus experimentos eran enteramente físicos en lugar de abstractos.

Siendo un muchacho, ya andaba en pos del conocimiento fuera de los laboratorios, a veces para indignación de sus vecinos. Sus primeros experimentos con cohetes provocaron el pánico en una tienda de verduras, e hicieron que los peatones salieran corriendo despavoridos por la acera mientras un proyectil montado sobre un carrito, echando chispas en todas direcciones, pasaba a toda velocidad silbando. La monomanía de Von Braun por los cohetes le llevó a realizar unas prácticas de ingeniería en el sector de la metalistería, un trabajo puramente manual que formaba parte del currículum para adquirir la licenciatura en Ingeniería. El chófer de la familia le llevaba cada madrugada de su lujoso hogar familiar a una inmensa factoría situada en el barrio de Tegel, al noroeste de la ciudad. Los trabajadores de más edad miraban con curiosidad a este joven aristócrata; uno de ellos, que ejercía de tutor con él, le planteó el reto de fabricar un cubo perfecto a partir de un pedazo de metal informe. Cada vez que Von Braun le presentaba el objeto terminado, este hombre se lo echaba para atrás diciendo que no tenía suficiente calidad, y el joven volvía a la tarea de darle forma. Esto le enseñó a tener paciencia, pero en realidad él no tenía necesidad de recibir lecciones de perfeccionismo.[18] El joven también empezó a formar parte de un exclusivo círculo de especialistas en tecnología de cohetes; incluso el director de cine de la UFA Fritz Lang llegó a contactar con él. Quería rodar unas secuencias espectaculares para su nueva película épica, *La mujer en la Luna*. Von Braun se trasladó a la Universidad de Berlín; todas las tesis plasmadas en los cuadernos de su adolescencia respecto a temas como combustible, empuje y trayectoria estaban cobrando vida.

El padre de Wernher, Magnus, había sido elevado, en 1932, al rango de ministro del Reich en el malhadado Gobierno de Franz von Papen; para entonces, la tasa nacional de desempleo rondaba los seis millones y en las calles de Berlín abundaban los síntomas de malestar, desde veteranos de la Gran Guerra mendigando hasta violentos ejércitos de «toros rubios» (como un observador les describió) enfundados en sus uniformes marrones y negros de las SA y las SS persiguiendo a comunistas para atacarlos. El Gobierno de Weimar había intentado prohibir ambas formaciones nazis, pero no sus equivalentes comunistas. La indignación resultante llevó al levantamiento de esta prohibición y a un enconamiento de la violencia. Sin embargo, para la familia todo aquello era mera política, y el despido de Magnus cuando Hitler llegó a la Cancillería no tuvo ningún impacto ni en su seguridad ni en su riqueza. De hecho, el joven y rico Wernher —cuyo extenso trabajo académico en ingeniería espacial le llevó a él y a un grupo de otros expertos a conseguir la concesión de un espacio de terreno descampado al norte de la ciudad para llevar a cabo sus experimentos— afirmaría posteriormente que él le prestaba muy poca atención a todo aquello del cambio de régimen, dada su autonomía financiera.

A comienzos de la década de 1930, cuando apenas contaba veinte años, su trabajo llamó la atención de los militares. Von Braun y sus colegas sugerirían más tarde que trabajar para el Ejército no era una cuestión de ideología ni obedecía a un deseo de conquista, sino que simplemente era un medio para conseguir los fondos necesarios para costear la pura investigación científica. Aunque se doctoró en 1934, a la edad de veintidós años, en los años siguientes su investigación seguiría una muy peculiar trayectoria. En primer lugar, él y su equipo se esforzaron en perfeccionar los combustibles líquidos de los cohetes. Luego estaba la cuestión de la orientación: ¿cómo podía dirigirse un proyectil de este tipo? En 1937 ya habían comenzado en Peenemünde, en el norte de Alemania, los trabajos en lo que sería el cohete V-2, un arma que podía elevarse hasta la estratosfera y tocar el mismo límite de la frontera atmosférica del planeta, antes de iniciar su descenso sobre las calles y sus ciudadanos y que la muerte

violenta e instantánea llegara, sin previo aviso, caída del límpido cielo.

Hitler se quedó atónito ante la juventud del científico; no podía creer, tras un primer encuentro cara a cara, que aquel joven fuera el genio que podía diseñar las armas de la venganza. Von Braun afirmaría más adelante que él personalmente no estaba de acuerdo con las creencias nazis. El hecho de que fuera miembro del NSDAP y, durante la guerra, oficial de las SS eran detalles que no debían tenerse en cuenta, dado que, en aquellos tiempos, se trataba de la práctica habitual. Sin embargo, estaba igualmente claro que algo en el interior del doctor Von Braun había muerto. Avanzada la guerra, durante la retirada ante los bombardeos aliados, se encontraba supervisando la conversión del Mittelwerk, un complejo de túneles situado en el interior de las montañas Harz, al sur del país, para fabricar más cohetes V-2. Aquellas obras utilizaban mano de obra esclava del campo de concentración Mittelbau-Dora para excavar unas cavidades más anchas y más profundas a partir de los túneles existentes, con el fin de dotarlas de vías ferroviarias. Los esclavos dormían dentro de los túneles, en literas. No había agua corriente, ni condiciones de saneamiento, y la comida era escasa. Cada día, los esclavos se levantaban por la mañana con un cadáver al lado; el tifus y la disentería, así como una incesante e implacable violencia les rodeaban. Cualquier fallo cometido en la línea de producción hacía restallar los látigos sobre sus esqueléticas espaldas. Había andamios para llegar al techo de los túneles y poder picar más a fondo; los hombres morían allí de pie, y tras caer sobre el rocoso suelo, eran reemplazados de inmediato y sus cuerpos trasladados a los hornos de Buchenwald. La cifra de los que murieron rápidamente se estima en torno a unas tres mil personas. Otras diecisiete mil tendrían que sufrir muertes más lentas y más terribles. Por mucho que más adelante él omitiera estos detalles, o declarara el conocimiento limitado que tenía de todo ello desde su puesto como científico y técnico, es indudable que Von Braun sabía exactamente lo que pasaba en aquel lugar; en cierto terrible y curioso sentido, podía ser más fácil llegar a entender a los sádicos guardias que azotaban a los prisioneros hasta la muerte que a este hombre.

Y cuando la guerra se aproximaba a su final, Von Braun previó que el régimen nazi caería rápidamente. Sabía que sería capturado, y se aseguró de que lo hicieran los norteamericanos. Los últimos doce años en la vida de este aristócrata hijo de Berlín fueron entonces cuidadosamente ocultados por las autoridades estadounidenses, que le permitieron alcanzar la fama como experto pionero en cohetes de la Agencia Espacial Nacional de Estados Unidos (NASA), que en 1969 haría que el hombre pusiera el pie en la Luna. Las muertes de tantos trabajadores esclavos resultantes del anterior empleo de Von Braun fueron convenientemente ignoradas.

Llegada la primavera de 1945, el mundo entero era ya consciente de toda la obscenidad de la maldad nazi. La filmación de montones de cadáveres apilados había puesto al descubierto la verdadera y mortal lógica del régimen: la vida humana reducida a desechos enfermos. Aunque estas imágenes aún no habían llegado a ojos de los ciudadanos alemanes, era imposible que estos fueran completamente ignorantes de la verdad homicida de sus gobernantes: los rumores sobre Auschwitz habían circulado por la capital. Pero por sus calles seguían patrullando los cada vez más neuróticos hombres de las SS, deseosos de castigar con ejemplaridad a quienes consideraban culpables de derrotismo.

Entre las ruinas del Berlín de 1945, cuatro científicos en concreto se estaban preparando para su derrumbamiento final: los físicos nucleares Gustav Hertz y Manfred von Ardenne, y dos colegas suyos, Peter Thiessen y Max Volmer. Al igual que Von Braun, Von Ardenne era un joven aristócrata —de treinta y ocho años de edad— cuya obsesión por la física le había impulsado a financiar su propio laboratorio de investigación con su inmensa herencia familiar. El ámbito de conocimiento de Von Ardenne era extenso, pero estaba especialmente centrado en la microscopía electrónica (la iluminación y la visión aumentada de muestras extraordinariamente diminutas mediante haces de electrones, en lugar de los visibles fotones de luz) y también en la comunicación inalámbrica y la televisión; en 1932 realizó la primera emisión de televisión electrónica pública (la

imagen insólitamente nítida de unas tijeras) y en 1936 televisó algunos momentos de las Olimpiadas de Berlín a los pocos receptores de televisión existentes (algunos de ellos instalados para el visionado público).[19] Había mantenido amistad con el físico Otto Hahn, y estaba completamente al tanto de los descubrimientos nucleares de Werner Heisenberg. Von Ardenne había llevado a cabo experimentos en sus propios laboratorios privados y también había sido consultado por la jerarquía nazi sobre sus ideas acerca de la viabilidad de la guerra nuclear. Sin embargo, incluso bajo el totalitarismo, se las había arreglado para mantener su trabajo a cierta distancia de las ávidas exigencias del Estado.

En abril de 1945, mientras los soviéticos se iban congregando al este de la ciudad, Von Ardenne, Hertz, Thiessen y Volmer formularon un plan. Era seguro que los agentes soviéticos irían a buscarlos. También era seguro que lo que quedaba de los laboratorios sería saqueado. El cuarteto había pensado sagazmente que, al igual que los estadounidenses estaban bastante adelantados en el desarrollo de armamento nuclear, los soviéticos también habrían estado trabajando mucho en esta área. La hipótesis más compartida entre estos físicos durante los últimos años había sido que se requerirían enormes instalaciones industriales para procesar el uranio necesario, pero fue Von Ardenne quien pensó que el uranio podía enriquecerse con centrifugadoras mucho más pequeñas. Para este su trabajo lo era todo, al margen de las políticas gubernamentales, ya fueran nazis, comunistas o incluso liberales o demócratas. Y aunque parecía resignado a la idea de que Rusia le secuestraría, a él y su valiosísimo equipo técnico, para que continuara realizando allí su trabajo, no se imaginaba haciéndolo bajo coacción. Él, Hertz, Thiessen y Volmer acordaron entre ellos que el primero en ser capturado por el Ejército Rojo debía comunicar de inmediato a sus captores que los otros tres eran indispensables para el trabajo que había que realizar. No deja de resultar sorprendente que, pese a la escala de destrucción indiscriminada que les rodeaba, y la crueldad de los conquistadores ya a punto de llegar, los científicos encontraran a sus nuevos jefes receptivos a su petición. Von Ardenne era uno de esos berlineses

que había ido surcando las mareas de la historia, y viviría lo bastante para asistir a la caída del comunismo y a la reunificación de Alemania en 1990. En 1945, es posible que entendiera mejor que nadie que la historia nunca termina.

Mientras la futura geopolítica global iba tomando forma durante aquellas preocupantes horas, otros berlineses solo anhelaban encontrar una vía de escape a sus propios miedos; perderse, por ejemplo, escuchando sinfonías. En el periodo de entreguerras, la ciudad había vibrado con la más rica variedad musical, desde con los *lieder* clásicos de Richard Strauss hasta con el ímpetu del jazz. De hecho, los esfuerzos nazis por prohibir esta y otras formas de música que ellos consideraban degenerada acabarían fracasando, ya que tanto entre los soldados como entre la gente joven que vivieron la oscuridad de 1945 había ciertos ritmos y melodías en el aire a las que parecía imposible ponerles coto.

8
LA PROFECÍA DE LA CARNE

A los jóvenes de Berlín les volvía locos el jazz, con la fuerza de una adicción narcótica. Los extremos hasta los que podían llegar —incluso en la guerra— para desafiar la prohibición nazi de esta música eran muy ingeniosos. Antes del estallido del conflicto, los grupos que visitaban la ciudad, procedentes de Bélgica o de Suecia y se juntaban con sus homólogos alemanes, encontraban formas a veces cómicas de contravenir las estrictas normas, como interpretar las prohibidas melodías norteamericanas cambiando los títulos originales. La famosa pieza «Whispering», por ejemplo, se anunciaba como «Lass mich dein badewasser schlürfen» («Déjame beber el agua de tu bañera»).[1] Había un informe oficial nazi que lamentaba las actividades de algunos jóvenes en las tabernas berlinesas; eran «tan claramente contrarios a la respetable música ligera, acorde al gusto alemán, que exigen temas de jazz, a menudo de forma tan categórica, que las bandas van cayendo cada vez más en la tentación, y cuanto más salvaje y "caliente" es la música que tocan, más desbordante es el aplauso que obtienen de este tipo de jóvenes».[2]

Berlín ya estaba inundada de música antes de los nazis; y siguió inundada de música durante su régimen, así como después de él. En la sensual vida de la ciudad era un elemento absolutamente clave. «Mis padres me regalaron un gramófono por mi catorce cumpleaños, en 1941», recordaría Manfred Omankowsky.[3] Aunque pesaba mucho, en verano solía cargar con él hasta su barco, en el lago Tegel, donde se juntaba con amigos y, bajo el radiante sol berlinés, escondidos entre los juncos, escuchaban el «prohibido swing».[4] En

otros lugares, incluso en medio del ambiente más cargado de muerte, los famosos cabarés de la ciudad fueron unas de las primeras y sorprendentes resurrecciones en el mundo de la posguerra, y el gusto, más extendido, por los conciertos de música clásica tampoco remitió nunca. Los nazis supieron ver, de forma instintiva, que la música tenía poder; pero de lo que no estaban tan seguros era de cómo gestionar ese poder en su beneficio. A diferencia de la imaginería del cine y del arte, o de los himnos o cánticos populares, la música clásica le hablaba a la mente y al alma. El más totalitario de los gobiernos nunca llegaría a entender del todo la mezcla de emociones y pensamientos individuales que podía aflorar durante una sinfonía. El Tercer Reich trató desde un primer momento de establecer un control férreo sobre el tipo de música que la población escuchaba: las famosas prohibiciones impuestas al jazz o la aversión por la desconcertante atonalidad de las composiciones de Schoenberg. Más avanzada la década de 1930 hubo incluso una muestra de «Música degenerada» presentada en forma de partituras, como complemento a una exposición de «Arte degenerado», repleta de las composiciones que los nazis consideraban grotescas. Pero el gusto musical nunca fue del todo controlable, especialmente en una ciudad como Berlín, tan bien provista de salas de conciertos y de ópera y en las que, a través de grabaciones y de las radios, las imparables mareas de los nuevos océanos musicales llegaban a los entregados oídos de los oyentes más jóvenes. Los aliados que ocuparon Berlín después de la guerra hicieron presunciones muy generales sobre la «música nazi» —que se trataba de unas piezas específicas que siempre se identificarían con los mítines alumbrados por las antorchas o los desfiles al paso de la oca—, pero eran demasiado simplistas. En realidad, después de la guerra, los directores y músicos de orquesta, así como sus empresarios, retomaron sus repertorios sin hacer grandes cambios respecto a los de los años veinte o treinta. Había sido a través de la música que el verdadero espíritu de la ciudad y sus habitantes había conseguido sobrevivir, pese a los intentos de erradicarla o de secuestrarla por parte de los políticos matones en el poder.

Allá por la década de 1920, en *Mein Kampf*, Hitler ya se había parado a pensar acerca de las posibilidades propagandísticas de la música: «Los géneros sinfónicos podían utilizarse muy fácilmente con propósitos ideológicos», escribió.[5] Pero, tras alcanzar el poder, pareció darse cuenta de que no era tan fácil. En el mitin de Núremberg de 1938 declaró que la música en sí no podía expresar valores políticos; que una sinfonía no podía transmitir las firmes creencias del nacionalsocialismo. Mezclado con todo esto, había un elemento de falsa humildad, una idea de que los políticos no podían apoyarse en el genio alemán para la música, por temor a que esta presión pudiera hacer que dicho talento se pervirtiera y fuera «en la dirección equivocada»[6] (aunque si no había una dirección «correcta», este argumento parecía contradictorio). No obstante, se ha señalado que el énfasis por parte del partido nazi no se ponía tanto en las consignas directas de los himnos como en concentrarse en la naturaleza de la música alemana; que los jóvenes compositores debían emular a antepasados musicales como Wagner y —hasta cierto punto— Beethoven, que habían sabido captar en su obra algo de la esencia del alma alemana.

Esto parecía constituir una creencia sincera; tanto que, a lo largo de toda la década de 1930, la mundialmente aclamada Orquesta Filarmónica de Berlín se utilizó no solo para añadir prestigio cultural al régimen nazi, sino también para ir de gira por las capitales europeas interpretando las piezas de los apreciados compositores alemanes. Se trataba de utilizar la música como un «poder blando», para poner de relieve el excepcionalismo germano. Pero también tenía el propósito de demostrar a estas naciones que la superioridad alemana era también natural y debía aceptarse. La orquesta viajó a Francia, y a Austria justo antes del Anschluss, en 1938; de modo que, más que simplemente expropiar la música, los nazis buscaban verse asociados con ella, con la armonía y con la belleza. Wilhelm Furtwängler, director de la Filarmónica de Berlín, era tristemente consciente, en cambio, de la fealdad del régimen con el que tenía que tratar. Casi en el mismo momento en que los nazis introdujeron la arianización (la expulsión forzosa de las personas judías de sus

profesiones, así como la apropiación de sus bienes), se vio obligado a despedir a algunos de sus músicos judíos, entre ellos a los violonchelistas Joseph Schuster y Nikolai Graudan. Incluso el primer violín que él mismo había nombrado —Szymon Goldberg— fue de igual modo obligado a irse en 1934, y recorrió el mundo entero con el cuarteto Goldberg. En terrible contraste, había otros miembros de la orquesta que alardeaban con orgullo de sus lealtades nazis, como el violinista Hans Woywoth, que iba a los ensayos vestido con el uniforme completo de las SA.

La persecución de los judíos desde el comienzo del régimen constituyó una inmediata fuente de angustia para este director de mediana edad, quien había sido galardonado con honores por los nuevos gobernantes: en rápida sucesión, Furtwängler había sido nombrado consejero del Estado prusiano, senador del Reich de Cultura y vicepresidente de la Reichsmusikkammer. Estos fastuosos títulos no tardarían en serle despojados, en cuanto Goebbels empezó a sospechar que Furtwängler no era políticamente fiable. Entretanto, no eran solo los músicos los que sufrían. A Furtwängler también le resultaba terriblemente desagradable ver el profundo malestar de su secretaria, Berta Geissmar; ella también era judía y la estaban obligando a dejar la Filarmónica. La espantosa velocidad de esta oleada de odio nazi le hizo tomar la decisión con rapidez: ella no tenía más remedio que abandonar el que había sido su hogar. Frau Geissmar viajó a través del oeste de Europa y finalmente embarcó con destino a Londres. En poco tiempo se convertiría en la muy apreciada ayudante del director Thomas Beecham.

El propio Furtwängler jamás —hasta febrero de 1945— se había sentido lo suficientemente amenazado por el régimen como para plantearse emigrar. Tras la guerra, hubo quienes le preguntaron por qué —si odiaba tanto a sus nuevos líderes— no había llegado al menos a planteárselo. «Mi obligación era ayudar a la música alemana —dijo—. El pueblo que en tiempos había alumbrado a Bach, Beethoven, Mozart, Schubert, etcétera, vive bajo la superficie de la Alemania nacionalsocialista. Yo no podría abandonar a Alemania cuando más profunda es su desgracia».[7]

Sin embargo, su relación con los nacionalsocialistas fue de constante conflicto. Desde el principio, en 1933, fue absolutamente claro con ellos respecto a lo que sentía. Aquel año había escrito a Goebbels para expresarle su protesta por la crueldad y el efecto contraproducente de enviar al frío exilio a los más sobresalientes talentos artísticos de la nación. «Hombres como [Bruno] Walter, [Max] Reinhardt y [Otto] Klemperer deben poder desempeñar su papel en la Alemania del futuro», escribió.[8] Sin embargo, en aquella carta abierta, también expresó su apoyo a cualquier «lucha contra el judaísmo que vaya dirigida principalmente contra aquellos artistas desarraigados y destructivos que desean causar impacto a través de un virtuosismo cursi y estéril».[9] Las pasiones de Furtwängler estaban profundamente enraizadas en lo que él mismo con frecuencia llamaba «sangre» y «tierra»; al igual que los nazis, a menudo evocaba imágenes de la esencia del espíritu popular. Y creía que ese espíritu planeaba de alguna forma sobre la música alemana. En 1930, Furtwängler escribió que esta era «el mayor logro artístico de todos los pueblos de la época moderna».[10] Él era sumamente conservador en lo cultural, y a la vez estaba sumamente dotado. Era un director de orquesta reconocido en el extranjero (las grabaciones de sus obras siguen estando muy solicitadas). Esto le colocaba en una inusual posición respecto al régimen. Sabía que podía acudir directamente a Goebbels o a Hitler. Sabía también que podía permitirse mostrar su desagrado ante su agresión indiscriminada; Furtwängler estuvo bastante ausente durante las triunfalistas Olimpiadas de Berlín de 1936, y era reacio a actuar en ciudades derrotadas como Viena —parte de la estrategia nazi para imponer la más pura cultura alemana en Austria— y solo aceptaba hacerlo cuando no tenía forma de evitarlo.

Parte de la visión cultural de los nazis se basaba en la sentimentalizada y condescendiente idea de unas clases trabajadoras alborozadas al ser introducidas a aquella música tan bella a la que nadie les había expuesto nunca. En esto, los nazis tenían mucho en común con otras sociedades totalitarias a las que ni se les ocurría pensar que los miembros de estas clases trabajadoras

bien podían haber llegado por sus propios medios hasta esta música sin su consejo paternalista. En 1942, se dio una ocasión muy fotogénica cuando Wilhelm Furtwängler dirigió a la Filarmónica de Berlín en las inmensas instalaciones de AEG ante un auditorio formado por los trabajadores de la fábrica. La pieza interpretada fue el preludio de *Los maestros cantores de Núremberg*, de Wagner. En otras ocasiones, Furtwängler se había mostrado extraordinariamente reticente a este tipo de iniciativas de tiempos de guerra, llegando incluso a fingir que estaba enfermo para no tener que dirigir una obra de Beethoven con motivo del cumpleaños de Hitler o negarse a participar en películas propagandísticas sobre la Filarmónica y Beethoven. Un indignado Goebbels escribió en su diario: «Furtwängler nunca ha sido un nacionalsocialista. Ni tampoco se ha preocupado por disimularlo, lo que ha llevado a judíos y emigrantes a considerarle como uno de ellos […]. La postura de Furtwängler hacia nosotros no ha cambiado lo más mínimo».[11]

No obstante, había una manera de amenazar a este hombre orgulloso, y era favoreciendo a un rival más joven. Un prodigio austriaco llamado Herbert von Karajan dirigió la ópera *Tristán e Isolda* de Wagner con apenas treinta años de edad; la prensa berlinesa le saludó como «el maravilloso Karajan»,[12] y publicó la foto de este hombre relativamente joven junto a la del calvo Furtwängler. La compañía Deutsche Grammophon le ofreció un contrato. Von Karajan se recomendaba a sí mismo de otras maneras. A diferencia del director de más edad, él era miembro del partido nazi. No tenía ningún problema en empezar sus recitales con una interpretación de la «Canción de Horst Wessel», el himno del NSDAP. También despertaban emoción sus modernos métodos de dirección de orquesta, con una energía que Goebbels siempre encontró atractiva. Fue nombrado director de la Ópera Estatal de Berlín. Su interpretación de *Carmina Burana* de Carl Orff en 1942 fue tan excepcional que el propio compositor se declaró entusiasmado.

No obstante, siguiendo el letal patrón anterior, este prodigioso talento estaba también destinado a defraudar a la jefatura nazi. Hubo una representación de *Los maestros cantores* llevada

expresamente a cabo para Hitler; Von Karajan la dirigió de memoria, sin tener la partitura delante, y el barítono, borracho, cometió errores, por lo que toda la interpretación fue considerada un fracaso por el Führer, que se lo tomó como algo personal. Luego vino la cuestión del segundo matrimonio de Von Karajan en 1942: su nueva esposa, Anita Gütermann, heredera de una fortuna textil, tenía un abuelo judío. Según los implacables criterios de pureza establecidos por los nazis, esto significaba que ella también era judía, y que Von Karajan, por tanto, quedaba contaminado por asociación.

Ambos directores, profundamente rivales en muchos sentidos, se mantuvieron leales a la ciudad que les había encumbrado a la fama. Llegados los primeros días de 1945, tanto Furtwängler —cuya propia casa había sufrido daños por las bombas incendiarias, a raíz de lo cual Albert Speer le proporcionó un refugio hecho a medida— como Von Karajan reflexionaban, cada uno por separado, sobre su futuro y el de la música por la que compartían tanta pasión. Furtwängler era ya un anciano; para Von Karajan, en cambio, aquellos años del nazismo en Berlín solo fueron el sombrío preludio de una época dorada y extraordinaria para la ciudad. Porque, al final, el instinto nazi respecto a la dificultad de apropiarse de la música y de manipularla y controlarla con fines políticos quedó absolutamente demostrado; bajo la superficie del régimen, siempre había composiciones y melodías discurriendo como ríos subterráneos, imparables, y en todo momento dispuestos a volver a salir a la superficie.

Ciertamente, los tipos de música con los que los nazis habían tratado de acabar eran más persistentes de lo que ellos podían haber imaginado, incluso aquellos a los que se esforzaron por todos los medios en demonizar. En 1928, el periódico nazi *Der Angriff*, así como las publicaciones más autorizadas de Berlín, habían informado de una batalla campal callejera en la estación berlinesa de Silesia, que había comenzado como una pelea de taberna entre miembros de dos bandas rivales (uno de los grupos iba sorprendentemente ataviado con sombreros de copa). La pelea había continuado en la calle, y en poco tiempo doscientos hombres más se habían sumado al torbellino de esta melé. La violencia fue muy grave; varios días

después, una de las víctimas murió en un hospital a causa de las heridas recibidas. Obviamente, solo el partido nazi era capaz de establecer un paralelismo entre esta conducta «degenerada» y la nueva «obra musical», recientemente estrenada, de Bertolt Brecht y Kurt Weill.[13] Esta producción, *Die Dreigroschenoper* (*La ópera de los tres centavos*), constituía el culmen de todo lo que los nazis odiaban; una obra sobre prostitutas, asesinos y redes de extorsión ambientada en el Londres victoriano, mordaz, cínica y compasiva, que iba acompañada de la música traspasada por la subversiva vitalidad del jazz. Pero, además de todo esto, pretendía dar la réplica a la vieja ópera, que era el coto privado de la «aristocracia».[14] Esta era en cambio una ópera para el trabajador; y tanto la obra como Weill y Brecht fueron rápidamente aclamados en Gran Bretaña y Estados Unidos, antes de que los nazis pudieran hacer desaparecer su trabajo.

Todos los artistas y cantantes judíos daban por hecha la imposibilidad de entenderse con los nacionalsocialistas. A partir de 1933, las creaciones de estos artistas que seguían atrayendo al público eran de inmediato pateadas. La sumamente popular cantante y actriz sueca Zarah Leander —que se sentía muy cómoda con el Gobierno nazi— alcanzó un enorme éxito con su grabación de una canción titulada «Bei mir bist du schön» («Para mí, tú eres hermoso»). La melodía se escuchaba en todas partes. Más tarde se supo que era una composición judía. Los nazis la prohibieron enseguida. Entretanto, la prohibición nazi del jazz (que de hecho se había impuesto bastante antes, en la era Weimar, en el estado de Turingia, ya en 1930) constituyó de forma explícita un decreto racista: la forma musical se vinculaba a carteles en los que los negros aparecían horrorosamente caricaturizados. Esto hizo que la principal emisora de radio de Berlín recibiera la orden inmediata de censurar sus listas de reproducción. Las directrices oficiales sobre los límites aplicados a estas bandas eran ridículamente detalladas y casi cómicas en su pomposidad. Los temas «debían consistir en un movimiento suave y natural, carente de los histéricos cambios rítmicos característicos de las razas bárbaras propicios a instintos

oscuros ajenos al pueblo alemán (los llamados *riffs*)», estipulaba una norma.[15] Otra establecía que «Queda estrictamente prohibido el uso de instrumentos ajenos al espíritu alemán (los llamados cencerros, flexatonos, escobillas, etcétera), así como todos los silenciadores que convierten el noble sonido del viento y de los instrumentos de metal en un aullido judeomasónico (el llamado "wa-wa") [...]. Asimismo, los músicos tienen prohibido realizar improvisaciones vocales (el llamado "scat")».[16] Entretanto, la Cámara de Música del Reich declaraba que la «música jazzificada, judificada»[17] constituía una afrenta. Sin embargo, para un gran número de berlineses, no era tal cosa; por el contrario, en el periodo inmediatamente posterior a la Gran Guerra, y en los años siguientes, había sido un medio casi transcendental para evadirse de la ubicuidad de la muerte. «La música suena en cientos de locales —informaba el *Berliner Tageblatt* la Nochevieja de 1918—, un baile tras otro: el vals, el foxtrot, el one-step, el two-step. Las piernas se aceleran sobre el suelo, las camisas vuelan, los corazones saltan [...] y las felicitaciones de Año Nuevo resuenan en exactamente las mismas calles donde aún se siente el eco de los pasos de los manifestantes».[18] Un escritor relacionaba directamente la música revolucionaria con la teoría de la relatividad de Einstein.

Y, al igual que una primavera escondida, brotaba por todas partes; entre otras cosas porque se hizo evidente que, a finales de la década de 1930 y principios de la de 1940, a los miembros de las fuerzas armadas —y en especial de la Luftwaffe— les frustraba que se les prohibiera escuchar swing. Sus quejas iban cada vez a más. El régimen tuvo que transigir, y lo hizo de una forma un tanto barroca. En Berlín, en 1940, se creó una nueva formación: Charlie y su Orquesta. Esta curiosa banda de imitación —que, como algunos comentaron, contaba con algunos músicos de extraordinaria calidad, los mejores de su estilo en Europa en aquel momento— se encargaría de proveer de swing con un barniz nazi a los programas de radio en directo, y no solo a los alemanes, sino también a Inglaterra, donde al parecer sus actuaciones contaban también con una reducida audiencia. El núcleo de la banda era un magnífico

saxofonista —y entusiasta nazi— llamado Lutz Templin. Goebbels, percibiendo que tenía que haber cierta válvula de escape para la demanda musical, conminó a Templin a reunir un grupo de músicos que pudiera interpretar temas que resultaran aceptables para los oídos tanto de los pilotos veteranos como de la jerarquía nazi. El gancho estaba en el plagio; muy a menudo, la banda solo tocaba éxitos norteamericanos a los que ponía una letra nazi. En una canción, «Charlie», cantando como «Winston Churchill», entonaba (en un inglés graciosamente exagerado): «Los alemanes me están volviendo loco / yo me creía listo / a mis aviones los están haciendo cisco».[19] En otra, el éxito del estadounidense Cole Porter, «You're the Top» («Eres lo más»), era reescrito de una manera para nada sutil: «Eres lo más / eres un piloto alemán / eres lo más / eres fuego de ametralladora / eres un tripulante de submarino / lleno de energía / eres divino».[20] En otras canciones se hablaba también de los capitalistas de Wall Street y de las maquinaciones de la judería internacional.

Sin embargo, como comentó la cantante alemana Evelyn Künneke con clara desaprobación, la propia banda estaba compuesta de «medio judíos y gitanos […]. Francmasones, testigos de Jehová, homosexuales y comunistas».[21] En cierto modo, constituía una especie de refugio. La madre del entusiasta batería Fritz Brocksieper (conocido como «Freddie» y famoso por su «ruido desmesurado») [22] era griega. Su abuela era judía. Había un lacónico y muy brillante acordeonista checo, Kamil Běhounek, que fue llamado a ingresar en esta formación musical en 1943 —igual que a otros se les llamaba a prestar el servicio militar— a quien le desconcertaba la impecable profesionalidad de todo el proyecto. Años más tarde recordaría:

> Me preguntaba para qué tipo de banda de pueblo iba a trabajar. Pero órdenes son órdenes. Llegué a Berlín esa noche. En la oscuridad iba distinguiendo los edificios en ruinas, testigos de los devastadores bombardeos. A la mañana siguiente fui a la monumental central de radiodifusión que había en Masurenallee […]. Me sentía como Alicia en el País de las Maravillas. Allí estaba aquella gran orquesta, con tres trompetas, tres trombones, cuatro saxos y una sección rítmica completa. ¡Tocando swing! ¡Y de qué

manera! Lutz Templin había reunido a los mejores músicos de toda Europa para su banda.[23]

El propio «Charlie» —Karl Schwedler— era, como cualquiera podría suponer, un leal nazi; lucía el monograma de las SS en los trajes. También era un temerario con una visión suavemente amoral de la guerra (que incluía viajar al extranjero y traerse como botín artículos del mercado negro como medias y jabón perfumado). Y es ligeramente posible que su actitud hacia el partido nazi en general fuera un poco exagerada a propósito. La extravagante reconversión de los éxitos estadounidenses y británicos para las audiencias alemanas puede que estuviera libre de toda ironía; pero los límites de la intención cómica a veces son extremadamente difíciles de controlar. Y la cuestión de ayudar a un régimen al que juzgaban nocivo era, para los miembros de la banda, tan solo demasiado abstracta para prestarle atención. Como Běhounek expresaría tan sucintamente, era o esto o el trabajo forzoso en la línea de producción de alguna fábrica de armamento.[24]

En otro lugar, al otro lado del Atlántico, bajo el extenso y frío cielo de un pudiente barrio de Nueva York —con chalets con fachadas de listones de madera blanca, hermosas parcelas de césped, coquetas avenidas comerciales y orillas de guijarros bordeando la ensenada de Little Neck Bay—, vivía un visionario y hedonista berlinés que entendía, en la primavera de 1945, que la cotidianeidad era en sí misma una forma de paraíso. Todo en él reflejaba la abundancia americana: la comida, la cordialidad, el alcohol, la esencial seguridad del hogar; todas esas grandes comodidades que él sabía que les habían arrebatado a los conciudadanos que él se había visto obligado a dejar atrás. Un artista que había sido de los primeros en penetrar directamente en el corazón del movimiento nazi; el primero en detectar, ya en la década de 1930, el gusto por lo sádico que revelaba su restitución de la tortura al ámbito público. Este artista, nacido en 1893, también había producido algunas de las más vívidas crónicas visuales de los años del Berlín de Weimar: lienzos llenos de

desnudez y sexualidad satírica. A partir de 1916, empezó a bañar sus visiones de la vida nocturna de la ciudad —frecuentada por prostitutas, soldados mutilados y una burguesía obesa y autocomplaciente— en estridentes tonos rojos. Él entendía el impulso transgresor humano y el insaciable apetito berlinés por la decadencia. George Grosz tampoco era un espíritu ascético; antes de verse obligado a huir a Estados Unidos, en 1933, y empezar una nueva vida como profesor de arte, había sido un dandi, un instigador comunista, un bebedor empedernido y el observador más increíblemente agudo de su tiempo. De manera más específica, entendía la extraordinaria energía sexual de Berlín: el rollizo erotismo de burdel, la ridícula indignidad de la lujuria. Él también disfrutaba en los rincones más perversos y violentos del alma inconsciente de la ciudad; él y su mujer, Eva Peters, posaron para un retrato fotográfico en el que ella aparecía en ropa interior frente a un espejo de cuerpo entero mientras su marido se asomaba a mirarla lascivamente desde el otro lado empuñando un cuchillo de cocina: una fascinante parodia sobre los crímenes sexuales.[25] Grosz también veía cómo los hombres de las SS habían tratado de domeñar y distorsionar la energía transgresora de la ciudad. Sin embargo, si él hubiera podido contemplar Berlín en los años de la guerra, se habría sorprendido al ver los brotes directos de rebelión sexual en las líneas de producción de las fábricas en la década de 1940: mujeres de clase trabajadora confabulándose entre risas para toquetear el trasero de sus jóvenes colegas varones empleados en trabajos forzosos, y convenciéndoles para encontrarse en grasientos rincones de las fábricas y copular furtivamente. («Yo era un chaval de dieciséis, todavía virgen, y me sentía incómodo —aunque también excitado— por las insinuaciones que estas mujeres hacían», recordaba Lothar Orbach). [26]

La vida en la Nueva York de los años cuarenta (George Grosz vivía en Douglaston, una zona a unos dieciséis kilómetros al este de Manhattan) había ido perdiendo su anterior virulencia. Pero mientras su ciudad natal se iba desintegrando, Grosz hizo acopio de sus antiguas facultades para crear una composición intensamente

perturbadora. *Paz I (Frieden)* era el título de la representación pictórica de una pesadilla que se correspondía con la realidad de su antiguo hogar. Cielos negros iluminados con intensos fuegos rojos y dorados, el calor arremolinándose y formando espirales, enormes árboles arrancados de raíz y paredes de ladrillo naranjas y, en el centro de todo, moviéndose en torno a estas ruinas, una figura con la cabeza cubierta y vestida con una túnica, llevando un tosco hatillo. Los ojos de esta figura son terriblemente penetrantes: rojos, parecen acusadores y miran directamente al espectador. Podría ser un hombre o una mujer, podría existir en cualquier época. (Se ha apuntado que tal vez la figura representara a su madre, que no había emigrado con él, sino que se había quedado en Berlín y había resultado muerta durante un bombardeo aliado). En términos de su carga apocalíptica, la pintura era en cierto sentido una escalofriante premonición; un año más tarde, Grosz comentaría acerca de Berlín: «Ha desaparecido. Solo queda el polvo. Tocones de árboles, suciedad, hambre y frío».[27] Sin embargo, con el tiempo, Grosz acabaría volviendo.

La pintura del periodo Weimar de Grosz había sido mal acogida y considerada como inaceptablemente transgresora: había sido un especial blanco del odio de los nazis, debido a lo que estos juzgaban como su obscenidad, además de por sus profundos principios socialistas. Él era, según ellos, «el bolchevique cultural número uno»,[28] y sus cuadros ocupaban un lugar preeminente en las exposiciones de «Arte degenerado» llevadas a cabo en las principales ciudades del país. Por su parte, él siempre había pintado lo que consideraba eran las verdades fundamentales de sus conciudadanos; su desgracia era universal. «Ser alemán es siempre ser insípido, estúpido, feo, gordo, envarado —dijo—. Ser incapaz, a la edad de cuarenta años, de subirte a una escalera; ir mal vestido, ser alemán es ser un reaccionario de la peor especie».[29] El arte había constituido desde siempre una amenaza para los nazis, no solo debido a su extremada innovación, tan nauseabunda a ojos conservadores, sino porque provocaba risa, pena y compasión por quienes en otro caso habrían sido rechazados. La crónica que Grosz

dejó en sus dibujos y pinturas de la época de Weimar y de los años nazis nunca podría extinguirse del todo; y la excepcional sinceridad que detectaba en sus paisanos, pronto volvería a encontrar un cauce de expresión incluso en medio de las ruinas y la violencia sexual.

En una era extraordinaria para el arte, Grosz constituyó una excepción desde muy temprana edad; tras haber estudiado en Dresde y en la escuela de artes y oficios de Berlín, su emergente carrera —retrasada por la Gran Guerra— comenzó mientras él se encontraba fuera de servicio por una baja médica temporal, de la que se reincorporaría en 1917, para volver a ser declarado de baja por lo que esta vez se reconocería como un trastorno de estrés postraumático. Antes incluso de que la era guillermina colapsara, Grosz —a través de un expresionismo discordante— estaba retratando Berlín como una combinación de pechos y nalgas desnudos, interiores lujosos, plutócratas con cabezas como globos, calles golpeadas por la pobreza y suicidios. Con la Revolución alemana llegó el despertar de la conciencia política de Grosz. Se unió a la Liga Espartaquista y fue un animoso proselitista del comunismo. Fue un pionero del *collage*, y creó un arte salvajemente satírico a través de la yuxtaposición de imágenes y titulares de prensa que sacaba de los periódicos. Sin embargo, también en esto habría que matizar; él no era un puritano que viviera en un desván. A este hombre que luchaba por la justicia de clase le gustaba vestir con elegancia, llevar trajes de seda y un bastón con empuñadura de marfil. También le apasionaban las películas del Oeste (entusiasmo que compartía con muchos otros berlineses, pero que él llevaba más lejos, llegando incluso a vestirse de vez en cuando de vaquero), y su afición al alcohol tendía al barroquismo. Uno de sus cócteles favoritos era el Green Minna, una chocante mezcla de aguardiente derivado de la patata y colorido licor de menta.[30]

En su época dadaísta llegó a representar en el escenario coreografías de claqué extraordinariamente obscenas, aunque durante el día a veces podía encontrársele en los elegantes y perfumados salones de arte celebrados por el conde Harry Kessler. Grosz pasó algunos meses en la Rusia soviética en 1922 y tuvo

ocasión de conocer a Lenin, aunque, sorprendentemente, a su vuelta renegó de la Revolución soviética, tras haber visto de cerca los efectos del hambre y el frío en la población. No obstante, su odio por el corpulento capitalismo —y el daño que infligía a los ciudadanos pobres del Berlín industrializado— no se atenuó.

En 1932, a los pocos meses de volver a Berlín tras pasar un semestre en Estados Unidos para dar clase como profesor invitado en Nueva York, Grosz se dio cuenta de que él y su familia no podrían estar seguros con los nacionalsocialistas en el poder, y cuando en marzo de 1933 se celebraron las elecciones alemanas, con el subsiguiente y rápido desmantelamiento de las libertades fundamentales, Grosz ya estaba en Nueva York. Su interés en los nazis como tema para su arte corrosivo se intensificó. En la serie de dibujos a tinta titulada *Interregnum*, correspondiente a la década de 1930, Grosz ilustró la cada vez más oscura ciudad de Berlín con un grado de sagacidad sin parangón hasta entonces; fue el primero en identificar en el ámbito artístico lo que estaba ocurriendo en los campos de concentración que en 1933 acababan de construirse en los alrededores de Berlín y por el resto del país.[31] Sus amigos y colegas de siempre —dramaturgos, políticos socialistas— iban siendo arrestados, llevados a estos campos de concentración y sometidos no solo a violentos interrogatorios, sino también a castigos aleatorios y completamente sádicos: palizas ritualizadas, por ejemplo. Grosz dibujó este mundo en toda su crudeza, con imágenes de celdas dominadas por la sádica mirada de los hombres de las SS. Muy pocos en Berlín trataban de llamar la atención del público sobre lo que les estaba ocurriendo a los opositores políticos de los nazis, fuera de la vista de cualquier tipo de sistema judicial objetivo.

En 1944, Grosz dio una alarmante interpretación del destino último del nazismo: en su lienzo *Caín, o Hitler, en el Infierno* el artista retrataba al dictador sentado en medio de fosos de azufre, con la cabeza gacha, secándose la frente, bajo unos cielos de un amenazante color cobre, en llamas. Bajo sus pies se encuentran innumerables macilentos cadáveres y esqueletos, algunos de ellos agarrados a sus botas. Meses antes del horripilante descubrimiento

de los campos de la muerte por parte del Ejército Rojo, Grosz ya parecía haber profetizado la esencial obscenidad del culto nazi, y el único posible destino en el que desembocaría. (Tras formar parte durante años de la colección privada de la familia Grosz, el cuadro fue finalmente exhibido en Berlín en 2020).[32] La carrera pictórica de Grosz había comenzado con una intensa preocupación por el trauma y el sexo, y, aunque a menudo crueles, bajo sus pinturas y dibujos había latido siempre la carnalidad. Esta, en cambio, era distinta: representaba un mundo de horror, despojado de toda sensualidad e incluso de toda esperanza. Con el tiempo, Grosz regresaría a Berlín, y se sentaría sobre montañas de escombros, a dibujar. Su trabajo posterior también acabaría haciéndose eco de todas las pérdidas y traumas personales que el culto a Hitler le había causado.

Por otra parte, Grosz identificó un aspecto del nazismo en su forma más temprana, que hacía tiempo venía preocupando a sus opositores comunistas: una evidente cultura del homoerotismo entre sus filas, una transgresión que la izquierda podría haber utilizado políticamente a su favor. En sí mismo, esto no tenía nada de particular; el homoerotismo militar había sido una (ampliamente difundida) característica entre algunos aristócratas que rodeaban al káiser Guillermo II a comienzos de siglo (que quedó expuesta en una amarga cadena de sabrosas y escandalosas revelaciones y libelos periodísticos). Luego, a continuación de la Gran Guerra, como en tantos otros aspectos de la vida, Berlín se convirtió verdaderamente en una ciudad pionera en cuanto a la aceptación y la comprensión de la homosexualidad, incluso aunque las relaciones sexuales entre hombres continuaran siendo técnicamente ilegales de acuerdo con el Párrafo 175 del código penal alemán redactado en 1871. (La prostitución femenina, en cambio, fue legalizada por el Reichstag en 1927; la abundancia de burdeles, tanto en la ficción como en la pantalla era reflejo de la realidad de Berlín). La ciudad contaba con una boyante cultura homosexual soterrada desde antes de la Gran Guerra, que se hizo más visible durante la era Weimar. En la década de 1920, incluso Hitler parecía relajado acerca de la

orientación sexual de su sociópata lugarteniente de las SA, Ernst Röhm. Este hombre corpulento que había sufrido terribles heridas en la cara en la Primera Guerra Mundial, y que había estado a punto de morir a causa de la epidemia de la gripe española que llegó a continuación, había sido uno de los primeros miembros del NSDAP y amigo de Hitler en los primeros albores del movimiento. Él no veía nada de transgresor en su propia homosexualidad. La guerra y el Ejército habían definido los perfiles de vida futura, y se sentía perfectamente cómodo con su orientación. «Solo lo real, lo verdadero, lo masculino mantenía su valor», declaró, acerca del cataclismo de la guerra.[33] Pero esto para él representaba una forma de hipermasculinidad, que veía encapsulada en el nazismo. En el Berlín de Weimar hubo un fenómeno más amplio, la *kalte persona* —personalidad fría o, en otro sentido, desapegada— que siguió a un conflicto que había dejado a los hombres hechos pedazos. Para Röhm, el comunismo y el bolchevismo eran encarnaciones de la anarquía e «indisciplina» femenina.[34] Hitler le nombró comandante en jefe de las SA. A medida que la década fue avanzando, Röhm se dedicó a promover la brutalidad paramilitar en las calles. A los enemigos se les machacaba a golpes en callejones. Weimar era, a sus ojos, una representación de la decadencia femenina. Röhm sostenía que los hombres modernos debían liberarse de la «mojigatería».[35] «La lucha contra el fingimiento, el engaño y la hipocresía de esta sociedad debe partir de lo que es más básico en la vida, los impulsos sexuales; solo así dicha sociedad podrá ser conducida al éxito en toda la vida humana. Si la lucha en esta área triunfa, podrán desenmascararse los engaños en todos los aspectos del orden social y legal humano».[36]

Y, al comienzo de la década de 1930, las SA tomaron un rumbo todavía más nítidamente terrible, fomentando ataques y peleas a la puerta de las fábricas y bares de Berlín. Los que pretendían explotar la sexualidad de Röhm como una debilidad eran sobre todo sus enemigos socialistas; entregaron una serie de cartas íntimas escritas por Röhm a un periodista que procedió a revelar la verdad. Sin embargo, esta revelación era en parte innecesaria; Röhm no veía

motivo para esconder la realidad de su sexualidad. En parte esto tenía algo que ver con la profunda modernidad de Berlín. No obstante, en 1934, fue utilizada contra él por un antiguo amigo que por entonces ya estaba firmemente asentado en el poder. Preocupado por que el exorbitante número de auxiliares de las SA bajo el mando de Röhm representaran una amenaza tanto para el Ejército como potencialmente para su nueva dictadura, Hitler aprobó la liquidación de su personal clave. Cuando lo que acabaría siendo un asesinato en masa —la Noche de los Cuchillos Largos— acabó siendo del conocimiento general, los nazis explicaron esta salvaje purga en parte como una reacción a la decadente homosexualidad de la jefatura de las SA. En realidad no era más que una excusa, por más que Hitler le sacara todo el partido posible, y llegó a proclamar en el Reichstag: «La vida que el comandante en jefe y ciertas personas de su círculo empezaban a llevar era absolutamente intolerable desde el punto de vista nacionalsocialista».[37] La persecución nazi de todos los varones homosexuales se aceleró a partir de ese momento; se convirtieron en indeseables a los que había que identificar, poner nombre, retirar de la vista del público y enviar a campos de concentración. Al propio Röhm le ofrecieron la posibilidad de suicidarse, dejándole solo en una celda con una pistola. Pero él se negó, alegando que, si iban a matarle, tenía que ser Hitler el que apretara el gatillo. Y en efecto el gatillo fue apretado, aunque no por Hitler.

Sin embargo, aunque su vida había estado repleta de una implacable violencia fascista, Röhm nunca fue del todo predecible. En la década de 1920 había mostrado cierta curiosidad por una nueva organización con sede en Berlín, en su momento única en el mundo: el Instituto de Ciencias Sexuales. Situado en un hermoso edificio cercano al Tiergarten, y decorado por completo al elegante estilo Biedermeier, esta institución —en parte clínica, en parte lugar de reunión, en parte museo y en parte sala de conferencias— fue la culminación del trabajo del doctor Magnus Hirschfeld, quien, desde comienzos del siglo, se había dedicado a explorar, investigar y comprender todos los aspectos de la sexualidad humana; un desafío

directo a las —más anticuadas— ideas de moralidad erótica, que pretendía borrar la mancha de la vergüenza. Como prolífico escritor de libros y panfletos que llegaron a un gran número de lectores, Hirschfeld ya había ejercido una enorme influencia a la hora de persuadir a las autoridades de Berlín para que relajaran su vigilancia sobre la cultura gay clandestina. El propio Hirschfeld era gay, y en los años veinte vivía con el secretario del instituto, Karl Giese. Y el instituto era una especie de fuente milagrosa —y en muchos casos, de consuelo y auxilio, para personas con diversos problemas, heterosexuales y homosexuales, que abarcaban desde la impotencia hasta las enfermedades de transmisión sexual, pasando por reanimar relaciones matrimoniales, o ayudar a los que deseaban efectuar un cambio de género. (Aunque en ciertos sentidos podría parecer un tema relativamente moderno, el doctor Hirschfeld era un solidario activista del reconocimiento de género y lo que él denominaba «intermediarios sexuales». «El amor es tan diverso como lo son las personas», declaró). La institución llevaba a cabo una vehemente campaña a favor de las cuestiones de salud sexual, y también de la tolerancia sexual. La promoción del feminismo ocupaba un lugar destacado: psiquiatras como la doctora Mathilde Vaerting argumentaban a favor de la «natural igualdad entre la mujer y el hombre» y de que «la dominancia sexual» estaba relacionada con la «dominancia política», un artificio social, más que con las diferencias entre los atributos psicológicos masculinos y femeninos.[38]

Y, para Hirschfeld, que la homosexualidad era innata estaba fuera de toda duda. «Lo que es natural —escribió— no puede ser inmoral».[39] Pero también sentía cierta fascinación por los diferentes impulsos y deseos de la naturaleza humana. El novelista Christopher Isherwood, que durante un tiempo residió a media pensión en el instituto, describió cómo, en los rincones más tranquilos del edificio, se hacían pases informales de artículos de lencería femenina de encaje, lucida por fieros generales prusianos, y de varios látigos y varas, exponentes de la boyante subcultura de la azotaina (un *leitmotiv* recurrente en la novela de Erich Kästner *Going to the*

Dogs).[40] Que Ernst Röhm y otras figuras de la extrema derecha, incluidos miembros del partido nazi, se hubieran fijado en un principio en esta entidad, no para destruirla (al menos, no en ese momento), sino para aprender más, era un llamativo ejemplo de la sofisticación de Berlín; este tipo de institución —tan abierta al público y tan ampliamente publicitada— hubiera sido inconcebible en el París o el Londres de aquella época. (De hecho, tenía también antecedentes científicos: en 1869, la Real Sociedad Científica Prusiana para Temas Médicos había defendido que las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo debían despenalizarse, dado que «no eran más perjudiciales» que «la fornicación o el adulterio».[41] La recomendación fue ignorada, pero, en años posteriores, el crecimiento de ciudades como Berlín ofrecería a las personas homosexuales nuevas posibilidades de anonimato y discreción inexistentes en los pueblos o pequeñas ciudades de provincia).

El doctor Hirschfeld era un destacado y apasionado activista contra el Párrafo 175; bajo esta normativa legal, a lo largo de los años, un muy elevado número de varones homosexuales habían sido perseguidos, y también un gran número de ellos habían acabado suicidándose. A través de sus estudios, el doctor Hirschfeld descubrió que en todos los estratos de la sociedad alemana existía una cultura gay oculta, desde en la más alta y envarada aristocracia hasta en los que vivían entre las cenizas y el polvo de la pobreza industrial. A su entender, esta ley prohibía a las personas enamorarse; para él, era claramente inhumana, y luchó por que el resto del mundo también lo viera así. Durante los años veinte, su empeño alcanzaría un relativo éxito en Berlín; aunque la ciudad llevaba mucho tiempo contando con bares y clubes dirigidos —discreta y secretamente— a una clientela casi exclusivamente homosexual, los años de Weimar trajeron consigo una nueva actitud de apertura que en ocasiones resultaba incluso a la moda. No eran tan solo sofisticados escritores ingleses como Isherwood (que inmortalizaría en cierta manera ese mundo en su novela de 1939 *Adiós a Berlín*) los que estaban haciendo estos descubrimientos;

otros turistas, bastante más corrientes, llegados de otros lugares del continente y también de América, disfrutaban por entonces de un nuevo y marginal mundo nocturno de bares en los que el sexo y el género parecían ilimitadamente fluidos e intercambiables. En las calles, la policía había sido persuadida para no perseguir a estos hombres en sus furtivos encuentros. La sencilla tesis del doctor Hirschfeld de que la sexualidad humana —y, más importante aún, el amor humano— ofrecía muchas posibilidades parecía haber sido aceptada.

El ambiente en el interior del Instituto de las Ciencias Sexuales no era el habitual de un establecimiento médico; por el contrario, el mobiliario respiraba sosiego y elegancia, a la manera de un exclusivo lugar de retiro. Y también atrajo poderosamente a otros científicos y figuras de la psiquiatría; el doctor Hirschfeld había mantenido siempre como principio fundamental que aquel no era lugar para rivalidades, sino para sumar conocimientos sobre áreas que hasta entonces no habían sido estudiadas.

Por supuesto, eso fue antes de que los nazis se hicieran con el poder; y aunque el doctor Hirschfeld siempre había sido claramente consciente de su amenaza, fue su amante Karl Giese quien se apresuró a tomar las primeras y más vitales precauciones frente a la violencia de Estado. En 1932, con Hirschfeld inmerso en una gira internacional de conferencias mientras la sombra se cernía sobre Alemania, Giese cogió todos los archivos confidenciales del instituto —de pacientes y clientes—, los puso a buen recaudo y luego los envió al extranjero para que estuvieran a salvo. Sabía que aquella información tan extremadamente sensible podía utilizarse con efectos devastadores. También estaba en lo cierto acerca de las malignas intenciones del nuevo régimen. En los primeros días tras la ascensión nazi al poder, el instituto estuvo bajo la continua vigilancia del Estado. Para marzo de 1933, la violencia ya había comenzado. Las autoridades nazis asaltaron el edificio y arrasaron su extensa biblioteca; miles de volúmenes fueron sacados al exterior para quemarlos en enormes hogueras. El administrador del instituto, Kurt Hiller —un homosexual comunista judío (el valor que requería aquella intersección de motivos de persecución debía de ser

extraordinario)— fue arrestado y encarcelado en una serie de campos de concentración, incluido el de Oranienburg, cerca de Berlín. Tras sufrir horrendas palizas, fue liberado en 1934, y finalmente pudo salir de Alemania y marcharse a Londres. Muchos otros homosexuales nunca tuvieron esta oportunidad.

No obstante, a lo largo de la cada vez más desoladora década de 1930 —e incluso en la de 1940, cuando las noches de Berlín estaban envueltas en la total oscuridad de los apagones— hubo muchos hombres que simplemente no podían soportar la soledad y que se ponían en peligro de muerte con tal de buscar compañía. Por esta razón, el chantaje —que había sido un rasgo muy prominente en la vida gay de la época guillermina, como bien sabía el círculo del káiser Guillermo II— adquirió una nueva y terrible fuerza. En las extraordinarias memorias de Lothar Orbach de su vida como un joven fugitivo judío que vivió en Berlín durante toda la guerra, hay un triste episodio, acaecido tras un bombardeo en 1943, en la que su socio Tad le explica cómo pueden conseguir el dinero que tanto necesitan, en muy poco tiempo. «Respóndeme a una pregunta —le dice a su amigo—. ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar?».[42] Se encuentran en una estación junto al Zoo de Berlín y Tad le señala unos aseos públicos para hombres. «Yo veía a los hombres hacer furtivamente sus transacciones al otro lado de la calle —escribió Lothar—, y veía claramente el miedo en sus ojos cuando se juntaban, nerviosos, en las esquinas».[43] El plan de Tad era simular dedicarse a la prostitución masculina, y que, una vez captado un cliente, Lothar le siguiera hasta el apartamento de la supuesta víctima. Una vez allí se haría pasar por un oficial de policía que había ido a arrestar a la pareja. En aquel despiadado mundo, este cruel plan debía de resultar irresistible.

Tad consigue atraerse a «un hombre bien vestido, de mediana edad»;[44] Lothar les sigue a través de las calles llenas de escombros hasta llegar a un edificio residencial donde, por algún milagro, las ventanas de cristal ahumado que iluminan cada rellano no han quedado hechas añicos por las bombas. El apartamento de la víctima también está sorprendentemente bien amueblado y

conservado: con «un aterciopelado papel pintado estampado en flores de lis azules y amarillas» y una «alfombra persa en color dorado».[45] La víctima tiene dinero; el timo es perpetrado, y Tad, con los pantalones astutamente desabrochados, suplica compasión al «oficial» y le ofrece un soborno que, por supuesto, debe pagar la víctima. El hombre de mediana edad llora; saca el dinero; los jóvenes se van. Después, la culpa les impide casi hablar entre ellos; su víctima no les había hecho ningún daño, a ninguno de los dos. Sin embargo, cabe aún otro matiz más: su víctima salió bastante bien parada, apenas con unos pocos cientos de marcos de menos. Bajo el régimen nazi, otros hombres, pillados en circunstancias similares, iban a parar a los campos de concentración. El propio Orbach —en circunstancias distintas— sería traicionado tras años de precaria invisibilidad, y en 1944 acabaría siendo enviado a Auschwitz. Pero su vida no terminaría aquí, y, sorprendentemente, con el tiempo elegiría volver a la ciudad en ruinas.

En cierto sentido, el enfoque nazi de la homosexualidad —por cruel que fuera— también retroalimentaba el foco especial que ponía el régimen en las relaciones heterosexuales y en la preocupación por la procreación. Un destacado pintor berlinés —el polo opuesto a George Grosz— dio voz a estas ideas, tanto en sus discursos como en sus cuadros. Para Adolf Ziegler, el propósito de la imagen de una mujer desnuda no era meramente el de despertar excitación en un hombre, sino también el de llenar la cabeza de dicho hombre con la perspectiva de la reproducción patriótica. La mujer era así un vehículo —el medio por el que la estirpe aria podía extenderse—. Bajo los nazis, esta idea se consideraba ortodoxa, incluso normal. Lo mismo cabe decir del arte de Ziegler, que encapsulaba todo lo que los nazis querían que fuera la pintura de cara al ámbito público: representativa, realista, reflejo tanto del arte clásico como de escenas históricas de carácter más rústico. La producción de Ziegler iba desde desnudos elegantemente representados hasta retratos de familia o mujeres aparentemente atemporales recogiendo fruta en el campo. Su pintura no carecía por completo de sensualidad —había vida en aquellos óleos— ni tampoco era mediocre, ya que se trataba

de cuadros de una inmensa calidad técnica. Sin embargo, emanaban una fuerte solemnidad ideológica. Ziegler también ocupó un lugar clave en la historia de la vida artística de Berlín porque él era el encargado de indicar qué obras debían ser públicamente amonestadas bajo los nazis. Como presidente de la Cámara de las Artes del Reich, fue Ziegler el que quería que la obra de George Grosz fuera pasto de las llamas.

Los estilos artísticos de la época Weimar que habían llevado a Berlín a captar la atención mundial habían sido aborrecidos desde muy pronto por Hitler; este veía el movimiento dadaísta y el cubismo como rutilantes innovaciones en cuanto a sensibilidad, pero a la vez como activas conspiraciones contra la identidad nazi: un complot judío o bolchevique dirigido a socavar la nación reduciendo sus fundamentos artísticos a una «locura» que el hombre corriente no era capaz de comprender.[46] La obra del Adolf Ziegler maduro, en cambio, tenía un toque mucho más *völkisch*: mostraba escenas familiares y de la gente corriente de Alemania y captaba momentos de seria reflexión en cocinas o estancias hogareñas. Aparecían niños arios con semblante igualmente grave; mujeres en el campo, mirándose entre sí o hacia el horizonte. (Lo raro de estos pulcros e impecables retratos —aparte de que podían mostrar a personas de décadas e incluso de siglos anteriores— es que todas ellas parecían especialmente melancólicas. En verdad, su aspecto era saludable y ario, pero todas ellas mostraban una mirada temerosa. Por esta razón, estos cuadros no pueden contarse como puro *kitsch* nazi; había algo más complejo en ellos, que sugería autenticidad).

Como ya se ha mencionado, Ziegler también se especializó en cierto tipo de desnudo neoclásico femenino, dirigido en parte a evocar las raíces de la Antigüedad del alma alemana, pero también —dado el sorprendente realismo de las áreas que solían aparecer cubiertas por una gasa— a visibilizar una sexualidad extrañamente estridente. Cuando en 1937 Ziegler organizó la primera exposición de «Arte degenerado» en Múnich, declaró: «Vemos a nuestro alrededor monstruosidades relacionadas con la locura, la impudicia, la discapacidad […]. Lo que aquí se exhibe genera temor y asco en

todos nosotros».[47] El «arte degenerado» era en sí una fuente de degeneración: los perversos hombres que aparecían en los cuadros de Grosz vestidos de traje junto a rameras, en su escabroso mundo, despertaban conductas depravadas en aquellos que los contemplaban. La exposición, que se llevó de gira por toda Alemania, encontró verdadero eco en mucha gente. Hitler y los nazis no eran los únicos a los que les repugnaban estas manifestaciones del modernismo. Otros trabajos de artistas como Paul Klee y Emil Nolde (que en un principio habían mostrado cierta simpatía por el régimen nazi pero igualmente encontraban sus brillantes y coloridas obras expresionistas cubiertas de escupitajos) no eran entendidos y despertaban un fiero rechazo.

En cambio, Ziegler —el pintor favorito de Hitler— ofrecía un consuelo carente de sobresaltos, y su obra ocupó un lugar prominente en la «Gran exposición del arte alemán» de aquel mismo año. Un cuadro en concreto, un tríptico titulado *Los cuatro elementos*, no tardaría en encontrar su sitio encima de la chimenea de Hitler. En esta obra, que deliberadamente y sin el más mínimo reparo evocaba el estilo de los maestros de la Antigüedad, cuatro modelos desnudas —el Fuego, la Tierra, el Viento y el Agua— aparecen sentadas sobre un banco de mármol, con sedas y mazorcas de maíz como atrezo. Aunque no resulta tan *kitsch* como deliberadamente anacrónico, el propósito era ensalzar explícitamente la fecundidad de la mujer alemana. Caso de haberse pintado bajo otro régimen o en cualquier otra época, esta obra habría sido considerada como una taimada sátira del estilo clásico o una sofisticada apropiación posmoderna del mismo.

Que Hitler se consideraba pintor era algo bien conocido antes incluso de que alcanzara el poder. Bertolt Brecht escribió un poema satírico sobre este cuadro, mezclándolo a propósito con pintar casas y comparando el Estado de Alemania con una vivienda decrépita que Hitler se había propuesto redecorar. «Oh, Hitler, pintor de brocha gorda / ¿Por qué no fuiste albañil? Cuando la lluvia se lleva la pintura blanca de tu casa / la suciedad vuelve a salir».[48] En 1937, los muchachos de las Juventudes Hitlerianas de todo el país recibieron

un sorprendente regalo del líder de la organización; portafolios que contenían reproducciones de las toscas acuarelas de Hitler, con el reclamo: «Estas [...] de la mano de nuestro Führer te muestran la personalidad artística de un hombre que cada vez más se ha ido convirtiendo en la encarnación del talento creador para los jóvenes de su nación».[49] La creatividad era otra forma de virilidad; de la misma manera que el artista trataba de transmitir su ideal de la verdadera belleza, esta belleza también iba dirigida a inspirar a los jóvenes hombres y mujeres de Alemania a reproducir la pureza de su estirpe.

La realidad de Berlín jamás habría podido siquiera ni aproximarse al enfermizo romanticismo del arte; incluso sin la guerra, y sin empalagoso y ubicuo hedor de la muerte entre las viviendas en ruinas, la gente joven siempre había tenido su propia idea de lo que constituía un planteamiento satisfactorio del amor. Helga Hauthal todavía asistía a la escuela en 1944 y su propia idea del amor estaba —irónicamente, como luego se demostraría— modelada en su totalidad por los filmes autorizados por los nazis que aún seguían exhibiéndose en los cines de Berlín. «La mayoría de las películas no eran aptas para menores, porque aparecían besos en pantalla», recordaría años más tarde.[50] Además de todo esto, algunos de estos filmes generaban algún otro escalofrío del que los directores —si no el régimen— eran plenamente conscientes. Se había hecho una nueva versión de la épica película muda de Fritz Lang, *Die Nibelungen*. Helga estaba embelesada. El joven (y malhadado) Sigfrido era el epítome de la joven virilidad aria. Era además muy guapo y musculoso, y la imaginería de Sigfrido fue también omnipresente en las revistas y periódicos de la época, hasta entrada la guerra.

No obstante, más notoria aún era la moderna sofisticación de las actrices del cine de entonces. El aspecto de bellas intérpretes como Marika Rökk era irresistible y emularlo se convirtió en una cuestión bastante apremiante. Esto significaba que Helga tenía que hacerse la permanente a toda costa. La dificultad principal estribaba en que los nazis habían decretado que las peluqueras tenían prohibido hacer

este peinado a las menores de dieciséis años. Helga, no obstante, contaba con una familia amiga dispuesta a sortear las reglas en esta materia. Cuando llegó a casa «tras el procedimiento», por utilizar sus propias palabras, lo aumentó aún más haciéndose un «ondulado» extra en el flequillo, imitando un estilo que había llevado Marika Rökk. Lamentablemente, al poco tiempo fue llamada a incorporarse a la Liga de las Muchachas Alemanas. En el primer desfile, le mandaron salir de la fila y girarse para que sus compañeras pudieran ver bien el peinado prohibido que llevaba. La líder del grupo les dijo que Helga «parecía lo que las chicas alemanas no debían parecer».[51]

Simplemente, no pudo resistir esta inocente transgresión. «Hay que reafirmarse y aprender a ser independiente —recordaba—. Son cosas importantes».[52] Y así continuaría siendo hasta después de que las últimas llamas del nazismo se hubieran extinguido: todavía en 1945, muchos jóvenes de Berlín estaban decididamente dispuestos a ser más transgresores que la generación que les había precedido. Pero primero había que destruir los viejos cimientos de la sociedad que sus padres habían conocido.

9
LAS RUINAS DE LOS PALACIOS

La arrogante mujer, alta y robusta, mientras se movía por las salas de su enorme casa repletas de cornamentas que colgaban de las paredes, pareció durante un tiempo decidida a resistir la tentación de huir de la ciudad. En los años previos, había asistido a la sangrienta amputación de algunas ramas de su aristocrática familia, y era evidente a sus ojos que la posibilidad de sufrir una muerte violenta se iba aproximando rápidamente a su casa. Ya había tenido que huir de su *schloss* en la Silesia rural para volver a este retiro en el claro de un bosque, en la periferia de Berlín. Pero ¿adónde más podía ir ahora? Ella era una duquesa, y en su día había sido princesa heredera. Si la historia hubiera discurrido de forma diferente, habría sido la emperatriz de toda Alemania. Su marido era el exprínicipe heredero Guillermo. Su padre había sido el último káiser. Guillermo II había abdicado justo al finalizar la Gran Guerra, y huido sin mucha dignidad a los Países Bajos. La monarquía en Alemania estaba acabada. Pero la vida de su heredero albergaba algún rastro de esperanza. La esposa de este, Cecilia, era más amargamente realista.

La duquesa Cecilia de Mecklemburgo-Schwerin había sido una figura a quien el pueblo de Berlín se quedaba mirando cada vez que la veía realizando sus obras de caridad o cumpliendo con sus deberes de Estado. Que se la quedaran mirando no implicaba un sentimiento de deferencia; los berlineses de todas las clases sociales fueron especialmente rápidos en abandonar el hábito de la genuflexión tras la Primera Guerra Mundial. Las murallas que rodeaban su vida, y la de su marido, se habían cerrado

drásticamente durante los años transcurridos desde entonces. A comienzos de 1945, el exprínce heredero y la duquesa seguían aún en el palacio construido especialmente para ella en un bosque de Potsdam, al sudoeste de Berlín, a pocos kilómetros de distancia de la capital. La duquesa Cecilia era en cierto sentido un emblema de la extremada división de las clases sociales de la ciudad que, a pesar de todo —la constitución de la república, la apropiación de tierras y propiedades— había logrado de algún modo sobrevivir. Este, no obstante, era el final.

En la acuática quietud de Potsdam, la panorámica de un lago de orillas tranquilas y unos jardines de estilo inglés era su santuario; de noche, bajo la oscuridad total, su lejanía respecto al centro de la ciudad protegía a este lugar de la trayectoria de las bombas. Esta fortaleza boscosa era un palacio absolutamente singular que había sido diseñado antes de la Gran Guerra, en parte como un tributo a la arquitectura inglesa.[1] Contenía 176 habitaciones, y sin embargo, su brillante diseño a base de ladrillo, madera y detalles de estilo tudor lo hacía parecer mucho más modesto y, en algunos rincones, incluso hogareño. La clave residía en que contaba con varios patios, lo que significaba que, más allá de las galerías, los comedores y las salas de fumadores, había aún más de lo mismo, oculto tras dispersos corredores. Visto desde ciertos ángulos, y desde la distancia de los jardines que lo rodeaban, este excéntrico homenaje a la domesticidad británica parecía haber hecho de la sencillez una virtud. Por todo ello, la duquesa, de cincuenta y ocho años, y su achacoso marido vivían voluntariamente encerrados en aquella casa, cuyo nombre hacía honor a su dueña: Cecilienhof.

Las bombas lanzadas por los aviones aliados no discriminaban entre clases sociales. Las residencias más opulentas de Berlín eran, en teoría, tan vulnerables a aquel fuego devastador como las viviendas más precariamente construidas, aunque, a diferencia de los ciudadanos más pobres, la aristocracia por lo general contaba con la ventaja de poder elegir entre varios techos bajo los que cobijarse. Pero, pese a que la riqueza heredada y las extensas conexiones aristocráticas aportaban seguridad material, desde la

Gran Guerra, la nobleza de Alemania venía siendo vulnerable en otros aspectos. En cierto sentido, estas otrora regias familias de ilustres apellidos se habían quedado en Berlín a regañadientes. Muchas habían intentado llegar a entenderse con los monstruos del régimen. Otras muchas se habían sumado a los sectores más brutales de dicho régimen. Y, sin embargo, al final habían visto como aquellos monstruos los seguían mirando con desprecio. Para finales de la guerra, en 1945, lo que antes había sido una actitud renuente se había convertido ya en claro recelo y hostilidad.

Pocos meses antes, en julio de 1944, había habido una conspiración de aristócratas que había intentado matar a Hitler en su Guarida del Lobo mediante una bomba instalada dentro de una maleta. Aquello no iba a ser solo un asesinato, sino un golpe de Estado propiamente dicho: en cuanto se confirmase que Hitler estaba muerto, los militares se coordinarían para arrebatarle el poder a la jerarquía nazi. El principal impulsor de esta conspiración fue el coronel Claus Schenk Graf von Stauffenberg, un oficial de treinta y seis años con acceso directo y frecuente a Hitler. Las heridas que había sufrido en la guerra eran muy visibles: había perdido un ojo, la mano derecha completa y dos dedos de la izquierda. Su ira y su angustia habían ido cobrando fuerza mientras prestaba servicio en el este (había expresado claramente su espanto ante las atrocidades perpetradas por las SS contra los judíos), pero su sentido más amplio del patriotismo y del deber y su ética del trabajo seguían intactos, y en este sentido era imposible desconfiar de él. Von Stauffenberg no fue el primero en concebir la idea de quitar a Hitler del poder mediante un levantamiento sangriento; uno de sus principales colaboradores, el general Henning von Tresckow, perteneciente también a una familia de elevado nivel social, había estado relacionado con anteriores conspiraciones para matar al Führer, incluido un plan en el que el explosivo iba a ir dentro de una caja de botellas de Cointreau.[2] Pero, aunque había muchos otros implicados en este complot del 20 de julio —un estrecho círculo social formado por aristócratas prusianos y bávaros—, al final fue Von Stauffenberg quien trató de llevarlo a la práctica personalmente.

Con impresionante aplomo, había colocado la maleta con la bomba —y la había cebado— en la sala de reuniones de una cabaña donde iba a alojarse el Führer. La bomba explotó; pero Hitler salió vivo, gracias en gran parte a que una mesa le protegió de la explosión. Von Stauffenberg, creyendo que no había sobrevivido nadie, salió a toda prisa hacia Berlín y trató de poner en marcha el golpe, contactando con los demás conspiradores. Aparte de su extraordinaria audacia, lo más relevante de esta acción fue el número de no militares y figuras de la aristocracia que habían estado al tanto de todo desde el principio.

El día de esta tentativa de alzamiento, la condesa Marie Vassiltchikov —una exiliada rusa que vivía con su amiga Aga Fürstenberg cerca de la duquesa Cecilia, en Potsdam— se encontraba trabajando en su despacho de Berlín cuando otro amigo, Gottfried Bismarck, irrumpió de golpe con «las mejillas encendidas».[3] ¿Por qué se encontraba en ese estado? ¿Era por «la *Konspiration*»? Su colega Loremarie susurró: «¡Sí! ¡Eso es! ¡Ya está hecho!». Luego, las dos mujeres se agarraron por los hombros y «salieron de la habitación bailando un vals».[4] Aquella euforia fue disminuyendo rápidamente con cada nuevo boletín informativo de radio, que, en tono cada vez más estridente e histérico, reconfirmaba que Hitler había conseguido escapar. Mientras, en medio de las arboledas de Grunewald, en una extensa y elegante villa, la condesa y sus amigos iban congregándose con una creciente sensación de temor. «Hemos visto a los Bismarck en el salón [...]. Gottfried no para de moverse de un lado a otro. Daba miedo mirarle [...]. No paraba de repetir: "¡No es posible! ¡Es una trampa! Stauffenberg le vio muerto"».[5]

Algunos de los militares conspiradores fueron encarcelados con celeridad; entre los que no lo fueron estaba el general Henning von Tresckow, que se apresuró a quitarse la vida. Lo último que vio el conde Von Stauffenberg antes de morir fue un escuadrón de fusilamiento elevando sus rifles bajo las luces de los faros de un coche a la noche siguiente. En cierto sentido, esto fue un detalle de cortesía. Algunos de sus cómplices, lejos de recibir cualquier

muestra de ayuda o compasión, se enfrentaron a un atroz calvario: la muerte por estrangulación lenta, llevada hasta el límite de la inconsciencia, para luego revivirles y volverles a hacer pasar otra vez por lo mismo. Todo el proceso de este tormento se llevó a cabo delante de una cámara de cine y bajo la luz de los focos, para que el Führer pudiera disfrutar de un agradable entretenimiento vespertino en su sala de cine privada.

Esa fue la razón por la que, más adelante, los aristocráticos conspiradores alcanzarían un estatus cercano al de mártires: eran los hombres que se habían rebelado contra el progresivo horror del Holocausto y tratado de exorcizar la raíz de este mal. Sin embargo, no eran santos, y en algunos casos, su visión del mundo estaba imbuida de una fealdad moral que apenas se diferenciaba del régimen nazi en unos pocos grados. Von Stauffenberg se había unido al Ejército a la edad de dieciocho años y había ingresado en la Academia Militar de Berlín de Moabit varios años después, en 1936, para estudiar las técnicas de la guerra moderna. Como los demás vástagos de la sociedad alemana más distinguida, experimentaba una enorme pasión por los caballos; su visión de su utilización en el campo de batalla moderno era anacrónica y romántica. Además, sentía aversión por el ambiente de Berlín y de las grandes ciudades modernas en general.[6] En su juventud, él y sus hermanos habían formado parte del movimiento alemán por la vida al aire libre llamado Wandervogel, que ponía gran énfasis en escapar de los males y la mugre de la industrialización entre los lagos, bosques y montañas donde podía encontrarse el espíritu alemán en estado puro. Pero también les atraía el exclusivo círculo del poeta Stefan George, quien, después de la Primera Guerra Mundial, se había rodeado de un selecto grupo de jóvenes aristócratas. George profesaba la paramística creencia de que los ideales y la belleza de la antigua Grecia podían reencarnarse en la hombría alemana, preparando así el camino que la llevaría a su destino: liderar Europa. De vez en cuando, George se dirigía al auditorio de esta «Alemania secreta» vestido con una toga, que, en opinión de algún crítico, le confería el aspecto de una vieja bruja.[7] (La madre de Stauffenberg

apartó discretamente a sus hijos de estos eventos). En los años de la posguerra, no tenía nada de inusual que las familias católicas de más alcurnia fueran renuentes a la hiperactiva industrialización de Alemania y encontraran refugio en el vigor de los muchachos y en los místicos paisajes por los que solían cabalgar.

En este sentido, los círculos de Stauffenberg suscribían la extraña y paradójica visión del pueblo judío que, por un lado, asociaba con una riqueza e influencia corrupta y, por otro, consideraba a los judíos pobres de Europa del Este como otra amenaza; los años que él mismo pasó en la guerra como oficial destinado en Polonia, ciertamente no se caracterizaron por ningún tipo de amabilidad ni piedad. Muchos de sus compañeros en la conspiración albergaban elementos tóxicos en su interior; el general Von Tresckow había organizado, sin escrúpulo ninguno, el secuestro masivo de niños polacos y ucranianos para ser enviados al oeste a realizar trabajos forzados.[8] Cuando Hitler y sus ayudantes habían mirado a los ojos de estos que luego se convertirían en conspiradores, no habían visto traición alguna.

Sin embargo, en la relación entre los nazis y los antiguos clanes siempre había existido cierta ambivalencia por ambas partes. Los elementos más encumbrados del viejo orden social de la Alemania guillermina en Berlín —a los que se veía cenando en el hotel Adlon o en Horcher's— nunca habían sido del gusto nazi, pese a los ostentosos esfuerzos de Hermann Goering por adquirir algo de su lujoso gusto y estilo. Ni tampoco habían sido, a ojos de los nazis, dignos de su confianza. Paradójicamente, uno de los principales motores del antisemitismo —el odio hacia los «cosmopolitas desarraigados» que se movían con aparente ligereza por todos los países— fue una de las características clave de los miembros de la dinastía Hohenzollern, y de otras familias con castillos, sellos y emblemas. Porque, a este ámbito social, la aristocracia trascendía todas las fronteras europeas, hasta el punto de que nunca pudieron compartir de verdad la pureza del nacionalismo nazi. Incluso tras la deposición del káiser —uno de los principios fundamentales de la nueva Constitución de Weimar era que quedaban abolidos los

poderes de todos los títulos heredados— familias como las de los Von Stauffenberg y los Schleswig-Holsteins se trasladaban de forma periódica de Budapest a Oxford, o de Noruega a Bélgica: para ellos, dentro de esta hermética dimensión de su alta clase social, todas estas tierras eran o habían sido alguna vez propiedad de su linaje. Las ramas de estas familias se extendían por todo el continente, y para ellos todos eran similares. El propio Stauffenberg había pasado gran cantidad de tiempo en Inglaterra durante el periodo de entreguerras, en grandes fincas, montando a caballo. Para personas como él y la condesa Marie Vassiltchikov, Berlín era un lugar ruidoso y sucio; con lujosos restaurantes y teatros, pero con unas entrañas repugnantes.

Las tensiones de clase siempre habían constituido uno de los *leitmotivs* de la ciudad; la visible desigualdad de la década de 1920 y principios de la de 1930, cuando los paseantes daban sorbitos a sus tazas en las terrazas de los cafés más exclusivos mientras, a solo unos metros, hombres andrajosos con miembros amputados esperaban en silencio sus limosnas, se había disipado brevemente por la guerra, pero no se había olvidado. En las relucientes barras de los hoteles Adlon y Excelsior, entre sedas, cristal, terciopelo y las carcajadas de jóvenes adinerados, aristócratas y turistas (muchos de ellos ingleses) bebían y bailaban. Sin embargo, incluso aquí había inesperadas capas sociales. Se decía que entre los *eintänzer* —los bailarines masculinos particulares— del hotel Adlon había hombres con títulos nobiliarios que lo habían perdido todo tras la Gran Guerra. [9] En 1945, los privilegios eran menos visibles cerca del centro de Berlín; las acaudaladas clases media y media alta tenían que hacer las mismas colas que las clases trabajadoras para conseguir sus exiguos suministros. No obstante, incluso tras el complot contra Hitler, un cierto estrato de las clases altas continuó existiendo en un mundo paralelo; y entre aquellos ancianos y ancianas de la nobleza había algunos que nunca habían llegado a aceptar la idea de que su tiempo había pasado. Por el contrario, la restauración del viejo orden social guillermino todavía parecía considerarse una posibilidad. En el suntuoso sosiego de Grunewald y Potsdam, algunas de estas

privilegiadas criaturas aún conseguían en 1945 mantener parte de sus viejos y relucientes oropeles; pero nunca estuvieron libres del miedo.

El emblema de esta siempre cambiante incertidumbre social era la casa de Hohenzollern. En los primeros días de 1945, la mera pronunciación de este título nobiliario sonaba a atavismo utópico. Guillermo, el expríncipe heredero, había soñado con la restauración; su padre murió en 1941, quedando él como cabeza de familia. En lugar de poder disfrutar de este poder, sus vacíos días pasaban en salones con paredes forradas de madera, tratando en gran medida de evitar a su distanciada mujer. Su matrimonio, a comienzos de siglo, había constituido una de las uniones dinásticas más importantes de Europa, y las fotografías de su compromiso mostraban a una pareja joven, bien parecida y aparentemente moderna. Las infidelidades y la infelicidad comenzaron muy poco después. La duquesa Cecilia de Mecklemburgo-Schwerin descendía de la nobleza (su madre era la gran duquesa Anastasia Mikhailovna de Rusia). Con ocasión de su boda, en 1905, la duquesa Cecilia —llamativamente alta, y también hermosa— había llegado en tren a Berlín, donde fue recibida con rosas rojas; según se informó, el bulevar Unter den Linden estaba «alfombrado» de rosas en su honor.[10] A continuación atravesó en un carruaje la Puerta de Brandeburgo, y en el Tiergarten se dispararon gran número de salvas de cañón en su honor. El matrimonio le convertía en princesa heredera de Alemania. El enlace reunió a todas las casas reales de Europa; entre los invitados estaba el archiduque Francisco Fernando de Austria, cuyo asesinato encendería la mecha de la Gran Guerra menos de una década después.

En los días anteriores a dicha contienda, la joven duquesa ya se había hecho a lo que ella consideraba sus obligaciones en la ciudad. Algunas eran tareas oficiales; Cecilia fue una de las promotoras del fútbol en Berlín, y también sabía manejarse en cuestiones de Estado. Forjó estrechos lazos con la familia real británica y una profunda amistad con la reina María, esposa de Jorge V, que se mantendría en el tiempo. Cuando estalló el conflicto, su marido partió a la guerra.

Años más tarde se comentó que era el tipo de oficial que alegremente mandaba marchar a sus hombres hacia la muerte mientras él andaba en zapatillas de tenis.[11]

La derrota de Alemania en el conflicto acarreó la inmediata disolución de la fortuna de toda la familia. Tras la abdicación del káiser, su hijo no tuvo más remedio que irse también de Alemania. Aunque se le permitiría volver a los pocos años, su esposa la duquesa ya había hecho sus propios planes. ¿Iría a reunirse con su esposo en el exilio junto con los seis hijos de ambos? Parecía que no. Aunque descendía de la aristocracia rusa, Cecilia se consideraba ya completamente alemana y, por tanto, prefirió repartir su tiempo entre la finca de Oels, en Silesia, y Cecilienhof.

En el espacio de solo quince años, toda una forma de ver la sociedad, y las jerarquías se había invertido. Para 1920, un espectáculo tan barroco como una alfombra de rosas para recibir a una duquesa habría resultado cómica y grotescamente inconcebible. Y, en general, la nueva modernidad de la ciudad —el refulgente resplandor del comercio, su avanzada industria, su arte a menudo descarnadamente extremo— no encajaba con el mundo de la aristocracia. Las numerosas ramas de los Hohenzollern, y de los Schleswig-Holstein, y las también numerosas interconexiones dinásticas de la realeza y la nobleza que podían rastrearse en el *Almanaque de Gotha*, continuaron ocupando la mayor parte de su tiempo en las mismas actividades que en el siglo XIX, viviendo en una especie de diorama entre castillos en la cumbre de las colinas y bailes con destellos de diamantes, bodas y funerales reales, fincas y banquetes de caza, maniobras políticas e intrigas. Esta existencia, que parecía sobrevolar fuera del tiempo, se mantuvo durante un periodo notablemente largo.

Guillermo, entretanto, se hallaba manteniendo delicadas negociaciones con el canciller de Weimar Gustav Stresemann. El exilio podía acabar, aunque solamente si el exprínicipe heredero se comportaba con cautela: el espacio político estaba marcadamente dividido y había quienes desde la derecha hubieran querido utilizar al heredero de la casa Hohenzollern como un tótem en torno al que

reunirse. Más potencialmente peligroso era aún que al antes príncipe heredero no dejara de reconcomerle la idea de que su destino le había sido arrebatado. Al final acabaría regresando a Alemania en 1923, y reuniéndose con Cecilia en la finca de Oels. En 1926 volvieron a Cecilienhof, pero ya no era de su propiedad. La casa que su padre había mandado construir especialmente para la duquesa había sido expropiada y pasado a ser propiedad del Gobierno; Cecilia y su marido solo tenían permiso para vivir allí. Lo acordado era que este privilegio se extinguiría después de tres generaciones. Otras propiedades y fincas también habían sido incautadas. El exprínicipe heredero y su esposa habían pasado a ser meros adornos. Esto, al mismo tiempo, confirió a sus vidas una sensación de fragilidad; una revolución, una vez iniciada, podía no detenerse nunca. Tal vez por este motivo, en 1926 Guillermo trató de formar una terrible alianza.

Aquel año, el invitado de honor en el palacio de inspiración tudor de Cecilienhof fue Adolf Hitler. El príncipe heredero había identificado el NSDAP como posible medio para que el honor y el estatus de su familia pudieran ser restaurados; erróneamente, tomó a Hitler por un conservador. Este sería el primero de los muchos humillantes encuentros que tuvo Guillermo. Él era el que buscaba la compañía de los nazis, más que estos la suya. Les necesitaba mucho más que ellos a él.

En 1930, Guillermo y Cecilia eran parte del a veces irónico espectáculo de la alta sociedad, objetos de curiosidad —y en ocasiones de escarnio— para quienes les miraban. En una producción de Max Reinhardt de la obra de Hofmannsthal, *El difícil*, representada en el Teatro Komödie, la antes pareja real se encontraba entre el público, pero no en uno de los palcos principales, como comentaría el conde Harry Kessler:

> En la primera fila del patio de butacas estaban sentados el exprínicipe heredero y su esposa. El cabello de él ha encanecido mucho, ya es casi blanco; la princesa heredera es una mujer gorda y anciana. No obstante, él conserva todas las afectadas maneras de cuando era un joven oficial, como puede observarse cuando en los descansos de la obra le vemos de pie en medio del público con un cigarrillo colgando de los labios […]. La hereditaria falta de gusto de los Hohenzollern ha cobrado en él dimensiones monumentales.[12]

Pero Cecilia se había adaptado a este nuevo y distante mundo —de la fama sin el poder— mejor que su marido. Esta mujer sagaz y temperamental había entendido ya en 1918 lo cerca que ella y muchos miembros de su extensa familia se encontraban del abismo. Y llevaba muchos años sintiendo que no podía confiar en su marido. Él nunca le había sido fiel; sus muchos líos amorosos la habían llevado en una ocasión al borde del suicidio. Estaban juntos, pero ella se sentía sola.

Guillermo seguía insistiendo en sus humillantes esfuerzos por agradar a Hitler. En 1932, se había planteado por un momento presentarse a las elecciones presidenciales: su horrorizado padre, todavía en el exilio, se lo prohibió. Su hijo hizo entonces público su apoyo a Hitler, en lugar de al anciano presidente Paul von Hindenburg. Hitler concedió una empalagosa entrevista al *Daily Express* en la que afirmaba: «Valoro mucho la actuación del exprínicipe heredero. Ha sido una actuación absolutamente espontánea por su parte y con ella se posiciona de forma pública en línea con el principal órgano de los nacionalistas alemanes patriotas».[13] Guillermo volvería a prestarle más veces su espontánea ayuda. En 1933, apenas unas semanas después de que Hitler hubiera tomado el poder de la mano de otro aristócrata, el penúltimo canciller de Weimar Franz von Papen, el líder nazi escenificó una curiosa ceremonia titulada «El día de Potsdam». La idea de la misma era conferir legitimidad a su nuevo régimen alineándolo con el pasado, y, específicamente, con la casa de Hohenzollern. El príncipe heredero desempeñó gustoso su papel: las ceremonias militares y de las SS se celebraron en la iglesia de la Guarnición de Potsdam; el presidente Von Hindenburg estuvo allí para estrechar la mano de Hitler. En otra ocasión, aquel mismo año, Guillermo posó feliz para unas fotografías tomadas a las puertas de Cecilienhof llevando un brazalete con la esvástica.

Atisbaba la esperanza de que, una vez Hitler se consolidara en el poder, este pudiera restaurar algunos aspectos de la antigua monarquía. Sin embargo, cuando fue evidente que los

nacionalsocialistas no tenían ninguna intención de que la sociedad alemana volviera a aquella particular forma de jerarquía —no podía haber lugar para ninguna otra figura insigne aparte de la del Führer —, la aduladora campaña epistolar del exprínce heredero fue enfriándose. Tal vez por compasión, no llegó a escuchar lo que Hitler decía en privado de él en las salas de la Cancillería del Reich. «Cómo me alegro de no tener monarquía y de no haber prestado nunca oídos a los que me intentaban convencer de lo contrario», se dijo que había manifestado a su regreso de una visita realizada a Italia en la década de 1930 (el Estado fascista de Mussolini no se había desecho de su propio rey). «¡Esos lacayos y esos protocolos de la corte!».[14] Hitler tenía sus propios lacayos y protocolo; ¿por qué tenía que cumplir él con un ritualismo rival? Algunos consideraban a Guillermo poco más que una «figura decorativa».[15] Su apoyo entusiasta al régimen no le reportó ningún privilegio. Ni tampoco existía verdadero peligro de que, en caso de un golpe de Estado contra la jefatura, él pudiera ser un plausible mascarón de proa para Alemania.

El sufrimiento que esto le acarreó a la expareja real difícilmente puede compararse con la escalofriante pesadilla del horror que se cerniría sobre tantos ciudadanos de Berlín. No obstante, los destellos de felicidad que pudieran haber tenido quedaron barridos por el conflicto. Su hijo mayor —el también príncipe Guillermo— encontró la muerte en Francia en 1940. La abrumadora asistencia que registró su funeral en Berlín —unos cincuenta mil miembros del público se alinearon a ambos lados del cortejo fúnebre— constituyó una gran fuente de vejación para los nazis. Para ellos era indicativa de una inmutable veneración a una vieja forma de autoridad aristocrática y, bajo esta interpretación, decretaron que los miembros más socialmente elevados de las fuerzas armadas no fueran enviados cerca de las líneas del frente. La condesa Marie Vassiltchikov comentó que los nazis no querían más «muertes glamurosas» como aquella.[16] Nada de esto le importó lo más mínimo a la afligida madre.

Entretanto, las humillaciones relacionadas con la incautación de propiedades no terminaron con la llegada de los nazis. En los años de entreguerras, Guillermo y Cecilia habían disfrutado del uso teórico de una extraordinaria propiedad en el centro de Berlín, a orillas del Spree, que había pertenecido a los Hohenzollern, el palacio Monbijou, en parte residencia y en parte un enorme museo de tesoros y antigüedades adquiridas por esta familia a lo largo de décadas y décadas, expuestas con el propósito de celebrar su historia y la de los varios príncipes y káiseres ilustres nacidos en su seno. Sin embargo, cuando llegó la guerra —e incluso antes de que los cielos se llenaran del zumbido grave de los bombarderos aliados —, el palacio había sido considerado «sacrificable»; en otro de sus aparentemente innumerables megalómanos proyectos arquitectónicos, Albert Speer había planeado trasladarlo piedra por piedra para poder erigir en su lugar un nuevo Museo del Reich más adecuado al régimen. Hasta este sutil plan se vio frustrado cuando los aliados soltaron sus bombas incendiarias y las devastadoras llamas consumieron el interior del palacio Monbijou, haciéndolo completamente inhabitable.

Llegada esta fase de la guerra, hacía algún tiempo que la pareja ya no disfrutaba del esplendor de esta residencia. Se habían trasladado de la ciudad a uno de los últimos bastiones que les quedaban: Oels, un castillo-fortaleza perdido, en la Silesia ocupada por los alemanes. A finales de 1944, era sombríamente evidente que aquella finca campestre tampoco era ya un refugio seguro: con la aproximación del Ejército Rojo llegaban también terroríficos rumores. De modo que el príncipe heredero y su esposa regresaron a Potsdam.

Para entonces, Guillermo estaba bajo la vigilancia constante de la Gestapo. Puede que se sintiera perplejo al ver cómo las enrevesadas corrientes de la historia le habían llevado a convertirse en prácticamente un prisionero. En el invierno de 1944-1945, el futuro no parecía ofrecer otro horizonte que no fuera de violencia y muerte. Además, estaba enfermo de gravedad. El en su día deslumbrante príncipe padecía graves problemas de próstata y de riñón. Mientras la nieve caía sobre el jardín de Potsdam, fue trasladado desde

Cecilienhof a una pequeña localidad de montaña situada en Baviera, en el extremo sur de Alemania, llamada Oberstdorf, para recibir atención médica. La presencia de los agentes de la Gestapo ya no era necesaria. Y su esposa se había quedado en los helados lagos y bosques de Potsdam. Llegado febrero de 1945, con el Ejército Rojo abriéndose paso por Silesia y Pomerania, Cecilienhof ya no era un lugar seguro; del mismo modo, cuando salió de su simulacro de palacio tudor, ella debió de tener la sensación de que jamás lo volvería a pisar. Cecilia también se convirtió en una persona desplazada más, aunque sin los tristes padecimientos por los que tenían que pasar los fugitivos comunes.

Por supuesto, Guillermo no fue el único miembro de la aristocracia alemana en jurar lealtad al fascismo. Hubo otros que fueron mucho más allá que él. Especialmente llamativo es el caso del primo de Jorge V y ahijado de la reina Victoria, Carlos Eduardo, anterior duque de Sajonia-Coburgo y Gotha (sus lazos con la familia real británica eran múltiples, la reina Victoria había sido también bisabuela del príncipe heredero Guillermo). Carlos Eduardo se había criado y educado en Inglaterra, pero luchó del lado de Alemania en la Gran Guerra; sus títulos nobiliarios ingleses le fueron retirados en torno a la misma época que los Sajonia-Coburgo pasaron a ser los Windsor; y tras la guerra se sintió inmediatamente atraído por la intensa violencia de los Freikorps en Berlín y luego por el NSDAP. Llegó a ser *obergruppenführer* de los «camisas pardas». A mediados de la década de 1930, fue presidente de la Sociedad para la Amistad Angloalemana, una sinecura aprobada por Hitler, y en virtud de dicho cargo se movía con libertad por la sociedad inglesa, llegando a asistir incluso al funeral de Jorge V. Este exduque pudo tal vez no sentirse una marioneta, pero su propósito —ejercer su influencia y persuasión en los más altos círculos sociales y políticos— estaba sin embargo bajo estrecha vigilancia.

Y fue este aristócrata, quizá más que ningún otro, el responsable de que los nazis lograran hacerse con el control del país: es más, este miembro de la nobleza allanó en gran medida el terreno para el advenimiento de este tipo de totalitarismo. Franz von Papen, el que por breve tiempo fuera canciller de Alemania en 1932, era un

aristócrata de Westfalia; un hombre autoritario, con cara de ave rapaz y mirada fría al que el presidente Hindenburg había instalado en este cargo, en parte como medio para contrarrestar el gran aumento del apoyo a los nazis y a Hitler, y en parte también con el propósito de satisfacer al general Kurt von Schleicher, que estaba cerca de poner al país bajo un Gobierno militar. Era un momento en el que el estruendo de una terrible inseguridad económica volvía a recorrer el país, y Berlín, como un trueno. Las repercusiones de la caída de Wall Street de 1929 estaban provocando la quiebra de bancos, un desplome de la confianza y el vertiginoso ascenso del desempleo y la más desoladora pobreza para millones de personas. En las calles, un número cada vez mayor de ciudadanos estaban pasando a engrosar el voto nazi. La joven Constitución de Weimar, con poco más de una década de vida, iba derritiéndose como la cera junto a las llamas. Von Schleicher era entonces ministro de Defensa en el «Gabinete de los Monóculos» de Von Papen.[17] En otros lugares había otros aristócratas, como el barón Ferdinand von Lüninck, que estaban convencidos de que Alemania solamente podía salvarse si abandonaba de una vez su experimento con la democracia; en su opinión, Weimar era «la culminación lógica de la Ilustración francesa y la Revolución».[18] Lo que subyacía a este mensaje era el miedo a la conspiración: que el país acabara en manos de la francmasonería y el capitalismo judío; una visión compartida por el Gabinete de los Monóculos.

Von Papen era igualmente inflexible. A la vista de la angustiosa pesadilla del desempleo urbano —en Berlín afectaba a cientos de miles de personas— decidió intensificar el sufrimiento que acarreaba creando una nueva carrera de obstáculos a base de evaluaciones de recursos económicos antes de pagar la prestación por desempleo. Entretanto, los obreros de la industria que tenían la suerte de poder mantener su trabajo vieron sus salarios congelados. Al mismo tiempo, las empresas más importantes vieron reducidas sus cargas fiscales. La actitud hacia los pobres era decididamente hostil. Von Papen gobernaba mediante mandato presidencial. Fue un entusiasta censor de la exuberante prensa libre de Berlín; en un momento dado

llegó a cerrar noventa y cinco publicaciones. Era, de hecho, un arquetipo del militarismo más implacable; con solo once años de edad, había pedido de forma específica que le enviaran a una escuela de cadetes. Durante la Primera Guerra Mundial, además de luchar en el frente occidental y en Oriente Medio, pasó un periodo trabajando como diplomático en Estados Unidos, donde a menudo dedicó sus jornadas a conspiraciones para frustrar el bloqueo y planes de feroz sabotaje. Fue expulsado. Tras la guerra, y en medio de la violenta agitación de la Revolución alemana, se alistó por breve tiempo en los Freikorps del Ruhr, y disfrutó liderando su pequeña unidad, bajo la idea de que estaba protegiendo las tradiciones del catolicismo de la embestida comunista. Fue entonces cuando Von Papen empezó a cogerle gusto a la política, pero una política propia de una era anterior. Más adelante, un periodista estadounidense le describiría como «caballeroso»;[19] Von Papen habría despreciado el término. Los nobles eran más distinguidos que los caballeros.

La rama aristocrática de su familia era católica romana; y, aunque sus amigos y colaboradores recibieron un trato cruel y extremadamente violento por parte de los nazis, él sí encontró acomodo entre los nuevos gobernantes de Alemania. En medio del creciente pesimismo de la depresión económica mundial, para noviembre de 1932, la autoridad de Von Papen se había derrumbado, y su antes aliado, el general Von Schleicher, estaba actuando en su contra, amenazando una vez más con la posibilidad de una dictadura militar. Furioso y humillado por verse obligado una vez más a ceder su cargo ante Von Schleicher (cuya oportunidad de disfrutarlo, en medio de aquella tambaleante inestabilidad, duró muy poco), Von Papen ya había establecido una cordial relación con Hermann Goering, y en enero de 1933 aceptó un acuerdo en virtud del cual el presidente Hindenburg consentiría que Hitler asumiera la Cancillería con Von Papen como su vicecanciller, y otros conservadores afines a este como miembros de su gabinete. Las aristócratas estaban otorgando el poder sin siquiera contemplar la posibilidad de consultar con los votantes, aunque preveían que este poder iba a ser tóxico. En este momento, liderar el Gobierno se

consideraba como ponerse al timón de un barco en plena tempestad: al hacer que Hitler asumiera toda la responsabilidad y fuera él quien tuviera que capear el temporal, se creía que este y los nazis reprimirían sus impulsos extremistas al chocar con la cruda realidad del cargo. Luego, cuando estuvieran debilitados, Von Papen podría de nuevo ponerse al frente. Esto iba más allá de ser un tremendo error de cálculo; se basaba también en un desprecio fundamental por la Constitución de Weimar. Los aristócratas no solo facilitaron el ascenso de Hitler a la supremacía, sino que lo hicieron en un momento en el que dicho ascenso no era completamente inevitable. Los temporales económicos, por más devastadores que fueran, no iban a tardar en amainar. La economía se recuperaría. Los partidos del centro podían haberse unido. A finales de la década de 1920, los nazis habían crecido y luego se habían visto desplazados a los márgenes del espectro político. No había razón por la que el caso no pudiera volver a darse. Pero a la vieja élite alemana le tenía sin cuidado la multiplicidad de voces en el Reichstag. Franz von Papen no era un nazi; le repelía en gran medida su gusto por la retórica violenta —y por la violencia física—. Pero, por esta misma razón, los subestimó.

Él pensaba que contaba con su propia base de poder: su cargo de vicecanciller y su equipo fueron trasladados al rimbombantemente llamado «palacio Borsig» en 1933; un edificio de estilo italiano con fachada de arenisca que antes había sido la sede de un banco prusiano. Pese a no ser lo que se dice un pacifista, Von Papen quería desviar a los nazis de su adicción a la violencia callejera y de su predilección por arrestar y torturar a sus adversarios políticos. Unos meses después, Von Papen dio un discurso, sin consultar a Hitler, en el que expresaba su deseo de poner fin a la brutalidad general imperante. Imaginaba que su voz podía influir para infundir alguna humildad en Hitler. Pero, por el contrario, el discurso supuso la muerte para algunos de sus más estrechos colaboradores. Fue en ese momento cuando Von Papen por fin entendió la sangrienta sociopatía de aquellos a quienes él había considerado unos vulgares advenedizos.

La Noche de los Cuchillos Largos —la sangrienta purga llevada a cabo por las SA, que incluyó el asesinato a sangre fría de Ernst Röhm, un viejo amigo de Von Papen— se amplió para abalanzarse también sobre lo que se conocía como el Círculo Papen. Las SS y la Gestapo entraron en el palacio Borsig. Herbert von Bose, el secretario de prensa de Von Papen, fue conducido de malos modos hasta una sala de reuniones. Allí le invitaron a tomar asiento. Mientras lo hacía, un hombre de las SS que estaba a su espalda le apuntó con su pistola. Von Bose recibió diez disparos por la espalda. El abogado de Von Papen, Edgar Julius Jung —que había anhelado que el Gobierno de Alemania volviera a una autocracia guillermina más tradicional—, fue llevado a otro lugar. Horas más tarde, también a él le dispararon a sangre fría. Los suelos del palacio Borsig se cubrieron de manchas rojas; mientras trabajaba en la inmediata reconstrucción de este enclave, el arquitecto de Hitler, Albert Speer, se paró por un instante a observar el mármol ensangrentado, y rápidamente apartó la vista, para que el espectáculo no le perturbara demasiado.[20]

En mitad de todo este repentino horror, el propio Von Papen fue puesto bajo arresto domiciliario en su villa berlinesa, y su línea telefónica fue cortada. Los hombres de las SS que le vigilaban sometieron al vicecanciller a técnicas de privación de sueño durante varios días, tras los cuales, bajo el consiguiente estado de desorientación y miedo, fue inesperadamente llamado a presentarse en la Cancillería, donde se encontró con que, en la mesa del nuevo gabinete, exclusivamente nazi, él ya no tenía asiento. Suplicó una audiencia privada con el Führer y finalmente declaró que ya no serviría más a su patria. Hitler se quedó satisfecho; solo quería quitar a este aristócrata del Gobierno. Casi de inmediato, le pidió a Von Papen que fuera embajador en Austria. Este se apresuró a aceptar, y de hecho desempeñó celosamente sus deberes. Él fue una de las figuras que trabajaría para crear las condiciones bajo las cuales el *Anschluss* pudo llevarse a cabo con éxito.

La vida se le hizo más complicada cuando más adelante fue nombrado embajador en Turquía, justo antes del estallido de la

guerra; durante el conflicto tuvo que presionar por todos los medios a los turcos para que atenuaran su entusiasta apoyo a los aliados. Además, el servicio secreto soviético, el NKVD, atentó contra su vida con una bomba. Tampoco sus sentimientos hacia el régimen nazi eran completamente inequívocos; en 1943 llevó a cabo un insensato y jactancioso esfuerzo por convencer a los estadounidenses, a través de la Oficina de Servicios Estratégicos, de que cuando Hitler fuera derrotado —cosa que él daba por seguro que ocurriría pronto— el propio Von Papen debía ser nombrado el nuevo líder de Alemania. Esta interesante sugerencia fue comunicada al presidente Roosevelt, cuya respuesta inmediata fue dar orden a la Oficina de Servicios Estratégicos de cesar toda comunicación con Von Papen. No mucho tiempo después, Turquía cortaba cualquier relación diplomática con Alemania. En 1944, Von Papen fue obligado a volver a Berlín. Allí le recompensaron por lo que se consideraban sus magníficos esfuerzos: Hitler le condecoró con la Cruz de Caballero. Para entonces, Von Papen había calculado que sus comunicaciones con Washington D. C. —en el curso de las cuales recalcó que él había tratado de ayudar a algunos grupos de judíos— contribuirían a aliviar las consecuencias de la posguerra. Pero, al igual que todas las altas figuras del régimen, tenía buenas razones para temer la venganza del Ejército Rojo y del Alto Mando Soviético. Finalmente le permitieron retirarse a la hacienda familiar en Wallerfangen situada en el Sarre, es decir, en el extremo occidental de Alemania, lejos del alcance de los rusos.

Para abril de 1945, el palacio de Cecilienhof estaba vacío; la duquesa ya había comprendido que no podía permanecer más allí. Sin embargo, a diferencia de las calles llenas de escombros que quedaban a solo unos pocos kilómetros al noreste, en el centro de Berlín, este palacio y sus boscosos alrededores, así como las lujosas villas de las inmediaciones, continuaban en gran medida intactos. En cuestión de pocas semanas, Cecilienhof sería el escenario de una reunión que acapararía la atención del mundo entero, una conferencia en la que se tomarían decisiones de un enorme y terrible alcance para el futuro del continente y del resto del mundo. Pero, en abril de 1945, a la mayoría de los ciudadanos de Berlín ya no les

estaba permitido el lujo de especular sobre el futuro. Su ciudad estaba suspendida en el tiempo, en una medianoche eterna entre una era y la próxima. Las tres semanas siguientes, durante las que se verían sometidos a un bombardeo, una conquista y un trauma inimaginable, no parecían tener días ni noches; sin embargo, de alguna manera, estos berlineses mantuvieron una extraordinaria y obstinada entereza, y un profundo sentido de su propia identidad. Durante aquellas tres semanas, el mundo entero volvió a estar una vez más pendiente de su ciudad.

1. El terrible invierno de 1918-1919 —marcado por la derrota y las enfermedades — llevó a Berlín al borde de una guerra civil. Mientras los comunistas y los Freikorps, apoyados por el Gobierno, luchaban, otros civiles trataban de recuperar su vida normal.

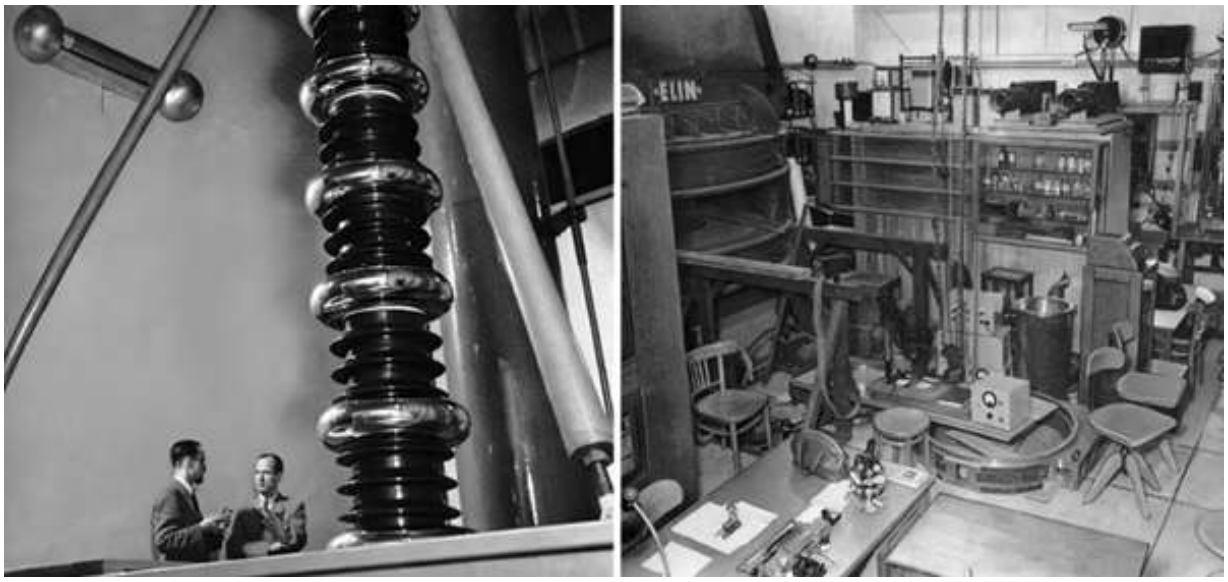
2. Rosa Luxemburg, una comunista extraordinariamente cercana y carismática, y mascarón de proa del movimiento espartaquista, fue asesinada por los Freikorps en 1919. Su cuerpo fue arrojado a un canal.

3. La restaurada Neue Synagogue, cuyo brillo ilumina la línea del cielo de la ciudad. El edificio sobrevivió a los incendios de la Kristallnacht pero no al bombardeo aliado. Permaneció parcialmente en ruinas hasta finales de la década de 1980.

4. Los modernistas trataban de aportar belleza en el día a día de la industria: los grandes almacenes Karstadt, que se iluminaban por la noche, eran en los años veinte un ejemplo de cómo Berlín —sede de empresas eléctricas punteras como Siemens y Osram— estaba bañado en luz.

5. Para los visitantes de otros países, el Berlín de Weimar de finales de la década de 1920 ofrecía una sensualidad fuera de lo común. Para los más ricos, lugares como el hotel Adlon eran la meca de la era del jazz.

6. El químico Otto Hahn y la física Lise Meitner, fotografiados en 1912, se convertirían en los pioneros del estudio del átomo en Berlín. La profesora Meitner, una de las primeras mujeres en este campo, se vio obligada a abandonar el país en 1938 debido a su ascendencia judía.

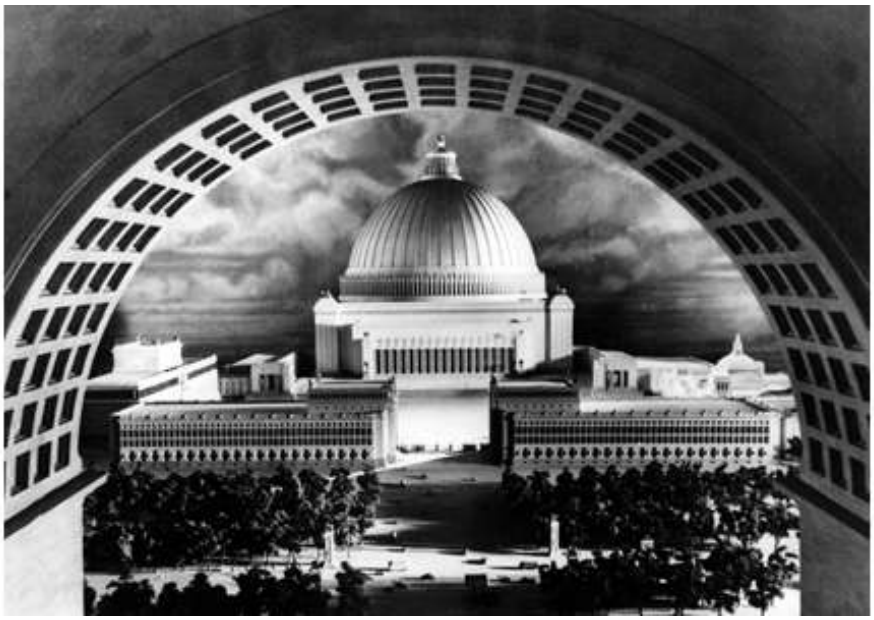


7. Los extraordinarios laboratorios eléctricos del joven inventor Manfred von Ardenne (incluido su generador Van der Graaff), a principios de la década de 1930; finalmente, los servicios secretos soviéticos de Stalin conseguirían reclutar sus conocimientos.

8. Durante los años de Weimar, Berlín fue en gran medida la ciudad de Albert Einstein. La alta sociedad competía entre sí para contar con su presencia (y poder escucharle explicar el concepto de la relatividad), y sus apariciones durante los años veinte y principios de los treinta, antes de que emigrase a Estados Unidos, atraían a grandes multitudes.

9. El cine de Berlín marcó la pauta estética global en la década de 1920. En la epopeya de Fritz Lang *Die Nibelungen* (1924), protagonizada por el malhadado Sigfrido y ambientada en bosques encantados, el director se propuso representar el alma alemana.

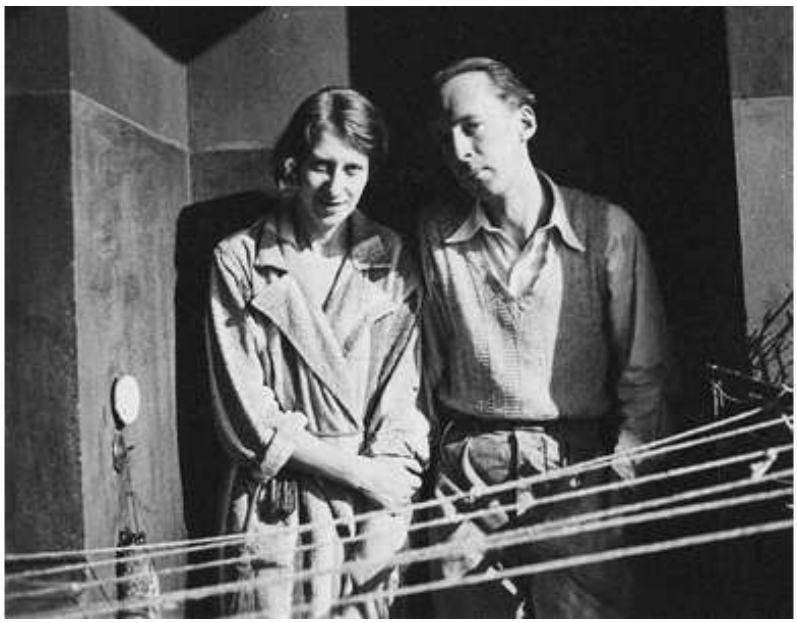
10. *Metrópolis* (1926), de Lang, es una película de ciencia ficción en la que se presenta una visión del Berlín del futuro. Sus deslumbrantes contrastes entre la oscuridad y los potentes haces de luz cautivaron a los líderes nazis.



11. El arquitecto de Hitler, Albert Speer —que a finales de la década de 1930 realizó varios modelos a escala sobre una reconstrucción nazi del Berlín futuro, llamado «Germania»— compartía sus diseños con el Führer en la oscuridad de la noche.

12. Paul Wegener en su caracterización del vengativo hombre de arcilla. *El gólem* (1920) está basada en una leyenda popular judía sobre la redención. El actor y director fue llamado de nuevo a escena, en medio de las ruinas causadas por la guerra en Berlín, por funcionarios soviéticos, que eran grandes admiradores suyos.

13. La filósofa Hannah Arendt (retratada aquí a principios la década de 1930), que más tarde escribiría sobre los orígenes del mal nazi, se vio obligada a compartir su piso alquilado de Weimar con la impartición de clases de baile *avant-garde*.



15. Antes de alcanzar la inmortalidad literaria con *Lolita*, el novelista Vladimir Nabokov y su esposa Vera fueron parte de la comunidad rusa del Berlín de la década de 1920. A él le encantaba la afición de la ciudad por la desnudez pública.

14. El joven príncipe heredero Guillermo, heredero del káiser, y su esposa, la gran duquesa Cecilia, habían gozado anteriormente de la adulación de los berlineses que, tras la abdicación del káiser en 1918, se tornaría rápidamente en desprecio.

16. En los años treinta, muchos bloques de viviendas del Berlín de clase trabajadora —con sus patios oscuros, húmedos y fríos— se encontraban en condiciones penosas, y se convirtieron en terreno abonado para la ira.

17. Algunas de las modernas fábricas de la ciudad —como la fábrica de turbinas de AEG, diseñada por Peter Behrens en 1909— eran más luminosas y más bonitas que muchas de las casas de sus trabajadores.

19. La violencia callejera llegó a convertirse en un fenómeno habitual durante las décadas de 1920 y 1930; las batallas campales entre nazis y comunistas a menudo se saldaban con heridos graves y muertos.

18. El gusto de Berlín por la velocidad encontró su expresión en sistemas de metro que se deslizaban a toda máquina por encima, por debajo y entre sus calles y, en algunos casos, edificios.

SEGUNDA PARTE

Necrópolis

10
SUSPENDIDA EN EL OCASO

El miedo atenazaba silenciosamente los corazones de todos, aunque adoptando diferentes formas. Algunos trataban de dominarlo por medio de ciertas rutinas o regularidad incluso en las tareas más absurdas. Al norte del centro urbano, cerca de Siemensstadt, había un chico de dieciséis años que, a la mañana siguiente de cada bombardeo de los aliados, salía en medio de aquellas ruinas aún encendidas y humeantes y, con delicadeza, daba la vuelta a los cadáveres que estaban boca abajo en las calles para asegurarse de que no eran miembros de su familia. Entre los soldados que atravesaban la ciudad de camino hacia el encuentro con su enemigo implacable, o que se encontraban temporalmente acampados en bases improvisadas junto a las grandes estaciones de ferrocarril, era frecuente recurrir a la «conductas de desplazamiento», es decir, a acciones innecesarias destinadas a distraer la atención, como hacer recados completamente inútiles o tareas burocráticas de las que uno se acordaba de repente. Otros soldados —en un número cada vez mayor— trataban de escabullirse de sus unidades, con la esperanza de poder pasar por civiles. Los civiles se enzarzaban en tensas discusiones mientras esperaban en las colas o viajaban en lo que quedaba de transporte público, salpicadas a veces por las opiniones manifestadas a voz en grito por quienes sostenían que la superioridad de las fuerzas alemanas pronto iba a quedar demostrada, y los que rebatían dichas opiniones con un escepticismo expresado con más calma. En torno a ellos se hallaban las pruebas que lo decían todo respecto a aquella superioridad: las que habían sido elegantes terrazas de apartamentos aparecían partidas por la

mitad; las montañas de ladrillos y hormigón hechos pedazos cargaban el aire con el polvo de las ruinas; la carne ensangrentada se vislumbraba con frecuencia entre la maleza. Para el 12 de abril de 1945, la gente de Berlín se encontraba atrapada sin remedio en un ciclo de terror diario; el latido palpitante de la espera.

Estaban a la deriva: desprotegidos, desnudos e indefensos. Y habían perdido el privilegio más crucial de su contrato social: la sensación de que su Gobierno existía principalmente para proteger sus vidas. Ciertamente, lo que quedaba de la Wehrmacht estaba dedicada a tratar de establecer posiciones defensivas calculadamente viables, bajo el mando del teniente general Hellmuth Reymann; la ciudad contaba con unos sesenta tanques dentro de su área, así como con optimistas trincheras en explanadas de arena y artillería camuflada cerca de los bosques situados a pocos kilómetros de las afueras. Dentro de los límites de la ciudad se estaban preparando también otras capas de defensa más improvisadas, aprovechando las ventajas topográficas de canales y ríos, y todas las posibilidades que ofrecían de cara a hacer más lento el inexorable avance de los tanques y tropas enemigas. Pero el fin de estas capas concéntricas de defensa era proteger el corazón del régimen y la Cancillería del Reich, no a su gente. Aquel régimen nunca se había preparado seriamente para este momento; el pueblo a estas alturas no era más que otro detalle aislado. Incluso si se hubiera producido un movimiento de evacuación, los graves daños de las vías férreas de los alrededores de la ciudad y los ataques cada vez más intensos de los bombarderos soviéticos desde el aire no habrían hecho otra cosa que cambiar la dirección de la muerte y el pánico.

El general Alfred Jodl y otros jefes de la Wehrmacht sabían que los soviéticos habían realizado misiones de fotografía de reconocimiento aéreo sobre Berlín, y tenían la fundada sospecha de que el Alto Mando Soviético había formulado —mediante dichas fotografías y los interrogatorios a prisioneros— un plan de lucha calle por calle. De hecho, el Ejército Rojo había ido aún más lejos. «Nuestros ingenieros habían construido un preciso modelo a escala de la ciudad —escribió el mariscal Zhukov— que se utilizaba para estudiar cuestiones relativas a […] la ofensiva, el ataque general, y la lucha

dentro del centro de la ciudad».[1] Pero capturar una gran extensión de tierra era una cosa y conquistar una ciudad, con sus innumerables puestos de francotiradores y pasajes secretos, otra muy distinta. Berlín tenía que ser machacada con bombas; tenía que arder en llamas. Había que golpear las calles hasta que se vinieran enteras abajo. Los soviéticos tenían que hacer pedazos la ciudad con un poder explosivo mayor que el de todos aquellos meses de ataques aéreos aliados. La jerarquía nazi sabía todo esto. El resultado fue que los civiles que se quedaron dentro de lo que el Ejército Rojo denominaba «la guarida de la bestia fascista»[2] eran objetivos potenciales en sí mismos; no había alternativa. Esta era la realidad final de la guerra total. Tampoco había otra posibilidad de escapar que no fuera hacer el petate y echar a caminar hacia el campo, un campo que, por lo que ellos sabían, estaba plagado de soldados del Ejército Rojo. Algunos, aunque pocos, berlineses todavía creían de verdad que Heinrich Himmler estaba ideando una nueva y maravillosa arma que haría que las líneas enemigas se evaporaran al instante, aunque eran muchos más los que sabían que aquello era una burda fantasía de novela barata. Entretanto, las propiedades, los ahorros, los trabajos eran cosas con las que no se podía contar. ¿Y los niños y los bebés? Ninguna vida estaba garantizada. Lo único que sabían —a través de parientes, refugiados y por los comunicados góticamente redactados por Goebbels— era que el Ejército Rojo que se iba aproximando no tenía piedad.

Las noches en Berlín —durante los intervalos entre las explosiones de la artillería antiaérea— empezaron a contar con periodos de silencio, aunque en algunas calles en las que los escombros se amontonaban en medio de la calzada llegando a la altura del pecho, cortantes y desnivelados, haciendo difícil caminar sobre ellos, se oían continuamente el resquebrajamiento de casas y bloques de apartamentos a medida que sus cimientos iban hundiéndose cada vez más. En los primeros días de abril de 1945, la vida de los ciudadanos berlineses se centraba sobre todo en la mera supervivencia: los días transcurrían haciendo cola a las puertas de la ennegrecida mole de los almacenes Karstadt, o en otras aún más

largas en torno a las tiendas de alimentación y panaderías locales. Al comienzo de cada mes, se les informaba por medio de comunicados oficiales de que «las plantas de diente de león y las ortigas» podían utilizarse en sustitución de otros vegetales más ortodoxos.[3] También se les decía que pronto se les cortaría el suministro de gas. Era una vida de agua fría, luz de vela y hambre nunca satisfecha.

Sorprendentemente, durante el día aún se percibían señales de una ciudad en funcionamiento. Los que caminaban por las calles del elegante Charlottenburg, y el más insalubre Moabit, muy de vez en cuando todavía podían oír un bramido profundo bajo las aceras; los trenes del metro seguían pasando por las líneas que aún no habían quedado destruidas por las bombas. Al público general se le decía que no podía viajar en metro y que los trenes estaban exclusivamente reservados para fines militares o uso oficial, excepto en casos de extrema emergencia. A ras de tierra, las rutas de los tranvías se habían interrumpido o quedado inhabilitadas en muchos distritos debido a la presencia de los escombros. Sin embargo, los que se ponían a caminar —deseando tal vez alejarse varios kilómetros de la ciudad, aunque solo fuera para pasar algún tiempo entre familiares y amigos— se encontraban con que, en otros aspectos, e increíblemente, seguía existiendo cierta forma de normalidad. Incluso en la última fase de la guerra, los cines de barrio que no habían quedado convertidos en candentes brasas por los bombardeos aéreos continuaban proyectando películas. Los exuberantes colores de la epopeya histórica *Kolberg* debieron de llenar los ojos berlineses de renovada fuerza: los azules y rojos de los uniformes, así como el verde intenso de los paisajes, contrastaban marcadamente con el gris ceniciento de la realidad. Este escapismo debía de parecer como vivir un sueño. También había otras diversiones más humildes: algunos de los que desempeñaban trabajos de oficina —los hombres de más edad, y las mujeres jóvenes que les asistían como secretarias— continuaron presentándose al trabajo, aunque a menudo no tenían mucho que hacer aparte de hablar sobre generalidades. Y, pese al cierre de muchos restaurantes y bares, el internacionalmente reconocido hotel

Adlon, cercano a la Puerta de Brandeburgo y convertido en parte en hospital militar, seguía tratando de servir bebidas a los sedientos altos cargos del partido; para los que gozaban de cierta influencia, todavía era posible conseguir buenos vinos y delicados brandis. En otros lugares, las fábricas situadas en barrios como Wedding y Tegel continuaron elaborando cañones de pistolas y piezas de tanques. La políglota mano de obra que constituían los prisioneros que trabajaban en estas líneas de producción no tenía respiro, e incluso cuando el combustible escaseaba más, seguían saliendo columnas de humo por las chimeneas de las fábricas. Para algunos, el ya próximo Ejército Rojo significaba una liberación total; para otros, la llegada de los soviéticos representaba un nuevo mundo de peligros, dado que el régimen estalinista ya había exterminado sin piedad a muchos de sus compatriotas europeos del este.

También quedaban aún los refugiados; los aterrorizados y agotados agricultores y peones del campo de Silesia y Pomerania que llegaban a la gran metrópolis desorientados y que, reacios a detenerse, iban avanzando inexorablemente de este a oeste, como si no tuvieran intención de parar hasta haber recorrido todo el camino hasta el mar del Norte. Unas semanas antes, Goebbels —mientras inspeccionaba las calles de la ciudad desde su coche oficial— se había estremecido al ver a estas personas cansadas, sucias, que no encajaban lo más mínimo con su idealizada imagen de los hijos de la tierra de Alemania.[4] Había además dificultades prácticas: en una ciudad en la que ya se habían perdido cientos de miles de hogares, y donde el suministro de alimentos era incierto, ¿cómo iban a encontrar acomodo todavía más personas desesperadas y desamparadas? Los abarrotados refugios apenas bastaban para acoger a la población ya existente.

Todos los berlineses eran profundamente conscientes de la alargada sombra que se iba cerniendo sobre ellos; de que solo a unos pocos kilómetros de distancia, los teléfonos de los hogares alemanes de algunas localidades pequeñas estaban siendo burlonamente contestados por extraños que hablaban ruso,[5] y que la escapada resultaba cada día más inconcebible. ¿Cómo iban a lidiar

con la incesante ansiedad aquellos extenuados ciudadanos berlineses, cuando las alarmas antiaéreas empezaban a sonar en pleno día y los trabajadores de las fábricas, como la joven de dieciséis años Gerda Kernchen, corrían hacia la entrada de hormigón de la torre de defensa del parque Humboldthain, abriéndose paso a empellones entre docenas de otras chicas como ella? Su miedo no era infundado. Faltaban solo unos días para que descargara la tormenta. A unos ochenta kilómetros al este de la ciudad, un enorme e implacable contingente soviético bajo el mando de mariscal Georgy Zhukov iba congregándose diaria, pacientemente, a lo largo y detrás de un extenso horizonte, cerca de una altiplanicie llamada los Altos de Seelow, las «Puertas de Berlín». Los «altos» no llegaban a ser montañas; se trataba de un área de páramo arenoso a unos cuarenta y cinco metros sobre el nivel de las orillas del río Óder, pero las pendientes a cada lado de la cresta eran empinadas, y el terreno que tenían delante se volvió cenagoso al quedar inundado por las lluvias. No obstante, las extraordinariamente numerosas fuerzas del Ejército Rojo que iban reuniéndose en esta región —a lo largo de miles de tiendas de campaña y refugios subterráneos— tenían sus ojos fijamente puestos más allá de estos obstáculos topográficos aparentemente insignificantes, y sus mandos se encargaban de que estuvieran atendidas: había abundancia de té caliente concentrado (además de ríos de alcohol corriendo de forma extraoficial) e «instructores sanitarios» a mano para examinar las heridas y aconsejar sobre su tratamiento.[6] Finalmente, en esta última etapa, por fin contaron —tras largos cortes e interrupciones— con la ayuda de unas líneas de suministro constantes. «Nos aseguramos bien de que los soldados no carecieran de municiones, combustible o comida», escribió Zhukov.[7]

A la inversa, al mando del general Gotthard Heinrici, más de cien mil soldados alemanes —a menudo jóvenes y completamente inexpertos— iban reuniéndose en las líneas defensivas sin poder apoyarse en ninguna certidumbre. Muchos de ellos solo sabían de oídas, a través de algunas informaciones y rumores, cómo iba la guerra en el frente del este, y el efecto que había causado en el este

de Europa. Muchos solo habían prestado servicio en Francia u otros escenarios europeos. Así que en algunos casos sus preparativos para enfrentarse a este enemigo tan distinto no eran tanto físicos como espirituales. En otro lugar, a unos ciento treinta kilómetros al sudoeste de la ciudad, el Noveno Ejército de Estados Unidos había llegado a las orillas del Elba, cerca de Magdeburgo, tras un fantástico avance. Entre parte del personal estadounidense todavía existía la ávida esperanza de que les permitieran avanzar con rapidez a través de Berlín. En pocos días este permiso sería denegado.

Para muchos berlineses, la cuestión de qué fuerzas llegarían primero a la ciudad iba más allá de una mera especulación: revestía una poderosa carga de miedo. Por las noches podían oírse —o imaginarse— en la distancia los terribles cañones soviéticos. Gerda Kernchen no había conocido otro Gobierno que el de Adolf Hitler. ¿Cómo se enfrentaba a la desaparición cotidiana de una existencia ordenada? Por el día, cosía uniformes en una fábrica de ropa que antes había sido proveedora de los populares almacenes Peek y Cloppenburg. El trabajo era agradable (o, al menos, así le iría resultando una vez iba dominando el manejo de la maquinaria; al presentarse voluntaria unos dos años antes, Gerda había exagerado un poco ante las autoridades sobre su experiencia en el ramo).[8] El invierno anterior, su supervisor se había dado cuenta de que no tenía un abrigo, y discretamente le había dado permiso a Gerda para coger algo de tela de la que se utilizaba para hacer los uniformes de marina y hacerse uno. En general, pese a la interrupción de su escolarización, el trabajo en la fábrica le había proporcionado la satisfacción de contribuir de forma tangible a los esfuerzos de guerra. Su hermano mayor, Heinz, estaba en la Wehrmacht, destinado en el frente del este. Él le había comentado a su hermana, con estudiada despreocupación, que prefería tener la oportunidad de luchar activamente contra el enemigo a esperar pasivamente en Berlín hasta que el enemigo llegara y le bombardeara.[9]

Lo que Heinz tal vez no sabía era que las autoridades de Berlín no tenían ninguna intención de dejar a sus ciudadanos permanecer pasivos. Para Gerda, el horario de los últimos dieciocho meses había

estado prácticamente programado por los bombardeos de los aliados. Cada noche, cuando estaba en casa con sus padres, en el barrio de Wittenau, había que hacer una excursión al búnker local, que estaba equipado con literas, bancos, una cocina y retretes. La adolescente compadecía un poco a las familias que habían tenido que acostumbrarse a vivir de modo permanente en aquella penumbra de hormigón, ya fuera porque las bombas de la RAF habían destrozado sus casas o simplemente por el temor pertinaz e incesante a ser el próximo blanco del bombardeo.[10] Las noches pasaban intentando dormir, aunque fuera de forma intermitente, entre los inquietos vecinos que no paraban de moverse; por la mañana iba a ver si su casa había resultado impactada por las bombas; luego, a fichar a la fábrica textil y, en cualquier momento, las sirenas y la mecánica carrera hacia el búnker más cercano al trabajo. La torre antiaérea del Humboldthain, destinada a cobijar a miles de personas, podía algunos días superar esa cifra en varios centenares más, muchos de los cuales sufrían heridas espantosas y gritaban de dolor en aquella inquietante oscuridad teñida de luz azulada.

A trece kilómetros, en dirección sudoeste, en una pequeña localidad lacustre llamada Werder, se encontraba una técnica de imagen y sonido que había llegado allí en su elegante yate, bajando por el río Havel hasta el lago Grosser Zernsee. Unos días después, Marion Keller asistiría como testigo de excepción a las cambiantes mareas de la historia.[11] El yate había sido el refugio de Keller y de su esposo desde que su piso de Berlín fuera bombardeado. Pero, además de eso, para sus amigos y colaboradores, esta embarcación de seis camarotes constituía un lugar muy valioso, ya que en él podían manifestar sus opiniones discrepantes lejos de oídos hostiles. El marido de frau Keller, Kurt Maetzig, tenía algunos antepasados judíos en su familia; solo su trabajo había servido para protegerle. La pareja era instintiva y apasionadamente antinazi, como muchos de los miembros de su círculo. Hasta algunos de los que llevaban

insignias del partido, solo eran «marrones» (es decir, nazis) de puertas para afuera. El barco «había sido un refugio para nuevos y viejos amigos» en aquel abril de 1945; algunos fugitivos no huían de las bombas ni del Ejército Rojo, sino de una renaciente y vengativa Gestapo que castigaba con la muerte a cualquier sospechoso de dañar la moral. Todavía se seguía deteniendo y torturando a ciudadanos. La propia frau Keller recordaba que, para algunos, ella era subliminal objeto de sospecha; su linaje familiar, que según ella se remontaba a Carlomagno, unido a su pelo intensamente pelirrojo, en otros tiempos podía haberle llevado a ser «perseguida por bruja».[12]

Una combinación de negligencia y de favores concedidos años atrás hizo que tanto ella como su marido y dos ayudantes técnicos todavía fueran considerados en aquel momento como trabajadores clave; ella pertenecía a un «nicho profesional oficialmente reconocido», como recordaría después.[13] En Werder, frau Keller y su equipo habían establecido «nuestro propio laboratorio de investigación en tecnología de radio y sonido», un «minioperativo» que formaban solamente ella, sus ayudantes y un «lavavasos» para ocuparse del equipamiento químico necesario para el procesamiento fílmico, y que se ubicaba a suficiente distancia de la vulnerable ciudad.[14] Instalaron el laboratorio en una fábrica de cerveza que estaba en parte en desuso; una histórica construcción de grueso ladrillo oscuro, con una impresionante vista sobre los lagos y los bosques que jalonaban el camino a Berlín, a la que se llegaba a través de una imponente escalera exterior sobre la pendiente de la colina. El improvisado laboratorio se encontraba en lo que antes había sido el ruidoso salón de la cervecería. «Nuestro equipo de laboratorio estaba sobre las antiguas mesas del bar». A ellos se les unió el propietario y algunos trabajadores de una fábrica de mermeladas que ocupaba edificios vecinos; frau Keller conocía al dueño, que en aquel momento tenía empleados a alrededor de un centenar de «trabajadores extranjeros», básicamente mujeres jóvenes procedentes de Rusia y Polonia. Pero «casi nadie pensaba ya en el trabajo».[15] Todos eran conscientes —especialmente los

trabajadores forzados extranjeros— de que el Ejército Rojo se iba acercando «formando un amplio arco» y pronto envolvería la ciudad «como una argolla de hierro».

En Werder, la información escrita no era fácil de conseguir; pero todavía quedaba la radio. Las emisiones de radio oficiales, con su encendida retórica, cada vez resultaban más alejadas de la realidad a los oídos de frau Keller y sus colaboradores. Estaba estrictamente prohibido sintonizar emisoras y frecuencias de radio aliadas, y el peligro de ser denunciado por ello era todavía alto, por lo que el equipo tenía que poner una manta de lana sobre el receptor de radio y bajar el volumen, para poder escuchar las últimas noticias. Frau Keller recordaba que, a mediados de abril, el sentimiento entre sus colaboradores era de «ambivalencia»; todos reconocían que la única forma de «librarse de Hitler» era «perdiendo la guerra». Pero también sabían que esto acarrearía a su vez graves repercusiones; que «iba a llegar un final terrible para todo y para todos».[16] Era imposible imaginar un futuro más allá del régimen nazi; este nihilismo cultural generalizado había llegado a nublar la vista incluso de los que anhelaban una vuelta a la estabilidad, la cordura y la amabilidad.

Pese a estos estragos, la música todavía podía seguir escuchándose en la ciudad anochecida. Aquel 12 de abril, la emisora central de radio de la capital fue escenario de una alegre actuación de la banda de jazz autorizada por los nazis, Charlie y su Orquesta, interpretando temas románticos populares. Los jóvenes de Berlín todavía seguían escuchando discos, aunque fueran de un swing de imitación. Brigitte Eicke, de dieciocho años, tenía gustos ligeramente más elevados: a partir de 1943, cuando fue con la Liga de las Muchachas Alemanas a ver una representación de *Madame Butterfly*, ya había desarrollado un buen oído para la ópera.[17] Frau Eicke vivía con su madre en la zona noreste de la ciudad, un barrio de clase trabajadora llamado Prenzlauer Berg. Su padre, que en su día había sido criador de cerdos, había muerto en 1939. En aquel momento, la adolescente, que había estudiado taquigrafía con gran aplicación, se

encontraba trabajando en las oficinas de una empresa llamada Koster.[18]

La vida durante aquellos últimos meses había estado marcada por el miedo a las sirenas nocturnas y el alivio de poder saludar a los vecinos supervivientes a la mañana siguiente; sin embargo, aunque el paisaje de la ciudad de su infancia estaba siendo violentamente deconstruido a su alrededor, y la probabilidad de que una de aquellas bombas incendiarias acabara con su vida era alta, frau Eicke seguía aferrada a algunas rutinas de su normalidad cotidiana. Había empezado a fumar, pese al irregular suministro de tabaco, omnipresente en todas las películas que ella miraba embelesada. En las oficinas Koster, su jefe siempre parecía tener acceso al suministro de cigarrillos. Él era también —pese a la velocidad con que la capital se iba hundiendo cada vez más en la ruina— inusual y vehementemente optimista en un momento en el que tantos otros berlineses de a pie estaban temerosos. Decía confiar en que Heini —Heinrich Himmler— planeaba dar un sorprendente cambio de rumbo que ahuyentaría a las fuerzas soviéticas.[19]

Todavía quedaban también algunos intérpretes de música clásica en Berlín, preparando diligentemente un nuevo repertorio. Aquella tarde de abril, bajo un frío y acerado cielo, podían oírse, procedentes del auditorio de conciertos Beethoven Salle, fragmentos de sinfonías épicas que la Orquesta Filarmónica de la ciudad estaba ensayando para la representación que aquella noche iba a hacer ante la jerarquía nazi, por encargo de Albert Speer, el ministro de Armamento. Que los músicos todavía permanecieran en aquella ciudad en ruinas no dejaba de resultar sorprendente. A raíz de que la propia sala de esta orquesta fue bombardeada y reducida a cascotes en enero de 1944, esta se había reubicado en el Teatro de la Ópera de la ciudad, que a su vez fue destruido y consumido por el fuego en febrero de 1945; sus lujosos palcos, sus asientos de terciopelo fueron rápidamente pasto de las llamas. El director de la Filarmónica, Wilhelm Furtwängler, había abandonado la ciudad algunas semanas antes; y a los músicos se les había ofrecido la oportunidad de irse al sur, a Bayreuth, sede del festival Wagner,

donde al menos, si el Reich caía, se encontrarían ante vencedores americanos. Sin embargo, estos intérpretes habían preferido quedarse en Berlín.

El concierto que Speer había organizado estuvo cargado de patetismo, aunque es sumamente improbable que el superficial e irreflexivo Speer fuera consciente de ello. El programa presentaba como pieza central el aria final de Brunilda en la ópera *Götterdämmerung* (*El ocaso de los dioses*), de Wagner, en la que, de pie junto a la pira de Sigfrido, clama a los dioses que prendan fuego al Valhalla. Luego, cuando la pira arde, Brunilda sube a su montura y cabalga directamente hacia el infierno. El público, formado por «faisanes dorados» —altos cargos del partido— y sus amigos y familiares, escuchaba en la penumbra. La única iluminación era la de los atriles de los músicos. No había calefacción en la sala, por lo que todos estaban con el abrigo puesto.

Hubo varias piezas más, entre las que destacaba la del compositor vivo más importante de toda Alemania. La elección del *Tod und Verklärung* (*Muerte y transfiguración*) de Richard Strauss por parte de Speer también resultaba un tanto lúgubre y ridícula. Esta pieza musical trata de un artista moribundo y sus tormentos y éxtasis finales. «¿Es esto —habla, alma— es esto la muerte?». Las relaciones del propio Strauss con los nazis habían sido extremadamente complicadas; su nuera era judía y, durante años, él había tenido que andarse con mucho cuidado de no enfurecer al régimen para mantenerla a salvo a ella y a su familia. E, irónicamente, mientras la Filarmónica de Berlín interpretaba esta obra para Speer y todos aquellos nazis, Strauss se encontraba en su finca de Baviera, donde aquel mismo día acababa de terminar otra composición, titulada *Metamorphosen,* en la que había vertido sobre el papel todo el odio que le tenía a Hitler. «El periodo más terrible de la historia de la humanidad está llegando a su fin —añadiría Strauss pocas semanas más tarde tras finalizar esta partitura—, el reinado de doce años de bestialidad, ignorancia y anticultura bajo los mayores criminales».[20]

El 12 de abril, Strauss era capaz de ver lo que Hitler, ni siquiera entonces, podía. Se dice que mientras los violinistas de la Filarmónica cogían sus arcos aquella noche, entre el público pasaron muchachos de las Juventudes Hitlerianas con cestas llenas de cápsulas de cianuro para quien las quisiera. La imagen resulta demasiado gótica para ser verdad. Y, sin embargo, la muerte había estado en el centro del culto nazi desde el principio. Cuando el concierto acabó, y la tenue iluminación se apagó del todo, Speer volvió a la Cancillería del Reich, a aquellos pasillos sombríos y cada vez más fétidos del búnker, y se dirigió directamente al apartamento privado de Hitler, donde encontró al taciturno Führer alarmantemente transfigurado y electrizado por la euforia. Por fin Hitler había visto realizado el milagro tan deseado por él, el golpe que haría su victoria cierta y posible. ¡El presidente Roosevelt había muerto!

11
EL CIELO AULLADOR

Para los que habían perdido la fe en la cuasirreligión en la que se les había formado —con la esvástica como tótem y las hogueras en el bosque como eucaristía—, ¿cómo iba a ser posible dormir en los fríos refugios de las colinas de Seelow? Tiendas, lonas, hojas podridas, el barro y la hierba húmedos y fríos, la luz reducida a un mínimo resplandor… Aquellos que se encontraban en esa meseta que se atrevían a imaginar qué sería de ellos, con los ojos fijos en las ramas húmedas y desnudas, debían de temer que aquella sería su última noche en el mundo. Y para muchos, así sería. Incluso ocho décadas después, sus cadáveres perdidos seguirían siendo periódicamente descubiertos y sus huesos sacados de aquella tierra ensangrentada.

Entre aquellas decenas de miles de jóvenes soldados alemanes acampados en la oscuridad, cabizbajos y en silencio, había un muy reducido número que seguía aferrado a la religión anterior, aquella que los nazis —con envidia— se habían esforzado en asfixiar: la Wehrmacht continuaba teniendo capellanes. Eran pocos, pero hasta los reclutas más jóvenes acudían a estos pastores «germano-cristianos» en busca de consuelo.[1] En noches como aquella, a la espera de que de un momento a otro se desatara el bramido y el infierno de un enemigo imparable, era cuando, para algunos, se hacían más necesarias las oraciones e incluso los cánticos entonados en voz baja. Los capellanes de la Wehrmacht no eran compasivos con todos; la suya era una rama del protestantismo tan fervientemente antisemita como la del alto mando nazi. Habían trabajado duro, desde el inicio del Tercer Reich, para eliminar

cualquier eco de judaísmo de la enseñanza de la Biblia: esto significaba que el Antiguo Testamento era completamente ignorado, e incluso términos como «hossana» o «aleluya» eran rechazados por semíticos.[2] En cambio, los soldados podían pedir un ejemplar del Nuevo Testamento (en 1945, incluso estos eran ya difíciles de encontrar, dado que los nazis habían decretado dos años antes que dejaran de imprimirse, aduciendo escasez de papel). Los cánticos religiosos habían sido reescritos. El de «Oh, Señor, alabamos tu nombre» tenía una nueva estrofa al final que decía: «Sea siempre nuestro lema: ¡lealtad al Führer, al pueblo y al Reich!».[3] No podía mencionarse el nombre de Cristo sin —de alguna manera— mencionar también a Hitler. Pero lo que la iglesia seguía ofreciendo —y los nazis nunca podrían ofrecer— era la perspectiva del Cielo y una vida más allá. Los capellanes de la Wehrmacht, que habían acompañado a los ejércitos en el este y habían visto los osarios que habían generado, interpretaban a su manera por qué Dios estaría al final de su lado y perdonaría a los soldados de a pie: esta era una guerra que se estaba librando no solo contra el pueblo judío que había querido matar a Cristo —bajo su punto de vista, el judaísmo sería destruido por la cruz—, sino también contra los ateos bolcheviques.[4] Sin embargo, si bien quedaba una pequeña minoría entre las tropas alemanas que acudían a los pastores en busca de consuelo y comunión, para la mayoría de los jóvenes soldados, adoctrinados en las creencias y pasiones forjadas en las hogueras de las Juventudes Hitlerianas, quedaban pocas certidumbres. Sus mandos también parecían haber perdido toda fe en que la victoria fuera aún posible.

El general de cincuenta y ocho años que dirigía sus destinos —un devoto luterano descendiente de teólogos— había visto cómo se derrumbaban sus propias convicciones en esta materia en los últimos días; Heinrici había comprendido por fin que el Führer por el que tanto había luchado era entonces una encogida efigie que habitaba un fantasmagórico mundo, perdido en la selva de sus propias creencias paganas. En aquel momento, los soldados alemanes congregados para enfrentarse al Ejército Rojo iban a

descubrir pronto los límites de su propia fe y experiencia. Muchos de ellos apenas habían cumplido dieciséis años. Sobre ellos, el cielo era una manta de nubes plomizas. La llovizna empañaba su visibilidad con un halo espectral. Horas antes de las primeras luces del amanecer del 16 de abril, debieron de sentirse invadidos por un nauseabundo temor. Sabían que, en la distancia, el Ejército Rojo llevaba varias semanas congregándose, estableciendo cabezas de puente sobre el río Óder, acumulando artillería y material de guerra. Pese a que había habido una interrupción —en otros puntos, las fuerzas del Ejército Rojo se centraron en asegurar Pomerania—, los alemanes eran profundamente conscientes de la presencia acechante de estos ejércitos en los campos, bosques y aldeas. Lo que muchos de estos hombres no podrían haber imaginado nunca era hasta qué punto aquella fuerza les superaba en número. Extendidos por aquella ancha llanura, y ocupando varios kilómetros, había en aquel momento cerca de un millón y medio de soldados soviéticos.

El Grupo de Ejércitos del Vístula —el estandarte bajo el que se encontraban los defensores de Berlín— se había ido formando con soldados procedentes de otros escenarios de guerra de todo el país. El cuestionamiento abierto del régimen y de sus decisiones resultaba letal: una bala traspasando la parte de atrás del cráneo, sin mediar prácticamente ningún procedimiento judicial. Pero las SS no podían penetrar en el corazón de los hombres. Salvo en su extremo más septentrional, no quedaba ni un rincón de Alemania en el que cupiera prever otra cosa que el inexorable avance de los aliados. Aquí, en lo que se denominaba las «Puertas de Berlín», era donde iba a producirse la batalla que precipitaría el colapso final. Sería uno de los enfrentamientos armados más grandes de toda la historia. El número de cadáveres de ambos bandos fue abrumadoramente alto. Y sin embargo —como en tantas batallas salvajes—, el paisaje que iba a acoger tanta sangre y tantos cuerpos sin vida era en sí muy agradable.

Seelow, en concreto, era una localidad pequeña y señorial situada sobre el río Óder. Las fuerzas de defensa alemanas congregadas en sus alrededores apenas tenían una idea aproximada de los inmensos

ejércitos que iban reuniéndose a pocos kilómetros hacia el este, cerca de la aldea de Reitwein, en otra loma en la que Zhukov establecería su puesto de mando. La delicadeza doméstica y miniaturista de las pequeñas aldeas y asentamientos de esta zona (que ocupaba muchos kilómetros de norte a sur) se veía en ese momento subsumida bajo poblaciones enteras de hombres y mujeres soviéticos. Antes incluso de comenzar la batalla, ya no había silencio; era imposible. Las incontables e inconcebibles multitudes, las máquinas y caballos, el movimiento incesante, todo ello generaba un distante efecto sonoro similar al de las olas de un océano que iba aproximándose. Por las noches, entre las fuerzas del Ejército Rojo, algunos se arrancaban con bailes tradicionales. La proximidad a Berlín infundía confianza y euforia. El mariscal Zhukov se había ocupado de que cada hombre y cada mujer recibiera un panfleto en el que se les exhortaba a realizar el gran esfuerzo final. «El enemigo caerá aplastado a lo largo de la ruta más corta a Berlín —decía—. La capital de la fascista Alemania será conquistada y en ella se plantará la bandera de la victoria».[5]

El general cuya responsabilidad era detener esta tremenda marea era, contra lo habitual, muy realista. Heinrici había prestado servicio en muchos escenarios bélicos y siempre había simpatizado en general con los objetivos políticos y también militares del régimen nazi. Más adelante sugeriría que el único aspecto de todo esto que odiaba y al que era contrario era el antisemitismo asesino. (Una proclamación por otra parte bastante habitual en la posguerra entre muchos ex altos cargos). En aquel momento sus ojos estaban firmemente puestos en la aterradora realidad. Había hablado de esto con el ministro de Armamento, Albert Speer. No había posibilidad, pensaba, de mantener Berlín; si el Ejército Rojo rompía las líneas defensivas y entraba en la ciudad, todo habría acabado. Heinrici se había opuesto con bastante fuerza al plan de que la Wehrmacht hiciera explotar todos los puentes de Berlín para impedir el paso a las fuerzas de Stalin. Le asombraba la suicida inutilidad de la idea. Heinrici quería que al menos algunas carreteras y vías de ferrocarril

quedaran operativas para que los civiles tuviesen aunque fuera una mínima posibilidad de escape.

Los ejércitos bielorruso y ucraniano, reunidos bajo el mando del mariscal Zhukov en el frente de Óder-Neisse, eran claves para el futuro. Si no podían ser derrotados antes de llegar a la ciudad, lo más seguro era que tampoco pudieran serlo una vez dentro de sus límites, mientras avanzaban por la carretera nacional de la Reichsstrasse 1 y por otras rutas de entrada. Y, con el fin de Berlín, llegaría el fin del Tercer Reich. Lo que, con ninguna cordura, se decía en el interior del búnker de que la resistencia continuaría en el norte de Alemania incluso después de la caída de Berlín era más que inútil. La presión era tremenda por ambas partes; Stalin le había dicho a Zhukov que era vital que los hombres y mujeres bajo su mando conquistaran la capital antes del 22 de abril; la fecha coincidía con la del cumpleaños de Lenin, y revestía por tanto un carácter sagrado dentro de la laicidad. Se había entablado una competición entre él y el mariscal Konev y sus fuerzas, que se aproximaban a Berlín por el sur, envolviéndola poco a poco como en un abrazo. Zhukov había sido clave en la defensa de Stalingrado; en palabras de Macbeth, estaba «saciado de horrores». Y en ese momento, se encontraba allí, en aquella húmeda llanura cruzada por varios ríos y sus afluentes, una zona en la que hasta la más pequeña localidad había quedado reducida a escombros, tratando de evaluar a un enemigo incognoscible. Que los nazis serían derrotados parecía obvio, pero su defensa todavía mantenía una furia y una garra salvajes. Los jefes de la Wehrmacht eran profundamente conscientes de las atrocidades que ellos habían infligido al pueblo soviético durante los cuatro años anteriores; no tenían duda de que la misma carnicería despiadada se cernía entonces sobre ellos. Y todavía quedaban mentes con grandes dotes tácticas entre las filas alemanas.

Frente a la escarpadura de Seelow, se habían colocado minas y construido trincheras antitanque. Hasta arriba de las pendientes de los altos se había transportado artillería, apuntando a la llanura de abajo. Aparte de todo esto, había una línea de defensa extra: más obstáculos antitanque, diseñados para ralentizar su movimiento hasta casi detenerlos. Los miles de alemanes llevados hasta la zona

—entre ellos muchos reclutados entre la Luftwaffe y la Kriegsmarine, sin ninguna experiencia— no se hallaban posicionados de forma permanente en los altos, sino aproximadamente un kilómetro y medio más abajo de las pendientes opuestas, en zonas de bosque. La razón para ello era que Heinrici sabía qué forma iba a adoptar el ataque soviético. Tenía que haber cierta distancia, o el fuego de artillería dejaría a sus fuerzas reducidas a un montón de sangre y huesos en los primeros minutos.

Una silenciosa acción preliminar de sabotaje ya se había saldado con bastante éxito: los canales y vías navegables, así como un embalse, que rodeaban y abastecían a aquellos fértiles terrenos agrícolas habían sido cortados, desviados y abiertos, junto con otros suministros de agua locales; como consecuencia, el suelo se saturó de agua y aquellos extensos y llanos campos se convirtieron en marismas por las que era imposible andar sin que los pies se hundieran en el fango. Por otro lado, las posiciones que las fuerzas alemanas habían tomado en la escarpadura boscosa, sobre los campos y los ríos, les ofrecía cierta ventaja medieval, gracias a la cual, el Ejército Rojo y sus tanques tendrían que enfrentarse al doble obstáculo de la inundación y la gravedad.

Para muchos de los adolescentes que vestían aquellos uniformes de tallas diferentes a las suyas y esperaban acurrucados en sus trincheras excavadas entre los árboles el inminente enfrentamiento con el Ejército Rojo, aquel era su primer contacto con la guerra. Heinrici y otros habían discutido con cierto enojo con el Alto Mando sobre el uso de los chicos; sacrificar a niños les parecía algo obsceno. Algunos de estos muchachos —lectores asiduos de las novelas de aventuras de Karl May— posiblemente se hubieran rebelado contra la idea de que eran demasiado jóvenes para esta acción patriótica. Pero los más sensatos y espabilados de ellos seguramente sí se habrían imaginado el escenario de un Ejército Rojo imparable, y el corazón se les aceleraría ante la idea. Si alguno de ellos consiguió quedarse dormido en algún momento de aquella noche, sus sueños debieron de ser breves, ya que los soviéticos lanzaron su ataque a las 3.05 a. m., en medio de la oscuridad.

En el cielo aún negro empezó a sonar el eco de miles de aullidos aterradores. Las explosiones, de un naranja encendido, llegaban fracciones de segundo después, veloz y aleatoriamente, arrancando árboles de cuajo y haciendo saltar por los aires los cuerpos en torno a ellos. Contra el fondo de la atmósfera oscura, brillaban lo que parecían luminosas estelas de meteoritos; y con ellas, llegaban más aullidos, un sonido que no podía compararse con ningún otro de la naturaleza. Eran los *katiushas*, el apelativo coloquial soviético (diminutivo cariñoso de Yekaterina, el nombre ruso equivalente a Catalina) para los cohetes que iban montados en plataformas de camionetas. Su nivel de precisión era pésimo, pero su finalidad no era esa; cuando se disparaba un gran número de ellos, podían convertir el mundo en una confusa y paralizante anarquía. Los efectos de sus explosiones hacían temblar incluso refugios situados a bastante distancia; el soldado alemán Friedhelm Schöneck recordaba la desagradable sensación de sentir la tierra ondular bajo el incesante bombardeo, «como si estuvieras en la cubierta de un barco en medio de una galerna de fuerza 10». «Un ruido ensordecedor llena el aire —escribió—. Comparado con todo lo que he vivido antes, esto no es una lluvia de fuego, es un huracán que arrasa todo lo que hay por encima, enfrente o detrás de nosotros. El cielo se vuelve de un rojo brillante, como si fuera a explotar. El suelo se tambalea, tiembla y se balancea».[6] El chillido de los misiles no cesaba, y cuando detonaban sobre suelo muy húmedo o entre árboles y hojas caídas, la mera fuerza de la embestida empezaba a propagarse por el terreno, y su eco seguía vibrando en el aire de la madrugada. En Berlín, tanto los ciudadanos como los militares se despertaron con el ruido de lo que en un principio parecía una tormenta que se iba aproximando, con el retumbar sordo de las explosiones atravesando la noche.[7] En las localidades pequeñas cercanas a Berlín, esta extraña tormenta empezó a producir efectos paranormales; los cuadros y los espejos empezaron a tambalearse en las paredes; el timbre de los teléfonos de las casas empezó a tintinear. Ya despiertos, en medio de la oscuridad, la gente de estos

pueblos y aldeas se dio cuenta de que aquello era el comienzo de la batalla, pero no obstante aquel incesante y solemne retumbar contra sus ya bastante acelerados corazones debió de tener algo de atávico.

El ataque inicial se había anticipado —aunque los *katiushas* generaron un torbellino de confusión, la inmensa mayoría de las defensas alemanas se habían retraído un poco para quedar fuera de su alcance—, pero aquello fue meramente un preludio. «Nuestros hombres […] se están dando cuenta de que una fase nueva de esta gigantesca guerra, y una de sus pruebas más difíciles, ha empezado», escribió el corresponsal alemán Lutz Koch. Esto era, decía, «el huracán de la artillería rusa».[8] A esto le seguiría un arma soviética que parecía directamente sacada de la imaginación de Fritz Lang y Albert Speer: la luz proyectada. Utilizando 143 enormes reflectores de luz instalados en torno a la llanura, el Ejército Rojo volvió estos intensos haces de luz hacia los Altos de Seelow y a la artillería alemana situada en la escarpadura. Esta proyección de luz pretendía localizar los objetivos enemigos con una exactitud que hiciera más fácil situarlos en el punto de mira, a la vez que la luz cegadora transmitía un poder y una superioridad calculados para inducir el pánico a los que quedaban bajo su implacable resplandor. «La potencia de más de cien mil millones de bujías iluminaba el campo de batalla», escribió Zhukov algunos años más tarde, todavía impactado.[9] «Era una vista fascinante e impresionante a la vez, y nunca antes en mi vida había sentido nada parecido a lo que sentí entonces».[10] El resplandor alcanzaba hasta lo más alto del cielo. El teniente coronel Pavel Troyanovsky lo describió como «mil soles juntos».[11]

En circunstancias normales, la estrategia podía haber surtido efecto, pero las condiciones aquella noche estaban lejos de serlo. Debido a las nubes y la neblina, y al polvo lanzado al aire a gran altura por las explosiones, estos intensos focos parecían estar atrapados, envueltos por una fina capa nebulosa, que producía una especie de efecto Brocken en torno a los que proyectaban la luz. Al igual que los escaladores de montaña, iluminados por la neblinosa

capa helada del sol a sus espaldas, a veces creen ver figuras fantasmagóricas o espectrales —la ilusión óptica creada por sus propias sombras proyectadas—, las fuerzas del Ejército Rojo comenzaron, bajo aquella luz desconcertante, a percibir sus propias siluetas en la oscuridad de aquella nublada mañana. Los grandes haces de luz que pretendían dejar paralizado al enemigo rebotaban, traicionando a los que los proyectaban y convirtiéndolos en objetivos fácilmente identificables. El 8.º Ejército de la Guardia soviético había comenzado su avance hacia los altos a las cuatro de la madrugada, cuando cesó la descarga inicial, pero la intensa luz y la niebla, junto con el hecho de que tanto los vehículos pesados como el personal del transporte blindado estaban viéndose ralentizados hasta llegar a detenerse casi por completo debido al estado cenagoso del terreno, condujeron a un desastre que nadie había previsto. Los alemanes fueron capaces de desplegar una seria defensa ante la cual los que iban caminando trabajosamente por la tierra empantanada no tenían nada que hacer. El aire rugía con la artillería alemana, y muy pronto las bajas soviéticas entre los que trataban de alcanzar los altos llegaron a una cifra espantosa y la sangre empezó a correr por el barro viscoso. Lo que empeoró aún más las cosas para Zhukov fue la concentración de sus fuerzas en aquel espacio completamente abierto; mientras Konev avanzaba con sus propias fuerzas desde el sur, Zhukov, que había estado convencido de que conseguiría tomar los altos en un solo día, se vio obligado a informar a Stalin de que iba a retrasarse. Stalin le preguntó, en un tono de voz bajo, si esperaba lograrlo al día siguiente. Zhukov, queriendo tranquilizarle, le dijo que así sería, y que resultaría más fácil «aplastar a las tropas enemigas en un campo de batalla abierto que en una ciudad fortificada». Stalin concluyó la conversación con un seco «Adiós».[12]

Para el general Heinrici, este fue el último día en el que el régimen pudo imaginar —aunque fuera solo en un sentido abstracto— que la Wehrmarcht tenía alguna oportunidad de conseguir frenar al Ejército Rojo; el último día en que pudo desplegar eficazmente cierta habilidad y experiencia, causando daño a un adversario de otro modo absolutamente imbatible. Él no tenía ninguna duda de que,

pese a esa resistencia, los soviéticos se abrirían paso en cuestión de horas. Así se lo había dicho en confianza a Albert Speer, que aquella mañana había sido conducido a un punto elevado no muy lejos de los Altos de Seelow para mostrarle lo que él creía sería el inevitable avance del Ejército Rojo. Pero lo único que se podía ver, sin embargo, era una densa neblina. Speer se retiró al «paraíso animal de Goering, los solitarios bosques de Schorfheide».[13] Los bosques estaban llenos de ciervos y jabalíes que pululaban libremente por allí y durante siglos habían sido terreno de caza. Entre los árboles, los lagos y el suelo cenagoso, Speer «dio permiso a su escolta para irse», y se sentó sobre el tocón de un árbol a escribir un discurso.[14] Pocos días antes, había intentado resistirse a las órdenes de su Führer de llevar a cabo una estrategia de destrucción de «tierra quemada» de las infraestructuras de Berlín, pero su discurso original había sido censurado por Hitler. En ese momento se dispuso a recomponerlo, como afirmaría más tarde, yendo aún más allá: este discurso, como ministro del Reich, no solo iba a prohibir explícitamente la voladura de puentes y fábricas, vías férreas y canales, como Heinrici también había defendido: iba a prohibir, además, la «actividad de los "hombres lobo"», esto es, el intento de algunos nazis fanáticos de luchar hasta la muerte, incluso si ello acarreaba la destrucción de todo lo que les rodeaba. Por otra parte, proclamaba su intención de ordenar que todos los prisioneros —judíos y políticos— debían ser entregados a las fuerzas que acabaran ocupando el territorio. Sentado en aquel silencioso bosque, Speer expresó también una fe «inquebrantable» en el «futuro de nuestra nación».[15] Más avanzado aquel mismo día, estuvo deliberando con el general Heinrici, que estaba patrullando los altos. Speer creía que podría dar este discurso desde una emisora de radio con suministro eléctrico garantizado, que se encontraba en Königs Wusterhausen; Heinrici le dijo que, por la noche, esa emisora estaría ya bajo el control de las fuerzas soviéticas. Quizá la mejor opción, aconsejó el general al arquitecto, sería grabar el discurso en un «disco fonográfico» y «que él la guardara».[16] Speer no sabía que Heinrici ya había hecho sus propios planes.

A muchas mujeres de Berlín, la sola idea de planear su supervivencia ya les parecía un lujo fuera de su alcance; entonces ya era casi imposible prever si contarían con la próxima rebanada de pan de centeno. Sin embargo, no se doblegaron; todo lo contrario. Aunque las defensas más exteriores de la ciudad ya empezaban a ir resquebrajándose y rompiéndose, un gran número de mujeres —desde trabajadoras de las fábricas hasta empleadas administrativas y madres con niños pequeños que salían de los refugios para ir a sus casas semiderruidas y luego volver— siguió demostrando un gran valor, capacidad de adaptación y resistencia. Ya no podía contarse con la electricidad, ni siquiera durante breves periodos, y la tarea de conseguir las cada vez más mermadas raciones —aunque los niños pequeños recibían una aportación calórica extra— implicaba aún hacer largas colas en las frías y peligrosas calles. En los postes de algunas farolas, los altavoces empezaron a emitir duros llamamientos sobre ser fieles al Reich y vigilar la traición. Muy pocas mujeres, como la periodista Ruth Andreas-Friedrich, seguían resistiéndose de forma activa (aunque invisiblemente) al régimen (ella y su pareja, el director de orquesta Leo Borchard, habían estado ayudando en secreto, y con gran valentía, a bastantes ciudadanos judíos del Berlín «clandestino»). Otras practicaban su propia forma de rebeldía mental: algunas mujeres de las líneas de producción de las fábricas de las afueras de la ciudad se declaraban abiertamente unas a otras que ya no sentían otra cosa que desprecio por la jerarquía nazi. Lo que subyacía a cada voz discrepante era un temor tácito más general. Las mujeres de Berlín habían sido traicionadas por los hombres; se suponía que los soldados y las SS tenían que haber contenido a las hordas, y habían fracasado clara y terriblemente. Por este motivo, numerosas mujeres acogieron con gran entusiasmo la idea de coger ellas mismas las armas. Pese a su vulnerabilidad, Berlín no carecía de armamento; las fábricas creadas en tiempo de guerra habían sido capaces de producir grandes cantidades de armas y lanzacohetes. Muchas mujeres habían recibido instrucción para utilizar los Panzerfausts.

Estos proyectiles antitanque —que podían dispararse de forma manual mediante un tubo que se apoyaba en el hombro— habían resultado de extraordinaria eficacia para la Wehrmacht; la idea de utilizarlos en las calles antes familiares y llenas de viviendas y tiendas parecía aceptarse como parte de una realidad que había cambiado. El Panzerfaust era un arma de un solo uso, que se cargaba con una bomba de carga hueca. Tenía un punto de mira, por lo que podía apuntar a un blanco a bastante distancia, y estaba diseñada de manera que el retroceso del explosivo disparado era escaso, lo que permitía ser empleado por aquellas figuras más menudas y delgadas sin empujarlas hacia atrás. Hay material filmado de una mujer elegantemente vestida, tocada con un bonito sombrero, apuntando y disparando el Panzerfaust, y consiguiendo que el blanco de entrenamiento explote satisfactoriamente. Era un arma que podían usar las madres. En la zona este de la ciudad, que había sufrido gravemente bajo las rutas aéreas de los aliados, los fragmentos de muros y los negros armazones de los edificios de viviendas bombardeados difícilmente podían recibir más daños por más Panzerfausts que se dispararan; y la idea de un arma que podía hacer arder un tanque a muchos debió de suponerles una especie de efímero consuelo.

Había muy pocas mujeres que —sabiendo que las escasas rutas para escapar de la ciudad iban cerrándose rápidamente— tuvieran la voluntad y los medios materiales para abandonar Berlín. La empleada de oficina Mechtild Evers —que se había decidido a hacerlo pocos días antes, cuando ella, su jefe y algunos colegas se valieron de la caja fuerte de la oficina para cobrarse el salario de tres meses—[17] seguía teniendo un destino muy concreto en mente: un puerto llamado Stralsund, a unos ciento sesenta kilómetros de distancia en dirección norte, donde ella sabía que su marido soldado estaba destacado, y de allí partir a la pequeña isla de Hiddensee, que en años anteriores a la guerra había sido muy popular entre los turistas bohemios de clase media. La perspectiva —la retama, la arena, el faro y el frío y transparente mar del Báltico un poco más allá— era el único tema de sus sueños.[18] A mediados de abril ya no

se podía coger ningún tren para salir de Berlín; la única posibilidad realista era caminar y hacer autostop. Muy poco después de abandonar las afueras de la ciudad, Evers tuvo que correr a cobijarse bajo un camión cuando un avión británico empezó a descender en picado. Ni siquiera en el campo abierto más allá de la ciudad podía uno estar ni mínimamente seguro: era una mujer sola en una carretera hostil. Pero no tenía intención de detenerse.[19]

Desde un punto de vista más amplio, uno de los principios ideológicos de los nazis —el de que las mujeres alemanas debían rechazar las ideas modernas sobre la igualdad y centrarse en la casa y los niños— quedó erradicado total y definitivamente. En todo caso, aquel principio nunca había llegado a arraigar mucho en Berlín; a partir de la década de 1930, la presencia de las mujeres en los trabajos administrativos fue afianzándose cada vez más; durante los años cuarenta, muchas de las mujeres de Berlín trabajaban en fábricas, en líneas de producción intensiva, supervisando el tipo de maquinaria avanzada que en años anteriores había sido competencia exclusiva de los hombres. Que empezaran también a utilizar explosivos fue una progresión natural.

Pero entre ellas había también niños; miembros de las Juventudes Hitlerianas y de la Liga de las Muchachas Alemanas a los que incorporaban a las defensas de la ciudad, sin aparente reparo ni escrúpulos por parte de las autoridades del partido. Hubo chicas adolescentes que se incorporaron al movimiento Werewolf. Heidi Koch recordaba un día en el que el miedo hizo más presa que nunca en ella. «Pasábamos gran parte del tiempo cavando zanjas, construyendo empalizadas con los escombros y volcando automóviles y tranvías —recordaba—. Había muchos miembros de las SS en la ciudad. Yo no paraba de hacerles preguntas, hasta que uno de ellos se volvió y me gritó: "¿Sabes qué pasará si llegan los rusos? Que probablemente te violarán y te matarán, ¿entiendes?"». [20]

Y, para los ciudadanos de Berlín, la radiodifusión pública emitía la enloquecida retórica del Führer en forma de «orden del día» que, a aquellas alturas, solo podía inspirar energía a los hombres lobo más

fieles. «Por última vez, el archienemigo judío bolchevique ha lanzado a sus masas al ataque —decía uno de los comunicados—. Su intención es pulverizar Alemania y exterminar a nuestro pueblo [...]. Los ancianos y los niños serán asesinados. Las mujeres y jóvenes doncellas serán vejadas como rameras de cuartel. Al resto lo enviarán a Siberia».[21] Entretanto, declaraba el Führer, «hay que hacer todo lo posible para construir una línea de frente fuerte [...]. El bolchevismo [...] debe desangrarse hasta la muerte frente a la capital del Reich alemán». Sin embargo, aquí también había palabras y llamamientos que Albert Speer y otros altos cargos nazis consideraban simple nihilismo suicida. La orden proseguía así:

> El que llegada esta hora no cumpla su deber es un traidor a su pueblo. El que dé orden de retirada [...] será arrestado de inmediato y, si es necesario, fusilado en el acto, con independencia de cuál sea su rango. Si en los próximos días y semanas cada soldado cumple con su deber, la última embestida de Asia se vendrá abajo, como también lo acabará haciendo el avance de nuestros enemigos del oeste. Berlín sigue siendo alemán. Europa nunca será rusa [...]. El bolchevismo ruso se ahogará en un mar de sangre.[22]

Y terminaba con una curiosa referencia a la muerte del presidente Roosevelt: «En este preciso momento en el que el destino se ha llevado del mundo al mayor criminal de guerra de todos los tiempos».[23] El atisbo de creencia en la posibilidad de que, de alguna manera, la muerte de Roosevelt pudiera precipitar cualquier tipo de derrumbamiento de la moral entre los aliados occidentales, evitando la de otro modo ineludible derrota alemana, todavía seguía existiendo. De los muchos autoengaños que corrían por los pasillos de cemento de aquel claustrofóbico búnker, este era de los más desconcertantes.

Cualquiera que saliera de aquel búnker en las horas siguientes y mirara otros muros de ladrillo de la ciudad seguramente vería pintadas con un singular mensaje: «Nein». La autora de este desafío al régimen era la periodista Ruth Andreas-Friedrich, que había salido por la noche con pintura, evitando con sigilo las figuras aún más oscuras que patrullaban las ennegrecidas calles.[24] En esta fase de aquella veloz caída en espiral, una sola palabra bastaba para ahorcar o fusilar a una mujer de mediana edad.

En Seelow, si bien las bajas soviéticas iniciales en aquella llanura inundada alcanzaron varias decenas de miles, no había posibilidad de que el avance del contingente mucho más numeroso que venía detrás pudiera resistirse durante mucho tiempo. El general Heinrici consultó con sus superiores mientras el sol iba abriéndose paso en el cielo nublado a la vez que las explosiones y el zumbido de los cohetes seguía resonando en el aire. «No pueden aguantar mucho más tiempo —dijo de sus propias fuerzas—. Los hombres están tan agotados que van con la lengua fuera».[25] La llanura y las colinas de Seelow eran ya un paisaje de acero retorcido, huesos y carne hecha pedazos. El tipo de carnicería en masa que la mayoría asociaba con la Gran Guerra. En las horas siguientes, el derramamiento de sangre sería aún mucho mayor, pero no hubo tregua. Aterrorizado por Stalin, y movido a la vez por su acuciante impulso de erigirse en el conquistador de Berlín, la perspectiva de que el mariscal Zhukov se parara a considerar posibilidades más pragmáticas era absolutamente improbable; su Ejército tenía que continuar avanzando.

Incluso hoy, el número de muertos no puede ser más que una estimación: entre treinta y treinta y tres mil soldados soviéticos murieron durante la batalla de tres días que siguió, y unos doce mil por parte alemana. A medida que el cielo se fue oscureciendo al final del primer día, y la penumbra se cernió por completo sobre la tierra, los tanques soviéticos siguieron avanzando con sigilo más allá del campo de batalla principal. En el propio Seelow, las tropas del Ejército Rojo capturaron tres casas antes de la medianoche. Los invasores fueron encontrando y explorando más fisuras, que a continuación consiguieron abrir del todo. El general Heinrici, mientras tanto, sabía perfectamente lo que quería, que ya no era llegar a ningún tipo de acuerdo con sus superiores nazis. Sabía que las Puertas de Berlín iban a ceder bajo una presión sin precedentes, y que ni él ni miles de defensores iban a poder impedir que la arrolladora marea soviética las atravesara.

12
LAS LÁGRIMAS DE TODAS LAS MADRES

Hubo un tiempo en el que parecía que todo duraría para siempre. La Alemania que los nazis habían moldeado se fundaba en la retórica de los mil años, y esto tenía su expresión no solo en la conquista, sino también en la arquitectura y en el arte. Albert Speer había fantaseado con que sus grandes hitos de la Alemania neoclásica se mantendrían siglos en pie, y su decadencia se produciría finalmente en medio de verdes hierbas y gran belleza. Entonces, en la mañana del 20 de abril de 1945, día del cincuenta seis y último cumpleaños de Adolf Hitler, las calles del Berlín de siempre, en los extremos norte y noreste de la ciudad que aún no habían quedado mutiladas y rotas por las bombas aliadas, se convirtieron en el blanco de la artillería soviética. Las ingentes fuerzas comandadas por el general Zhukov ya habían desbordado los Altos de Seelow y avanzado como una riada hasta las verdes y frondosas afueras de Berlín, a una tremenda velocidad. El ulular de los proyectiles soviéticos llenaba el aire de estos barrios de la periferia norte; las paredes de los edificios de viviendas y apartamentos estaban agujereadas, y algunas se iban desmoronando como gigantes heridos que hincaban la rodilla, exhalando polvo. Los nazis habían reivindicado como suyo el siguiente milenio; en cambio, en ese momento, parecía que a la ciudad le habían robado el mero paso del tiempo. Los ciudadanos que aún quedaban vivos, respirando olor a excrementos y suciedad en los fortines y refugios y escuchando y sintiendo el impacto de la artillería a lo lejos como un latido profundo, habían perdido toda noción del tiempo. «Nadie sabe ya qué hora es», comentó una mujer, quejándose de que los relojes de la ciudad habían quedado

tan dañados que era imposible verla.[1] El tiempo «resbala como el agua», escribió otra en su diario, añadiendo luego que era un «tiempo eterno».[2] Para la gente corriente de Berlín, los puntos de referencia temporales habían desaparecido: los cumpleaños, para ellos, si bien no para su líder, no significaban nada. Y con la pérdida del sentido del tiempo llegó asociada la sensación de haber perdido las amarras de la vida.

Sin embargo, en los bosques de las afueras de la ciudad, en una determinada finca campestre situada al noreste, cerca de la línea de avance soviética, el tiempo se estaba acelerando; en lo profundo del bosque había un enorme y absurdo palacio de madera —con un tejado de paja prensada y las paredes exteriores adornadas con cornamentas de caza— que estaba siendo vaciado a toda velocidad. Esta curiosa casa había albergado durante los últimos años una vasta colección del mejor arte europeo: Van Gogh, Rubens, Tintoretto, Botticelli. Aquí se habían reunido 1.350 cuadros de valor casi incalculable, todos ellos expropiados y robados a partir de 1933. Una vez más, la idea había sido que, mientras se iba desplegando el futuro nazi, estas obras de extraordinaria belleza fueran al final expuestas, al menos una vez más, ante un público alemán entendido, posiblemente con ocasión del sesenta cumpleaños de su conservador, Hermann Goering, en 1953. La avidez sensorial de Goering había encontrado su forma más compulsiva en viajar por toda Europa para hacerse con el arte más exquisito. En 1945, gran parte de este arte ya se amontonaba en los grandes sótanos de Carinhall, su inmensa cabaña-palacio de paja en el bosque, donde no había espacio suficiente para colgar tantos tesoros de sus señoriales paredes. Y, para el 20 de abril de 1945, mientras él se preparaba para abandonar de forma definitiva este palacio, las obras de arte también iban siendo evacuadas: envueltas, empaquetadas y programadas para ir saliendo en tren con destino al sur de Alemania. Carinhall tenía que ser abandonado por completo, junto con los restos de la amada primera esposa de Goering, Carin, a quien la casa debía su nombre.

Había muerto joven, en 1931; y, cuando el palacio fue terminado, Goering hizo exhumar sus restos para trasladarlos allí y que yacieran en una tumba especialmente construida en el terreno de la casa. (Goering se había vuelto a casar en 1935, y su nueva esposa, Emma Sonnemann, actriz de profesión, era considerada la «primera dama» de la Alemania nazi, dado que el Führer no estaba casado; su pareja, Eva Braun, no podía, conforme al sentido de propiedad nazi, desempeñar ese papel. En abril de 1945, Emma Goering se encontraba en el sur del país). Goering había previsto su futuro a largo plazo, y también la perspectiva de su muerte: hacía tiempo que tenía pensado que su cuerpo fuera enterrado en la misma tumba de Carinhall. Ahora ese futuro era una niebla absoluta; ya no existía. El 20 de abril, el plan de Goering era viajar a Berlín, a la Cancillería del Reich, para celebrar el cumpleaños del Führer. Más allá de esto, sus pensamientos e intenciones eran de huida. Estaba seguro de que nunca más volvería a Carinhall. Había hecho sembrar toda la vivienda de explosivos, con la intención de que, si el Ejército Rojo se acercaba, quedara completamente destruida. Y ese momento había llegado de repente. Muchas esculturas y otras obras de arte que no pudieron embalarse con la rapidez suficiente acabaron en el lago o se enterraron en el bosque. ¿Y el espíritu de quien había dado nombre al palacio? El cuerpo de la primera esposa de Goering quedó abandonado en la tumba de la parcela, ya que ¿dónde si no habría podido llevarlo o reenterrarlo? Aquella mañana, esos huesos temblaron dentro del mausoleo, cuando el propio Goering hizo detonar la primera de las muchas cargas que harían que los muros de Carinhall se desplomaran.

Había un bosque más grande —a algunos kilómetros al este de la ciudad, entre Berlín y los Altos de Seelow— entre cuyos árboles se escondían hombres desesperados en retirada; algunos pertenecían a la 18.ª División Panzergrenadier; otros —muchachos—, a las Juventudes Hitlerianas. El manto arbóreo de la incipiente primavera y su aire cálido debieron de ofrecer algún refugio y cobijo temporal. No obstante, el denso laberinto de altos pinos, con sus estrechos senderos y caminos, y el mullido suelo plagado de agujas, acabaría demostrando ser tan peligroso como las llanuras abiertas. Se trataba

del área de Märkische Schweiz, cerca de Buckow y Strausberg, de la que un médico dijo en siglo XIX que el aire era allí tan puro que volvía los pulmones de terciopelo. En tiempo de paz había sido un exuberante escenario de lagos y bosques, senderos y muelles para nadar, pequeños pueblos y aldeas con iglesias centenarias. En aquel momento, solo se sentía el tronar de la artillería acercándose y las primeras ráfagas de aire quemado que llegaban desde la distancia. Una de las aldeas del lugar, Waldsieversdorf, había sido en parte evacuada y sus habitantes habían huido, aunque unos pocos se habían quedado allí con la intención de acabar con su propia vida. Los bosques de los alrededores, siempre solemnes, habían pasado a parecer fúnebres.

Era a zonas como esta donde unos autobuses especiales se encargaban de trasladar desde el centro de la ciudad de Berlín a los hombres de más edad de la Volkssturm para que ellos también pudieran enfrentarse al enemigo cada vez más cercano. Zhukov había calculado algún tiempo antes que el plan alemán probablemente fuera reproducir las circunstancias bajo las cuales la propia Wehrmacht había sido derrotada en Rusia; que su objetivo sería que el Ejército Rojo quedara atascado y llegara a detenerse, con la esperanza de poder entonces acabar con él. La diferencia era que en este momento las líneas de suministro eran inexorables; un tren tras otro, los vagones cargados con material camuflado no paraban de circular de este a oeste. Además, la psicología de la proximidad obraba a su favor: el centro de la telaraña nazi quedaba ya a solo unos kilómetros de distancia. Y, por si fuera poco, el desmoronamiento humano era evidente. Entre las fuerzas alemanas tan violentamente expulsadas de los Altos de Seelow, los supervivientes no podían disimular su grado de desbarajuste, y nada indicaba que les quedaran fuerzas para resistir el terrible esfuerzo del desgaste.

Aquí, en mitad de los senderos entre altos y esbeltos árboles, hojas caídas y trincheras poco profundas llenas de barro resbaladizo, un grupo determinado de muchachos de las Juventudes Hitlerianas se dio cuenta de que estaban, básicamente, atrapados. Los tanques

soviéticos habían estado avanzando por carreteras más anchas cercanas a este punto, y los soldados del Ejército Rojo eran claramente conscientes de que sus enemigos se hallaban escondidos en los bosques. Estos mismos soldados también sabían cómo podían atacar letalmente a dichos enemigos ocultos bajo el dosel arbóreo: disparando el fuego de los tanques sobre las copas de los pinos. El efecto, terrible, fue una lluvia de fuego, cortantes astillas de árbol surcando el aire como balas, carne fileteada e insoslayables brasas de un naranja brillante cayendo en cascada desde lo alto que hacían brotar las llamas en la ropa y en la recalentada piel que quedaba al descubierto. Aquellos eran chicos que no sabían de combate armado mucho más que lo que habían visto en las películas o leído en las aventuras de Old Shatterhand.

Tampoco los bosques del sudeste de Berlín ofrecían ningún tipo de refugio. Cerca de la aldea de Halbe, en el interior de Spreewald, en un romántico paisaje de pinos, alisos rojos y robles de pantano, surcado por numerosos ríos, miles de hombres pertenecientes al Noveno Ejército alemán, repartidos por umbríos caminos forestales e improvisados campamentos, tenían orden de mantener la línea defensiva. Pero también estaban acorralados en un inmenso laberinto de árboles, y pronto se les hizo evidente que los intentos de evasión de algunas unidades estaban siendo sanguinariamente respondidos por las implacables fuerzas del mariscal Konev y por la Fuerza Aérea Soviética. Durante los días siguientes, un número ingente de ellos no podrían escapar de los feroces y asfixiantes fuegos, ni de las explosiones de árboles, ni del continuo bombardeo de los silbantes cohetes. Sus tanques y vehículos se hacían difíciles de manejar en aquel terreno arenoso e inestable; en medio de aquella neblina espesa y llameante, donde el sol apenas se podía distinguir, unidades enteras se desorientaron por completo y empezaron a moverse en círculos; y, unos días después, la magnitud de la carnicería en aquellas otrora silenciosas arboledas fue descomunal. Unos cuarenta mil soldados alemanes murieron, y los caminos a través de los bosques pasaron a ser una estampa de metal calcinado, carne ennegrecida y heridos que gritaban. Muchos de los cadáveres eran poco más que adolescentes. Incluso hoy, el

blando suelo de aquel viejo bosque guarda todavía algunos restos. Sorprendentemente, todavía ciertos miembros de las SS mantenían su inquebrantable fe en el Führer y afirmaban que era el bolchevismo el que había traído la muerte; pero había muchos hombres cercanos a Hitler que ya habían perdido el don de la férrea certidumbre.

En años anteriores, el 20 de abril había sido un día de ostentosa celebración en Berlín, declarado festivo, en el que el mobiliario urbano se adornaba con guirnaldas. A los ciudadanos de toda Alemania les parecía natural que el cumpleaños de su líder fuera una fecha tan señalada. Los más jóvenes soñaban poderle entregar sus regalos personalmente a Hitler, para demostrarle cuán querido era. El día de su cincuenta cumpleaños, el 20 de abril de 1939, poco después de la conquista de los territorios checoslovacos, Berlín se transformó en una exaltación del espectáculo marcial: además de soldados desfilando al paso de la oca frente a un Führer situado de pie ante un trono, con la tarima y el área a su alrededor festoneadas de flores, en los edificios públicos colgaban estandartes en los que se podía leer «Führer, te damos las gracias».[3] En efecto, Hitler recibió exorbitantes regalos: coches, cuadros y uno que él pareció valorar más que ningún otro, el manuscrito original de la partitura de la ópera de Wagner *Rienzi*, firmado, muchos años atrás, por el propio compositor.

En aquel momento, bajo la escasa y macilenta luz del búnker de la Cancillería del Reich, este fue el regalo que Hitler quiso tener a su lado; la partitura y el libreto musical que siempre le habían embelesado. Fue después de escuchar por primera vez una interpretación de *Rienzi* cuando le dijo a uno de sus colaboradores que su vida se había transfigurado. «En aquella hora —dijo—, comenzó todo».[4] ¿Tenía, aquel 20 de abril de 1945, una idea de en qué hora acabaría? Aunque les dijo a sus subordinados que no quería que su cumpleaños se celebrara públicamente, Hitler también había comenzado a convencerse a sí mismo —o al menos eso les

parecía a los que le rodeaban— de que podía diseñar un plan que hiciera fracasar a los aliados. «Daba la impresión de ser un hombre [...] que continuaba moviéndose dentro de su órbita solo por la energía cinética que almacenaba dentro de él», comentó Albert Speer.[5] Pero aquella fuerza interior estaba en marcado contraste con su aspecto externo, cuya decadencia se debía en parte a la dependencia de las drogas:

> Entonces estaba lleno de arrugas, como un anciano. Las extremidades le temblaban. Caminaba encorvado, arrastrando los pasos. Hasta su voz se había vuelto temblorosa y había perdido toda su autoridad [...]. La piel había tomado un color cetrino, y tenía la cara hinchada; su uniforme, que en el pasado había mantenido escrupulosamente limpio, en este último periodo de su vida se mostraba en cambio lleno de manchas de la comida que tomaba con sus manos temblorosas.[6]

En este sentido, el Führer continuaba siendo el perfecto emblema de la destrucción de la ciudad y de la nación.

Entre los asistentes a aquel irónico cumpleaños se hallaban también figuras nazis que habían ejercido un implacable poder sobre la muerte de millones de personas, pero cuya relevancia en ese momento había sufrido un patético menoscabo. Allí se encontraba el ministro de Asuntos Exteriores Von Ribbentrop, y también Himmler. El alto cargo que había condenado a incontables hombres, mujeres y niños a una muerte fría y aterradora se había reunido —en un rasgo de verdadera sociopatía— con un representante del Congreso Mundial Judío (y acordado la liberación de siete mil prisioneras del cercano campo de concentración de mujeres de Ravensbrück) como parte de un esfuerzo para negociar una rendición ante los estadounidenses. Si era cierto que Himmler creía de veras que algún negociador iba a estar de acuerdo con que el exterminio masivo era un detalle tecnocrático de la guerra, entonces también lo era que él estaba genuina y verdaderamente vacío. Con la sensación de que el tiempo ya empezaba a volar, Himmler, al igual que Goering, mantenía el instinto de supervivencia, y él también estaba pensando ya en cómo podría salir de la ciudad y refugiarse en algún rincón del país.

Horas más tarde, el Führer saldría de aquellas profundidades para caminar bajo el cielo por última vez, dejando ver la ruina humana en la que se había convertido, pero, antes de esta sorprendente aparición, los berlineses del Oeste y el sudoeste de la ciudad, que en ese momento todavía quedaban fuera del alcance de los morteros, recibieron la noticia de que el cumpleaños de Hitler quedaría señalado con un regalo para su pueblo: un pequeño aumento de las raciones semanales. En realidad, aquellas eran raciones de emergencia que se habían previsto ante un asedio que ya parecía próximo. Las agotadas madres que salieron de sus sótanos a aquel sombrío mundo fueron esperanzadas al encuentro de un poco de mantequilla extra, algunos vegetales añadidos a la patata que a veces les daban, un bote de fruta en conserva o una ración de jamón y una pequeña cantidad de café de verdad (en lugar del habitual sucedáneo hecho a base de bellotas). En otros rincones de la ciudad se comunicó la repentina disponibilidad de pequeñas cantidades de salchichas, arroz y lentejas.

Dorothea von Schwanenfluegel, entonces una madre de veintinueve años de edad, recordaba ese acto de beneficencia, pero aquel tiempo que pasó esperando pacientemente en la cola también le permitió vislumbrar el horror que iba a cernirse sobre la ciudad. Al otro lado de la calle donde estaba la tienda vio a un niño, de no más de doce años, delgado y de baja estatura. Estaba sentado en una «trinchera autoexcavada» y parecía desconfiar de cualquier adulto que se le acercara.[7] No obstante, ella se aproximó, y se sorprendió al ver las lágrimas que le rodaban por el rostro. A su lado había una granada antitanque. Amablemente, preguntó al niño qué estaba haciendo allí. Él le dijo que le habían ordenado esperar allí hasta que apareciera un tanque soviético. Entonces tendría que coger la granada antitanque, correr bajo el tanque y detonarla. Le habían convencido —u obligado— para que sacrificara su propia vida.

Frau von Schwanenfluegel miró al chico, y luego al explosivo, y le preguntó si sabía siquiera cómo funcionaba. Ella era consciente de que, pasara lo que pasara, su suicidio sería doblemente inútil: los soldados del Ejército Rojo se limitarían a disparar al niño y matarlo

antes de que pudiera llegar hasta el tanque. Pero, al mismo tiempo, como madre, no podía seguir su instinto de llevarse el chico a su casa y esconderlo. Las SS estaban patrullando las calles y actuando a su antojo, con un renovado y aún más irracional desenfreno; si el muchacho abandonaba su puesto, se convertiría en otra de las figuras (en ese momento ya había muchas por toda la ciudad) que colgaban muertas de las farolas, ahorcadas con sogas que les provocaban una lenta asfixia a medida que se iba estrechando el nudo corredizo. Y si se lo llevaba con ella y le escondía, podían encontrarle; en cuyo caso, no solo él, sino frau Von Schwanenfluegel y sus propios hijos también serían asesinados. Recogió la ración especial de celebración del cumpleaños y le dio un poco; luego se fue dejando allí al muchacho, que continuó en la trinchera «sollozando» y «balbuceando».[8] Ella volvió al día siguiente, presa de una angustiosa curiosidad; el muchacho y la granada antitanque ya no estaban allí. Su esperanza era que la madre del chico le hubiera encontrado y le hubiera puesto a salvo. Pero en aquella esperanzada ensoñación cabía también la amarga sospecha de que no hubiera sido así; aquel ya no era un mundo en el que los niños fueran rescatados por sus madres. Era probable que las SS le hubieran cogido y le hubieran colocado en un puesto más adelantado.

El sentido del tiempo había desaparecido y perdido claridad todavía más para los que buscaban refugio bajo la superficie. El U-Bahn nunca había sido una red de metro con una estética especialmente agradable; incluso las estaciones más elegantes, adornadas con azulejos decorativos, resultaban de todos modos impacientemente funcionales. Sin embargo, aquellos espacios sombríos y llenos de eco eran para algunos altamente preferibles a las torres antiaéreas de hormigón, oscuras y con olor a cerrado. Aunque, a diferencia de Londres, donde muchas estaciones de metro se encontraban en túneles profundos, a varias decenas de metros bajo tierra, el sistema del U-Bahn de Berlín estaba mayoritariamente compuesto de estaciones a no más de una o dos plantas bajo la superficie, pero la sensación psicológica de protección seguía siendo

fuerte, y aunque las autoridades de la ciudad en un principio habían tratado de disuadir a los berlineses de que los usaran como refugios, en la primavera de 1945, cuando las ráfagas de las bombas de los aliados empezaron a arreciar todavía más, su utilización ya estaba tácitamente permitida. En ese momento, el peligro procedente de la Fuerza Aérea Soviética también iba en aumento. La seguridad nunca estaba garantizada; en el peor de los casos, los túneles podían de repente convertirse en tumbas, y en el mejor de ellos, no pasaban de estresantes refugios. La estación de Gesundbrunnen era un refugio con literas, aseos perfectamente operativos y algún mobiliario básico, unas comodidades que tenían como contrapartida el continuo estruendo de las tuberías de ventilación. Estar allí implicaba vivir en un estado de permanente penumbra, sin saber nunca cómo sería el mundo de arriba la próxima vez que se pudiera salir a respirar el aire ceniciento. Para abril de 1945, más de tres cuartas partes de los pisos cercanos al centro de la ciudad habían quedado inhabitables o simplemente aniquilados. Los que se habían refugiado en la oscuridad subterránea cercana a los andenes y las vías, a menudo se veían obligados a volver a aquel extraño limbo, levantando continuamente la vista al techo de cemento.

El 20 de abril, el director municipal del U-Bahn, Fritz Kraft, había tenido una reunión con Ludwig Steeg, el alcalde de la capital; tenían ante ellos la cuestión de qué hacer con los túneles de la ciudad, y cómo podrían utilizarse en el combate que se avecinaba (en la misma línea de los argumentos relacionados con los puentes y otras infraestructuras urbanas). Las más altas autoridades habían sugerido discretamente que si quizá eran las fuerzas estadounidenses y británicas las primeras en llegar al centro de Berlín, la red de metro debía transferirse intacta a su administración. Si, en cambio, era el Ejército Rojo el que avanzaba más rápido, el objetivo en este caso tenía que ser destruir los kilómetros de túneles para obstaculizar su conquista. Con aquellos túneles todavía plenamente habitados —y con trenes que de forma esporádica continuaban transportando a los trabajadores de las fábricas— las decisiones se aplazaron. Kraft debía de saber que había una forma segura de dejar inservibles aquellos túneles: si se colocaban explosivos cerca de los ríos y

canales de la ciudad, se provocarían unas inundaciones como cuando se abren las compuertas de una presa. Pero también debía de conocer el riesgo que suponía llevar a cabo este plan para incontables vidas. Y aunque estas agónicas conversaciones continuaron, hubo quienes mientras tanto encontraron otros usos para los trenes que permanecían estacionados en los depósitos o terminales ferroviarias; la Volkssturm, junto con las SS, inspeccionaban cada vagón para arrancar las barras de metal que pudieran ser utilizadas como armas.

Una zona importante del centro de la ciudad que hasta entonces había quedado fuera de los habituales remolinos y corrientes del tiempo era el Parque Zoológico de Berlín. Pero la guerra había convertido gran parte del recinto en vertederos de cadáveres, y en aquel momento, con el ruido reverberante de la artillería situada en lo alto de la cercana torre antiaérea, los pocos especímenes que quedaban estaban enloqueciendo, víctimas del estrés y del terror, encerrados en sus jaulas y recintos. Y, así como Hermann Goering había hecho sus propios planes para marcharse de Berlín, uno de sus amigos más inusuales estaba tratando desesperadamente de encontrar la manera de cuidar de aquellos traumatizados animales a su cargo.[9] El doctor Lutz Heck era el director de esta histórica institución, fundada en 1844. Era uno de los zoológicos más grandes de Europa; su entrada de estilo oriental era famosa en todo el continente, e incluso el 20 de abril de 1945, tras años de bombardeos, todavía continuaba abierta al público. Ya quedaba poca vida salvaje que los visitantes pudieran contemplar. El jardín de rocas de las cabras montesas había quedado pulverizado; el acuario había sido demolido por completo en una sola noche. Dos años de repetidos bombardeos aliados habían acabado con algunas otras estructuras y especies salvajes. A raíz de los ataques aéreos llevados a cabo en el otoño de 1943, habían corrido ciertas leyendas urbanas que habían despertado el pánico entre los ciudadanos: historias espeluznantes de tigres y panteras que habían escapado y vagaban

por las calles ya sin iluminación, a la caza de carne humana. La triste realidad era que muchas de aquellas criaturas yacían muertas. En Budapester Strasse, aquel mismo año, los berlineses habían asistido con miedo y asombro al espectáculo de ver a grandes caimanes muertos en las aceras, tras haber sido lanzados fuera del zoo por la onda expansiva de las bombas.[10] Para 1945, algunos especímenes muertos eran objeto de una búsqueda muy distinta, la de berlineses desesperados por el hambre que se preguntaban a qué sabría la carne de aquellos animales salvajes.

Los ejemplares supervivientes, desde Siam el elefante hasta el hipopótamo llamado Knautschke, estaban al cuidado del doctor Heck, cada vez más preocupado por la dificultad de seguir atendiéndoles. Pese a esta preocupación, el doctor quedaba muy lejos de ser un santo, ni siquiera un hombre especialmente amable. Por el contrario, a sus cincuenta y tres años, Heck era una figura que odiaba a un gran número de sus compatriotas (si bien al mismo tiempo creía que los animales tenían una inocencia esencial que llegaba al alma).[11] Su amistad con Hermann Goering venía de que, años atrás, ambos habían descubierto que les unía el interés por lo que ellos consideraban la inmaculada pureza de la naturaleza y la fauna alemanas. Goering se había interesado por las ideas del naturalista Heck ya en los primeros momentos del régimen nazi, y ambos compartían también la pasión por la caza de animales salvajes y por adentrarse en los bosques. Heck era un nazi convencido; un miembro del partido que a la vez profesaba extrañas ideas sobre la resurrección de especies extintas. En la década de 1930, él y su hermano Heinz habían llevado a cabo experimentos de carácter eugenésico sobre varias razas de ganado, con el propósito de reintroducir el uro, una bestia de larga cornamenta. También hubo un intento de regenerar una especie de caballo euroasiático llamado tarpán, utilizando a sus modernos descendientes: el resultado recibió el nombre de «caballo de Heck».[12] Sorprendentemente, su hermano Heinz no era en absoluto un nazi; de hecho, su temprana oposición al régimen le había llevado a pasar un breve periodo de reclusión en Dachau, tras el cual se convirtió en

objeto de desconfianza para el partido. Lutz Heck, en cambio, se había sentido especialmente en casa entre los pinos y los robles de la residencia de Goering: los dos habían conversado con frecuencia sobre los medios para crear parques nacionales por toda Alemania. La Ley de Protección de la Naturaleza del Reich había entrado en vigor en 1935; a su manera, algunos sectores del partido nazi eran fervientemente ambientalistas. Sin embargo, era una sensibilidad ecológica impregnada de xenofobia, en la que dominaba el desagrado y el temor hacia la idea de que el reino animal fuera invadido por razas extranjeras. Lutz Heck y Hermann Goering compartían la visión del *heimat*: una patria en la que pudieran prosperar las especies autóctonas de la fauna y la flora germánicas.

Heck también era un furibundo antisemita. Al ascender al poder los nazis, se apresuró a purgar el Zoo de Berlín del personal y los miembros de la junta de origen judío. Y todos los judíos que poseían acciones del zoo fueron despojados de ellas sin miramientos. El doctor Heck llevó su malevolencia aún más lejos en 1938, antes incluso de la Kristallnacht, prohibiendo que las familias y los niños judíos visitaran el zoo; si los animales podían llegar al alma, él no tenía intención de permitir a los judíos ese bello momento de comunión. Este odio formaba parte, a su peculiar manera, de su filosofía conservacionista. Al pueblo judío, tan inextricablemente unido en la imaginación nazi al capitalismo, se le acusaba de ser el expoliador y explotador del mundo natural. El hecho de que el mundo natural fuera igualmente explotado por los industriales nazis que por su enemigo imaginario no parecía importarle. Cuando los alemanes invadieron Polonia, y luego continuaron avanzando hacia el este, Heck se sintió fascinado por la idea de que la propia tierra fuera remodelada a fin de adaptarse al alma germana: desde el suelo hasta los árboles, pasando por vías fluviales, la naturaleza en sí misma debía estar bajo el mando del espíritu *völkisch*. «Por primera vez en la historia —reflexionaba Heck en 1942—, una nación emprende el modelado del paisaje de una forma consciente».[13] Al igual que Goering, creía en la idea del *dauerwald*, o el bosque eterno. Había una guía forestal nazi, a finales de la década de 1930,

que expresaba este pensamiento: «Pregunta a los árboles, ellos te enseñarán cómo convertirte en un nacionalsocialista».[14]

La primera bomba aliada cayó en el zoo en 1941 y, en los años siguientes, la destrucción fue haciéndose cada vez más sangrienta. El zoológico había sido diseñado en piedra y hierba, con la idea de crear un entorno seminatural para las especies cautivas de mayor tamaño pero, al igual que el Tiergarten, los bombardeos dejaron terribles cráteres y generaron una intensa angustia en los animales que sobrevivieron (el joven hipopótamo Knautschke perdió a todos sus compañeros en un solo ataque; curiosamente, el animal siguió viviendo en el zoo durante muchos años después de la guerra, mientras el lugar iba reconstruyéndose con gran esfuerzo). En abril de 1945, el suministro eléctrico de Berlín se había vuelto tan errático que la corriente del zoo se cortó, lo que a su vez supuso que el suministro de agua tampoco funcionara. En esta situación de impotencia, incapaz de encontrar solución a qué hacer con los escasos animales supervivientes, el doctor Heck paseaba perplejo por los alrededores del zoo; al igual que su amigo Hermann Goering, él tampoco tardaría mucho en elaborar sus planes de huida. El doctor Heck abandonaría definitivamente el zoo al poco tiempo, llevándose de él todo el dinero que pudo encontrar; y su retirada de la ciudad sería en bicicleta.[15]

Justo a las puertas del Zoo de Berlín estaban las otrora grandiosas y verdes praderas del parque Tiergarten que, en aquel momento, en algunos aspectos, se parecían más a un desierto: sin árboles (los que aún quedaban estaban arrancados por los continuos bombardeos o habían sido aprovechados por los berlineses que acudían con hachas y sierras en busca de cualquier tipo de combustible), salpicadas de cráteres, convertido en un espacio desolado y arenoso lo que antes había sido tupida hierba. Los niños de la ciudad habían usado aquellos desmontes y tocones de árboles como campo de recreo, ya que incluso aquel destartalado paisaje les había permitido continuar con sus juegos favoritos de vaqueros y

detectives, pero llegado el 20 de abril sobre aquella zona había caído también el silencio, roto solo por los chasquidos que llegaban desde la distancia y los ecos del hondo sonido de las explosiones, que parecían venir de todas partes. Y, aquella mañana, los cielos sobre el Tiergarten volvieron a llenarse otra vez con cientos de bombarderos británicos sobrevolando la castigada zona, que no podía delinear más claramente el corazón de la ciudad, y por tanto los edificios públicos que la rodeaban. Los berlineses no habían sido advertidos de este ataque: los sistemas de alarma estaban averiados. Pasado un tiempo, muchos de ellos apenas recordaban esta incidencia: para entonces, los bombardeos habían pasado a formar una parte tan integral de su vida cotidiana que apenas llegaban a ser conscientes de ellos.[16] Pero a medida que los aviones se aproximaban, los muchachos que manejaban las armas desde lo alto de la torre antiaérea iban preparándose para empezar a lanzar sus inútiles ráfagas una vez más; y, también una vez más, el violento ruido que generaban hizo que los pocos animales que quedaban en el zoo entraran en un estado de delirante ansiedad.

Cerca de las grandes estaciones de ferrocarril —Silesia, Anhalter— la sensación de que los años habían dejado de pasar era la misma; una corriente imparable de refugiados procedentes de áreas rurales, con caballos y carretas, barbas descuidadas y ropas raídas iban avanzando a través de lo que parecían una especie de campamentos militares, con cocinas y fuegos improvisados, que a los civiles berlineses debieron de transportarles mentalmente a la época de las guerras napoleónicas. Allí no había instalaciones sanitarias; tanto refugiados como soldados tenían que esconderse en rincones para aliviar sus necesidades, contaminando aún más el aire, ya acre de por sí. El rostro de los soldados también acusaba un profundo cambio: los jóvenes habían envejecido y sus ojos parecían apagados. La estructura de la estación de Anhalter Bahnhof había quedado reducida al mínimo y los arcos en los que en su día se había apoyado el enorme dosel de cristal estaban desnudos; la estación por la que tantos judíos de la ciudad habían pasado, obligados a subir a los trenes que les llevarían a Theresienstadt,

había sido repetidamente atacada por las bombas aliadas, la última vez en febrero de 1945. En ausencia de los trenes, los andenes y los vestíbulos desprotegidos de la lluvia se habían convertido en improvisados puntos de reunión tanto para los soldados regulares de la Wehrmacht como para los canosos integrantes de la Volkssturm. En las calles de los alrededores más inmediatos, se habían tendido enmarañados cables telefónicos para facilitar la comunicación urgente. Pero esos cables no traían noticias de armas milagrosas, ni de poderosas divisiones alemanas irrumpiendo en defensa de la ciudad. También había algunos *kneipen*, o bares, que habían escapado a los bombardeos, y en los que todavía se servía cerveza a los hombres que conseguían escabullirse de sus comandantes y entrar en aquellos oscuros salones. Tanto soldados como civiles aún podían recurrir al consuelo del alcohol; las fábricas de cerveza de las afueras de la ciudad que no habían sufrido los impactos de las bombas habían ralentizado su producción, pero tenían abundantes existencias almacenadas. Tampoco era demasiado difícil encontrar civiles que guardaban reservas de todo, desde vino tinto a coñac, en los sótanos que les servían de refugio. Al no existir nada parecido a un ritmo de vida cotidiano, había que intentar distraerse con lo que se pudiera. A los soldados y comandantes en torno a aquellos improvisados cuarteles se les veía llenando minutos y horas con actividades inútiles dirigidas a atenuar su miedo: escribiendo mensajes sin sentido o haciendo recados deliberadamente repetitivos. El tiempo de aquellos combatientes se medía entonces por la frecuencia de los informes relacionados con la llegada del enemigo.

Para los civiles, otro medio para mantenerse anclados al paso de los días y las horas, manteniendo alguna sensación de orden temporal, era recurrir a los medios de comunicación que todavía quedaban en Berlín. Aquellos que sabían dónde se podía encontrar a veces algún ejemplar del diario de dos páginas *Das Reich*, en la mañana del 20 de abril, se toparon con un panorama nuevo y desalentador, aparte de las montañas de escombros que antes habían sido hogares, o de los fragmentos de cadáveres que asomaban entre el polvo y los cristales rotos, o incluso de los

carteles de las autoridades que brotaban como un sarpullido de las paredes que quedaban en pie, con la leyenda «Die vergeltung kommt» («La venganza está próxima»).[17] En aquel momento tuvieron que enfrentarse también al repetido latido de las explosiones que retumbaban en el aire: era la artillería pesada soviética apuntando a los barrios de la periferia norte de Berlín, con un bombardeo que comenzó a las 11.30 de la mañana. Aquello no sonaba a liberación. Entretanto, el periódico siguió no obstante desafiando a la realidad. Aunque parezca sorprendente, hubo una gran demanda de ejemplares; no porque se creyera universalmente en lo que decía, sino porque cualquier noticia era mejor que el amedrentador silencio de las autoridades de la ciudad. Con motivo del cumpleaños del Führer, Joseph Goebbels había redactado un editorial dirigido a reavivar las llamas de la fe en su pueblo:

> Él será el hombre de este siglo, el que estuvo seguro de sí mismo pese al terrible dolor y sufrimiento. Él nos enseñó el camino hacia la victoria. Él es el único que ha permanecido fiel a sí mismo, que no ha vendido barata su fe y sus ideales, que siempre, y sin dudar, ha seguido el camino recto hacia su meta. Una meta que tal vez hoy pueda hallarse oculta tras las montañas de escombros que nuestros enemigos llenos de odio han sembrado por todo nuestro antaño orgulloso continente, pero que volverá a brillar ante nuestra ardiente mirada cuando todos esos escombros se hayan retirado.[18]

Los berlineses como Dorothea von Schwanenfluegel habían aprendido a leer entrelíneas este tipo de proclamas. Aquel día, como ella recordaría después, había cuerpos «colgando por todas partes»; [19] y muchachos que supuestamente debían sacrificar su vida para lanzar una bomba contra un tanque, como el que ella se había encontrado, estaban siendo asesinados por histéricos miembros de las SS. El mensaje de Goebbels daba a entender que solamente el Führer había logrado seguir «el camino recto»; lo que implicaba que entre los militares y las autoridades civiles había elementos débiles y estúpidos cuya fe había flaqueado, y cuyas dudas eran las que habían llevado a las hordas bárbaras a sus puertas. Sin embargo, aunque ya fuera tarde, insistía Goebbels al final de su diatriba, el pueblo aún tenía una oportunidad: la redención podía ser suya. Su recurso al imaginario cristiano superaba los límites del cinismo:

> Como ha hecho tantas veces antes, Dios lanzará de nuevo a Lucifer al abismo, aun cuando se encuentre ya a las puertas de reinar sobre todos los pueblos. Un hombre de grandeza verdaderamente eterna, de valentía inigualable, de una determinación que eleva los corazones de algunos y sacude los de otros, será su instrumento. ¿Acaso ese hombre se puede encontrar entre los líderes del bolchevismo o la plutocracia? No, el pueblo alemán fue el que lo trajo al mundo. Ese pueblo fue quien lo eligió, y quien libremente le convirtió en Führer. Ese pueblo sabe de sus esfuerzos por la paz y ahora quiere librar y luchar la guerra que le impusieron hasta un final victorioso.[20]

Como contrapunto a esta irracional retórica, emitida desde una catacumba de hormigón, en las calles del centro de la ciudad (muchas de ellas convertidas para entonces en laberintos de barreras y tablones apilados sobre zanjas recién abiertas, bajo las sombras de los bloques de pisos, tiendas y fábricas supervivientes), hombres y mujeres ya mayores, la milicia de la Volkssturm —con sus abrigos, capas y sombreros, y sus improvisados brazaletes—, deambulaban y se movían sin parar entre las barricadas, mientras las mujeres de sus familias se aventuraban a salir de los refugios portando cestas con la comida racionada que les serviría de almuerzo.

Había mujeres que insistían en desempeñar papeles muy activos; la pasividad, ante la destrucción que se avecinaba, resultaba angustiosa. La joven actriz de cine Hildegard Knef, a quien los bombardeos aliados combinados con el distante «murmullo» de la artillería soviética habían llegado casi a volver loca, exigió permanecer al lado de su marido (y oficial de las SS) Ewald von Demandowsky, que había sido destinado a un improvisado cuartel militar en el barrio de Schmargendorf, en medio de un panorama de aspecto industrial formado en parte por centros de clasificación ferroviaria y naves y depósitos de ladrillo. Knef —notablemente atractiva, con los ojos verdes, rubia y de cuerpo escultural— adoptó entonces el primero de sus disfraces. Se puso «una boina, un casco militar, un jersey de cuello alto y unos pantalones de chándal» y unas botas nuevas que eran de su padrastro.[21] Una vez hubo ocultado convenientemente sus encantos —e ignorado todas las objeciones que le puso su novio—, convenció a este para que fuera

en bicicleta con ella por las agrietadas calzadas. «Las calles estaban silenciosas, vacías, muertas —escribió—. La gente estaba dentro de los sótanos, esperando. El murmullo era cada vez más claro y se escuchaba más cerca».[22] El cuartel quedaba próximo al centro de clasificación ferroviaria. «Allí me dieron una guerrera, una maltrecha gorra italiana, casco, cinturón, metralleta, munición, granadas de mano y una pistola».[23] Y enseguida quedó claro que este disfraz, como el anterior, funcionaba. Se le acercó un soldado «barrigón que olía a cerveza» a preguntarle su nombre y edad. Ella le dijo que diecinueve años. Él empezó a gritarle, sin darse cuenta todavía de cuál era su sexo. ¿Por qué no estaba en el frente?, le preguntó. Ella se quitó el casco y luego la boina. «Se le cayó la mandíbula, se le desencajó el rostro y se dio una palmada en el muslo, soltando una alegre carcajada. «¿Una chica —gritó— quiere unirse a nosotros?». «Sí», respondí yo. «¡Menudas agallas!», relinchó él».[24] Pero la cosa no iba en broma: al momento frau Knef se vio envuelta en cinturones de munición, le enseñaron a quitar los pasadores de seguridad, le hicieron una prueba de tiro y desde ese momento quedó reclutada.

Su cuartel de Schmargendorf era una planta baja, «sin cristales en las ventanas», solo «unas contraventanas cerradas» y una armadura de cama sin colchón. Cuando solo llevaba unas horas allí, escuchando la incesante artillería en la distancia, se incorporó al grupo de Knef un chico de quince años «con la cara llena de granos», armado, asustado y dispuesto a apretar el gatillo al menor ruido que oyera.[25] También había allí un soldado que había luchado en Stalingrado y que entonces parecía ser el sabio —y un tanto huraño— consejero del grupo. Al poco, entraron todavía más hombres. «El sótano era un hervidero de gente: reclutas, "ancianos-jóvenes", reservas de muy corta edad, SS —escribió—. Los uniformes se entrecruzan, esto parece un carnaval. Huele a sudor, a repollo, a cuerpos sin lavar. Nadie habla».[26] Frau Knef se había unido a estos hombres porque ella —como un gran número de mujeres por todo Berlín— habían escuchado historias que llegaban

del este sobre el Ejército Rojo y la amenaza de ser violadas. El temor a la violencia sexual era generalizado.

En el resto de los lugares, incluso en el frondoso extremo oeste de la ciudad, un poco más lejos de los cohetes del Ejército Rojo, la imaginación de la estudiante adolescente Christa Ronke estaba terriblemente ocupada con la idea de que cayeran las defensas de Berlín. Su padre estaba allí, luchando, aun cuando él mismo les había dicho a su mujer y a su hija poco tiempo antes que en ese momento lo consideraba «inútil»: Christa no tenía posibilidad de saber dónde estaba, mientras escuchaba los cañones rusos. «Podemos oír la artillería a lo lejos», escribió. Y sin embargo, la vida, incluso aquella, tan mísera y minimalista, tenía que continuar de alguna manera.

En la parte de la ciudad donde ella vivía, no había «electricidad, ni teléfono ni periódicos».[27] «Nos aferramos a la esperanza de que tal vez lleguen antes los americanos que los rusos», escribió en su diario. «Además, se habla de un ejército de "Wenck" que se supone que nos va a salvar. Pero yo no lo creo».[28] A los cuarenta y cuatro años de edad, el relativamente joven general Walther Wenck, del 12.º Ejército, cuya orden era frenar a las fuerzas británicas y estadounidenses, se encontraba en ese momento irremediablemente acorralado al oeste de Berlín, tratando de hacer la vida más tolerable al enorme número de refugiados civiles que huían de la ciudad. En lugar de dispararles o ahorcarles, Wenck trataba de mitigar tanta calamidad humana alimentándoles. En apariencia, era el único que entendía que, aunque fuera demasiado tarde, la prioridad no era salvar al régimen, sino salvar vidas, si bien para entonces ya no podía decirse quién lo necesitaba más: si los refugiados que pasaban hambre en los bosques de las afueras de la ciudad o las personas como Christa Ronke y su madre, que seguían todavía haciendo colas en las horas prescritas para recibir las escasas raciones de comida, mientras a su alrededor solo se oía el eco de los disparos.

Algunos berlineses de los barrios del este de la ciudad se habían convertido en refugiados dentro de su propia ciudad; atenazados por el miedo que se les contagiaba al ver a sus vecinos coger nada más

que lo mínimo esencial y apresurarse a marchar, les embargaba la sensación de que ellos también debían escapar antes de que fuera demasiado tarde. El periodista Erich Schneyder recordaba haberse cruzado con un viejo conocido que era —o había sido hasta hacía muy poco— un abogado de empresa. Este hombre deambulaba entonces por las calles, arrastrando una pesada maleta llena de billetes. Había estado preparándose para esta emergencia desde hacía algún tiempo. Pero el momento ya había llegado y no sabía adónde podía ir.[29]

Mientras tanto, las banderas y anuncios que proclamaban el cumpleaños del Führer colgaban a la vista de todos los padres y niños que o bien se encontraban atravesando la ciudad en dirección a los barrios periféricos del oeste, adonde se suponía que llegarían los estadounidenses, o bien permanecían impotentes haciendo las colas, levantando la vista cada vez que escuchaban una explosión en la distancia o los ecos de los cañonazos. Todavía había, incluso en medio de la desintegración, algunos jóvenes que seguían manteniendo una simple adoración por su líder.

Los niños alemanes habían soñado con conocer en persona a Hitler. Antes incluso de que llegara a ser canciller, tenía algo carismático que dejaba huella en la imaginación de los pequeños. Hildegard Dockal tenía once años en 1929 cuando se supo que el líder del NSDAP iba a hacer una visita a su barrio; su padre y su madre se habían convertido en entusiastas partidarios a través de sus discursos en la radio, y la personalidad que irradiaba empezó a resultar inspiradora también para la niña. El día de la visita, madre e hija estuvieron horas antes guardando sitio frente al atril instalado en el exterior; hubo un retraso, debido a que la caravana motorizada se había visto interrumpida por una enérgica protesta y —según la muchacha se enteraría luego— el propio líder se había visto forzado a saltar del coche y golpear a sus oponentes con una «fusta para perros».[30] Finalmente, consiguió llegar al espacio público reservado para el evento y pasó entre la multitud allí congregada estrechando

manos con sus partidarios y deteniéndose a intercambiar algunas palabras con los más afortunados. Una de las personas a las que se paró a saludar fue un hombre que estaba al lado de Hildegard Dockal, lo que permitió a la niña fijarse en «sus brillantes ojos».[31] Esta entró en un estado de éxtasis; pero cuando el líder siguió adelante sin reparar en ella se sintió «abandonada».[32] (Esta devoción fue pasajera y el escepticismo posterior no tardó en llegar; ni la familia de Hildegard ni ella fueron nunca miembros del partido nazi. No obstante, esto demuestra cómo incluso los que no tenían ningún tipo de inclinaciones políticas —especialmente los niños, que carecían de ellas por completo— podían de repente verse arrastrados por aquella corriente).

La satisfacción de agradar al Führer también estaba muy extendida entre los jóvenes; desde aquellos que tuvieron la oportunidad de actuar en las ceremonias organizadas con motivo de los Juegos Olímpicos de 1936 hasta los chicos y chicas enviados con las Juventudes Hitlerianas y la Liga de las Muchachas Alemanas a hacer excursiones al campo y a las montañas, todos albergaban constantemente la idea de trabajar para el líder. En 1940, Günther Lothar, de once años, fue uno de los alumnos de Berlín seleccionados para lo que ellos creían que sería una excursión escolar especial a las nevadas cumbres de Iselsberg, cerca de la ciudad de Lienz, en Austria. Días para ir en trineo y caminar por la nieve, para tomar comidas abundantes (algo muy inusual para los niños berlineses) con «pasteles» y «polenta con salsa de frambuesas»[33] en los albergues, todo ello coronado con el placer de escuchar las transmisiones radiadas del Führer. Las postales que podían enviar a casa llevaban la imagen de Hitler. Solo después de pasadas algunas semanas, estos niños —un grupo de en torno a setecientos muchachos de la zona urbana de Berlín— se dieron cuenta de que en realidad habían sido evacuados, y que aquel iba a ser su hogar con carácter indefinido. Sus padres no tenían nada que decir al respecto. Una carta oficial del líder juvenil de Iselsberg comunicaba a las familias que «mientras en Inglaterra las autoridades solo cuidan de los hijos de los plutócratas [una falsedad

sorprendentemente imaginativa] todos los jóvenes alemanes de zonas bajo el peligro de los bombardeos tienen la oportunidad de disfrutar de una estancia saludable y despreocupada en otros lugares de su bella patria de la Gran Alemania».[34] Para estos chavales, Hitler se había convertido a la vez en su padre y su profesor, y su imagen y sus palabras, en su temario de estudio.

Con anterioridad a esto, Ingeborg Seldte, una de las pocas afortunadas que habían sido elegidas para las exhibiciones olímpicas, disfrutaba de «tardes de senderismo y trabajos manuales»; dado que no tenía otra cosa con la que comparar aquella experiencia, la comunión de «Führer, volk und vaterland» le transmitía una extraordinaria calidez.[35] Solo cuando se hizo más mayor —la Kristallnacht de Berlín fue la primera vez que le invadió la inquietud — fue capaz de liberarse de ello. Hacia el final de la guerra, ya era plenamente consciente de la vileza del régimen que tanto a ella como a otros innumerables niños les había deslumbrado.

No obstante, en abril de 1945, esa influencia todavía estaba presente en algunos de los habitantes más jóvenes de la ciudad. La tarde del cincuenta y seis cumpleaños del Führer, se reunió a un pequeño grupo de chicos de las Volkssturm de las Juventudes Hitlerianas, en la Cancillería del Reich, bajo la supervisión del líder de las Juventudes Nacionales Artur Axmann. Ellos no sabían de antemano nada de la existencia subterránea de Hitler, ni de la desintegración que había causado. Fue una ceremonia especialmente preparada, a la que asistió un equipo de filmación. En ella los niños eran premiados con la Cruz de Hierro, con el fin de poner en valor a los muchachos soldados. Uno de ellos era Alfred Czech, un chico de doce años procedente de una granja de Silesia que, pocas semanas antes, había conducido el carro de su padre para ir a rescatar a soldados alemanes heridos, enfrentándose al avance del Ejército Rojo. En su primera incursión, el joven Czech ayudó a retirar a cuatro heridos de la línea de fuego; y en la segunda, a ocho. La valentía del muchacho no había pasado desapercibida y se había informado de ella a las altas jerarquías. Él,

junto con aproximadamente otra docena de chicos, fueron seleccionados para recibir estos honores.

Primero, recordaba Czech, un general llegó a la granja familiar y le dijo que se preparara para hacer un viaje especial a Berlín. «Mi madre se oponía completamente a la idea —diría Czech décadas después—. Tenía miedo de que yo pudiera sufrir algún daño durante el viaje, pero mi padre estaba a favor, así que fui».[36] El medio de transporte fue un aeroplano militar, y tras un breve vuelo, el muchacho se encontró en una ciudad que empezaba a temblar bajo el peso de la artillería soviética. Él y los otros chicos que estaban allí para ser recompensados por su valentía recibieron un suculento desayuno. También les proporcionaron nuevos y elegantes uniformes de las Juventudes Hitlerianas. A primera hora de la tarde, hicieron a los muchachos formar en los jardines parcialmente destruidos y llenos de maleza de la Cancillería del Reich. Artur Axmann les dio instrucciones de cara al gran honor que vendría a continuación. Se les alineó de forma que el cámara del noticiario allí presente pudiera sacarles desde el mejor ángulo. Este evento serviría para decirle al pueblo alemán que la victoria sería finalmente suya; que se encontraba en el valor leonino de esta joven generación.

La distancia entre esta vigorosa intención y el aspecto, parecido al de un zombi, del Führer era inmensa: llevaba el brazo izquierdo, inútil y tembloroso, pegado al cuerpo; tampoco podía utilizar la otra mano para ponerles las condecoraciones. Lo único que sus dedos podían hacer era dar palmaditas y acariciar la cara de los muchachos. Cuando llegó a Alfred Czech, se mostró impresionado por su acto de valentía: «Así que ¿tú eres el más joven de todos? ¿No tuviste miedo cuando rescataste a los soldados?». Alfred, embargado de orgullo, pero a la vez tímido y nervioso, solo fue capaz de responder: «No, mi Führer».[37] De lo que se trataba de cara a los potenciales espectadores que pudieran ver el noticiario era de trasladar un mensaje, teóricamente procedente del Führer, sobre los chicos y lo que ellos simbolizaban: el espíritu y el valor que haría que Alemania derrotara finalmente a sus odiados enemigos. Entretanto, terminada la ceremonia, los chavales, portando

orgullosos la Cruz de Hierro, fueron invitados a la destartalada Cancillería a tomar una merienda especial. Hitler no estuvo presente. Una vez más había desaparecido bajo la tierra.

Otros seis niños también estaban a punto de mudarse a aquella penumbra subterránea; esta vez no se trataba de héroes de guerra, sino de las cinco hijas y el hijo de Goebbels y su esposa Magda (ella tenía un hijo mayor nacido de un matrimonio anterior, Harald Quandt, que era teniente en la Luftwaffe, y en aquel momento, prisionero de guerra). Sus otros hijos, cuyos nombres comenzaban todos por «H», según tradición familiar, eran Helga (doce años en abril de 1945), Hildegard (once), Helmut (nueve), Holdine (ocho), Hedwig (seis) y Heidrun (cuatro). La madre y los hijos habían estado viviendo en la residencia de fin de semana que la familia tenía en Lanke, a la orilla del lago Bogensee, al norte de Berlín. Incluso en medio de aquella tranquilidad, llegaba el cada vez más cercano sonido de las explosiones en la distancia. Durante los dos días siguientes, los estrechos pasillos del búnker se convirtieron en su casa y su patio de juegos. El cumpleaños de Hildegard había sido justo una semana antes. ¿Por qué había insistido frau Goebbels en que todos tenían que quedarse en Berlín, en lugar de llevarlos a un sitio más seguro? Tal vez compartía las mismas preocupaciones que otros muchos berlineses: ¿acaso había algún lugar que pudiera considerarse seguro para sus pequeños? ¿Dónde podrían encontrar refugio con sus enemigos ya a las puertas? Y, lo más doloroso, ¿cómo muchos otros padres berlineses podían mirar en los próximos días a sus hijos mientras planeaban cómo matarlos?

La conciencia de que el tiempo se acababa preocupaba ya a todos los habitantes de aquellos lóbregos túneles. A última hora de la tarde de aquel 20 de abril —el día que el Führer, en condiciones normales, habría pasado recibiendo los honores de los dignatarios extranjeros con motivo de su cumpleaños—, Albert Speer se encontraba en la Sala de Crisis mirando impasible cómo Hermann Goering —vestido no con su característico uniforme gris plata, sino con uno de camuflaje color caqui que parecía, a ojos de observadores que lo veían con cierto cómico cinismo, parecido al uniforme estadounidense— trataba de convencer al Führer de que

había llegado la hora de salir de Berlín y que la única ruta que quedaba viable era la norte-sur, a través de Baviera. Pero Hitler no reconocía este concepto del tiempo; para él, carecía de significado. Había que defender la ciudad. En un tono de voz débil y ronco, le dijo a su lugarteniente que él iba a quedarse. «¿Cómo puedo pedir a las tropas que libren esta decisiva batalla de Berlín si en ese mismo momento yo me retiro para ponerme a salvo?», dijo.[38] Goering anunció entonces que él tenía «tareas urgentes que resolver en el sur de Alemania [...] que tendría que irse de Berlín esa misma noche». Según comentó Albert Speer, «Hitler le miraba con impasibilidad».[39] Incluso aunque Goering hubiera conseguido ocultar un ápice de su nerviosismo, su propósito de huir era patéticamente obvio. Speer tenía la sensación de estar presenciando un momento crucial en el tiempo; el total desmoronamiento del régimen nazi, confirmando su final.

En otro lugar del complejo, Eva Braun estaba decidida a que el cumpleaños de su amado se celebrara como siempre se había hecho. Se ordenó servir un refrigerio en la superficie de la Cancillería del Reich y, pese al peligro de los potenciales bombardeos, dar una fiesta. El ambiente en el búnker ya estaba de por sí marcado por la bebida; los «faisanes dorados» del partido tenían aparentemente un acceso ilimitado a las bebidas alcohólicas, lo que les ayudaba a disipar su propia sensación de temor al ver cómo el tiempo se les iba de las manos. En ese momento, esos mismos faisanes estaban haciendo preparativos para abandonar la ciudad, si bien un reducido número de ellos parecía contento con la idea de frau Braun de evadirse de las preocupaciones por una noche.

El propio Führer se había retirado a sus estancias, pero Braun, desde la superficie, hizo que su vieja habitación de la Cancillería dispusiera de todo lo posible. Se encontró champán, y el doctor Theodor Morell, médico del Führer, y Martin Bormann, se unieron a ella. La noche pedía música, así que también se localizó un gramófono. Solo había un disco, un éxito de la canción romántica publicado por primera vez a finales de la década de 1920, titulado «Rosas de rojo sangre»; pese a lo gótico del título, era una melodía

dulce y pegadiza que hablaba de un amante que quería embelesar al objeto de su amor con los bellos pétalos de la rosa.[40] Pero este esfuerzo por acallar la cada vez mayor sensación de miedo solo podía tener un éxito limitado. Mientras Magda Goebbels al menos podía albergar la ilusión de tener cierta capacidad de acción —siempre había existido la posibilidad de llevarse a sus hijos de Berlín a Baviera— Eva Braun no tenía ninguna. Ella debía quedarse donde estaba. Esto había quedado claramente evidente con la histérica reacción del Führer a la noticia de que otro de sus médicos personales, Karl Brandt —que había estado profundamente implicado en espeluznantes proyectos sobre la eutanasia de personas minusválidas a lo largo de los años—, había anunciado su intención de escapar de Berlín. Cuando lo comentó con Eva Braun, el Führer lo calificó de traición. El doctor Brandt tuvo que comparecer en un resquebrajado edificio ante un improvisado tribunal presidido por el líder de las Juventudes Nacionales, Artur Axmann, que emitió la única sentencia posible: la muerte. Finalmente, Himmler y otros altos miembros de la jerarquía le perdonaron la vida (aunque por poco tiempo, ya que, tras la guerra y su captura a manos de los británicos, fue uno de los acusados en el «juicio a los médicos» de Núremberg celebrado entre 1946 y 1947, y condenado a la horca por crímenes contra la humanidad). El sombrío episodio había dejado bastante claro a Eva Braun que no podía moverse del lado de Hitler. Aunque, de todos modos, nunca había mostrado indicios de querer estar en ningún otro sitio.

A unas veinte millas al norte, con sus guardas presos del nerviosismo y el tiempo corriendo a la velocidad del rayo, se estaban abriendo las puertas de otro de los secretos más oscuros del régimen. El campo de concentración de Sachsenhausen había sido utilizado para distintos propósitos: experimentos sobre la forma más eficiente, en tiempo y coste, de asesinar a una gran cantidad de hombres y mujeres sin inducir al pánico o a la resistencia a otros prisioneros; experimentos de carácter médico en sujetos vivos; provisión de trabajo esclavo para las fábricas y complejos industriales de Berlín. A medida que iba cayendo la tarde el 20 de

abril de 1945, los prisioneros supervivientes con la movilidad suficiente fueron siendo preparados por el comandante del campo y los guardias de las SS para abandonar el complejo. Para muchos de ellos, la perspectiva de ser obligados a caminar en la incierta penumbra, dejando atrás la esperanza de ser liberados por los aliados, debió de resultar desgarradora. Sachsenhausen —construido en 1936 con el propósito de servir de campo de concentración modelo, en el que todas las crueldades y miserias de este sistema pudieran perfeccionarse para luego exportarse a todos los demás campos— había sido principalmente utilizado para los presos políticos y apóstatas populares a los que el miedo no había conseguido silenciar. Inmediatamente después de la Kristallnacht, este campo dio cabida a un nuevo contingente de judíos detenidos, cuyas vidas quedaron desde ese momento marcadas por un dolor y un miedo atroces. Sachsenhausen no había sido concebido en un principio como campo de exterminio, pero durante aquellos pocos años, su índice de muertes era ya tan alto que no podía cifrarse en una cantidad exacta, aunque se calcula que fue de en torno a las doscientas mil víctimas. Algunos fueron asesinados en masa; otros de forma individual, mediante la degradación física resultante de la malnutrición y la hipotermia. El enclave se encontraba lo suficientemente alejado de Berlín para que sus ciudadanos permanecieran ignorantes de lo que allí sucedía, si bien no cabe duda de que algunos rumores debieron de llegar a través de aquellos bosques y lagos. Desde 1930, los miembros de muchas familias berlinesas habían sido arrestados y trasladados allí; y solo los más afortunados llegaron a ver a esos familiares, cadavéricos y enmudecidos, finalmente liberados. Hubo artistas disidentes a los que también enviaron allí para «corregirlos»; un destino que George Grosz ya había anticipado que habría sido el suyo de haberse quedado en Alemania. Lo que tenían ante sus ojos iba mucho más allá de la tortura: las víctimas tenían las muñecas atadas a la espalda y les levantaban del suelo, dislocándoles los miembros. No era para sonsacar información; se les mutilaba, simplemente, porque para eso estaba hecho aquel sitio.

En sus inicios, el campo había sido también utilizado para un gran número de prisioneros políticos que allí despertaban a una vida desprovista de cualquier comodidad, calidez o amabilidad: como en Auschwitz, la leyenda «El trabajo os hará libres» estaba inscrita sobre la verja de entrada, pero la realidad era entonces un panorama de barracones desnudos casi sin calefacción, mínimas instalaciones sanitarias, comida putrefacta y crueldad sin límites. Cuando llegó la guerra, y los prisioneros empezaron a ser trasladados allí desde lugares lejanos, el campo asistió al desembarco de una amplia colección de destacadas figuras, como el ex primer ministro francés Paul Reynaud, el excanciller de Austria Kurt Schuschnigg, el pastor luterano e implacable crítico del nazismo Martin Niemöller e incluso el aristócrata Gottfried Graf von Bismarck-Schönhausen, que había participado, aunque de forma bastante indirecta, en el complot de 1944 para asesinar a Hitler (debido a una deferencia bastante poco frecuente, él recibió un trato —no de tortura, sino de simple encarcelamiento— que ninguno de sus compañeros de prisión podría haber esperado). Este fue un lugar de entrenamiento para los hombres de las SS que posteriormente aplicarían sus técnicas en los campos de la muerte del este: infligir dolor en público, mediante látigos o porras, algo que no solo resultaba traumático para las víctimas que sufrían los golpes, sino también para los internos obligados a mirar, aparte de las diversas brutalidades aplicadas durante el trabajo forzado en tareas industriales o de construcción intensivas (el campo contaba con un enorme solar dedicado a la fabricación de ladrillos e incluso para probar el calzado militar —de por sí, una forma de tortura—, haciendo caminar durante horas a los prisioneros, con las botas manchadas de sangre). Sachsenhausen fue pionero en el uso del gas y de los medios más eficientes para la extinción de la vida humana en grandes cantidades; esto vino después de que otros métodos —como decirles a los prisioneros que tenían que medirles y luego ponerles contra paredes dotadas de unos paneles que, al abrirse, permitían dispararles por la nuca— demostraran ser insuficientes.

El brutal ambiente de Sachsenhausen generaba las más extrañas distorsiones; en sus primeros días, los prisioneros con inclinaciones artísticas descubrieron que una forma de mantener una especie de espíritu comunitario era a través de la música, en concreto, del trabajo coral; de esta manera, tanto los prisioneros más ancianos como los más jóvenes podían encontrar una conexión ya fuera a través de piezas clásicas o de canciones populares de sus lugares de origen. Lejos de acabar con esta forma de expresión del espíritu, las SS se apropiaron de ella y la convirtieron —así como la interpretación de canciones nazis— en una obligación; mientras los exhaustos prisioneros desempeñaban como podían su ingente carga de trabajo forzado, las armonías arrancadas de sus pulmones vacíos se convirtieron en una perversa forma de tortura mental y física. Como recordaba un prisionero:

> Las SS hacían del canto, como de todo lo demás, una burla, un tormento para los prisioneros […] a los que cantaban demasiado bajo o demasiado alto les golpeaban. Los hombres de las SS siempre encontraban una razón […]. Cuando al atardecer teníamos que arrastrar a nuestros camaradas que habían caído muertos o asesinados de vuelta al campo, teníamos que ir cantando. Hora tras hora había que cantar, ya fuera bajo un sol ardiente, un frío helador, nieves o tormentas, en la plaza donde pasaban lista, teníamos que estar de pie y cantar […] sobre la chica de ojos marrones, el bosque o el urogallo […]. Mientras tanto, los camaradas muertos y los moribundos yacían junto a nosotros sobre una manta de lana hecha pedazos o sobre el suelo helado o empapado.[41]

En ese momento, la jerarquía nazi estaba decidida a dejar el menor rastro posible de estos campos, o de su finalidad. En fechas anteriores de aquel mismo año, cientos de niños, mujeres y los prisioneros varones más ancianos habían sido obligados a subir a obscenos vagones de tren para que los mataran en otro sitio. Otros prisioneros vulnerables murieron simplemente a causa del trabajo o fueron fusilados. De este modo, los presos restantes que aún estuvieran en condiciones físicas suficientes podían ser obligados a emprender una marcha forzada si era necesario. Con el Ejército Rojo ya tan cerca —y con tantos prisioneros soviéticos en Sachsenhausen —, los estresados hombres de las SS se movían con rapidez por los barracones haciendo su selección. Había unos treinta mil prisioneros en sus uniformes de rayas que, pese a los diversos grados de

enfermedad y malnutrición, y de agotamiento extremo, fueron considerados lo suficientemente capaces para ordenarles levantarse de sus catres. Entre ellos se incluían las pocas mujeres y niños que quedaban aún en el campo. Había otros prisioneros que ya no podían moverse; ni siquiera la amenaza de la máxima violencia o de la muerte hubiera bastado para hacer que se pusieran de pie, y no digamos, caminar. No quedaba tiempo; no se podía hacer nada con ellos. Pero según la tarde fue entrando en la noche, y llegaron las doce, los más aptos físicamente fueron organizados en grupos, con las armas de sus guardias dispuestas. No hubo explicaciones, ni detalles: las puertas del campo se abrieron y su marcha hacia la oscuridad comenzó.

Con tantos miles de prisioneros vestidos con aquella ropa tan ligera y con un calzado rudimentario e inadecuado, la evacuación fue haciéndose gradualmente. La columna de la marcha, que caminaba rumbo noroeste en cohortes de quinientos, iba haciéndose cada vez más larga. Para un gran número de aquellas víctimas de los nazis, este sería su final, tras pasar por una tortura insoportable: amenazados y coaccionados por fanáticos guardias que no paraban de apuntarles con sus armas, los que caían derrumbados, a causa de la intensa fatiga, simplemente recibían un tiro allí mismo. A lo largo de las lúgubres noches y días siguientes, mientras caminaban con fatiga por caminos forestales, el ya escaso ánimo de muchos empezó a flaquear. «Continuamente nos decían, desde la derecha y desde la izquierda: ¡Más rápido, daos prisa! —recordaría el prisionero lituano de cuarenta y ocho años Mikas Šlaža—. Muertos de cansancio, cuando nos decían que íbamos a quedarnos en el bosque, nos tirábamos al suelo sin más».[42] Muchos de estos prisioneros morían durante el viaje más absurdamente nihilista, algunos asesinados, otros a causa de un fallo orgánico y del agotamiento. Tras unas dos semanas, la horrible inutilidad de todo esto acabó afectando a los guardias nazis; la mayoría de ellos se alejaban y escapaban, a sabiendas de que al final acabarían viéndolos como criminales. Su huida se aceleró al avistar soldados estadounidenses cerca de Schwerin. Fueron aquellos mismos soldados los que encontraron a

los supervivientes de la marcha; su liberación había llegado finalmente. Mientras tanto, el campo en el que habían estado prisioneros sería descubierto, pocas horas después de su salida, por el Ejército Rojo; sería el último tras una sucesión de horripilantes descubrimientos. En Sachsenhausen, el Ejército soviético fue avanzando entre aquellos inhóspitos barracones del campo ya abandonado por las SS, y al entrar en su interior, se encontró con los grandes y angustiados ojos de unos cuerpos prácticamente en el esqueleto. Todo esto a escasa distancia de la que había sido la ciudad más refinada del mundo.

En el tratamiento por parte de la jerarquía soviética de la liberación del campo hubo cierta prestidigitación política, ya que oficialmente se ponía el énfasis en las nacionalidades de las víctimas, y no en su religión. Las autoridades tenían sus propias razones para restar importancia a la persecución genocida de los judíos, una de las cuales era que eran rotundamente contrarios a la idea una identidad judía unificada. En varias divisiones del Ejército Rojo había un gran número de judíos —entre unos trescientos mil y quinientos mil combatientes que lucharon con todo su corazón por esta liberación— a quienes el descubrimiento de estos campos había radicalizado. Como apuntó el historiador Mordechai Altshuler, la campaña del Ejército Rojo a través de Europa, evaluando la magnitud de los crímenes cometidos por los nazis, comenzó a cambiar el modo de pensar de los soldados judíos de la Unión Soviética.[43] Ellos pudieron ver, a través de Letonia, Ucrania y Polonia, cómo los niños habían sido asesinados y cómo la cultura judía había sido arrancada con violencia. Estos soldados, que solo sabían ruso, comenzaron entonces a aprender hebreo por su cuenta, y empezaron a pensar en el sionismo. Pero las autoridades soviéticas querían acabar con esto. Cualquier sugerencia de que el pueblo judío tenía derecho a tener su propia patria se consideraba una herejía, y cualquier idea de que esta patria tenía un fundamento histórico era falsa a sus ojos. Además, a los judíos soviéticos se les enseñaba expresamente que hasta la idea de una identidad judía iba en contra del comunismo. El pueblo judío socialista no tenía

conexión de ningún tipo con los capitalistas judíos que vivían en Occidente. Sin embargo, toda esta retórica chocaba con la espeluznante realidad. Un oficial judío, que llegó combatiendo hasta Berlín, recordaría luego que uno de sus primeros encuentros fue con una mujer alemana de aspecto serio que iba vestida toda de negro. Ella se lo quedó mirando desde la distancia y empezó a seguirle; durante unos cuantos días, él continuó viéndola. Finalmente, la mujer se le acercó y le tendió un papel en el que había dibujado una Estrella de David. Estaba claro que había pasado escondida toda la guerra y por fin podía proclamar su identidad judía a las fuerzas conquistadoras. El oficial supuso que ella debía de tener cuarenta años, pero en realidad tenía dieciséis.[44]

Después de la guerra, las autoridades de la Unión Soviética no tardarían mucho en imprimir un nuevo ímpetu al antisemitismo, para sus propios fines. Y, como amargo epílogo de la liberación de Sachsenhausen, incluso después de que sus horrores fueran revelados al mundo, continuaría existiendo, como campo de prisioneros soviético, durante los siguientes años. Los que lo liberaron, y los que después iban a adaptarlo para su nuevo uso, no parecían albergar recelos supersticiosos sobre que semejante lugar estuviera embrujado o maldito. Por el contrario, al acabar la guerra, llevaron allí nuevas hornadas de internos cuyas opiniones políticas no coincidían con las de las autoridades.

A las veinticuatro horas de la liberación de Sachsenhausen, aquellos civiles del centro de la ciudad que no estaban a cubierto, empezaron a retroceder a medida que los edificios empezaron a arder de forma aparentemente espontánea. En el aire, el estruendo era progresivo e incesante; las tiendas y pisos cercanos a Alexanderplatz comenzaron a derrumbarse espontáneamente, envueltos en nubes de polvo y llamas, como si ya no pudieran soportar el peso. Esto obedecía al fuego de artillería que estaba lloviendo sobre el centro de la ciudad: poderosas bombas lanzadas desde la distancia caían en enormes cantidades y sin previo aviso. El bombardeo del Ejército Rojo sobre

Berlín careció de una clemente consideración que siempre habían mantenido los ataques de las fuerzas aliadas: la posibilidad de advertir de ellos. Cada calle, cada avenida —y cualquier desdichado ciudadano que anduviera por ellas— podía evaporarse de repente por obra de un relámpago del color blanco más intenso, y a cualquier hora del día. Se contaba que las ancianas que hacían cola a la puerta de las tiendas de comestibles se pegaban contra la pared para protegerse, y que algunas se ponían incluso gafas de seguridad: que las llamaradas de luz parecían de otro mundo, que el ruido era demasiado grave para llegar a oírlo; y que luego, segundos después, una de esas mujeres estaba sangrando profusamente sobre la acera a causa de la metralla que se le había metido en el pecho.[45] Incluso pedir ayuda parecía inútil; los frenéticos hombres de las SS que patrullaban las calles no tenían tiempo para atender a los heridos desahuciados; e incluso si dichos heridos podían ser transportados al hospital, ¿cómo iban a curarlos si no había suministros? Al fin, la gente de Berlín ya sabía lo que era una invasión.

Las descargas de artillería procedían de Marzahn, un barrio situado a unos pocos kilómetros hacia el este, donde había habido un campo de concentración especial para la población romaní. Esta área de Berlín sería la primera en resultar completamente ocupada por los soviéticos, el 21 de abril de 1945, mediante las fuerzas del 5.º Ejército de Choque comandadas por el general Nikolai Berzarin, un veterano de cuarenta y un años de Leningrado. El fuego de artillería de sus fuerzas era lanzado desde un área de fábricas de baja altura, viviendas modestas y cerezos; las calles por las que antes solo pasaba algún coche de vez en cuando parecían haber empequeñecido en proporción al tamaño de los tanques soviéticos que entonces circulaban por ellas, haciendo vibrar hasta los cimientos. Detrás de aquellos tanques quedaba un largo rastro de alemanes muertos o hechos prisioneros. El Ejército Rojo estaba encontrando maneras de sacar partido a algunos de estos cautivos, especialmente a los más jóvenes y más inexpertos, dejando libres a algunos para que fueran corriendo a buscar unidades más grandes

para implorarles que se rindieran, en lugar de simplemente fusilarles o dejarles morir aplastados o quemados. Pronto, el fuego de la artillería soviética llegaría desde muchos otros enclaves y direcciones, e incluso la población de Berlín que permanecía dentro de sus fortalezas y refugios de cemento la mayor parte del día no podía escapar del nuevo y constante rugido de la muerte que llegaba de todas partes. Aproximadamente 1,8 millones de bombas pulverizaron la ya desfigurada ciudad, dejando algunos barrios tan inidentificables como las desdichadas almas que cayeron bajo este despiadado bombardeo. El general Berzarin, como primer comandante soviético en penetrar dentro de los límites de la ciudad, no tardaría en enfrentarse al extraordinario reto de coger todas aquellas calles y personas destrozadas y recomponerlas de algún modo. Pero el derramamiento de sangre quedaba lejos de haber terminado.

13
CALLES DE SANGRE

Entre los invasores soviéticos había quienes habían visto con una mezcla de asombro y desagrado la dignidad y la riqueza que seguían quedando intactas en parte de las afueras de Berlín; la ostentación de toda aquella abundancia contrastaba con el horror desnudo, extremo y calcinado que los alemanes habían causado en las tierras del este. Y muchos de aquellos soldados soviéticos también habían quedado un tanto confusos al ver a aquellos ciudadanos alemanes que deambulaban presos del estupor, como sonámbulos, por las aceras. Tal vez si hubieran sabido lo que aquellas personas habían sufrido durante tres meses de casi continuo bombardeo, noche tras noche, habrían entendido hasta qué punto la falta de sueño había llegado a ser una tortura. Este agotamiento también podía observarse en muchos soldados alemanes: los que aún andaban escondiéndose por las calles, o por pequeñas aldeas de los alrededores de la ciudad, a menudo sucumbían a una especie de narcolepsia. Irrumpían en las viviendas y casas de campo en busca de camas, como personajes de algún cuento popular infantil, y se las apañaban para dormir, aunque a su alrededor el aire no parara de bramar con el fuego de los tanques. Tal vez no se tratase solamente de una sensación física de intenso cansancio, sino también de una profunda necesidad de escapar, de aislarse de aquel malvado mundo. En cambio, los soldados soviéticos, que entonces ya tenían ante sus ojos la recompensa que solo unos años antes habría sido difícil de imaginar, sentían la adrenalina y la euforia correr como el mercurio por sus venas. El escritor Vasili Grossman, que había estado con el Ejército Rojo durante su avance a través de Europa del

Este, contraatacando a las fuerzas nazis, tenía en ese momento ante sí el paisaje de Alemania en primavera. Mientras se iban aproximando a la ciudad a través del campo de los alrededores, escribió: «Los árboles a ambos lados de la carretera —manzanos y cerezos— están todos en flor. Las dachas de los berlineses. Todo rebosa de flores; tulipanes, lilas, preciosas flores de color rosa, los manzanos, cerezos y albaricoques están en su apogeo».[1] Aunque el aire no paraba de rugir con las descargas y reverberaciones de la artillería, a la naturaleza eso no le afectaba: cuando los cañones quedaban en silencio, el canto de los pájaros continuaba como antes. «La naturaleza —escribió Grossman— no llora los últimos días del fascismo».[2]

Pero, el 25 de abril de 1945, las personas del más puro centro de Berlín, la mayoría de las cuales no eran miembros del partido, no veían nada de esto con claridad, si es que podían ver algo. Por el contrario, los límites de sus vidas —cuando salían de los refugios al aire denso y coagulado en busca de comida y agua— se circunscribían a cubrir las necesidades más básicas para sobrevivir entre el continuo y atronador bombardeo de la artillería que —con aleatoria violencia— hacía añicos el ladrillo, el cemento y la piedra, y llenaba el aire de fragmentos afilados y encendidos, obligando a los que conseguían salir vivos a regresar a sus cavernas. Las plagas constituían entonces otro peligro. No solo el suministro eléctrico de la ciudad había quedado completamente interrumpido, sino que también los sistemas de bombeo de agua empezaron a fallar. Todos esos ciudadanos que hasta entonces nunca se habían preguntado cómo llegaba el agua al grifo, tenían que vivir ahora en condiciones para nada mejores que los de una ciudad sitiada del siglo XIV. E incluso los que podrían haberse planteado ir hasta el río o los canales con latas o cubos para llenarlos tuvieron entonces que abandonar la idea; en aquellos días de muerte, ¿quién podía saber la toxicidad que llevaban aquellas aguas? En las calles había surtidores de agua públicos, donde la vulnerabilidad de las madres y abuelos que iban a llenar sus cubos, totalmente al descubierto, aumentaba más aún. Pero ni siquiera este suministro era fiable, por lo que los

ciudadanos tomaban la precaución de hervir el agua, en ausencia de gas, en fuegos alimentados con la madera que sacaban de los parques o de muebles viejos. En algunos edificios, los residentes solo contaban con las ramitas que podían conseguir rebuscando. Por esto, en la parte más interior de la ciudad, el tiempo estaba ya completamente comprimido. Aquella continuada lucha por, aunque solo fuera, mantener a los niños y a los ancianos alimentados e hidratados hacía imposible pensar mucho más allá del momento presente. Solo cabía centrarse en las emergencias inmediatas.

La toma de decisiones racional también resultaba difícil, porque no existía información. Los periódicos habían dejado de imprimirse, y la ausencia de datos fiables hizo que los rumores empezaran entonces a cambiar. Pocos podían saber hasta qué punto los soviéticos habían llegado a penetrar en la familiaridad de sus viejas calles. El mediodía del 25 de abril, algunos soldados de las fuerzas respectivas de los mariscales Konev y Zhukov llegaron por fin a encontrarse, solo a unos kilómetros al oeste de la ciudad, cerca de la pacífica zona de Potsdam. (Noventa minutos más tarde, se escenificó un momento cuidadosamente coreografiado a unos cien kilómetros al sur de Berlín, cuando una delegación del Ejército estadounidense cruzó el Elba en una barca para reunirse con un grupo de soldados soviéticos: el acto simbólico que confirmaba que Alemania ya estaba en manos de los aliados. No obstante, aún tendría que pasar algún tiempo hasta que los soviéticos permitieran a dichas fuerzas compartir Berlín; y tampoco llegaría nunca a haber paz entre ellos).

Mientras proseguía la implacable destrucción de la ciudad, y los escombros de los edificios públicos y viviendas particulares se hacían aún más lacerantes en medio del aullido sobrenatural de los lanzacohetes, la violencia parecía al margen de cualquier cálculo racional. Se regía por su propia e inexorable fuerza de la gravedad, como un agujero negro. Uno de los pocos que parecían, casi irracionalmente, dispuestos a arriesgarlo todo para oponerse a esta fuerza era el general de cincuenta y tres años Helmuth Weidling, con monóculo y mirada beligerante, que llevaba en el Ejército toda su vida; a diferencia de los habitantes del búnker, él parecía mantener la salud mental y la perspectiva, si bien era profundamente

consciente de a lo que se enfrentaban él y lo que quedaba de la Wehrmacht en la ciudad. La marea del Ejército Rojo, las cifras absolutamente inimaginables —por encima de un millón y medio— que estaban arrasando los barrios periféricos de la ciudad eran imparables. La defensa, que no llegaba a los cincuenta mil soldados regulares, y otros cuarenta mil aproximadamente de la Volkssturm, más los muchachos jóvenes, estaba nominalmente destinada a zonas delineadas con esmero, dentro de lo que era más o menos el contorno de la línea circular del ferrocarril suburbano. Pero aquel orden teórico, más propio de un juego de mesa, chocaba con la realidad, a menudo frenética y anárquica; las ventanas de los bloques de pisos aspiraban un fuego brillante que hacía retroceder a los pequeños grupos de hombres que desde el interior habían estado apuntando con balas de francotirador a los soldados soviéticos que había en la calle.

El cuartel general del Área de Defensa de Berlín se encontraba situado en ese momento en Hohenzollerndamm, al sudoeste de la ciudad; en la mañana del 25, el general Weidling recibió la visita del comandante de la División Carlomagno de las SS, Gustav Krukenberg (había nacido en Bonn, y este comando de colaboracionistas franceses de las SS le fue asignado debido a que hablaba el francés con fluidez). A Krukenberg y sus hombres se les había hecho volver de forma expresa a la ciudad; su ferocidad y su profunda fe en su causa no habían mermado. A lo largo del día, Krukenberg tenía que atravesar la ciudad hasta Hermannplatz, cerca de los impresionantes grandes almacenes Karstadt. El tipo de guerra para la que él y sus hombres se estaban preparando era más indefinida, más independiente, más improvisada. Se trataba de utilizar el terreno urbano para lanzar súbitos y salvajes ataques, pero también para retirarse y reagruparse luego de forma invisible y rápida. Era el tipo de guerra en la que las vidas de los civiles no significaban nada; no eran más que simples cuerpos que podían servir de ayuda o de obstáculo. Este era otro de los fríos callejones sin salida de los llamamientos de Martin Heiddegger al despertar del espíritu nazi; el único propósito de Krukenberg y sus hombres era matar. Aunque

habían causado terror en cualquier circunstancia, en aquel momento se aproximaban otros que traían sus nuevos y propios terrores.

Los ríos y canales de la ciudad ya no bastaban para demorar la arrolladora embestida del Ejército Rojo; en una de las muchas inversiones de la realidad cotidiana, al este de la ciudad, cerca del Treptower Park, los puertos deportivos en los que se amarraban habitualmente las embarcaciones de recreo (como el pequeño yate que Marion Keller había utilizado para navegar hacia el sur de la ciudad) ahora estaban ocupados por barcos militares soviéticos y diversas lanchas comandadas por los soldados rusos. Las vías fluviales de Berlín habían dejado de poder considerarse como parte de las defensas naturales de la ciudad.

Por otra parte, el amplio círculo en torno a la capital que se había marcado como línea defensiva había pasado a convertirse en una soga. Los soldados del NKVD soviético —agentes de seguridad militares que previamente habían estado desplegados por las líneas del Ejército Rojo para lidiar, de la forma más despiadada, con las deserciones y las retiradas— fueron apostados en puntos estratégicos por todo el perímetro de Berlín, a fin de convertirla en una enorme prisión. Aunque no todos los caminos o accesos podían bloquearse, era una evidente declaración de intenciones. El círculo debía mantenerse hasta que la ciudad fuera definitivamente purificada por las balas y las llamas. Ivan Serov, lugarteniente del monstruoso jefe del NKVD, Laurenti Beria, se quedó en cierto modo perplejo ante el paisaje en llamas que tenía frente a sus ojos. Había contado con tener que sortear algunas armas trampa, pero no se encontró con nada especialmente eficaz. Varios tramos de autopista estaban minados, y algunas trincheras habían sido diligentemente excavadas por la Volkssturm, pero, más que la lucha frenética y frontal que Serov imaginaba, enseguida se haría evidente que sería una guerra de guerrillas que se desarrollaría entre las sombras de las ruinas calcinadas. Aquel no era el enemigo que él había esperado. Los soviéticos habían estado trabajando sobre el supuesto de que sus adversarios lucharían por su hogar, por su familia o por las generaciones venideras; en cambio, lo que tenían enfrente eran sociópatas de mirada glacial a quienes les hubiera dado igual ver

arder a toda la ciudad con sus habitantes dentro, a condición de que ese infierno también consumiera a los bolcheviques. (La desagradable y en cierto modo sorprendente ironía era que, en medio de todo el derramamiento de sangre que estaba encargado de supervisar, el propio Gustav Krukenberg —pese a cumplir un periodo de condena en una prisión soviética— llegaría a vivir hasta 1980).

Aún quedaban berlineses que habían conseguido mantener su raciocinio pese a esta embestida, algunos de los cuales se sintieron invadidos por la rabia contra el Gobierno que les había traicionado. El punto de referencia berlinés al que Krukenberg apuntaba, los grandes almacenes Karstadt, en Neukölln, una oscura mole que en su día había resplandecido en la noche con su elegancia modernista, se convirtió entonces en el foco de esta nueva ira contra las autoridades. La tienda había sido objeto de una especulación cada vez más intensa. Se decía que su sótano y sus bodegas contenían abundantes reservas no solo de alimentos básicos, sino de alcohol y otros artículos de lujo. Solo unos cuantos días antes, un bombardeo aéreo americano atacó la calle donde se encontraban los almacenes Karstadt, y muchos de los que se habían congregado esperanzados en el exterior murieron en el acto. En la mañana del 25 de abril, bajo el cielo amenazante con la mortal tormenta, una nueva multitud de ciudadanos volvió a congregarse para continuar el asedio ante las puertas cerradas, mientras los situados en las primeras filas trataban por todos los medios de abrirlas.[3]

En este momento, el saqueo y el robo en general no eran nada inhabituales; el hambre había acabado con casi todos los escrúpulos que quedaban. Incluso los berlineses más ancianos y conservadores se daban cuenta de que la dignidad cívica había quedado muy atrás. Las terminales ferroviarias de mercancías situadas al norte de la ciudad habían sido invadidas por personas en busca de comida enlatada (hasta los tarros de puré de manzana se consideraban en aquel momento un lujo).[4] También había ocasiones para llevarse gratas sorpresas: el comerciante de vinos de la zona más rica del oeste de Berlín empezó a regalar todas sus existencias, en parte

para que el ya próximo Ejército Rojo no se hiciera con sus selectas botellas de vino de Riesling, Côtes du Rhône y Malbec, y en parte porque había un cruel elemento de futilidad en mantener una tienda de vinos tan bien surtida en mitad de las calles ensangrentadas. Entretanto, los almacenes Karstadt seguían representando para los berlineses un símbolo de todo lo que antes había sido la ciudad: una ciudadela de abundancia, en comida, en mobiliario y en alta costura, repartida en nueve elegantes plantas. Incluso con las privaciones de los años de guerra, Karstadt y sus departamentos de alimentación llenos de deliciosos olores seguían ocupando un lugar destacado en el imaginario popular. En aquel momento, cerrado y a oscuras, se había convertido en una feroz obsesión para unos ciudadanos cada vez más alborotadores y hambrientos. Como recordaba la ama de casa berlinesa Elfriede Magatter: «Todo el mundo empujaba y daba patadas para llegar hasta las puertas [...] nadie parecía estar al mando».[5]

Al final, la horda consiguió entrar, para comprobar, bajo la luz parpadeante del polvoriento edificio, que había en efecto existencias de leche condensada, harina, fideos, así como ropa de cama, toallas y calzado. Aquellas mercancías almacenadas, tanto de comida como de ropa, habían sido mantenidas como reserva por parte de las autoridades municipales en previsión de que la ciudad fuera sometida a un largo asedio. «Las mujeres cogían abrigos, vestidos y zapatos en el departamento de ropa. Otras se llevaban la ropa de cama, sábanas y mantas de los estantes».[6] Los funcionarios locales se personaron allí para tratar de evitar el saqueo más escandaloso y al menos lograr que el botín de los saqueadores se limitara a la comida que pudieran transportar. Había mujeres que se calzaban las botas más caras; en medio de la ceniza y los escombros del exterior, un calzado adecuado era una necesidad acuciante.

Las torres gemelas de sesenta metros de altura, con sus amplias e ininterrumpidas vistas a la calle, habían dado a Karstadt una nueva utilidad para las autoridades, que las habían dotado de vigilantes de la Volkssturm. De modo que, mientras los ciudadanos cogían todo lo que podían, los veteranos apostados arriba con sus prismáticos

veían lo que se avecinaba. Cerca de los límites del barrio de Neukölhn, se estaban congregando soldados soviéticos del 1.er y 2.º Ejército de la Guardia, mientras otros pelotones se aproximaban a Treptow y Mariendorf. Aunque todavía no se sabe con total certeza quiénes fueron realmente los responsables —lo más posible es que fueran los hombres de las SS de Krukenberg—, el edificio de los grandes almacenes Karstadt se convirtió en sí mismo en un blanco de destrucción. Cuando los (a menudo ancianos y gentiles) saqueadores hubieron satisfecho sus deseos de lujos como mermelada y cálidas mantas, las puertas de la tienda volvieron a cerrarse a cal y canto para ellos. Existía el temor de que aquellas imponentes torres cuadradas pudieran —caso de caer en manos del Ejército Rojo— convertirse en la más letal y eficaz posición para que sus equipos de francotiradores dispararan y mataran sistemáticamente a todo el que anduviera por las calles. Algunos cronistas de la ciudad opinan que otras figuras de la jerarquía nazi habían considerado esta posibilidad, y que el edificio de estos grandes almacenes ya estaba sembrado de potentes cargas explosivas en los puntos clave desde bastante antes. Sea cierto o no, durante los últimos minutos en los que el edificio mantuvo su integridad estructural, los hombres de las SS habían entrado a toda prisa para llevarse las existencias de alimentos que quedaban. Las primeras explosiones hicieron que las torres se doblegaran, formando una nube de polvo y humo a medida que iban cayendo poco a poco, y una enorme lluvia de escombros empezó a descender dentro de la propia tienda y sobre las calles y edificios adyacentes. Una de las más importantes creaciones modernistas de Berlín, de las pocas que habían sobrevivido al fanatismo neoclásico de Speer y a años de bombardeos aliados, quedó reducida a sus cimientos, desnudos y fracturados.

Los puentes y estaciones de ferrocarril de toda la ciudad se vieron en parte transformados por la mera presencia —recelosa y extraordinariamente vigilante— de los soldados del Ejército Rojo. Una unidad del 3.er Ejército de Choque logró establecerse junto a las grises orillas del canal de Westhafen, un paisaje de naves

industriales bombardeadas y gasómetros destrozados. Como muchos otros paisajes industriales en ruinas, la amenaza de los francotiradores o los morteros estaba presente por todas partes. Sin embargo, para aquellos soldados del Ejército Rojo procedentes de zonas interiores y rurales de la Unión Soviética, incluso este poco atractivo resto de vida urbana debió de parecerles bastante llamativo y fascinante. Y la amenaza a la que se enfrentaban se veía contrarrestada por el sonido de enormes explosiones a lo lejos y el continuo zumbido de los lanzacohetes; cuanto más se iba aproximando el Ejército Rojo al centro de Berlín, más intenso era el foco de tantos millones de toneladas de explosivos, que cortaban y destruían azulejos y asfalto, ladrillo y argamasa, muebles y recuerdos de familia, sesos y huesos. La 220.ª Brigada de Tanques del Ejército Rojo se encontraba en la estación Görlitzer Bahnhof, al este de la ciudad, llenando las calles de los alrededores de llamas y atronadoras explosiones que sacudían los cimientos y hacían imposible pensar. Es probable que, entre aquellos hombres, hubiera moscovitas que hicieran comparaciones entre la arquitectura urbana de su ciudad y la del enemigo. Pero la estación de tren en sí, que en su día había sido una grandiosa estructura de inspiración italiana, llevaba mucho tiempo siendo taladrada por las bombas de los aliados; los que se congregaban en sus andenes al descubierto, llenos de hierbajos, eran refugiados, entremezclados con desertores. En aquellas calles, y en otras parecidas al este de la ciudad, había hombres que se rendían y entregaban al enemigo; y también un número cada vez mayor de envalentonados trabajadores forzados, procedentes de Francia y otros países europeos, que buscaban la manera de mostrarles a aquellas fuerzas que ellos eran auténticos aliados suyos. En otro lugar, Nordhafen una de las brigadas de fusileros del Ejército Rojo encontró un puerto urbano con un pequeño muelle que, al igual que Westhafen también estaba lleno de los espectrales esqueletos metálicos dejados por el bombardeo a la industria: vías férreas combadas, fábricas de gas destruidas, las ventanas ciegas de los talleres de ladrillo. Y tanto este como el de Westhafen, era el paisaje de hombres y muchachos desesperados que estaban convencidos de que, hicieran lo que hicieran, la muerte

era casi segura. En concreto, el miedo mayor y ciertamente intenso entre muchos jóvenes alemanes era que caer prisionero de los soviéticos equivalía a convertirse en un muerto viviente; un futuro de trabajo esclavo en minas asfixiantes o en páramos helados, sufriendo amputaciones por la congelación y sin posibilidad de escapar ni esperanza ninguna. La periferia de la ciudad, una zona antes inhóspita y en ese momento letal, ofrecía al menos posibilidades alternativas: o bien mantenerse cerca de pequeñas bandas de guerrillas cada vez más irregulares armadas con Panzerfausts y rifles, haciendo regates entre los escombros y ladrillos dejados por las bombas y escondiéndose en sótanos industriales, o bien alejarse y rastrear el campo más allá de estos límites y valorar las posibilidades de colarse entre las patrullas soviéticas cada vez más numerosas e irse en busca de una nueva identidad y libertad, o al menos ser capturado por los estadounidenses, que seguramente se comportarían con la misma humanidad que los vaqueros de las películas del Oeste.

La motivación de los soviéticos se alimentaba de algo más que de la mera conquista y sometimiento de la capital enemiga. Un escuadrón especial de soldados rusos adscrito al NKVD irrumpió en una gran mansión del sudoeste de la ciudad, cerca de Grunewald, y reclamó para sí el santo grial científico que había estado buscando. Se encontraba entre las calles de señoriales villas, salpicadas y agujereadas por las heridas de los ataques aéreos, pero aún enteras. Harnack Haus, un edificio neoclásico, guardaba un secreto que el régimen nazi, en su ignorancia, había pasado despreocupadamente por alto. Pero era uno de esos elementos que había hecho que Stalin ansiara tanto llegar a la ciudad antes que los estadounidenses. El tesoro escondido —la piedra angular del armamento atómico— era el óxido de uranio, del que el edificio albergaba nada menos que tres toneladas. Guardaba además doscientos cincuenta kilos de uranio metálico y «veinte litros de agua pesada» (un compuesto con propiedades nucleares utilizado en los reactores).[7] Como se ha

señalado con anterioridad, la inmensa mayoría del trabajo en la física nuclear experimental se había trasladado hacía tiempo fuera de Berlín, a Hechingen, al sur del país. También se había llevado fuera de la ciudad un gran número de los cubos de uranio especialmente diseñados por Werner Heisenberg, que se estaban utilizando en experimentos atómicos todavía en marzo de 1945.[8] Sin embargo, debido a un descuido poco habitual, aún quedaban en Berlín fragmentos de todo este material. Y aunque grandes y famosas mentes —entre ellas las de Heisenberg y Otto Hahn— también habían sido evacuadas (para ser al poco captadas por el Ejército de Estados Unidos), todavía permanecían en Berlín algunos científicos muy brillantes que estaban preparándose para vivir bajo la égida de sus nuevos señores.

Los soviéticos —y sus físicos más destacados— habían sido claramente conscientes del potencial de la investigación atómica durante muchos años. Las noticias de nuevos descubrimientos habían cruzado las fronteras nacionales: los físicos inquietos siempre habían sido auténticos internacionalistas. Tras los descubrimientos acerca de la fisión llevados a cabo por Lise Meitner y Otto Hahn en Berlín a finales de la década de 1930, el científico ruso Igor Tamm había manifestado ante sus alumnos: «¿Sabéis lo que este descubrimiento significa? Significa que se puede fabricar una bomba que destruya una ciudad entera».[9] Luego, con la guerra llegó también la inquietud constante de que una potencia rival desarrollara esa capacidad, dejando a las demás inermes. Pese a las extendidas purgas estalinistas de los años treinta y al exterminio de funcionarios del partido y miembros de la *intelligentsia* al que dieron lugar, la Unión Soviética había tenido laboratorios de física funcionando continuadamente, no solo en Moscú, sino también en Leningrado y Ucrania. Algunos de ellos fueron atrapados por lo que se denominó la «fiebre del uranio».[10] Al igual que en la Alemania nazi, entre las autoridades soviéticas también existió cierta reticencia inicial a creer en lo que se podía conseguir; es decir, para ellas, la irradiación de energía atómica no era más que una fantasía que solo podría convertirse en realidad en un futuro lejano. Después llegó el

trauma de la invasión alemana de Rusia en 1941, y la evacuación de los programas de física nuclear desde las ciudades más grandes hacia los Urales y Kazajistán. Un joven científico que se había alistado en la Fuerza Aérea Soviética, Gueorgui Fliórov, se dio cuenta de que las publicaciones científicas occidentales habían empezado a limitar la información sobre el progreso nuclear, y supuso que aquella oscuridad informativa debía de obedecer a que había en marcha un trabajo en el más estricto secreto, por lo que escribió directamente a Stalin: «Es esencial no perder ningún tiempo a la hora de construir la bomba de uranio».[11] Fliórov fue puesto en contacto con físicos del más alto nivel. En un momento en que los ejércitos nazis estaban asolando el país, la cuestión de qué hacer con el dinero constituía un claro dilema. La Unión Soviética podía perseguir el sueño de fabricar una bomba nuclear, pero su coste podía ser mayor que el de todos los esfuerzos de guerra asumidos hasta entonces.

Como los físicos alemanes habían descubierto, se planteaban unas dificultades aparentemente inextricables a la hora de manipular con eficacia el uranio, el grafito, el agua pesada y los ciclotrones para producir los efectos establecidos en la teoría. Cuando el rumbo de la guerra comenzó a cambiar, y los soviéticos empezaron a hacer retroceder a los nazis a través de aquellas tierras devastadas, los físicos rusos se pusieron en contacto con el pionero en materia atómica danés Niels Bohr, entonces residente en Suecia, que, tras considerar la oferta de ir a Rusia, la rechazó. En torno a aquella época, los soviéticos también comenzaron a recibir un flujo constante de inteligencia procedente de Estados Unidos, proporcionada, a hurtadillas, por el científico atómico y simpatizante comunista Klaus Fuchs, que había sido reclutado para el Proyecto Manhattan por el Laboratorio Nacional de Los Álamos. A través de él supieron a ciencia cierta que los estadounidenses se habían propuesto convertir en realidad el sueño de una bomba atómica. Pero Niels Bohr no era el único físico en el que los soviéticos estaban pensando. En su lista de científicos a los que deseaban incorporar estaba también el cuarteto de físicos de Berlín que había acordado el

pacto comentado en el capítulo 7. Incluso en abril de 1945, con el final de régimen nazi claramente a la vista, los siguientes movimientos debían ser muy delicados; si sus planes se descubrían, nada podría evitar que estos hombres fueran detenidos por las SS y fusilados por traición.

Los miembros del pacto —los profesores Von Ardenne, Thiessen, Volmer y Hertz— querían garantías de los soviéticos. Una de ellas era poder continuar con su trabajo sin grandes interrupciones. Otra, crucial, consistía en una amnistía o perdón preventivo: quedar libres de cualquier posible persecución por actos cometidos bajo el régimen nazi. De los cuatro, parecía que el profesor Thiessen, el director del Instituto Káiser Guillermo, era el más estrechamente vinculado a los nacionalsocialistas (compartía un piso cerca del instituto, en la elegante Faradayweg, con el eminente profesor de química Rudolf Mentzel, que había ingresado en el NSDAP ya en 1925 y estaba especializado en la investigación para la guerra química). Pero todos los científicos, incluso los que no eran miembros del partido, eran en teoría vulnerables, y los integrantes del pacto —que sabían lo valiosos que eran sus conocimientos atómicos— estaban especialmente inquietos. Gustav Hertz explicaría más tarde a sus colegas que se había inclinado por la Unión Soviética porque Estados Unidos ya contaba con una extraordinaria cantidad de expertos en este campo, a los que habían reclutado antes; trabajar formando parte de un contingente tan numeroso podía resultar agobiante, mientras que sus colegas soviéticos parecían dejar más espacio a nuevos descubrimientos.[12]

Y fue en este mismo instituto donde tuvo lugar el primer contacto entre los soviéticos y el profesor Thiessen, que expuso las condiciones del pacto a los victoriosos invasores en cuanto estos entraron por la puerta. Aunque es posible que esto generara cierta confusión entre el NKVD, una de las razones por las que los soviéticos necesitaban ganar la carrera hacia Berlín con tanta urgencia, desbancando a los americanos, era poder abalanzarse sobre esta institución antes de que esa parte de la ciudad conquistada cayera en la zona ocupada por los americanos. Los

hombres del NKVD supervisaron la salida inmediata de los elementos valiosos, una vez más siguiendo las instrucciones de sus propios físicos. Por otro lado, estaba la cuestión del equipamiento especializado; aunque gran parte ya había sido trasladado al sur de Alemania por los nazis, el instrumental que quedaba seguía siendo de gran valor. Si los profesores Thiessen y Volmer hubieran albergado algún noble propósito por seguir teniendo cerca esta tecnología, este se vería frustrado en cuestión de horas. Y muy poco después de que los soviéticos se hubieran hecho con el control del instituto, el profesor Thiessen fue conducido en un coche blindado a otra gran mansión situada solo unas pocas calles más al sur, en el barrio de Lichterfelde. Aquella era la sede de los laboratorios privados de Manfred von Ardenne. Al igual que en el caso del profesor Thiessen, los agentes del NKVD y los físicos que les habían aconsejado eran perfectamente conscientes de que Von Ardenne era un fichaje muy valioso. Sus laboratorios ya eran de por sí objeto de admiración: podían presumir, entre otras cosas, de contar con el pesado núcleo metálico en forma de rueda de un acelerador de partículas ciclotrón y de la peculiar elegancia de los microscopios electrónicos[13] (en los años cuarenta, eran como periscopios metidos dentro de armarios). El joven aristócrata parecía absolutamente dispuesto a ayudar a los invasores comunistas. Pero sus exigencias acabarían revolucionando su vida y la de su joven familia.

Quizá Von Ardenne, en plena implosión del régimen nazi, tan solo veía un futuro de callejones sin salida. Cuando su instituto privado se puso bajo la «protección» del NKVD,[14] él también pasó a estar inextricablemente en poder de los soviéticos. ¿Hubiera podido él preferir, como su colega aristócrata Wernher von Braun, haber sido transferido a Estados Unidos? A diferencia de Von Braun, que moraba entre las sombras de horrendas atrocidades, él no estaba bajo esa carga. ¿Es posible que simplemente considerase a los soviéticos como el nuevo rostro de Europa? Lo cierto es que no dudó mucho antes de aceptar la oferta soviética por su regenerada carrera: crear —y dirigir— un centro de física completamente nuevo.

Sus colegas rusos sabían de sus conocimientos expertos en la separación de isótopos magnéticos y en la espectrometría de masas (campos de nombres esotéricos con aplicaciones nucleares sumamente prácticas), entre otros. ¿Y dónde se iba a ubicar este nuevo instituto? En realidad, no dentro de Berlín. Él y su laboratorio se trasladarían al completo a lo más profundo de la Unión Soviética: la pequeña localidad abjasia de Sujumi, en la costa este del mar Negro.[15] Allí, en medio de los restos de una grandiosa arquitectura decimonónica y de remotas, agrestes y escarpadas montañas, la concentración estaba garantizada: el contraste con la deslumbrante modernidad de Berlín no podía ser mayor. Tampoco estaría solo: además de su familia, se le sumaría también el profesor Hertz, que trabajaría en un instituto contiguo, junto a unos treinta científicos alemanes más. De otra parte, a los profesores Thiessen y Volmer les establecerían en Moscú; Volmer estaría inmerso en su trabajo con el agua pesada en el Instituto 9,[16] mientras que Thiessen, por su parte, sería cauteloso con sus nuevos mecenas soviéticos. Querían utilizar directamente sus conocimientos expertos para la formulación de armamento atómico, pero el profesor Thiessen arguyó que podía ser más eficaz en su propio y ligeramente apartado campo de las barreras para la separación de isótopos (que, una vez dominadas, ofrecerían un gran abanico de posibilidades para el benévolo objetivo de la energía atómica). Su razonamiento consistía en que, si le empujaban a entrar en la espiral gravitacional del armamento nuclear militar, nunca tendría la oportunidad de volver a salir de Rusia. Su objetivo —compartido por sus colegas— era regresar algún día a Alemania. Para Thiessen y el profesor Hertz, esto ocurriría solo unos pocos años más tarde. A mediados de la década de 1950, Hertz fue reubicado en la ciudad de Leipzig, en Alemania Oriental. Thiessen, cuyo trabajo en la investigación nuclear en Moscú le había granjeado un gran prestigio —y el Premio Stalin—, regresó a Berlín Este.[17] Entretanto, a Manfred von Ardenne también le concedieron su deseo de retomar la vida en Alemania. Él eligió la bella (aunque terriblemente dañada por las bombas) ciudad de Dresde, y allí fue donde su carrera encontraría un renovado aliciente para su

prodigiosa inventiva. A partir de 1955, y con todo su equipamiento de trabajo instalado en una elegante villa, su creatividad pudo abarcar varios campos, desde la física nuclear a la terapia contra el cáncer.[18]

Berlín estaba paralizado. El U-Bahn había dejado de funcionar desde el 21 de abril de 1945 (habría sido insólito que cualquier forma de servicio hubiera podido funcionar lo más mínimo en los últimos días), y caminar no era una opción, ni siquiera en las circunstancias más desesperadas. Demasiados de los puentes que atravesaban los canales de la ciudad se hallaban bloqueados, y los que no lo estaban podían verse llenos en cualquier momento de invasores del Ejército Rojo. En el sudeste y el este de la ciudad, los berlineses aún podían escuchar desde sus sótanos el bramido de los motores de los tanques y los repetitivos chirridos de la tracción de sus orugas. Pero, además, podían sentirlo: una vibración sacudía constantemente el aire, haciendo temblar las luces y los muebles, y su resonancia traspasaba todo el cuerpo. El terror no era menos estremecedor en las áreas un poco más alejadas del centro. Christa Ronke, de quince años, estaba con su madre en Dahlem. Su vida transcurría casi todo el tiempo en el confinamiento del sótano del edificio que compartían con otras dos familias. En total, había otras cinco mujeres y un chico de catorce años llamado Hans-Jörg. Ambos jóvenes eran conscientes del peligro que corrían, pero aún no eran capaces de formular con precisión lo que podía conllevar. Los ocupantes del sótano estaban analizando un panfleto que les habían dejado hacía algunos días. Christa recordaba que la redacción era estridente, del estilo de: «Orden del ministro de Defensa del Reich, doctor Goebbels: ¡La ciudad de Berlín se defenderá hasta el final! ¡Luchad con fanática determinación por vuestra mujer, vuestros hijos, vuestra madre!». [19]

«Estábamos durmiendo en colchones en el suelo del sótano —anotó en su diario, aunque el descanso no era fácil; parte del tormento de aquella época obedecía a la falta de sueño—. Yo no

podía dormir porque los disparos de la artillería y la torre antiaérea procedentes del exterior sonaban muy fuertes».[20] Y apenas el sol empezaba a hacerse presente entre las llameantes ruinas, comenzaba la agotadora búsqueda de comida. «A las seis de la mañana nos levantábamos todos y volvíamos a las colas —escribió —. Esto es ahora lo más importante, porque dentro de poco ya no quedará nada».[21] Como un gran número de sus conciudadanos, Christa y sus vecinos del sótano esperaban conseguir comida no perecedera para poder mantenerse cuando el resto de los suministros, inevitablemente, quedara reducido a la nada. Incluso aunque estos habitantes se sintieran lo bastante seguros como para aventurarse en los bosques de la ciudad —plagados de soldados y metralla— las posibilidades de encontrar algo comestible eran escasas. Para entonces, los tiroteos en las calles parecían algo completamente irrelevante tanto para ella como para sus compañeros de sótano: en esas colas, un nuevo e ilusionante rumor iba pasando de unos a otros. «La gente dice que hemos hecho las paces con Estados Unidos e Inglaterra —escribió Christa—, y que ahora estamos luchando juntos contra los rusos».[22] Se trataba de un eco cruelmente fiel a una fantasía que últimamente había ido permeando en algunos rincones de la Cancillería del Reich: que la capitulación ante los aliados occidentales podía conducir a un replanteamiento del conflicto, y que estadounidenses y británicos se estaban dando cuenta por fin de quiénes eran sus verdaderos enemigos. En la cola en la que estaba Christa, no parecía que muchos dieran crédito a esta fantasía. En los últimos días, los suburbios de Berlín habían sufrido no solo los bombardeos de aviones soviéticos, sino también enormes explosiones, que no se sabía de dónde procedían, a medida que la artillería del Ejército Rojo iba penetrando. Por toda la ciudad, los soviéticos —previendo una defensa psicópata por parte de las SS— estaban desplegando más de un millón de proyectiles desde posiciones tomadas a la orilla del río o en las carreteras principales. El sometimiento no bastaba; el enemigo nazi debía ser desmembrado y aplastado. Los berlineses eran ese enemigo. En cuestión de unas horas, el cruel autoengaño

fruto de las falsas ilusiones por parte de los ciudadanos que solo esperaban salvarse se haría aún más evidente.

Un poco más lejos aún, algunos estaban elaborando sus propios métodos para plantar cara a los rusos. Para la técnica de imagen y sonido Marion Keller, que vivía a bordo de su yate en Werder y trabajaba con su equipo en el laboratorio *ad hoc* construido entre todos en la fábrica local de cerveza de lo alto de la colina, había algunas medidas prácticas que se podían tomar. Marion sospechaba —a juzgar por el eco cada vez más próximo de las explosiones— que el Ejército Rojo avanzaba en ese momento a través de los bosques y rodeando los lagos. «Así que estamos preparándonos a nuestra manera para la invasión del Ejército Rojo —escribió—. El equipo del laboratorio está aprendiendo ruso».[23] Supuestamente, estaban adquiriendo los rudimentos de conversación básicos a una gran velocidad. El objetivo, como dijo Marion Keller, era ver si podía haber «una transición a la paz» sin mayores «heridas».[24] El mero hecho de expresar en voz alta estas intenciones en el centro de la ciudad todavía era suficiente para provocar la enloquecida ira de los «hombres lobo» y de los oficiales de las SS. Cerca de la ondeante superficie de los lagos, bajo el cálido cielo primaveral, y con poca gente en los alrededores, había más oportunidades para manifestarse abiertamente. Esto no significaba que allí no se sintiera miedo. De hecho, la zona era tan susceptible a los rumores generados por el temor como cualquier torre antiaérea del interior de la ciudad. Había barqueros en el río Havel que creían haber visto u oído a soldados asesinos acercándose por las orillas; los barqueros habían sacado lo que podían de su cargamento —sobre todo la comida— y se habían marchado al bosque como fugitivos. Había granjas por los alrededores en las que los ocupantes se dedicaban a buscar por todos los medios una forma de esconderse. Y, más cerca del trabajo de Keller, en la fábrica de mermelada de enfrente, se producían escenas dramáticas, la mayoría protagonizadas por prisioneros de guerra y trabajadores forzados franceses y polacos. Lo que quedaba de su producción se había convertido entonces en el centro de algo parecido a un delirante enjambre de insectos

humanos, al que ella tampoco era inmune. Bajó a la fábrica con una cesta de mimbre y pudo encontrar una pequeña cantidad de azúcar fino (que, obviamente, se coló por las ranuras del cesto de mimbre).[25]

Esta casi cómica actividad ayudaba a ahuyentar la angustiosa sensación de ansiedad; por otra parte, existía un extraño sentido de la solidaridad (que también podía observarse en otras fábricas) entre los trabajadores forzados y los civiles berlineses. Y había algunos berlineses que comenzaban a notar todo el peso de la carga moral de lo que el régimen había hecho; que las personas corrientes habían contribuido a esto. Ingeborg Seldte, cuya única transgresión importante, y llevada a cabo sin conocimiento, era haber actuado de niña en una coreografía de la inauguración de las Olimpiadas de 1936, había ido tomando conciencia de esta carga cada vez más agobiante a medida que la guerra había ido avanzando. También recordaba cómo su infantil fe cristiana había sido sustituida por la adoración a la naturaleza de la Liga de las Muchachas Alemanas; a finales de la década de 1930, «mientras la esvástica ondeaba en lo alto» durante sus caminatas por los bosques, había llegado a creer que ella y sus compañeras pertenecían a la única raza verdaderamente civilizada.[26] Pero esta creencia comenzó a flaquear durante los años del conflicto. Frau Seldte veía cómo sus «amigos de la infancia iban perdiendo la vida uno tras otro» y cómo «Hitler había estafado a aquellos jóvenes cobrándose sus vidas».[27] En mitad de las ruinas de la ciudad, todavía era demasiado peligroso expresar aquellos pensamientos en voz alta, pero, recordaba, «una parte de mí dejó de vivir. Me quedé sin ideales».[28] Incluso la escasa fe religiosa que le restaba había desaparecido. «Ya no podía hablar a un Dios que permitía aquel horror», escribió. La patria se había convertido en «sinónimo de culpa» y esta culpa, a su parecer, también «recaía sobre todos nosotros».[29]

El incómodo anverso de ese argumento era que esta culpa colectiva merecía un castigo. Y en lo tocante a las violaciones masivas, esto

era lo opuesto a una posición moral; suponía la caída en el más oscuro atavismo. Incluso antes de que el Ejército Rojo hubiera rodeado y cercado la ciudad, algunos de sus soldados habían sido vistos por las calles, persiguiendo a francotiradores y a guerrillas de las SS; se movían —con no poco valor— a través de un laberinto hecho pedazos en el que en cualquier momento podían encontrarse con sus enemigos esperándoles para matarlos. Aunque puede que el número de ellos no fuera muy alto, el peligro sí lo era, y había muchas bajas soviéticas cuando los defensores salían de golpe de los oscuros recovecos de las ruinas. Pero a medida que el combate en las calles se intensificaba, y las mujeres de Berlín trataban de desaparecer de la vista, otra clase de instinto terrible pareció ir contagiándose entre los hombres que se iban aproximando a las afueras de la ciudad. En algunos sentidos, el Ejército Rojo presentaba, en apariencia, una férrea disciplina; a diferencia de los nazis, que habían procurado que los soldados tuvieran acceso a los burdeles —para la violación, con la aprobación del Estado, de trabajadoras sexuales forzosas, muchas de ellas secuestradas en el este de Europa—, el Ejército Rojo valoraba positivamente la subordinación de estos deseos a un renovado enfoque centrado en derrotar al enemigo. Sin embargo, esto no sirve en absoluto como explicación de lo que vendría después, cuando ya sabían que la victoria era suya. El fenómeno del ataque sexual masivo fue tan terrorífico que, varias décadas después, muchas mujeres eran incapaces de expresar con palabras el tremendo trauma de lo que les habían hecho.

Algunas mujeres de los distritos más alejados del centro, que vivían junto a sus familias y vecinos en sótanos abarrotados, trataron de planear modos de escapar de la inminente amenaza. Por las largas calles de edificios de apartamentos destruidos, se extendió el rumor de que se habían visto soldados soviéticos rondando por el barrio. Las mujeres que permanecían en silencio en habitaciones cubiertas por el polvo de los cercanos bombardeos temían sentir de repente el aire frío si un invasor abría la puerta exterior. La primera prioridad de la mayoría de las mujeres de Berlín era garantizar que no había alemanes de uniforme en su edificio; no solo porque las

matarían, sino porque las represalias podían ser mayores. La siguiente medida era ocultarse o disfrazarse. Había mujeres jóvenes que se frotaban el pelo con ceniza, metían relleno en la ropa y trataban de taparse la cara para parecer viejas y poco atractivas. Otras buscaban escondites dentro de aquellos bloques residenciales: rincones secretos en los sótanos o ángulos fáciles de pasar por alto en las azoteas. Pero estas estratagemas favorecían la pesadilla, ya que estos eran los escondites donde los tensos y asustados soldados soviéticos iban primero a mirar si había francotiradores alemanes ocultos. Y, por supuesto, había hombres a los que no se podía desanimar tan fácilmente.

En los sótanos a media luz, llenos del polvo de los ladrillos rotos, mujeres jóvenes y también mayores temían la llegada de los rusos, esperando ver entrar a unos bárbaros borrachos. Los violadores, cuando llegaban, adoptaban en realidad formas muy diversas. Había quienes en efecto iban hasta arriba de alcohol y querían participar en violentas violaciones en grupo. También había soldados jóvenes que sus víctimas recordaban como si se encontraran algo nerviosos. E incluso otros que no parecían para nada amenazantes, sino con aspecto de sentirse alucinados al encontrarse finalmente en la capital de Alemania.

La fugitiva judía Marie Jalowicz-Simon, que vivía bajo una identidad falsa en la periferia del suburbio oriental de Kaulsdorf, en una casa pequeña perteneciente a una familia de gentiles que valientemente la habían acogido, se sintió en un principio aliviada ante lo que parecía ser el final de la guerra. Las noches y los días de interminables bombardeos —y las penalidades de refugiarse en una estrecha trinchera al descubierto excavada en zigzag— parecían estar tocando a su fin. Cuando los primeros hombres del Ejército Rojo aparecieron en medio de los jardines y las casitas de este humilde suburbio, la primera reacción fue de mutua sorpresa y silencio. «Alguien dijo: "Se acabó. Los rusos ya están aquí. Deberíamos salir"», escribió en sus memorias.[30] Los que estaban a su alrededor empezaron a salir de la trinchera con los brazos en alto. Recordaba la primera impresión del hombre que ella consideraba su

liberador. «El ruso que tenía delante era como el de un libro de ilustraciones, un mongol con marcas de viruela en la cara. Yo le abracé y le di las gracias [...]. Este simple soldado pareció bastante sorprendido».[31] Y lo que debería haber sido el momento más intenso para una joven judía que había sobrevivido a la guerra nazi permaneciendo en el lugar donde se encontraba el centro mismo del régimen, lo recordaba en cambio como vivido «sin ninguna emoción».[32]

Pero el ánimo de los soldados del Ejército Rojo cambió rápidamente. Llegaron más a Kaulsdorf. «Los soldados soviéticos entraron en las casas», escribió frau Simon; había algo inmediatamente amenazante en su actitud.[33] Al principio, los soldados les dijeron que les entregaran los relojes de pulsera y las joyas, luego los comestibles, incluidas las provisiones de botes de conservas hechas en casa que guardaban en los sótanos. A partir de ese momento, esta alarmante impredicibilidad fue intensificándose. «Un hombre de altura gigantesca y muy corpulento» se probó de pronto un sombrerito que era de la mujer que le había dado cobijo a frau Simon; a continuación, se puso también «una chaqueta de felpa que se había hecho ella».[34] Los ataques comenzaron al poco:

> Los soldados soviéticos [...] fueron arrasando las casas y violando a las mujeres. Naturalmente, yo estaba entre ellas. Yo dormía en la buhardilla, donde aquella noche me visitó un tipo robusto, afable, llamado Ivan Dedoborez. No me importó demasiado. Después escribió una nota y la dejó puesta en mi puerta. Decía que allí estaba su novia, y que todos los demás la dejaran en paz. De hecho, así fue, nadie más vino a molestarme.[35]

Si frau Simon pareció tomarse este ataque con extraordinaria calma, lo cierto es que también dejó constancia del sufrimiento de la mujer que la había acogido, frau Koch, de cuya habitación llegaban «gritos y chillidos histéricos». «Al mirar por la ventana un poco más tarde —escribió—, vi a un hombre alto, delgado y extraordinariamente guapo, con aspecto mediterráneo, salir de la casa. Este soldado soviético era con seguridad de alto rango, probablemente incluso un oficial».[36]

Esta sobriedad en la exposición de las violaciones —espeluznante por lo que sugieren de un trauma no verbalizado— también caracterizaría los relatos de mujeres de todas partes de la ciudad. Otras recordaban leyendas urbanas muy extendidas sobre cómo era posible librarse. «Ella insiste en que los rusos no tocan a las chicas que llevan gafas», escribió una en su diario sobre una conversación mantenida con otra mujer en un sótano.[37] Una joven judía llamada Inge Deutschkron se alegró muchísimo al escuchar acercarse un pesado tanque soviético a su barrio a las afueras de Berlín. Así que salió y se acercó a los soldados; uno de ellos empezó a agarrarle por la ropa susurrando «Komm, Fräulein, komm». La joven se desasió y corrió a meterse dentro de casa; su madre suspiró: «Así que al final resulta que es verdad».[38] Por un momento imaginaron que si mostraban sus tarjetas de identidad judías (cuidadosamente escondidas), los soldados lo entenderían y les perdonarían. Pero los soldados no entendían nada. Y las mujeres se vieron obligadas a correr a esconderse aterrorizadas, viviendo todo el tiempo con miedo a ser descubiertas y violadas. «Yo ya no pude volver a ser verdaderamente feliz», dijo frau Deutschkron de su vida en la ciudad a partir de entonces.[39] En otros espantosos casos, las mujeres que vivían en los sótanos trataron de llegar a tratos con los soldados para que dejaran en paz a sus hermanas pequeñas; algunas víctimas eran arrojadas dentro de habitaciones donde había grupos de hombres esperándolas; otras simplemente eran asesinadas —a veces descuartizadas— tras haberse llevado a cabo la violación. Sin embargo, los testimonios de los que relataban esta violencia no mostraban una gran sorpresa. En cierta terrible manera, el Ejército Rojo estaba cumpliendo las histéricas predicciones de Joseph Goebbels, que llevaba meses advirtiendo de cómo celebrarían los rusos su victoria. También había otros relatos iluminadores sobre las sombras, en ocasiones desconcertantes, de la naturaleza humana. Algunos recordaban a soldados del Ejército Rojo que habían cometido las violaciones, regresando al día siguiente a esos bloques de viviendas con regalos procedentes de los saqueos perpetrados en otros lugares de la ciudad, con la esperanza de despertar afecto y

buenos sentimientos en sus víctimas. En ocasiones también llevaban comida y alcohol. Había otros violadores que parecían establecer vínculos románticos con sus víctimas; hombres que no solo volvían con regalos, sino que hacían ver su deseo de formar una relación con las mujeres a las que habían atacado.

Por otro lado, se contaban historias adornadas con una sórdida ambigüedad; mujeres que habían sido objeto de las atenciones de oficiales del Ejército Rojo que, con su autoridad sobre otros soldados y sus modales educados, de algún modo les protegían de una brutalidad menos refinada. En las famosas memorias *Una mujer en Berlín*, publicadas de forma anónima en 1954 pero que décadas después se atribuyeron a la periodista Marta Hillers, la autora del diario recordaba su escalofriante sentido práctico en lo tocante a sexo y supervivencia. Tras haber sido violada dentro del edificio donde vivía, tuvo que buscar la forma de evitar que volviera a pasar. «Necesitaba un lobo que mantuviera lejos de mí a los demás lobos —escribió—. Un oficial, de la más alta graduación posible, comandante, general, lo que pudiera conseguir. ¿Para qué han de servirme mis ánimos y mis pequeños conocimientos de lenguas extranjeras?».[40] Encontró a ese hombre, y mediante la terrible relación establecida en la oscuridad mientras se acostaban dentro de aquella casa medio en ruinas, consiguió su objetivo. Él le proporcionó protección, tanto a ella como a toda la familia, y además les llevaba botines como velas de cera y alcohol. La violación se había convertido en parte de la estructura económica de la devastada ciudad; un medio para conseguir productos de consumo.

Otro elemento adicional de ambigüedad emocional llegó con el trato que los soldados soviéticos daban a los niños pequeños: se contaban un montón de historias entrañables. Los bebés parecían despertar una ternura latente e intensa en los combatientes; corrían relatos de abuelas que se acercaban vacilantes a los improvisados cuarteles y campamentos soviéticos instalados en los suburbios de la periferia llevando a sus nietecitos de la mano; al parecer, no hacía falta hablar. Todo eran sonrisas, lamentos y entrega de raciones de

carne, pan y generosas porciones de mantequilla para los pequeños. Había otros ejemplos sorprendentes; soldados soviéticos que habían descubierto los trasteros de las tiendas y se habían llevado un repertorio de artículos, tan variado que resultaba casi cómico, se mostraban muy generosos con ellos. Uno de estos pequeños recordaría décadas más tarde, siendo ya mayor, que un soldado soviético que había saqueado unos grandes almacenes se fijó en él. El soldado vio que el niño estaba un poco triste y le regaló un par de patines de ruedas.

Entre sus recuerdos de aquellos días, el mariscal Zhukov refirió una curiosa escena que presenció «a las afueras de Berlín».[41] Había una multitud formada por mujeres berlinesas y soldados del Ejército Rojo. Uno de estos soldados tenía a un niño pequeño en brazos, y le estaba contando a la tía del niño que su esposa y sus dos niños pequeños habían muerto a manos de los nazis. El soldado se había enterado de que los padres de este niño habían sido fusilados por las SS y le estaba rogando a la tía del niño que le permitiera adoptar al huérfano. La tía le dijo al soldado: «No, no te lo puedo dar». Y fue en ese momento cuando Zhukov en persona intervino, y le dijo al soldado que él mismo podría encontrar un hijo cuando volviera a casa; que en la Unión Soviética había entonces «muchos huérfanos». El soldado «besó al niño y suspiró con tristeza». Luego la escena comenzó a animarse, cuando los soldados empezaron a repartir «pan, azúcar, carne enlatada y galletas» a las mujeres y niños allí reunidos.[42]

Para algunos soldados del Ejército Rojo, las preadolescentes eran consideradas como una presa sexual y no como niñas. Había que hacer todo lo humanamente posible para esconderlas. A veces los escondites —debajo la mesa de la cocina, por ejemplo— eran lamentablemente inadecuados. El ruido de las botas del Ejército Rojo por las escaleras constituía la pesadilla más aterradora. Las mujeres tenían a veces que emplearse muy a fondo para permanecer a salvo de los ataques.

Algunas de ellas, con cierta ingenuidad, habían huido a los suburbios de la periferia, más allá de la carretera perimetral,

cruzando bosques o lagos para adentrarse en el campo. La empleada de oficina Mechtild Evers, de quien ya hablamos con anterioridad, había tomado esta decisión pocos días antes, cuando ella, su jefe y varios de sus compañeros de trabajo tomaron el salario de tres meses de la caja fuerte de la oficina.[43] Frau Evers tenía un destino muy específico en mente, que ella creía a salvo de los rusos y de los estadounidenses: Hiddensee, una isla situada a escasa distancia al norte del puerto alemán de Stralsund, que ella y su marido (que estaba combatiendo con la Wehrmacht) habían llegado a considerar una especie de paraíso. La isla apenas tenía electricidad. Con lo que sí contaba, en cambio, era con una pequeña comunidad de pescadores y acogedoras casitas de piedra. Para Mechtild, tras meses de continuos bombardeos y noches en las que el sueño era continuamente interrumpido, la idea de este lugar solitario era como un bálsamo. Aparte de esto, su esposo a veces estaba destinado en los barracones de Stralsund, por lo que existía la posibilidad de verse con él allí.

Finalmente, tras un viaje estremecedor, bajo el ataque de aviones de combate aliados, llegó a Stralsund sana y salva y supo que, en efecto, su marido había vuelto de nuevo a los barracones. Ambos pudieron disfrutar de un momento de felicidad conyugal cuando un residente de Stralsund, para quien su marido había cavado una trinchera defensiva en su jardín, les dejó pasar la noche en su cama. El marido de frau Evers estaba confinado en aquella área —llegado aquel momento, ya no existía posibilidad de que ningún hombre en edad de combatir obtuviera un permiso—, por lo que Mechtild navegó sola hasta Hiddensee, donde imaginaba que encontraría cierta soledad. Pero la isla estaba llena de refugiados aterrorizados,[44] y al poco tiempo el Ejército Rojo desembarcó allí. Al principio, frau Evers sintió cierto alivio: «La presencia de las fuerzas de ocupación soviéticas todavía no era demasiado notoria, salvo por el escándalo provocado por la ebriedad de los soldados celebrando la victoria —recordaba—. Ni el subteniente de aspecto aniñado, ni el equipo de Siberia se correspondían con la imagen del "bolchevique

infrahumano" que la propaganda nazi llevaba años presentándonos».[45]

Sin embargo, a medida que pasaban los días, el ambiente iría cambiando. Incluso para una mujer berlinesa que había conseguido traspasar los límites de la ciudad, no parecía haber escape o refugio posible. Enseguida, su vida se convirtió en una angustiosa pesadilla. Su marido fue llevado a un campo de prisioneros de guerra soviético y ella fue obligada a trabajar en el continente, primero en un depósito ferroviario de mercancías y luego en una recóndita granja, junto a otras mujeres. Algunas tenían hijos de los que les habían separado; otras eran ancianas. Con cada nuevo grupo de guardias, crecía el ambiente de hostilidad y amenaza. En ese momento, frau Evers vio, para su horror, que entre los guardias había trabajadores forzados liberados: hombres que habían sido secuestrados por los alemanes en Polonia. Allí, en aquellos campos llanos y anodinos, comenzaron los ataques. A una mujer joven la cogieron y la llevaron a una cuneta cercana, donde gritó y luchó con todas sus fuerzas. Entonces se oyó un disparo; luego, la vieron cubierta de sangre.[46] Mechtild y el resto de las mujeres —traumatizadas y aterrorizadas— fueron obligadas a continuar cogiendo remolachas. Al caer la noche, todas ellas fueron llevadas a un granero y encerradas allí, pese a las súplicas de las madres desesperadas por volver a reunirse con sus hijos pequeños. El terror ya era palpable, aunque «hubo un momento en el que todas nos quedamos dormidas sobre el heno, agotadas».[47] A mitad de la noche, se oyó el chirrido de la puerta del granero al abrirse, y todas las mujeres que había dentro fueron violadas, algunas varias veces.[48] Frau Evers recordaba que, una vez, en el Berlín de 1942, ella y su abuela habían visto a un grupo de trabajadoras forzosas llevando a cabo su agotadora tarea en un almacén ferroviario. Y, en un momento dado, una de las mujeres se había estirado para relajar la espalda: el guardia nazi le había disparado y luego la había golpeado con la culata de su rifle, mientras todas las demás miraban. La abuela había murmurado, en voz baja: «Si esto pasara alguna vez al revés…».[49]

En el sudoeste de Berlín, Hildegard Knef —escondida entre los edificios residenciales fracturados por las bombas cercanos al área industrial del centro de clasificación ferroviaria de Schmargendorf, con su novio— todavía seguía disfrazada de soldado para evitar este horror. Pero su farsa no dejaría de tener consecuencias; cuando el Ejército Rojo estuvo más cerca, se vio atrapada en ataques de artillería. Las explosiones eran una cosa; el sufrimiento psicológico a causa del zumbido ensordecedor de los lanzacohetes (apodados como los «órganos de Stalin»), otra muy distinta. El ruido había sido calculado para hacer imposible el pensamiento racional: su silbido taladrante penetraba en los rincones más primitivos del cerebro. «El temblor empieza por los pies, luego va estremeciendo y sacudiendo gradualmente todo mi cuerpo hasta los dientes, que castañetean, hasta que mi cara da contra las piedras», escribió.[50] Los hombres que estaban con ella en aquel apartamento húmedo y lleno de goteras que era el cuartel general de Schmargendorf lo entendían; habían pasado varias veces por aquello y conocían la reacción física inicial. Pero la artillería del Ejército Rojo era ineludible; y, aunque el hecho de que estuviera siendo disparada desde «una parcela local» tuviera algo de extrañamente cotidiano, no dejaba de ser terriblemente eficaz. El impacto sobre el edificio de viviendas era directo y las improvisadas defensas no tenían más utilidad que la de un cartón mojado. «La puerta de hierro se sale del quicio, empuja hacia atrás a dos ancianos y los aplasta contra la pared —escribió frau Knef—. Nosotros corremos, caemos en agujeros humeantes, salimos gateando por las ruinas, dando traspiés entre los escombros, tropezamos con la ametralladora; Dios mío, que no exploten las granadas de mano».[51]

No obstante, las inadecuadas defensas de la ciudad no eran ineficaces del todo; pequeños pelotones como este, a veces dirigidos por soldados rasos, otros comandados por personal de las SS, y muchos integrados por chavales adolescentes, estaban generando muchas bajas soviéticas. Unos trescientos hombres de la División Carlomagno de las SS —colaboracionistas franceses que se habían

unido a las fuerzas alemanas unos meses antes—, formando grupos muy pequeños, consiguieron durante un breve tiempo detener el avance de vehículos soviéticos con ametralladoras y destruir sus tanques con Panzerfausts. Grandes edificios de pisos de distritos de la periferia habían sido transformados en laberintos llenos de habitaciones, buhardillas y sótanos desde los que lanzar ataques sorpresa; en tales laberintos, los soviéticos desplegaban sus lanzallamas. Las batallas callejeras narradas por Hildegard Knef eran absolutamente inútiles, pero a la vez seguían su lógica única y particular: la de un juego de supervivencia disputado al nivel más básico. Recordaba momentos de silencio entre las vías del tren, donde ella, su novio y los hombres que aleatoriamente entraban y salían de su unidad se escondían tras los terraplenes o tras enormes bidones de petróleo. En marcado contraste, en las proximidades quedaba un mundo de pistas de tenis, cobertizos de jardín, «regaderas y rastrillos»,[52] testimonio de entornos domésticos acomodados. Ella logró entrar en el cobertizo del ferrocarril. «La lluvia repica en el tejado, y se filtra, formando charcos».[53] Un teniente había cazado un conejo y lo estaba despellejando; había algunos cigarrillos, con manchas marrones por las gotas de lluvia. La fusión de la guerra total con la normalidad de lo inmediato era desorientadora. Poco después, bajo las sombras del anochecer, frau Knef pudo escuchar, a lo lejos, «los espantosos y desgarradores gritos, altos, agudos, estridentes».[54] Ella sabía lo que significaban: que los rusos habían entrado en una casa y habían «empezado con las mujeres».

Todas las partes sabían que, incluso dentro de las más oscuras simas de la guerra, la violación era un crimen, pero no parecía castigarse con severidad. La actitud hacia las mujeres de Berlín quedó en parte sarcásticamente expresada por el novelista y periodista soviético Leonid Leonov: «Nuestras patrullas recorren ahora Berlín y las señoritas alemanas les lanzan miradas sugerentes, dispuestas a comenzar a pagar las "reparaciones" de inmediato».[55] La escalofriante imagen reducía la violación a una forma de justicia en sí misma; las berlinesas estaban allí para servir de compensación

por los múltiples crímenes cometidos por las fuerzas nazis en el este. Tal vez por esta razón, algunos soldados soviéticos no tenían conciencia de la crueldad sádica que implicaba una violación pública; en un caso, una joven que trabajaba en una tienda de comestibles fue violada sobre el mostrador, a la vista de cualquiera que pasara por la calle. Del mismo modo que el Ejército Rojo iba apropiándose de todos los bienes materiales que encontraba a su paso, las mujeres de Berlín pasaron a ser una mercancía más. A la inversa, y sorprendentemente, aquellas mujeres entendían, con amargura, que el patriarcado nazi en aquel momento en proceso de disolución —una sociedad construida sobre la imagen de maridos arios que protegían a sus familias— siempre había sido un espejismo. Durante los últimos años de la guerra, las mujeres de Berlín habían sido cruciales para el funcionamiento de la ciudad, desde las fábricas al transporte, así como para hacerse cargo de las responsabilidades del cuidado familiar. Al final, el absoluto fracaso del régimen a la hora de proteger a estas mujeres del trauma más doloroso no pareció sorprender a nadie. El hecho de que en ninguno de estos relatos la violación se considerara algo inesperado revela que los berlineses habían quedado completamente abandonados a las fuerzas de la degradación.

En abril de 1945, había en Berlín 1,4 millones de mujeres, según las estimaciones; las cifras de las que fueron violadas son imposibles de conocer, pero los cálculos se sitúan en torno al medio millón. Ciertamente, la tasa de abortos en la ciudad durante las semanas siguientes ascendió a varios miles; las leyes que prohibían esta práctica habían quedado suspendidas. En las míseras entrañas de la capital, estas operaciones tenían que llevarse a cabo sin anestesia —los suministros en los hospitales y quirófanos de Berlín eran lastimosamente escasos— y, dado que muchas de estas mujeres nunca se habrían planteado llegar a este extremo en tiempos de normalidad, esto constituía una triste metonimia del trauma y la desesperación que se vivía en toda la ciudad. En el distrito de Neukölln, durante las semanas siguientes al final de la guerra, las

autoridades sanitarias recibieron un gran número de autorizaciones para realizar abortos, así como declaraciones de víctimas sobre por qué la interrupción del embarazo solicitada era una absoluta necesidad.[56] Curiosamente, como ha apuntado la historiadora Atina Grossmann, las razones no tenían tanto que ver con la violencia y el terror que había rodeado la concepción como con las extremas circunstancias económicas de las mujeres solicitantes; un gran número de ellas afirmaba que, dadas las ruinosas condiciones de la ciudad, y la necesidad de trabajar combinada con un hambre constante, sencillamente no era de ningún modo deseable traer un hijo a este mundo. Había una razón más para que los abortos se consideraran una triste necesidad, una razón que llevaba incorporado el punzante aguijón del racismo: las mujeres embarazadas testificaban ante los médicos que habían sido violadas por hombres del «tipo mongol/asiático».[57]

Además de los abortos, había un enorme número de casos de enfermedades de transmisión sexual que, de nuevo, volvieron a ocupar las clínicas ya de por sí saturadas de trabajo durante los días y semanas posteriores al trauma. Se ha comentado que, sin embargo, en Berlín —si bien no, quizá, en ciudades y pueblos más pequeños— el fenómeno de la violación en masa fue claramente entendido por las mujeres como una experiencia colectiva. A diferencia de las secuelas de los casos aislados, que a menudo desembocaban en un trauma silencioso y en una sensación de mancillamiento, un llamativo número de mujeres de la ciudad fueron bastante directas y expresaron en sus diarios y conversaciones entre ellas lo que les estaba ocurriendo, incluso aunque todavía no fueran capaces de imaginar las repercusiones psicológicas a largo plazo. Pero también circulaban macabros chistes berlineses. Uno de ellos decía que un soldado estadounidense al menos llevaba a la mujer a cenar y la cubría de regalos antes de acostarse con ella, y que los del Ejército Rojo seguían el orden contrario.

Para las víctimas más jóvenes, los chistes no tenían tanta gracia. Sencillamente se quedaban en estado de shock. Christa Ronke escribió en su diario que, estando en un semisótano con su madre,

de repente vieron acercarse unas botas por la ventana que daba a ras de la acera. Los primeros soviéticos en entrar al sótano se mostraron amistosos; preguntaron a las mujeres y a las niñas si habían visto soldados o armas alemanas, a lo que ellas contestaron, fieles a la verdad, que no. Los rusos se fueron, pero, al poco, otro soldado del Ejército Rojo —un hombre con una herida en el ojo— entró de golpe y agarró a Christa. Su madre empezó a gritar, pero el hombre le apuntó con una pistola. Luego sacó a Christa del sótano, la metió en otro que había al lado, y la violó. Años después, ella describió el ataque con extraordinaria sangre fría, recordando, simplemente, que «el asco le había dejado un poco consternada, pero que se alegró de seguir viva».[58]

La modernidad de Berlín —la riqueza, la cultura y la sofisticación— había sido gradualmente erosionada por los nazis, y, con el paso de los años, estos también habían ido haciendo desaparecer las garantías de seguridad para gran número de sus ciudadanos. Los disidentes políticos, las personas discapacitadas, los judíos y los homosexuales se habían ido viendo despojados de sus derechos hasta que finalmente el Estado había decidido que podía acabar con sus vidas sin más consecuencias. Las mujeres de Berlín sabían que ellas tampoco contaban ya con ninguna forma de protección. Al igual que muchos de sus conciudadanos, ellas ya no eran más que cuerpos carentes de derechos. Sus hogares y sus calles también habían sido desposeídos de significado. Los soldados del Ejército Rojo, que entonces se habían apropiado de esas calles y desfilaban vestidos con sus uniformes cubiertos de suciedad y apestando a alcohol, hacían de Berlín un territorio hostil para los millones que en su día habían vivido y trabajado allí. Un enorme número de aquellos ciudadanos decidirían que ya no tenían futuro y que la única salida posible era el autoexterminio.

14
OLVIDO

Algunos berlineses llevaban las cápsulas de cianuro de potasio como el que porta un amuleto o un talismán, en una cadena colgando del cuello y cerca del corazón, bajo la chaqueta, el jersey o el abrigo. Cualquier mujer que fuera andando con mucho cuidado por entre las piedras y ladrillos sueltos de las cenicientas calles podía llevar encima una dosis. El letal veneno había estado disponible en abundancia en Berlín durante gran parte del último año. Las autoridades, lejos de imponer estrictos controles a las farmacias locales, parecían, por el contrario, estar favoreciendo su comercialización.[1] Aunque nunca de manera exactamente abierta, las mujeres y hombres desesperados —algunos de ellos padres de niños pequeños, otros ya en las estribaciones de la vejez— hacían sus discretas averiguaciones en las tiendas más tranquilas, y con la misma discreción, los farmacéuticos les entregaban paquetes que contenían pequeños viales de cristal cerrados con un tapón.[2] Varias mujeres confiaron a sus diarios haber adquirido sus dosis y que esto les había procurado cierto alivio. En este sentido, estaban siguiendo inconscientemente el ejemplo de unos siete mil judíos berlineses que —entre 1942 y 1943— también se las habían arreglado para conseguir venenos, prefiriendo el suicidio a la desesperada antes que la deportación. Cada cápsula contenía solo una pequeña cantidad de unos cristales gruesos, afilados. Era necesario tragarlos; aunque algunos de los que habían obtenido su cianuro no estaban seguros de cuál era la mejor manera de tomarlos. Había quien pensaba que una simple inhalación sería suficiente.[3] Lo más sorprendente era el hecho de que la autodestrucción estuviera tan

extendida. Berlín —que ya olía claramente a descomposición— era una ciudad en la que el suicidio parecía algo a la vez deseable y natural. En esto, los nazis, habían aportado su propia inspiración.

En sus habituales discursos por radio, durante las semanas y meses anteriores al asedio, Goebbels hizo frecuentes referencias al autosacrificio. Habló de Federico el Grande, y del noble ideal: victoria o muerte. También recordó figuras romanas como Catón de Útica, que eligió morir antes que someterse al César. Goebbels declaró en público que él «alegremente entregaría su vida».[4] Con ello pretendía invitar a otros a seguir su ejemplo. En la guerra total, este principio se extendía desde los líderes y guerreros a todos los civiles. No podía haber honor en la rendición. Y la virtud marcial del honor era aplicable a todos aquellos civiles. Mediante la combinación de esto con las espantosas (y frecuentemente exactas) historias de la devastación provocada por el Ejército Rojo a su paso por las ciudades y pueblos pequeños del este, Goebbels había evocado la imagen de un Armagedón, del horripilante ocaso de un mundo civilizado al que sucedería otro mundo demasiado terrible de soportar. Desde esta perspectiva, el suicidio se presentaba como algo natural, libre del estigma de la inestabilidad mental. Es posible que también fuera, en un sentido terrible, un eco —seguramente deliberado— del romántico *leitmotiv* germano del suicidio y el autosacrificio. A finales del siglo XVIII, se decía que la novela de Johann Wolfgang von Goethe, *Las penas del joven Werther* —la tragedia de un joven atormentado que está perdidamente enamorado de una mujer casada, y que al final decide que su sufrimiento solo puede acabar quitándose la vida— había inspirado a un gran número de sus lectores a seguir su ejemplo. Mientras que la Iglesia condenaba el intrínseco y grave pecado de la autodestrucción, Goethe lo describía como el doloroso resultado de una sensibilidad y vulnerabilidad extremas; de unas pasiones exquisitas bajo un tormento más allá de la razón. Era el amanecer del romanticismo alemán. La novela gozó de una cálida acogida dentro del canon establecido de la cultura nazi. A esto se sumaba otro eco del romanticismo oscuro: el de las óperas de Wagner, que

habían constituido un elemento consustancial de la vida artística de Berlín, y sus recurrentes temas de mujeres que se sacrificaban, ellas y sus vidas, a fin de alcanzar una forma de redención: como Senta en *El holandés errante*, Brunilda en *El ocaso de los dioses* o Elisabeth en *Tannhäuser*. También había sido un *leitmotiv* en la cultura popular berlinesa: la desdichada que se arroja desde un puente en la película de corte documental *Berlín, sinfonía de una ciudad* (1927); y el antihéroe de la popular novela berlinesa escrita por Erich Kästner en 1931, *Fabian, la historia de un moralista,* ahogándose deliberadamente.

Los rumores y conversaciones urbanas sugerían que el cianuro constituía una vía indolora hacia el olvido; un método que se remontaba a la Antigüedad, y al descubrimiento ya en tiempos remotos del letal potencial de las almendras amargas. Algunos creían que procuraba una muerte tranquila y nada violenta. Lo cierto era lo contrario. Nada más ingerirse los cristales, y una vez reaccionaban a las sustancias químicas del revestimiento del estómago, la sensación era de súbito ahogo y asfixia, ya que el cianuro actúa sobre los órganos y el sistema nervioso, reduciendo la circulación del oxígeno. Enseguida, empezaban las sacudidas y las convulsiones, mientras el sujeto —todavía plenamente consciente— luchaba por coger aire. La cara y la carne se llenaban de manchas de un color rojo intenso, a medida que la sangre caliente, al correr con el oxígeno rechazado, se iba densificando en las venas. Pero uno continuaba consciente mientras el cianuro se iba apoderando de los pulmones y del corazón, y los iba comprimiendo, produciendo un fallo cardiaco agudo. El dolor no permitía respirar, ni siquiera con dificultad. Esta lucha mortal, a medida que el tormento iba aumentando, podía durar entre dos y cinco minutos: una eternidad. [5] Incluso los que aparentaban creer las historias de una muerte fácil y sin dolor, y llevaban encima las ampollas todo el tiempo, debieron de verse asaltados todos los días por el miedo paralizante a la incertidumbre.

El 30 de abril de 1945 el régimen nazi alcanzaría su clímax de nihilismo con el suicidio de su líder. Este había ido precedido —y

sería seguido— por miles de suicidios entre los berlineses de a pie. «Existe el peligro de una epidemia de suicidios», declaró el pastor Gerhard Jacobi, de la iglesia memorial del káiser Guillermo, a un periodista sueco en 1944. «Hay miembros de mi parroquia que vienen a decirme que han conseguido cianuro […] el principal responsable de esto […] es el doctor Goebbels».[6] Para el 30 de abril de 1945, la responsabilidad seguía siendo suya, pero los factores desencadenantes de los miles de casos de autodestrucción eran muchos. Como el historiador Christian Goeschel ha señalado, uno de ellos era la violación. Así citaba a la periodista Margret Boveri, que supo de varias mujeres jóvenes que habían intentado matarse a consecuencia de un ataque violento. «Estaban totalmente deshechas, habrían deseado poder envenenarse, pero no tenían veneno: encontraban cuchillas de afeitar y querían cortarse las venas, pero, por la razón que fuera, lo retrasaban».[7] Otro desencadenante era el terror a ser capturado y condenado a una vida entera de esclavitud y tortura bajo el Ejército Rojo. Eran muchos los que en Berlín habían podido ver la penosa miseria en la que vivían los trabajadores forzados extranjeros de las fábricas, y los que habían presenciado los sádicos golpes propinados por los guardias nazis. Si el futuro consistía en una represalia simétrica, la de ser transportado, como los judíos, a los bosques del este, la muerte en comparación constituía en cierto modo un alivio.

También estaban los que habían llegado a este grado de desesperación final de forma acumulativa: porque las calles de su barrio, por las que antes caminaban, estaban entonces llenas de ladrillos y trozos de cadáveres; por haber permanecido dentro de refugios oscuros, sin radio ni información del mundo exterior, rodeados solo del llanto de los niños y el silencio de los abuelos; por haber llegado casi a perder la cabeza debido a la falta de sueño y a un hambre constante, y a una sed aún más acuciante, en muchos casos hasta un extremo de agotamiento en el que ya no quedaba lugar para la esperanza. En el distrito de Tempelhof, la esposa de un académico encontró con toda serenidad otra forma de autodestruirse: mediante un alijo de píldoras para dormir que había

ido guardando.[8] En otros barrios de edificios de viviendas, elegantes antes de que los proyectiles soviéticos los destrozaran, los residentes cogían los jirones de sábanas que encontraban y las ataban a puertas o marcos de ventanas para ahorcarse, a veces con sus cuerpos colgando por fuera, sobre las calles. Había ocasiones en que la altura ya era de por sí una gran tentación, como para la mujer del distrito de Pankow que se tiró del piso más alto de un edificio bombardeado, por el hueco donde antes habían estado las escaleras.

A la vez que la percepción del tiempo se iba trastocando, muchos también tenían la sensación de que este había tocado a su fin. En las calles residenciales en las que aún seguían en pie algunas casas y edificios de pisos, algunas cosas parecían señales de que el tiempo había rebobinado bruscamente hacia atrás: las cadenas de suministro del Ejército Rojo a veces estaban formadas por carros tirados por animales; pequeños campamentos montados alrededor de hogueras aparecían de repente en medio de saludables avenidas, una estampa evocadora de las guerras medievales. Para los berlineses acostumbrados a la pulcra y elegante modernidad de su ciudad arquitectónicamente vanguardista, y que habían dado por supuesta la inviolabilidad de su propiedad, esto era la confirmación del derrumbe de una civilización, tras el cual ya no había nada. Este era entonces un lugar sin posibilidad de encontrar un cobijo adecuado y seguro, sin trabajo (aparte de la perspectiva del trabajo esclavo), sin garantías de tener una alimentación suficiente o agua no contaminada, ni escuelas ni espacios para los niños. La guerra total había traído consigo la destrucción total. Muchos simplemente no eran capaces de ver nada más allá del polvo que les rodeaba; otros, desquiciados por la falta de sueño, solo podían escuchar los aullidos horrísonos de los cohetes *katiusha*. Un civil de edad ya madura convocó a su familia para compartir una comida especial en su dañado apartamento. Él y su mujer, y los hijos que aún seguían en Berlín, se sentaron en torno a la mesa de la cocina. Momentos después, todos saltaron en pedazos. Había conseguido hacerse con

granadas de mano de las cuales había atado dos a las patas de la mesa.[9]

Estos momentos finales, al menos, eran privados. Algunos preferían acabar con su vida a la vista del público. En Gitschiner Strasse, cerca del centro de la ciudad, junto al río, una mujer de edad indeterminada yacía sobre la acera, con el sombrero puesto. Estaba al lado de un banco sobre el que había un bolso pasado de moda y varias prendas de ropa dispersas a su alrededor. La ropa que la mujer llevaba puesta, también pasada de moda, era oscura. Estaba de lado, con los ojos abiertos, una mano rígida, en forma de garra. Probablemente se había sentado en el banco para tomar el veneno, y cuando sus efectos convulsivos fueron a más, había debido de caerse del banco y continuar tirada en el suelo mientras sus pulmones se iban encharcando y su corazón comprimiendo hasta que dejó de latir. ¿Estaba sola en la vida? ¿Dejaba atrás una familia? El suyo tan solo era uno más entre los aproximadamente cien mil cadáveres de civiles esparcidos por la ciudad, enterrados y sin enterrar, víctimas de los meses de bombardeos y de los ataques del Ejército Rojo. En torno a ella no había curiosos que se acercaran a mirar; ni nadie con autoridad que fuera a ayudar o tan solo a mostrar sus condolencias. No quedaba nadie.

Debido a los graves peligros y dificultades que conllevaba salir de los límites de la propia área o distrito, los berlineses también estaban aislados unos de otros: amigos de barrios distintos que en otras circunstancias habrían podido proporcionarse alguna ayuda o consuelo no podían comunicarse de ningún modo. La otrora fácil disponibilidad de los teléfonos había pasado a la historia. Obviamente, no había servicio de correos. Los civiles no tenían forma de saber si sus amigos aún seguían vivos. Los que vivían y se cobijaban en zonas en las que casas y pisos se habían derrumbado suponían que lo mismo había ocurrido en toda la ciudad. Este espantoso vacío contribuía a distorsionar aún más las perspectivas. Los residentes de clase trabajadora que vivían cerca del enorme complejo industrial de Siemensstadt —por entonces un panorama de ruinas esqueléticas y desmoronadas, de edificios reducidos a sus

estructuras de acero al desnudo, unas cuantas chimeneas y torres todavía en pie, desafiando aparentemente todas las leyes naturales — suponían que todas las demás fábricas e instalaciones y centrales eléctricas de Berlín habían quedado reducidas a ruinas también. Un gran número de civiles vivían prácticamente todo el tiempo bajo las calles, dentro de los túneles del U-Bahn ya completamente fuera de funcionamiento. Tal vez algunos pensaron utilizar los túneles y los pasos elevados (el sistema a veces desciende y otras se eleva por encima del suelo) para cruzar la ciudad sin ser vistos, pero incluso esta idea tenía como contrapartida el temor a lo que se aproximaba: corrían historias de tanques del Ejército Rojo que habían conseguido introducirse dentro de los túneles, aplastando y matando a civiles a su paso. La incertidumbre era en ese momento la única constante. En aquellos últimos días se estima que se quitaron la vida 3.996 mujeres y 3.901 hombres,[10] pero estos no son más que los casos registrados. En aquel torbellino de destrucción, las cifras reales fueron casi con toda seguridad más altas.

En contraste con estos finales silenciosos, por la ciudad también hubo desbordantes brotes de emoción; el incesante tronar de la percusión de los bombardeos, combinado con la alucinante extrañeza de ver parcelas y pistas de tenis salpicadas de miembros humanos arrancados y llenos de sangre, generó efectos psicológicos inesperados. Una persona anónima escribió en su diario que el espectáculo de tanta muerte solo había servido para acrecentar al máximo su apetito por la vida, pasara lo que pasase después.[11] En su escondite dentro del depósito de mercancías de Schmargendorf, Hildegard Knef y Ewald von Demandowsky sufrían síntomas de estrés postraumático, casi enterrados en el suelo húmedo y arenoso dejado por los morteros soviéticos. Fue entonces cuando Von Demandowsky se volvió hacia Knef y le pidió matrimonio. Ella replicó al instante que él ya estaba casado. Él le respondió que «nadie sabe eso aquí». El impulso había surgido de la idea de que «tal vez ya fuera demasiado tarde».[12]

La pareja había ido atravesando con cautela un terreno desconocido lleno de vagones de ferrocarril volcados y calles

repletas de tanques que avanzaban lentamente, mientras sus ojos reflejaban el candente resplandor de las explosiones, entre hombres y niños que disparaban proyectiles. En la semioscuridad de las calles sin iluminación, había caído una suave lluvia sobre las destrozadas aceras. Knef y Von Demandowsky avanzaban ocultándose entre las sombras, y encontraron unos escalones que bajaban a un sótano lleno de gente. «Están allí en filas, inmóviles, callados, en torno a un cabo de vela, en medio de un montón de bultos, cubos, cajas, sentados respetuosamente en sillas de jardín, de cocina. Váyanse, nos gritan, no queremos militares aquí, nos matarán si les encuentran aquí, lárguense».[13] Pero ¿podían al menos darles algo de agua? Una «mujer desdentada» sacó una botella y, mientras frau Knef se daba la vuelta para salir de aquella oscuridad, no pudo evitar el cruel pensamiento: «esperando la muerte como ovejas en el matadero».[14] Pero, para muchos de los de más edad, no había otra posibilidad. Salir al exterior suponía arriesgarse a quedar hecho papilla por los disparos y las explosiones. Y no había posibilidad —incluso si uno estaba dispuesto a correr ese riesgo— de encontrar refugio en ninguna otra parte. ¿Dónde más iba a haberlo?

En cambio, a solo unos kilómetros de distancia, había algunos rincones donde la vida —aunque no estuviera libre de sobresaltos, ni del profundo tronar en la distancia ejerciendo una presión constante sobre los nervios— tenía momentos de sorprendente paz. La refugiada clandestina judía Marie Jalowicz-Simon, que seguía viviendo en la casa de frau Koch, se quedaba fascinada por las visitas de trabajadores forzados extranjeros que, cautelosa y recelosamente, estrenaban nuevas y extrañas libertades. Estos hombres y mujeres habían sido tratados con una crueldad salvaje, pero en aquellos agónicos días de guerra, los Koch habían seguido llevando calladamente a cabo sus buenas obras. Había muchos ucranianos en un campo de concentración cercano; sobornando a un guardia del campo con cigarrillos durante varias semanas, los Koch le habían convencido para que les mandara a su casa a algunos de estos hombres, con la teórica finalidad de que les partieran leña. Pero lo que los Koch hacían era dejar que estos ucranianos

descansaran en su pequeña casa, y pudieran lavarse las heridas que el látigo había dejado en sus espaldas. Actos compasivos como este estaban prohibidos; bajo los nazis, una estricta normativa impedía cualquier forma de comunicación o contacto entre los nacidos en Berlín y los trabajadores forzados de cualquier lugar de Europa. En ese momento, el campo parecía abierto.[15] Dos mujeres que habían hecho amistad con los Koch se decidieron a hacerles una visita. Una de ellas, llamada Krystyna, se quedó mirando el piano de frau Koch. Esta le preguntó, «con las mañas con que uno se dirige a los extranjeros», si sabía tocar la melodía de «Los palillos chinos». Krystyna hizo ver que no, pero se sentó al piano e improvisó la ejecución de la Sonata para piano en la mayor de Mozart. Resultó que había estudiado música en un conservatorio de Cracovia.[16] Este breve instante de evasión debió de parecer —en un momento en que las radios estaban en silencio— trascendental. Porque, como escribió Simon, «el ruido cada vez más próximo de la batalla se había convertido en nuestra constante música de fondo».[17]

Algo similar había venido desarrollándose en medio del acuático paisaje de Werder, a escasos kilómetros al sudoeste de Berlín. Para el 30 de abril, Marion Keller, en su laboratorio de producción audiovisual, también estaba viendo surgir nuevas relaciones entre los trabajadores forzados y los alemanes que tenían prohibido hablar con ellos. La retirada de la zona por parte de las autoridades nazis —ya solo quedaban los inestables restos de la Volkssturm, reducida a un grupo de chavales alborotadores— había sacado a los trabajadores forzados «a la plena luz del día». En este sentido, el anterior espíritu de cosmopolitismo paneuropeo de Berlín estaba siendo reavivado inconscientemente. Pero este espíritu conciliador también respondía a una razón práctica: un miedo compartido al Ejército Rojo. No era tanto un sentimiento antisoviético como, sencillamente, uno de los terrores más antiguos de la guerra. Frau Keller y su nuevo amigo Fo Bloom, un trabajador forzado de Ámsterdam, esperaban ofrecer a «los sitiadores» algo más que una

mera rendición pacífica. Bloom, que sabía algo de ruso, «aceptó entregar» un mensaje al campamento del Ejército Rojo más cercano. [18] Parecía sencillo, pero en realidad la idea no podía entrañar más riesgos.

Bloom tenía que sortear un bosque en el que todavía podía haber aterrorizados miembros de la Volkssturm de gatillo rápido y también desertores de la Wehrmacht, además de una amplia extensión de agua en la que cualquiera que tratara de navegarla se convertía en un blanco claramente vulnerable para el punto de mira de un francotirador. Pese a los riesgos, él y un compañero emprendieron la misión con entusiasmo al amanecer del día siguiente; regresarían unas horas después. La respuesta iba a desencadenar el plan de acción más extraordinario y enrevesado por parte de Marion Keller y su equipo.

Mientras, en el corazón de la ciudad, los tanques del Ejército Rojo estaban cruzando por fin el puente Moltke, a muy escasa distancia del Reichstag en dirección norte. Una resistencia extremadamente intensa había estado a punto de impedir que lo consiguieran, e incluso entonces, seguían disparándoles. Fue aquí y en las calles más allá del puente donde, en el espacio de los últimos dos días, los soviéticos se habían encontrado con toda la fuerza desatada de los últimos reductos de las SS y otras unidades: las balas salían de ventanas rotas y de habitaciones oscuras y humeantes; repentinamente en las calles se materializaban (y con la misma rapidez desaparecían) muchachos uniformados y hombres con Panzerfausts, que muchas veces habían demostrado ser letalmente eficaces contra los tanques soviéticos, provocando explosiones, terribles quemaduras y muerte. El puente Moltke, tendido sobre el río Spree, era una construcción del siglo XIX, evocadora de románticos paseos al atardecer, con la tenue luz de las farolas y la brillante luz de la ciudad reflejada sobre sus turbias aguas. Hoy en día sigue así, pero, a finales de abril de 1945, estaba siendo defendido por una partida extraordinaria de unos cinco mil hombres de las SS, junto con otros más mayores de la Volkssturm, que habían levantado complejas barricadas tanto en el extremo norte

como en el extremo sur del puente. E incluso habían llegado a instalar, en la parte inferior de su estructura, explosivos que debían ser detonados en el momento que un tanque se acercara lo suficiente para cruzarlo. Las unidades del 3.er Ejército de Choque soviético que entraron en combate fueron rechazadas por un reducido número de defensores, muchos de los cuales mostraron instintos mártires, decididos por completo a morir por proteger el Reichstag (irónicamente, un edificio por el que los nazis no habían mostrado nunca más que una desdeñosa falta de interés). La mera potencia de fuego del Ejército Rojo ya anunciaba que la victoria sería inevitablemente suya, pero no antes de que las SS hicieran detonar los explosivos colocados bajo el puente. No todos ellos explotaron y, aunque una parte considerable de su estructura desapareció en las aguas del Spree, todavía se podía cruzar. La entrada de tanques del Ejército Rojo habría parecido a cualquier espectador uno de los símbolos más contundentes de un poder nuevo que había venido a aplastar el viejo. Sin embargo, el poder viejo no estaba dispuesto a abandonar su sitio.

Al otro lado del Reichstag, aproximándose desde el sudoeste, estaban las divisiones soviéticas de fusileros. Este avance también estaba encontrando una tenaz resistencia. La imponente fortaleza de la torre antiaérea del zoo había demostrado su enorme valor como una privilegiada y letal posición de defensa. Las bajas del Ejército Rojo fueron muy numerosas. Otra posición clave era el magnífico Teatro de la Ópera de Kroll, más cerca aún del Reichstag; convertido en ruinas por las bombas aliadas, todavía quedaba en pie lo suficiente para, desde allí, llenar el aire de balas y explosivos incandescentes. La urgencia con la que las unidades soviéticas avanzaban hacia su simbólico objetivo del Reichstag —sobre el que más tarde se desplegaría la bandera roja— se veía contrarrestada por la fijación suicida de unos hombres que, en el fondo de su ser, debían de saber que todas las posibles ventanas de escape hacía tiempo que estaban absolutamente cerradas.

Es posible que el comportamiento de muchos combatientes alemanes se explicara por un factor que contribuía a lo que habría

cabido considerar una psicosis: la falta de sueño crónica y continuada. Se registraron casos de hombres que empezaban a tener alucinaciones; incluso en lugares de la ciudad en los que el Ejército Rojo aún no había aparecido, soldados y hombres de las SS chillaban de angustia y miedo, apuntando a personas por la calle que en realidad solo estaban en su imaginación. De alguna forma, como los autómatas, sus cuerpos seguían moviéndose, pero sus mentes se encontraban ya en un mundo habitado por terroríficas pesadillas. Cabe pensar que muchos de ellos se hallaban en este estado cuando finalmente el fuego real del Ejército Rojo que aparecía en sus visiones acabó matándolos.

Otros se refugiaron en el alcohol que obtenían de los saqueos, como algunos miembros de las SS, conscientes de que necesitaban el olvido que les procuraba el licor para enfrentarse a lo que se les venía encima. Había todavía algunos bares que tenían botellas con las que podían hacerse, especialmente en el oeste de la ciudad, la zona menos castigada por la artillería. Echaban mano del licor que había infundido fuerzas a los berlineses de antes: no solo aguardientes, sino también todo tipo de bebidas alcohólicas de alta graduación. Algunos hombres de las SS se habían introducido en las instalaciones del bar del hotel Adlon, en su día elegantes y exclusivas, con sus cristales y terciopelos; el hotel en sí, bloqueado contra posibles explosiones, hacía tiempo ya que había sido convertido parcialmente en hospital militar, y aunque de su antiguo glamour no quedaba más que un fantasmagórico recuerdo, sus bodegas seguían bien provistas. ¿Acaso estos hombres de las SS habían ansiado, como Goering, aquellos lujos de ricos desde siempre? ¿O de algún modo intuían o sabían que sería la última vez que verían aquellas cosas? Era como si, en aquel momento, ellos y los ciudadanos corrientes de Berlín que se enfrentaban a la inminente venganza constituyeran dos especies distintas, bifurcadas. ¿Hasta qué punto el Ejército Rojo vería también a los civiles como una especie distinta?

En otros lugares, se habían reparado los suficientes puntos alternativos por los que cruzar las vías fluviales de Berlín a fin de que los soldados soviéticos pudieran llegar al centro a través de

múltiples arterias. «El enemigo, aunque agonizante, continuaba luchando —escribiría el mariscal Georgi Zhukov años después—, aferrándose a cada casa y a cada sótano, piso por piso y tejado por tejado».[19] Tanto es así que aquellos edificios de pisos eran metódicamente golpeados por los explosivos soviéticos, para destruir uno a uno todos los tejados, plantas y sótanos, e impedir así que cualquier desesperado se pudiera esconder allí. Y en medio de la incesante lluvia de bombas, había veteranos soviéticos que —además de registrar el paisaje urbano en busca de cualquier maquinaria, tecnología u obra de arte deseable para la Unión Soviética— ya estaban haciendo planes para cuando la conquista se hubiera consumado. No todos los berlineses habían respondido con miedo a la incursión soviética; algunos de los civiles de más edad buscaban por las casas derruidas viejos carnés que años atrás habían escondido celosamente para que no los vieran los nazis; emblemas de una vida anterior en la que la ciudad era libre, como la pertenencia al Partido Comunista. Estos civiles iban a la busca de oficiales del Ejército Rojo y comisarios a los que poder declarar su absoluta lealtad. Uno de los mandos bajo las órdenes de Zhukov, Nikolai Berzarin, de cuarenta y un años de edad, había sido nombrado el nuevo comandante de Berlín, en recompensa por el hecho de que el 5.º Ejército de Choque, que él había dirigido, había sido el primero en entrar en la ciudad. El fervor de Berzarin era genuino, firme. Aunque uno de los objetivos era sin duda despojar a Berlín de su riqueza industrial y cultural, lo cierto era que los conquistadores también veían que necesitaba algunas reparaciones urgentes, por lo que las fuerzas victoriosas tenían que encontrar la manera de captar el favor de aquellos cuya ciudad habían arrasado, poner fin a la guerra, devolverles a la vida productiva y utilizar esa productividad para la recuperación de la Unión Soviética; e, incluso en el supuesto de que los berlineses fueran unos fascistas impenitentes, había que alimentarles de todas formas. Es más: la infraestructura de la ciudad debía ser reparada y reconstruida. A la Unión Soviética se le debía mucho, y la potencia industrial de la capital alemana ayudaría a pagar dicha deuda.

El teniente coronel F. U. Galkin encabezaba la fuerza de asalto que entró en el imponente edificio de la planta de generación eléctrica de Klingenberg. Los nazis, como comentó Zhukov en sus memorias, habían planeado hacerla volar por los aires. «Cuando el destacamento de Galkin irrumpió en la central eléctrica, todavía estaba funcionando a pleno rendimiento. Lo primero que hicieron fue retirar las minas. Se estableció pleno contacto con los trabajadores que quedaban allí para que se hicieran cargo del mantenimiento de la central eléctrica».[20] Los trabajadores, que hasta entonces habían sido forzados, dejaron de serlo en ese momento.

Entre los soviéticos había un berlinés de nacimiento que llevaba mucho tiempo planeando este momento, y cuya sombra no tardaría en proyectarse sobre Berlín y lo que a partir de entonces y durante muchos años sería Alemania Oriental. Se trataba de un hombre con un talento especial para la organización y la administración, el mejor para consolidar un poder total. El *apparatchik* comunista Walter Ulbricht —un hombre calvo de cincuenta y pocos años, de voz atiplada, con aspecto de figura de museo de cera y carente de cualquier tipo de carisma— no había pisado Berlín desde 1933; él había sido uno de los últimos políticos de la ciudad que había pronunciado discursos antinazis en el Reichstag antes de la imborrable noche en la que el edificio fue devorado por las llamas. Como estalinista irreductible —los años de Ulbricht en Berlín habían sido un incesante diorama de infiltraciones en fábricas, furibundos panfletos propagandísticos y lamentables enfrentamientos políticos en las calles de las zonas industriales—, su filosofía fue siempre que una Alemania comunista debía inclinarse ante Rusia, la progenitora de la revolución mundial. Llevaba en el exilio desde 1933; en 1937 le habían despojado de su ciudadanía alemana. Tras pasar por algunos lugares de Europa, Ulbricht había acabado recalando en Moscú junto con otros expatriados comunistas. El Terror de Stalin —las purgas llevadas a cabo en todos los ámbitos de la sociedad de los que se pensaba que se oponían a la pureza del propósito del líder, una letanía de ecos de pisadas en los pasillos durante la noche, detenciones efectuadas por la policía secreta, brutalidad en celdas

oscuras, muertes resultantes de sangrientas torturas o directamente de ejecuciones—había alcanzado a muchos de ellos. Milagrosamente, Ulbricht sobrevivió a este periodo. Había visitado a prisioneros de guerra alemanes —antes miembros de las Juventudes Hitlerianas— e intentado, con su curiosamente agudo tono de voz, entusiasmarles con dialécticas, autocríticas bolcheviques y las complejidades de la teoría marxista-leninista. La respuesta, en general, solía ser satírica y vulgar. La visión de Ulbricht sobre el pueblo alemán fue oscureciéndose más aún. La cercanía del fin de la guerra hizo que Ulbricht tomara posiciones de cara a volver con ellos, esta vez para asegurarse el poder y ejercerlo en nombre de sus superiores de Moscú. Y, en ese momento, en un avión procedente de Moscú, él y lo que se denominó el «Grupo de Ulbricht» habían aterrizado en un aeródromo situado unos pocos kilómetros al este de Berlín.[21]

Al igual que Berzarin, estaba obsesionado con la necesidad de restaurar los suministros de alimentos, combustible y agua para la población de Berlín, no por compasión, sino en el entendimiento de que, al igual que a las máquinas, había que recalibrar a estos ciudadanos para que pudieran servir a sus nuevos dueños. Pero, a diferencia de Berzarin, Ulbricht también era cínicamente astuto acerca de los métodos mediante los que se podía gobernar la ciudad de ahí en adelante. Berlín (y no solo la zona designada para la ocupación soviética) necesitaba un nuevo alcalde, y nuevos concejales de distrito; necesitaría también ingenieros y funcionarios públicos. Y él insistía en que no todos había que reclutarlos dentro del Partido Comunista; eso parecería un golpe de Estado. Tenía que haber también socialdemócratas. A principios de la década de 1930, él y los comunistas habían considerado a los socialdemócratas como simples facilitadores del fascismo. Y había llegado el momento de utilizarlos sin el más mínimo reparo:

> En las zonas de clase media —Zehlendorf, Wilmersdorf, Charlottenburg— debemos nombrar a alguien de clase media, un exmiembro del Partido de Centro, Demócrata o del Pueblo Alemán. Lo ideal sería que fuera un intelectual, pero, en todo caso, debe ser un antifascista, alguien con quien podamos cooperar […]. En cuanto a los tenientes de

> alcalde a cargo de los suministros de comida, de economía, del bienestar social y del transporte, escojamos a socialdemócratas que sepan algo de temas municipales.

Dejaba su objetivo bien claro: «Debe parecer democrático. Pero tenemos que tener el control completo».[22]

Entretanto, Berzarin, tras haber establecido su cuartel general, solo un poco al este del centro de la ciudad, planeaba sus propios métodos marciales para restaurar el orden, y que los soviéticos afianzaran su control sobre el matadero. Al contrario que Ulbricht y su grupo, muchos de los cuales veían a los civiles de Berlín como súbditos nazis con su parte alícuota de culpa en los crímenes perpetrados, que tenían que ser desprogramados y reconfigurados para que depositaran su fe en Stalin, a Berzarin le preocupaba ligeramente más el aspecto humano: quizá una forma más sencilla de llevar la paz a los berlineses era volver a erigir los pilares de la cultura y la civilización. Berzarin se apresuró a emitir enseguida la «Orden Número Uno»: la reconexión de los suministros de gas, agua y electricidad.[23] Esto era lo mínimo indispensable. También empezaba ya a pensar en la rápida reapertura de los teatros y salas de conciertos. Berlín era una ciudad en la que el arte había sido muy importante; Berzarin decidió que así volvería a ser por la gracia del Gobierno soviético. Entre los actores y directores que fueron llamados a reunirse con Berzarin estaba Paul Wegener, que había permanecido en su casa del sudoeste de la ciudad; su gólem, aquella criatura de arcilla vengadora, pese a haber transcurrido ya veinticinco años de su primera aparición, seguía aún fresco en la memoria soviética.

El escritor Vasili Grossman fue testigo del planteamiento más amplio de la paz que propugnaba Berzarin:

> Un día en el despacho de Berzarin. La Creación del Mundo. Alemanes, alemanes, alemanes: burgomaestres, directores del suministro eléctrico de Berlín, de su red de agua, alcantarillado, metro, tranvía […] propietarios de fábricas […]. Todos obtienen nuevos puestos en este despacho. Los vicedirectores pasan a directores, los jefes regionales se convierten en jefes a escala nacional […]. Un anciano, pintor de viviendas, saca su carné del Partido [Comunista]. Lleva siendo miembro desde 1920. Esto no parece causar una gran impresión […].

> Oh, ¡qué débil es la naturaleza humana! Todos estos altos cargos formados por Hitler, exitosos y brillantes, qué rápida y apasionadamente han abandonado y renegado de su régimen, sus líderes, su Partido.[24]

Sin embargo, como era natural, cada una de estas renuncias era tratada con profunda cautela y escepticismo; un régimen que había convertido a chavales tan jóvenes en portadores de granadas dispuestos a inmolarse debía de haber llevado a cabo un lavado de cerebro de masas que no podía desaparecer tan rápidamente.

Pero en medio de toda aquella devastación del centro de Berlín, en la ciudad seguían quedando algunos rincones asombrosamente intactos. En el este, por ejemplo, había un palacete del siglo XVIII, Friedrichsfelde, que ocupaba el centro de un parque desmantelado de forma parcial; un delicado ambiente neoclásico, cubierto en parte por la hiedra. El parque en sí había sido diseñado siguiendo el estilo paisajista de los jardines ingleses, incluido un lago. Aquel era el hogar berlinés del aristócrata de edad ya muy avanzada Sigismund von Treskow (que también poseía un castillo en el campo). Su implicación en la política durante la época guillermina había llevado modernos medios de transporte y viviendas nuevas a aquella área de Berlín, e incluso durante la convulsa Revolución alemana, la República de Weimar, el auge del nazismo y luego la guerra, Friedrichsfelde había parecido existir dentro de su propia dimensión temporal. El octogenario Von Treskow, que vivía solo, seguramente imaginaba que moriría allí, pero la llegada de las fuerzas soviéticas le robó la paz de sus últimos días. Le obligaron a abandonar la casa, y la finca, y empezó a caminar hacia el este, por la carretera, dejando atrás Berlín. Pasado cierto tiempo, todavía a pie, consiguió llegar al distrito periférico de Dahlwitz, donde vivía su primo Heinrich, pero Von Treskow, que era diabético y no llevaba insulina, se desplomó en la acera y murió allí mismo.[25] En contraste con este triste final, su palacio y sus terrenos consiguieron de algún modo, pese a la invasión militar, mantener su serena tranquilidad. De nuevo, Vasili Grossman estaba allí para poder observar el antiguo mundo de la aristocracia alemana; sin tener ni idea de dónde se encontraba el

dueño del palacio, se sentó en uno de los salones y comenzó a escribir:

> Palacio Treskow. Al atardecer. Un jardín. Habitaciones a media luz. Se escucha un reloj dar la hora […]. La chimenea. A través de las ventanas se puede oír el fuego de artillería y el aullar de los *katiushas*. De repente, se escucha un trueno. El cielo es amarillo y nublado. Hace calor, llueve un poco y se respira olor a lilas. Hay un viejo estanque en el jardín. Las siluetas de las estatuas no se distinguen. Yo estoy sentado en un sillón junto a la chimenea. El reloj está dando la hora, infinitamente triste y melódico, como la propia poesía.
>
> Yo sostengo un libro en las manos. Las páginas son muy finas. Con letra temblorosa, que parece ser la de un anciano, está escrito «Von Treskow». Debe de ser el propietario. [26]

Así es como el poder del antiguo régimen cayó de golpe, como una marea viva. Sin embargo, algunas de sus olas continuaron rompiendo y arremolinándose furiosamente. El despliegue inicial de la bandera roja en lo alto del Reichstag el 30 de abril debería haber constituido un momento triunfal, pero, sorprendentemente, se volvió a quitar de inmediato. En los combatientes alemanes que seguían resistiendo quedaba aún cierta capacidad de ataque viperino, pese a la privación de bebida y sueño. El general soviético al mando de la 150.ª División de Fusileros, Sayanov, y sus hombres, habían conseguido abrirse paso luchando hasta una entrada trasera del Reichstag cuando la oscuridad envolvió la ciudad. Colocaron una bandera roja, que empezó a ondear desde el tejado, pero entre las sombras se ocultaban algunos defensores alemanes que no tardaron mucho en quitarla. No estaban dispuestos a permitir el simbolismo, aunque fueran claramente conscientes de la realidad.

Unos cuantos kilómetros al otro lado de la ciudad, hacia el sudoeste, la grandiosa construcción de Cecilienhof —cuyo entramado de madera y amplios jardines de estilo inglés, como en el caso del palacio de Von Treskow, apenas habían quedado afectados tras la arremetida— también fue tomada por los soviéticos. El expríncipe heredero Guillermo había desalojado su hogar varios meses antes; su esposa, la duquesa Cecilia, hacía tan solo unas semanas. Ella se había dirigido al sur, a Baviera, y había llegado hasta el sanatorio privado del último médico del káiser, Paul Sotier. Desde allí, unas

semanas después, la duquesa iría a reunirse con su convaleciente marido, que se encontraba en la localidad suaba de Hechingen, en cuyo perfil destacaban las torres y las agujas del castillo de Hohenzollern, un constante recordatorio de los dominios que él y su familia habían ocupado antaño. Estuvieron allí a tiempo de ver avanzar al Ejército de Estados Unidos; al igual que los soviéticos habían buscado uranio en Berlín, al especializado equipo estadounidense le interesaba sobre todo el reubicado Instituto de Física de Hechingen, en concreto, su reactor nuclear y los físicos que allí se hallaban trabajando. Este también era otro mundo que existía en otra dimensión distinta de los desposeídos y desubicados Hohenzollern.

El matrimonio nunca más volvería a ver Cecilienhof. Se habían llevado del palacio todas las posesiones de valor que habían podido, pero sus aposentos privados, con todos sus muebles, se habían quedado casi como estaban. Los soviéticos se dieron prisa en abalanzarse sobre todos los objetos decorativos y de arte que sus dueños habían dejado atrás, pero, con insólito descuido, dejaron que sucumbieran a un incendio que consumió rápidamente la vaquería anexa al castillo, en la que los tenían almacenados. Cecilienhof fue desprovisto de su antigua identidad. En cuestión de semanas, el palacio iba a albergar una actividad y un significado completamente distintos, y a ocupar un lugar en los libros de historia.

Y así era cómo en Berlín tanto los que contemplaban la salida de la muerte como los que pensaban en la vida que estaba por llegar discurrían por dos sendas casi paralelas, sin comprenderse los unos a los otros. El intento de algunos de aquellos civiles de quitarse la vida había venido absolutamente determinado por su creencia en los nazis. Ellos se habían tomado muy a pecho el sentimiento expresado por el filósofo Martin Heidegger allá por 1933: «No dejes que las teorías o las "ideas" sean las que gobiernen tu ser. El propio Führer, y solamente él, es la realidad alemana y su ley, hoy y en el futuro». [27] Para algunos berlineses, ese futuro, sin el marco que habían construido los nazis, era demasiado difícil de imaginar; y la propaganda sobre las «hordas asiáticas», demasiado

descarnadamente eficaz. Había miembros civiles del partido nazi, entre ellos funcionarios públicos, que habían entendido con una terrible claridad que las fuerzas soviéticas que se aproximaban, o bien simplemente les ejecutarían, o bien concebirían para ellos castigos de por vida. La muerte a manos de uno mismo no solo tenía que ver con una cuestión de honor, sino de dignidad y de demostración de desprecio hacia lo que a su modo de ver era la barbarie.

Un funcionario que había trabajado en el Ministerio de Propaganda se pegó un tiro. No lejos de su edificio, en su madriguera subterránea, su Führer —un espectro pálido, delirante y tembloroso, que ya ni siquiera era capaz de convocar ejércitos imaginarios— se preparaba para su final. Aunque bien podía estar escuchando la partitura de Wagner de la ópera *Lohengrin* en su cabeza*,* lo cierto es que en ella solo cabía miseria y desilusión. Primero mataron a su querido perro, Blondi. Luego, Hitler se retiró con su nueva esposa a su habitación privada y cerró la puerta. Eva Braun, con las piernas plegadas sobre sí misma en el sofá, abrió la ampolla del veneno; el Führer se apuntó a la cabeza con la pistola. La muerte fue tan vacía como la vida.

Bajo este régimen, la muerte se había ido pareciendo a un contagio, que fue propagándose incluso entre los más jóvenes. Había madres que mataban a sus hijos antes de quitarse ellas la vida; una mezcla, como señaló Christian Goeschel, de miedo y de ira reprimida ante el abandono por parte de los hombres que los nazis habían retratado como sus protectores; los soldados entonces ya habían caído en combate o eran prisioneros de los soviéticos.[28] Sin embargo, el 30 de abril, la más famosa de todas estas madres, Magda Goebbels, siguiendo los pasos de su Führer, planeaba su muerte y la de sus seis hijos por motivos diferentes.

15
«LAS SOMBRAS DE NUESTRAS ALMAS»

El aire era caliente, y empalagosamente químico: olía a goma, madera y carne quemadas. Sobre los montones de escombros que se alineaban a los lados de las calles en ruinas, yacían cadáveres en distintas posturas y formas, uniformados y civiles. Era el Primero de Mayo, y la impactante obscenidad de este espectáculo en el puro centro de Berlín era todo lo contrario a la triunfal coreografía de los desfiles nazis que habían tenido lugar solo unos años atrás, durante la década de 1930. Por aquellas mismas calles deambulaban ahora soldados soviéticos en quienes también encontraba resonancia la fecha del Primero de Mayo; la única festividad verdaderamente laica, como Eric Hobsbawm aseveró, de un calendario por lo demás religioso, un día dedicado a celebrar a los trabajadores, y en el que en años anteriores se había visto un número impresionante de personas, tanto civiles como militares, desfilar en las calles de Moscú. Al igual que las religiones rivales, el comunismo en sí también era una fe, una fe en la perfectibilidad de la naturaleza humana. El 1 de mayo de 1945, aquellos soldados del Ejército Rojo que se habían ido abriendo camino luchando hasta el centro de Berlín continuaban encontrándose —en lugares como Niederwallstrasse, un poco al sudeste de la Puerta de Brandeburgo —, entre aquellos altos edificios, con vehículos blindados equipados con lanzamisiles. El poder de la artillería soviética era mayor; los hombres de las SS, junto con algunos combatientes procedentes de otras unidades, pronto se vieron obligados a retroceder, y más tarde su retirada acabaría llevando a este pequeño grupo de irreductibles devotos nazis hasta el desierto y prácticamente en ruinas Teatro de

la Ópera. Después de seis años, así era como iba a acabar su guerra; en la oscuridad de un polvoriento auditorio, empuñando navajas, e incluso martillos y palas, cuando al final el Ejército Rojo cayera sobre ellos y les arrollara. Aquello tenía algo de grotescamente cómico: los hombres que imaginaban que estaban combatiendo por un régimen eterno, luchando como burdos rufianes borrachos sobre un escenario.

Al oeste del centro, cerca de Kurfürstendamm, la carnicería continuaba en torno al zoo y su enorme torre antiaérea. A los animales que habían sobrevivido dentro de sus recintos, caminando de un lado a otro y haciendo círculos presos de una intensa ansiedad, se les unieron grupos de soldados alemanes que utilizaron aquellos paisajes y terrenos artificiales como cobertura. Los soldados del Ejército Rojo que se movían por el zoo lo hacían por su parte nerviosos por los gemidos y alaridos que los animales lanzaban desde sus jaulas. Un mono que estaba en un árbol recibió un disparo y cayó a los pies de un soldado; a alguien que lo había visto por el rabillo del ojo, su silueta debió de parecerle la de un francotirador. Todavía quedaban uno o dos viejos guardas del zoo que trataban con desesperación de cuidar de todas aquellas criaturas indefensas; un raro destello de altruismo y compasión en una ciudad en la que la ternura ya no parecía posible.

La capitulación forzosa de la torre antiaérea del zoo requirió de cierta comprensión humana por parte de los soldados soviéticos. Había varios miles de civiles dentro de los pasadizos de hormigón, aterrorizados por el castigo que les esperaba. Además, había asimismo cientos de heridos en el improvisado hospital de campo, muchos de ellos retorciéndose de un dolor que, dada la ausencia de analgésicos, era imposible de aliviar. Pero también podía haber —desde el punto de vista de los hombres del Ejército Rojo— unidades de las SS armadas hasta los dientes. Este recelo era en parte justificado; en el interior todavía quedaban soldados en activo. ¿Cómo podían tomar la fortaleza de forma segura y convencer a aquellos desconfiados y atemorizados civiles de que se marcharan? Hicieron pasar dentro a algunos prisioneros alemanes para garantizarles un paso seguro. Se estableció un límite de tiempo y el

comandante de la torre, el coronel Haller, prometió que sus hombres capitularían a medianoche. Pero, en lugar de esto, al amparo de la oscuridad, algunos soldados se escaparon una hora antes, sin ser detectados por los soviéticos, dejando a los civiles y a los heridos tras de sí. Una hora después, fue saliendo aquella pálida hilera humana llevada al límite del terror más extremo.

A escasa distancia en dirección este, el búnker del Führer también se había ido vaciando paulatinamente, no a punta de pistola soviética, sino a medida que desde los cargos más altos hasta las figuras secundarias como Martin Bormann y Artur Axmann trataban de huir de la ciudad. A Bormann le mató una patrulla del Ejército Rojo sobre las vías del tren. Axmann consiguió que le funcionara la estratagema de salir de los límites de la ciudad (y de hecho permanecería bajo el radar de las autoridades hasta diciembre de 1945, cuando unos agentes estadounidenses se infiltraron en un movimiento de reactivación nazi de Lübeck del que él formaba parte).

Dentro de aquel lúgubre y por momentos cada vez más vacío laberinto de hormigón se encontraba Joseph Goebbels, su esposa y sus niños. Goebbels era entonces el canciller, nombrado como tal por voluntad del Führer, y durante ese día fue él quien gobernó el resquebrajado y sangrante reino que él mismo había ayudado a crear y dar forma. Cuando su esposa Magda imaginaba el futuro solo veía una absoluta degradación. «El mundo que vendrá después del Führer y del nacionalsocialismo no merecerá la pena de ser vivido y, por tanto, me he tenido que llevar de él a mis hijos —escribió en el que sería su testimonio final—. Los quiero demasiado para tengan que pasar por lo que va a venir y un Dios compasivo entenderá mis razones para liberarles de él. Solo tenemos un propósito: ser leales al Führer hasta la muerte. Poder acabar nuestros días con él es un regalo del destino que jamás nos habríamos atrevido a esperar».[1] También creía que ese «Dios compasivo» estaba viendo todo aquello; tal vez alguna imagen del dios del Antiguo Testamento al que tenía fe.[2] Había elegido cianuro para los niños. Existía un plan para aminorar su sufrimiento terminal, un terrible plan que se puso

en marcha la tarde del 1 de mayo. Una de las cosas que más ilusión les hacía dentro del búnker era el chocolate caliente, que el difunto Führer había compartido con ellos en alguna ocasión. Esta vez, la golosina fue aderezada con sustancias que inducían la pérdida del conocimiento. Luego (esto solo es una suposición, ya que los asesinos no actuaron ante testigos), el cianuro fue introducido en su boca ya dormidos, para que, cuando hiciera efecto, los niños no se dieran cuenta. Se ha sugerido que el plan no funcionó igual de bien con la hija mayor, que, cuando se descubrió su cadáver junto al de sus hermanos, mostraba señales de haberse resistido. Finalmente, ella había querido vivir. Pero su madre no podía permitirlo. En esto podía verse condensado todo el horror, la inutilidad y el nihilismo de los últimos doce años. Al igual que en el caso del Führer y Eva Braun, se habían dado órdenes de que los cuerpos fueran incinerados en el jardín de la Cancillería del Reich, con el fin de evitar que fueran profanados por los ejércitos a punto de llegar. El cadáver del Führer se consideró insuficientemente destruido por las primeras llamas y tuvo que volver a ser quemado. Con el doctor Goebbels y su esposa no se tuvo el mismo cuidado. El fuego dejó sus cuerpos carbonizados todavía reconocibles. Los cadáveres —los restos de Goebbels podían identificarse en parte por su pie deforme — fueron objeto de la macabra curiosidad de los soviéticos.

Los berlineses sentían que la lucha estaba llegando a su fin, pero esto no aplacaba su miedo. Se habían enterado, por los rumores que corrían por la calle y las conversaciones dentro de los sótanos, de la muerte de Hitler; lo poco que quedaba del régimen nazi había presentado su suicidio como un acto de «autosacrificio», revestido de una actitud heroica contra sus enemigos soviéticos.[3] Pero, aunque los berlineses comenzaran a darse cuenta de que la guerra estaba llegando a su fin, también eran conscientes de que no existían perspectivas de paz. En ninguna parte podían encontrar seguridad alguna, consuelo ni certidumbre. Ni uno solo de los ciudadanos sabía que el futuro inmediato de la ciudad y su división

entre las potencias aliadas ya había sido planeado con meses de antelación. En el húmedo y gris amanecer del 2 de mayo de 1945, mientras las llamas continuaban reavivándose entre las tétricas ruinas y la lluvia mojaba los cuerpos descuartizados de los caballos y de los «camisas pardas» en las calles, habría sido inconcebible pensar que Berlín tuviera algún futuro reconocible. Por otra parte, los invasores soviéticos seguían los tiempos que marcaba Moscú. Durante los últimos doce años, los nazis habían tratado de inculcar la creencia de que el pueblo alemán era eterno e inmutable («en casi todas partes donde sus botas pisaban el suelo —escribió el historiador Karl Alexander von Müller—, los viejos recuerdos resonaban como ecos del pasado»)[4] y que el alma teutona auténtica, resistiendo a los siglos y a los furiosos ataques llevados a cabo durante la Gran Guerra y a partir de ella por las siniestras fuerzas del capitalismo occidental, el bolchevismo y el judaísmo, se había reencarnado intacta en Hitler. Su muerte, para los ciudadanos alemanes que habían desterrado casi todo sentimiento religioso convencional en aras de una euforia pagana generada por los símbolos del nazismo, hacía que todo dejara de tener sentido. El triunfo del Ejército Rojo también constituía la confirmación brutal de que el mundo dibujado por los nazis —el espectáculo, la implacable crueldad aparentemente ejercida por el bien de todos— era una quimera. En el caso de un gran número de berlineses —solo uno de cada ocho habían sido alguna vez miembros del partido nazi—, esta fe nunca había estado tan afianzada como en algunos pueblos y ciudades alemanas más pequeñas. Sin embargo, incluso los hombres y mujeres más cínicos no contaban con ninguna voz familiar de autoridad a la que escuchar. Estaban en caída libre.

En las primeras horas del 2 de mayo de 1945, el general Weidling presentó la rendición al Ejército Rojo. Apenas unos días antes, había sido puesto a cargo de la defensa de la ciudad contra aproximadamente medio millón de soldados soviéticos (y trece mil piezas de artillería y mil quinientos tanques) con una fuerza de cien mil hombres y niños exhaustos y aterrorizados. Les habían exhortado a luchar por la ciudad «hasta el último hombre y la última

bala».[5] El 30 de abril, después de que el Führer se suicidara de un disparo, Weidling había sido llamado a comparecer ante el doctor Goebbels, Martin Bormann y el general Hans Krebs (un soldado de carrera aficionado a los monóculos cuyo antisemitismo patológico se había desarrollado con bastante independencia de la influencia nazi). Krebs había hecho jurar a Weidling que mantendría el secreto sobre el suicidio del Führer; solamente Stalin lo sabría. Y fue Krebs quien esa noche contactó con los soviéticos creyendo ilusoriamente en la posibilidad de una tregua. Los soviéticos dejaron nítidamente claro que solo aceptarían una rendición incondicional. Krebs volvió, descompuesto, y el contagioso suicidio hizo presa en él. Después de que Goebbels y su esposa asesinaran a sus hijos y se quitaran la vida, Krebs, junto con el general Wilhelm Burgdorf, encontraron las reservas de brandi del búnker y consumieron una gran cantidad. Anestesiados por el licor, sacaron sus revólveres y acertaron a pegarse un tiro en la cabeza. Esto dejaba al general Weidling a cargo del destino inmediato de los ciudadanos de Berlín.

Cruzando un improvisado puente sobre el canal de Landwehr, bajo un cielo acerado poblado de nubes que corrían veloces, la mañana del 2 de mayo, el encargado de la defensa de Berlín fue a encontrarse con el comandante del 8.º Ejército de la Guardia, el general Vasili Chuikov, para firmar una declaración de rendición que el propio Weidling había escrito:

> El 30 de abril, el Führer se suicidó, abandonando así a todos los que le habían jurado lealtad. Según la orden del Führer, los soldados alemanes habrían tenido que continuar luchando por Berlín pese a haberse quedado sin munición y a la situación general, que hace que continuar la resistencia no tenga sentido.[6]

Aquel sinsentido y aquella negación de la vida habían constituido desde el principio el núcleo del nazismo.

Pero, para los ciudadanos de Berlín, no había alivio ninguno. Los soviéticos, mientras se llevaban todo lo que encontraban, desde enseres a lingotes de oro, «champán y vestidos»,[7] de los pisos y las cajas fuertes de la ciudad, solo podían mirar a la gente que iba emergiendo con expresión asustada de los sótanos y preguntarse si

ellos también serían leales nazis preparados para volarse los sesos en nombre de su ideología.

El mundo aliado contemplaba los últimos estertores del régimen nazi, que en breve conducirían a la efímera asunción del poder por parte del almirante Doenitz. Este era el comandante supremo de la Marina cuya letal campaña con los submarinos había estado a punto de cortar las líneas de suministro británicas. En este momento albergaba la quijotesca idea de que era posible ofrecer la rendición incondicional de Alemania solamente a los estadounidenses, excluyendo a los soviéticos. Una idea a todas luces ridícula, pero el colapso de los últimos restos del Gobierno no era para muchos berlineses lo más preocupante. Ellos tenían bastante con volver a entrar en sus pisos, ahora con los techos rotos y los cristales de las ventanas hechos añicos, en busca de sábanas blancas y otras prendas de ropa blanca. Los hombres lobo nazis se estaban retirando a los bosques, y con la amenazante sombra de las SS sobre ellos (algunas pequeñas unidades todavía resistían escondidas en lo alto de algunos edificios de viviendas aislados), estos berlineses de repente se apresuraron a utilizar el símbolo prohibido —la bandera blanca— para mostrar a sus conquistadores soviéticos que en sus casas no se cobijaba ningún soldado. Según los términos de la rendición, las armas y el combate debían cesar a las 13.00 horas, pero la idea de cumplir disciplinadamente la orden era doblemente absurda. Los soviéticos ya tenían el control completo de las calles —la imagen de los tanques cubiertos de barro se yuxtaponía de forma chocante con la de algunas elegantes villas que aún quedaban en pie en los distritos menos dañados de la ciudad— y estaban preparados para el extraordinariamente simbólico gesto de (por fin) colocar la bandera roja sobre el tejado del destrozado Reichstag. Tampoco las armas iban a permanecer en silencio hasta que los más obcecados hombres de las SS que aún quedaban cayeran capturados o muertos. Para los hombres de la Volkssturm, así como para la policía y los servicios de bomberos de la ciudad, este constituyó paradójicamente un momento de máximo peligro. Los soldados del Ejército Rojo —que entonces se movían por los sótanos y los refugios y las fortalezas, ya sin ninguna iluminación,

por las torres antiaéreas del Humboldthain y el zoo, obligando a los últimos soldados que descubrían con sus linternas dentro de aquella fétida y húmeda oscuridad a entregar las armas— también detenían a cualquier hombre que fuera vestido de cualquier uniforme. Asimismo, los bomberos desarmados eran hechos prisioneros junto con los zarrapastrosos soldados de la Wehrmacht, y marchaban con los brazos en alto por las resquebrajadas calles.

Y en ocasiones, un nuevo alboroto parecía no obedecer a nada, o al menos a ninguna lógica explicable. La mañana del 2 de mayo de 1945, el túnel de la red de cercanías que discurría de norte a sur bajo el canal de Landwehr tembló como si una enorme explosión lo hubiera recorrido entero. El techo de cemento reforzado del túnel quedó destrozado; y millones de litros de agua empezaron a caer a mares, inundando la línea y llegando rápidamente hasta las estaciones de Potsdamer Platz y Unter den Linden, desde donde fue discurriendo en torrente por los anchos túneles adyacentes; unas corrientes que transportaban además unos ciento cincuenta cadáveres. El túnel, inaugurado en los primeros días del nazismo como exponente de la modernidad fascista de la ciudad, había dado cobijo a una incontable cantidad de personas unos meses antes de que los bombardeos aliados alcanzaran su punto álgido. En aquel momento de la mañana del 2 de mayo, no estaba claro si el número de cadáveres de los que allí habían buscado refugio aumentaría todavía más.

Un poco hacia el oeste, en el elegante distrito de Charlottenburg, había habido antes una elegante plaza —Savignyplatz— que entonces parecía una estampa expresionista de edificios biseccionados, ventanas ciegas que daban a un espacio central polvoriento y delimitado en uno de sus extremos por la estructura de aspecto frágil de un puente ferroviario de cercanías por el que ya no se oía pasar ningún tren. Fue en este antaño mullido campo de hierba donde esa mañana tendría lugar una importante reunión mientras los tanques soviéticos conducidos por unidades del 1.er Frente Bielorruso y 1.er Frente Ucraniano se juntaban por primera vez, acabando de este modo de rodear por completo la ciudad. Para

algunos de los soldados invasores, la sensación de euforia no obedecía a la codicia (las lujosas posesiones que podían hacer suyas), ni a la lujuria (las mujeres de Berlín que podían capturar), sino al hecho de que la fuerza y la audacia del sistema soviético les había llevado hasta el corazón mismo de uno de los centros mundiales del capitalismo, y que dicha ciudad era en aquel momento suya, y su destino iba a ser marcado y moldeado por el socialismo.[8] Al igual que los ciudadanos de Berlín, estos soldados no estaban al tanto de las estrategias geopolíticas de los líderes aliados. En Savignyplatz, esa mañana, es más que probable que los niños de la localidad contemplaran con curiosidad el espectáculo de los tanques saludándose unos a otros. Al mismo tiempo, la anterior opulencia de aquella plaza también reflejaba su propia historia de destrucción de la riqueza y el poder económico de la ciudad. El comercio del reducido grupo de tiendas de comestibles que aún podían subir sus persianas era primitivo. Los ciudadanos todavía tenían dinero —el pánico ante la invasión soviética había hecho que muchos sacaran antes su efectivo de los bancos y lo guardaran escondido en sus casas—, pero ese dinero ahora no significaba aparentemente nada. Todas las antiguas certidumbres de Berlín —y, durante la violenta agitación de la revolución, el fascismo y la guerra, estas habían sido muy pocas en los últimos treinta años— formaban entonces un remolino como el de un caleidoscopio.

La mayoría de los altos cargos nazis se habían suicidado o habían huido de forma humillante. Pero uno de los más renombrados —todos los ciudadanos de Berlín y todos los alemanes, de cualquier lugar del país, conocían su voz— dio de repente un paso al frente para presentar su propia oferta de rendición a los soviéticos, en nombre de todos sus compatriotas. El doctor Hans Fritzsche había sido el comunicador más importante de Alemania (dejándole la histeria teatral a su superior inmediato, el doctor Goebbels). Su programa, *Hans Fritzsche habla*, había sido escuchado por un gran número de alemanes.[9] Nacido en 1900, Fritzsche se encontraba entre aquellos que habían vivido los bandazos más turbulentos de la historia de Berlín. Había luchado en la Gran Guerra, desde 1917 en

adelante; durante los años de Weimar, había hecho una fulgurante carrera en el periodismo, y la impaciencia y la exasperación que le producían Von Papen y otras figuras durante los días de la agonía de Weimar le habían hecho caer de lleno en brazos de los nazis. No había necesitado que le animaran mucho a ello. Su antisemitismo carecía de la demencial exaltación retórica de la jerarquía, pero su serenidad le hacía resultar igual de estremecedor. De hecho, causaba una impresión sutilmente más amenazadora, ya que él no pretendía enardecer a violentas multitudes, sino penetrar, utilizando un tono conversacional, en los cuartos de estar de las casas. En las emisiones de su programa, argumentaba, en un tono que transmitía una falsa ilusión de tranquila racionalidad, que el judaísmo era por naturaleza una amenaza para la sociedad alemana. En 1941 había declarado: «El destino de los judíos en Europa ha acabado resultando tan desagradable como el Führer predijo que sería en el caso de una guerra europea».[10] El doctor Fritzsche afirmaría más adelante, durante su alocución en su propia defensa en los juicios de Núremberg, que él no había sabido nada del asesinato de judíos y que simplemente se había limitado a desarrollar la metafórica profecía expresada por el Führer. En el caso de emisiones radiofónicas posteriores esto no podía esgrimirse como verdad: en 1942 había sido destinado a combatir en Ucrania y era plenamente consciente de los asesinatos en masa llevados a cabo. No obstante, al retomar sus programas para los hogares, su tono seguía siendo de absoluta justificación. En 1944 había declarado que «no era un sistema de gobierno, ni un nacionalismo joven, ni un socialismo nuevo y bien aplicado lo que había traído esta guerra».[11] «Los culpables —dijo— son únicamente los judíos y los plutócratas [...]. Esta camarilla de judíos y plutócratas han invertido su dinero en armamento y han querido asegurarse de obtener sus intereses y sus fondos de amortización. Por eso han desencadenado esta guerra». [12] A continuación decía que él estaba abierto a futuros debates sobre este tema. Con el suicidio de su jefe y protector, el doctor Goebbels, Fritzsche —que había estado en el búnker del Reich

durante aquellos agónicos días— entendió finalmente que no habría debates posteriores.

Se había producido una pelea de borrachos con un general mentalmente perturbado que había tratado de impedir que el doctor Fritzsche enviara un mensaje de capitulación a la jerarquía soviética amenazándole con una pistola. La bala había rebotado en el hormigón. El 2 de mayo, Fritzsche estaba bajo custodia soviética, y pronto iba a enfrentarse a una tortura física de carácter claramente medieval; no solo la sangrienta extracción de sus dientes, sino el confinamiento en una celda tan pequeña que era imposible estar de pie o tumbarse dentro de ella. Pero él tenía una utilidad: fue a través de su conocida voz que, desde los altavoces que quedaban en la ciudad (más otros que se instalaron en furgonetas), se escuchó proclamar la superioridad de las fuerzas soviéticas y la urgente necesidad de que todos los ciudadanos se sometieran de inmediato. La voz del doctor Fritzsche, anteriormente asociada a una serena autoridad, fue el medio por el que algunos berlineses se enteraron del fin del nazismo.

A media mañana del 2 de mayo, la encapotada ciudad parecía cubierta de «humo, humo, humo».[13] A través de la espesa niebla, había innumerables prisioneros uniformados saliendo de la oscuridad de las estaciones del metro, subiendo los escalones con ojos recelosos, cansados, mientras sus captores soviéticos les ordenaban dejar las armas en montones que cada vez iban haciéndose más grandes. Sus caras mostraban una expresión cansada, «asustada», filosófica, y estaban cubiertas de barro, demacradas, tensas.[14] Entre ellos había ancianos con barbas blancas, con gorros y envueltos en bufandas. Algunos de ellos puede que incluso hubieran llegado a combatir en el frente durante la Gran Guerra. Tenían aspecto ajado, consumido. Otros, más jóvenes, envueltos en gabanes verdes, eran mandados a formar en fila contra grandes muros horadados por la metralla. Durante los días o semanas anteriores, muchos soldados alemanes habían desertado y tratado de abrirse camino hacia el oeste, con la esperanza de caer bajo la custodia de los británicos o los estadounidenses. Se daba por hecho,

con terrible y total claridad, que los soviéticos no aplicarían las protecciones convencionales a los prisioneros que hicieran. Sin embargo, desde el punto de vista del Ejército Rojo, lo que veían era la vulnerabilidad humana de las fuerzas que habían cometido atrocidades tan indescriptibles desde Riga a Rumanía. Desde la batalla de Stalingrado, en 1942-1943, y durante el gran avance hacia el oeste, los soviéticos habían acumulado hasta dos millones y medio de prisioneros de guerra alemanes que albergaban en campamentos repartidos por todo el este y utilizaban como mano de obra forzada en proyectos de reconstrucción. Los hombres uniformados de Berlín serían enviados al este, incrementando aún más estas cifras, y su grado de debilidad no pasó desapercibido. Pero no despertaban compasión; por el contrario, en algunos casos parecían inspirar un renovado deseo de venganza, y muchos soldados alemanes contarían más tarde cómo empezaron a verse habitualmente sometidos a palizas, así como a otras crueldades más refinadas, desde la privación de alimento al robo de objetos con un valor sentimental para ellos. Algunos de los cautivos de Berlín casi se quedaban paralizados por el miedo ante el calvario que les aguardaba: un soldado se derrumbó en el suelo llorando y tuvo que ser ayudado por sus camaradas. Otros, entre ellos algunos miembros de la División Carlomagno de las SS, que habían combatido con tan frenética intensidad, se rendían con silenciosa mansedumbre. Había jóvenes esposas que cuando se llevaban a sus maridos prisioneros caminaban a su lado, implorándoles que no perdieran la esperanza. «Largas columnas de prisioneros alemanes proyectaban su sombra sobre nuestras almas», escribió la anónima autora de un diario que más adelante sería publicado bajo el título *Una mujer en Berlín*.[15]

Cualquier forma de esperanza, para muchos jóvenes soldados alemanes capturados, sería seriamente puesta a prueba durante las semanas, meses y años siguientes. El hecho de que los prisioneros de guerra soviéticos hubieran sido previamente maltratados de manera sanguinaria y dejados morir de hambre por los nazis no había significado nada para muchos soldados regulares alemanes

que habían luchado en otros varios escenarios de guerra y nunca habían visto las condiciones de los campos de prisioneros. Para alemanes como Dieter Pfeiffer, que tenía veinte años cuando fue capturado por el Ejército Rojo, el calvario que iba a pasar sería extenuante y humillante, pero le enseñó algo sobre los límites de la naturaleza humana. Él y sus compañeros cautivos fueron tratados al principio de forma civilizada por sus guardias soviéticos, cuando comenzó la larga marcha hacia el este de Europa; había campos de prisioneros en los que la comida escaseaba, y a menudo se reducía a una sopa que no era más que agua caliente, pero los vigilantes se mostraban diligentes en proteger a Pfeiffer y a los que estaban con él de otros soldados con una actitud más vengativa cuyas regiones de procedencia habían sufrido las peores atrocidades de los nazis.[16] En aquel momento, los hombres podían conservar pequeñas pertenencias personales como relojes, pero cuando fueron transferidos, en vagones de mercancías, a nuevos campos de trabajo en Rumanía, todos estos objetos se les incautaron y comenzaron las palizas.[17] Tanto él como los que le rodeaban eran esclavos, y por tanto considerados como esencialmente sacrificables. Cuando posteriormente fue trasladado a varios cientos de kilómetros de distancia, más allá de los Urales, a campos dedicados a tareas como la extracción de turba, pudo ver cómo los que le rodeaban iban adelgazando y debilitándose cada vez más, y sucumbiendo a las enfermedades y el hambre. La comida se reducía a un cacillo de sopa y un trozo de pan que se pesaba en unas básculas. Los cadáveres iban amontonándose en las lavanderías y se enterraban en fosas por la noche.[18] Él y miles de otros soldados alemanes trabajaban en excavaciones, minas y posteriormente en enclaves urbanos dentro de la Unión Soviética, en lo que se consideraban tareas de reparación directa de la destrucción nazi. (Para Pfeiffer, y muchos miles más, las semanas se convertirían en años; no tenían forma de enterarse de las complejas negociaciones que los aliados occidentales estaban llevando a cabo con los soviéticos sobre su regreso, y Stalin no tenía intención de renunciar al trabajo esclavo, que no solo construía estadios y viviendas, sino que bajaba a las

minas). En cierta ocasión, Pfeiffer entabló conversación con uno de sus guardias, que le preguntó qué pasaría si había otra guerra entre Alemania y Rusia; y qué pasaría si el propio Pfeiffer se veía en Rusia como soldado armado, con su pistola apuntando al hombre que en ese momento le custodiaba.[19] De lo que trataba la conversación —uno de los escasos momentos de paz— era de que ninguno era un asesino, sino que ambos eran hombres corrientes.

Mientras la Rusia de Stalin comenzaba la reconstrucción, las ruinas de Berlín parecían congeladas en el tiempo. Aquel mismo 2 de mayo, algunos soldados soviéticos contemplaban los ladrillos rotos y humeantes, así como a los niños con actitud curiosa y las mujeres de todas las edades, agotadas y asustadas, esforzándose por mantener una apariencia respetable. En el barrio periférico de Kaulsdorf, este esmero no se limitaba a las mujeres. Marie Jalowicz-Simon, la refugiada «clandestina» judía que había sido acogida en un hogar familiar y a la que un soldado del Ejército Rojo había violado junto con otras mujeres de la casa, se encontró entonces con que algunos de estos soldados querían que las bufandas blancas de sus uniformes, que llevaban por dentro del cuello de la guerrera, estuvieran limpias y planchadas, para parecer un poco más elegantes. Frau Simon recordaba así su nuevo papel de criada: «Yo no esperaba que la liberación fuera exactamente así. —Y añadía—: Algunos de esos hombres eran muy serviciales, conmovedoramente amables con los niños, y respetuosos con los ancianos».[20]

En el centro de la ciudad, cerca de las sombrías ruinas del Reichstag y de la Cancillería del Reich, y también dentro del enorme espacio del Tiergarten, prácticamente despojado de árboles, la victoria se reflejaba en oleadas de puro ruido: ametralladoras disparadas al aire, cánticos, gritos, canciones. «Todo el mundo baila, ríe, canta —comentó Vasili Grossman—. Cientos de cohetes de colores se disparan al aire».[21] El aire templado anunciaba la emergente primavera: flores silvestres brotaban del polvo totalmente gris. Las calles y avenidas también se llenaron de destellos y parches

de color rojo: la bandera soviética, izada y ondeando al aire. Por los caminos centrales del Tiergarten pasaban retumbando los tanques soviéticos, también ellos adornados con flores recogidas en otros lugares. Antes de esto, grupos de soldados soviéticos habían bajado al búnker del Führer y recorrido sus pasadizos de hormigón llenos de goteras. Los pocos que aún quedaban allí, una vez que la jerarquía se había suicidado o escapado al campo, no estaban en situación de adoptar ninguna actitud heroica. Allí había también enfermeras y médicos. En ese momento el búnker se parecía más a una catacumba; una fuente de fascinación necrófila para aquellos que recorrían aquel laberinto de estancias. Se había previsto una recompensa para el que se alzara con el trofeo del cadáver del Führer; el general Berzarin había prometido que recibiría la Estrella de Oro del Héroe de la Unión Soviética.

Hallar el cadáver del Führer revestía un profundo significado, más allá del mero simbolismo. Debía quedar demostrado, fuera de toda duda, que había fallecido, por temor a que la mera idea de su supervivencia resultara inspiradora y sirviera para que los hombres lobo nazis y la población en general continuaran aferrados a sus principios ideológicos. También era esencial de cara a que Stalin pudiera presentar el final del conflicto como una absoluta victoria soviética. Sus propagandistas tenían un interés a corto plazo por crear confusión en perjuicio de sus aliados: en los días inmediatamente posteriores a la conquista de Berlín, los medios de Moscú sugirieron que tal vez el Führer había logrado escapar y había huido hacia el oeste. El propósito era hacer parecer a los británicos y estadounidenses como torpes y cómplices, y también transmitir que las llamas del nazismo podían volver a reavivarse en el futuro. El corresponsal diplomático de *The Times* escribió: «Los que han seguido los acontecimientos de Alemania de cerca no están dispuestos a dar crédito a la teoría de que la historia de la muerte de Hitler es falsa. Sería más satisfactorio que el cadáver fuera encontrado, y los rusos, una vez completada la conquista de Berlín, aún pueden ser capaces de hacerlo».[22] A esto le siguió la afirmación por parte de las autoridades soviéticas, enmarcada

dentro de su declaración del triunfo sobre Berlín, de que el prisionero doctor Hans Fritzsche había «testificado» que Hitler, Goebbels y el general Krebs en efecto se habían suicidado.[23] (Aquí terminaba la utilidad inmediata de Fritzsche; a partir de ese momento, tenía por delante un viaje a Moscú y un largo periodo de intensos y terribles interrogatorios en Lubianka, para luego regresar bajo vigilancia a Alemania, con motivo de los juicios de Núremberg, en 1946, de los que salió absuelto al no poder dar por bueno el tribunal que había incitado a la gente a cometer atrocidades). En los días posteriores, la búsqueda del cadáver se convertiría en una misión urgente para los agentes soviéticos del SMERSH.[*] La ambigüedad soviética sobre la muerte del Führer continuaría, y los guardias del Ejército Rojo que patrullaban los alrededores del búnker afirmaron rotundamente ante los oficiales británicos que el Führer había escapado en avión en el último minuto. Sin embargo, los ciudadanos de Berlín no mostraban ninguna ambigüedad o curiosidad. La nación como tal tenía todavía que rendirse —el mariscal de campo Wilhelm Keitel firmaría finalmente la capitulación el 8 de mayo—, pero los berlineses ya estaban entonces empezando a adaptarse a otra revolución más.

La preocupación y obsesión más acuciante era la necesidad de conseguir comida. Las punzadas de hambre en el estómago eran algo universal, y no podían aplacarse ni con patatas pasadas y blandas, podridas y azules en el centro (las cuales, en todo caso, apenas se habrían podido cocinar con las tenues e intermitentes llamas del gas), ni tampoco con los arenques y el pan negro que los soldados más galantes del Ejército Rojo regalaban en recompensa por sus violaciones sexuales. Los patios de Berlín —en los distritos residenciales más interiores, los bloques de viviendas estaban a menudo dispuestos en torno a estos parches de verde centrales— habían sido exhaustivamente despojados de sus ortigas, aunque aquella húmeda primavera traería más hierbas y flores. Estos patios de juegos habían sido a veces utilizados como cementerios en los

que se habían llevado a cabo ceremonias de enterramiento frenéticamente aceleradas, con ataúdes rudimentarios, en sepulturas poco profundas. Algunas de las mujeres presentes en estos improvisados rituales parecían casi de la época neolítica: despeinadas, con el pelo sin lavar (y sin teñir), con las marañas de canas cayendo sobre sus envejecidos rostros y encorvados hombros. [24] Esto era debido en gran parte a las circunstancias, pero en general también podía considerarse consecuencia de un cansancio extremo: la debilidad producida por la desnutrición, combinada con la pesada y continuada carga de la angustia y, sobre todo, del sueño constantemente interrumpido, había dejado a muchas mujeres casi insensibilizadas por el puro agotamiento. Una observadora recordaba haber tratado de relajarse sentándose a leer una novela, cuando de repente se quedó impactada por un fragmento en el que la protagonista, ofendida y disgustada, se levantaba de la abundantemente surtida mesa y dejaba la comida sin tocar. La sola idea de algo así le pareció entonces fascinante y espeluznante a la vez.

Las autoridades soviéticas eran especialmente conscientes de todas estas privaciones, y a partir del 2 de mayo se emplearon a fondo para introducir un nuevo plan de racionamiento que fuera algo más generoso que el administrado en los últimos días del poder nazi. En muchos de los civiles de más edad, las privaciones habían desembocado en apatía, pero la angustia de las madres con bebés y niños pequeños era más evidente, entre otras cosas por el temor a que las existencias de leche —ya menguantes— sencillamente se agotaran. En cuanto a otros alimentos, los berlineses estaban experimentando una forma de vida de subsistencia, arreglándoselas con lo que podían encontrar o con lo que habían podido ir guardando. Algunos aún tenían reservas de guisantes, cebada y harina, aunque a menudo no había forma de hacer comestibles los alimentos crudos. La comida en lata era un lujo exquisito; los botes de carne grasa, un inalcanzable objeto de deseo. La luz eléctrica hacía tiempo que había dejado de iluminar gran parte de la ciudad. Varias familias compartían una sola vela; cualquiera que usara el

baño se la llevaba, dejando el resto de la casa envuelta en la oscuridad hasta que volvía. Con unos seiscientos mil pisos dañados o destruidos por los bombardeos, las componendas domésticas habían adquirido un carácter de necesidad que reflejaba la completa disolución del viejo sistema de clases. Familias que antes nunca se habrían cruzado entre sí se encontraban de repente viviendo con extraños; las distinciones sociales (por no hablar de las irritantes excentricidades personales) quedaban olvidadas temporalmente. Algunos todavía trataban de parecer refinados mientras se sentaban en torno a cajas de madera o banquetas a comer su pobre sopa con zanahorias o nabo, comida para las que usaban sus clásicas cuberterías. También se intentó reparar las casas dañadas restaurando al menos las puertas de entrada, voladas por las bombas; la madera utilizable era muy escasa, pero cuando se encontraba, hombres y mujeres se ponían por igual manos a la obra. De madrugada, estas barreras eran forzadas y pateadas por frustrados soldados soviéticos.

Las necesidades primarias de muchos civiles también ponían de relieve el enorme vacío que la repentina desaparición del régimen nazi había dejado en la sociedad de Berlín, ya que no había ninguna asociación profesional, ni sindicato, ni siquiera comunidad de vecinos que no hubiera sido totalmente tomada por el partido. Aparte de esto, pesaba la ausencia generalizada de jóvenes que antes habían constituido el grueso de la mano de obra. En lo que respecta a la vida ciudadana del día a día, desde mantener el suministro de agua hasta restablecer la actividad de los servicios públicos, los soviéticos sabían que muchos de los alemanes responsables del funcionamiento de la ciudad eran probablemente nazis, sencillamente porque los nazis lo habían convertido en un requisito indispensable para ocupar este tipo de cargos. Sin embargo, a diferencia de los estadounidenses y los británicos, a quienes les preocupaba la urgente necesidad de desnazificar a todos los alemanes, los soviéticos pensaban que la ideología podía erradicarse sin coerción. No era, razonaban, un rasgo natural alemán, un instinto que yaciera en lo más hondo de la esencia militar prusiana. Por el contrario, el nazismo había sido un síntoma muy moderno del

capitalismo del monopolio y de sus excesos. Es más, hacía tiempo que estaban preparándose para el día en que finalmente el comunismo llegara al corazón de Alemania. Los comunistas alemanes, en sus largos años de exilio en Rusia, habían sido formados en las muchas funciones que iban a desempeñar en los distintos ámbitos de la sociedad cuando regresaran.

Para el 2 de mayo, cientos de miles de mujeres berlinesas ya estaban muy versadas en la autosuficiencia. Los espeluznantes contrastes del Ejército Rojo —soldados despiadados y violadores violentos que se adueñaban de la noche y que al mismo tiempo traían comida y golosinas para los niños— rápidamente pasaron a considerarse un rasgo más del paisaje de Berlín. El mero número de los invasores, y la extraordinaria diversidad de sus orígenes, eran abrumadores: había hombres llegados de los desiertos de Kazajistán, de los bosques llenos de mosquitos de Siberia, pero también los había procedentes de la zona del mar Báltico, criados en un entorno prácticamente germánico. Había algunos impredeciblemente violentos, que se introducían con artimañas en las casas y los pisos y se instalaban tercamente en la maltrecha domesticidad de las cocinas de Berlín tras meses de arrastrarse por los inhóspitos campos de la muerte, cuya ira estallaba de repente, como una explosión. Había jóvenes oficiales deseosos de impresionar a las jovencitas de Berlín con el genio de Alexander Pushkin y las cadencias de la poesía rusa. También había brotes de intenso sentimentalismo: soldados del Cáucaso que pedían a las mujeres no solo que les empaquetaran lo que querían enviar a sus hogares (artículos de hogar como manteles o cubiertos), sino que los envolvieran en telas con bordados decorativos, como mandaba la tradición.[25] A los ojos de las fuerzas del Ejército Rojo que continuaban llegando a esta ruinosa y a la vez inmensamente rica ciudad, la gente se mostraba muy asustada, pero también se adaptaba con una rapidez sorprendente a la nueva realidad. Para aquellos soldados que deambulaban felices por las calles luciendo

adornos robados de oficinas gubernamentales, el simbolismo era importante; en cambio, a las mujeres de Berlín, nada podía importarles menos, desde hacía mucho tiempo.

Dentro del Reichstag, cuyo vacío solo lo ocupaba el eco —los nazis nunca habían hecho ningún uso de las salas de debate, y los últimos años los bombardeos aliados únicamente habían dejado en pie su esqueleto—, los soldados del Ejército Rojo se paseaban con cierto asombro, tras haber acabado con los últimos y desesperados francotiradores de la Volkssturm. La jerarquía soviética estaba obsesionada con la idea de que el edificio simbolizaba al Estado nazi, y era tan consciente como los alemanes del poder del lenguaje universal de la fotografía. Una de las imágenes más impactantes de la guerra —la hoz y el martillo ondeando vigorosamente al aire desde lo alto, sobre las calles húmedas y llenas de hollín— fue tan cuidadosamente preparada como cualquier sesión de fotos publicitarias actual. Yevgeny Khaldei, portando una cámara Leica, subió a la azotea con la bandera (al parecer cosida por un familiar) junto con dos jóvenes soldados.[26] Encontró el ángulo que necesitaba: unos cuantos centímetros por encima de la posición de los que sujetaban la bandera, para poder captar las impresionantes siluetas de las estatuas que se veían un poco más allá, sobre el mismo tejado, para aparecer ante el mundo como triunfadores rusos, y que en el encuadre se vieran también los edificios de abajo, con sus tejados hechos pedazos, y pudiera atisbarse el perfil de la ciudad. Es obvio que el soldado que sujeta la bandera y el mástil, haciendo equilibrios sobre una columna ornamentada al borde del tejado, no le tenía miedo a la altura; algo en su postura recordaba al actor de cine mudo americano Harold Lloyd colgando sobre el vacío. Una vez que la imagen fue tomada, se sometería también a otros procesos antes de publicarse, con el fin de realzar y editar la realidad. Se añadió más humo al fondo de la imagen, para que pareciera que los edificios ardían a lo lejos, y al camarada que sujetaba al portador de la bandera, que al parecer llevaba puestos dos relojes (muchos de sus compañeros lucían orgullosos más de

una de estas recientes adquisiciones), se le eliminó cuidadosamente uno de ellos de la fotografía.

Los berlineses entonces no tenían acceso a imágenes de ningún tipo, ni manipuladas ni sin manipular. No se había publicado ningún periódico durante varios días, y las emisoras de radio de la ciudad solo emitían una señal de desconexión bisbiseante. Los rumores que se contaban en las colas para coger agua de los surtidores públicos parecían ser la única fuente de información. Una ausencia desconcertante era percibida por todos: el sonoro silencio posterior a la rendición y al cese de los poderosos cañones y el aullido de los cohetes. Esto no hizo que volviera a escucharse de inmediato el canto de los pájaros, ya que hacía tiempo que las aves de la ciudad se habían marchado. Tampoco aquel silencio podía por fin mitigarse con la tan querida y añorada música: aunque algunas jovencitas todavía guardaran algún preciado (y probablemente prohibido) disco de jazz, o algunos ancianos atesoraran sus discos de conciertos y óperas clásicas, los tocadiscos habían quedado demasiado dañados, o el suministro de electricidad era insuficiente, o simplemente el miedo de llamar la atención de soldados borrachos del Ejército Rojo y ser víctimas de su violencia o de sus robos hacía que a nadie se le ocurriera siquiera darse ese lujo. Sin embargo, el arte y el ingenio, la música y el teatro, el mero placer que podían proporcionar y la urgencia de que volvieran a formar parte de la vida de los berlineses también estaban muy presentes en las mentes del equipo del general Berzarin. Esto se debía en parte al deseo de exorcizar el nazismo de la ciudad recordándole cuál era su anterior y verdadero espíritu, pero también a una auténtica convicción estética del alimento que podía encontrarse en el arte: una fe laica en una trascendencia laica. Así que, en medio de los cadáveres aplastados por los tanques, y del cemento manchado de rojo, y con la crisis humanitaria generada por el hambre, la sed y la enfermedad que hacía presa en los más mayores y más pequeños de la ciudad, empezó a surgir un extraño y nervioso entusiasmo entre los artistas, directores de teatro, actores, pintores y músicos de Berlín. Asfixiados por doce años de nacionalsocialismo —y con frecuencia obligados a satisfacer con repugnancia los compromisos con el régimen, a riesgo

de desaparecer si no lo hacían— las mentes innovadoras y creativas de la ciudad veían a los recién llegados soviéticos como su salvación.

Algunos miembros del mundo del arte empezaron a congregarse en una gran casa de Schlüterstrasse, en la zona occidental de Charlottenburg.[27] Esta casa había sido, bajo el gobierno nazi, la nueva sede de la Cámara de las Artes y la Cultura. Durante los días y semanas siguientes, sería el centro de un extraordinario florecimiento estético, esta vez bajo la férrea dirección del socialismo de Stalin. Entre los que pronto llegarían allí se encontraba el actor de cine de setenta y un años Paul Wegener. Su propio apartamento estaba en Binger Strasse, en el distrito de Friedenau; curiosamente, había permanecido intacto pese a los bombardeos aliados y el fuego de artillería soviético. Wegener había sido reconocido por la calle por soldados del Ejército Rojo, ya que sus películas habían gozado de una duradera popularidad en la Unión Soviética, y a pesar de que había aparecido en las producciones de los nazis hasta casi el final, nunca había expresado su apoyo. (Un poco más adelante, un cargo cultural estadounidense diría de Wegener que «es un alemán en absoluto complaciente, de los que no abundan […]. Su odio a todo lo relacionado con el nacionalsocialismo es creíble»).[28] A los pocos días, el mariscal Zhukov le señalaría como una de las figuras clave con las que las fuerzas soviéticas debían colaborar para la «apertura de los teatros».[29] Exactamente lo contrario podía decirse de sus compañeros actores Werner Krauss y Emil Jannings, que encontrarían su nueva situación mucho más difícil de negociar. Para Wegener, en cambio, se añadió un beneficio extra a su reconocimiento por parte de los vencedores: en la valla de su casa se colocó un cartel, escrito en ruso, que decía: «Esta es la casa del gran artista Paul Wegener, querido y admirado en el mundo entero».[30] En un momento en el que los soldados del Ejército Rojo estaban inspeccionando todas las propiedades de la ciudad, e irrumpiendo con toda naturalidad en ellas para llevárselo todo, este cartel equivalía a contar con la protección de una fuerza mágica.

Esta fuerza mágica también parecía haberse desplegado sobre la vecina localidad de Werder, donde Marion Keller y su equipo habían estado urdiendo sus estratagemas para que tanto ellos como los trabajadores forzados de las fábricas locales pudieran sobrevivir a la entrada del Ejército Rojo. El prisionero holandés Fo Bloom había coronado con éxito su misión de cruzar el lago y establecer contacto con las fuerzas soviéticas, y obtenido la promesa por parte de todos con los que habló de que, mientras la gente de Werder se rindiera sin ofrecer resistencia, nadie les haría daño. Fue entonces cuando frau Keller percibió con más nitidez la ausencia de autoridad —no había alcalde al que recurrir, ni concejo municipal al que informar—, pero los civiles de Werder, como si fuera por ósmosis, comenzaron a organizarse entre ellos: viviendas y lugares de trabajo empezaron a llenarse rápidamente de telas y trozos de sábanas blancas. Ella y su equipo eran básicamente científicos: ¿significaría eso que el Ejército Rojo les convertiría de inmediato en mano de obra especializada? Este inquietante temor no estuvo exento de una nota cómica: la fábrica de cerveza y los viñedos —ocupados por los técnicos— todavía albergaban grandes cantidades del popular vino local. De repente se consideró imperativo evitar que los soldados soviéticos lo descubrieran, no por fastidiarles, sino por el miedo a que el alcohol les hiciera aún más violentos. El esfuerzo por deshacerse de todo —además de las bebidas de otros productores locales— acabó dando lugar a una cómica farsa similar a un cuadro de Brueghel. La idea de ver aquel delicioso vino tirándose por las alcantarillas resultaba demasiado dolorosa para la población de Werder, que decidió empezar a bebérselo frenéticamente. Al final del día, montones de personas de la por lo general prudente población estaban completamente mareadas por el alcohol.[31] Pero el motivo no podía revestir mayor seriedad: se trataba de autoprotegerse y asegurarse de que los ocupantes no se dedicaran a destruirlo todo.

Los tanques se acercaron más. Frau Keller tuvo la presencia de ánimo para pintar un improvisado cartel en ruso a la puerta de su lugar de trabajo, que decía: «Laboratorio químico científico».[32] Se puso su reluciente bata blanca de laboratorio; se quitó el esmalte de

uñas; se recogió el pelo en un sobrio moño. Dado que cualquier plan de escape pasaba por coger su barco y dirigirse hacia el oeste, a Brandeburgo y al Elba, y adentrarse en otro mundo de peligrosas incertidumbres, pensó que era mejor opción hacerse pasar por una moderna tecnócrata rodeada de viales y tubos de cristal. Los primeros tanques llegaron y se estableció el contacto: un soldado soviético entró en el laboratorio con «un papel en la mano». Era una prescripción médica, pero la barrera lingüística no permitía entrar en grandes detalles. «No somos una farmacia», protestó Keller en un rudimentario ruso,[33] pero el soldado no se fue. Ambos siguieron intentando entenderse, y frau Keller cogió un manual de compuestos químicos de la estantería. El soldado miraba por encima de su hombro mientras ella pasaba las hojas y encontró algo que parecía aproximarse a su prescripción: y, cuando ella le entregó un «polvo blanco», él se marchó, aparentemente satisfecho.[34]

Mientras, en el exterior, los tanques soviéticos eran recibidos con una especie de jubilosa bienvenida pagana: «Los trabajadores extranjeros de la fábrica de mermelada» bajaban los pintorescos escalones de la localidad «con ramas de lilas y de cerezos en flor», y ellos y los soldados soviéticos se mezclaron en una especie de arrebato de alegría.[35] Lo que para los berlineses fue una invasión estruendosa, opresora y aterradora, a los trabajadores forzados que habían coexistido con ellos les parecía la más dulce y maravillosa liberación. Esta alegría era compartida por aquellos soldados: tras años de lacerante dolor, terror y penalidades, llegó la embriagadora sencillez de la risa. Mientras los trabajadores forzados abrazaban a los soldados, quedaban todavía algunos focos de inquietud y recelo. Algunos habitantes de Werder «contemplaban petrificados desde sus ventanas este espectáculo».[36]

En medio de aquella nueva y desconcertante quietud, un número cada vez mayor de berlineses del centro de la ciudad empezaron a salir en busca no solo de agua o comida, sino para satisfacer una irresistible curiosidad humana. ¿Quedaría aún algún puente, o se

habrían hecho explotar todos para frenar la entrada de los tanques? En aquellas primeras horas del alto el fuego, el aire todavía sabía a humo y las calles estaban envueltas en un polvo espeso y silencioso. Algunos enseguida se desorientaban; eran tantos los edificios de viviendas que habían desaparecido o quedado violentamente desmembrados que los barrios antes familiares resultaban de repente extraños. Muchas tiendas de toda la vida tampoco estaban. Y aquel silencio transmitía una sensación de desasosiego casi paranormal para las mujeres que caminaban entre desfiladeros de hileras de casas en ruinas, con los escalones enlodados, entre edificios aparentemente vacíos y ventanas sin cristales y a oscuras. ¿Habría alguien allí? ¿O estarían simplemente llenos de cuerpos ocultos sin vida? En entornos más industriales, el silencio se percibía aún más; en una estación ferroviaria de mercancías, algunas de las vías estaban todavía intactas, mientras que otras habían quedado retorcidas por el impacto de los obuses, adoptando formas fantasmagóricas, y el material rodante permanecía inmovilizado y a oscuras. En el aire cálido, iba elevándose el pegajoso olor de la muerte; en medio de los escombros y los cimientos, yacían cadáveres medio enterrados, que atraían densas y negras nubes de moscas.

Hasta en los suburbios relativamente menos dañados, había una desorientación social. Un niño llamado Peter Lorenz miraba con los ojos como platos cómo un tanque ruso «demolía» la valla trasera del jardín de su casa.[37] Aquella casa estaba ya bastante dañada; él y su madre dormían en medio de «cemento, escombros y olor a basura».[38] Los soldados estaban llenos de «energía y alcohol»,[39] y él recordaba cómo su madre empezó a disfrazarse de hombre. También la actriz Hildegard Knef, que no se había deshecho de su disfraz de soldado, se encontraba en aquel momento huyendo como un fugitivo con su pareja, y la ciudad por la que se movían había adquirido un aspecto fantasmagórico, salpicado con las «caras azules» de los niños soldados muertos, vestidos con su uniforme militar.[40] En un momento dado encontraron refugio en el elegante hogar de una amiga de la familia, una anciana que no parecía del

todo consciente de la realidad. El piso, justo al lado del Kurfürstendamm, todavía tenía «sillas de estilo regencia», pero también «un armario lleno de vasos rotos»;[41] no podían seguir escondiéndose allí mucho tiempo. La anciana señora le dijo a la actriz que, si les encontraban allí a su pareja y a ella, destruirían toda la casa con ellos dentro. Su huida por las calles de la ciudad —interrumpida brevemente cuando se quedaron enredados en un alambre de espino de la carretera— tenía como objetivo llegar a los bosques de las afueras. En otros lugares, las mujeres salían a inspeccionar el lúgubre panorama, y explorar los céntricos distritos comerciales en los que apenas unas semanas antes habían estado trabajando. Muchos edificios estaban agrietados por los bombardeos, y caían alarmantes hilos de polvo del techo; otros apestaban a excrementos, tras haber sido ocupados por bandas desesperadas de la Volkssturm y de hombres de las SS que los habían estado utilizando como campamentos. Allí también había fragmentos de cuerpos morados o ennegrecidos. Entretanto, los bancos de Berlín habían quedado abiertos de par en par y arruinados, tras haber sido inspeccionados y arrasados por los ejércitos recién llegados. Dicho en términos más genéricos, las autoridades soviéticas simplemente habían tomado posesión del Deutsche Bank. Los berlineses de a pie tampoco habrían podido obtener mucha ayuda por parte de estas instituciones. El dinero carecía de significado. Al igual que cuando habían sufrido la inflación de principios de la década de 1920, tuvieron que adaptarse a un mundo en el que dinero en metálico no ofrecía ninguna seguridad.

Más cerca del centro, el zoo era a la vez un mausoleo y un manicomio; los desesperados animales que habían sobrevivido a semanas de bombardeos y fuego de artillería, y habían soportado la cacofonía cuando la ciudad se convirtió en un inmenso campo de batalla en torno a ellos, estaban hinchados por el hambre, con sus heridas abiertas y sangrantes sin poder ser atendidas. «Tigres y leones hambrientos [...] trataban de cazar los gorriones y ratones que entraban en sus jaulas», observó Vasili Grossman. Había «cadáveres de monos titi, aves tropicales, osos».[42] Se encontró con

un viejo guarda que, probablemente bajo algún tipo de conmoción, le explicó con todo detalle que llevaba treinta y siete años cuidando de los monos del zoo. Al parecer, estaba velando el cuerpo de un gorila; el animal, le dijo a Grossman, solo parecía fiero por los fuertes rugidos que hacía. Los humanos, dijo, eran más feroces que él.

De haber sobrevivido algún animal doméstico, dado que los gatos y los perros estaban tan al borde de la inanición como sus compañeros humanos, el instinto les habría llevado a huir del atronador bramido de las calles en busca de matorrales y bosques. También las señoras y los caballeros ancianos de la ciudad habían ido viendo cómo les iban despojando de sus vidas, capa por capa; sus hijos y sus nietos estaban muertos o prisioneros de un régimen que les consideraba unos terroríficos bárbaros; sus hijas y sus nietas habían sido repulsivamente violadas; sus viejos amigos y socios habían muerto de forma instantánea y sin sentido, ya fuera por los bombardeos o por el fuego cruzado o porque se habían suicidado con cianuro; sus antes elegantes y pulcras casas estaban llenas de cristales rotos, y sus amados objetos y recuerdos familiares, que habían constituido su memoria y su identidad, se habían perdido para siempre. Además, la ciudad a la que se asomaban desde sus puertas estaba deformada e irreconocible. Algunos recordaban un generalizado «humo amarillo»,[43] y que el cielo diurno había tomado la misma extraña tonalidad. Eran ciudadanos que llevaban los últimos veinticinco años acostumbrados a que les arrebataran la estabilidad de repente; pero, incluso así, en aquel momento había quien se preguntaba si esta gran ciudad podría revivir alguna vez.

Este era entonces el anverso del renacer de Berlín a la luz de la modernidad; era como si de repente la hubieran hecho retroceder siglos atrás. Muchos relatos de la época parecen o bien sorprendentemente inexpresivos o ciegamente resignados a aquellos obscenos espectáculos, que causarían años de traumas nauseabundos, noches de despertarse llorando por las pesadillas. A

raíz del descubrimiento de los campos de concentración nazis, pocos gentiles berlineses querían retratarse en sus escritos como víctimas, cuando sus conciudadanos judíos habían sufrido cosas mucho peores.

Uno de estos ciudadanos era Lothar Orbach, el joven que había decidido permanecer tanto tiempo en la clandestinidad. En 1944 había sido delatado y trasladado a Auschwitz, donde «respiró el aire del infierno».[44] Luego, fue obligado a marchar a Buchenwald, de donde, ya cerca del final de la guerra, fue liberado por soldados estadounidenses. Estos le proporcionaron una chaqueta nueva y raciones de comida abundantes. Orbach había regresado con rapidez a Berlín en tren, llevando puesta una estrella amarilla con enojada ostentación; sus compañeros de viaje alemanes se sentían obligados a desviar la vista, o a mirarle «con aprensión». Una joven madre le pidió directamente que le diera algo de su ración de comida a su hijo de pocos años; la humanidad de Orbach quedó patente ante todos los pasajeros cuando le dio parte de su jamón enlatado. Al principio, Orbach se sintió desorientado entre las ruinas de su antigua ciudad, pero al enterarse de que su madre se había mudado a un edificio de viviendas modernista que había quedado relativamente intacto, se apresuró a dirigirse allí, donde ambos se reencontraron con inmensa alegría. Durante las semanas y meses siguientes, otros judíos berlineses que habían sobrevivido a aquella terrible pesadilla de los campos de concentración también irían regresando a la ciudad, pero, al ser uno de los primeros, Orbach pudo darse cuenta de un aspecto de la vida bastante sorprendente: la ubicuidad de la autoridad soviética. Su futuro no estaría de ningún modo ligado al de los comunistas, sino al de sus liberadores estadounidenses; ya había sido destinado a una unidad de inteligencia de posguerra. En 1946 zarpó hacia Estados Unidos, para empezar una nueva vida en New Jersey.

Aunque el idioma ruso era considerado por algunos curiosamente melodioso en comparación con su alemán nativo, más áspero, no dejaba de ser extranjero. En las calles habían aparecido improvisadas señales, junto con carteles y otros avisos, todo ello

escrito en cirílico. El temor inspirado por los soldados del Ejército Rojo cuando se oían sus pesadas pisadas por las escaleras que bajaban a los húmedos sótanos, hablando y gritando, se veía intensificado por el hecho de que los ciudadanos vencidos no podían entender lo que se les mandaba hacer. Jóvenes soldados podían estar hablando en las cocinas en un tono comedido y razonable y, de repente, se ponían furiosos cuando entraba un anciano y empezaban a lanzar a voz en grito un torrente de palabras incomprensibles, de las que solo cabía entender el tono acusatorio: a veces, durante los indignados monólogos, los soldados enseñaban fotografías de ciudades y aldeas rusas. Mientras, para las mujeres que cautelosamente se dirigían a coger agua del surtidor callejero más cercano, los indescifrables carteles colgados por todas partes les daban a entender el carácter permanente de la conquista de la ciudad. Lo que ellas deseaban era que los estadounidenses llegaran para detener toda aquella violencia y reinstaurar los valores cívicos, pero nada en Berlín hacía pensar que esto pudiera llegar a materializarse. Los berlineses no tenían ningún contacto con el mundo exterior. Sabían que el Führer estaba muerto, y que habían sido derrotados, pero no tenían forma de saber lo que los conquistadores tenían previsto para ellos. La barrera idiomática intensificaba esta sensación de impenetrabilidad (y, de hecho, fuera de Berlín, ni siquiera los altos cargos aliados pudieron nunca adivinar lo que estaba pasando por la mente de Stalin).

«Los alemanes no sabían nada de ruso —escribió la historiadora Katherina Filips—. En las escuelas alemanas no les habían enseñado ruso».[45] Sin embargo, en una ciudad tan políglota como Berlín, siempre había excepciones. Estaban, como Filips apuntaba, los intelectuales, algunos de los cuales habían estudiado literatura rusa. También había algunos alemanes bálticos, de regiones más cercanas y más familiarizadas con los hablantes rusos. Existía, además, la ya antes considerable población rusa de la ciudad, compuesta por refugiados y emigrados de la Revolución bolchevique que habían llevado su lengua a calles, tiendas, *delicatessen* y revistas de poesía durante los años veinte. Y, por supuesto, estaban también los miles

de prisioneros rusoparlantes que habían sido trabajadores esclavos en las fábricas.

Nunca fue intención soviética granjearse la antipatía de los berlineses imponiéndoles una nueva lengua; en términos políticos, ya había palabras en uso que eran reconocibles en general, entre ellas, «revanchist», «imperialismus» y «reaktion».[46] El marxismo no se había originado en Moscú, e incluso palabras como «dialéctica» eran conocidas en todo el continente. En este sentido, los comités urbanos que los conquistadores soviéticos estaban entonces formando por toda la ciudad comenzaron a encontrar cierta base común. No había ningún deseo de avivar la resistencia al comunismo; por el contrario, los berlineses debían sentirse atraídos por él.

Tampoco las políticas lingüísticas partidistas; habían estado viviendo bajo un régimen que, desde 1933, había ejercido un control del discurso público exactamente igual de estricto que el de los comunistas. Los improvisados letreros en ruso que se colocaron para dar nuevos nombres a calles y plazas vinieron a reemplazar en algunos casos a otros que habían sido imposiciones nazis. Por supuesto, la Hermann-Goering-Strasse no podía seguir llamándose así; los soviéticos le restituyeron su antiguo nombre de Weimar, Ebertstrasse.[47] De forma similar, la plaza del barrio obrero de Friedrichshain, que hasta mayo de 1945 se había llamado Horst-Wessel-Platz (los nazis habían cambiado su anterior nombre de Bülowplatz en honor al matón asesinado a mediados de 1930), también fue revisada rápidamente. Su nuevo nombre dejaba claro el esfuerzo soviético por reavivar el viejo fervor socialista: Liebknechtplatz.[48]

En todo caso, fueron días en los que el horror seguía presente en las calles, y la templada atmósfera continuaba impregnada del olor dulzón de la putrefacción. «Berlín es una ciudad de muertos», escribió Harold King, un corresponsal de prensa británico al que se le permitió —un inusual privilegio— recorrer el territorio junto al general Berzarin. «Como metrópolis, sencillamente ha dejado de existir. Cada casa, en varios kilómetros a la redonda del centro,

parece haber tenido su propia bomba».[49] Para aquellos cuyos cadáveres habían quedado enteros, cada patio trasero se convirtió en un cementerio. Las monumentales torres antiaéreas de hormigón del Humboldthain y de los alrededores del zoo se habían convertido en hecatombes en cuyos pasillos de hormigón yacían los cuerpos de militares y de otras personas que se habían suicidado. La poca vida que quedaba en la ciudad correspondía en gran parte a las mujeres, gracias a las cuales el pulso del día a día de la ciudad no había desaparecido del todo. Desde el primer momento de la ocupación soviética, las mujeres que trabajaban en grandes empresas industriales, desde AEG a Osram, pudieron ver lo que los conquistadores pretendían, incluso aunque no entendieran lo que decían. Les estaban obligando a desmantelar líneas enteras de producción, desmontando meticulosamente cada pieza mecánica de cada aparato, e irlas pasando, de mano en mano, hasta acabar en andenes de carga desde los que acabarían siendo transportadas al este. También creían que estos grandes grupos industriales que estaban desmantelando jamás volverían a funcionar.

A algunos les parecía que esta extraña vida a media luz podía prolongarse de forma indefinida. En Gran Bretaña, el 8 de mayo de 1945 trajo consigo las jubilosas y luminosas celebraciones del Día de la Victoria en Europa. Los territorios que habían sido liberados por los aliados vivieron, si bien por un breve y efervescente periodo antes de que el agotamiento y las privaciones y traumáticas pérdidas de la guerra volvieran a sentirse de lleno, una alegría similar. En Berlín, las mujeres, ancianos y niños no sabían nada de todo esto. Entre los ciudadanos «legítimos» había otros muchos que tenían que ocultarse constantemente y continuaban escondidos en sótanos y buhardillas: jóvenes vestidos con retazos de ropa civil que habían desertado de la Wehrmacht y entonces trataban de evitar ser capturados por el Ejército Rojo; refugiados llegados del campo al este de la ciudad en un estado de confusión y angustia.

Justo a las afueras de la ciudad, y luchando por volver, había mujeres como la empleada de oficina Mechtild Evers, que había sido violada varias veces durante el tiempo que pasó desempeñando

trabajos forzados en el campo, y que durante su camino a pie iba sobreviviendo gracias a la amabilidad, como ella misma escribió, «de los que iban vestidos con la ropa de rayas de los campos de concentración o con uniformes de soldados soviéticos, cuyas almas la guerra no había conseguido destruir, y que compartían conmigo su único trozo de pan».[50] Los cielos sobre las llanuras del campo eran de un azul como el que pintan los artistas, pero la tierra era un erial. También regresando a la ciudad a pie por polvorientos caminos campestres estaba Hildegard Knef. Había permanecido durante un breve tiempo bajo captura en un campo soviético, pero tras convencer a los carceleros de cuál era su verdadera identidad había logrado negociar su libertad. No se había bañado «en tres meses».[51] Sus ropas estaban tiesas y llenas de piojos. Lo único que tenía era una dirección en Berlín que le había dado su amante Demandowsky, en aquel momento cautivo y que posteriormente sería ejecutado. Ella sabía que la ciudad no podía proporcionarle un refugio fiable y, sin embargo, la necesidad de volver a ella era como un mandato divino. En su viaje, supo de mujeres que no solamente habían sido violadas, sino también fusiladas, y oyó contar historias tan extravagantes que resultaban difíciles de creer, como una sobre unos jóvenes soldados del Ejército Rojo procedentes del campo que llevaron unas patatas a un apartamento y las dejaron en el cuarto de baño, supuestamente, pensaron los inquilinos, para lavarlas. En realidad, nunca antes habían visto un inodoro, y cuando tiraron de la cadena y las patatas desaparecieron, los soldados enloquecieron de rabia y acusaron a los inquilinos de «sabotaje» apuntándoles con una pistola.[52]

Si alguien les hubiera dicho a estos berlineses que quince días después del 8 de mayo las autoridades volverían a abrir algunos cines, teatros y salas de conciertos de la ciudad, o que, solo unos días después, el director de orquesta Wilhelm Furtwängler volvería a estar en Berlín interpretando a Mendelssohn con una orquesta reunida al efecto, le habrían considerado un fantasioso. Pero lo cierto es que así fue; incluso mientras el hambre y la desorientación de los berlineses en aquel paisaje de muerte y suicidio iban en

aumento, los comités culturales rusos estaban importando películas rusas que fueran edificantes para los ciudadanos alemanes, pensando en la rápida reapertura de las salas de cine de Berlín que aún eran utilizables: tanto sobrios y entusiastas documentales sobre la pureza de la vida en las granjas colectivas soviéticas como comedias de mero entretenimiento que no requirieran mucha traducción. También se proyectaría un drama de 1938 que sería el primero en pretender reeducar y enseñar: *Profesor Mamlock* era la historia de un cirujano judío cruelmente perseguido por los nazis, pese a que estos necesitaban de sus habilidades. La tragedia termina con la muerte violenta del doctor. En su día había obtenido un gran éxito —había sido la primera película dramática en abordar resueltamente el antisemitismo nazi—, pero los soviéticos se habían visto obligados a retirarla como consecuencia del Pacto Molotov-Ribbentrop de 1939. Varios años más tarde, el filme volvió a ser parte integrante del repertorio del cine soviético. (También había alcanzado gran éxito en Estados Unidos, donde un póster proclamaba «¡Una demoledora crítica del terror nazi!»).[53] Para los berlineses, que tanto habían echado de menos su forma de arte favorita, esta sería una de las primeras producciones con las que tendrían que enfrentarse, apenas unos días después de la conquista soviética; a esta le seguirían otras muchas, más duras incluso.

Aparte de todo esto, cuando no les estaban obligando a trabajar o no les estaban evaluando sexualmente con miradas descaradas, los berlineses se daban cuenta de que incluso en sus propias calles y barrios, los conquistadores les observaban con cierta curiosidad moral, como si ellos también hubieran sido unos monstruos. Para estos ciudadanos, el 8 de mayo de 1945 significó muy poco; todos los días transcurrían iguales, bajo el polvo asfixiante. Sin embargo, aquellos últimos días de una destrucción nunca antes vista, que se habían llevado tantos miles de vidas civiles y dejado a incontables más sin nada que pudiera parecerse ni de lejos a un hogar civilizado, también iban a proyectar su sombra en el futuro. Al igual que el resto del mundo, ellos ansiaban la paz. En los días y años siguientes, la población de Berlín se daría entonces cuenta de que los ojos del

mundo nunca dejarían de vigilarles, y que esos ojos entonces estaban puestos en un problema del que surgiría un nuevo y aún más terrible conflicto.

20. Con el ascenso de los nazis en los años treinta, las calles de Berlín se convirtieron en un grandilocuente telón de fondo para festividades como el Primero de Mayo; en la foto, véase un enorme mayo coronado con esvásticas.

21. Entre los horrorizados testigos de la Noche de los Cristales Rotos (Kristallnacht) en 1938 —en la que se incendiaron sinagogas y quedaron destrozados negocios familiares—, había corresponsales de prensa extranjeros; algunos berlineses gentiles se sintieron también profundamente avergonzados y asustados por la violencia desatada.

22. La joven actriz Hildegard Knef acababa de conseguir un contrato en 1945, mientras el Ejército Rojo estaba ya acercándose; su estratagema para escapar de los soldados soviéticos fue mucho más extraordinaria que cualquier guion cinematográfico.

24. El que en su día fuera un impresionante símbolo de la modernidad de Berlín, el edificio de los grandes almacenes Karstadt, fue desvalijado por los saqueadores. Al considerar que sus torres podían resultar tentadoras para posibles francotiradores soviéticos, los nazis lo volaron sin pensarlo dos veces.

23. Goebbels insistía en que la industria del cine de Berlín debía superar a Hollywood en su deslumbrante escapismo. Estrellas como Marika Rökk, especializada en comedias románticas, llegó a ser considerada de vital importancia para levantar la moral.

26. El Tiergarten, antes famoso por su elegancia, como la mayoría de los frondosos parques de Berlín, en 1945 quedó reducido por los bombardeos a un paisaje lunar; la gente iba a buscar la escasa madera que quedaba en ellos para utilizarla como combustible.

25. La Volkssturm —integrada por hombres demasiado mayores o demasiado jóvenes, así como por chavales, llamados a prestar servicio— fue venerada por muchos mandos de la jerarquía nazi, incluido Heinrich Himmler. En 1945, pese a su anticuado armamento, fue crucial para la defensa de Berlín.

27. En 1945, los berlineses tuvieron que adaptarse rápidamente al panorama de sus limpias y agradables calles residenciales convertidas en posiciones defensivas, llenas de barricadas y trincheras para tratar de contener a los tanques soviéticos.

28. Aunque los berlineses se quedaron impactados al ver los tanques soviéticos circular por sus calles residenciales, los soldados del Ejército Rojo se sentían igualmente fascinados por la riqueza de la que daban testimonio dichas vías urbanas.

29. A pocos kilómetros de distancia de Berlín, se encontraba el descarnado horror de Sachsenhausen: un campo de concentración en el que se habían ensayado todas las crueles prácticas homicidas de los campos de la muerte.

30. Las inmensas torres de hormigón de Berlín que cumplían la función de refugios antiaéreos eran parecidas a fortalezas medievales. Algunas familias que buscaban cobijo en sus inhóspitos exteriores se mostraban renuentes a marcharse incluso después de que terminaran los bombardeos.

31. En 1945, la vida de muchos berlineses pasó a ser subterránea: las interminables alarmas y las noches y días infinitos transcurrían bajo tierra, dentro de frías y húmedas construcciones de ladrillo, oyendo los ruidos y las explosiones tronar desde la superficie.

32. La triunfante exploración del Führerbunker llevada a cabo por el Ejército Rojo en mayo de 1945 sacó a la luz un laberinto lleno de goteras y góticos contrastes: cuadros y percheros de pie, puertas blindadas y manchas de sangre.

33. Al final de la guerra, algunas áreas del centro de Berlín parecían reducidas a esqueléticos espectros de las calles que fueron en su día. Los cuerpos todavía sin enterrar hacían que el aire resultara nauseabundo.

34. En medio de la devastación, las fuerzas ocupantes soviéticas identificaron rápidamente a los líderes ciudadanos e ingenieros de Berlín: el agua, la electricidad e incluso el metro volvieron a restablecerse con asombrosa celeridad.

35. Las «desescombradoras», reclutadas para despejar las ruinas de Berlín a fin de que los materiales de utilidad pudieran emplearse en la reconstrucción, se convirtieron en símbolos internacionalmente reconocidos de una nación derrotada y avergonzada.

37. Al quedar tantos hogares en ruinas, muchas familias se vieron obligadas a compartir alojamiento con extraños en edificios medio derruidos, en tanto que otras regresaron a sus antiguas casas, gravemente deterioradas.

36. Por todo el accidentado paisaje urbano, los niños se divertían con juegos que causaron asombro a las fuerzas ocupantes estadounidenses: muchos de ellos jugaban a ser vaqueros del Salvaje Oeste.

TERCERA PARTE

Posesión

16
COMPLICIDAD

Los berlineses de más edad recordaban lo que era ser odiado. La anterior derrota de 1918 había traído consigo un distante rechazo por parte de las naciones victoriosas, como si el pueblo alemán hubiera sido en realidad el único culpable del conflicto. En este momento, a principios del verano de 1945, los berlineses sabían que aquellas oleadas de ira volverían a caer sobre ellos. En Estados Unidos, el venerado novelista y autor de *Los Buddenbrook*, Thomas Mann, que había pasado los años del nazismo en el exilio, pronunciando vehementes discursos contra Hitler dentro de una comunidad californiana de emigrados entre los que se encontraba Bertolt Brecht, dio una conferencia en la Biblioteca del Congreso de Washington D. C. En ella trató de los crímenes nazis y de las raíces del mal alemán; estas raíces se remontaban a Martín Lutero, y a las oscuras posibilidades del romanticismo germano percibidas por Goethe. «Todo está dentro de mí —dijo Mann—. Yo he pasado por todo eso».[1] Y añadió: «No existen dos Alemanias, una buena y otra mala, sino una sola en la que, mediante astucias diabólicas, el bien se transformó en el mal».[2] Lo que venía a decir era que el mal había fluido a través de todo el pueblo alemán; ellos lo habían sentido, aunque no hubieran cometido los crímenes directamente. Al leer el discurso, Bertolt Brecht se quedó espantado de que los berlineses, entre otros muchos, pudieran ser acusados de las maldades cometidas por los tiranos, no por el pueblo; ningún berlinés tuvo la oportunidad de escuchar este discurso, pero no obstante sabían que iban a ser acusados. Muchos de ellos habían oído rumores, a lo largo de los últimos años, de adónde habían sido

deportados los judíos de la ciudad y de lo que les esperaba en aquellos terribles campos. Por tanto, los berlineses sabían que el círculo del oprobio iba a comenzar de nuevo. Habían sido cómplices, aunque personalmente no sintieran culpa. Tal vez no hubieran visto los campos, o los vagones de tren, pero habían sabido de ellos. Y lo que ciertamente sí habían visto era la violencia de la Kristallnacht en 1938; los grupos de civiles lanzando gritos y alaridos. Ningún berlinés podía alegar ignorancia sobre lo que pasó esa noche, sobre el alcance de la malevolencia dirigida contra el pueblo judío. La filósofa Hannah Arendt haría más adelante la distinción entre la «culpa colectiva» y la «responsabilidad colectiva»: lo primero significaba que, en esencia, ninguna persona era individualmente culpable, mientras que lo segundo obligaba a la sociedad alemana en general a reconocer lo que se había hecho en su nombre.[3] En 1945, a las berlinesas hambrientas y que habían sido violadas, estas distinciones les habrían parecido bastante abstractas. Pero la derrota, el caos y la indefensión se percibían de forma muy concreta. Los berlineses de más edad recordaban el amargo sabor de la capitulación que siguió a la Gran Guerra, y la montaña rusa de inestabilidad política posterior. Pero, a diferencia de 1918, ahora había una potencia ocupante, que inspiraba a la vez temor y tranquilidad. Una potencia que estaba intentando aparentar que esta nueva revolución —este nuevo totalitarismo— no era tal cosa; que la tarea de devolverle la vida a Berlín constituía una empresa común deseada por el pueblo alemán.

Durante los primeros días del verano de 1945 todavía no se veían fuerzas estadounidenses, británicas ni francesas por la capital; por el momento, los soviéticos tenían el control absoluto. La apropiación de lo más valioso de la ciudad había sido voraz: desde las obras de los grandes maestros de la pintura sacadas de su ignominioso almacenamiento en la torre antiaérea del Friedrichshain hasta la de los científicos, tanto los más experimentados como los noveles, asociados a empresas como AEG, Osram y Siemens, que podían ser de utilidad para el programa nuclear soviético, Berlín fue desmenuzado como la carcasa de un pollo. Por entonces, las

emisoras de radio de la ciudad volvieron también a la vida, rompiendo al menos parte del silencio; y, a comienzos de junio de 1945, la voz encargada de difundir una nueva proclamación fue la del recién nombrado *bürgermeister* (alcalde), el doctor Arthur Werner, en la que advertía a sus conciudadanos:

> Cualquiera que quiera obstaculizar nuestra administración es un enemigo del pueblo, y un irresponsable criminal que daña a nuestro país […]. Todavía existen criminales y personas engañadas que mediante su demencial actuación están impidiendo el retorno de la ley y el orden […] en especial, los miembros de las antiguas Juventudes Hitlerianas.[4]

A continuación, el doctor Werner procedía a lanzar una amenaza que, irónicamente, recordaba mucho a las del régimen anterior. Por cada intento de atentar contra la vida de un soldado del Ejército Rojo o de un funcionario soviético, anunció, se fusilaría a cincuenta exmiembros del partido nazi.[5] Esto dejaba explícita la idea de que dichos nazis —incluso los de los niveles más bajos del partido— habían sido identificados. Lo que la retórica soviética pretendía en general era transmitir la sensación de que muchos de estos funcionarios serían desradicalizados mediante la educación. Se decía que los antifascistas de la ciudad estaban ayudando a las autoridades soviéticas «guiándolas a través del laberinto […] de la vida civil».[6] Pero el talante amistoso —la idea de que, a través del ejemplo moral, demostrando que la civilización soviética era superior— era una mera apariencia; los brotes de venganza seguían produciéndose continuamente: industriales que eran detenidos a punta de pistola mientras soldados del Ejército Rojo violaban a sus esposas. También se decía que había casos de incendios provocados de forma deliberada: en una ocasión, a los acusados, dos adolescentes denunciados como miembros de las Juventudes Hitlerianas, los mataron lanzándoles a las llamas.[7] Los ocupantes no eran amables; tampoco, dadas las obscenidades perpetradas por los nazis en sus lugares de origen, cabía esperar que lo fueran.

Pese a la continua violencia, los berlineses eran conscientes de que su ciudad no estaba completamente muerta, y para aquellos que habían conseguido quedar fuera de la escrutadora mirada de las

nuevas autoridades, lejos del pulverizado centro de la ciudad, comenzó a haber sorprendentes destellos de renovación. Como *bürgermeister*, Werner fue un emblema de esta regeneración. Era un arquitecto e ingeniero civil que había dirigido una escuela técnica superior en Berlín hasta que los nazis la cerraron en 1942. Ahora los soviéticos necesitaban a alguien que fuera un experto en los desafíos físicos de la reconstrucción y a la vez no pareciera alguien impuesto a dedo por Moscú. Walter Ulbricht —que entonces estaba viviendo y trabajando en Prinzenallee, en el barrio periférico de Gesundbrunnen, al norte de la ciudad, y de vez en cuando utilizaba las salas de cine para dar conferencias a funcionarios— tenía buen cuidado de que la conquista comunista no fuera vista como tal. «Creemos que sería un error imponer el sistema soviético en Alemania —escribió en un manifiesto del partido—. Creemos que los intereses prioritarios del pueblo alemán en este momento prescriben un camino distinto; el establecimiento de un régimen antifascista, democrático […] con todos los derechos y libertades democráticas para el pueblo».[8] «Democracia» era uno de esos términos cuya definición era convenientemente elástica. Durante las semanas anteriores a que el Ejército Rojo permitiera la presencia de sus homólogos estadounidenses y británicos en Berlín, la firme voluntad del Grupo de Ulbricht fue construir un nuevo marco de poder, lo suficientemente fuerte para aguantar la resistencia en contra.

Poniendo a comunistas alemanes —junto con una cuidadosa selección de funcionarios no pertenecientes al partido, para dar la impresión de una coalición de intereses políticos— en los puestos clave de la Administración de los asuntos cotidianos de la ciudad, quedaba implícito que el deber de aquellos líderes era evitar la catástrofe inmediata de la inanición. La muerte del general Berzarin —fallecido en un accidente de moto al este de la ciudad el 16 de junio de 1945, a la edad de cuarenta y un años— no fue de ayuda; Berzarin se había esforzado al máximo, como otros cargos de la sede central de la Administración Militar Soviética sita en el ajardinado suburbio oriental de Karlshorst, por volver a poner en marcha los motores de la sociedad civil.[9] Sin embargo, la comida

en la ciudad seguía escaseando alarmantemente; se recurrió a los suministros incautados a la derrotada Wehrmacht. El racionamiento —establecido conforme a unos niveles muy estrictos, donde algunos grupos como los constructores y (por algún motivo desconocido) los actores recibían un poco más— continuó. El objetivo era que cada ciudadano recibiera mil cien calorías al día: una cantidad lastimosamente pequeña, pero suficiente para seguir funcionando. La asignación diaria era: doscientos gramos de pan, cuatrocientos gramos de patatas y cuarenta gramos de carne. Con frecuencia, el objetivo parecía idealista, pero los soviéticos fueron eficientes a la hora de garantizar que el suministro de pan y de patatas fuera razonablemente constante. Las tiendas de comestibles que no habían sufrido daños muy graves en las semanas y meses anteriores no daban abasto. Corrían rumores de que había café, en cantidades minúsculas, pero el hecho era revelador de que, para los berlineses, hasta los placeres más cotidianos representaban entonces un lujo fascinante.

Y por las calles de los barrios del interior fueron apareciendo cada vez más letreros que decían que los «restaurantes [...] cines y salas de fiestas» supervivientes iban a volver a abrir.[10] En algunos distritos, esto resultaba rocambolesco, sobre todo el concepto de restaurante; pero se unieron esfuerzos para que pudiera volver a oírse el zumbido de los proyectores en las escasas salas de cine que seguían en pie. Otras señales de renovación en aquellos primeros días del verano debieron de parecer una ilusión milagrosa: volver a escuchar el rugido subterráneo de los restaurados vagones de la U-Bahn al circular por las líneas recién despejadas, así como ver los trenes de cercanías de la S-Bahn cruzando los viaductos urbanos por encima de las cabezas de los viandantes. Las líneas del tranvía también se reconstruyeron y restablecieron con sorprendente velocidad. Los autobuses, alimentados con leña, empezaron a circular de nuevo haciendo rutas limitadas. Por otro lado, estaban las necesidades domésticas: unos doscientos mil ciudadanos del céntrico distrito de Moabit, por ejemplo, llevaban meses abasteciéndose de agua en las fuentes públicas. A principios de junio

de 1945, se restauró el suministro de agua.[11] Esto supuso una preocupación menos para las mujeres que los funcionarios locales habían organizado en brigadas de trabajo para realizar la extenuante tarea de retirar pedruscos y ladrillos de los solares y carreteras bombardeadas: las llamadas «desescombradoras», cuyas imágenes —formando filas sobre montones de escombros, con cubos en la mano— se harían famosas en todo el mundo. El trabajo estaba mal pagado y con frecuencia resultaba extenuante; se diferenciaba en muy poco del trabajo forzado que aquellas mismas mujeres habían conocido en las fábricas y naves industriales de la ciudad. A las trabajadoras que se mostraban renuentes se les decía que si se negaban se les recortarían las cartillas de racionamiento, por lo que, con las temperaturas cada vez más altas del incipiente verano berlinés, acababan moviéndose como podían entre los montones de tierra y levantando grandes terrones de ladrillo, y pasándoselos unas a otras en una fila, desde el amanecer hasta última hora de la tarde. Aunque fuera de modo tácito, existía un claro elemento de castigo colectivo: el trabajo era obviamente necesario, pero a la vez servía como una forma de espectáculo público. Dado que muchas mujeres de Berlín habían llevado sus mejores ropas a los refugios antibombas, y el resto habían quedado destrozadas en las batallas y bombardeos, muchas integrantes de estas castigadas cuadrillas de trabajadoras llevaban bonitos y a menudo elegantes vestidos. La ropa de repuesto, o el material que pudiera servir para convertirlo en indumentaria de trabajo, era algo muy preciado; una mujer cogió una enorme bandera de la esvástica, escarlata y negra, y tras quitar cuidadosamente el emblema, utilizó la tela para confeccionarse un improvisado vestido. Las desescombradoras eran profundamente conscientes de que las autoridades y sus departamentos de prensa les hacían fotos; a veces, miraban a la cámara con el ceño fruncido o dando desafiantes caladas a un cigarrillo. Era una forma de humillación, que llegaba tras un periodo profundamente traumático. Pero sabían que había cosas mucho peores que esta desagradable tarea para la que les habían reclutado; se rumoreaba que a algunos hombres les enviaban a lo más profundo del oriente de la Unión

Soviética a realizar un tipo de trabajo físico en el fondo de las minas, y en el corazón de las montañas, al que muchos no lograban sobrevivir.

Las desescombradoras también contaban con el consuelo de ver los efectos prácticos de su trabajo: las hileras de casas y las avenidas que de nuevo podían volver a abrirse al tráfico, y las piedras y ladrillos almacenados para reutilizarse. También los constructores y carpinteros que quedaban en la ciudad fueron reclutados para el trabajo obligatorio; su tarea consistía en entrar en los edificios dañados, valorar su estado y reparar los que pudieran volver a ser más o menos habitables. Se colocaron más carteles y letreros con fines propagandísticos junto a algunas de las áreas bombardeadas más extensas, con mensajes como: «Esto se lo tenéis que agradecer a Hitler» o «La vergüenza de Hitler y su obra: escombros, escombros y escombros».[12] La premisa de estas declaraciones era apartar a los berlineses de su fe anterior. Pero, astutamente, se evitaba la acusación de que los berlineses se hubieran autoinfligido toda aquella devastación. En este extraño y silencioso periodo, antes de que se permitiera a los aliados tomar posesión de sus propios sectores de ocupación, no se hizo mucho hincapié en culpar a los berlineses de los crímenes que su país había cometido. Pese a que el reclutamiento de las cuadrillas de desescombro constituía para muchos una forma de humillación, al menos podía racionalizarse como una necesidad humanitaria: una gran parte de los seiscientos mil hogares que quedaron destrozados durante la batalla de Berlín podía salvarse utilizando los materiales de los que habían quedado completamente pulverizados.

Había otra posibilidad de vivienda en la ciudad, al límite de lo cívicamente aceptable. Desde el cambio de siglo, cuando el nuevo centro industrial de Berlín estaba en plena ebullición, algunos berlineses se habían acostumbrado a vivir en las parcelas de jardín de las casas de los barrios periféricos. Los cobertizos se transformaron en pequeñas viviendas, a veces incluso con dos plantas. En cierto sentido, se trataba simplemente de pueblos de casas en miniatura, aunque, en otro, reflejaba la irreductibilidad de

sus habitantes. Estas «colonias de parcelas», como llegaron a llamarse, cobraron en este momento nueva vida.[13] Eran primitivas —las aguas residuales iban a parar a fosas sépticas, no tenían electricidad y la vida era una constante batalla contra las moscas—, pero su localización entre árboles frutales y extensiones de hierba también las convertía en una edénica vía de escape. Durante las semanas siguientes a la caída de Berlín, unas cincuenta mil familias se pusieron en camino hacia estos tranquilos refugios parcelarios. Las nuevas autoridades comunistas, aunque no del todo cómodas con la idea de estas comunidades independientes y sus parcelas privadas que de algún modo escapaban a su control, tampoco encontraron motivos suficientes para impedírselo.

Que los nazis no hubieran demolido estas estructuras en los años anteriores era en sí bastante llamativo. Nunca habrían podido encajar, de ninguna manera, en las monumentales visiones urbanísticas de Albert Speer. Incluso antes, en la era del káiser, las colonias parcelarias (en la época de la Gran Guerra llegó a haber unas ciento veinte mil casas de este tipo) habían constituido una fuente de profunda frustración para las autoridades municipales. Sin embargo, en tiempos de calamidad económica, estos verdes asentamientos representaron una muy valiosa válvula de escape para la atribulada ciudad: una respuesta para las personas sin hogar. Hasta los nazis se dieron cuenta de que había otro elemento a favor de estas improvisadas comunidades, uno que podía apelar incluso a su pureza ideológica: que los berlineses, al elegir esta vida sencilla, al mismo tiempo se alejaban de la enfermiza degeneración de la ciudad. «El habitante de la ciudad verde conecta con la tierra», decía un editorial nazi.[14] Su justificación fue aún mayor durante la guerra, y el comienzo de las terroríficas campañas de bombardeos sobre Berlín. Las autoridades de la ciudad habían tratado de disuadir a estas comunidades, pero, en 1944, cualquiera cuyo piso hubiera sido bombardeado tenía legalmente derecho a encontrar una parcela y construirse allí un nuevo hogar. Es más, se les permitía tener unos cuantos animales; gallinas o cerdos. En 1945, los soviéticos, asombrados ante la riqueza y opulencia de las villas de Berlín aún

intactas, se enfrentaron también al desafío de alinear a los colonos de estas parcelas con el pensamiento del partido.

Durante su breve periodo de control exclusivo, los rusos también abordaron la cuestión de cómo se podía «desprogramar» a los jóvenes de la ciudad de su formación en las Juventudes Hitlerianas. Las órdenes procedían del mariscal Zhukov, que había preconizado que el «exterminio definitivo de los restos del fascismo» se conseguiría en parte a través de «organizaciones antifascistas».[15]

El berlinés seleccionado para reeducar a la juventud de la ciudad era un hombre que, al igual que Walter Ulbricht, había vivido exilado en Rusia desde la ascensión de los nazis al poder. Johannes R. Becher era poeta y novelista, además de político. Su cometido no era solo erradicar la infección del nazismo de las mentes juveniles, sino redirigirlas hacia la autoevidente alta moralidad del comunismo. Inmediatamente llamó a la «regeneración moral de nuestra nación», fundando el Kulturbund zur Demokratischen Erneuerung Deutschlands («Liga Cultural para la Renovación Democrática de Alemania»).[16] Nacido en 1891, Becher era una figura creativa de una intensidad bastante fuera de lo normal, con tendencia a los impulsos suicidas y a la adicción a la morfina. Pero el comunismo de Karl Liebknecht traspasaba toda su poesía y su prosa como un rayo, y había desempeñado un papel muy activo en el partido durante los años de Weimar. Su poesía fue calificada de expresionista, y pertenecía al tipo de literatura que los fascistas en ascenso acusaron de degenerada. Nunca habría podido encontrar acomodo con el régimen nazi; no le quedó más remedio que huir al exilio. Pero tampoco resultaba fácil encontrarse tranquilo o cómodo en la Unión Soviética de Stalin en la época de las purgas, ni en adelante. El hecho de haber sobrevivido a aquella jungla de paranoia y traición era algo excepcional; haber mantenido una visión firme de cómo había que remodelar Alemania y Berlín para convertirla en una sociedad ideal, más excepcional aún. «Si no retiramos los escombros —decía Becher—, si no conseguimos una renovación espiritual y un renacimiento moral de nuestro pueblo, la reconstrucción material estará […] condenada al fracaso».[17]

Y, coincidiendo con sus colegas de partido, él no veía el nazismo como un movimiento que fuera reflejo de una corrupción innata en el carácter alemán; por el contrario, era el temible resultado de un cierto tipo de capitalismo voraz. Becher creía que a través de los siglos había existido una continuidad creativa esencial alemana que en aquel preciso momento estaba a punto de eclosionar de verdad, mediante el socialismo. «A la actitud moral y política de nuestro pueblo debemos dotarla ahora de la expresión clara, fuerte, convincente, de este valioso legado de humanismo, de clasicismo, de la rica herencia del movimiento de los trabajadores», declaró en un discurso.[18] Para los niños y también para los adultos, esto significaba que, bajo la dirección de los soviéticos, la cultura prenazi seguiría siendo esencial para la vida en la zona soviética de Alemania: Schiller y Goethe continuarían siendo venerados. De hecho, Goethe fue elevado al estatus de héroe, el «símbolo de nuestra cultura nacional unificada», como declaró el líder del Partido Comunista Otto Grotewohl, que, a través de su poesía, sus novelas y obras de teatro, había elevado «nuestra nación, de la penumbra de la vacuidad histórica al rango de una potencia mundial».[19] No se trataba de un mero alegato nacionalista: también pretendía transmitir tranquilidad a los berlineses cultos que temían que el bolchevismo barriera la vieja cultura y quisiera reemplazarla por algo completamente nuevo.

El Grupo de Ulbricht, por el contrario, se presentaba como la forma más natural de continuidad; Walter Ulbricht había sido espartaquista en 1919, bajo la inspiración de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, y conocía Berlín muy a fondo. Lo mismo cabe decir de Johannes Becher y el resto del grupo. La imagen que trataban de dar era la de verdaderos alemanes que habían vuelto de un cruel exilio para volver a llevar a la ciudad y al país a su verdadero camino. Sin embargo, tanto Ulbricht como Becher sabían muy bien que en Rusia también se habían cometido graves abusos; que el terror que recorría todo el entramado del sistema estalinista no tardaría en penetrar en Berlín. Pero esto no les importaba nada. Los ojos de la fe se pueden adaptar fácilmente a la oscuridad; y ellos se

habían convencido de ver una luz a lo lejos a la que todos debían dirigirse para encontrar la salvación. De modo que al mismo tiempo que Ulbricht y Becher querían que los berlineses se sintieran tranquilos respecto a su tradición cultural, fueron absolutamente claros respecto a que no harían ningún tipo de concesiones.

La pureza de la expresión artística en esta nueva sociedad no debía contribuir a crear «una especie de segunda República de Weimar», proclamaba Becher.[20] Como comunista, creía que esto invitaría a la regresión a una cierta forma de decadencia (y de pensamiento liberal) que era la que había hecho posible el fascismo. En lugar de ello, todos los teatros y salas de ópera y conciertos, así como los cines e incluso la literatura popular, debían atenerse a un marco de rectitud política. Eran conscientes de que entre los jóvenes de Berlín se había mantenido una constante, tanto durante el liberalismo de Weimar como durante el totalitarismo nazi: la ficción barata. Las violentas aventuras del Salvaje Oeste protagonizadas por Old Shatterhand habían continuado siendo una lectura muy solicitada por los adolescentes, y bajo aquellos cielos azules de inicios del verano, sus hermanos pequeños, cuyas escuelas habían sido bombardeadas y no tenían clases a las que asistir, habían vuelto a jugar a lo mismo que jugaban todos los niños de la Europa continental, Inglaterra y, por supuesto, Estados Unidos: las ilimitadas variantes de los juegos de indios y vaqueros.

Otros tenían inclinaciones más modernas. Años después, un berlinés recordaría, con cierta asombrada pero entrañable nostalgia, cómo las ruinas de la Ackerstrasse sirvieron de estimulante telón de fondo para la «Agencia Internacional de Detectives» de su infancia; él y sus amigos confeccionaron unas tarjetas de visita de mentirijillas y jugaban a llevar a cabo investigaciones y persecuciones de villanos entre las ruinas de los edificios derrumbados.[21] Los ecos de la guerra también eran constantes; muchos chicos se divertían con juegos más violentos, enfrentándose con pistolas y granadas de juguete. Johannes R. Becher era uno de esos comunistas alemanes que profesaban la creencia jesuita de que los niños nacidos a la sombra de Hitler necesitaban una reeducación total para poder

reconducir sus almas; por otra parte, también se daba el caso de muchos niños berlineses que encontraban, alegre e inconscientemente, su propia inspiración lejos del fascismo.

Ciertamente, el apetito infantil por la literatura para el fomento del espíritu soviético —libros y publicaciones austeras en las que se detallaba la vida de grandes héroes de la sociedad que habían luchado contra el fascismo de diversas maneras y que encarnaban las virtudes de la igualdad soviética— era escaso. A medida que fue pasando el tiempo, las autoridades soviéticas, un tanto contrariadas, tendrían que ajustar su enfoque y reconvertir estas áridas parábolas en emocionantes relatos de aventuras, en lo alto de las montañas, en lo más profundo del mar, plagadas de riesgos y peligros mortales. También había que tener en cuenta otra cosa: el sistema educativo había quedado traumáticamente hecho añicos. Las escuelas habían cerrado varios meses antes e, incluso entonces, muchos niños habían estado viviendo bajo el permanente escalofrío de la muerte de sus padres y familiares. El trauma era casi imposible de imaginar siquiera. Aquellos niños continuaron jugando en desolados descampados en ruinas que, irónicamente, eran incluso más peligrosos que las cumbres de las montañas y las profundidades de los mares.

Tampoco podían, como antes, encontrar solaz en los inmensos y elegantes jardines de recreo de la ciudad. El Tiergarten era en aquel momento un paisaje apocalíptico de árboles arrancados y esqueléticos, grandes cráteres de arena y ferralla abandonada procedente de tanques quemados o de Panzerfausts inutilizados. Los niños deambulaban entre aquellas serradas esculturas abstractas, con la tierra llena de casquillos de bala crujiendo bajo sus pies. ¿Qué pensarían aquellas mentes jóvenes, entonces, de sus contemporáneos más andrajosos, los refugiados huérfanos que empezaban a llegar a la ciudad, acompañados por improvisados guardianes? Aquel fue su primer contacto con una calamidad humana cuyas dimensiones seguiría aumentando durante los años siguientes: la expulsión forzosa de millones de familias alemanas de territorios de toda Europa antes ocupados por los nazis, que desembocaría en cientos de miles de muertes.

Los bosques que rodeaban la ciudad habían servido durante años de valiosa e imaginativa evasión para los niños de Berlín: las silenciosas sendas entre laberintos de árboles, los grandes y tentadores lagos. Sin embargo, en aquellos días de verano, no constituían más que un terrible recordatorio de la reciente carnicería. Muchos hombres de la Wehrmacht y de las SS habían tratado, sin éxito, de encontrar refugio en el interior de los bosques, con la esperanza de poder contraatacar cuando el enemigo se aproximase. Pero las bombas y los lanzallamas habían dejado inservible aquel refugio; y todavía quedaban fragmentos de cadáveres dispersos bajo los helechos o siendo pasto de aves y animales en los claros del bosque. Para los niños de Berlín, la guerra en realidad no había acabado. La verdadera inocencia era imposible, por mucho que los inquietantes espacios bombardeados o que habían sido campos de batalla se convirtieran en escenarios de bulliciosos juegos inspirados en relatos de aventuras.

Apenas habían pasado unas semanas desde que la gran duquesa Cecilia, esposa del expríncipe heredero de Hohenzollern, hubiera desalojado su enorme palacio de estilo tudor de las afueras de la ciudad, construido para ella. Para el verano, la Administración Militar Soviética ya había admitido por fin la entrada —cuidadosamente coreografiada desde Moscú— de las fuerzas estadounidenses y soviéticas en la ciudad, tras semanas de tensos y enojosos malentendidos y provocaciones. Entonces, en julio de 1945, llegó el momento de que los tres líderes aliados volvieran a reunirse, por última vez, y el lugar escogido para la Conferencia de Potsdam fue la casa de la gran duquesa. El palacio de Cecilienhof, que había permanecido intacto frente al violento entusiasmo de la ocupación soviética, resultaba un curioso espectáculo, al encontrarse tan cerca de la destrozada y desolada ciudad: tanto la casa como su paisaje seguían transmitiendo una sensación de tranquilidad y orden. Aquella propiedad pertenecía a un mundo distinto. Sin embargo, los soviéticos tuvieron buen cuidado en la preparación de aquella trascendental cumbre. Un macizo de flores de uno de los patios

centrales fue escarbado y replantado para que el resplandor escarlata de un lago de rosas carmesí, con la forma de la estrella roja soviética, ocupara su lugar.[22]

Había entonces un nuevo presidente en Estados Unidos, a raíz de la muerte de Roosevelt, Harry S. Truman; y el cargo de primer ministro británico también estaba a punto de cambiar. Mientras que la Conferencia de Potsdam se ponía en marcha, iban sabiéndose los resultados de las elecciones generales en el Reino Unido (con un ligero retraso debido a que los votos de los militares de servicio tuvieron que ser enviados por correo desde todas partes del mundo). El electorado había decidido que Winston Churchill ya había cumplido su misión en el tiempo de guerra, y que el futuro inmediato debía estar en manos de su sustituto laborista, Clement Attlee. De modo que, aunque Churchill había comandado la delegación británica en Potsdam durante los primeros días, en adelante sería reemplazado por Attlee, que ocuparía su asiento entre los líderes estadounidenses y soviéticos durante la conclusión de la conferencia. En este sentido, Stalin era el emblema de la continuidad; el único líder del tiempo de guerra que seguía en el poder al final del conflicto. En Cecilienhof, hubo seguridad y también paranoia en abundancia; Stalin iba en todo momento rodeado de un infranqueable muro de soldados y agentes. La comida para la conferencia era encargada y enviada desde Moscú, y los catadores de su comida eran rusos. A las delegaciones de Gran Bretaña y Estados Unidos se les asignaron dependencias de trabajo dentro del extenso palacio, y todo estaba organizado de manera que ni siquiera Churchill podría haberse acercado a Stalin sin la intervención de un numeroso equipo de protección. El tráfico en torno a la finca de Cecilienhof, entretanto, estaba dirigido por mujeres soviéticas que portaban banderas amarillas y rojas.

La agenda acordada dentro de aquellas salas acarrearía terribles consecuencias para millones de familias. No es que las intenciones de Potsdam fueran abiertamente malignas, sino que lo que pactaron Truman, Churchill, Attlee y Stalin resultaría ser una sentencia de muerte para incontables civiles. Aquellos alemanes que se habían

trasladado a territorios y tierras que habían sido anexionadas por los nazis tenían que ser expulsados; un decreto que abarcaba tanto a Polonia como a Checoslovaquia y Hungría. Es posible que por parte de Churchill existiera la ingenua suposición de que dicho proceso se llevaría a cabo de forma ordenada, y que las familias podrían escapar sin tener que sufrir por ello violencia o adversidades. Pero la población de gran parte del continente estaba pasando hambre y viviendo entre ruinas calcinadas, y no le resultaba fácil perdonar. No obstante, aquellos líderes, ministros de Exteriores y diplomáticos que asistieron a la Conferencia de Potsdam estaban decididos a que la maldad nazi fuera juzgada; y fue en Cecilienhof donde se estableció el marco para el procesamiento judicial de la posguerra. A simple vista, el criterio que seguir podía definirse con facilidad: delimitar la diferencia entre acciones cometidas en el curso normal de la guerra y los «crímenes de guerra».[23] La magnitud del Holocausto —su absolutamente inconcebible escala— había puesto al mundo ante la realidad de una maldad en estado puro. Los altos cargos nazis que aún no se habían suicidado tendrían que enfrentarse a los juicios de Núremberg. También lo harían otras figuras de menor rango en la jerarquía nazi, que habían desempeñado un papel activo y claramente homicida. Para la población a la que había que desnazificar, todas las instituciones del régimen debían ser desmanteladas y reconstruidas.[24] Para que esto pudiera lograrse sin fomentar el temido resurgimiento del culto a Hitler, sería necesario reeducar y reevaluar a toda la población. Había que medir la moralidad de la gente corriente. ¿De qué otro modo podía llegar ningún alemán a ocupar una posición de poder e influencia? Los ciudadanos más satíricos de Berlín, que a veces se saludaban con exagerados y burlones «¡Heil Hitler!, en adelante se darían cuenta de que debían moderar sus expresiones.

En términos de absolutos morales, en Cecilienhof hubo otro trasfondo en aquellas semanas del verano: el presidente Truman —informado por el equipo del desierto de Los Álamos, en Nuevo México, de que la bomba atómica estaba ya lista— emitió una proclama al Gobierno japonés exigiéndole la capitulación inmediata.

De no hacerlo, Estados Unidos tendría la capacidad de infligir una destrucción terrible y no especificada sobre aquel país. La existencia de aquella nueva y extraordinaria arma secreta le fue notificada a Stalin en Cecilienhof, pero, según el secretario de Estado James F. Byrnes, no pareció interesarle mucho. Lo que los estadounidenses en aquel momento no sabían era que Stalin también había sido informado de ello por sus servicios de inteligencia, ni que sus agentes ya habían rastreado todo Berlín en busca de uranio y de científicos que les ayudaran a desarrollar su propia bomba. Por otra parte, no parecía que la moralidad de un ataque atómico generara tampoco mucha incomodidad entre ninguno de los delegados destacados en Cecilienhof. Mientras que el pueblo alemán estaba a punto de ser juzgado en masa, la idea de que matar a miles de civiles mediante una explosión atómica y un envenenamiento radioactivo pudiera ser considerada un crimen no pareció pasárseles por la mente a los líderes aliados y a sus ayudantes. La guerra tenía que terminar, y el agotamiento al que había llevado el conflicto mundial más sangriento del mundo hacía que los medios para hacerlo carecieran de importancia. Cuatro días después de que los aliados hubieran concluido sus conversaciones en Potsdam, se hizo explotar una bomba atómica sobre Hiroshima, y tres días después, una segunda sobre Nagasaki. Las consecuencias acabarían dejándose sentir en Berlín en años posteriores.

Para entonces, a los berlineses ya se les permitía salir un poco de la oscuridad del aislamiento; bajo los soviéticos, se habían fundado nuevos periódicos. Las escuelas también habían empezado a funcionar, pese a dificultades como que las aulas no tuvieran techo y los niños estuvieran permanentemente hambrientos. Los comunistas se habían dado prisa en aprovecharse de una ventaja: los alumnos berlineses empezaron a aprender ruso como segunda lengua. La alumna Christa Ronke estaba encantada de volver a clase; pero había algunas áreas que permanecían silenciadas. En su aula había trece niñas, recordaba, casi todas las cuales habían sufrido ataques sexuales. Salvo por un breve reconocimiento de lo que había ocurrido, a partir de entonces nadie volvió hablar de ello. Para el verano, los soviéticos también habían conseguido recuperar algunos

de los placeres estéticos de la ciudad. Christa recordaba el entusiasmo con el que fue a escuchar a la soprano Erna Berger en un concierto de la Filarmónica de Berlín. Su familia, tan aficionada a la música, había perdido su radio, su gramófono y su piano; para ella y otros muchos, el simple hecho de volver a oír música resultaba algo indescriptiblemente delicioso.[25]

Entretanto, la Unión Soviética de Stalin consolidó su firme control sobre Europa Central y del Este; todas aquellas tierras conquistadas y arrasadas por los nazis quedaron subsumidas bajo una nueva forma de totalitarismo implacable. Cuando las primeras fuerzas de ocupación estadounidenses, británicas y francesas llegaron para asumir la jurisdicción de los sectores acordados, se dieron cuenta de que los soviéticos iban a retener su control no solo del este de la ciudad, sino de todo el campo de alrededor. Los bosques y las tierras más allá de los límites de la ciudad estaban en la zona soviética. Berlín iba a convertirse en una ciudad de anomalías; un lúgubre carnaval de mercado negro y estraperlo de artículos que iban desde la carne hasta los electrodomésticos, mientras el brillo cromado de la riqueza norteamericana chocaba con la virtuosa pobreza de los comunistas. También iba a convertirse en un enclave de turismo macabro entre los visitantes militares y diplomáticos llegados desde Gran Bretaña y Estados Unidos, que se quedaban mirando a los demacrados civiles preguntándose si la llama del nazismo se habría extinguido dentro de ellos. El historiador y analista descodificador de códigos en tiempo de guerra, Hugh Trevor-Roper, fue uno de los que tuvo que ir caminando entre las desoladoras ruinas como parte de la investigación sobre la autenticidad de la muerte de Hitler y el paradero de su cadáver. La atmósfera *unheimlich* («misteriosa») del búnker y de la casi completamente demolida Cancillería se esparcía hacia el exterior, envolviendo también otras ruinas de las ciudad y haciendo que la imagen de los ancianos arrastrando a duras penas sus carros para encontrar combustible resultara igualmente inquietante.[26] Sin embargo, entre la confusión y las terribles adversidades que estaban por llegar, se mantuvieron algunos elementos de continuidad; Margot Sharma, que entonces tenía ocho

años y vivía con sus padres en Neukölln, un barrio de la periferia sur, recordaba la música que se oía en su casa: canciones del folclore tradicional procedentes de la región de los montes Metálicos y que habían ido pasando de una generación a otra de la familia, que nunca habían dejado de entonar, y que continuaron cantando.[27] Había tradiciones que ya antes habían sobrevivido a las violentas revoluciones de 1919 y 1933, y que igualmente sobrevivirían a la nueva revolución que en ese momento empezaba a desplegarse. Y aunque estos esparcimientos familiares no sirvieran de muro de contención frente al dolor o el miedo, al menos ayudaban a proporcionar cierta estabilidad en una ciudad que parecía muy lejos de llegar a alcanzar alguna paz, del tipo que fuera.

17
«¿DÓNDE ESTABA NUESTRA CASA?»

En todas las fases de su degradación —el hambre intensa, el inevitable frío, las enfermedades gástricas, los piojos—, estuvieron siendo observados como si fueran especímenes de laboratorio. Los ciudadanos de Berlín fueron objeto de una terrible y gótica curiosidad por parte de los que entonces supervisaban sus vidas. Los norteamericanos, los británicos y los franceses habían reclamado sus sectores de ocupación. Para aquellos que habían vivido en esas calles toda su vida, las fronteras eran algo arbitrario —marcadas solo por unos cuantos puestos de vigilancia, unas líneas blancas en la carretera, adustos funcionarios que pedían la documentación en los trenes suburbanos— e implicaban a veces un desconcertante reajuste cultural. El sector estadounidense, bajo una sucesión de generales y un enérgico lugarteniente llamado Frank Howley, abarcaba el cuarto sudoeste de la ciudad, incluyendo los laboratorios de física que los soviéticos habían vaciado tan exhaustivamente; un joven civil berlinés recordaba las primeras palabras que sus amigos habían ensayado en inglés: «¿Me puedes dar un chicle?».[1] Los berlineses habían vivido al principio momentos de asombro cuando conectaban sus radios y escuchaban la música swing sonar a todo trapo en la Cadena de las Fuerzas Estadounidenses. Pero estos nuevos administradores también eran implacables a su manera; las casas que habían sufrido daños relativamente menores fueron confiscadas sin previo aviso por el personal norteamericano, obligando a sus propietarios legales a meter lo mínimo en una maleta y marcharse a buscar alojamiento en otra parte. Los bares volvieron a abrir sus puertas en el sector de Estados Unidos, pero los

alemanes no tenían permiso para beber en ellos. En cambio, sí podían trabajar allí como camareros, y ver a los oficiales estadounidenses tomarse los deliciosos cócteles que ellos mismos habían disfrutado en un tiempo insólitamente lejano.

«Tuve que dejar la escuela al acabar la guerra —escribió Christa Ronke—. Mi madre ya no podía pagar las tasas escolares. Casualmente, me ofrecieron un trabajo de camarera en un comedor de oficiales estadounidense, en Berlín-Dahlem. Allí tenía buena comida, no pasaba frío en invierno, e incluso me podía llevar pequeños paquetes con comida a casa».[2] Sin embargo, al principio la actitud de los oficiales hacia ella y sus compañeras fue bastante molesta; a las camareras les llamaban las «Gretchens nazis». En cuanto se acercaban, desaparecían las sonrisas. Ellas también eran presuntas culpables.

Algunos soldados estadounidenses eran judíos, y los berlineses notaban que los miraban con dureza, especialmente cuando se presentaban ante las nuevas autoridades y declaraban no haber sido nunca miembros del partido nazi. A veces, en aquellas oficinas, los civiles de repente se doblaban de dolor, o se desmayaban sin más, no por tener que responder a las preguntas, sino porque padecían disentería. Los médicos de la ciudad habían tenido que soportar el bombardeo y las batallas tanto como los demás; desde sus improvisados consultorios, con frecuencia no podían hacer mucho por unos pacientes que tenían que sobrevivir con ochocientas calorías al día.

El sector británico cubría gran parte de los suburbios situados al oeste, en su día enclaves de una elegante clase media. Los funcionarios británicos también observaban a las mujeres de Berlín, enfermas de disentería y a veces de difteria. Ellos, al igual que los norteamericanos, fueron también implacables a la hora de requisar sus lujosas casas para destinarlas a un uso administrativo o residencial; algunos berlineses que pensaban que al menos podrían volver a vivir en sus confortables viviendas recién recuperadas vieron desconcertados como tenían que volver a alojarse en los sótanos que habían ocupado durante todo el bombardeo. Pero refrenaban el

resentimiento; británicos y estadounidenses eran, conforme a lo que muchos pensaban, los liberadores. También como los norteamericanos, los británicos examinaban a los civiles con el objetivo de separar a los nazis. Los cargos más altos del partido y cualquiera que se hubiera unido a él antes de 1933, según constaba en los propios registros del partido nazi que habían sobrevivido, eran rápidamente llevados ante los tribunales y permanecían en prisión hasta que se celebrara el juicio. Un enorme número de berlineses se movían en terrenos más ambiguos, y las autoridades imaginaban que tal vez fuera posible identificarlos gracias a la emergente tecnología de la computación con tarjetas perforadas. El medio para hacerlo —empezando por los administradores y funcionarios públicos alemanes— era el *fragebogen*. Se trataba de un cuestionario de seis páginas que pretendía tener un carácter confesional y en el que, junto con la información personal —desde las marcas de nacimiento hasta el nivel educativo alcanzado—, se formulaban numerosas preguntas sobre la pertenencia o participación en diversas organizaciones nazis que habían llegado a penetrar hasta en los últimos rincones de la vida alemana. La idea era que estos datos se procesaran mediante la nueva maquinaria que se había estado utilizando para la desencriptación de códigos. La realidad era muy distinta; ya el mero número de cuestionarios que había que procesar superaba tanto a las máquinas calculadoras como a sus equivalentes humanos. En las primeras etapas, existió cierta apertura y sinceridad, incluso a la hora de responder preguntas relacionadas con el robo de bienes y propiedades judías. Pero muchos berlineses estaban demasiado hambrientos y enfermos para responder con la característica meticulosidad alemana, y en poco tiempo todo el mundo se dio cuenta de qué tipo de respuestas servían para que la existencia se hiciera más llevadera. Tras algunos meses, el sistema quedó casi colapsado por la cantidad de datos, momento en el que los estadounidenses —como ya habían hecho los soviéticos antes— entendieron que, si se quería reconstruir la sociedad civil rápidamente, el mensaje público debía ser de rehabilitación y no de venganza.

Mientras tanto, a los franceses les había correspondido la esquina noroeste de la ciudad, a la sazón, la menos saludable, ocupada por las ruinas oxidadas de las fábricas, bombardeadas y saqueadas, y los espectros de lo que antes habían sido bloques de viviendas, que solo cabía adivinar por los fragmentos de sus cimientos y tuberías. La vista de uniformes militares franceses por las calles resultaba desagradablemente hipnótica para los residentes de más edad, porque les recordaba las humillaciones de 1918, el emblema absoluto de la derrota, en todos los sentidos. Los aliados, a su vez, miraban a los berlineses a través de un oscuro cristal de moralidad histórica: ¿cómo podía distinguirse entre aquella gente quiénes eran los alemanes «buenos» y quiénes los «malos»? El autor de *Berlín Alexanderplatz*, Alfred Döblin, al final de sus largos años de exilio, acabó vinculado a la inteligencia militar francesa, y cuando volvió a la ciudad que él mismo había descrito en su día como frenética y llena de vida y delincuencia, se quedó asombrado. La ciudad estaba «muerta y no muerta»; en ella reinaba un «inquietante silencio»; había una «calle ancha sin tráfico, con poca gente y ningún ruido». [3]

Pero no eran solo los ojos de los militares los que escrutaban a la demacrada población. A partir del verano de 1945, se instalaron cámaras —de cine y también fijas— cerca de las esquinas de las calles más bulliciosas, o en aeroplanos que sobrevolaban la ciudad grabando y catalogando las ruinas bajo el pálido cielo azul. Para 1947, Berlín había dado lugar a un nuevo género de arte cinemático. La ciudad que tanto había contribuido a la creación de Hollywood se convirtió en un macabro telón de fondo, no solo de noticiarios y documentales, sino de películas de ficción sobre misteriosos asesinatos e incluso comedia negra. La fría realidad de la alta tasa de mortalidad de Berlín (en especial, y muy dolorosamente, entre los niños) y la interminable lucha por encontrar comida y cobijo, así como la humillación de antaño de orgullosas familias que se vieron obligadas a canjear de cualquier manera sus bienes en el mercado negro —desde cigarrillos, trozos de carne o utensilios de cocina hasta gramófonos— quedó reflejada en el celuloide; hasta la ficción

tenía una dimensión voyeurista. Pero estas películas también se hacían por el afán de las potencias victoriosas de sondear las profundidades de la naturaleza humana, y los realizadores de cine y los fotógrafos planteaban la pregunta —¿qué tipo de gente era esta? — al público de oscuras salas de cine situadas a miles de kilómetros de distancia.

Irónicamente, Berlín había sido la primera ciudad que se había explorado y analizado a sí misma en las películas a raíz de la Gran Guerra. En este momento, su pueblo, sometido a la desnazificación, entraba en aquellos cines de la zona norteamericana para ver la realidad de las atrocidades nazis que habían sido dirigidas desde la capital. Esta película en sí —*Molinos de la muerte*— era corta, de veintidós minutos de duración, extraídos de un metraje original de noventa. Se trataba de un documental de factura estadounidense que contenía material grabado en Buchenwald. Pero el director que intervino para recortarlo lo hizo con un conocimiento extraordinariamente profundo del público berlinés. Por entonces ya era el coronel Billy Wilder, de la División de Guerra Psicológica del Ejército de Estados Unidos. Su pujante y exitosa carrera en Hollywood se interrumpió para regresar a la ciudad de la que se había nutrido su talento.

Solo quince años atrás, el joven guionista de cine judío Billy Wilder, recién llegado de Viena, había concebido el guion del enormemente exitoso docudrama en tono de comedia de 1930 titulado *Gente en domingo*. En aquel momento, el Romanisches Café, en el que había vivido tantos momentos de extasiada observación, era solo un montón de polvo. Su propia vida no había estado exenta de pavorosas tinieblas: cuando había salido de Alemania con destino a Estados Unidos, a comienzos de la década de 1930, había dejado allí a su madre y su abuela. No había sabido nada de ellas durante años. Era inevitable que se contaran entre las víctimas que habían sido enviadas a los campos de la muerte. Pero, al mismo tiempo, no había forma de saber nada a ciencia cierta, nadie había podido encontrar ningún registro. Dentro de esta incertidumbre tan punzantemente cruel, solo cabía la especulación más angustiosa, y la única esperanza era que el sufrimiento de los

seres queridos hubiera sido breve. Sin embargo, de alguna manera, todo aquello que llevaba dentro hacía que, cuando miraba a la gente de Berlín, Wilder pensara en cuál sería la mejor manera de devolverles su humanidad. Como antiguo berlinés, la idea de si debía o no volver le atormentaba profundamente. «Ninguno de nosotros, de los emigrados, quiero decir, sabíamos realmente dónde estábamos —contaría más adelante—. ¿Debíamos regresar a casa? ¿Dónde estaba nuestra casa?».[4]

La División de Guerra Psicológica del Ejército de Estados Unidos tenía ante sí el objetivo de hacer que los berlineses y el resto de los alemanes que estaban dentro de la esfera de influencia norteamericana vieran la verdad de lo que los nazis habían hecho; la evidencia de las filmaciones acabaría con las murmuraciones y los rumores de que aquellas historias no eran y no podían ser ciertas. Debía existir lo que se denominaría «películas educativas». Y *Molinos de la muerte*, con imágenes tomadas en el momento en que se descubrió la pesadilla de los campos de concentración, fue dirigida por Hanuš Burger. La voz del narrador, perteneciente a Oskar Seidlin, acusaba claramente a la gente de a pie, ya que el filme yuxtaponía imágenes de *El triunfo de la voluntad* de Leni Riefenstahl con las de los campos de la muerte. «Ayer, mientras millones de personas estaban muriendo en los campos de concentración, los alemanes se congregaban en Núremberg para vitorear al partido nazi y cantar himnos de odio —decía la narración—. Hoy, esos mismos alemanes que jaleaban la destrucción de la humanidad en su propio país, que jaleaban los ataques a vecinos indefensos, que jaleaban la esclavización de Europa, suplican su compasión. Son los mismos alemanes que lanzaban vivas a Hitler».[5]

Este enfoque difería bastante del soviético, más sutil, que pretendía borrar el nazismo remontándose más atrás y apelando a un sentido de una continuidad histórica más profunda, dentro de la cual Hitler constituía una aberración. La tesis de *Molinos de la muerte* —y la de las fotografías de los crímenes nazis que se hicieron circular— era que todos los alemanes habían contribuido a esto. Billy Wilder se encontraba entre los que pensaban que, aun si era así, la

idea de sumergir a los alemanes en aquellas atrocidades resultaría psicológicamente contraproducente. De modo que la editó para reducir el metraje a poco más de veinte minutos. Su intuición, junto con la experiencia de haber trabajado en la industria cinematográfica berlinesa, le decía que las técnicas de seducción del cine eran universales. «Dejemos a un lado la sensiblería —declaró—. A nadie le importa ya eso. Y en cuanto a las historias de terror, quedémonos solo con lo necesario. No quiero ver nada más […]. Ya sabemos cómo funciona esto: primero la conmoción, luego las lágrimas, luego otra conmoción, y luego el tranquilizante: que algo así no pueda volver a suceder nunca».[6] Lo cierto es que el cortometraje causó conmoción: se dice que los berlineses se quedaron profundamente impresionados al ver por primera vez los campos. Pero la percepción de Wilder de que una película más larga podría hacer que el público sencillamente cerrara los ojos a aquel horror —por ser demasiado, y porque no se sentían personalmente culpables— fue muy acertada. Durante los primeros años de la ocupación, muchos berlineses que no habían ingresado en el partido nazi ni tampoco lo habían apoyado activamente empezaron, en efecto, a percibir una cierta sensación de acusación frente a la que no podían hacer nada.

En esto, Wilder coincidía con las altas autoridades estadounidenses, pero por razones diferentes. A las instancias más altas les preocupaba enemistarse con los berlineses y con el resto de los alemanes. «Son nuestros aliados naturales del mañana —afirmaba un informe previo a la Guerra Fría—. Y, como tales, simplemente no podemos indisponernos con ellos».[7] El general Eisenhower diría en otro lugar: «No estamos aquí para degradar al pueblo alemán, sino para hacer imposible que emprenda guerras».[8]

Uno de los curiosos ecos de la continuidad de Berlín fue que la ciudad llegó a entender el alcance de los crímenes nazis, la dimensión de su pérdida y la profundidad del trauma, a través del medio cinematográfico. Y lo hizo a tal nivel que dio lugar a un género completamente nuevo, el *trümmerfilm* (películas de escombros). La cuidada estética de la cinematografía en blanco y negro hizo que lo que resultaba insoportable en la realidad pudiera

ser tolerable al verlo proyectado en la plateada oscuridad de la gran pantalla. Y fue la Administración Militar Soviética la que primero promovió la regeneración de la industria cinematográfica de Berlín tras una reunión celebrada en lo que quedaba del hotel Adlon en el otoño de 1945. La primera producción en ser grabada por las cámaras en los Estudios Babelsberg fue un drama psicológico que casi podría catalogarse dentro del género del cine negro: *El asesino está entre nosotros*. Gira en torno a un médico militar que ya no puede soportar atender a los pacientes debido a sus recuerdos traumáticos; una mujer joven, Susanne Wallner, superviviente de un campo de concentración, y un excapitán de la Wehrmacht que ha logrado evitar que se descubra una atrocidad llevada a cabo por él en una aldea polaca; la película utilizaba la ciudad devastada como una extensión del quebrantado estado mental de los protagonistas.

El filme —cuyo estilo visual recordaba a algunos de los grandes thrillers expresionistas de Fritz Lang de principios de la década de 1930— se estrenó en 1946, en el sector soviético, en el teatro en el que había tenido temporalmente su sede la Ópera de Berlín. Pronto empezó a ser distribuida por toda la Alemania ocupada por la Unión Soviética, donde millones de personas hicieron cola para verla. Más aún: la fascinación del tema de la culpa, y de dónde radicaba verdaderamente ese sentimiento, acaparó la atención cinematográfica internacional. Fue nominada a un premio en el Festival de Cine de Venecia. En Estados Unidos, la revista para intelectuales *The New Yorker* publicó una reseña entusiasta sobre ella. Parecía que los berlineses habían encontrado la forma de navegar por un oscuro laberinto moral a través del medio que ellos mejor comprendían, y las sombras y las ruinas tan claramente descritas en blanco y negro podían entenderse como metáforas de las sombras de sus propias naturalezas. No obstante, las audiencias berlinesas tenían una flagrante crítica que hacer: que Susanne, la joven superviviente del campo de concentración, salía demasiado inmaculada y bonita, maquillada y vestida con ropa nada raída.

Y, ciertamente, así era; en otros lugares también se reparó en lo mismo y, en las películas de escombros que se rodaron a continuación, esa moda y esa belleza a menudo chirriaban con la

fealdad y el abrupto perfil de las ruinas. Pero la actriz que interpretaba a Susanne en *El asesino está entre nosotros* conocía muy bien la sucia realidad de la guerra, ya que no era otra que Hildegard Knef, que durante los meses anteriores había tenido que arrastrarse, sangrando, a punta de pistola y vestida con ropas de hombre para evitar que la violaran los soldados del Ejército Rojo. Parecía increíble que hubiera recuperado su glamour de antes. Su experiencia inmediata de posguerra, tras escapar de los soviéticos, estuvo cruelmente marcada por el hambre; hubo días en los que hasta un plato de sopa constituía un lujo inalcanzable, y otros en los que los soldados y oficiales estadounidenses le regalaban algo de comida. Frau Knef había vuelto a reunirse con algunos de sus amigos del teatro; en el sector norteamericano habían restaurado a toda prisa un teatro y se la invitó a unirse a la compañía, con la que representó todo tipo de obras, desde alegres revistas musicales hasta dramas de Shakespeare, mientras el estómago no dejaba de dolerle por haber devorado un bocadillo o una hamburguesa a toda velocidad. En cierta ocasión, el director le preguntó si estaba embarazada; no lo estaba. El estómago se le había distendido debido a la irregularidad de sus patrones de alimentación.[9]

El rodaje de *El asesino está entre nosotros* se realizó con frecuencia de noche, en exteriores, en las destrozadas calles del sector soviético. El éxito de la película contribuiría en gran manera a la futura carrera como actriz de Knef. Nadie pareció cuestionar, sin embargo, el pésimo gusto de hacer que su personaje —una superviviente de los campos de concentración— fuera interpretado por una glamurosa gentil. (Y menos un oficial judío del Ejército de Estados Unidos llamado Kurt Hirsch, que se enamoró perdidamente de ella y con el que más adelante se casaría). Frau Knef cultivaría el talento de la provocación inocente; años más tarde, en una película titulada *El pecador*, Hildegard restableció una de las más antiguas tradiciones de la ciudad al interpretar una escena desnuda. Lo que en su día había sido bien visto en los bosques y lagos, se consideró en cambio un escándalo en la gran pantalla. Luego vendría su carrera internacional. Lo más destacable de *El asesino está entre*

nosotros fue que sentó las pautas para hablar de la rehabilitación. Los soviéticos fueron los primeros ocupantes en entender que para los berlineses el cine no era algo banal. El público dejaba sus casas semidestruidas y llenas de goteras, y a sus familias y vecinos acosados por los problemas y los traumas, para encontrar un respiro de tranquilidad en estas salas. El escapismo no siempre equivale a fantasía. Los berlineses, que sabían que el mundo los miraba con repugnancia, estaban respondiendo a dramas en los que estas cuestiones se abordaban impávidamente.

Billy Wilder, entretanto, regresó una vez más para hacer otra película de escombros que destacó por escandalizar a las autoridades estadounidenses. *Berlín Occidente* (1948) era una comedia extraordinariamente cínica; otra historia que trataba del mercado negro en Berlín, con giros de profunda fraternización y moralidad que podían cambiar tan caprichosamente como el mercurio. Una de las protagonistas era Marlene Dietrich, la cual acababa de volver a la ciudad tras un largo exilio; hacía el papel de una vampiresa de club nocturno que vivía en las esqueléticas ruinas de un piso y a la vez exploraba las nuevas oportunidades de comercio sexual surgidas en la ciudad con la llegada de sus nuevos ocupantes del Ejército estadounidense. Y aunque la grabación en exteriores fue cuidadosamente escenificada (los ciudadanos locales se convirtieron en extras, representando escenas costumbristas de su vida real), el espectáculo de ver a los antes pudientes y elegantes berlineses obligados a regatear y a hacer trueques con sus escasos bienes a cambio de unas latas de comida cerca de la Puerta de Brandeburgo no dejaba de tener algo de cruel. El brillante guion de Wilder estaba planteado como una comedia, pero una comedia a la vez tan negra como la noche. El *establishment* estadounidense la encontró detestable. Y la televisión de la Alemania Occidental no la programaría hasta principios de la década de 1970.[10]

En la vida real se produjo otra escena que no aparecía en la película, pero que se quedó grabada en la traviesa imaginación de Wilder. Mientras buscaba posibles localizaciones en un jeep del Ejército estadounidense, acompañado de soldados norteamericanos,

casi atropellaron a un peatón que caminaba un tanto despistado por el Kurfürstendamm. El susto hizo que el peatón gritara una palabra fuertemente obscena en alemán. Wilder, cuyo alemán coloquial se mantenía fresco, mandó parar el vehículo. Se acercó al peatón, que se había quedado intimidado, y le dijo que se quedara exactamente donde estaba, que la policía militar iría a detenerle. Unas horas después, al final del día, Wilder, de regreso, volvió a pasar por el mismo sitio. El peatón seguía allí, en la misma posición, esperando. ¿No habrían sido los ciudadanos alemanes culpables del delito de una obediencia excesiva durante todos aquellos años?[11]

Los contrastes entre las enfermedades y la angustia, por un lado, y los esfuerzos que hacía la ciudad para recuperar parte de su antiguo espíritu, por otro, eran muy llamativos. Los médicos, desbordados, tuvieron que empezar a poner inyecciones contra el tifus; incluso en las calles que ya habían sido despejadas y cuyas infraestructuras empezaban a funcionar de nuevo aparecían brotes de enfermedades propias de la Edad Media. La tuberculosis estaba muy extendida. Sin embargo, en medio de todo aquello, la gran franja comercial del Kurfürstendamm empezó a recuperar su actividad. Las tiendas que no habían sido demolidas y que pudieron conseguir cristales para sus escaparates empezaron a exhibir sus escasos artículos. «Volver a ver los escaparates del Kurfürstendamm, pequeños, limpios y esmeradamente decorados, era un placer para la vista —escribió el dramaturgo Max Frisch en septiembre de 1945 —. Existía un comprensible deseo de volver a ver algo que estuviera entero, nuevo y bonito».[12]

Pero ¿de dónde sacar el dinero para que alguien pudiera comprar aquellos productos? Muchos berlineses todavía no habían superado los niveles de la mera subsistencia. Meses después del final de la guerra, aún era frecuente ver a mujeres y hombres ir a buscar comida, no al campo, sino por las zonas verdes de las afueras de la ciudad y las áreas limítrofes en las que crecía algo de vegetación entre las ruinas: los árboles eran despojados de todos sus frutos y bayas, y también se cogían las ortigas. Sin embargo, en todos los sectores ocupados, los servicios tradicionalmente municipales, desde

la policía a los bomberos, iban restableciéndose; y las oficinas y bancos que no habían quedado destrozados ni habían sido saqueados y expropiados por los soviéticos también empezaron a volver poco a poco a la vida. Mandos intermedios de aspecto cadavérico iban y venían de trabajar al devastado centro de la ciudad vestidos con camisa y corbata. En los sectores occidentales, con los nazis en apariencia erradicados (la realidad del *fragebogen* revelaba que muy pocos lo habían sido; y cuando había procesamientos, los berlineses sentían cierto resquemor de que se castigara a pequeños funcionarios mientras tantos miembros mucho más activos del partido nazi habían conseguido librarse reinventándose su pasado), otros servicios e industrias fueron repoblándose de forma gradual a todos los niveles. La resurrección de uno de los complejos industriales más poderosos de la ciudad —el de Siemensstadt, al norte— fue uno de los más extraordinarios. Más de la mitad del espacio industrial había quedado absolutamente arrasado por los bombardeos. Los soviéticos se habían apropiado hasta del último componente, así como de las cuentas de las empresas y gran parte de sus recursos financieros. Solo unos meses después, los obreros y los jóvenes aprendices estaban de nuevo atravesando sus puertas, o llegando por el restablecido ferrocarril ligero, para fichar. El sistema paternalista de dirección trajo consigo una sensación de seguridad que hacía tiempo había desaparecido. Todavía quedaban algunos meses para que la producción de muchos artículos eléctricos pudiera volver a retomarse, pero, centrándose en la cobertura de las necesidades básicas, como sartenes, estas y otras fábricas ya empezaban a dejar claras sus intenciones.

Esta evidente vuelta a una cierta normalidad iba de la mano de un mercado negro que era completamente visible por toda la ciudad; el comercio diario, desesperado y humillante, con artículos robados, recuerdos de familia, relojes y cámaras de fotos (especialmente codiciadas por los soldados rusos), bebidas alcohólicas, chocolate y cigarrillos, tenía lugar en corrillos formados junto a las casas derruidas o cerca de las vías públicas en torno a las parcialmente reparadas estaciones de tren. Estos mercados no tardaron en gozar de una visibilidad aún mayor en explanadas como las de

Alexanderplatz y la Puerta de Brandeburgo. En este sentido, todo el mundo, incluidos los niños que se escabullían por las calles con objetos robados, utilizaba sus estrategias para ganarse la vida, legítimamente o del modo que fuera. Para muchas mujeres, el sexo era entonces parte de esta economía de supervivencia. Los soldados aliados estacionados en la ciudad habían sido advertidos de que la «fraternización» estaba prohibida; sin embargo, el incumplimiento de esta regla era en cierto sentido una macabra continuación de la coerción sexual (y había algo ligeramente obsceno en el aspecto lozano y saludable de los soldados norteamericanos en comparación con los consumidos berlineses; Hildegard Knef hablaba de «soldados con buenos traseros y brillantes rifles»).[13] Mientras, con los berlineses codeándose también con multitudes de refugiados, a los que no se les permitía permanecer en la ciudad, y a la vez no tenían adónde ir, la distribución de la comida seguía constituyendo la cuestión más difícil de resolver para las autoridades, incluso aunque las luces de los cabarés de Berlín hubieran vuelto a encenderse.

Por otro lado, estaba la delincuencia juvenil; un fenómeno extendido por toda la ciudad, pero que al mismo tiempo constituía un elemento de división entre este y oeste. Había adolescentes que estaban demasiado trastornados para soportar la escuela, pero que no podían encontrar ningún trabajo en aquellas caóticas calles, criados en hogares fracturados y traumatizados, cuyos padres habían regresado de la cautividad en la guerra con la mente perturbada, inestable, cuyas madres estaban exhaustas, superadas por el trabajo y tenían que seguir librando la eterna batalla de buscar alimento para vivir. La ubicuidad del mercado negro implicaba que la generación de más edad a menudo no podía servir de ejemplo moral ni social. El bullicioso núcleo de Alexanderplatz se convirtió en un imán para las bandas callejeras juveniles, que robaban y vendían artículos procedentes de áreas más acaudaladas de la zona oeste.[14] En 1946, la Administración Militar Soviética inauguró la Freie Deutsche Jugend («Juventud Libre Alemana»), una organización a la que podía pertenecer cualquier joven entre los catorce y veinticinco años de edad. Además de introducir a estas

mentes jóvenes y dúctiles en los herméticos entresijos del marxismo-leninismo, el movimiento ofrecía a los jóvenes excursiones, conciertos y bailes; una especie de equivalente antifascista de las Juventudes Hitlerianas, que en las décadas siguientes llegaría a contar con millones de miembros. Pero las autoridades darían además otros usos a estos jóvenes; pasado un tiempo, las generaciones de la Juventud Libre Alemana estarían siempre presentes en las manifestaciones y desfiles hacia el oeste de la ciudad. Al mismo tiempo, a los delincuentes juveniles más entregados que decidieron trasladarse a tiempo completo al oeste de Berlín, más atractivo, el Gobierno de Ulbricht les dejó marchar discretamente. (Para la década de 1950, Berlín Oeste contaría con su primera generación de pandillas de motociclistas).[15]

Aparte de todo esto, empezaban a oírse los primeros y lejanos bramidos de una nueva tormenta en lontananza. Lo que llevó a las primeras fricciones de la Guerra Fría que rápidamente empezó a desarrollarse fue un mal entendimiento de partida entre norteamericanos y soviéticos, y los sobreentendidos y recelos sobre lo que cada bando pretendía. Berlín era una isla en un profundo océano rojo y soviético. Stalin presuponía que los aliados occidentales no tardarían en renunciar a sus sectores ocupados para que la ciudad, y después el país, pudieran estar bajo su mando. Algunos habían dado por hecho que las intenciones de Stalin no eran depredadoras y que no había necesidad de frenar ni oponerse a los soviéticos. Los esfuerzos rusos por moldear el panorama político de Berlín a imagen y semejanza del estalinismo, sin embargo, empezaron a causar alarma antes incluso de que surgieran las fricciones fronterizas entre los sectores ocupados. En la misma medida que fue hábil en desplegar un poder blando para atraer a los alemanes hacia la visión soviética de la sociedad, el régimen estalinista fue también frío e implacablemente despiadado con cualquiera que a su juicio pareciera tratar de obstaculizar estos esfuerzos; esta es la razón por la que el campo de concentración de Sachsenhausen no se cerró tras la guerra; los soviéticos lo necesitaron para recluir en él a una nueva generación de prisioneros

políticos. Las porras de goma sustituyeron a los látigos nazis, pero la brutalidad incesante como carácter distintivo continuó manteniéndose.[16] Al principio se decía que los hombres, y a veces las mujeres, que los agentes soviéticos detenían en las calles eran nazis fugitivos, pero, en los meses siguientes, las maniobras políticas centradas en el plan soviético de fusionar el popular Partido Socialdemócrata con el menos popular Partido Comunista para crear el Partido Socialista Unificado, y que este pudiera hacerse con el Gobierno, dio lugar a nuevas cifras de víctimas a las que se detenía para someterlas a unos «interrogatorios» que podían durar varias semanas. Unos cinco mil miembros y políticos del SPD contrarios a esta fusión con los comunistas fueron secuestrados sin más, de los cuales un gran número procedía de los sectores ocupados occidentales. Los soviéticos no abrigaban grandes temores respecto a las posibles represalias de estadounidenses y británicos, y además imaginaban que ni a los berlineses, ni al este de Alemania en general, les preocupaba mucho que el Partido Comunista se dispusiera a controlar todos los aspectos de su vida.

Pero estaban equivocados. La terquedad de los políticos de Berlín —y sus posteriores exigencias de una votación secreta sobre la cuestión— alarmó a los soviéticos. En términos concretos, ellos podían ejercer poca influencia en cómo se gobernaban los sectores ocupados occidentales, y ni siquiera el secuestro ni otros métodos intimidatorios lograron cambiar los puntos de vista de un gran número de berlineses. La ciudad no había conocido nada parecido a la democracia desde 1933; en muchos de sus rincones, la apetencia por una prolongación de un Gobierno totalitario era escasa. Para indignación de los soviéticos, esto también era así en los distritos de clase trabajadora, como Wedding, que había quedado dentro del sector francés. Los berlineses de más edad todavía se acordaban bien de los dientes rotos y las aceras manchadas de sangre que habían dejado los enfrentamientos callejeros entre comunistas y nazis. Aparte de esto, había otro factor, muy importante para la gente joven, y es que los ocupantes occidentales habían traído consigo una enormemente refrescante oleada de una nueva,

brillante y adictiva cultura popular, en forma de películas emocionantes y música más animada.

Los soviéticos contrarrestaron astutamente aquella vulgaridad devolviéndoles a los berlineses algunas de sus más antiguas, serias y dignas actividades culturales. *Die Weltbühne*, una revista de los años veinte, verdadero corazón de la izquierda intelectual presidida por Kurt Tucholsky, fue resucitada en 1946 para volver a dar voz a apasionados y rigurosamente estudiados ensayos sobre la reordenación de los males de la sociedad y del mundo. Su objetivo, como decía un artículo, era «la educación democrática del pueblo de Alemania».[17] En cuanto a la música, las autoridades soviéticas también tuvieron buen cuidado en asegurarse de que los alemanes volvieran una vez más a celebrar y solazarse en su rico legado, desde Beethoven a Brahms, sin tener que tomar en cuenta la sombra del régimen anterior. Había noches, recordaba un berlinés, en que solo quedaban «plazas para público de pie» en los conciertos.[18] Al igual que el cine, la música constituía una dulce liberación del frío, la pobreza y la oscuridad de los hogares. Se hizo un esfuerzo deliberado por recolorear todo el sentir del *heimat*, de que la tierra era el hogar; fueron los berlineses comunistas los que una vez más empezaron a ensalzar la importancia de las excursiones a pie, de beber en el bello entorno del campo y los bosques de los alrededores de la ciudad. (Estos paseos de repente podían verse interrumpidos por un susto de muerte: a lo largo de todo el complicado proceso de fusionar a comunistas y socialdemócratas se produjeron varias purgas asesinas, y a veces los cadáveres de los disidentes a los que se acababa de matar se dejaban tirados en los caminos de los bosques, y uno podía encontrarse una mano rígida saliendo de la nieve o entre la hojarasca. Las autoridades explicaban cada uno de estos casos afirmando que eran cadáveres de la guerra, pero muchos eran recientes y la evidente mentira provocaba cierta irritación).[19]

También en el teatro había artistas que pensaban que la visión soviética de Berlín contenía una pureza que ni los británicos ni los norteamericanos podrían entender jamás. Bertolt Brecht se había

exiliado de la ciudad desde la llegada de Hitler; había partido rápidamente de Europa en dirección a Estados Unidos. Pero, tras la guerra, el *establishment* político estadounidense se había vuelto contra Brecht —y contra muchos otros— recelando de sus ideas políticas. Los estudios de Hollywood le pusieron en su lista negra por sus supuestas simpatías comunistas y le llamaron a testificar ante el Comité de Actividades Antiamericanas; la mera citación ya era suficiente para proyectar una alargada sombra sobre una carrera artística. De modo que, en los primeros años de la posguerra, esta insigne figura de la cultura de Weimar regresó a Berlín para constituir una cabeza de puente más hacia el pasado. Brecht aportaba prestigio al panorama comunista: era un dramaturgo con un talento reconocido por todo el mundo, con una filosofía política que podía contribuir a reforzar los cimientos del nuevo régimen. Brecht creía que el teatro tenía el poder de cambiar la sociedad. Obviamente se interesó al máximo por la revolución soviética en marcha; pero tampoco se le ocultaban las oscuras crueldades y purgas del estalinismo. Sin embargo, cuando las comparaba con los horrores protagonizados por el Tercer Reich, tampoco le cabía duda de que el futuro de Alemania en aquel momento debía gravitar bajo la influencia soviética. Él y su esposa volvieron a instalarse en Berlín Este en 1948 y formaron una nueva compañía de teatro llamada Berliner Ensemble.[20] Brecht también podía hacer uso de cuentas corrientes europeas (a diferencia de sus conciudadanos), en las que se habían ido ingresando los *royalties* de sus obras de teatro a lo largo de los años.

En cuanto a valor, el demostrado por los judíos supervivientes de los campos de concentración que regresaron a la ciudad en la posguerra inmediata es casi inconmensurable. En realidad, muchos no tuvieron más opción que la de volver; no hubieran podido encontrar un hogar en ningún otro sitio. Aquel había sido su único hogar. En algunos casos muy excepcionales, nunca había dejado de serlo; Marie Jalowicz-Simon se había pasado a la «clandestinidad» y había

sobrevivido gracias a la amabilidad de personas prácticamente extrañas. En los primeros y confusos momentos posteriores al conflicto, había dejado el suburbio de Kaulsdorf para volver a la ciudad; en pocas semanas se había instalado ya en un apartamento en Pankow, al noreste. Poco tiempo después, se matriculó en la Universidad de Berlín. En una singular carta escrita a un amigo, Aaron Kleinberger, explicaba su decisión de permanecer en la ciudad en lugar de marcharse a emprender una nueva vida. «Por favor, no te sorprendas si te digo que ya me siento como si hubiera emigrado —le escribió—. He emigrado de la Alemania de Hitler a la Alemania de Goethe y de Johann Sebastian Bach y me siento muy a gusto aquí».[21] Sin embargo, fue mientras estudiaba las repercusiones de todos aquellos años cuando finalmente le sobrevino el terror; en 1946 sufrió una crisis nerviosa. Con el tiempo se recuperó y decidió —tras un breve periodo de dudas sobre sus conciudadanos— quedarse en Berlín para siempre, abriéndose camino en la universidad como académica y convirtiéndose en catedrática de Filosofía y Filología. En 1948 se casó con Heinrich Simon, y la universidad, dentro del sector soviético, seguiría constituyendo el núcleo de su vida intelectual durante varias décadas.

Otros, en cambio, tuvieron igual de claro que Berlín ya no podía volver a ser su hogar. Para ellos, tenía que ser un punto de tránsito. Estos supervivientes eran muy distintos a los hombres y mujeres ruso-judíos del Ejército Rojo que habían participado en la conquista de Berlín. Estos soldados eran, en rigor, laicos, pero fueron haciéndose cada vez más profundamente conscientes de su identidad judía a medida que la pesadilla nazi iba quedando al descubierto. Como vencedores, tenían poco que temer de los derrotados y sometidos alemanes. Pero para los que habían sufrido en los campos, el miedo no era posible de erradicar. Era un miedo que además estaba justificado. En aquellos meses de la posguerra, el Ejército estadounidense llevó a cabo un estudio en su sector de la ciudad sobre las actitudes civiles hacia los judíos. La conclusión fue que al menos el 39 por ciento eran abiertamente antisemitas y el 18 por ciento del total, de forma radical.[22] Bastante más de una

tercera parte de los encuestados se mostraron partidarios de que los judíos permanecieran fuera de Berlín.

Las autoridades estadounidenses se aprestaron a garantizar que se hiciera todo lo posible para ayudar a la gente que había vivido aquel horror inimaginable, aun si sus familias habían sido asesinadas. Esta política del *wiedergutmachung* —o «reparación»— tenía como objetivo devolver la propiedad y los negocios privados a los pocos judíos que seguían vivos para reclamarlos. La política también fue rápidamente adoptada en las zonas de ocupación británica y francesa. Las personas judías tenían que recibir toda la ayuda necesaria para recuperar estos fragmentos de la vida que habían perdido. Pero, pese a la declaración de este propósito, pocos de ellos contemplaron quedarse. Entre los que no podían plantearse volver estaba el rabino Leo Baeck, que había estado prisionero en Theresienstadt y más adelante había encontrado un hogar en Gran Bretaña. Así fue cómo lo expresó: «La historia de los judíos en Alemania ha llegado a su fin. Es imposible hacerla regresar. El abismo es demasiado profundo».[23] Una proclamación oficial del Congreso Mundial Judío de un par de años más tarde se haría eco de lo mismo al afirmar «la determinación del pueblo judío de no volver a asentarse nunca más sobre el ensangrentado suelo de Alemania».[24] La verdad era que el odio hacia el pueblo judío no era exclusivo de los berlineses, ni de los alemanes; también se manifestaba en Gran Bretaña y Estados Unidos, y poco después la Rusia de Stalin lo utilizaría a su vez como arma. Pero Berlín era considerado el crisol de este odio. En los meses venideros, para unos doscientos cincuenta mil supervivientes judíos desplazados —algunos de los cuales se mostraron en un primer momento reacios a abandonar los campos de Polonia recién liberados por un comprensible miedo a las personas que estaban al otro lado de aquellas puertas— Berlín sería una necesaria y breve etapa de un viaje más largo. Algunos emigrarían a Estados Unidos (pese a que parte de la Administración estadounidense se mostró renuente a aceptar inmigrantes judíos); otros tenían la vista puesta en Palestina. En medio de las cenizas de Berlín, se podía hacer poco, a

corto plazo, para restaurar las sinagogas y los viejos cementerios de la ciudad a su anterior y solemne belleza. Pero los aliados occidentales al menos fueron conscientes de sus deberes humanitarios y de la necesidad de prestar socorro.

En ciertos aspectos, las autoridades comunistas de Berlín del Este también fueron sensibles a esto; habían sido sus ejércitos los que habían descubierto la más vil de todas las atrocidades nazis. «La conciencia y la vergüenza debe reconcomer a todos los alemanes», declararon aquellas autoridades.[25] Y había judíos de aspecto laico que volvían a Berlín con el deseo de formar parte de la reconstrucción de una sociedad. «Nadie llegaba a Alemania a vivir como un judío —afirmó la socióloga y escritora Irene Runge—. Querían vivir como comunistas. Reprimían de hecho todo lo judío».[26] Y en lo tocante a la reparación, Walter Ulbricht y los soviéticos fueron implacables. Las propiedades no podían devolverse a los individuos y sus familias. Tampoco sus negocios. La razón: todos los derechos sobre propiedades y negocios —al margen de cuál fuera su origen— pertenecían desde ese momento al Estado. Cada casa, cada piso, cada tienda y cada banco que hubiera sido robado a sus propietarios judíos por los nazis en la década de 1930 a partir de ese momento quedaba en manos de las autoridades de la ciudad. Lo que estas ofrecían a cambio a los judíos que regresaban era un sistema de salud en cierta medida avanzado y oportunidades de vivienda y de empleo. En otras palabras, las personas judías se beneficiarían del nuevo sistema de estado del bienestar, en el que la vivienda y el trabajo eran asignados. En un sistema de igualdad universal no podía hacerse excepciones.

En el caso de las propiedades comunales sí se hizo una excepción: las viejas sinagogas, cementerios e instalaciones comunitarias serían devueltas a los judíos. La exquisita cúpula dorada de la Neue Synagoge había sido destruida bajo el cielo en llamas; pero los edificios a ambos lados, que también habían pertenecido a la comunidad judía, sobrevivieron. De modo que, en 1946, estos restos, así como los del propio templo, se convirtieron en uno de los centros del Jüdische Gemeinde zu Berlin. Este organismo estaba

dirigido por una de las destacadas figuras judías que habían sobrevivido a los nazis y a la guerra viviendo «clandestinamente» en la ciudad. Nada más terminar la guerra, Erich Nehlhans se había puesto a trabajar para que la sinagoga de Rykestrasse, menos dañada, y situada en el distrito de Pankow, volviera a abrir sus puertas. Este edificio de principios de siglo, con toques modernistas en su fachada de ladrillo, había sobrevivido a la guerra siendo en parte utilizado como almacén militar. Al terminar la guerra, gran parte de la sinagoga fue rápidamente restaurada para que pudieran volver a celebrarse servicios allí; en una ocasión, el general Berzarin asistió como invitado de honor.[27] Esta sinagoga también se convirtió en un centro de atracción importante para los supervivientes de los campos que llegaban a la ciudad; las habitaciones y oficinas del edificio proporcionaban comodidad y refugio a la vez. Hubo un breve espacio de tiempo durante el cual las autoridades de Ulbricht colaboraron en las cuestiones prácticas relativas a la reconstrucción de este y otros enclaves judíos. Y hubo socialistas judíos que depositaron su confianza en la visión de Ulbricht. Pero, bajo los estalinistas, este periodo de seguridad para los judíos de toda la Europa soviética no duraría mucho; una nueva y terrible oleada de antisemitismo, disfrazada de antisionismo, estaba a punto de llegar. Todavía en 1947, se informaba de que un gran número de judíos polacos trataban de evitar el este de Alemania, y el este de Berlín, cruzando Europa a través de Checoslovaquia, con el fin de llegar más fácilmente a la zona de Alemania ocupada por los norteamericanos.[28] También había refugiados que atravesaban las zonas británica y francesa con la misma idea de llegar al área estadounidense. Las autoridades norteamericanas no podían impedírselo y no lo hacían.

El esfuerzo cultural que se hizo en la ciudad para que la población judía pudiera estar segura de que la persecución había terminado fue impresionante. En el otoño de 1945 hubo lo que podría denominarse una representación por encargo de una obra del siglo XVIII titulada *Nathan el Sabio*, de Gotthold Ephraim Lessing, que había estado prohibida durante los años del nazismo. La obra estaba

ambientada en el Jerusalén del siglo XII, en la época de la tercera cruzada, y contaba la historia de cómo un mercader judío —cuya hija adoptada había sido salvada de una casa en llamas por un caballero templario cristiano que se enamora de ella— es sometido a prueba por el gobernador, Saladin, quien le formula una pregunta: «¿Qué religión es la verdadera?». El reto —decir cuál de las religiones abrahámicas es la suprema— es muy astuto, pero acaba desembocando en una entrañable amistad entre ellos. Nathan se convierte entonces en el blanco del patriarca cristiano de Jerusalén, que quiere que le quemen en la hoguera por apóstata. Tras varios giros inesperados, se descubre que la hija adoptada de Nathan nació cristiana, pero parte de su sangre la emparenta con una rama familiar islámica. La obra era en esencia un enardecedor alegato en favor de que las tres fes abrahámicas son iguales, y que sus seguidores no deberían poner barreras a su amor. Se decía que la figura de Nathan estaba basada en parte en la del filósofo del siglo XVIII Moses Mendelssohn, y el papel fue interpretado por el actor, tan querido para el Ejército Rojo, Paul Wegener. Veinticinco años atrás, Wegener había cautivado al público con una mágica leyenda popular judía. En este momento, tras la insoportable atrocidad del Holocausto, el actor volvía a subirse a un escenario de Berlín; un gentil interpretando a un judío, en un esfuerzo por ayudar a devolver cierta humanidad a la ciudad. Desafortunadamente, según la historiadora Atina Grossmann, las audiencias no estaban compuestas de berlineses corrientes, sino mayoritariamente de oficiales del ejército del lado norteamericano y del soviético: personal judío que hablaba alemán.[29] Sin embargo, con su actuación, Wegener volvía a efectuar una poderosa declaración simbólica, que vendría a constituir una especie de epílogo de su vida; cuando la obra volvió a representarse —esta vez para un público de civiles berlineses, en 1948—, Wegener sufrió un colapso sobre el escenario la noche del estreno y moriría poco tiempo después.

En cambio, en otros lugares hubo brotes de una extraordinaria falta de sensibilidad. Siguiendo la máxima atribuida de manera apócrifa a un productor de Hollywood, «quien controla el cine,

controla Alemania»[30] (que a su vez parafraseaba la de Lenin, «quien controla Berlín, controla Alemania, y quien controla Alemania, controla Europa»), el sector británico había recurrido en 1949 al propietario de unos estudios cinematográficos, J. Arthur Rank, para que exportara una serie de películas británicas a los cines de Alemania Occidental y de Berlín. Las adaptaciones de las novelas de Charles Dickens parecían revestir una adecuada universalidad; se enviaron las recientes versiones de *Grandes esperanzas* (1946) y de *Nicholas Nickleby* (1947), así como la producción de 1948 de David Lean, *Oliver Twist*. Esta última estaba programada para estrenarse en el Kurbel en febrero de 1949. El revuelo comenzó con la primera proyección. A la segunda ya había manifestantes en el cine. Pasada aproximadamente una semana, se calculó que frente al edificio llegaron a reunirse unos doscientos manifestantes, coreando eslóganes y lanzando piedras a la policía. Esta respondió a golpe de porra y mangueras de agua. En cierto momento, unos disparos cruzaron el frío aire de la noche.[31] La razón para esta furia era el retrato de Fagin que hacía el actor Alec Guinness, caracterizado con una prótesis de nariz ganchuda y una extravagante peluca de pelo erizado y apelmazado, e interpretado con una voz con un acento y sonsonete exagerados. Con una iluminación voluntariamente inquietante, y rodada desde ángulos desconcertantes, Lean y Guinness habían conseguido crear conjuntamente un cuasiperfecto estereotipo del judío medieval. Desde la perspectiva de los manifestantes, había pocas diferencias entre este y el que retrataba Werner Krauss en la célebre película de propaganda nazi *El judío Süss*. La reacción no causó ninguna sorpresa en el sector norteamericano; el filme no había sido aún exhibido en las salas de Estados Unidos por estos mismos motivos. «Entre Dickens y el director Lean», decía la revista *Life*, la historia había «interpuesto los fantasmas de seis millones de judíos asesinados y el espectro del genocidio». Era «difícil adivinar» por qué las autoridades británicas no solo habían dado el visto bueno a la película, sino que además perseveraban en la decisión de exhibirla a pesar de las crecientes protestas.[32] Días después se retiró de las pantallas.

En torno al mismo momento, el director de *El judío Süss* tuvo que enfrentarse a un juicio bajo la acusación de que su película de 1940 fomentaba los crímenes contra la humanidad. Veit Harlan, que había visto la controversia en torno al *Twist* de Lean, alegó ante los miembros del jurado que, si su película había alentado un odio venenoso, lo mismo exactamente podía decirse de la de David Lean y J. Arthur Rank.[33] Tal vez esta fuera una de las razones por las que, finalmente, Harlan quedó absuelto. Pero el protagonista de *El judío Süss* fue tratado con más severidad. A Werner Krauss, que en su día había aterrorizado al público del mundo entero en el papel del doctor Caligari, en un principio se le prohibió actuar en las películas o escenarios alemanes. Tras pasar por un programa de desnazificación, poco a poco este veto se le iría levantando, pero su vuelta a los escenarios del Berlín Occidental con la obra de Ibsen *John Gabriel Borkmann,* en 1950 (para regocijo de muchos aficionados del teatro) también provocó furiosas protestas a las puertas del teatro Kurfürstendamm y su inmediata retirada del cartel. Estaba claro que en Berlín había gente deseosa de olvidar, y otra mucha gente, más joven, que no estaba dispuesta a dejarles hacerlo.

¿Cómo ganarse los corazones? En el sector británico, en el verano de 1947, se celebró un sorprendentemente inoportuno espectáculo dentro del enorme estadio olímpico, que atrajo la curiosidad de un gran número de berlineses. Se trataba de una gran exhibición militar llevada a cabo por el Ejército británico. La mera idea ya había suscitado ciertos síntomas de desconcierto en Londres. En la Cámara de los Comunes se formularon algunas preguntas acerca de cuál era su propósito. La respuesta fue: recaudar dinero para los niños necesitados de Berlín.[34] Como tal, la causa era incontestable. Sin embargo, el espectáculo ofrecido a aquellos niños berlineses, y a muchos miles de adultos, era, como mínimo, un ingenuo intento de proyectar benevolencia sobre los soldados británicos ocupantes. Comenzaba con el desfile de bandas de música; luego se hacía una

recreación de una carga de caballería del siglo XVIII, en la que caballos y banderas se movían con elegancia. A esto le seguía una demostración de ejercicios de entrenamiento físico con pesas y en movimiento; los bailes escoceses iban acompañados del vigoroso sonido de las gaitas, mientras los hombres de cinco regimientos escoceses ejecutaban sus movimientos enlazándose de los brazos en torno a dos espadas cruzadas. Quizá lo más curioso de todo el espectáculo llegaba cuando se ponía el sol y los soldados británicos comenzaban a desfilar alrededor del estadio con antorchas encendidas y sus figuras iluminadas por potentes focos. El eco estético de Albert Speer, y del dramático contraste entre el fuego y la oscuridad, resultaba desconcertante y se prestaba a malinterpretaciones. Como cabía esperar, el gobernador militar de la zona británica de ocupación, el mariscal de la Real Fuerza Aérea Británica, William Sholto Douglas, estaba allí; su invitado para la velada era el general Lucius Clay, gobernador militar del área estadounidense. Aunque resulta difícil saber lo que los espectadores pensarían del espectáculo, lo cierto es que las autoridades soviéticas no tardaron en tener conocimiento del mismo. Pocas semanas después, los británicos reaccionaron con indignación ante el cortometraje documental —parte de la serie *Der augenzeuge* («El testigo presencial») realizada por los soviéticos— que se estaba proyectando en los cines de toda la ciudad. En él aparecían imágenes de la gran exhibición militar y de los soldados británicos hablando con niños berlineses, intercaladas con escenas terroríficas de los muertos, mutilados y los daños causados por la guerra, con imágenes de improvisadas cruces de madera medio enterradas en la nieve. El mensaje del documental era que los británicos estaban glorificando la violencia militar y que el espectáculo del estadio olímpico era una etapa más de un camino imperialista que solo podía conducir a la muerte.[35]

Pero fue un director italiano el que —nada más terminar de catalogar las secuelas del fascismo en su propio país— se propuso explorar las heridas psicológicas más profundas de Berlín. Roberto Rossellini tenía en mente una historia que dejaba al descubierto con

toda crudeza la aplastante carga de dolor y la desesperanza nihilista de la ciudad. Su escenario fue *Alemania, año cero* (la idea del «Año Cero» era utilizada por los aliados para describir la necesidad de resetear la conciencia alemana tras el periodo nazi); todavía hoy sigue resultando impactante y desoladora hasta la náusea. La historia habla de un niño de doce años que vive con su padre enfermo y una hermana mayor bajo la presión de prostituirse. El muchacho intenta aprender a regatear en el mercado negro, se junta con un grupo de delincuentes adolescentes y luego se encuentra con un antiguo profesor que no ha renunciado a ninguna de sus creencias nazis y que además parece ser un acosador sexual de niños. El padre enfermo del chico dice quererse morir, y que desearía tener el valor para suicidarse. Su hijo, tomándose sus palabras al pie de la letra, consigue veneno, se lo echa al padre en el té y le mata. A continuación, desesperado, trepa a lo alto de unas ruinas de una iglesia y se lanza al vacío.

Los actores no eran profesionales; Rossellini prefería trabajar con actores aficionados. Las lecturas eran múltiples y terriblemente tristes; el protagonista fue elegido porque se parecía mucho al difunto hijo de Rossellini. Las inhóspitas localizaciones, combinadas con la penosa imagen de los berlineses al borde del abismo moral y el horripilante final de un niño cometiendo suicidio, hizo que en Berlín no hubiera muchas ganas de verla. Incluso a escala internacional, produjo una desalentadora impresión por parte de la crítica. A algunos les inquietaba profundamente que el resto del mundo se acostumbrara a esta visión de Berlín y los berlineses; ¿qué esperanzas de futuro les esperaban si era así? (Este desagradable realismo era marcadamente distinto del mucho más elaborado género negro de *El asesino está entre nosotros*).

Sin embargo, en 1948, el poder y la difusión de los noticiarios —imágenes documentales en lugar de dramatizadas— iban a contribuir a mostrar al mundo un tipo de desesperación diferente; esta vez, la de una narrativa de héroes norteamericanos que llegaban en avión para ayudar a los niños de Berlín. La ambigüedad de la posguerra berlinesa venía a disfrazar el hecho de que la ciudad había adquirido una importancia crucial tanto para los soviéticos como para los

estadounidenses. Compartir el poder era complicado e implicaba un gran desgaste, con los soviéticos controlando agresivamente las reuniones municipales y los norteamericanos tratando de inundar la ciudad con la seducción de los programas de sus RIAS (Radio in the American Sector, o «emisoras de radio del sector estadounidense»), rebosantes de jazz y de swing. Sin que ninguna de las nuevas superpotencias fuera verdaderamente consciente, lo cierto era que la ciudad había pasado de servir de ilustración de sus respectivas victorias a simbolizar la terminación nerviosa más sensible de la Guerra Fría; un potencial punto de ignición nuclear.

18
LOS INSULARES

Antes incluso de construirse el Muro, ya podía distinguirse su sombra. Una revista satírica de Berlín llamada *Ulenspiegel* ya lo había profetizado cuando en 1946 publicó una tira cómica en la que se representaba la ciudad biseccionada por unos ladrillos, con una figura que sujetaba una bandera estadounidense a un lado, y un hombre con la bandera soviética al otro.[1] En 1948, Berlín era una ciudad en un estado cuántico, dentro de la cual se vivían a la vez realidades diferentes. En Ackerstrasse, al norte del centro, y cerca de la ruinosa mole de hormigón de la torre antiaérea del Humboldthain, el creciente abismo entre el Oeste y el Este se iba desarrollando en parte cerca de la línea delimitada por esta calle a la altura de Bernauer Strasse, al principio en forma de algún que otro enjambre de alambre de púas colocado en medio de los edificios de viviendas derruidos. En 1948, y desde esta fecha en adelante, un tramo de esta calle —y la línea fronteriza en la que se encontraba— se convertiría en uno de los enclaves visiblemente más sensibles de la desconfianza y el temor que iba aumentando por ambas partes con rapidez. Áreas como esta de Berlín serían las que pronto iban a captar la atención del mundo entero: esta vez no por razones de una inquietante fascinación moral por la disolución del nazismo, sino por la gélida tensión generada por las explosivas posibilidades de un nuevo conflicto que podía extenderse desde allí a todo el continente. Ackerstrasse siempre había sido una de las zonas más sensibles de Berlín; a principios del siglo, Meyers Hof, un gran complejo de viviendas de bajo nivel socioeconómico, que se elevaba hacia el cielo y se disponía en torno a nueve patios interiores tan cerrados entre

vertiginosas paredes que la luz del día apenas llegaba a la parte de abajo, despertaba una especie de atemorizado asombro. Muchos pintores se estaban mudando desde hacía tiempo a Ackerstrasse; el siempre irrespetuoso, extravagante y frío George Grosz realizó un horripilante dibujo de un cadáver decapitado sobre una cama, dentro de una de estas viviendas, y lo tituló *Lustmord in der Ackerstrasse*.[2] En un tono no menos siniestro, Gustav Wunderwald pintó en 1927 un extraordinario cuadro titulado *Brücke über die Ackerstrasse*, una imponente composición en la que un enorme puente ferroviario de hierro dividía en dos la calle, con sus altos edificios, bajo un cielo plomizo y oscuro.[3] Ackerstrasse también había adquirido renombre por la violencia que allí se había desplegado en la época de Weimar; los frecuentes enfrentamientos con cuchillos y armas de fuego entre jóvenes nazis y comunistas. Aquella era, en palabras de un residente que luego serviría como policía en la ciudad de la posguerra, una zona de delincuencia y prostitución, salpicada de bares llenos de «chicas fáciles y hombretones».[4] No obstante, también tenía sus momentos de solidaridad; fue en Ackerstrasse donde durante la guerra algunos residentes prestaron ayuda y apoyo a los cruelmente tratados trabajadores forzados. En este momento, las mujeres de clase trabajadora y sus familias eran presionadas en dos direcciones. Los soviéticos, que tanto miedo habían inspirado y tantos traumas sexuales habían causado, trataban de convencer a los berlineses de que la suya era la verdadera civilización; que, mediante grandes conciertos de música clásica alemana y programas de radio edificantes, ellos eran la potencia que devolvería a Berlín su anterior grandeza. De lo que no se decía nada era del nuevo y ubicuo servicio de seguridad de Alemania del Este y su tendencia a emplear la violencia contra personas detenidas arbitrariamente, comparable a la Gestapo y las SS, ni tampoco de la continuada existencia del campo de concentración de Berlín, ni de los incontables soldados berlineses desaparecidos que habían sido capturados por el Ejército Rojo al final de la guerra. Al mismo tiempo, los civiles que vivían en aquella intersección entre Ackerstrasse y Bernauer Strasse tenían la

vista puesta en los sectores ocupados por las potencias occidentales y sus brillantes atractivos: el feliz regreso a las pantallas del cine en Technicolor y, para la gente joven que iba a las salas de baile, una música swing cada vez más adictiva.

Durante aquellos primeros meses de la posguerra, las fronteras interiores de Berlín eran absolutamente porosas; las mujeres y los hombres podían ir del este al oeste, y viceversa, para trabajar, pasar su tiempo de ocio o visitar a sus familiares y amigos, siempre que llevaran consigo sus documentos de identidad. Pero las tensiones habían ido aumentando desde que los aliados occidentales de los territorios fuera de Berlín se replegaron, dejando el este de Alemania completamente subsumido dentro del sistema soviético. Aunque el país todavía no había sido formalmente fraccionado en dos naciones, había una frontera interior alemana que dividía el territorio a todo lo largo; el doctor Alfred Wege recordaba cómo, en las afueras de la ciudad, en Marienborn, una estación de ferrocarril fronteriza, había que mostrar los «pases interzona», y los soldados del Ejército Rojo perseguían a los civiles que trataban de ocultarse entre las vías con el fin de encaramarse a los trenes que partían de allí, sin tener que enseñar sus papeles.[5] Las cosas eran más complicadas dentro del propio Berlín; en lo más profundo del territorio soviético, la ciudad se convirtió en una especie de anomalía como la de Schrödinger; simultáneamente comunista y capitalista, simultáneamente rusoparlante y angloparlante, que simultáneamente escuchaba charlas de radio sobre la reconstrucción industrial y dulces melodías de jazz norteamericano. Pero algunas cosas todavía eran universales: el invierno de 1947 fue excepcionalmente crudo y todos los hogares, tanto de la zona este como de la oeste, sufrieron grandes penalidades en sus heladoras viviendas, escasos de alimentos y de carbón. Los inviernos de Berlín eran ya famosos por su dureza; tras el hambre y las carencias derivadas del conflicto y los bombardeos, la nieve halló nuevas oportunidades para revolotear e infiltrarse en todos los rincones de la vida. Y a continuación, cuando empezaban a salir de aquel cruel periodo, los berlineses se

encontraron, en 1948, con que las líneas que dividían la ciudad en sectores de ocupación iban a hacerse más rígidas.

Las fronteras internas de Berlín eran en su mayoría invisibles; atravesaban patios y cementerios, carreteras, frondosas áreas de bosque. Sin embargo, a cada lado de esta línea interior —que en algunos puntos también separaba edificios de apartamentos, lo que significaba que uno podía salir de un piso, recorrer un pasillo, encontrarse con una salida de incendios y entrar en otro sector— las leyes e ideologías eran mundos aparte. Aquellos a los que pagaban por aplicar estas leyes a menudo vivían al otro lado de esta línea divisoria: muchos policías del sector estadounidense de Berlín tenían su hogar en el sector soviético, por ejemplo.[6] A veces, en cruces donde el tráfico era muy intenso, la frontera estaba señalizada con líneas pintadas en blanco; las señales que indicaban a qué sector se pasaba se hallaban escritas en alemán, ruso, inglés y francés. Pero las anomalías estaban causando también fricciones entre estos límites; no solo las ingentes cantidades de Coca-Cola que pasaban por el sector norteamericano, y de allí al este, y a la que los niños berlineses se hicieron adictos muy pronto; ni espectáculos simplemente curiosos, como el regreso de las carreras de trotones al hipódromo, a las que acudían las mujeres más adineradas de la ciudad vestidas tan elegantes y a la moda como la alta sociedad parisina;[7] también otras cuestiones, como la abundancia de carne que se podía obtener (de manera turbia) en los sectores occidentales cuando el suministro de las mejores piezas era más escaso en el este. El resultado eran expediciones en las que espaldillas enteras de carne se ocultaban bajo los abrigos y se llevaban al este en vagones del metro, llenos de policías del sector soviético que con mirada escrutadora trataban de descubrir a cualquiera que tratara de violar el racionamiento y las restricciones a la circulación de alimentos. Por otro lado, existía una gran disparidad en cuanto a la moneda. En el oeste de la ciudad, los antiguos *reichsmarks* aún seguían en uso. Los soviéticos estaban emitiendo nuevos *reichsmarks*, pero al hacerlo en una cantidad tan excesiva, su valor disminuía día a día.

El estentóreo restallido de los truenos que siguió a la guerra, y que parecía anunciar un nuevo conflicto, continuaba oyéndose por toda la ciudad. A veces se producía en forma de ocasionales ráfagas de disparos, cuando soldados borrachos, soviéticos y norteamericanos, se amenazaban unos a otros sin motivo; pero la mayoría adoptaban la forma de cuestiones estrictamente económicas. Tras la devastación que se había cobrado millones de vidas y hundido las finanzas mundiales, los estadounidenses pusieron sus ojos en la zona occidental de Alemania y decidieron que su banca y su comercio debían reconstruirse y mejorarse. Sus industrias también debían restablecerse por completo, y la rentabilidad de tales beneficios se expandiría por toda Europa y, por extensión, acabarían llegando a Estados Unidos. Esto contradecía la reclamación soviética de unas reparaciones a largo plazo por parte de la nación alemana. El plan estadounidense era asimismo aplicable a todo el Berlín ocupado por los aliados, dado que la zona comprendía industrias tan grandes e innovadoras como Siemens y AEG Turbinen. Además, estaba la idea de apoyar la regeneración con la ayuda monetaria estadounidense: el Plan Marshall. Y fue entonces cuando los primeros destellos de tensión se dispararon como *flashes* de magnesio; los soviéticos rechazaban de plano el principio de la financiación capitalista. Aquello era una descarada ampliación de poder. Ese dinero no solo sería rechazado por la Europa soviética, sino que además —decidieron— no podía desempeñar ningún papel en el Berlín ocupado.

Los soviéticos habían dado por hecho que, dentro de un breve espacio de tiempo, los británicos y los norteamericanos se retirarían tanto de Berlín como de Alemania occidental; su plan preveía un país completamente unificado que se subsumiera dentro del comunismo y solo rindiera cuentas a Moscú. El presidente Truman no había sugerido que la presencia americana fuera a ser permanente. Sin embargo, las chispas de irritación e intransigencia que surgían en Berlín entre los sectores estadounidense y soviético crecían cada vez más. Entretanto, norteamericanos y británicos interrumpieron el movimiento de oeste a este de cierto equipamiento tecnológico e industrial. Pero hubo más cosas. Los americanos estaban decididos a

que, en Alemania Occidental en general, tenía que haber una moneda nueva, regenerada, que la protegiera de la conflagración de la inflación y proporcionara estabilidad y legitimidad económica a las empresas de todos los tamaños. Esta moneda —el *deutschmark* o marco alemán— se introduciría también en Berlín Oeste. Y empezaría a ser de curso legal a finales de la primavera de 1948.

Las autoridades soviéticas se negaron a aceptar la nueva moneda; en varias ocasiones proclamaron que solo los *reichsmarks* eran permisibles. Sin embargo, lo que a sus ojos no era más que una infección pasajera, ya había arraigado sin remedio. Utilizando unos corredores de transporte que cruzaban la Alemania Oriental soviética y rural hasta el oeste de Berlín —por aire, ferrocarril y carretera—, los americanos habían importado ya unos doscientos cincuenta millones de nuevos *deutschmarks* a su sector de la ciudad, que iba a fusionarse con los distritos británico y francés para crear una «trizona» en agosto de 1948. Muy rápidamente, pese al hecho de no ser de curso legal en la zona soviética, se extendieron al otro lado de la frontera como un virus. Todo esto era intolerable para los comunistas, ya que corroía directamente los cimientos de la sociedad que ellos estaban tratando de implantar. Por otro lado, estaba su frustración de que Berlín contara con una autoridad municipal sobre toda la ciudad que se resistía al control comunista, pese a los agitadores presentes en las sesiones. Los soviéticos se retiraron de este nivel de la Administración. Todo esto constituía una especie de irritante comezón para la piel estalinista. El rugido del trueno de la posguerra se dejaba oír cada vez más fuerte. Para entonces los soviéticos estaban ya seguros de que —por el bien de su propio sistema— había que presionar para que los norteamericanos se fueran. Todo Berlín tenía que ser suyo. Esto significaba que había que hacer salir de allí tanto a los militares como a los funcionarios de los sectores estadounidense, británico y francés.

Y fue en este punto donde el decisivo realineamiento geopolítico de un continente entero quedó parado en seco. El diplomático estadounidense George Kennan había destacado en su «largo telegrama» (un texto de unas ocho mil palabras enviado por vía telegráfica al secretario de Estado James Byrnes) la necesidad de

frenar a los soviéticos y la tendencia de Stalin a la conspiración.[8] Berlín se encontraba al límite de lo que podía convertirse en el punto de ignición de una nueva guerra mundial. Y para los berlineses que vivían en las zonas americana, británica y francesa, empezó a cundir una nueva fuente de incierto temor: se decía que había tanques soviéticos bloqueando algunas vías principales, así como líneas ferroviarias cortadas e incluso algunas vías navegables obstaculizadas por embarcaciones soviéticas. Unas semanas antes se había producido una forma menos grave de bloqueo: algunos trenes que habían salido al o desde el oeste de Alemania habían sido retenidos durante horas, e incluso días, por funcionarios soviéticos en puestos de control fronterizos. Esta táctica ponía de relieve la profunda vulnerabilidad de estas rutas fuera de Berlín Oeste. Estos corredores de transporte, que recorrían centenares de kilómetros de territorio soviético antes de llegar al oeste, eran muy frágiles: como delicadas venas que podían romperse fácilmente bajo la presión. Se habían establecido basándose en la confianza, en un acuerdo entre soviéticos y estadounidenses, como un añadido a los acuerdos de Potsdam. Y en ese momento los soviéticos las estaban cortando. El 24 de junio de 1948, el tráfico ferroviario se vio detenido entre el este y el oeste, por ambas partes; Estados Unidos dejó de permitir el envío de recursos industriales a la zona soviética.

En Berlín Oeste se despertó un temor inmediato y profundo a que se produjera un bloqueo por hambre, un asedio dirigido a hacerles morir de inanición. Desde el final de la guerra, la hambruna en la ciudad había constituido un temor constante, perfectamente racional, por otro lado. Pero entonces se agudizó. Berlín Oeste contaba con suministro de alimento para treinta y seis días, se decía, y combustible para algo más de seis semanas. La gente empezó a hacer acopio de existencias, movidos por el pánico. Por otra parte, los soviéticos tenían bajo su control la mayor parte de las centrales eléctricas de la ciudad, por lo que, además de la perspectiva de que el suministro de pan, patatas, leche y otros alimentos básicos fuera reduciéndose, los ciudadanos de Berlín Occidental se enfrentaban además al temor de volver a la oscuridad. En definitiva, a los

sectores aliados de la ciudad se les presentaba como repentina y terriblemente aislados, a merced de la monstruosa tiranía de Stalin. Sin embargo, durante los meses siguientes, ambas superpotencias iban a magnificar su propaganda respecto a que el bloqueo de Berlín estaba en marcha, ya que mientras los norteamericanos denunciaban la fría crueldad soviética, los soviéticos, por su parte, afirmaban que eran imaginaciones suyas. El gobernador militar soviético, el mariscal Sokolovski, proclamó: «No ha habido ni hay un bloqueo de Berlín».[9] Aunque de forma algo ladina, la afirmación no era del todo incierta. La ciudad, aquel reino cuántico, continuaba albergando dentro de sí múltiples realidades. Al comienzo de la crisis, las autoridades occidentales estaban verdaderamente alarmadas: algunas figuras estadounidenses preveían «un colapso casi total» de Berlín Oeste;[10] además del hambre y el frío, anticipaban el cierre de oficinas y fábricas, y el regreso del desempleo —el viejo fantasma de Berlín—, así como una vuelta al «supervivencialismo» de 1945, y un malestar ciudadano general en las calles. Sin embargo, aunque las cámaras de los noticiarios enfocaran el espectacular heroísmo de la respuesta aliada a punto de desplegarse, en las calles cercanas a las zonas limítrofes interiores del Berlín todavía no dividido existía cierta ambigüedad. A los de Berlín Oeste les informaron del hecho de que estaban bajo asedio; a los del sector Este, muchos de los cuales tenían familias y amigos en el oeste, les decían que los americanos y los británicos se estaban comportando histéricamente; que, en caso necesario, los soviéticos siempre les abastecerían.

El Puente Aéreo de Berlín era una operación que pocos creían posible. La única ruta hacia el oeste de la ciudad que no había sido bloqueada por los soviéticos era el corredor aéreo que se había permitido desde el oeste de Alemania. En un principio, los norteamericanos no se habían parado a pensar que enviar aviones a Berlín Oeste con suministros básicos pudiera siquiera empezar a desencadenar la crisis; el mero número de aeronaves necesario, combinado con la extrema rapidez que se requería para desembarcar la carga y que cada avión volviera a despegar antes de

que llegara el siguiente, hacía que la tarea pareciera muy difícil de llevar a cabo. Fue el sector británico, no obstante, el que abrió el camino; durante anteriores minibloqueos, ocurridos pocos meses antes, se había utilizado a la RAF para hacer llegar los suministros. El combativo ministro de Exteriores laborista británico, Ernest Bevin, defendió con entusiasmo la idea de aplicar este mismo plan, pero a mayor escala. El aún no confirmado alcalde de Berlín (no confirmado porque los soviéticos habían vetado su nombramiento) era Ernst Reuter. El general estadounidense Lucius Clay le dijo:

> Mire, yo estoy preparado para intentar un puente aéreo. No puedo garantizar que funcione. Estoy seguro de que incluso en el mejor de los casos, la gente va a pasar frío y hambre. Y si el pueblo de Berlín no es capaz de aguantar esto, fracasará. Y no quiero ponerlo en marcha si usted no me asegura que contará con el respaldo mayoritario de la gente.[11]

Reuter —que había vivido en el exilio durante los años nazis, y que no tenía intención de tolerar el totalitarismo de Stalin— demostraría su capacidad para galvanizar los ánimos de los berlineses occidentales. Porque, ya desde el primer momento, la idea del «pueblo de Berlín», excluyó a los partidarios comunistas de Berlín Este.

Las superpotencias eran universos aparte, pero los que vivían bajo su influencia en Berlín no lo hacían por motivos ideológicos. Aquellas eran calles en las que las ideologías eran algo aleatorio; dependían de donde las personas tenían sus casas. Sus futuros habían venido determinados por unas líneas dibujadas improvisadamente en otro lugar, sobre unos mapas. Muchos en el oeste de la ciudad se sentían extraordinariamente afortunados de que sus vidas hubieran quedado bajo el paraguas norteamericano, pero también había personas en el este que aprobaban la senda socialista; algunas mujeres jóvenes, especialmente, apreciaban los gestos en pro de la igualdad de sexos en el lugar de trabajo que ofrecía el sistema soviético.[12] Las personas de Berlín Este eran informadas a través de los medios soviéticos de que lo que Estados Unidos denominaba «bloqueo» era, simplemente, que la Unión Soviética se estaba haciendo cargo del «abastecimiento de la población de todo Berlín».[13]

La crisis que siguió a continuación encontró una localización visualmente muy llamativa en el aeropuerto de Tempelhof, al sur de la ciudad, uno de los legados nazis más elegantes para Berlín. Cuando el puente aéreo diario —operación Vittles— empezó a funcionar, su peculiar belleza captó la imaginación de los berlineses más jóvenes, que solo alcanzaban a tener un recuerdo difuso de la campaña de bombardeos aliada. A partir de julio de 1948, los cielos de la ciudad empezaron a llenarse de destellos plateados a intervalos cada vez más frecuentes, ya que, con apenas segundos de diferencia entre ellos, los aviones llegaban, volaban en círculo, aterrizaban, reponían combustible y volvían a despegar. La logística resultaba hipnotizante: incluso descontando las ocasiones en que los aviones eran hostigados por cazas soviéticos, o deslumbrados por focos reflectores (este tipo de incidentes se cifra en varios centenares), el patrón y el cuidadoso espaciado entre los vuelos guardaba una precisión geométrica asombrosa. Había accidentes: aviones que se salían de la pista de aterrizaje, incendios y tripulantes fallecidos. Pero, pese a lo trágico de dichos incidentes, la inmensa mayoría de los vuelos lograban aterrizar en las pistas. Los berlineses occidentales pronto se acostumbraron a la regularidad de este tráfico aéreo. Los niños acudían a congregarse en las pistas de aterrizaje de Tempelhof y Wiesbaden; el espectáculo de los plateados Dakotas, la idea de toda la comida estupenda que llegaba en ellos, los tripulantes a los que llevaban café desde unas furgonetas, los aviones aterrizando en las pistas, el exquisito ritmo y el rugido que hacían al despegar y elevarse hacia las nubes. Aquellos aviones no solo proporcionaban suministros y combustible para las casas de los ciudadanos, sino que también traían comida, bebida y artículos textiles para las fuerzas ocupantes estadounidenses y sus esposas y familias. Por tanto, para la zona occidental, la historia de Berlín no podía estar más clara: Stalin estaba matando de hambre a los ciudadanos y Estados Unidos e Inglaterra tenían el deber de apoyar a los berlineses y ayudarles en aquel momento de mortal desesperación. El Bloqueo de Berlín constituyó a la vez un momento de revelación —el descubrimiento de la verdadera animosidad y la ilimitada desconfianza entre Estados Unidos y la Unión Soviética

como las dos únicas superpotencias mundiales—, pero también la oportunidad para que Washington D. C. demostrara la virtud de sus principios al resto del mundo. Se filmó un gran número de noticiarios destinados no solo a su consumo en las salas de cine estadounidenses y británicas, sino también en las de Berlín Occidental. El incesante desfile aéreo de brillantes aviones, el socorro llegado en forma de enormes sacos llenos de verdura y conservas de pescado y carne descendiendo por las rampas, y las imágenes de jóvenes berlinesas caminando elegantemente vestidas por el Kurfürstendamm y entrando en tiendas que antes se habían visto obligadas a cerrar por la escasez transmitían de manera poderosa la impresión de un asedio total.

Había días con alta carga dramática. En septiembre, tras repetidas interrupciones provocadas por partidarios comunistas en la Neues Stadthaus, favorables a lo que consideraban la pureza de la visión soviética, el consistorio municipal volvió a reunirse en el sector británico. En una masiva contramanifestación celebrada el 9 de septiembre, el alcalde, Ernst Reuter, subió los peldaños de las ruinas del Reichstag, desde donde se dirigió a una audiencia de trescientos mil berlineses. Cuando finalmente empezó a hablar, el clamor de la inmensa multitud creció como una oleada. «Hoy, no va a hablar ningún diplomático ni general —declaró—. Hoy es el pueblo de Berlín el que hace oír su voz. Ciudadanos de Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia: mirad esta ciudad. No podéis abandonar a esta ciudad ni a su pueblo. No debéis abandonarla».[14]

Las tensiones se agravaron debido a la curiosa impenetrabilidad de las razones soviéticas para el bloqueo. Se entendía que quisieran echar a las autoridades estadounidenses, británicas y francesas, y a sus soldados, y a sus familias; se entendía que quisieran completar el dominio político sobre esta capital simbólicamente estratégica. Lo que no se entendía era hasta qué punto estaban dispuestos a arriesgarse a un conflicto armado para conseguirlo. ¿Era aquello la declaración de una nueva guerra? ¿O estaban actuando basándose en el supuesto de que los estadounidenses pronto renunciarían a

mantener su presencia en Alemania y Europa en general y que la presión era necesaria para acelerar este proceso?

Tampoco parecía que los soviéticos fueran a ceder. A medida que el año iba avanzando y los días haciéndose cada vez más oscuros, una de las privaciones más duras era la del consuelo que proporcionaba la luz. Cada distrito de la ciudad tenía asignado un periodo racionado de electricidad: dos horas por la mañana, otras dos al final de la tarde o comienzo de la noche. Pero las horas se fueron espaciando; a veces, la asignación de luz de una calle o área no comenzaba hasta las once de la noche. E incluso aunque la información que daban las noticias locales mantuviera a los ciudadanos al corriente de cuándo podían aprovechar para cocinar algo, o simplemente para leer a la luz de una lámpara, el errático racionamiento de las horas afectaba a su vez a los ritmos circadianos de la población trabajadora. El efecto era de cansancio y estrés. Un estrés que era todavía mayor entre los que dependían de un suministro fiable de electricidad: por ejemplo, dentistas que no querían que el torno dejara de funcionar mientras trabajaban en la pieza dental de un paciente.[15] Hubo además un periodo en el que las velas que se usaban en las casas empezaron a escasear. Así, mientras la gente pudiera continuar yendo a su trabajo, los niños al colegio, y los suministros de verduras y conservas de las tiendas parecieran estables (aunque hubiera cierta preocupación por la cantidad de patata deshidratada en polvo, necesaria para hacer puré), puede que también fuera quedando cada vez más claro que el Bloqueo de Berlín no se reducía a ser una mera agresión estalinista, sino que implicaba una curiosa lucha por el corazón y el ánimo de la gente. En aquellas noches sin luz del otoño del bloqueo, los berlineses occidentales que vivían cerca del Reichstag podían ver, a través de la Puerta de Brandeburgo, el sector soviético con sus «calles brillantemente iluminadas y letreros de neón».[16] No obstante, también los berlineses occidentales con documentos de identidad y pases interzona podían hacer algo más que limitarse a mirar: podían pasar al sector soviético y caminar ellos también por esas calles brillantemente iluminadas. Las fronteras interiores

todavía eran hasta cierto punto porosas. El transporte público estaba fragmentado: «Los vagones del metro circulan por el este hasta la frontera soviética, pero allí paran y se dan la vuelta».[17] Las rutas de los tranvías también estaban divididas por zonas. Pero, para los que iban a pie, cruzar los distintos sectores no presentaba grandes impedimentos. A medida que el bloqueo continuó, los soviéticos fomentaron este movimiento, como figuras de un cuento de hadas que fueran dejando un rastro de caramelos. Sorprendentemente, ofrecían a los berlineses occidentales raciones especiales de comida y combustible procedentes de la zona este del país, bajo control soviético. Los rusos querían dar la imagen de unos proveedores paternalistas que querían unificar a los berlineses, mientras los norteamericanos y los británicos solo pretendían dividirles. «¡Ayuda soviética para los berlineses!», declaraba un titular en un periódico del sector oriental.[18] Otro clamaba: «¡Berlineses occidentales! ¡En el sector oriental hay comida y combustible de sobra para la población del sector occidental!».[19] Tampoco esto era del todo una mentira estalinista más; en efecto, se enviaban suministros extra y había tiendas gestionadas por el Estado que ofrecían no solo comida, sino también cigarrillos y «textiles».[20] La cantidad de alimentos perecederos enviados a Berlín Este llegó a ser tanta que el excedente comenzó a echarse a perder. Para el otoño de 1948, alrededor de un 5 por ciento de los berlineses occidentales estaba de acuerdo con recibir suministros del Este. El 95 por ciento restante declinó la oferta.

En parte, la razón a esta negativa —dejando a un lado la resistencia al totalitarismo— era el buen resultado que estaba dando el puente aéreo; se estimaba que, en términos de ingesta de calorías, los berlineses occidentales estaban en realidad algo mejor que antes de que comenzara el bloqueo. Por otra parte, habían respondido con entusiasmo a desafíos prácticos como la reparación de las pistas del aeropuerto de Tempelhof y la construcción de una adicional antes de que llegaran las heladas invernales. No había necesidad ni de alimentos ni de cigarrillos soviéticos. Por otra parte, la Fuerza Aérea de Estados Unidos, conjuntamente con el Gobierno,

seguía valiéndose con gran habilidad de la propaganda. La conmovedora historia de Gail Halvorsen, el piloto que transportaba caramelos, chocolatinas y chicles pensando en los niños desfavorecidos de Berlín Oeste, caló con rapidez en el imaginario de la gente. Tras una de sus entregas de alimentos, Halvorsen —mientras esperaba en el aeropuerto de Tempelhof— se vio rodeado por un grupo de niños con aspecto demacrado y les ofreció los chicles que llevaba; la delicadeza con la que ellos rompían las barritas de chicle para compartirlas, y cómo incluso olían el envoltorio, le llegó al alma.[21] Halvorsen declaró, tanto en prensa como en entrevistas concedidas a los noticiarios, que cuando volaba, hacía una ondulación especial con las alas del avión para que supieran que era él. De aquel avión dejaba caer luego —en paracaídas hechos con pañuelos— todo tipo de golosinas, desde gominolas a chicles de menta. Llegaron a conocerle por «Uncle Wiggly Wings»,[*] y se calcula que dejó caer alrededor de veintitrés toneladas de golosinas.[22] Solo tres años antes, lo que lanzaban pilotos como Halvorsen eran bombas incendiarias que hacían arder la ciudad. Y ahora el mundo podía apreciar su bondad. El ministro de Asuntos Exteriores británico, Ernest Bevin —socialista, y también ferviente anticomunista— había declarado en un discurso que el Puente Aéreo de Berlín demostraría a los soviéticos «de lo que el poder aéreo era capaz».[23] Pero se trataba de un nuevo tipo de poder, aumentado gracias a un alto grado de ingenio. Frente a la cruel actuación de los soviéticos —los campos de prisioneros, los erráticos juicios y las ejecuciones sumarias— los norteamericanos se mostraban como portadores de alegría para los hijos de quienes antes habían sido sus enemigos. En las navidades de 1948 llegaron diariamente aviones estadounidenses cargados de regalos con coloridos envoltorios: los niños presentes en el aeródromo de Tempelhof se quedaron mudos de alegría al ver aparecer por la puerta del avión a Santa Claus. Se les entregaron paquetes con regalos y se les filmó escudriñando los juguetes y compartiendo los dulces.[24] El puente aéreo sirvió también para que las tiendas de Berlín Oeste pudieran resplandecer de nuevo en Navidad y sus

escaparates se llenaran de abetos decorados, coches de juguete y muñecas. También se grababa a los niños mientras disfrutaban de masivas comidas navideñas en instalaciones comunitarias. La inferencia clara era que, en el sector soviético, esta alegría y esta abundancia estaban prohibidas. Sin embargo, y pese a todo esto, había berlineses que sentían cierta ambivalencia: al final, eran unas potencias extranjeras las que controlaban sus vidas y, aparentemente, también su prosperidad.

«Se sentían como los hijos de un hogar infeliz —decía un reportaje a finales de 1948 sobre la forma en que los berlineses veían a las potencias ocupantes—. Cuando los adultos se liaron a golpes, los niños prefirieron mirar hacia otro lado y jugar a sus cosas. Luego, pensaron que nada podía ser mucho peor que lo que había pasado en la guerra y en la paz; y el que ha conocido lo peor tiene poco que temer […]. Son los peores objetivos del mundo para la propaganda», concluía el corresponsal.[25] Tal vez fuera así; pero la propaganda no estaba exclusivamente dirigida al consumo de los berlineses. También pretendía explicar a lectores occidentales por qué aquel era un estilo de vida que merecía la pena defender.

Pero tampoco el resto del mundo estaba muy informado de la sorprendente flexibilidad existente durante este periodo entre el oeste y el este en lo tocante a los suministros de energía industriales, ni de que los berlineses iban a pasar el día de excursión a los bosques de los alrededores (comunistas), ni de los momentos en que berlineses de ambos lados se encontraban y se saludaban mientras recorrían aquellas ubérrimas sendas forestales en busca de frutas y frutos secos, sin importar las afiliaciones o creencias políticas. En el sector británico, las fábricas seguían todavía funcionando, y una cuarta parte del combustible que necesitaban lo obtenían del sector soviético por medio de acuerdos laberínticos, pero completamente deliberados. El subcomandante británico reveló que «pese al bloqueo, muchas más materias primas proceden de la zona de control soviética que de las zonas occidentales».[26]

Desde el punto de vista de las familias de Berlín Occidental, aquel estado cuántico de ver y deambular por realidades diferentes

empezó a revestir todavía más matices. En el este de la ciudad comenzaron a abrirse un nuevo tipo de «tiendas libres» que ofrecían «artículos de lujo», además de comida;[27] los berlineses occidentales eran más que bienvenidos si querían cruzar la ciudad, documentos de identidad y cupones de racionamiento mediante, para ir a explorar aquellas intrigantes oportunidades para los consumidores. Tampoco existía ningún problema con que la policía del sector soviético fuera a acusarles de contrabando, ya que cada compra se hacía con cupones específicamente aprobados al efecto. Cuando el aire del otoño fue dando paso al cortante frío del invierno alemán, los berlineses occidentales que no habían podido obtener carbón suficiente de sus propios proveedores mediante el puente aéreo eran invitados a subir a los trenes suburbanos de la S-Bahn para realizar el corto viaje que les permitía cruzar al otro lado de la frontera zonal y entrar en la boscosa ciudad de Potsdam; allí, las autoridades soviéticas se habían asegurado de que hubiera grandes cantidades de carbón, que podía transportarse con relativa facilidad en los trenes de vuelta. En algunas calles había puestos de control: en algunas rutas de tranvía, agentes de policía realizaban registros aleatorios de bolsas y maletines. Estos registros no se hacían en cambio dentro del sistema postal: las familias fragmentadas que tenían sus miembros repartidos por ambos sectores seguían recibiendo sus cartas, y las personas del sector soviético que tenían comida de sobra —desde salchichas a macarrones o pequeños tarros de mermelada— eran libres de enviarla a Berlín Oeste. En la prensa estadounidense y británica en ocasiones se hacía mención al mercado negro, pero la situación de cada familia concreta era mucho más nebulosa.

Y, aunque el espíritu de la resistencia al monolítico control soviético era fuerte en el oeste de la ciudad, lo cierto es que estos berlineses estaban casi completamente impotentes. Durante todo el bloqueo, los cálculos de calorías, y los niveles exactos de las raciones necesarias, fueron decididos por las autoridades estadounidenses y británicas, no por aquellos a los que tenían que alimentar. Casi al principio del puente aéreo, se habían producido

algunos roces entre los norteamericanos y los británicos respecto al aumento de las raciones, y también respecto al abastecimiento de carbón; fueron los estadounidenses los que decretaron que los berlineses occidentales podían soportar más austeridad y que, incluso durante el paralizante frío del invierno berlinés, un exceso de carbón en las casas podía paradójicamente favorecer las enfermedades, al producirse cambios bruscos en las temperaturas (una creencia nada infrecuente en la época anterior a la calefacción central). Posiblemente los americanos tuvieran un conocimiento psicológico más profundo de las personas a las que estaban gobernando y cuidando; los berlineses de más edad tenían de hecho gran experiencia con el hambre y también con el frío. Entendían que el caos podía perfectamente convertirse en rutina. Poco después del bloqueo, una revista de salud norteamericana afirmaba que «la austeridad no era nada nuevo para ellos» y que, mientras que dos mil calorías al día suponía un nivel de subsistencia precaria, seguía siendo mejor que las mil ochocientas calorías al día con las que habían vivido antes.[28] Había casos de «desnutrición», que se reflejaba en un aspecto «pálido» y escuálido; estos eran especialmente frecuentes entre «los niños, los adolescentes y los hombres de gran talla».[29] Lo que más se echaba de menos era la grasa y el azúcar. Durante todo el bloqueo, no había faltado la carne seca, pero «distaba mucho de ser popular».[30] Mientras que Uncle Wiggly Wings llenaba de alegría los corazones de los niños, los padres soñaban con el queso. Pero los berlineses occidentales, en general, eran muy capaces de soportar las privaciones. Querían que los americanos se quedaran. Y, a medida que las circunstancias del nuevo conflicto geopolítico se iban resolviendo y aclarando, también el presidente Truman se mostraba más decidido a quedarse. Durante el bloqueo había empezado a popularizarse una frase amargamente realista: «Wir sind bloss objekt» («Solo somos objetos»).[31] Los ciudadanos entendían que, aunque el mundo entero tuviera puesta su mirada en Berlín como la falla geológica entre dos poderosas potencias, los berlineses en realidad apenas podían intervenir en nada.

La comida no era el único campo de batalla; el arte también lo era. Fue a mitad del Bloqueo de Berlín cuando el más importante dramaturgo de la ciudad, Bertolt Brecht, decidió regresar y ofrecer sus servicios a los soviéticos. En enero de 1949, la zona soviética reivindicó su victoria cultural con la representación de la obra de Brecht, *Madre Coraje y sus hijos*, ambientada en la guerra de los Treinta Años del siglo XVII, cuando la sangre corría a borbotones por toda Europa.[32] La modernidad de Brecht, por un lado, parecía enlazar felizmente con el torbellino creativo de Weimar; por otro, significaba dignidad. Aún tendrían que pasar varios años hasta que Brecht alcanzara a ver algo más de la verdad del régimen de Walter Ulbricht.

Pero, mientras que el sector soviético podía presumir de un vigorizante teatro y de una ópera exquisita, las autoridades del sector británico ofrecían —de nuevo en el punto álgido del bloqueo— una forma muy diferente de cultura a los ciudadanos que vivían bajo su jurisdicción. Con el final del verano de 1948 llegó el Festival de la Inglaterra Isabelina.[33] En cierto sentido podía parecer una idea un tanto estrafalaria para entretener a las masas, como las exhibiciones militares celebradas anteriormente. Sin embargo, allí estaba la Cambridge Christopher Marlowe Society representando *Medida por medida*. También se programó música en entornos de gran belleza. «El concierto del sábado de motetes, madrigales y canción tradicional inglesa tendrá lugar en el espacioso jardín de una mansión berlinesa del distrito de Grunewald», escribió el corresponsal de *The Times*.[34] Además de los cantantes, con un toque *kitsch* no intencionado, aparecían «soldados británicos vestidos con el atuendo rojo escarlata y negro de los *beefeaters*».[35]

El bloqueo también trajo consigo la comedia, que demostró ser la fuerza cultural más potente de todas. Los servicios norteamericanos del canal de radio RIAS encargaron la producción de una nueva sátira al estilo del cabaré típicamente berlinés titulada *Die Insulaner* («Los insulares»). El espectáculo también traía aromas de Weimar,

pero esta vez bajo el patrocinio americano y con un carácter declaradamente antisoviético. Dirigido por Günter Neumann, arrancaba con el emocionante tema musical de la obra, que proclamaba que «los insulares nunca perderán la calma»[36] (con «insulares» se hacía referencia a los berlineses occidentales que estaban sufriendo el bloqueo), y contaba con un elenco de actores y actrices que interpretaba recurrentes estereotipos berlineses que podían encontrarse tanto en el este como en el oeste; el espectáculo entusiasmó al público de todos los sectores. Había dos personajes femeninos que se encontraban en el Kurfürstendamm y cotilleaban escandalizadas sobre sus vecinos; otras escenas incluían confusas llamadas telefónicas entre berlineses corrientes y funcionarios municipales del Partido Socialista Unificado (SED), y también salía un estrafalario científico soviético llamado profesor Quatschnie. El objetivo inicial del show era reafirmar —sencillamente a través del buen humor— la determinación de los berlineses occidentales de resistir al poder opresor de los soviéticos. Pero la risa en su estado puro es ingobernable y no se deja someter a unas fronteras arbitrarias.

Los soviéticos abandonaron el bloqueo el 12 de mayo de 1949, unos once meses después de haberlo iniciado. Tras poco más de una semana, al oeste del país, se anunció el advenimiento de la República Federal de Alemania (RFA). El nazismo se consideraba ya exorcizado; muchos de los culpables (aunque ni mucho menos todos) habían sido ahorcados en Núremberg. Alemania Occidental tendría su propia Constitución, sus propios procesos electorales reconfigurados y su propio sistema multipartidista. También continuaría contando con las tropas norteamericanas y británicas y con sus bases. Los alemanes occidentales no tenían en ese momento un ejército propio y se consideraba que había que defenderles. Fue entonces cuando vio la luz la Organización del Tratado del Atlántico Norte —la OTAN—. Lo verdaderamente crucial era que, aunque Berlín Oeste navegara a la deriva como un barco aún lejos de la costa, y todavía no estuviera enmarcado con plenitud dentro de la Constitución alemana occidental, siguiera manteniendo

la protección, la moneda y la misma voluntad política; y que los soldados también se quedaran. Esto se vio favorecido por el extraordinario auge del comercio y la prosperidad en la nueva Alemania Occidental federal. No obstante, todo esto conllevaba un golpe psicológico; necesitaba contar con su propia capital, y para ello se seleccionó la discreta ciudad de Bonn. Pero las promesas realizadas a los alemanes occidentales de que seguirían formando parte de este nuevo mundo eran firmes. Por otra parte, el efecto accidentalmente redentor del Bloqueo de Berlín había sido hacer que el resto del mundo empezara a ver a los berlineses como algo distinto a los nazis.

Si la estrategia soviética del bloqueo había consistido en hostigar y amenazar a los aliados occidentales para que abandonaran la ciudad, estaba claro que se había basado en una psicología errónea y una incorrecta interpretación ideológica. Meses más tarde, en octubre de 1949, el este de Alemania controlado por los soviéticos se convirtió a su vez en la República Democrática Alemana (RDA), que de este modo quedaba encerrada, como el resto de Berlín, dentro de la órbita del Gobierno comunista. Pero, incluso con las fuerzas gravitatorias de dos superpotencias enemigas tirando cada una de un lado en la misma ciudad, las fronteras interiores de Berlín continuaron siendo a menudo invisibles y las anomalías haciéndose cada vez más desconcertantes. Las emisoras de radio —estadounidenses y comunistas— competían entre sí con sus programas, y los ciudadanos continuaban visitando a sus familiares y amigos, y desplazándose a sus lugares de trabajo en otros sectores. Con dos monedas diferentes, dos sistemas legales muy distintos, y dos enfoques diametralmente opuestos respecto a la forma de tratar a los disidentes, las intrincadas contradicciones iban haciendo la vida cada vez más peligrosa para muchos civiles. Pronto, el este sería el que pagaría el precio más terrible. Para el mundo que observaba todo esto, la neurosis desencadenada por el Bloqueo de Berlín iba a convertirse a partir de entonces en una fuente de continua y punzante ansiedad.

19
«LA MULTITUD EMPEZÓ A GRITAR»

Bajo un solemne cielo azul pálido, la gente de ambos lados de la fracturada ciudad trataba de vivir de una forma que en gran parte del mundo se daba por supuesta: trabajando, enamorándose, formando familias. Hubo incluso un resurgimiento del entusiasmo por el nudismo alrededor de algunos lagos y bosques; más difícil para los berlineses del Este, porque los comunistas de la posguerra asociaban el naturismo con el fascismo (aunque esto no consiguió disuadir a un pequeño número de rebeldes practicantes). La ciudad dividida estaba llena de incongruencias. Incluso las libertades más comunes y corrientes de las personas que diariamente viajaban de su casa al trabajo —unas cuantas cervezas al acabar la jornada laboral antes de tomar el tren de cercanías de vuelta al hogar— habían empezado a presentar algunos potenciales riesgos. Había casos de pasajeros occidentales un tanto ebrios que se dormían y acababan en el sector soviético, siendo consiguientemente detenidos y llevados a una celda de Berlín Este si sus documentos de identidad no se consideraban satisfactorios. Incluso los que iban perfectamente sobrios podían ser arrestados; a principios de la década de 1950, el representante artístico de Gracie Fields, la estrella del cine musical, fue retenido durante varios días en el sector soviético bajo los pretextos más nimios.[1] Los vagones con los distintivos colores rojo y crema que traqueteaban por los imponentes viaductos de Berlín estaban bajo el control único de las autoridades soviéticas, y eran comunistas de Berlín Este los que formaban a los conductores y mantenían el suministro eléctrico del sistema. Las estaciones, hasta en los sectores occidentales, eran

como avatares del régimen comunista. Los únicos periódicos que estaban a la venta en los quioscos eran socialistas, y los guardias que patrullaban la red eran también berlineses del Este. Para los berlineses occidentales que viajaban de casa al trabajo, o para los que lo hacían para ver a familiares y amigos, esta extraña situación —después de los años de hambre y muerte precedentes— era simplemente otra cosa más que observar con escepticismo. Este desordenado estado de cosas, en el que los berlineses podían pasar de un universo ideológico al otro y viceversa sin ni siquiera darse cuenta, inevitablemente, no iba a durar. Dentro de la red ferroviaria principal, los soviéticos ya habían empezado a establecer líneas circulares para que los trenes procedentes del este no tuvieran necesidad de pasar por las zonas norteamericana y británica antes de salir de la ciudad. El transporte por carretera empezó a parecer una especie de sistema nervioso de la ciudad, cuyas chispas de tensión causaban dolorosas descargas. Johann Burianek, conductor de camión, fue arrestado por las autoridades comunistas bajo la acusación de utilizar su trabajo, para el que tenía que cruzar constantemente las líneas fronterizas, como tapadera para ejercer el espionaje. Un tribunal de Berlín Este le declaró culpable de actividades terroristas. Fue guillotinado.[2]

En el verano de 1952, cada vez más y más «puestos de rifles y ametralladoras»[3] empezaron a aparecer por las áreas más limítrofes de Berlín: solares dejados por los bombardeos, parques públicos, arboledas. En los barrios de la periferia, en las avenidas más anchas y en los páramos de las afueras, «se cavaban trincheras, se construían barricadas».[4] Las autoridades comunistas de Walter Ulbricht se empeñaron en hacer que el movimiento de entrada y salida de su sector resultara cada vez más difícil e intimidante. En el aire se escuchaba a veces el castañeteo de las ametralladoras; se produjeron algunos incidentes aislados de militares rusos que amenazaban con apuntar a vehículos militares estadounidenses que consideraban demasiado cercanos a su perímetro. El estado de enojo era permanente; los periódicos de ambos lados estaban llenos de denuncias oficiales y utilizaban una retórica iracunda. Mientras,

en los frondosos bosques de la ciudad, la actividad militar era incesante. Los árboles se talaban por filas enteras, para abrir claros que se correspondieran con las fronteras dibujadas en el mapa; el propósito no era solamente monitorizar a los que caminaban por los bosques, sino dejar las líneas despejadas para que los guardias soviéticos pudieran apuntar y abrir fuego; tenía que haber razones muy justificadas para que cualquier caminante pudiera cruzar estas líneas. En 1952, los funcionarios de Ulbricht introdujeron un sistema intensificado de identificación para los residentes de la zona Este; los que estaban fuera necesitaban un nuevo permiso que con frecuencia era difícil obtener. El bloqueo en realidad no había terminado, simplemente se había reducido. En este momento, el esfuerzo de los soviéticos se centraba en algo más sutil, establecer cierres más herméticos para su territorio, sin suscitar una confrontación armada con los estadounidenses y los británicos. Durante aquel mismo verano de 1952, las autoridades soviéticas cortaron las conexiones telefónicas entre el este y el oeste; esto afectó igualmente a casas y a negocios. Las llamadas telefónicas, anunciaron, se habían utilizado para comunicar «información antidemocrática», hasta el punto de provocar la «justificada indignación» de los ciudadanos del Este.[5] La intención, en un sentido más amplio, era aumentar la sensación de aislamiento y vulnerabilidad de los berlineses occidentales; ¿qué tal se vivía en su isla sin poder llamar por teléfono a sus familiares y amigos del otro lado de la ciudad? Pero a la vez hizo que esos mismos berlineses confiaran cada vez menos en los soviéticos; la mano dura con la que ejercían el poder les recordaba a un tipo de totalitarismo que ya habían conocido antes. Las autoridades estadounidenses y británicas tomaron algunas medidas en represalia, actuando en colaboración con el alcalde Reuter. La primera, a través de la radio: otra de las anomalías del acuerdo de Potsdam era que la gran emisora que quedaba en el sector británico era operada y programada por los soviéticos. Durante unos pocos días del verano de 1952, se llevó a cabo un asedio de baja intensidad; soldados británicos, junto con funcionarios y policías de Berlín Occidental, rodearon el edificio para asegurarse de que nadie

pudiera entrar. Los que estaban dentro eran libres de salir si querían, pero muchos prefirieron no hacerlo.

Este asedio performativo tuvo sus momentos chuscos. En el edificio podía entrar comida y bebida, los suministros de agua y electricidad se mantuvieron (pese a que las autoridades comunistas afirmaran lo contrario) y lo más importante de la programación radiofónica —incluidas las conferencias sobre métodos agrícolas avanzados y sobre el futuro de la industria— continuó emitiéndose. Pero también había otros programas más escapistas, entre ellos, transmisiones en directo de éxitos de la música clásica alemana. En Berlín Occidental circuló el rumor de que se había visto a los trombonistas abandonando el edificio de la emisora, a lo que se respondió con entusiastas interpretaciones de trombón para demostrar que no era cierto.[6]

También hubo otros momentos curiosos en los que la precaria paz de Berlín se vio amenazada: uno de ellos sucedió en una pequeña comunidad del extremo noroeste de las afueras llamada Eiskeller («sótano de hielo», llamada así porque, en los crudos inviernos berlineses, esta área diminuta llegaba a estar a diez grados por debajo de la temperatura en el resto de la ciudad). Aunque semirrural, con sus delgados árboles temblando bajo el viento helador, quedaba dentro del sector británico, formando parte de una zona llamada «la sartén», en la que Eiskeller era el recipiente de freír y la ruta que la unía con la ciudad, el mango.[7] También quedaba cerca de la prisión de Spandau, donde Albert Speer y otros destacados nazis cumplían sus condenas. El reducido número de ciudadanos de Eiskeller se sintió profundamente consternado cuando, por la misma época en que se efectúo el asedio menor de la emisora de radio, las autoridades militares soviéticas comenzaron a cavar trincheras directamente en el camino que daba acceso a la ciudad. Desde el punto de vista soviético, esta era un zona que quedaba dentro del campo de Alemania del Este; los residentes, en cambio, se consideraban berlineses occidentales a ultranza. Las fuerzas británicas y la policía de Berlín Occidental no pudieron hacer otra cosa que tomar posiciones en aquella desolada y poco

transitada calzada. Los residentes de Eiskeller eran hostigados por los militares soviéticos y la policía de Alemania del Este en cada desplazamiento que hacían. Cuando la crisis de la emisora de radio empezó a aminorar —las autoridades británicas permitieron de nuevo a los comunistas entrar en el edificio, si bien a partir de entonces con pases especiales—, la presión sobre Eiskeller también empezó a bajar de intensidad y los guardias de las trincheras a relajarse visiblemente.

Había habido un momento de crisis similar en otro pueblo, esta vez en el borde de Zehlendorf, en el extremo sudoeste de la ciudad. La aldea de Steinstücken apenas contaba con ciento cincuenta habitantes y, por alguna anomalía ocurrida cuando se dibujaron estas fronteras, también había pasado a formar parte de Berlín Occidental, al que solo quedaba unida por el pasillo de tierra más estrecho que cabe imaginar. La policía de Alemania Oriental se había apropiado de ella en 1951; una vez más, para gran consternación de sus habitantes. Los comunistas se habían retirado después, pero, al igual que en el caso de Eiskeller, a partir de entonces la vigilancia sobre la única ruta a Berlín Occidental fue continua. Para las autoridades estadounidenses, la pequeña aldea era una sinécdoque; llegó incluso a llamar la atención del secretario de Estado de Estados Unidos, Dean Acheson, durante una visita que hizo a Berlín Occidental aquel verano. Cualquier ataque sobre Berlín, declaró, será considerado como un ataque contra las potencias occidentales en general. Los estadounidenses estaban en Berlín «por razones de derecho y de deber» y se quedarían allí «hasta que la libertad esté asegurada».[8]

Pero la República Democrática Alemana de Walter Ulbricht continuó apretando las tuercas en el oeste, a veces sutilmente y otras con toda crudeza. En el sector francés, un viejo cementerio a través del que se suponía que pasaba la línea fronteriza entre el este y el oeste fue invadido por guardas de Berlín Oriental, los cuales no se preocuparon ni tuvieron en cuenta el disgusto que esto causaría a los familiares que tenían allí enterrados a sus muertos. En otros lugares, se emitió un nuevo edicto: cualquier berlinés occidental que

tuviera propiedades o negocios en el este de la ciudad dejaría a partir de entonces de recibir las autorizaciones que les permitían viajar y trabajar en esta zona, a menos que aceptaran mudarse allí con carácter permanente y vivir bajo el Gobierno comunista. Nada daba a entender que la decisión de hacerlo así comportara algún tipo de compensación. Los trabajadores de a pie también fueron objeto de presiones similares: veinticinco berlineses occidentales, en puestos auxiliares de la S-Bahn, fueron despedidos sin previo aviso, ofreciéndoseles a continuación la posibilidad de volver a sus puestos de trabajo si ellos y sus familias se mudaban a vivir al Este. Aunque entonces aún no existían barreras físicas, los comunistas estaban creando algo similar a un campo de fuerza invisible. En las carreteras de Berlín, tanto los conductores como los peatones del Oeste encontraron nuevas rutas para sortear el sector Este; las zonas fronterizas empezaban a resultar de difícil acceso. La presión ejercida por Ulbricht pretendía contrarrestar la amenaza del «imperialismo occidental».[9] Sin embargo, para los residentes de Berlín, la vida no era tan simple como la agria retórica binaria.

Las autoridades comunistas de Berlín Oriental eran sinceras en su deseo de proporcionar nuevos hogares. Antes incluso de que la ciudad quedara tan devastada por los aliados, las viviendas para las clases trabajadoras ya se encontraban a menudo en condiciones alarmantes. Los «barracones de alquiler» —sombríos bloques de pisos con sus laberínticos patios retranqueados y oscuros— muchas veces no tenían ni agua corriente, desde antes incluso de la guerra.[10] No se podía volver a aquello. Walter Ulbricht fue muy criticado (más adelante, incluso por arquitectos de la República Democrática Alemana) porque su planificación del nuevo Berlín rechazaba el deslumbrante modernismo que había hecho famosa a la ciudad apenas una generación antes. Se negó a utilizar cualquier idea de reconstrucción que tuviera que ver con el «estilo Bauhaus»,[11] cuyo resultado, sostenía, eran «cajas americanas» y «barracones hitlerianos».[12] Él quería algo más de *heimat*, el sentimiento de la

patria y la herencia alemana. Los primeros exponentes —bloques extrañamente formales al estilo conocido como «clasicismo soviético»— eran estéticamente planos,[13] e incluso los edificios de apartamentos más baratos, un poco más lejanos, parecían simples ángulos rectos grises, carentes de cualquier elemento distintivo. Pese a todo, también representaban una flamante y nueva vida. Muchos de los berlineses que se mudaron a vivir en ellos jamás habían conocido tantas comodidades. Había cocinas con electrodomésticos que funcionaban, agua corriente (aunque no siempre caliente), habitaciones limpias y modernas con alfombras nuevas y mobiliario sencillo. Y encarnaban también una promesa de igualdad: los pisos se asignaban según la necesidad. Es posible que estas nuevas construcciones causaran un escalofrío artístico en algunos ciudadanos del oeste de la ciudad; y la crónica falta de dinero y mano de obra de la RDA hacía que estas casas tuvieran que construirse con los medios más baratos posibles, a veces, incluso prefabricarse; pero tras los años de guerra y violencia, y la era de intensa pobreza que vino después, estas casas inspiraban una sensación de futuro en muchos de los berlineses de más edad, que hasta entonces nunca había parecido posible. Ulbricht instituyó una «Plan Quinquenal para la Reconstrucción Pacífica»[14] mucho antes de que este tipo de pronunciamientos y fraseología empezara a resultar cómica.

El uso de paneles prefabricados de hormigón en Berlín Oriental fue una idea que trascendió las fronteras de la gris ideología comunista, ya que, al mismo tiempo, partes del East End de Londres se estaban reconstruyendo de la misma manera. Fue una nueva era de la planificación urbanística tecnocrática. El nuevo estilo de viviendas en edificios de gran altura puede que pareciera demasiado austero, pero había una curiosa simetría estética entre las diferentes ideologías del comunismo y la socialdemocracia, así como ideas muy similares relacionadas con el uso de los espacios verdes, las instalaciones comunitarias o los parques de juegos para los niños. El brutalismo fue universal, y los bloques de viviendas y pabellones

municipales de los cincuenta y los sesenta restaurados por todo Berlín demuestran que todavía hoy siguen contando con aceptación.

Algunas formas de sustento espiritual también continuaron manteniéndose en toda la ciudad. Para los ciudadanos berlineses de a pie, aquella constituiría una época dorada para la ópera, la música clásica y el ballet. Además de los talentos nacidos en la ciudad, las autoridades de ambos lados se preocupaban de invitar a los mejores intérpretes a actuar en sus teatros. Horst Koegler era entonces un joven productor de ópera y ballet en ciudades de la joven República Democrática Alemana. Aunque había gozado de notable libertad artística a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta (incluida una representación de ópera en la que la *prima donna* salía desnuda de cintura para arriba),[15] la presión política que él y sus compañías tenían que soportar era muy grande, ya que las autoridades les exigían firmar unas «declaraciones de lealtad» escrupulosamente redactadas.[16] Sus colegas le pidieron ayuda, temiendo que dichas declaraciones pudieran ser deliberadamente malinterpretadas y utilizadas luego contra ellos. Koegler actuó por impulso. Viajó a Berlín, tomó un tren de cercanías con destino al oeste de la ciudad y él mismo se entregó a los funcionarios como «un refugiado germano oriental».[17] Esto ocurrió a principios de la década de 1950; fue uno de los primeros en desertar, y a él le seguirían muchos más a lo largo de los años siguientes. Enseguida le asignaron un trabajo en la red del Metro, en la estación del Zoo. Su intuición le guiaría rápidamente hasta las compañías del ballet y la ópera de Berlín, donde pronto haría valiosos amigos y comenzaría a escribir como crítico de ballet para revistas artísticas (una de las cuales, *Monat*, estaba financiada por los norteamericanos). El arte posibilitaba el libre movimiento de los intérpretes entre las distintas zonas; él podía conseguir «acceso como crítico a cualquier sala, incluso en Berlín Este, donde vi varios estrenos de Brecht».[18] A comienzos de la década de 1950, Berlín Occidental recibió la visita del Ballet de Nueva York, así como la de escritores y poetas como W. H. Auden y Truman Capote. Pero al mismo tiempo existía un sentimiento de rivalidad; las autoridades de Berlín Este podían

contar con las más importantes compañías de ballet ruso y bailarines y músicos de toda Europa Central y del Este. El deseo de riqueza cultural era muy intenso. Como comentó Koegler, entonces era «posible volver a conectar con lo que había pasado fuera durante los años de nuestro aislamiento».[19] Más adelante haría amistad con Lotte Lenya, que había emprendido su extraordinaria carrera durante el periodo de Weimar con *Die Dreigroschenoper*, cuya música había compuesto su exmarido Kurt Weill, y que había regresado a Berlín Occidental en 1955 para grabar nuevas versiones de las canciones de Weill. En el este de la ciudad, el antiguo colaborador de Lenya, Bertolt Brecht, con su esposa, Helene Weigel, estaba asesorando fríamente al cada vez más claramente estalinista Gobierno de Ulbricht y a su primer ministro marioneta Otto Grotewohl. Pero esto no afectó mucho al trabajo de su compañía teatral, la Berliner Ensemble. El constante objetivo de Brecht era, como él mismo dijo, «sacar el máximo rendimiento a todos los medios, viejos y nuevos [...] a fin de poner una realidad viva en las manos de personas vivas para que puedan manejarla».[20] Sin embargo, las dialécticas del teatro eran constructos muy débiles comparados con la realidad viva de los trabajadores manuales de Berlín Oriental.

A principios de la década de 1950, el liderazgo de Walter Ulbricht se había ido endureciendo; las empresas privadas eran perseguidas, los propietarios de tierras, acosados desde sus explotaciones agrícolas. El número de agricultores y empresarios que decidieron que solo podrían sobrevivir en el oeste de Alemania fue aumentando cada vez más. Esto iba a su vez dejando grandes agujeros en la economía de Berlín y, fuera de la ciudad, condujo a que en 1952 la cosecha fuera muy pobre en las granjas colectivas. En 1953, los trabajadores de Berlín Oriental se encontraron ante una rápida subida de los precios, y las estanterías de las tiendas cada vez más vacías. Incluso surgieron dificultades con el suministro eléctrico, que empezó a sufrir interrupciones. La sensación era que el avance de todo se iba ralentizando e incluso empezaba a ir hacia atrás. Estos mismos berlineses del Este eran conscientes de que, en el sector norteamericano, no había escasez; que los que trabajaban en las

fábricas de allí disfrutaban de mejores salarios y de un número de horas extra razonable (el Gobierno de Ulbricht no podía permitirse costear esto). De modo que las tensiones no solo afectaban a las necesidades, sino también a la desigualdad y, con la muerte de Stalin en marzo de 1953, se abrió un periodo de gran incertidumbre política. El creciente magma de la indignación pública se hizo evidente por primera vez en la Stalinallee de Berlín Oriental, en junio de 1953. Se trataba de un gran bulevar, de dos kilómetros y medio de largo, el máximo exponente de la reconstrucción comunista, con unos edificios construidos según el estilo clásico soviético —un extenso panorama de «palacios para trabajadores» destinado a demostrar a Occidente que el socialismo proporcionaba una vida de lujo a sus ciudadanos.[21] El edificio de pisos Weberwiese, una elegante estructura oblonga, no solo presumía de una moderna fachada de piedra y azulejos en tonos pálidos, sino de interiores que incluían suelos de parqué y calefacción central. El hecho de que fueran los que trabajaban para el partido a los que, por lo general, se les asignaran viviendas en Stalinallee no desmerecía su función de exponentes supremos de la superioridad moral del comunismo. «Tan alto como el cielo, brillante como el hermoso sol / seguiremos construyendo mientras funcionen las grúas torre!», decía la letra del «Vals de la reconstrucción», una melodía que sonaba con frecuencia en la radio de Berlín Oriental.[22] El bulevar también destacaba por sus tiendas y restaurantes. Pero todo esto solamente se podía conseguir a aquella velocidad aumentando la carga de trabajo en las obras, y fueron los trabajadores de la construcción de Stalinallee los que el 16 de junio de 1953 se levantaron en rebelión. Todo comenzó cuando los albañiles que trabajaban en el Bloque 40 del bulevar soltaron sus herramientas y se marcharon. A ellos se sumaron luego otros, y en poco tiempo, una multitud de dos mil trabajadores aumentó hasta los diez mil. Aquello tenía algo del descontento característico de la era de Weimar y de la propensión de los berlineses a tomar rápidamente las calles para manifestar su indignación.

Las protestas se extendieron enseguida por toda la RDA; estallaron manifestaciones en Dresde, Leipzig y otras ciudades. Berlín Oriental constituía un punto especialmente sensible para las autoridades soviéticas de Moscú. Cuando las multitudes llegaron a los edificios gubernamentales, Walter Ulbricht pareció transfigurado, o paralizado, por el desarrollo de los acontecimientos, y su policía secreta —la recién formada Stasi— se infiltró entre los manifestantes para identificar a los principales activistas. Es muy posible que creyera que aquellas manifestaciones ilegales habían sido instigadas por «agentes fascistas» del sector estadounidense de la ciudad; saboteadores de derechas cuyo deseo no solo era que el socialismo fracasara, sino dar completamente al traste con las aspiraciones soviéticas de una Alemania unificada.[23] La emisora de radio estadounidense, por ejemplo, informó de que las multitudes no paraban de crecer y esto a su vez pareció animar a un número cada vez mayor de berlineses a sumarse. Se hicieron algunos llamamientos a celebrar elecciones libres. Hasta los jefes soviéticos de Ulbrich estaban descontentos con la extremada transformación de la sociedad de Alemania del Este. Para la noche del 16 de junio de 1953, parecía que Ulbricht había cedido en el tema de las cada vez mayores cuotas de trabajo, pero la indignación no amainó tan fácilmente, y al día siguiente toda la República Democrática Alemana estaba alborotada. El 17 de junio, las fuerzas soviéticas llegaron a temer seriamente perder su sector de la ciudad; con las primeras luces del alba, los manifestantes se movilizaron con rapidez y los servicios de seguridad y la policía de la ciudad parecían inermes ante ellos. Poco antes de las 10 de la mañana, en el Palacio Ministerial, un grupo de manifestantes consiguieron atravesar el control de seguridad. Se empezaron a quemar carteles y panfletos del Partido Comunista. Las rachas de aire levantaban pequeños tornados de octavillas en llamas. Cuando los funcionarios al frente de los edificios municipales imploraron en vano a la multitud que se dispersara, el grupo disidente ya había logrado poner de relieve una inesperada fragilidad; Ulbricht ya había sido rápidamente trasladado a las afueras de la ciudad. La humillación de la policía del régimen y de

los servicios secretos de seguridad fue notable. Y los soviéticos no podían permitirlo por más tiempo. Se movilizó a las fuerzas militares de la ciudad y se declaró la ley marcial.

Los tanques del Ejército Rojo estaban de nuevo en las calles, y en un número intimidante; Stalinallee era convenientemente ancha. El rugido de las metralletas volvió a oírse de nuevo. «Estaban viniendo los rusos —recordaba Horst Kreeter, por entonces un joven dependiente de gasolinera—. La multitud empezó a gritar [...]. Nosotros lanzábamos piedras a los tanques».[24] Algunos manifestantes fueron aplastados. Herr Kreeter recordaba haber oído que «alguien había muerto en la plaza Marx-Engels».[25] Al final, los tanques se impusieron a la multitud, y la revitalizada Stasi y sus colaboradores empezaron a movilizarse con la máxima diligencia entre cabecillas y espectadores por igual. Hubo unos quince mil arrestos y centenares de heridas sangrantes y extremidades rotas. Unas cuarenta personas murieron a tiros, algunas de las cuales eran funcionarios de los propios servicios de seguridad del Estado que se habían negado a actuar contra los manifestantes. Luego llegaron las ejecuciones instantáneas tras enfebrecidos juicios rápidos. Los berlineses, acostumbrados por tanto tiempo a la represión violenta, no vieron nada nuevo en todo esto; había cierta sensación de que aquella era una venganza patrocinada por el Estado, en cierto modo parecida a la Revolución alemana de solo treinta años antes. En Berlín, y en toda la RDA, el control estatal se vio reafirmado (y, a partir de entonces, constantemente intensificado; amanecía la era de las máquinas abrecartas y la vigilancia masiva).

Pese a todo, las protestas no habían sido infructuosas. En medio de toda aquella crueldad, se hicieron concesiones, primero en relación con las controvertidas cuotas de trabajo y, segundo, respecto a los estrictos controles del movimiento entre este y oeste. Las autoridades soviéticas tenían a Walter Ulbricht bajo presión; mientras que él había avanzado velozmente hacia el totalitarismo comunista, el enfoque postestalinista abogaba por ser más sutil y menos abiertamente beligerante. No obstante, días después, Ulbricht

y sus colegas se dispusieron a analizar las raíces de la crisis, y finalmente concluyeron que:

> El enemigo […] introdujo sus columnas de gánsteres, armados con pistolas y botes de gasolina, al otro lado de la frontera sectorial. Su trabajo consistía en hacer que los trabajadores de la construcción dejaran sus herramientas y engañarles con eslóganes incendiarios para que hicieran una manifestación contra el Gobierno. Los incendios provocados, saqueos y disparos darían a la manifestación el aspecto de un levantamiento […]. La escoria fascista que había entrado furtivamente desde Berlín Occidental, y que era dirigida desde allí, organizó ataques a almacenes de alimentos, dormitorios escolares, sedes de clubs y tiendas […] así era como iba a establecer un régimen fascista [en la RDA].[26]

Para Bertolt Brecht, que, pese a su pensamiento leninista, siempre había sido consciente de la defectuosa realidad del comunismo, el levantamiento inspiró un poema satírico que ha venido citándose a menudo en tono humorístico hasta hoy. No obstante, tras él se oculta un genuino rictus de angustia. Partiendo de la amarga y solo ligeramente absurda premisa de que un funcionario del Sindicato de Escritores había publicado un panfleto en el que se decía que los trabajadores habían perdido «la confianza del Gobierno» al rechazar sus cuotas de trabajo, Brecht escribió: «¿No sería en tal caso más sencillo / para el Gobierno / disolver al pueblo / y elegir otro?».[27]

Sin embargo, esta renovada obstinación berlinesa tuvo repercusión más allá de la ciudad; en cierto sentido, Ulbricht tenía razón en su paranoia. Aunque los norteamericanos no habían desencadenado la crisis, en realidad era verdad que desde la Casa Blanca habían seguido el curso de los acontecimientos con la atenta mirada de un ave de presa. Los soviéticos estaban promoviendo un programa de «moderación» en Berlín Este y en la RDA —incluso hasta el punto de permitir la permanencia de algunos elementos «burgueses»—, y esto se debía a su continuado deseo de ver Alemania unificada.[28] En cambio, los estadounidenses —y Konrad Adenauer, el primer canciller de la nueva República Federal de Alemania— no deseaban tal cosa. Las naciones de la Europa Central y del Este eran en ese momento satélites soviéticos, y resultaba perfectamente posible que se ganaran corazones y voluntades más hacia el oeste. Por tanto, era mejor mantener no solamente la

división, sino también una demarcación ideológica muy visible. Para Estados Unidos, y la económicamente floreciente Alemania Occidental, una nación unificada podía posponerse de forma indefinida. De este modo es como, accidentalmente, la línea de la frontera interalemana dio lugar a un equilibrio geopolítico precario y tenso. Una frontera que por semanas iría cerrándose cada vez más, en especial la del lado soviético. Pero Berlín —pese al profundo abismo entre vidas e ideas que se había abierto en su mitad— siguió siendo una ciudad. Y los americanos —completamente al contrario de lo que se había hecho con el bloqueo de cinco años antes— se instalaron en la idea de mantener el descontento con Walter Ulbricht y la agitación dentro del Partido Socialista Unificado de Alemania. Para ello, empezarían por repartir paquetes de alimentos.

La red del tranvía ya estaba biseccionada para entonces; los tranvías paraban en la frontera y se volvían. Pero los berlineses todavía podían viajar al oeste en el S-Bahn. La oferta de donaciones de alimentos se dio a conocer por medio del servicio de radio estadounidense. Lo único que tenían que hacer los berlineses del Este era ir a recogerlos. Dada la escasez inducida por una mala cosecha, y por los excesivamente entusiastas programas de colectivización de Ulbricht, la sensación de necesidad era clara. En todo caso, el número de los que solicitaron esta ayuda alcanzó una cifra extraordinaria. Muchos viajaban desde el campo a Berlín Este para tomar esos trenes y recoger sus paquetes. Se calculó que aproximadamente un 75 por ciento de los berlineses del Este también aceptaron la oferta.[29]

El politburó de Ulbricht envió agitadores especiales —jóvenes del Movimiento de la Juventud Libre Alemana que imprimían un apasionado fervor a sus creencias socialistas— al oeste de la ciudad para «generar inestabilidad» cerca de los centros de distribución, pero con escaso efecto.[30] Los periódicos de Berlín Este echaban chispas; el programa de donaciones estadounidense se denominó Bettelpakete, o «paquetes de los mendigos», y quienes querían hacerse con ellos eran tratados con desprecio.[31] Pero el público de Brecht no prestaba atención a estas cosas. Las exquisiteces

americanas estaban demasiado ricas para renunciar voluntariamente a ellas. Por entonces existía en Estados Unidos un Comité de Estrategia Psicológica dedicado a pensar más ideas, dirigidas a Berlín Este, que no llevaran a los soviéticos al punto de una confrontación armada. Los ciudadanos de esa parte de la ciudad debían recibir «compasión y refugio» pero «no armas».[32] Se consideró la posibilidad de establecer un Día de Luto para conmemorar a los berlineses del Este muertos durante el levantamiento; y aunque los norteamericanos continuaron insistiendo en que ellos no habían participado en fomentar aquella rebelión, su objetivo, a través de la radio y de otros medios de comunicación, era «alimentar la resistencia a la represión comunista».[33] Aparte de esto, estaba el poder del dinero: por aquella época, Estados Unidos comprometió la cantidad de cincuenta millones de dólares (que hoy equivaldrían a unos quinientos millones) para gastarlos directamente en la reconstrucción de Berlín Occidental. La prosperidad que esto supondría, en términos de un empleo pleno y bien remunerado (aquel dinero cundía más entonces, debido a los bajos costes laborales y materiales), resultaría absolutamente obvia para todos los ciudadanos. En el este, entretanto, los operativos de los partidos locales estaban informando a su politburó de lo que habían escuchado decir a los trabajadores. Según algunos empleados habían expresado de forma espontánea, «el Ejército soviético» estaba «bajo la presión de las potencias occidentales» y «las fuerzas de ocupación americanas y británicas pronto entrarían victoriosas en el área».[34] Al parecer, un ciudadano de Berlín Este había dicho: «Ya podemos empezar pronto a aprender inglés».[35]

Hubo quienes hicieron el trayecto de este a oeste como refugiados; otros con recursos económicos suficientes, se fueron al oeste a casa de viejos amigos o socios de negocio. También académicos que cruzaron la ciudad para comenzar una vida completamente nueva en lo que era en realidad el barrio de al lado. Por todo el resto del país, la frontera de Alemania Oriental que atravesaba el campo se vio a partir de entonces jalonada de garitas de guardia, torres de ametralladoras y alambradas de púas. Este

temor no tardaría en convertirse en patológico y en envolver a toda la ciudad.

20
EL ABISMO SE AGRANDA

A veces, cuando miraban la pantalla, los berlineses del Este veían titilar unas figuras fantasmales, hablando imperceptiblemente. En los primeros tiempos de la televisión en la República Democrática Alemana (los aparatos se extendieron casi tan rápidamente como en el lado occidental), los programas en Berlín Este se veían distorsionados por retazos de imágenes prohibidas procedentes del otro lado de la ciudad; distintas obras dramáticas y documentales que «se colaban»: vidas paralelas, que resultaba familiares y, al mismo tiempo, cada vez más lejanas. Los berlineses de la RDA se fueron acostumbrando a la desagradable sensación de saber que había noticias que no oían, verdades que no les contaban. Para 1956, la Guerra Fría había generado nuevas turbulencias y derramamiento de sangre (en Hungría hubo un levantamiento, con derribo de estatua incluido, que hizo que el mariscal Zhukov —entonces ministro de Defensa soviético— ordenara a los tanques soviéticos tomar posiciones estratégicas por todo Budapest, en medio de una violenta campaña para aplastar la revuelta e instaurar un nuevo Gobierno), que a su vez generaría un ambiente distinto en Berlín: similar al de un extraño salón de los espejos. Había engaño y conspiración. Se convirtió en un floreciente, animado centro de espionaje, un inmenso tablero de ajedrez para las superpotencias; aquí, donde la frontera todavía era más una fina membrana que una barrera, los agentes se movían por ambos lados, con frecuencia desempeñando misiones profundamente complejas. Tanto la CIA como la KGB tenían allí sus oficinas y agentes, y el territorio era propicio para ello. «Berlín era el circuito central de las

comunicaciones del este de Europa», afirmó el autor de un informe confidencial de la Agencia Nacional de Seguridad en Estados Unidos. [1] A mediados de la década de 1950, esta red era el trofeo buscado por la CIA y el MI6 y, a mediados de la década de 1950, un túnel ultrasecreto e ingeniosamente construido de casi medio kilómetro, repleto de equipos especializados de interceptación de comunicaciones y de personas dedicadas a realizar estas escuchas secretas, discurría junto a los viejos huesos de un cementerio del sur de la ciudad que, partiendo del oeste hacia el este, permitía acceder a los intercambios telefónicos comunistas. El mundo de los espejos llegaba incluso allí: uno de los agentes británicos más veteranos que participó en la planificación del túnel fue George Blake, un agente doble soviético que fue comunicando fielmente sus informes de inteligencia a sus superiores incluso mientras el túnel estaba siendo excavado. Los soviéticos dejaron continuar la operación, principalmente para proteger a su valioso activo: si hubieran «descubierto» el túnel demasiado pronto, Blake podría haber sido identificado como el topo. A principios de 1956, momento para el cual Blake ya había sido transferido por el MI6 a Oriente Medio, los soviéticos consideraron seguro descubrir «accidentalmente» la operación Oro. Empezaron a cavar desde su extremo este. La prensa fue invitada a entrar en la caverna y contemplar de cerca la típica perfidia estadounidense, que los norteamericanos no negaron. La extraordinaria historia cautivó a los periódicos del mundo entero: una metonimia de una guerra fría que estaba empezando a librarse bajo la superficie de la vida cotidiana de Berlín, no con pistolas y bombas, sino con malicia y traición, y todo por hacerse con el trofeo de conquistar las almas de las personas que habitaban en la superficie.

Para disgusto de los soviéticos, un número cada vez mayor de esas almas pugnaban por desasirse. Todas las semanas salían titulares en la prensa occidental sobre berlineses del Este, a veces en un número de varios miles al día, que cruzaban la ciudad para solicitar asilo. Entre ellos se contaban destacados funcionarios del Gobierno de Alemania Oriental, científicos y expertos ingenieros. En

un intento por detener el flujo y defender esta nueva sociedad comunista, se hicieron astutos llamamientos directos invocando el pasado radical de la ciudad, de una era prenazi en la que los trabajadores y trabajadoras se unieron para crear su nuevo mundo socialista. En Berlín Occidental, en cambio, las armas de persuasión empleadas eran la actividad comercial, el esplendor de la juventud y las asombrosas innovaciones de las comodidades materiales de la posguerra. Además de estar en el centro de una batalla de espionaje secreta, Berlín era un territorio en el que también se producían luchas culturales de carácter más general.

Las estatuas ya habían desaparecido hacía tiempo; Federico el Grande había sido bajado de su imponente pedestal en Unter den Linden en los primeros días del régimen de Berlín Oriental (aunque no se le destruiría por completo). Para Walter Ulbricht, había monumentos y edificios que proyectaban unas sombras demasiado oscuras sobre el pasado. No se trataba solamente de hacer desaparecer cualquier rastro o retazo del régimen nazi. Había otros lugares de referencia que se consideraban símbolos de un pasado opresivo. El gran Berliner Schloss, en su día el palacio de la dinastía Hohenzollern, una gran parte del cual había quedado en ruinas tras los bombardeos y la batalla de 1945, había sido en un principio rehabilitado por los comunistas con el carácter de galería temporal para exposiciones de arte realista soviético. Llegado 1950, a Ulbricht le resultó intolerable y ordenó su demolición. La ciudad tenía que ser despojada de su «pasado militar».[2] (Muchos años más tarde, en 1976, ocuparía su lugar otro edificio, el Palacio de la República, un recinto de cristal y cemento dotado de salones de conferencias, auditorios para conciertos y un teatro. Cuando la marea de la historia volvió a cambiar, y llegó el turno de su destrucción, muchos antiguos berlineses del Este, que se habían encariñado profundamente con él, se sintieron muy contrariados).

Pero había otros tótems que por el contrario merecían celebrarse. A principios de 1956, unos cien mil berlineses del Este se

congregaron (o más bien les convencieron y presionaron para hacerlo) para participar en un día entero de desfiles y marchas en conmemoración del trigésimo séptimo aniversario del asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, los revolucionarios espartaquistas de Berlín. El evento tuvo lugar en torno al cementerio oriental de Friedrichsfelde, donde Liebknecht y Luxemburg estaban enterrados (Ludwig Mies van der Rohe había creado un monumento conmemorativo modernista coronado con una estrella y una hoz y un martillo soviéticos de grandes dimensiones, que los nazis habían destruido enseguida, y en aquel momento se estaba llevando a cabo otra restauración). Aunque los alemanes del Este querían acabar con «la superstición de la religión», no tenían reparos en invocar los espíritus de socialistas muertos para sugerir que el presente comunista de Berlín se hallaba firmemente arraigado en su pasado radical.[3] Entre los miles de personas que desfilaron estaban los Grupos de Lucha de las Fábricas (agrupaciones paramilitares) y la Organización para el Deporte y las Tecnologías (una agrupación paramilitar para adolescentes).[4] Uno de los lemas del día era «Contra el militarismo y las políticas agresivas de la OTAN».[5] También había llamadas a la formación de un ejército germano oriental cuya función sería «proteger los logros socialistas».[6] La paranoia se iba agudizando.

En parte, esto estaba relacionado con el contagio de la nueva cultura juvenil. Los adolescentes de Berlín habían nacido en una ciudad envuelta en la oscuridad de la guerra. En 1956, los jóvenes anhelaban la vida que veían en las revistas y que podían oír vibrar a través de sus aparatos de radio. Si antes había existido el temor, tanto entre los padres de estos jóvenes como entre las potencias ocupantes, de que la nueva y joven generación llevara dentro de sí las semillas de un nazismo regenerado, este cedió ligeramente ante el de un bastante más uniforme entusiasmo occidental. Tanto en el Berlín Oeste como en el Berlín Este, la música de Elvis Presley —que había cumplido brevemente su servicio militar en Alemania, con el Ejército de Estados Unidos— arrasaba como un relámpago. Sus canciones sonaban en el club nocturno Hothouse de Berlín

Occidental, donde se veía a mujeres jóvenes beber Coca-Cola y bailar, incluso unas con otras. Tanto en estas mujeres como en los muchachos que esperaban bailar con ellas, se observaban «movimientos vulgares y eróticamente explícitos».[7] Entretanto, el tema «Rock Around the Clock», de Bill Haley, también dio lugar a «exhibiciones públicas del impulso sexual», así como a brotes de delincuencia.[8] En este aspecto, parece que las personas de más edad que constituían la autoridad, tanto en Berlín Oriental como en Berlín Occidental, estaban de acuerdo. Este nuevo fenómeno les resultaba aberrante en muchos sentidos. Era aún peor que la moda que había hecho furor durante la guerra, la de los *swing heinis*, jóvenes que se vestían transgresoramente a lo dandi para escuchar jazz. La aparición del rock 'n' roll se vio como una amenaza racializada, incluso dentro de los círculos más progresistas. La revista germano-occidental *Bravo* —centrada en las últimas novedades en películas y programas de televisión y que debutó en 1956 con una portada de Marilyn Monroe— se hizo eco del shock causado por «voluptuosas canciones de negros».[9] *Der Spiegel* declaró que Elvis era la causa y «el síntoma de erupciones eróticas colectivas».[10] Otras publicaciones comentaron su aspecto y sus movimientos en el escenario en términos racializados. Así como el antisemitismo no podía borrarse de Alemania en un instante, otros prejuicios raciales también demostraron ser resistentes a desaparecer. Una población entera había sido enseñada —y reafirmada— en que la suya era la raza superior, intelectual y estéticamente. El supuesto se había transmitido como un legado, de forma bastante inconsciente, y permanecido ahí (como cabría recordar que había ocurrido también con otros supuestos similares en muchas partes de Estados Unidos y países de Europa). En Alemania Oriental también había revistas juveniles; en ellas, se censuraba que las mujeres jóvenes se mostraran abiertamente sexuales en los clubes nocturnos. Se suponía que el socialismo traía consigo la igualdad de sexos, pero no el espectáculo de chicas vestidas con atuendos masculinos —«pantalones ajustados y chaquetas cortas»—.[11] El rock n' roll era fundamentalmente

extranjero, y arrasaba la ciudad imparable, de forma ineludible. Para las autoridades de Berlín Este era *unkultur*.[12] No podían evitar que sus propios jóvenes cruzaran la ciudad para pasar las noches en «Boogie clubs»,[13] ni que dedicaran los sábados a mirar los lujosos escaparates de las tiendas de Berlín Occidental, donde se exponían todas las últimas tendencias de moda dirigidas a los jóvenes. (Ni siquiera los más jóvenes de Berlín Oriental era inmunes a la cultura norteamericana: Elke Rosin, que entonces tenía diez años de edad, recordaba cómo «había aprendido a ser contrabandista desde muy pronto», llevando las «revistas de Mickey Mouse» a su casa, en la línea fronteriza de Bernauer Strasse).[14]

Pero las autoridades de Berlín Occidental eran conscientes de una amenaza adicional: la forma en que esta cultura popular parecía desatar una irreflexiva agresividad en los *halbstarke* —literalmente, «medio fuertes»—, delincuentes adolescentes de clase trabajadora.[15] Había peleas en los cines y a las puertas de los clubes. Berlín no fue la única ciudad en experimentar esta subcultura adolescente violenta y rebelde. Aunque ya existía antes de la llegada del rock 'n' roll, esta nueva música pareció despertar una mayor sensibilidad aquí: una vulgaridad nauseabunda, frívola, que contrastaba terriblemente con la sombra de la culpa nacional, y que también parecía amenazar la herencia cultural alemana. Algunos críticos de jazz serios trataron en aquel momento de diferenciar a sus intérpretes, más distinguidos y refinados, de los chicos y chicas que iban a los conciertos a bailar con un estilo enloquecido y anárquico que llevó a algunos comentaristas de Berlín a sugerir que estaban poseídos. La ciudad ya había conocido antes subculturas sexualizadas, pero lo que tal vez hacía que este nuevo brote resultara más inquietante para todos sus ciudadanos era el hecho de que había sido provocado —o impuesto— desde el exterior. No era alemán, ni europeo, sino estadounidense. Era la cultura de una fuerza ocupante.

Lo que las autoridades de Alemania Oriental no podían soportar era que fuera precisamente a este mundo, americanizado hasta el extremo, donde muchos de sus jóvenes estuvieran huyendo. Incluso

los periódicos comunistas admitían que «prestigiosos científicos y trabajadores especializados» habían sido seducidos por «capitalistas del monopolio americano y sus agentes alemanes».[16] Algunas fugas del este al oeste fueron muy sonadas: el actor Horst Rienitz, que había llegado a ser más conocido entre su público de Berlín como popular presentador de radio, cruzó a Berlín Occidental para pedir asilo (y, cabe suponer, mayor libertad artística). A estas figuras se les consideraba traidores. Un panfleto publicado por el Partido Socialista Unificado afirmaba que «tanto desde una perspectiva moral como en términos del interés de toda la nación alemana, abandonar la RDA es un acto de involución y depravación política y moral».[17] Estaban «abandonando una tierra de progreso» por un territorio «obsoleto, atrasado»[18] y proclive a viejos pecados: en este punto se hacía mención a los *junkers* y al militarismo.[19] Y, peor aún, las consecuencias para los que dejaban atrás podían ser terribles. Un ingeniero químico llamado Max Held fue condenado a muerte por un tribunal de Berlín Este por ayudar a un amigo en su huida al Oeste.[20] Eva Helm, una mecanógrafa de la misma empresa, fue acusada de estar implicada en la trama: a ella le condenaron a trabajos forzados de por vida.[21] Heinz Griese, un funcionario de Hacienda, fue otro de los que cruzó la frontera. A medida que estas humillantes fugas continuaban, las autoridades se fueron volviendo más vengativas. En 1955 Elli Barczatis, secretaria del antiguo líder de Alemania del Este, Otto Grotewohl, fue arrestada y sentenciada a muerte por «espiar para Occidente».[22] Llevaba varios años siendo investigada por la Stasi. Su amante, Karl Laurenz, era periodista y traductor, y tenía contactos en Estados Unidos, y esto hizo que la consideraran sospechosa de filtrar documentos. Finalmente, incluso después de pasar por los rigores del intenso interrogatorio de la Stasi, no encontraron nada definitivo que apuntara a su culpabilidad, pero su caso —y el de su amante— fue juzgado a puerta cerrada, sin que pudiera contar con ninguna representación legal. Fue enviada a la guillotina. Su nombre no sería rehabilitado por las autoridades hasta 2006.

En Berlín Occidental tampoco podía tenerse la certidumbre de estar a salvo. Un comunista inspector de la Policía del Pueblo llamado Robert Bialek que había huido allí fue invitado a una fiesta en una casa unos meses después. En la madrugada, el conserje del edificio le vio «inconsciente y delirante [*sic*]».[23] Antes de que el conserje pudiera dar la voz de alarma, Bialek fue rápidamente recogido por un antiguo colega de la Policía del Pueblo y «una mujer sin identificar».[24] Estos le metieron en su coche y le llevaron de vuelta al otro lado de la frontera.

Había unos pocos que huían en dirección contraria; pocos años antes, el periodista británico John Peet, corresponsal de la agencia Reuters en Berlín, dio una conferencia de prensa en el sector soviético en la que anunció que iba a trasladarse allí con carácter permanente, haciendo mención al rearme de la Alemania Occidental y a su creencia en un futuro socialista.[25] Otra llegada que adquirió gran repercusión fue la del físico atómico Klaus Fuchs; mientras trabajaba en el proyecto Manhattan para desarrollar la bomba atómica durante la guerra, Fuchs había proporcionado en secreto información de inteligencia a Rusia. Más tarde sería descubierto y recluido en una cárcel del norte de Inglaterra. Nada más ser puesto en libertad, tras nueve años de internamiento, salió inmediatamente del país en dirección a Berlín Oriental. También se dio un episodio curioso con el campeón del Gran Premio de Automovilismo de Alemania, Manfred von Brauchitsch. Aunque procedía de una prominente familia de militares (su tío había sido el general Walther von Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército alemán durante la guerra), sus principales éxitos los había conseguido en las pistas, durante el periodo de entreguerras. A partir de 1945, su pertenencia al Cuerpo Automovilista Nacional Socialista no auguraba nada bueno para su trayectoria futura, y decidió dedicarse a los negocios. Al parecer tuvo algún contacto con el mundo del espionaje; las autoridades de Alemania Occidental le tuvieron detenido durante algún tiempo en 1955, y cuando fue puesto en libertad bajo fianza, huyó enseguida al Este. Los comunistas hicieron buen uso de este desertor: le nombraron jefe de una nueva organización nacional de

automovilismo deportivo.[26] De este modo se combinaba la velocidad con la destreza tecnológica: aquel era el tipo de modernismo que los berlineses del Este querían mostrar al mundo. A la vez, el hecho de algún modo volvía a hacer presente la inveterada fascinación de la ciudad por la velocidad y la adrenalina que esta traía aparejada.

Pero ni siquiera estos valiosos momentos de afirmación para el régimen servían de nada a la hora de frenar el cada vez mayor número de personas de toda la RDA que viajaban a Berlín y cruzaban la frontera. Una de las razones era el temor al rearme, y a ser reclutados para un nuevo ejército; el trauma de la guerra había calado demasiado hondo en demasiadas personas.[27] Hasta finales de los cincuenta, algunos adolescentes no habían llegado aún a encontrarse por primera vez con sus demacrados y traumatizados padres, cuando por fin fueron liberados de los campos de trabajo soviéticos dedicados a la explotación minera o a la reconstrucción de devastados pueblos y ciudades rusos. Además de esto, existía probablemente una creciente sensación de asfixia debida a la vigilancia. Bajo los nazis, los berlineses habían llegado a acostumbrarse a ejercer un cuidadoso control sobre sus verdaderas opiniones y sentimientos; nadie sabía quién podía ser un informador. De forma similar, los inquilinos de los edificios de apartamentos habían procurado caerles bien a los conserjes y a vigilantes de los bloques de viviendas, ya que cabía la posibilidad de que fueran también agentes del régimen (circunstancia que fue haciéndose aún más frecuente con el tiempo). En aquel momento, en el este de la ciudad, cada vez resultaba más claro que el sistema soviético estaba llevando esta monitorización más lejos aún. El aparato secreto del Estado, la Stasi, constituida en 1950, encontró una nueva y mayor independencia cuando en 1955 se convirtió en un ministerio a todos los efectos, lo que le confería un poder de control y opresión todavía mayor.

Sus agentes —«políticamente fiables», formados con esmero, reclutados a menudo entre los miembros de organizaciones juveniles del Partido Socialista Unificado, y moldeados de un modo

despiadado— eran introducidos, de forma invisible, en entornos industriales de Alemania Oriental y en Berlín Este.[28] Ocupaban puestos de trabajo en todas las fábricas, o como revisores de tren, profesores de escuela, médicos y enfermeras. Dentro de la Stasi no todos eran agentes o informadores, pero cualquiera podía serlo (con los años, llegó a haber 275.000 empleados de la Stasi en Alemania Oriental, y un número desconocido de informadores). Y era esa posibilidad la que tenía el efecto de impedir conversar o pensar con libertad. Incluso los chistes de taberna tenían que contarse en el exterior y en voz baja, lejos de clientes que uno no conocía. Los inquilinos pertenecientes a la Stasi que vivían en grandes complejos de viviendas fijaban su mirada escrutadora en las caras nuevas que iban a visitar a sus vecinos, atentos a cada detalle. Una vez más, aquel era un mundo en el que los berlineses podían ser detenidos, encarcelados y tratados con violencia sin más justificación que el mero capricho de un funcionario; en este sentido, la opresión y el miedo asfixiantes apenas se diferenciaban de los que habían dado comienzo en 1933.

Sin embargo, incluso entonces, había otras razones por las cuales, para 1960, más de doscientos mil berlineses habían llegado hasta esa estrecha grieta del telón de acero para empezar una nueva vida. Había, se decía, «preocupación» por parte de los padres «por sus hijos» y su «educación».[29] Por otro lado estaba el desequilibrio económico cada vez mayor; los berlineses del Este cuyos puestos de trabajo estaban en Berlín Occidental solían tener salarios más altos que sus homólogos que los seguían teniendo en el sector soviético. Con ese dinero adicional, aquellos berlineses tenían la posibilidad de comprar en los grandes almacenes del sector occidental, mucho más abundantemente abastecidos, de los que se traían gran variedad de nuevos productos de consumo, desde ropa a tocadiscos o aparatos de televisión. Esto a su vez conducía a brotes de desigualdad muy visibles en otros edificios de viviendas, por lo demás idénticos, de Berlín Este, que no pasaban desapercibidos a los informadores de la Stasi. Sin embargo, también provocaba el efecto de generar rechazo hacia lo que se describía como «gris y fastidioso» estilo de vida del

sector soviético.[30] (Para entonces, tanto Berlín Este como Berlín Oeste contaban con su propio servicio de transmisión de televisión, entre los cuales las diferencias y la rivalidad eran cada vez mayores; en Berlín Occidental la programación iba más dirigida a un entretenimiento desenfadado, mientras que en Berlín Oriental tenían una serie dramática muy popular titulada *Blue Light* en la que la Policía del Pueblo eran los héroes, que combatían contra los subversivos y los capitalistas, como ladrones de obras de arte. En la RDA también contaban con un verdadero éxito internacional: un programa infantil de marionetas animadas titulado *Unser Sandmännchen*. El protagonista cobraba vida mediante la técnica de animación cuadro a cuadro y se veía inmerso en múltiples aventuras que le llevaban a volar por el mundo entero. Para los padres tenía un valor somnífero, ya que al final de cada episodio había canciones que invitaban a los niños pequeños a dormir. El otro atractivo de la serie era que —con carácter excepcional dentro de la RDA— no parecía cargada de significado ideológico).

El Gobierno de Walter Ulbricht también se enfrentaba a una terca resistencia por parte de muchos berlineses del Este a la hora de mantener las tradiciones y creencias religiosas que habían aprendido de niños y entonces trataban de inculcar a sus hijos. Los padres protestantes o evangélicos se encontraban con que sus hijos estaban en el punto de mira en la escuela, donde profesores y funcionarios del partido trataban de borrar de ellos su incipiente fe, y con ella, también la de los padres. Margot Schorr era una profesora de veintipocos años cuando tuvo un «choque» con los «funcionarios educativos» de la RDA;[31] estos le exigían una total adhesión al marxismo-leninismo, pero ella era «cristiana».[32] Aquello despertaba ecos de un extremado parecido con el régimen anterior, que también había pretendido erradicar por completo el sentimiento religioso; el comunismo, al igual que el fascismo, no podía aceptar otro dios aparte del partido y su jefatura. En 1960, un rebelde berlinés occidental, el obispo Friedrich Karl Otto Dibelius, de la Iglesia evangélica alemana, cruzaba las fronteras interiores de la ciudad para mantener vivas la esperanza y la fe. En décadas anteriores,

había sido un antisemita furibundo que apoyaba la conspiratoria creencia en el desmesurado poder del pueblo judío y, por tanto, su persecución. Tras la guerra, tanto las autoridades soviéticas como las occidentales le habían permitido empezar a unir los pedazos del desmantelado *establishment* de la Iglesia alemana. Pero los soviéticos no tenían aún identificado otro de sus odios más pertinaces: el comunismo. Sus visitas evangelizadoras a Berlín Este y los incendiarios sermones que el obispo Dibelius pronunciaba ante sus fieles generaban una ira cada vez mayor. Al final fue declarado *persona non grata,* pero, entretanto, más familias habían visto que la libertad que ellos querían solo se podía encontrar en el oeste.

Más económicamente perjudicial para Berlín Oriental y la RDA era el creciente número de profesionales e «intelectuales» que estaban abandonando la visión de la unidad socialista. «Médicos, profesores, ingenieros, periodistas y artistas» estaban huyendo del régimen;[33] a principios de 1961 se calculaba que solo en el último año esta cifra de huidos había aumentado en torno a un 32 por ciento. El régimen de Ulbricht ya había reconocido que los niveles de vida en el Este no se correspondían con los del Oeste. Es posible que la creciente deserción de la *intelligentsia* solo tuviera un efecto marginal en la producción industrial de la RDA —ellos no eran los encargados de la innovación en las fábricas—, pero esta declaración tácita de falta de fe en el socialismo causaba dolor. Ulbricht trató de enfocar el problema de la ciudad dividida desde otro ángulo. «Es hora de que los centros de espionaje y las bases del militarismo de Alemania Occidental y órganos militares extranjeros desaparezcan de Berlín Oeste —anunció—. Es hora [...] de que Berlín Occidental establezca unas relaciones contractuales normalizadas con el mundo que le rodea».[34] El mundo que le rodeaba era soviético; se trataba de un último, inútil y vacío llamamiento a que norteamericanos y británicos permitieran que Berlín Occidental se incorporara al comunismo.

El abismo iba haciéndose más profundo día a día. En aquel momento, los ciudadanos de Berlín Este que viajaban cada día al

Oeste a trabajar eran denominados —por su propio Gobierno— *grenzgaenger*, o «cruzafronteras».[35] Lo que en su día había sido considerado natural entonces pasó a considerarse anormal. Pero las personas que cruzaban a diario la frontera no eran el motivo para la sensación de crisis e inestabilidad que se cernía sobre el este. Había una nueva fuerza gravitacional pancontinental: el establecimiento en los últimos años del nuevo Mercado Común en Europa occidental; y, entre los estados que originariamente se habían unido, Alemania Occidental era el miembro más entusiasta y comprometido. Este acontecimiento recibió una fría acogida en Moscú, que nunca había abandonado del todo la esperanza de que Alemania, una vez finalizara el mandato de Konrad Adenauer, pudiera ser convencida para que se volviera más hacia Rusia. Entretanto, la cifra de alemanes del Este que habían viajado a la ciudad para luego establecerse permanentemente al otro lado de la frontera había ido aumentando rápidamente; tanto que se había habilitado un campamento especial para refugiados en Berlín Occidental para tramitar las nuevas llegadas. Algunos desertores muy conocidos causaron profunda vergüenza al régimen de Ulbricht: uno de ellos, que realizó el viaje en su coche con los nueve miembros de su familia dentro, fue un juez del Tribunal Supremo de Alemania Oriental llamado Horst Hetzar. Solo unos días antes que él, el doctor Hans Günther Pfeiffer-Bothner —médico jefe del prestigioso hospital de la Policía del Pueblo— también se había pasado al otro lado de la frontera y estuvo en ese campamento de refugiados. Se estima que desde 1949, el año en el que Alemania fue partida en dos, unos tres millones de personas habían ido a sumarse al «milagro económico» del Oeste. Entonces, en aquel sofocante agosto berlinés, la retórica de ambos bandos se estaba haciendo ya cada vez más hostil.

Los Jóvenes Pioneros —la organización juvenil de Alemania Oriental— pidieron a primeros de agosto que el Gobierno de Ulbricht tomara medidas contra los padres de Berlín Este que seguían enviando diariamente a sus hijos a colegios situados al otro lado de la frontera; esta fue una de esas curiosas anomalías que habían sobrevivido, la de los alumnos comunistas inmersos en planes de

estudio capitalistas. Lo mismo podía decirse de la enseñanza superior, donde los estudiantes podían elegir qué sistema preferían para cursar sus estudios: y algunos de la parte occidental siguieron matriculados en la Universidad Humboldt, gestionada por los comunistas. Para los Jóvenes Pioneros, la idea de que los niños se vieran expuestos al dogma imperialista americano era intolerable, y querían que sus descarriados padres fueran castigados por ello. Fue en torno a aquella época, a principios de agosto, cuando la Policía del Pueblo adquirió una presencia todavía mayor en los trenes con destino a la ciudad; en algunos casos, los pasajeros eran obligados a bajarse en Potsdam, a algunos kilómetros de distancia, para que los agentes formularan un cuestionario a las familias, comprobaran sus identidades y les interrogaran sobre cuáles eran sus intenciones cuando llegaran a Berlín: ¿acaso ellos también estaban pensando en abandonar? La presión iba dirigida a hacerles volver.

Cada día, los propios *grenzgaenger* también eran sometidos por las autoridades de Berlín a nuevas medidas intimidatorias. A primeros de agosto, muchos trabajadores varones se encontraron con que la Policía del Pueblo les obligó a permanecer en sus casas, prohibiéndoles ir al trabajo aquel día. En cambio, a sus esposas les ordenaron que cruzaran la frontera y fueran a sus trabajos a recoger sus tarjetas de empleo. Los hombres no volverían más; iban a encontrarles un trabajo similar en Alemania del Este. Este tipo de innovación opresora aconteció también en otros lugares. En Inglaterra, el recién nombrado ministro conservador llamado Edward Heath (que en 1970 se convertiría en primer ministro de la nación) se preguntaba en voz alta en la Cámara de los Comunes sobre la raíz de aquel comportamiento cada vez más totalitario. ¿Se debía, decía, a que Berlín Occidental era «el escaparate de Occidente», en «mitad del desierto» de la Alemania Soviética?[36] En otro lugar, un informe de Berlín Este, conseguido de forma clandestina, revelaba que el partido local de un distrito había calculado que, si se perdían doscientos mil trabajadores especializados más, Alemania Oriental en conjunto se vería económicamente muy afectada. En un discurso, Walter Ulbricht se mostró casi al borde de la histeria. Había que

defender las fronteras de Alemania Oriental, declaró. Y los refugiados «pronto se darían cuenta de lo idiotas que habían sido» al «huir del socialismo» que, en todo caso, «acabaría dándoles alcance».[37] Se debatió si debía prohibirse completamente entrar y salir de Berlín Este. Esto fue el 10 de agosto de 1961. Varios días después, con la imponente parafernalia de policías y soldados patrullando las líneas limítrofes entre las zonas, la Puerta de Brandeburgo fue identificada como uno de los últimos sitios por donde podían cruzar los refugiados. Mientras más ciudadanos procedían a hacerlo, a pie o en coche, multitudes de jóvenes berlineses del Oeste se habían congregado en el lado occidental del monumento para manifestarse, corear eslóganes y proferir insultos contra los guardias de Berlín Este. «¡Alemania sigue siendo Alemania!», «¡Ulbricht a la horca!», «¡Abran la Puerta!», «¡Libertad!», «¡Iván, a tu casa!».[38] Al mismo tiempo, en la radio de Alemania del Este, el ultimátum se endureció: hasta que Berlín Occidental no se convirtiera en una «ciudad libre desmilitarizada», el este tendría que tomar medidas para protegerse. Un muro que hasta entonces solo había existido como una horrenda posibilidad teórica estaba a punto de adquirir una cruda forma corpórea y ser la expresión material en hormigón del miedo y la agresión paranoica. A las 2.30 del 13 de agosto, las dos mitades de la ciudad se cerraron herméticamente la una contra la otra. Bajo tierra, los trenes de la U-Bahn, que hasta entonces no habían dejado de deslizarse por la frontera, simplemente se detenían antes de llegar a ella. En las líneas norte-sur, continuaron pasando, pero sin pararse en las estaciones del sector occidental. En la superficie, la línea del muro se hizo finalmente visible, primero con alambradas y patrullas extra, pero, al muy poco tiempo, con obreros de la construcción.

Quedaban tan solo unas horas para sondear y aprovechar las anómalas grietas restantes de esta barrera espiritual y física. Bajo las sombras de las húmedas noches veraniegas de amatista, los berlineses del Este encontraban laberínticas rutas entre «ruinas», «jardines» y «patios».[39] Otros se sumergían en las oscuras y aceitosas aguas del Spree, con sus pertenencias atadas al cuerpo, y

cruzaban a nado la línea divisoria. Y, mientras lo hacían, jóvenes berlineses de ambos lados expresaban sus vehementes sentimientos mediante furiosas manifestaciones. Empezaron a lanzar piedras y otros proyectiles; la Policía del Pueblo tenía gas lacrimógeno y mangueras de agua a mano, aunque no las emplearon. Tampoco se veían funcionarios ni soldados rusos en lugares públicos. Probablemente preveían que las protestas juveniles acabarían disolviéndose por sí mismas.

Fuera de allí, el mundo tardó un poco en asimilar la enorme trascendencia de estos acontecimientos, salvo por un pequeño brote de lo que se denominó el «nerviosismo de Wall Street», es decir, la reacción del mercado en forma de fluctuaciones.[40] Aquel era un acto que parecía hostil —hacía pedazos lo poco que quedaba del Acuerdo de las Cuatro Potencias sobre Berlín— y, sin embargo, era difícil reaccionar a él con alguna respuesta de carácter militar. El este estaba reafirmando su frontera; y el oeste no podía impedir que lo hiciera. En aquellas primeras horas siguientes al cierre de las fronteras con alambradas, barreras y nuevos puestos de guardia, pocos parecían imaginar que la decisión se materializaría en hormigón; aún estaba muy vivo el recuerdo de la arbitrariedad con la que se había llevado a cabo el Bloqueo de Berlín, unos trece años antes. Incluso cuando se hizo patente que el hormigón había empezado a distribuirse, pocos pudieron imaginar en realidad lo que vendría a continuación: padres apartados de sus hijos, familias desgajadas, parejas separadas para siempre. Ningún berlinés podía hacerse una idea de hasta qué punto sus vidas iban a verse amputadas. Había algunos, incluso entre los soldados y trabajadores que lo estaban construyendo, que estaban seguros de que aquello iba a ser «temporal».[41] «Nos trataban de forma especial —recordaba Dieter Weber, que por entonces trabajaba repartiendo el hormigón—. Té con ron. O ron con té, más bien; estábamos bastante borrachos».[42] Los trabajadores también recibían una gran cantidad de chocolate, «para tener energía».[43]

La obra iba progresando: 43 kilómetros de hormigón y vallas de alambrada fueron materializándose gradualmente a lo largo de la

serpenteante línea de la frontera interior este-oeste de la ciudad; 145 kilómetros se extendían en torno al perímetro de Berlín Oeste, impidiendo de este modo el acceso al campo de los alrededores, en Alemania Oriental. En muchos lugares, los muros cercanos al centro de la ciudad alcanzaban casi cuatro metros de altura, suficientes para disuadir a las familias divididas de volver a reunirse en cualquiera de los dos lados. El primer ministro soviético Nikita Jrushchov le había preguntado a Walter Ulbricht cómo iba a poder funcionar esta impermeable barrera en aquellas zonas grises y anómalas donde la frontera no coincidía con calles o carreteras. «Tenemos un plan específico —le dijo Ulbricht—. Tapiaremos las casas con salida a Berlín Occidental».[44] Dejando a un lado este extremo —que pone de relieve el carácter doméstico de la tragedia que iban a vivir tantas familias desgajadas—, los muros a lo largo de las fronteras no son en sí algo tan extraordinario, aunque el brutalismo modernista de esta variedad berlinesa en hormigón sí era nuevo. El muro —o para ser más exactos, los muros, ya que en algunas secciones centrales se construyeron parejas de muros en paralelo, formando dos líneas de hormigón en bruto que atravesaban la ciudad— parecía tener su reflejo en la desnuda, acelerada tosquedad de algunas de las urbanizaciones de viviendas de la parte oriental. Pero, en las zonas donde era doble, lo que resultaba más extraño no eran tanto los dos muros en paralelo como el espacio exento que había entre ellos. Al espacio de terreno que quedaba entre los muros se le llamaría la «franja de la muerte». Era un hueco; un espacio vacío que se iluminaba con focos y se rociaba de metralla si alguien ponía el pie sobre él para intentar cruzar al otro lado. El concepto era nuevo, y, sin embargo, familiar; en cuanto cualquier hombre o mujer, intentando escapar, se aventuraba en la franja de la muerte, se convertía inmediatamente en una «no persona», en un mero blanco en movimiento. Los terribles ecos volvían a hacerse presentes: las torres de vigilancia, versiones actualizadas de las garitas de centinelas que presidían los campos de la muerte; y, para los que querían cruzar, la inmediata privación de todos los derechos y la disolución de la identidad que hacía que la

muerte violenta pudiera administrarse sin problema. El espacio entre aquellos muros paralelos era en sí un no espacio, en el que nada, aparte de la violencia, era posible.

21
HAY UN MUNDO EN CUALQUIER PARTE

Había quienes, en los primeros días del Muro de Berlín, se acercaban a tocar su superficie fría y tosca y ponían las palmas de sus manos en el hormigón punteado. Algunos paseaban junto a él con nerviosismo y angustia. Fue algo básicamente improvisado, aunque transmitía una terrible sensación de permanencia. Otros eran más atrevidos: los niños se subían a hombros unos de otros; mujeres y hombres jóvenes buscaban puntos de apoyo en los salientes de las ventanas cercanas, y estiraban el cuello para tratar de ver por encima de él. Lo hacían solo por una ávida curiosidad; las probabilidades de ver algo más allá de aquella división, caras de amigos o de seres queridos eran remotas. Pero sus intentos eran en vano; no valían de nada. Eran prisioneros y al mismo tiempo libres. Eran la gente de Berlín Occidental, cuyas vidas habían quedado circunscritas a los límites de un muro impenetrable, ribeteado en determinados puntos con alambrada de púas, que rodeaba por completo su parte de la ciudad. Los estrechos corredores que se habían dejado para el transporte —por carretera, vías férreas o aire — siguieron abiertos, pero las personas quedaron a partir de ese momento completamente aisladas del este de Berlín, y también del campo que lo rodeaba. Los berlineses occidentales todavía contaban con la protección garantizada del personal militar estadounidense y británico; y tenía sus trabajos, y una gran cantidad de comercios y fuentes de alegre esparcimiento, propios de la vertiginosa cultura popular de comienzos de la década de 1960. En este sentido, el tiempo avanzaba a velocidades ligeramente distintas a cada lado del Muro. Pero estos ciudadanos de Berlín eran anomalías dentro de una

isla fortaleza rodeada por un régimen que llevaba sus ideales a extremos de una gravedad letal. Hubo familias que quedaron partidas; parientes que se preguntaron si alguna vez volverían a verse; amistades de muchos años que se vieron interrumpidas. La división fue absoluta. Pintores y escritores a veces consideran los muros como un símbolo de la muerte, porque no puede verse lo que hay más allá. La cruel implacabilidad del Muro de Berlín le confirió un significado global inmediato como frontera de la neurótica Guerra Fría, que lo convirtió en parte del paisaje del mundo. Desde el primer momento, hubo berlineses que nunca aceptaron las nuevas fronteras de sus vidas; pero no fueron los insulares: fueron berlineses de la RDA, que en teoría tenían la libertad del continente que se extendía hacia el este.

Los gobiernos de Occidente expresaron su horror sobre el Muro; el presidente John F. Kennedy visitó Berlín Oeste en 1963 y, frente a una inmensa multitud, declaró: «Hay quienes dicen en Europa y en otras partes "Nosotros podemos trabajar con los comunistas". Decidles que vengan a Berlín».[1] Pero también estaba claro que los norteamericanos nunca darían un paso para demoler el Muro. ¿Por qué arriesgarse a una guerra cuando esta construcción había producido un éxtasis paradójico? Las inestabilidades más significativas de la ciudad estaban entonces estrictamente compartimentadas. El Gobierno de Walter Ulbricht —que posiblemente creía con sinceridad lo que les decía a sus ciudadanos— insistía en que el Muro estaba allí como protección, como defensa, contra las voraces y filofascistas fuerzas de Estados Unidos.[2] Que los berlineses del Este estaban siendo salvaguardados de la depredación y la explotación de los despiadados capitalistas.

Una de sus primeras víctimas —una de las primeras personas en negarse a reconocer los límites que el Muro imponía sobre su vida— fue una mujer de ochenta años llamada Olga Segler. Vivía en un apartamento en Bernauer Strasse, una de las calles por donde pasaba la frontera; la entrada principal del edificio quedaba en la zona soviética, pero la calle a la que daba su ventana trasera pertenecía a los aliados. La línea entre dos mundos atravesaba su

apartamento. Su hija vivía a unos minutos de distancia a pie, en el sector occidental de la ciudad, y la anciana y sola frau Segler dependía de ella. Cuando empezó a levantarse el Muro, el 13 de agosto de 1961, frau Segler y todos los demás vecinos de su bloque se vieron sometidos a una especie de arresto domiciliario: los guardias patrullaban el edificio día y noche, clavando tablones en puertas y ventanas por temor a que los residentes desertaran por la calle de atrás. Irónicamente, la sola idea comenzó en ese momento a propagarse de forma contagiosa. Y con la ayuda de las brigadas de bomberos de Berlín Oeste, muchos residentes tomaron la decisión de huir saltando desde varios pisos de altura, para caer en redes y sábanas que abajo sujetaban con firmeza. Una residente de cincuenta y ocho años llamada Ida Siekmann —enfermera de profesión— fue la primera en morir intentando simplemente cruzar aquella línea; tras lanzar un edredón y algunas pertenencias suyas desde su ventana del tercer piso a esta calle de Berlín Occidental, saltó ella, una fracción de segundo antes de que los bomberos tuvieran lista la red.[3]

Frau Segler se decidió algunas semanas después, cuando los servicios de seguridad de Berlín Este anunciaron que todos los residentes serían desalojados sin más del edificio y se les daría alojamiento en otro lugar. (Entre sus vecinos estaba la entonces adolescente Elke Rosin, que recientemente se había llevado a su casa «unas medias de nailon de contrabando» conseguidas en el sector occidental; ella y sus padres, que vivían en el primer piso, también sabían que no podían quedarse, y estaban preparados para saltar ellos también con unas mínimas pertenencias).[4] Los lazos familiares de la vida de frau Segler estaban siendo cortados, y allí, desde su segundo piso, no le quedaba más que una dirección que tomar. Con su hija mirando hacia arriba desde la calle, unos diez metros más abajo, la anciana de ochenta años miró a los bomberos desde su ventana, preparándose para saltar. Armándose de valor, finalmente lo hizo, y la cogieron, pero el aterrizaje resultó algo accidentado y se dañó la espalda. Murió un día después; se dijo que

la experiencia había sido demasiado fuerte para su longevo corazón.[5]

Aquello, al menos, fue un accidente (uno de muchos, incluidos los de personas que resultaron heridas al tratar de utilizar cuerdas de ropa para el descenso). Pero las muertes deliberadas llegaron enseguida. Günter Litfin era un joven de veinticuatro años, un sastre con grandes dotes para el oficio, que vivía en el este de la ciudad, pero trabajaba en el oeste; tenía aspiraciones de llegar a ser un diseñador de vestuario para el teatro. En el verano de 1961, Litfin había estado planeando mudarse a un piso en el distrito occidental de Charlottenburg; una información que trataba de ocultar a las autoridades de Berlín Este, ya que no quería ser calificado como un «fugitivo de la república».[6] El día antes de levantarse el Muro, él había ido a pasar el día a la zona oeste de la ciudad con su madre y hermana. Los tres se habían vuelto luego a la zona comunista y, al día siguiente, Litfin se encontró con su futuro bloqueado por el Muro. No estaba dispuesto a aceptarlo; inmediatamente empezó a idear maneras para poder cruzar aquella terrible frontera. El 24 de agosto de 1961 —apenas unos días después del levantamiento del Muro— Litfin se puso en marcha. En mitad de la calurosa tarde, trató de escabullirse entre las vías cercanas a la estación de Friedrichstrasse; luego, perseguido por la policía, atravesó corriendo los terrenos del Hospital de la Charité; y desde allí, trepó a una tapia lindante con el río Spree. Cuando estaba en el agua, tratando de llegar a la otra orilla, la policía le dio orden de detenerse desde un puente ferroviario que cruzaba el río. Litfin no lo hizo; y la policía abrió fuego. Una bala le atravesó la parte de atrás del cráneo. Fue el primero en morir a tiros cuando intentaba cruzar. Aunque su cadáver quedó cerca de la orilla occidental, todo el río era de dominio comunista, y el cuerpo de Litfin fue recuperado tres horas más tarde por las autoridades de Berlín Este. El suceso produjo una gran indignación en el otro lado de la ciudad; en el este, la familia de Litfin no supo de su fallecimiento hasta que la Policía del Pueblo se la llevó para interrogarles toda la noche.[7]

Muchos berlineses de la RDA tenían poderosas razones políticas para tratar de escapar. Udo Düllick, un ingeniero ferroviario de veinticinco años, inteligente e impulsivo, era incapaz de resistirse a criticar al Estado. Una noche de octubre de 1961 se peleó con su jefe en una fiesta de empresa, y le hizo un desgarro en el uniforme. A continuación, Düllick huyó, en taxi, a Warschauer Strasse, en el sureste, y de allí al puente de Oberbaum (una extraordinaria construcción de doble cubierta con torres a imitación del estilo medieval). Cerca de la medianoche, y lejos de las zonas más alumbradas, se quedó en ropa interior y se introdujo en las turbias aguas. Düllick fue descubierto casi al instante. La oscuridad se iluminó con bengalas y disparos de advertencia, y a continuación, al no detenerse, abrieron fuego. Düllick era un excelente nadador, y demostró un gran valor al sumergirse muy por debajo de la superficie para evitar las balas. Mandaron una barca para sacarle del agua; Düllick asomó a la superficie y volvió sumergirse. Estaba ya cerca de la orilla occidental cuando desapareció en un remolino de agua para no volver a salir. Los berlineses del lado occidental recuperaron su cuerpo sin vida. La hipótesis inicial fue que un disparo le había alcanzado; pero, al parecer, su cuerpo, carente de cualquier marca, había sucumbido a un ataque cardiaco por el frenético estrés de la persecución.[8]

En cambio, hubo quienes —personas jóvenes nacidas en la oscuridad de la caída de Berlín en la guerra— abrazaban la ideología de la RDA y le guardaban un afecto sincero. En Berlín Oriental había viviendas para todos (aunque el suministro de agua caliente siguiera siendo esporádico o un gran número de hogares estuviera bajo la vigilancia de la hostil Stasi) y se asignaban conforme a criterios de necesidad y situación. Una mujer, identificada solo como Siegrid M., opinaba que este régimen le ofrecía más oportunidades de las que el sexista oeste podría darle nunca; aquí, en Berlín Este, los hombres «se tomaban en serio sus opiniones políticas y sus aspiraciones profesionales».[9] Era posible tener una carrera en su profesión —en

su caso, periodista— e hijos a la vez; en Alemania Occidental, los impedimentos sociales para las mujeres, fuera del rol tradicional de amas de casa, seguían siendo notables.

En ambos lados de la ciudad, a lo largo de las décadas de 1950 y 1960, volvieron a sentirse los ecos de los primeros avances de Berlín en materia de orientación sexual. La persecución de la homosexualidad bajo el histórico Párrafo 175 —suspendida durante la era de Weimar y reactivada terrible y criminalmente bajo los nazis, cuando las personas homosexuales eran enviadas a los campos de concentración— fue una vez más abandonada, sin mayor problema. En teoría, seguía siendo un delito, pero uno de esos que a la Policía del Pueblo no le interesaba mucho perseguir. Así seguiría siendo en Berlín Este de 1957 en adelante. Pero el régimen de Ulbricht tenía sus límites de tolerancia: la censura sobre cualquier literatura o periodismo relacionado con la comunidad homosexual siguió siendo férrea, y también se cumplía implacablemente la prohibición de las reuniones oficiales de homosexuales. Fuera de esto, no obstante, la monolítica RDA encontró una manera de dar silenciosamente cabida al hecho de la homosexualidad masculina y femenina. En 1968, esta ya estaba completamente despenalizada (un año antes que en Berlín Occidental y en Alemania Occidental, que demostraron ser más rígidamente conservadores respecto a esta cuestión). Para 1970 los hombres y mujeres homosexuales ya cohabitaban abiertamente. El caso de un hombre identificado solo como «Jörg B.» demostró que las estructuras familiares podían ser asombrosamente fluidas: a finales de los sesenta, siendo estudiante, se mudó a un piso de una sola habitación con un «amante del sexo masculino»; en los setenta conoció a la mujer que más adelante se convertiría en su esposa, y poco después de su matrimonio se trasladaron a un piso de dos habitaciones; se divorciaron, pero continuaron viviendo juntos, a partir de entonces con el añadido de un nuevo novio de Jörg, al parecer procedente de Cuba.[10] Parte del espíritu tolerante y refractario al escándalo de la vieja ciudad se había transfundido a estas nuevas torres de viviendas.

Sin embargo, uno de los oscuros elementos del pasado nazi continuó formando parte de las vidas de estos niños de la guerra: la vigilancia doméstica a gran escala mediante un aparato de seguridad hambriento de detectar transgresiones ideológicas. En las décadas de 1960 y 1970, la Stasi había penetrado completamente en el tejido de cada casa de Berlín Este y de Alemania Oriental. Los teléfonos estaban intervenidos, las conversaciones eran rutinariamente monitorizadas; una gran cantidad de los pisos de uno y dos dormitorios de aquellos modernos edificios de hormigón tenían instalados dispositivos de escucha. Para entonces, la Stasi había conseguido nueva tecnología para abrir cartas, con máquinas aún más rápidas que podían abrirlas y volverlas a sellar a una escala industrial. Mientras uno viviera conforme a los parámetros estrictamente establecidos en las sesiones del partido, podía vivir en paz. Pero si amigos o familiares eran sospechosos de haber criticado cualquier aspecto del régimen, las redes sociales y familiares podían contar con que también sufrirían las nefastas repercusiones: horas de duros interrogatorios, amenaza de encarcelamiento, la fría retirada de oportunidades de empleo. La vida de una persona podía verse arruinada por un rumor vecinal o por la mala voluntad del vigilante de un bloque de viviendas. Para muchos berlineses del Este, requería una extremada disciplina mantener la identidad pública firmemente en consonancia con el pensamiento del partido, aunque al mismo tiempo disintiera en privado. En este sentido, la generación de más edad tenía más experiencia a la hora de mantener a buen recaudo sus verdaderos sentimientos; habían aprendido a ocultar su ser interior de la vigilancia nazi y posiblemente transmitieran esta habilidad a sus hijos. Ni siquiera a los nazis se les había ocurrido instalar dispositivos de escucha de forma masiva; se trataba de un nuevo peligro a escala doméstica. En la quietud de la noche, los sueños de cualquiera —las palabras farfulladas mientras uno dormía— podían traicionarles.

Pero incluso el totalitarismo más adusto requiere cierto grado de consentimiento, y en la década de 1960, el régimen hacía lo que podía para responder a un mundo en el que la beatlemanía y otras manifestaciones de la cultura pop tenían encandilada a esta

generación de la posguerra. En Berlín Este, la firme determinación de estos jóvenes de escuchar música prohibida —sus propios padres se habían sumergido de lleno en el jazz y el swing durante los años nazis— se mantenía contra viento y marea. Se dice que Walter Ulbricht llegó a quejarse de que los Beatles y sus «yeah yeah yeahs» resultaban adormecedores y monótonos (palabras muy osadas proviniendo de uno de los oradores más tediosos del siglo). Pero el Muro no era tan impermeable como para que la música que sonaba en las emisoras de radio de Berlín Oeste no pudiera ser furtivamente sintonizada por los transistores de Alemania del Este. De modo que, a lo largo de los sesenta, las emisoras de radio y televisión de Berlín Este trataron de competir con las del Oeste llenando sus emisoras de radio y televisión de agradables y pegadizas *schlager* (canciones alegres y sencillas). Cantantes jóvenes y bonitas como Ina Martell, Chris Doerk y Ruth Brandin interpretaban vivaces composiciones, con vestidos llamativos pero recatados, a veces en localizaciones que tenían como telón de fondo la arquitectura modernista de Berlín Este. En este punto, la profesionalidad era equiparable a la del Oeste; sus actuaciones en muchos casos no se diferenciaban en nada de las de sus homólogas de la música ligera —Cilla Black, Sandie Shaw— en otros programas de televisión ingleses del mismo estilo *kitsch*. Sin embargo, los jóvenes de Berlín Oriental eran conscientes de lo que se estaban perdiendo. Al final de la década, en 1969, corrió por Berlín el rumor de que los Rolling Stones iban a dar un concierto en la azotea del recién construido rascacielos donde tenía sus oficinas el magnate de los medios de comunicación Axel Springer, en Berlín Oeste. El rumor en sí, y su rápida difusión de oeste a este, puso de relieve una vez más la imposibilidad de dividir una ciudad por completo. El runrún tomó cuerpo, y pareció confirmarse como fecha una tarde concreta. Como el edificio de Axel Springer se encontraba muy cerca del Muro, empezaron a congregarse allí un gran número de jóvenes de Berlín Oriental, decididos a no perderse aquella extraordinaria actuación. Esto fue demasiado para la Stasi, no solo por la ilegalidad de aquella concentración en masa, sino porque mancillaba la pureza ideológica. Para las autoridades de la RDA, hasta el deseo de escuchar aquella

música constituía una prueba de esta delincuencia demencial que debía corregirse. Más adelante se constató que aquello no había sido más que un rumor; los Stones nunca aparecieron.

En las populares películas de espionaje que ocuparon un lugar tan importante en el cine de entretenimiento de la Europa occidental de la década de 1960, Berlín Este siempre aparecía retratado como un lugar ruinoso y desprovisto de otros colores que no fueran el marrón o el gris oscuro. *Cortina rasgada* (1966), de Alfred Hitchcock, presentaba un panorama de un Berlín en ruinas, ceniciento, de calles inquietantemente vacías, sombrío y oscuro, con monumentales hoteles de propiedad estatal y museos extrañamente vacíos. Pero nunca fue así de simple; la reconstruida plaza de Alexanderplatz ofrecía, para mediados de los sesenta, un panorama abierto, animado y concurrido, de brillante hormigón modernista, cristal reluciente y metal: una enorme explanada de asfalto con fuentes y un «reloj mundial» de ingenioso diseño (con una corona rotatoria y unos aros y esferas de metal representando el sistema solar) y (escasamente surtidas) tiendas y cafés; en Berlín Occidental, la fulgurante Kurfürstendamm, con sus lujosas *boutiques* y tiendas (y los perfumados grandes almacenes KaDeWe en Tauentzienstrasse), difería mucho en cuanto a su nivel de vistosidad (y poder adquisitivo), y contaba con muchos más letreros de neón y toldos de colores. La realidad de Berlín Este, incluso entonces, seguía siendo la de los expositores poco surtidos y las colas para comprar alimentos básicos. Pero, en términos arquitectónicos, existía una curiosa paridad ideológica entre las dos; el recurso al hormigón y a la altura, pero también a otras posibilidades de esculpir dicho hormigón: en Berlín Occidental, una antigua iglesia fue renovada con nuevas formas angulares en hormigón; en el este, un laboratorio de investigación animal se alojaba dentro de una elegante construcción curvilínea en tonos grises, que vista desde determinados ángulos se asemejaba a un pequeño elefante descansando. En las viviendas (dejando a un lado el tema de la vigilancia), había pocas cosas, aparte del dinero, que distinguieran a los altos e hiperrectilíneos edificios de apartamentos de la versión berlinesa occidental de la Unité d'Habitation de Le Corbusier, por un lado, y los bloques de

pisos de Leninplatz construidos a comienzos de los setenta, por otro; una masa de elegantes curvas y ángulos rectos, si bien erigida en torno a una enorme estatua de Lenin.

Y en medio de todo esto, como una cicatriz de cemento, discurría el Muro. Pero incluso a finales de la década de 1960, esta construcción también entraría a formar parte del eternamente inquieto carácter arquitectónico de Berlín. Como tantos de los edificios y calles que dividía, era un palimpsesto, con nuevas capas y arreglos. La construcción original de 1961 —que, de haberse llegado a otra decisión, habría estado formada básicamente por alambre de púas y cables en lugar de hormigón, una valla inexpugnable en lugar de un muro— se había hecho de forma rápida e impulsiva, sin pensar mucho en cuánto podría durar. Algunas partes —erosionadas por la climatología y que empezaban a desmoronarse— necesitaban ya ser sustituidas. El Muro, como afirmó un comentarista, mostraba «una asombrosa tendencia a la mutación».[11] También los tramos que atravesaban directamente el corazón de la ciudad fueron mejorados con mucho esmero. Se añadieron más puestos de vigilancia, ecos de los viejos campos de concentración. Y con el hormigón reforzado —en algunas secciones— llegó también la instalación de tuberías redondeadas de hormigón armado a lo largo de la parte superior; si alguien conseguía trepar el muro, la nueva superficie curva hacía imposible agarrarse al borde para saltar al otro lado.

Ciertamente, el lúgubre panorama de graves lesiones y muerte del Muro no cambió; en 1968, cuando en París y otras ciudades occidentales el movimiento estudiantil tomó las calles clamando por la revolución, había berlineses del Este tratando de escapar de los desastrosos resultados de esa revolución. Ciudadanos con conocimientos de ingeniería planearon y construyeron ingeniosos túneles que partían de los sótanos de los edificios de apartamentos y atravesaban la frontera bajo tierra (aunque estos a menudo eran descubiertos por la omnipresente Stasi). Otros optaban por métodos más impulsivos y desesperados. Dieter Weckeiser, un tapicero de veinticinco años y su esposa Elke, de veintidós (él había estado

casado antes y tenía tres niños pequeños), se empeñaron en volver al Oeste, donde Dieter y su madre habían vivido antes. Una gélida noche de febrero de 1968, la joven pareja acordó emprender una ambiciosa ruta que implicaba tener que superar una alambrada de púas y a los perros de la policía cerca del Reichstag, trepar por una valla de malla de alambre de tres metros, cruzar a nado el casi congelado río Spree y conseguir de alguna manera saltar el gran muro fronterizo de hormigón que había al otro lado. Apenas llegaron a superar el primero de estos obstáculos. Sobre las once de la noche, los guardias de la torreta de vigilancia los vieron cuando trataban de atravesar la alambrada de púas. No hubo disparos de advertencia, al momento el aire se llenó de balas incandescentes. El cráneo de Dieter quedó destrozado y Elke fue alcanzada en las piernas y el pecho. Ella fue la primera de los dos en morir; él sucumbió al día siguiente.[12] Los autores de los disparos recibieron grandes elogios y fueron ascendidos.

Para los berlineses occidentales, las personas masacradas de este modo, ya fuera en el agua o en las «franjas de la muerte», eran ejemplos del espíritu verdaderamente desafiante de una ciudad que había sido dividida con abominable crueldad. Cada tanto, los ciudadanos decían haber oído disparos en aquellas franjas de la muerte, y no se equivocaban. Se calcula que unas 243 personas murieron tratando de cruzar el Muro entre 1961 y 1989 (aunque las víctimas fueran menos frecuentes en los años más tardíos de ese lapso, el terror continuó). Y, sin embargo, la Guerra Fría no fue algo inmutable y las dos partes de Berlín no dejaron nunca de cambiar. La línea del horizonte de la ciudad se vio traspasada en 1969 por la Torre de Televisión de Berlín de la RDA, de 365 metros de altura, con una estilizada línea futurista y coronada por una enorme esfera diseñada para parecer un satélite soviético. Aunque el coste de la construcción del Muro de Berlín había llevado al este de la ciudad a la austeridad, sí se encontró dinero para levantar este elegante monumento al futurismo socialista.

El ambiente diplomático también estaba cambiando: la llegada del canciller de Alemania Occidental Willy Brandt, con su entusiasmo por

lo que él denominó la Ostpolitik (una optimista determinación por involucrarse y «normalizar relaciones» con la otra Alemania), junto con un nuevo enfoque de distensión entre Estados Unidos y Rusia (con Leonid Bréznev en la presidencia de la Unión Soviética), condujo a una ligera pero significativa relajación en algunos aspectos. A principios de la década de 1970, fue por fin posible que las familias de ambos lados del Muro pudieran volver a hablar por teléfono. Las autoridades de la RDA también se mostraron más blandas en lo relativo a la tercera edad y permitieron que los pensionistas pasaran de Berlín Este a Berlín Oeste y al resto de Alemania Occidental si deseaban cruzar la frontera para ir a vivir con sus familias. Para las generaciones de más edad, esto llegó en algunos casos demasiado tarde, dado que los parientes y amigos también ancianos que tenían al otro lado ya habían muerto. Pero este ligero deshielo significó mucho para los jóvenes. El largo reinado de Walter Ulbricht dio paso en 1971 (tras su dimisión forzada) a un sucesor, Erich Honecker —un veterano *apparatchik* del partido de cincuenta y ocho años, cuyo retrato, con gafas y traje de color *beige* se colgó en las paredes de todas las aulas—, deseoso de que se reconociera la legitimidad de Alemania Oriental como Estado por derecho propio. A partir de entonces empezó a permitirse que los berlineses occidentales visitaran el este de la ciudad por breves periodos, a condición de que cambiaran una cierta cantidad de *deutschmarks* occidentales por *ostmarks* orientales. Al margen de esto, la posibilidad de hacer visitas de un día constituyó para las familias una feliz concesión, que a algunos les pareció milagrosa. Honecker no era menos rígido que Ulbricht y, bajo su gobierno, la Stasi creció aún más en tamaño e influencia, y sus tentáculos llegaron hasta los rincones más recónditos de la vida de todos los alemanes del Este, pero era consciente de la mirada del resto del mundo y astuto a la hora de acuñar términos como el «socialismo de consumo»; para 1972, ya había conseguido que Alemania Oriental fuera reconocida como miembro de pleno derecho de las Naciones Unidas. En una década en la que Europa occidental sufriría las repercusiones económicas de la crisis del petróleo de la OPEP, y la inflación y recesión que esta trajo consigo, las austeras calles de

Berlín Oriental empezaron a no diferenciarse tanto de otras ciudades europeas, como los brutalistas paisajes de hormigón que podían encontrarse en Colonia o en Birmingham.

Honecker también era consciente de una nueva cultura de los derechos humanos; en 1975, en la Conferencia de Helsinki sobre Seguridad y Cooperación en Europa, los Acuerdos de Helsinki fueron firmados tanto por naciones del Oeste y como del Este: en ellos se formalizaba el compromiso de respetar libertades fundamentales, incluida la libertad de pensamiento, al tiempo que también se garantizaba la integridad territorial de los estados signatarios. La idea esencial consistía en promover una paz duradera a través de una mayor cooperación, no solamente política, sino también industrial, intelectual, científica y artística. De esta forma, al sugerir que las democracias occidentales y el bloque comunista del Este compartían esencialmente una paridad moral, los acuerdos resaltaban aún más la legitimidad de la RDA. Pero, aunque a partir de entonces muchos disidentes de Alemania Oriental, en lugar de ser encarcelados, eran enviados a Berlín Occidental, e incluso a un oeste aún más lejano (la RDA les enviaba a un exilio que muchos de ellos debían de llevar tiempo anhelando), Honecker también veía a las dos poderosas ideologías de las superpotencias como demasiado antitéticas para soportar unas fronteras porosas. «¿Cómo puede asegurarse una paz duradera? —declaró a finales de la década de 1970—. Algunos afirman que lo único que necesitamos son más viajes y más contacto humano. La vida ha demostrado que esta actitud no solo es ingenua, sino un engaño consciente. Pone a las personas en el mal camino y distrae la atención de las raíces del peligro de la guerra […] que sigue perpetuándose mediante los círculos más agresivos del capital monopolista».[13] Berlín había sido antaño una de las ciudades más abiertas del mundo; en aquel momento, la mitad de ella retrocedía temerosa. Pero, en ciertos aspectos, para la generación de Honecker aquel temor era comprensible; ellos habían presenciado el ascenso de los nazis y no les resultaba difícil imaginarlos volviendo a aparecer bajo alguna nueva forma.

En la década de 1970, el Muro de Berlín era la piedra angular de toda la estructura geopolítica de Europa. Cualquier intento de eliminarlo, siquiera partes de él, generaría —así lo pensaban ambos bandos— una inestabilidad que acabaría causando fracturas y fisuras en todo el continente. Los soviéticos, con los alemanes del Este, idearon una serie de hipotéticos escenarios de juegos de guerra: ¿qué pasaría si la RDA demolía el Muro de Berlín? ¿Qué impediría entonces la embestida de aquel depredador «capital monopolista»? ¿Cómo reaccionaría la RDA? ¿Qué cantidad de fuerza se requeriría para asegurar todo Berlín, incorporándolo por fin como era debido a la RDA? ¿A cuánto territorio europeo más tendrían que expandirse para proteger esta adquisición? Pero el resultado final de estos juegos era la guerra nuclear; y la Guerra Fría estaba entrando en una nueva etapa de misiles intercontinentales: el tipo de matanza masiva por control remoto que, en una época anterior, el científico espacial nazi Wernher von Braun habría soñado. Era como si Berlín Este y Berlín Oeste fueran la materia y la antimateria; si se las obligaba a juntarse, el resultado sería una temible reacción en cadena, que acabaría desembocando en un inmenso e imparable desastre atómico.

El propio Muro fue mejorado de nuevo entre mediados y finales de la década de 1970, con un estilo que pretendía hacer que se pareciera al de «cualquier otra frontera nacional»,[14] aunque existían pocas, si es que alguna, fronteras de este tipo en el mundo. En las secciones que fueron sustituidas, el hormigón tenía ahora una superficie «lisa y suave».[15] Los bloques prefabricados habían sido probados antes en otros lugares —no para asegurarse de su fortaleza, sino de su capacidad de resistir los esfuerzos de los que intentaban superarlo trepando o utilizando explosivos—. Se seleccionó a «personas atléticas»[16] para que intentaran saltarlo y ver si conseguían trepar por él; se hicieron chocar contra él «furgonetas» cargadas de explosivos. Las pruebas resultaron satisfactorias y el Muro que atravesaba el centro de la ciudad fue

instalado y rematado sección por sección; en su lado oeste, la nueva y suave superficie fue como un regalo para los artistas del grafiti, que lo llenaron de retratos y eslóganes satíricos. De este modo, irónicamente, un gran símbolo de la opresión acabó también por ejemplificar el otro espíritu de Berlín, el de obstinada y colorida ingobernabilidad.

En el lado de la RDA había un guardia de fronteras que había vigilado la instalación de las nuevas secciones del Muro a mediados de los setenta que, tras horas de observar y pensar, de repente se vio sacudido por una terrible revelación que puso patas arriba todos los principios en los que se basaba su vida. Le habían enseñado que, por encima de todo, aquel Muro servía para impedir la entrada de otras personas. «Siempre nos decían que era una muralla de protección antifascista —expresaría más adelante el guardia, anónimamente—. Pero era al revés […]. Fue construido para que nadie de nuestra zona pudiera pasarlo. Del otro lado, daba igual que se revolcaran encima si querían […]. Esto es de lo que empecé a darme cuenta. Hasta ese momento nunca había visto el Muro».[17] (Para el régimen de la RDA no dejaba de suponer una leve pero incontestable vergüenza el número de guardias fronterizos que a lo largo de los años habían aprovechado la oportunidad que les proporcionaba su posición privilegiada para escapar al Oeste).

Como en cualquier régimen totalitario, muchos de los destinados a la vigilancia del Muro experimentaban gran regocijo en su capacidad de disparar, pero otros muchos no. Un incidente particularmente trágico ocurrido en 1981 sirvió para ilustrar la dolorosa posición en la que estos guardias podían llegar a encontrarse. Un joven médico bávaro, Johannes Muschol, estaba visitando a unos amigos en Berlín Oeste tras haber conducido hasta allí por la carretera que atravesaba la campiña de Alemania Oriental. Sufría esquizofrenia, y en aquel momento su salud mental no era buena. Desapareció durante un tiempo de las calles, y un poco más tarde lo encontraron en un asilo de Berlín Este. No quedó claro cómo había vuelto a cruzar y acabado allí. Las autoridades devolvieron al doctor Muschol al otro lado de la frontera, pero más adelante fue visto en la parte del Muro cercana a

Alt-Reinickendorf, un barrio al norte de la ciudad. Desde allí, consiguió trepar a una «plataforma de observación» y de esta al propio Muro, desde donde se dejó caer a la franja de la muerte.[18] Uno de los guardias se dio cuenta de que el doctor Muschol claramente no estaba bien. Se acercó a él y le ordenó que parara. El guardia fue siguiéndole mientras el médico, con aspecto ausente y angustiado, se negaba a obedecer y corría hacia el muro interior, de 2,75 metros de altura. El guardia le dijo que no quería disparar, pero, para su espanto, antes de poder seguir tranquilizándole, el médico convulsionó y cayó al suelo; otro guardia le había disparado desde la torre de vigilancia. La cortina de humo de la Stasi comenzó enseguida. El cuerpo del doctor Muschol fue llevado a incinerar, utilizando el dinero que encontraron en su cartera para pagar la cremación. En el lado oeste, lo único que se pudo confirmar en un principio fue que habían matado a alguien de un disparo. El Gobierno de Alemania Oriental se negó a revelar su identidad. Esto añadió una carga innecesaria de angustia al dolor de la familia del doctor Muschol, que tuvo que esperar años antes de recibir la confirmación oficial de su fallecimiento.[19] Pero esta fue también la acción de un Gobierno y unas fuerzas de seguridad que se habían anquilosado, mientras el mundo a su alrededor había cambiado; y, cuando en 1985 la Unión Soviética dio paso al Gobierno de Mijaíl Gorbachov y a su realista evaluación de un sistema rígido, decadente y cada vez más en bancarrota, el régimen de Berlín Este fue convirtiéndose en un anacronismo autoritario y opresor, ajeno a los tiempos que corrían para los demás. Erich Honecker se mostró como un gobernante intransigente de línea dura, absolutamente contrario a las reformas liberalizantes —incluida la *glasnost* (apertura, o cierta libertad de expresión) promovida en Rusia por Gorbachov—. Los berlineses del Este eran perfectamente conscientes, no obstante, a través de la (todavía prohibida) televisión y radio de Berlín Occidental, de que los inmensos icebergs del comunismo estaban resquebrajándose y desmoronándose.

Para entonces, el punk rock finalmente ya se había instalado en ciertos rincones de Berlín Este; jóvenes desafiantes con crestas a lo

mohicano tocaban una música estridente que —sorprendentemente —encontró firmes aliados en la Iglesia luterana. Tanto la música como el estilo estaban estrictamente prohibidos por las autoridades de la RDA, llegando a ordenar la Stasi a uno de sus agentes que se vistiera a la manera punk y se infiltrara en un grupo de Berlín Oriental. Los salones comunitarios de ciertas iglesias ofrecieron a los punks una especie de santuario, ya que, por más que los comunistas odiaran la religión organizada, no se consideró prudente aplicar una represión excesiva entrando a hacer redadas en los templos. Bien mirado, tal vez la alianza entre los punks y los luteranos no fuera tan extraña: al igual que los punks, el clero se mostraba bastante resiliente y desafiante respecto a vivir bajo unas autoridades que eran suspicaces y hostiles; y, ante un régimen tan agresivo y opresor, tanto la Iglesia como los jóvenes punks valoraban la expresión sincera de lo que sentían en su interior.

Sin embargo, todavía a finales de la década de 1980, con las mareas del mundo cambiando de nuevo, las vidas de los berlineses del Este seguían siendo penalizadas si intentaban marcharse. La última persona que murió tratando de cruzar el Muro de Berlín fue un ingeniero eléctrico de treinta y dos años llamado Winfried Freudenberg. Él y su esposa Sabine ya tenían decidido, a finales de 1988, que era intolerable tener que continuar dentro los límites del este, cuando había tantas oportunidades en el oeste. Ambos de formación científica, su plan era a la vez intrépido y práctico: él entró a trabajar en el departamento de suministro de gas de una central de energía estatal de Berlín Este. Luego, a lo largo de varios meses, la pareja fue comprando gran cantidad de tejido de polietileno y cinta adhesiva de gran resistencia.

Para la primavera de 1989 ya estaban preparados. Al anochecer del 7 de marzo, se dirigieron en coche hasta el boscoso distrito periférico de Blankenburg, donde había un almacén de gas al que Freudenberg tenía acceso. Y fue aquí, en un patio junto a estas instalaciones en ese momento a oscuras, donde los Freudenberg empezaron a inflar con gas natural el enorme globo que habían ido construyendo poco a poco. Pero, mientras el globo se iba inflando, sobrevino un terrible contratiempo: un trabajador que se encontraba

en otra parte de la planta vio el globo y avisó a las autoridades. Cuando llegaron, el globo ya estaba casi listo para ascender, pero a los Freudenberg les entró una tremenda preocupación de que no estuviera lo bastante lleno de gas para poder transportar a dos personas. En el último minuto, la pareja decidió que huyera Winfried solo. Cortaron las cuerdas y el globo empezó a elevarse en la oscuridad de la noche, para casi inmediatamente colisionar con un cable eléctrico.

Freudenberg sobrevivió al choque, pero sus previsiones, precipitadas por el pánico, demostraron ser equivocadas. El globo debía haber transportado a dos personas, porque una sola no ofrecía un contrapeso suficiente, y debido a ello el globo ascendía a una velocidad excesiva e incontrolable. La dirección era correcta —se dirigía hacia Berlín Oeste—, pero se habían producido algunos daños y Freudenberg parecía incapaz de controlar su altitud. De modo que, en lugar de que el vuelo durara una hora, Freudenberg estuvo flotando, sin poder hacer nada, en el cada vez más frío aire de la noche, sin protección ni ayuda ninguna. Y llegó a alcanzar tanta altitud que, con el viento cruzado, se hizo imposible de manejar. De lo que ocurrió a continuación solo sabemos lo que las autoridades pudieron especular a raíz de las terribles consecuencias: una teoría fue que Freudenberg había intentado trepar por el cordaje para cortar la tela del globo y así permitir el descenso, pero el frío helador hizo que sus manos no pudieran agarrarse bien. Posiblemente estaban demasiado congeladas para sujetarle. Fuera cual fuera la causa, cayó desde una altura de varios cientos de pies y chocó contra el suelo del jardín trasero de una casa cerca de Grunewald, en Berlín Oeste, y su cuerpo quedó completamente destrozado, muriendo al instante.[20] Su viuda Sabine fue arrestada, acusada de «intentar violar la frontera», y condenada a la (para los criterios de la Stasi) indulgente pena de tres años de libertad condicional.[21]

Le concedieron la amnistía el 27 de octubre de 1989. El Gobierno de Alemania del Este se estaba disolviendo para entonces. El deshielo de la Guerra Fría se había convertido ya en una corriente cristalina. El 9 de noviembre, gracias en parte a una chapucera

conferencia de prensa concedida por el Gobierno de Berlín Este, algunos cargos sugirieron, en medio de cierta confusión, que todas las fronteras se abrirían con efecto inmediato; la última revolución de Berlín estaba en marcha, unos setenta años después de la Gran Guerra. Pero, en esta revolución, los inflexibles guardias dejaron sus armas a un lado. Las enormes multitudes que se congregaron a ambos lados del Muro estaban integradas tanto por participantes activos como por espectadores; la brecha del Muro era algo real y simbólico a la vez. El ambiente era de exultante incredulidad: una fuerza contundente, que había tenido bajo su control a gran parte del continente durante décadas —la del totalitarismo— se había desvanecido como un fantasma. Aquella noche del 9 de noviembre de 1989 se derramaron infinitas lágrimas, tanto de berlineses del Este como del Oeste, que por primera vez desde 1961 volvían a juntarse, plena y libremente; para los del Este, era la primera vez que experimentaban una verdadera libertad desde la llegada de los nazis en 1933. Esta última revolución de Berlín del siglo XX era la auténticamente definitiva; la gente bailó sobre el muro opresor antes de que innumerables eufóricos buscadores de *souvenirs* lo partieran en pedazos. Aquello no fue, por usar la gastada frase del historiador Francis Fukuyama, «El fin de la historia» (ni siquiera él quiso exactamente decir eso); pero, para Berlín, fue una resolución.

EPÍLOGO

El Muro sigue aún allí; la franja de la muerte y las torres de vigilancia, también. Continúan en el mismo lugar como muestra de aquella absoluta locura; en Bernauer Strasse se conserva un pequeño tramo a modo de museo oficial, envuelto en una atmósfera solemne, como la de un santuario. ¿Por qué erigir monumentos conmemorativos cuando la realidad misma puede servir como tal? En este sentido, Berlín parece refractario a las metáforas. También podemos encontrar secciones del Muro sin demoler en el cementerio de St. Hedwig; y otra de algo más de un kilómetro y medio de largo a orillas del Spree (donde ciento dieciocho artistas colaboraron pintando sobre el hormigón del Muro, dando lugar a la llamada East Side Gallery); también quedan segmentos, a modo de centinelas, en la estación de Potsdamer Platz; y, por supuesto, otra sección en el Checkpoint Charlie, el punto fronterizo inmortalizado para la imaginación occidental en cientos de películas policiacas.

Pero la ciudad actual también es un palimpsesto; y, a la vista de todo lo que quedó borrado en 1945, y de nuevo como consecuencia de la caída del comunismo en 1989, parece existir un instinto de conservar lo que queda, los ecos de la historia reflejados en ladrillo y piedra. Hay un club nocturno muy famoso llamado Berghain (uno de los muchos clubes nocturnos que se extienden por toda la ciudad) en el distrito de Friedrichshain: está situado dentro de la que antes fuera una de las grandes centrales eléctricas de la ciudad, construida por el Gobierno de Alemania Oriental en 1953, siguiendo el estilo neoclásico estalinista, y que sería desmantelada en la década de 1980. Este adusto monumento se yergue justo al lado de la antigua frontera. Cualquier otra ciudad europea, al ver esta imponente

construcción industrial, posiblemente habría pensado en convertirla en un edificio de pisos de lujo o en un museo (como se hizo con la vieja estación eléctrica del Bankside de Londres). En cambio, aquí se destinó a esa otra gran tradición berlinesa de música trepidante y hedonismo cuidadosamente administrado. Otros enclaves cercanos, en su día ocupados por la industria pesada, empezaron a atronar con música industrial, y clubes como Cassiopeia, con sede en una antigua fábrica de Friedrichshain, aparecen bañados por la noche en deslumbrantes luces amarillas y moradas; si Kurt Tucholsky pudiera viajar en el tiempo desde el Luna Park de los años veinte, habría entendido ese devenir del ocio nocturno. Del mismo modo, al pionero en la investigación sexual Magnus Hirschfeld le habría hecho gracia el moderno concepto del KitKatClub y su gran diversidad de espacios y rincones, donde se practican y celebran los gustos más particulares. Por último, pero no menos importante, el filósofo Walter Benjamin también podría haber comulgado perfectamente con el espíritu de estos lugares: a raíz de la Gran Guerra, un día se encontró en un club nocturno de Berlín donde, según escribió, había una prostituta «con un traje de marinero muy ajustado» que «marcó mis fantasías eróticas durante años».[1]

Otros hilos conductores recorren también la ciudad, algunos sorprendentes. La en ocasiones controvertida reconstrucción y resurrección del gran Palacio (Real, en su día) de Berlín, el Berliner Schloss, reencarnado en el Foro Humboldt (en agradecido homenaje a Alexander von Humboldt), también ha llamado la atención del público hacia una campaña llevada a cabo por algunos miembros de la aristocrática familia Hohenzollern para reclamar las obras de arte y propiedades de las que se incautaron los soviéticos que entraron en Berlín en 1945; ¿acaso algunos corazones siguen albergando en silencio la esperanza de volver a ocupar un día sus puestos de influencia?

La mejor manera de entender una ciudad es paseando por ella; un dorado día de septiembre, cálido, pero ya premonitorio del otoño en puertas, la espléndida luz que baña calles, edificios y monumentos permite comprender por qué tantas personas se han visto

irresistiblemente atraídas hasta aquí a lo largo de los años. Las terrazas de los altos y blancos edificios de viviendas de Moabit (el territorio de Kurt Tucholsky) todavía conservan la dignidad de los últimos tiempos de la época guillermina; las hermosas calles alfombradas de hojas cerca de Kurfürstendamm, que quedaron absolutamente destruidas durante la guerra (como la pequeña y preciosa Prager Platz), han sido reconstruidas con tanto cuidado que resulta imposible atisbar siquiera el trauma que allí se vivió; e incluso la masificada atracción turística del Checkpoint Charlie todavía sigue estremeciéndonos un poco; los artistas, músicos y bohemios de toda clase, en sus reconvertidos reinos de oscuras naves de fábricas y almacenes ferroviarios en desuso, evocan los mismos instintos transgresores que George Grosz y los alumnos de la Bauhaus. ¿Ha sido siempre Berlín una ciudad especialmente favorable para los jóvenes? La imagen de los chicos y chicas, con su ropa vaquera descolorida, trepando aquella noche el Muro de Berlín contribuyó a consolidar una sensación que la ciudad llevaba transmitiendo desde hacía mucho tiempo; que, incluso en medio del fascismo, y de un pétreo autoritarismo comunista, siempre existió un sector de población esencialmente resistente al totalitarismo. Que el humor ácido y cínico por el que la ciudad siempre había sido famosa nunca logró silenciarse del todo. En esencia, Berlín nunca fue en realidad la ciudad de Hitler. Ni tampoco la de Stalin. Por más que ambos trataran de imponer su versión de la historia en su pueblo y en sus calles, ya fuera con guirnaldas de esvásticas o con la plomiza ideología de la uniformidad, la ciudad se mantuvo en el fondo obstinadamente inmutable.

La historia no termina jamás; ¿quién sabe qué forma adoptará la próxima revolución que barrerá Berlín? En lo que sí podemos tener fe es en los elementos esenciales que sobrevivieron a la terrible tormenta de fuego del siglo xx, y que volvieron a brotar como coloridas flores silvestres en torno a la torre de hormigón del Humboldthain. Si es cierto que las ciudades tienen espíritu, Berlín puede estar segura de que el suyo —joven, abierto, obstinado— sobrevivirá.

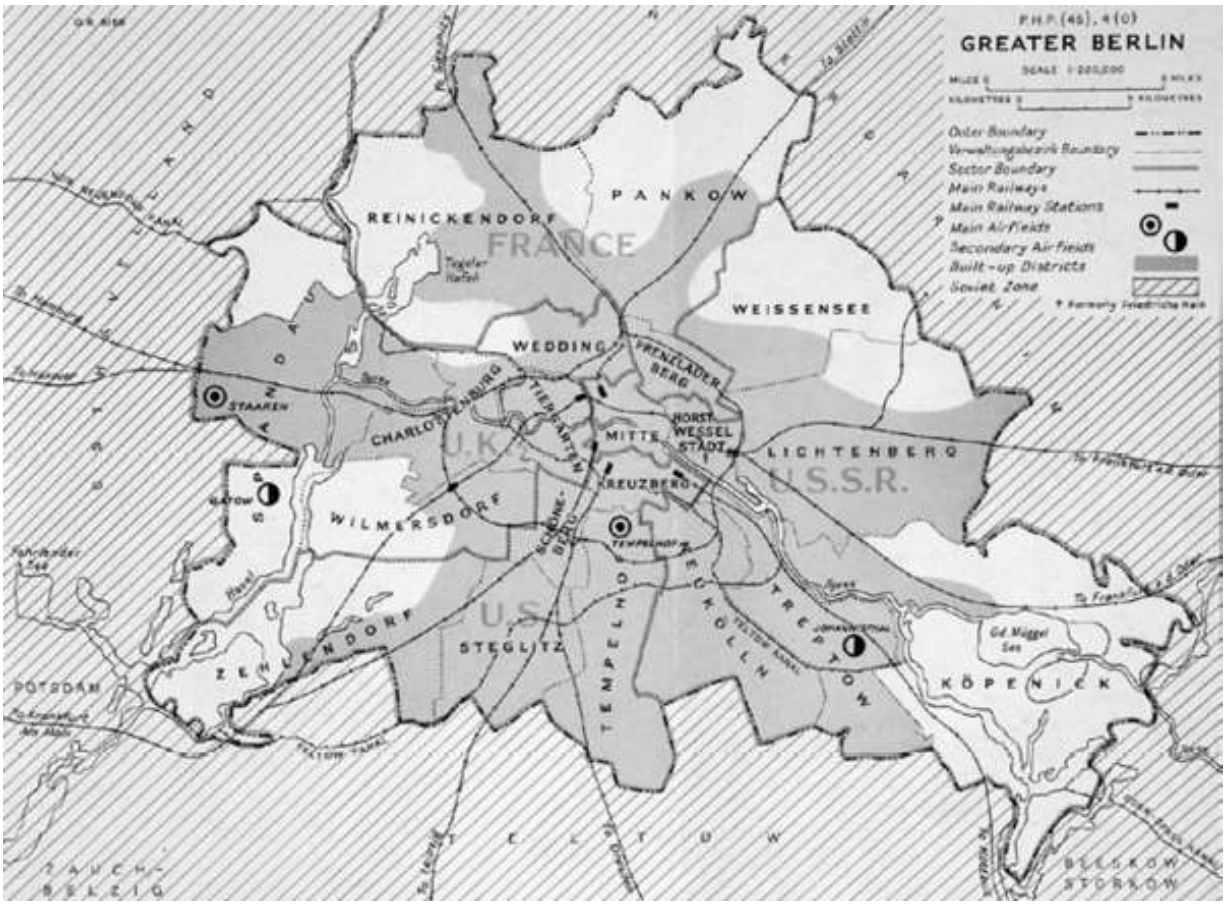
38. Durante la Conferencia de Potsdam de 1945, se desplegó personal femenino para dirigir el tráfico. Por toda la ciudad se colocaron señales en ruso, un impactante recordatorio para los berlineses de quiénes eran sus nuevos gobernantes.

39. El hotel Adlon, en su día un lujoso lugar de encuentro para la aristocracia berlinesa, convertido en un sombrío cascarón hueco. A partir de 1945, el hotel quedaría dentro del territorio soviético, bajo la adusta mirada de Stalin.

40. En el sector soviético del Berlín dividido, el líder Walter Ulbricht, aparte de supervisar una represión brutal, se involucró en la construcción de viviendas limpias y modernas, aunque no al estilo «americanizado».

41. El director Billy Wilder inició su carrera en Berlín; su comedia negra de 1947 Berlín Occidente, ambientada en la ciudad devastada y protagonizada por otra exberlinesa, Marlene Dietrich, es a la vez divertida y desgarradora.

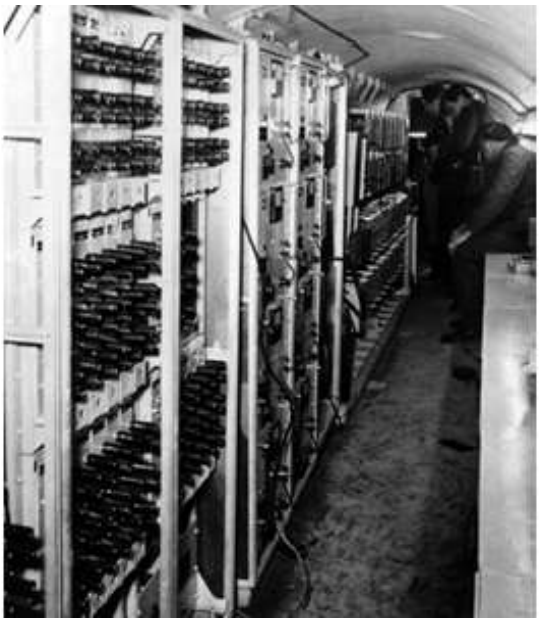
42. El Bloqueo de Berlín de 1948 y 1949, impuesto por los soviéticos del oeste de la ciudad, provocó un heroico envío de víveres y mercancías por el aire. Mientras tanto, los rusos trataban de seducir a los habitantes de Berlín Oeste con exquisiteces y combustible.



43. Durante el Bloqueo, los políticos occidentales estudiaban los mapas del Berlín dividido —una isla ocupada por Occidente dentro de un océano comunista— con un nerviosismo cada vez mayor.

44. Bertolt Brecht (que aquí aparece con su esposa, Helene Weigel, durante la puesta en escena de la producción de *Madre coraje y sus hijos* por la Berliner Ensemble en 1949) dio a los comunistas una gran proyección cultural durante el Bloqueo.

45. La extraordinaria revelación en 1956 de un túnel espía angloestadounidense en Berlín, que tenía pinchadas las líneas telefónicas del lado Este, dejó claro hasta qué punto la ciudad se había convertido en el centro del espionaje europeo durante la Guerra Fría.



46. La existencia de este complejo túnel, dotado de una sofisticada tecnología, había sido revelada a los soviéticos meses antes por el agente doble del MI6 George Blake. Su descubrimiento agudizó aún más la paranoia de la Guerra Fría en ambas partes.

49. Los manifestantes de Berlín Oriental, estimados en varios miles, fueron considerados suficiente amenaza para la estabilidad del régimen comunista como para volver a enviar tanques soviéticos a las calles de la ciudad. Los comunistas afirmaron que las manifestaciones obedecían a una conspiración estadounidenses encubierta.

47. Los padres de Berlín Oriental y los de Berlín Occidental estaban igualmente alarmados por lo que ellos consideraban la chabacana, sexualizada y delictiva cultura juvenil estadounidense de la década de 1950, que gozaba de una buena acogida en las salas de baile de la ciudad y en la nueva revista *Bravo*.

48. La revuelta de Berlín de 1953 —una rebelión contra la línea dura y el Gobierno a menudo despiadado de Ulbricht— comenzó como una protesta laboral y fue extendiéndose por toda la República Democrática Alemana.

50. Los adustos y anodinos bloques de viviendas de Berlín Este que Ulbricht ordenó levantar no diferían demasiado —en términos estéticos— de muchos complejos de edificios similares en ciudades como Londres (aunque el suministro de agua caliente en los de Berlín Este no era muy regular).

51. En Berlín Occidental se llevaron a cabo varias iniciativas para cambiar los edificios de viviendas de estilo brutalista por otros de aspecto más decorativo, en la línea arquitectónica de Le Corbusier, siguiendo los mismos principios de Berlín Este pero con más dinero.

52. Berlín Oriental y Berlín Occidental tenían programas de televisión diferentes. Los comunistas alcanzaron un éxito internacional con una producción animada para el público infantil llamada *Unser Sandmännchen*, pensada para inducir al sueño a los más pequeños a la hora de irse a la cama.

53. El 12 y el 13 de agosto de 1961, el temor recurrente de todos los berlineses se hizo realidad cuando Ulbricht ordenó la completa división de la ciudad y la construcción de un muro que cortaría de cuajo la relación entre familiares, amigos y parejas.

54. El Muro de Berlín entró a formar parte, con toda su crudeza, del paisaje de la Guerra Fría y se convirtió en un símbolo de la opresión hecho de hormigón. Cientos de personas morirían tratando de cruzarlo. Durante décadas pareció algo permanente e inamovible; su caída, el 9 de noviembre de 1989, se vivió como un milagro.

55. La caída del Muro sigue manteniendo su resonancia hasta nuestros días, ya que se convirtió en un símbolo universal de libertad, y de algo más: el anhelo de reconciliación. La herida del Berlín dividido se había curado.

AGRADECIMIENTOS

Durante lo que han sido dos años bastante intensos para todos, mi gratitud y mis gracias, para con tantas personas, son en todo caso más profundas de lo habitual. Para empezar, quiero rendir tributo a Gertrud Achinger y a la doctora Eva Geffers, por el extraordinario trabajo llevado a cabo con el Zeitzeugenbörse en Berlín, y que, aparte de concederme su tiempo, me ha proporcionado una magnífica variedad de material. Esta maravillosa organización ha dado voz a un enorme número de berlineses de avanzada edad, a los que hasta entonces no se les había animado a contar sus extraordinarias historias: varias capas del sentimiento de culpa colectiva de la posguerra que de esta manera encuentran acomodo, envueltas en vívidos e iluminadores recuerdos. El Zeitzeugenbörse no solo registra y filma a sus colaboradores para que sus voces perduren cuando ellos se hayan ido, sino que también organiza brillantes sesiones educativas en las que los jóvenes se encuentran con los mayores y se cuentan y comparten experiencias. Publica además un boletín mensual que a menudo incluye breves y maravillosamente detalladas entradas con aportaciones de testigos contemporáneos; recuerdos que van desde los juegos de patio a la descarnada división del Muro. Para más información, véase: <zeitzeugenboerse.de>. Por otra parte, y en términos más generales, el Bundesarchiv —el archivo federal— conserva todo lo relativo a la vida de Berlín, desde correspondencia hasta grabaciones de audio y películas. Para más información, véase <www.bundesarchiv.de/EN/Navigation/Home/home.html>.

Igualmente inestimable en muchos sentidos es el extraordinario Museo Judío; sus impresionantes y conmovedoras exposiciones

sobre la vida judía en la ciudad me han puesto en el camino de muchas sendas de investigación. El museo cuenta también con archivos de excepcional valor (<www.jmberlin.de/en/archive>). En ellos encontramos diarios, documentación, cartas y recuerdos que, partiendo del siglo XIX, atraviesan la creciente oscuridad del XX y llegan hasta los años de la posguerra. Este archivo mantiene además estrechos vínculos con la Wiener Library de Londres, centrada en los años de la atrocidad y el terror nazis (<wienerholocaustlibrary.org>).

Mi gratitud también, como siempre, a la London Library, cuyas interminables estanterías contienen cientos de tesoros históricos insospechados (y también por conseguir que estos tesoros hayan estado en gran medida disponibles en una época marcada por las restricciones); también a la British Library y su hemeroteca de incalculable valor, que actualmente constituye en sí misma un fenómeno historiográfico, y a los National Archives.

Mi más sentido agradecimiento, también como siempre, a Daniel Crewe, mi editor en Viking: la idea del libro fue (una vez más) suya. Él es quien lo ha supervisado con sabia paciencia, dirigiéndolo hacia un puerto seguro. También estoy en deuda con el editor jefe Connor Brown, cuyos brillantes comentarios y consejos tanto me han ayudado a atravesar las densas nieblas que se han cruzado por el camino. Trevor Horwood, como siempre, ha demostrado ser el embajador de la claridad y la poesía en su cristalina y fantástica revisión. Gracias también a la extraordinariamente creativa e imaginativa Olivia Mead y su enérgico manejo de la publicidad; a Annie Moore por su marketing; a Emma Brown (gestión editorial) y a Annie Underwood (producción). Mi rendida admiración, como siempre, a Anna Power, mi sensacional agente, que cerró los acuerdos iniciales, y a Helene Butler, por su extensa red de operaciones internacionales (y a Claire Morris, brillante también en la faceta internacional). Unas breves palabras de agradecimiento (aunque él tal vez no se acuerde) al programador de contenidos televisivos de Berlín, Dennis Wagner, con quien pasé un día de filmación el año pasado; su desenfadado humor, y su relato de cómo era crecer en la RDA, me pusieron en la pista de todo un abanico de

temas de investigación. En tanto que vamos saliendo de este confinamiento global, plantéense visitar Berlín, si aún no lo han hecho. Sigue siendo mucho lo que esta extraordinaria y generosa ciudad puede enseñarnos.

BIBLIOGRAFÍA

ANÓNIMA, *A Woman in Berlin*, Virago Modern Classics, 2011. [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín*, Barcelona, Anagrama, 2013].

ARENDT, HANNAH, *The Origins of Totalitarianism*, Penguin Classics, 2017. [Hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2006].

BEEVOR, ANTONY, *Berlin. The Downfall, 1945*,Viking, 2002. [Hay trad. cast.: *Berlín. La caída, 1945*, Barcelona, Crítica, 2005].

BENJAMIN, WALTER, *OneWay Street and Other Writings*, traducción de J. A. Underwood, Penguin Classics, 2009.

—, *Reflections. Essays, Aphorisms, Autobiographical Writings*, traducción de Edmund Jephcott, Mariner, 2019.

BORNEMAN, JOHN, *Belonging in the Two Berlins. Kin, State, Nation*, Cambridge University Press, 1992.

BRIAN, ALFRED DÖBLIN, *Berlin Alexanderplatz*, Penguin, 2018. [Hay trad. cast.: *Berlín Alexanderplatz*, Madrid, Cátedra, 2003].

DROSTE, MAGDALENA, *Bauhaus, 1919-1933*, Taschen, 2015.

GOEBBELS, JOSEPH, *The Goebbels Diaries*, Hamish Hamilton, 1948. [Hay trad. cast.: *Diario de 1945*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016].

GROSSMAN, VASILI, *A Writer at War. Vasily Grossman with the Red Army, 1941*-1945, Pimlico, 2006. [Hay trad. cast.: *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, edición de Antony Beevor y Luba Vinogradova, Barcelona, Crítica, 2012].

GROSZ, GEORGE, *A Small Yes and a Big No. The Autobiography of George Grosz*, Allison & Busby, 1982. [Hay trad. cast.: *Un sí menor y un no mayor*, Madrid, Capitán Swing, 2011].

GUTTSMAN, W. L., *Workers' Culture in Weimar Germany. Between Tradition and Commitment*, Berg, 1990.

HESSEL, FRANZ, *Walking in Berlin. A Flaneur in the Capital*, Scribe, 2016. [Hay trad. cast.: *Paseos por Berlín*, Madrid, Errata Naturae, 2015].

HOBSBAWM, ERIC, *Interesting Times. A Twentieth-Century Life*, Allen Lane, 2002. [Hay trad. cast.: *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003].

HUBER, FLORIAN, *Promise Me You'll Shoot Yourself. The Downfall of Ordinary Germans, 1945*, Allen Lane, 2019. [Hay trad. cast.: *Prométeme que te darás un tiro*, Barcelona, Ático de los Libros, 2022].

ISHERWOOD, CHRISTOPHER, *Christopher and His Kind*, Vintage Classics, 2012. [Hay trad. cast.: *Christopher y su gente*, Barcelona, El Aleph, 1999].

JÄHNER, HARALD, *Aftermath. Life in the Fallout of the Third Reich, 1945-1955*, *WH* Allen, 2021.

JALOWICZ-SIMON, MARIE, *Underground in Berlin. A Young Woman's Extraordinary Tale of Survival in the Heart of Nazi Germany*, Back Bay Books, 2014. [Hay trad. cast.:

Clandestina, Cáceres, Periférica, 2022].
JUDT, TONY, *Postwar. A History of Europe Since 1945*, William Heinemann, 2005. [Hay trad. cast.: *Postguerra*, Madrid, Taurus, 2006].
KAPCZYNSKI, JENNIFER M., y MICHAEL D. RICHARDSON (eds.), *A New History of German Cinema*, Camden House, 2012.
KARDORFF, URSULA VON, *Diary of a Nightmare. Berlin, 1942-1945*, Rupert Hart-Davis, 1965.
KÄSTNER, ERICH, *Going to the Dogs. The Story of a Moralist*, NYRB Classics, 2013. [Hay trad. cast.: *Fabian*, Barcelona, Minúscula, 2010].
KERSHAW, IAN, *The End. Germany, 1944-45*, Allen Lane, 2011. [Hay trad. cast.: *El final. Alemania, 1941-1945*, Barcelona, Crítica, 2022].
KESSLER, CONDE HARRY, *The Diaries of a Cosmopolitan. Count Harry Kessler, 1918-1937*, Weidenfeld and Nicolson, 1971. [Hay trad. cast.: *Conde Harry Kessler. Diario (1893-1937)*, Librosdevanguardia, 2015].
KLEMPERER, VICTOR, *The Language of the Third Reich (A Philologist's Notebook)*, Athlone Press, 2000. [Hay trad. cast.: *LTI. La lengua del Tercer Reich*, Barcelona, Minúscula, 2001].
KNEF, HILDEGARD, *The Gift Horse*, André Deutsch, 1971. [Hay trad. cast.: *A caballo regalado*, Lasser Press Mexicana, 1974].
MACLEAN, ROGER MOORHOUSE, *Berlin at War. Life and Death in Hitler's Capital, 1939-45* , The Bodley Head, 2010.
NABOKOV, VLADIMIR, *The Gift*, Penguin Modern Classics, 2017. [Hay trad. cast.: *La dádiva*, Barcelona, Anagrama, 1998].
NEUFELD, MICHAEL J., *Von Braun. Dreamer of Space, Engineer of War*, Knopf, 2007.
ORBACH, LARRY, VIVIEN ORBACH-SMITH, *Young Lothar. An Underground Fugitive in Nazi Berlin*, I. B. Tauris, 2017.
OVERY, RICHARD, *The Bombing War. Europe 1939-45*, Allen Lane, 2013.
PALMOWSKI, JAN, *Inventing a Socialist Nation. Heimat and the Politics of Everyday Life in the GDR 1945-90*, Cambridge University Press, 2009.
REIN, HEINZ, *Berlin Finale*, Penguin Modern Classics, 2017. [Hay trad. cast.: *Final en Berlín*, Madrid, Sexto Piso, 2017].
RICHIE, ALEXANDRA, *Faust's Metropolis. A History of Berlin*, Harper Press, 1998.
ROTH, JOSEPH, *What I Saw. Reports from Berlin, 1920-1933*, Granta, 2003. [Hay trad. cast.: *Crónicas berlinesas*, Barcelona, Minúscula, 2017].
SCHIVELBUSCH, WOLFGANG, *In a Cold Crater. Cultural and Intellectual Life in Berlin 1945-1948*, University of California Press, 1998.
SERENY, GITTA, *Albert Speer. His Battle with Truth*, Macmillan, 1995.
SHIRAKAWA, SAM H., *The Devil's Music Master. The Controversial Life and Career of Wilhelm Furtwängler*, Oxford University Press, 1992.
SHIRER, WILLIAM L., *Berlin Diary. The Journal of a Foreign Correspondent, 1934-1941*, Hamish Hamilton, 1942. [Hay trad. cast.: *Diario de Berlín. 1936-1941*, Barcelona, Debate, 2022].
SPEER, ALBERT, *Inside the Third Reich*, Weidenfeld and Nicolson, 1970. [Hay trad. cast.: *Memorias*, Barcelona, Acantilado, 2001].
STANGL, PAUL, *Risen from Ruins. The Cultural Politics of Rebuilding East Berlin*, Stanford University Press, 2018.
STERN, CAROLA, *Ulbricht. A Political Biography*, Pall Mall Press, 1965.

STUDNITZ, HANS-GEORG VON, *While Berlin Burns. The Diary of Hans-Georg von Studnitz, 1943-1945*, Weidenfeld and Nicolson, 1964.
TOOZE, ADAM, *The Deluge. The Great War and the Remaking of the Global Order, 1916-1931*, Allen Lane, 2014. [Hay trad. cast.: *El diluvio. La Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*, Barcelona, Crítica, 2022].
TUCHOLSKY, KURT, *Germany? Germany! Satirical Writings. The Kurt Tucholsky Reader*, Berlinica, 2017.
VASSILTCHIKOV, MARIE «MISSIE», *The Berlin Diaries 1940-1945 of Marie 'Missie' Vassiltchikov*, Chatto & Windus, 1985. [Hay trad. cast.: *Los diarios de Berlín (1940-1945)*, Barcelona, Acantilado, 2004].
WOLFF, CHARLOTTE, *Magnus Hirschfeld. A Portrait of a Pioneer in Sexology*, Quartet, 1986.
ZHUKOV, MARISCAL G. K., *The Memoirs of Marshal Zhukov*, Jonathan Cape, 1971.

NOTAS

PRÓLOGO: «TODA CIUDAD TIENE UNA HISTORIA, ¡PERO BERLÍN TIENE DEMASIADA!»

[1] Tomado de un atinado ensayo escrito en septiembre de 1968 por Stephen Spender en *The New York Review of Books*, «The Young in Berlin», centrado en la política estudiantil, pero donde se hace referencia a una cierta continuidad en las caras que se ven por las calles de Berlín Occidental.
[2] De un ensayo de Joseph Roth de 1930, «Stone Berlin», que actualmente puede encontrarse, junto con sus otras monografías, en *What I Saw. Reports from Berlin 1920-1933*, Granta, 2003. [Hay trad. cast.: *Crónicas berlinesas*, Barcelona, Minúscula, 2017].
[3] Cita tomada de «Hello to Berlin», un ensayo de Anthony Grafton para *The New York Review of Books* (agosto de 1997).
[4] Cita tomada de «Berlin in Pictures. Weimar City and the Loss of Landscape», de An Paenhuysen, *New German Critique*, n.º 109 (invierno de 2010); una monografía fascinante sobre la forma en que la revolución de la electricidad transformó la estética de la ciudad, y sobre las tensiones generadas por este paisaje urbano de nuevo cuño.
[5] Tomado del ensayo del, por entonces diplomático, Harold Nicolson, «The Charm of Berlin», publicado en la revista *Der Querschnitt* en 1929. Como muchas semblanzas de Berlín de esta época, también se hace eco del atronador ruido de los «trenes elevados».
[6] Cita de Eric Hobsbawm en «Memories of Weimar», un ensayo para la *London Review of Books* (enero de 2008). Los recuerdos del propio Hobsbawm, a los que se hará referencia más adelante, constituyen un relato increíblemente evocador de este periodo.
[7] *A Small Yes and a Big No.The Autobiography of George Grosz*, Allison & Busby, 1982, publicada por primera vez en 1955; un relato fascinantemente escrito y a menudo absolutamente hilarante de la pintoresca vida del autor. [Hay trad. cast.: *Un sí menor y un no mayor*, Madrid, Capitán Swing, 2011].
[8] Citado en el *Financial Times* (13 de septiembre de 2019).

PRIMERA PARTE: DISOLUCIÓN

1. LOS HABITANTES DE LA OSCURIDAD

[1] Cita tomada de *A Woman in Berlin* (1954), de autora anónima, aunque muchos la atribuyen a la periodista Marta Hillers, Virago Modern Classics, 2011. [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín*, Barcelona, Anagrama, 2013]. Como se referirá posteriormente, constituye el relato más conmovedor —y detalladamente comentado— del terror en aquellos días para la población femenina de la ciudad.
[2] Mencionado en varios diarios de esta época, incluido *A Woman in Berlin*, anónima. [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín…*].
[3] Cita tomada de una monografía de Jeremy Hicks para la *Russian Review* (abril de 2013) sobre el artículo de Simonov «El campo de exterminio», así como las descripciones, algo posteriores, de los campos de la muerte relatadas por el escritor Vasili Grossman.
[4] Las evocadoras memorias de Brigitte Lempke se encuentran entre las recogidas por el Zeitzeugenbörse (Centro de Testigos de la Historia Contemporánea) y constan en una breve monografía publicada en 2003 bajo el título *Jugend Unter Brauner Diktatur*. El boletín mensual de la organización recoge fascinantes relatos no solo de la guerra de Berlín, sino también de la vida en la ciudad antes y después; véase <https://zeitzeugenboerse.de>.
[5] Moseley, Philip E., «The German Occupation. New Light on How the Zones Were Drawn», *Foreign Affairs* (julio de 1950).
[6] *The Daily Telegraph* (2 de abril de 1945).
[7] Cita tomada de Nicholas Stargardt, *The German War* (2015).
[8] La historia de Gerda fue recogida y contada con apasionante detalle por Elinor Florence en la entrada de un blog en <www.elinorflorence.com/blog/berlin-bombing/>.
[9] Cita tomada de *The Language of the Third Reich (A Philologist's Notebook)* de Victor Klemperer, Athlone Press, 2000, publicada por primera vez en Alemania en 1957. [Hay trad. cast.: *LTI. La lengua del Tercer Reich*, Barcelona, Minúscula, 2001]. El profesor Klemperer, un académico judío radicado en Dresde que había sobrevivido tanto al Holocausto como al bombardeo de su ciudad natal, fue un fascinante pensador y escritor de diarios; este libro es sumamente esclarecedor sobre los diversos medios por los que los nazis trataron de apropiarse del idioma alemán y amoldarlo a su conveniencia.
[10] *Ibid.*
[11] *Ibid.*
[12] Cita tomada de *Submerged on the Surface. The Not-So-Hidden Jews of Nazi Berlin, 1941-1945,* de Richard N. Lutjens Jr., Berghahn Books, 2019.
[13] *Ibid.*
[14] De *Underground in Berlin. A Young Woman's Extraordinary Tale of Survival in the Heart of Nazi Germany* de Marie Jalowicz-Simon, Back Bay Books, 2014. [Hay trad. cast.: *Clandestina*, Cáceres, Periférica, 2022].
[15] *Ibid*.
[16] Cita tomada de *Seeking Peace in the Wake of War*, Amsterdam University Press, 2015, edición de Stefan Ludwig Hoffman, Sandrine Kott *et al*.
[17] *Ibid.*
[18] *Ibid.*
[19] Cita tomada de «Germans into Allies. Writing a Diary in 1945», de Stefan Ludwig Hofmann, en *Seeking Peace in the Wake of War*.

2. LOS NIÑOS MÁRTIRES

[1] Czech (o Zech) fue entrevistado muchos años después de la guerra, y apareció en varios documentales y artículos; uno de ellos ha sido publicado en el diario *The Independent* en fecha tan reciente como el 16 de noviembre de 2005.
[2] Las creencias de Ley recibieron sarcásticos comentarios nada menos que del ministro de Armamento y Producción de Guerra de Hitler, Albert Speer, en su autobiografía *Inside the Third Reich* (Weidenfeld and Nicolson, 1970), y han sido citadas por varios académicos al investigar la debilidad de los nazis por la ciencia ficción, rayana en el ocultismo. Speer se consideraba a sí mismo un equilibrado racionalista, lo que hace las memorias de este enajenado personaje todavía más espeluznantes. [Hay trad. cast.: *Memorias*, Barcelona, Acantilado, 2001].
[3] Recuerdos de Horst Basemann, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[4] *Ibid.*
[5] *Ibid.*
[6] *Ibid.*
[7] *Ibid.*
[8] *Ibid.*
[9] Hay un pasaje brillante y un tanto conmovedor en las memorias de Grosz, *Un sí menor y un no mayor,* en el que el joven pintor decide ir a visitar a su héroe Karl May a Dresde; es un día tormentoso de otoño, y resulta difícil imaginar algo más alejado de las inmensas praderas y sus peligros que la casa del venerado autor; un acogedor caos de trastos del siglo XIX.
[10] Cita tomada de *Inside the Third Reich.* [Hay trad. cast.: *Memorias…*]. Speer comentaba que, en su retiro de Berchtesgaden, Hitler tenía una estantería entera dedicada a las novelas de Karl May.
[11] Una detallada descripción tomada de Grosz, *Un sí menor y un no mayor*.
[12] Cita tomada de una escalofriante pero fascinante monografía en la que se subraya no solo la forma en que se sacó provecho del asesinato, sino que también se describe la profunda y demoledora pobreza industrial del hogar de Norkus: Jay W. Baird, «From Berlin to Neubabelsberg – Nazi Film Propaganda and Hitler Youth Quex», *Journal of Contemporary History*, vol. 18, n.º 3 (julio de 1983).
[13] *Ibid.*
[14] *Ibid.*
[15] *Ibid.*
[16] Memorias de Christa Ronke, recogidas por el Zeitzeugenbörse.
[17] *Ibid.*
[18] Recuerdos de Gerhard Rietdorff, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[19] *Ibid.*
[20] *Ibid.*
[21] Cita tomada de una fascinante monografía de David K. Yelton: «"Ein Volk Steht Auf". The German Volkssturm and Nazi Strategy 1944-1945», *Journal of Military History*, vol. 64, n.º 4 (octubre de 2000).
[22] *Ibid.*
[23] El relato se incluye en *Prague in Danger. The Years of German Occupation. Memories and History*, de Peter Demetz, FSG, 2009.
[24] Tomado de una larga y elocuente entrevista con el arquitecto, llevada a cabo por Rem Koolhaas y Hans Ulrich-Obrist para la revista altamente especializada *Log*, n.º 16 (verano

de 2009).
[25] *Ibid.* Ungers era consciente de la rareza, al estilo de Kurt Vonnegut, de sus experiencias de guerra.
[26] Memorias de Christa Ronke.
[27] *Ibid.*

3. LA AGONÍA REVOLUCIONARIA

[1] De *The Diaries of a Cosmopolitan. Count Harry Kessler, 1918-1937,* Weidenfeld and Nicolson, 1971. [Hay trad. cast.: *Conde Harry Kessler. Diario (1893-1937)*, Librosdevanguardia, 2015].
[2] Podemos encontrar un magnífico repertorio de ensayos sobre la vida de Rosa Luxemburg en los archivos de la *London Review of Books*, incluidos los de Jacqueline Rose («What More Could We Want of Ourselves!», 16 de junio de 2011) y Edward Timms («Rosa with Mimi», 4 de junio de 1987). Susan Watkins ofrece algunos elocuentes detalles en un trabajo sobre *Rosa Luxemburg. An Intimate Portrait* de Mathilde Jacob, Lawrence & Wishart, 2000.
[3] De *Diaries of a Cosmopolitan…* [Hay trad. cast.: *Conde Harry Kessler…*].
[4] *Ibid.*
[5] *Ibid.*
[6] Cita tomada de «Weimarama», un apasionante ensayo del profesor Richard J. Evans para la *London Review of Books* (8 de noviembre de 1990).
[7] *Ibid.*
[8] Observación tomada de *Diaries of a Cosmopolitan…,* de Kessler. [Hay trad. cast.: *Conde Harry Kessler…*].
[9] Podemos encontrar un fascinante análisis de los orígenes del movimiento de los Freikorps —y otros similares— en «Vectors of Violence. Paramilitarism in Europe After the Great War, 1917-1923», de Robert Gerwarth y John Horne, *Journal of Modern History*, vol. 83, n.º 3 (septiembre de 2011).
[10] «The Fortress Shop – Consumer Culture, Violence and Security in Weimar Berlin», de Molly Loberg, *Journal of Contemporary History*, vol. 49, n.º 4 (octubre de 2014).
[11] «Refugees from the East», de Joseph Roth, publicado por primera vez en *Neue Berliner Zeitung* (20 de octubre de 1920).
[12] «The Orient on Hirstenstrasse», de Joseph Roth, publicado por primera vez en *Neue Berliner Zeitung* (4 de mayo de 1921).
[13] «Wailing Wall», de Joseph Roth, publicado por primera vez en *Das Tagebuch* (14 de septiembre de 1929).
[14] «Fluctuations in Infant Mortality Rates in Berlin», de Jay Winter y Joshua Cole, *European Journal of Population*, vol. 9, n.º 3 (septiembre de 1993).
[15] Cita tomada de *The Gift*, de Vladimir Nabokov, Penguin Modern Classics, 2001. [Hay trad. cast.: *La dádiva*, Barcelona, Anagrama, 1998].
[16] *Ibid.*; el primer tercio de la novela consiste en una subyugante recreación literaria del ambiente de aquellas calles de Berlín en la década de 1920 (y las últimas páginas evocan las revistas literarias, la conflictiva política migratoria y el nudismo).

[17] Cita tomada de una bellamente ilustrada monografía sobre arquitectura titulada «Poelzig and the Golem», de Marco Biraghi y Michael Sullivan (traducción), publicada en la revista de la Architectural Association, *A A Files*, n.º 75 (2017).
[18] De las memorias de Speer, *Inside the Third Reich.* [Hay trad. cast.: *Memorias…*].
[19] «Skyscrapers», de Joseph Roth, publicado por primera vez en el *Berliner Börsen-Courier* (12 de marzo de 1922).
[20] *Ibid.*
[21] Manifiesto de Gropius, cuyos ecos e influencia sobre otros arquitectos de Weimar se analizan en una monografía llamada «Gropius el Romántico», de Wolfgang Pehnt, *The Art Bulletin* (septiembre de 1971).
[22] *Ibid.*
[23] Cita tomada de *Inside the Third Reich*, de Speer. [Hay trad. cast.: *Memorias…*].
[24] *Ibid.*
[25] Gitta Sereny, *Albert Speer. His Battle with Truth*, Macmillan, 1995 [hay trad. cast.: *Albert Speer, su batalla contra la verdad*, Barcelona, Vergara, 2006] constituye un relato fascinante; una extraordinaria investigación por parte de Sereny, a través de entrevistas personales, para intentar penetrar en el alma de Speer.
[26] Cita tomada de «The Display Window. Designs and Desires of Weimar Consumerism», de Janet Ward Lungstrum, *New German Critique*, n.º 76 (invierno de 1999).
[27] *Ibid.*
[28] De Paenhuysen, «Berlin in Pictures…».
[29] Lungstrum, «The Display Window…».
[30] Los refrigerios son vívidamente descritos por George Grosz en sus antes citadas memorias; pero también podemos encontrar más detalles en una maravillosa antología de la obra de Kurt Tucholsky (el extraordinario escritor satírico, comentarista social y melancólico profeta de Berlín, además de editor de *Die Weltbühne*) titulada *Germany? Germany! Satirical Writings. The Kurt Tucholsky Reader*, Berlinica, 2017.
[31] *Ibid.*
[32] Cita tomada del ensayo de Joseph Roth «Berlin's Pleasure Industry», *Münchner Neueste Nachrichten* (1 de mayo de 1930), un ameno y evocador recorrido por la variada oferta de locales de bebidas de Berlín, con todas sus novedades y modas en esta materia.
[33] Erich Kästner, *Going to the Dogs. The Story of a Moralist*, NYRB Classics, 2013.
[34] Speer, *Inside the Third Reich.* [Hay trad. cast.: *Memorias…*].
[35] *Ibid.*
[36] *Ibid.*

4. SANGRE DERRAMADA Y JÚBILO

[1] Klemperer, *The Language of the Third Reich.* [Hay trad. cast.: *LTI. La lengua del Tercer Reich…*].
[2] *The Times* (9 de febrero de 1920); el artículo en cuestión también refiere, en un tono que sugiere cierto regocijo contenido, las hazañas del submundo criminal, y sangrientos episodios del mundo del hampa.
[3] *Ibid.*
[4] *The Daily Telegraph* (30 de junio de 1922).

[5] *Ibid.*
[6] *The Daily Telegraph* (17 de diciembre de 1925).
[7] Kästner, *Going to the Dogs…*
[8] *Ibid.*
[9] *Ibid.*, Epílogo.
[10] De las extraordinarias y sumamente apasionantes memorias de Eric Hobsbawm, *Interesting Times. A Twentieth Century Life*, Allen Lane, 2002. [Hay trad. cast.: *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003].
[11] De unas vívidas memorias de la época tituladas *Walking in Berlin. A Flaneur in the Capital,* de Franz Hessel, traducción de Amanda deMarco (Scribe, 2016), publicadas por primera vez en 1929.
[12] Hobsbawm, *Interesting Times…* [Hay trad. cast.: *Años interesantes…*].
[13] Hessel, *Walking in Berlin…*
[14] Existe una monografía que trata de cómo Goebbels, tras haber formado a sus soldados políticos, entendía el poder del martirio. «Goebbels, Horst Wessel and the Myth of Resurrection and Return», de Jay W. Baird, *Journal of Contemporary History*, vol. 17, n.º 4, octubre de 1982.
[15] Cita tomada de la sorprendentemente atractiva obra *Ulbricht. A Political Biography,* de Carola Stern (Pall Mall Press, 1965).

5. EL CAMINO QUE CONDUCÍA A LA OSCURIDAD

[1] Klemperer, *The Language of the Third Reich.* [Hay trad. cast.: *LTI. La lengua del Tercer Reich…*].
[2] Arendt, Hannah, *The Origins of Totalitarianism*, Penguin Classics, 2017. [Hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2006].
[3] De «A Berlin Chronicle», de Walter Benjamin, escrita en 1932 pero que no sería publicada hasta 1970 y actualmente puede encontrarse en una espléndida antología de Benjamin, *Reflections*, Mariner, 2019. [Hay trad. cast.: *Crónica de Berlín*, Madrid, Abada, 2015]. Los comentarios de Benjamin —que van desde monografías en profundidad a párrafos de gran agudeza— ofrecen una vertiginosa perspectiva intelectual centrada en pequeños detalles donde al mismo tiempo se explora un laberinto de filosofía, lenguaje e imágenes.
[4] *Ibid.*
[5] Walter Benjamin, «The Storyteller» (1936), en *Illuminations*, Bodley Head, 2015.
[6] *Ibid.*
[7] *Ibid.*
[8] Larry Orbach y Vivien Orbach-Smith, *Young Lothar. An Underground Fugitive in Nazi Berlin*, I. B. Tauris, 2017.
[9] *Ibid.*
[10] Hannah Arendt, *Men in Dark Times*, Mariner, 1970. [Hay trad. cast.: *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona, Gedisa, 2009].
[11] Citado en una monografía extraordinariamente interesante centrada en los *Black Notebooks* de Heidegger*,* «Great Again» de Malcolm Bull, *London Review of Books* (20 de octubre de 2016).

[12] *Ibid.*
[13] Hobsbawm, *Interesting Times…* [Hay trad. cast.: *Años interesantes…*].
[14] *Ibid.*
[15] *Ibid.*
[16] *Ibid.*
[17] *Ibid.*
[18] Recuerdos de Ruth-Johanna Eichenhofer, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[19] Memorias de Brigitte Lempke.
[20] *Ibid.*
[21] Orbach y Orbach-Smith, *Young Lothar…*
[22] *Ibid.*
[23] *The Times* (10 de noviembre de 1938).
[24] *Ibid.*
[25] *Ibid.*
[26] *Ibid.*
[27] *The Daily Telegraph* (10 de noviembre 1938).
[28] *Ibid.*
[29] *Ibid.*
[30] *The Times* (10 de noviembre de 1938).
[31] Recuerdos de Reinhart Crüger, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[32] *Ibid.*
[33] *Ibid.*
[34] *Ibid.*
[35] *Ibid.*
[36] *Ibid.*
[37] La persistencia de la negación del Holocausto en algunos reductos del discurso internacional nunca deja de sorprender. Tampoco es un fenómeno reciente. Allá por 1984, una monografía titulada «The Holocaust Hoax. A Rejoinder», de Wallace Greene, publicada en *Jewish Social Studies*, n.º 46 (verano de 1984), respondía a los negacionistas del momento limitándose a citar fría y llanamente la documentación del exterminio masivo y la incapacidad de los nazis para ocultar por completo lo que estaban haciendo.
[38] Recuerdos de Reinhart Crüger.
[39] *Ibid.*
[40] *Ibid.*
[41] Orbach y Orbach-Smith, *Young Lothar…*
[42] *Ibid.*

6. LA PROYECCIÓN DE LOS SUEÑOS

[1] Recuerdos de Helga Hauthal, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[2] *Ibid.*
[3] Existe una apasionante e ilustrativa monografía sobre el sorprendente interior del Berlín de 1920 cuando él ejercía de pareja de baile a sueldo: «Billy Wilder's Work as *Eintänzer* in Weimar Berlin», de Mihaela Petrescu, *New German Critique*, n.º 120 (otoño de 2013).

[4] La película, que pasados cien años sigue resultando fascinante de ver, está disponible en DVD y Blu-Ray en la serie «Masters of Cinema», de Eureka.
[5] Tomado de «14 February 1924: *Die Nibelungen* Premieres, Foregrounds "Germanness"», de Adeline Mueller, dentro del extenso y maravillosamente detallado libro *A New History of German Cinema*, Jennifer M. Kapczynski y Michael D. Richardson (eds.), Camden House, 2012.
[6] *Ibid.*
[7] *Ibid.*
[8] De una entrevista concedida por Fritz Lang al crítico e historiador cinematográfico Alexander Walker en 1967; *Fritz Lang. Interviews*, Barry Keith Grant (ed.), University Press of Mississippi, 2003.
[9] Cita incluida por Eric Rentschler en su libro *The Ministry of Illusion. Nazi Cinema and Its Afterlife*, Harvard University Press, 1996.
[10] Cita atribuida a la actriz Elisabeth Bergner.
[11] Se trata de un interesante artículo de marzo de 1951 donde se explora la carrera de Krauss (y su desnazificado regreso al Berlín de la posguerra a pesar de las protestas): «The Return of Goebbels Film-Makers. The Dilemma Posed by Werner Krauss and Veit Harlan», de Norbert Muhlen, reproducido en la revista en línea *Commentary*: <www.commentary.org/articles/norbert-muhlen/the-return-of-goebbels-film-makersthe-dilemma-posed-by-werner-krauss-and-veit-harlan/>.
[12] Citado por Andrew Dickson en una publicación de la British Library, que guarda una curiosa toma de aquella producción en sus archivos; un sombrío registro histórico que ilustra hasta qué punto el teatro y la literatura fueron distorsionados por el nacionalsocialismo. De «"Deutschland ist Hamlet". Shakespeare in Germany»: <www.bl.uk/shakespeare/articles/deutschland-ist-hamlet-shakespeare-in-germany> (marzo de 2016).
[13] *Ibid.*
[14] Kapczynski y Richardson (eds.), *A New History of German Cinema*.
[15] Este perturbador filme —una cautivadora y rica fantasía visual en muchos sentidos, pero imposible de deslindar de su producción nazi— está disponible en DVD.
[16] Citado en una página web alemana centrada en el elegante apartamento de Kästner: <www.zeitreisen.de/kaestner/adressen/roscher.htm>.
[17] De la autobiografía de Knef *The Gift Horse*, André Deutsch, 1971. [Hay trad. cast.: *A caballo regalado*, Lasser Press Mexicana, 1974].
[18] *Ibid.*
[19] *Ibid.*
[20] *Ibid.*
[21] *Ibid.*

7. EL CLUB DEL URANIO

[1] De una muy interesante monografía sobre los comienzos de la carrera del profesor Hertz y otros distinguidos científicos: «April 1915. Five Future Nobel Prize-Winners Inaugurate Weapons of Mass Destruction and the Academic-Industrial-Military Complex»,

de William Van der Kloot, *Notes and Records of the Royal Society of London*, vol. 58, n.º 2 (mayo de 2004).
[2] Denis Brian, *Einstein: A Life*, John Wiley, 1996.
[3] Kessler, *Diaries of a Cosmopolitan…* [Hay trad. cast.: *Conde Harry Kessler…*].
[4] Brian, *Einstein…*
[5] *Ibid.*
[6] *Ibid.*
[7] *Ibid.*
[8] *Ibid.*
[9] Hay una monografía bastante conmovedora, publicada no mucho después de la guerra, titulada «Max Planck and Adolf Hitler», de James C. O'Flaherty, *American Association of University Professors Bulletin*, vol. 42, n.º 3 (otoño de 1956).
[10] «Lise Meitner: 1878-1968», de O. R. Frisch, *Biographical Memoirs of Fellows of the Royal Society*, n.º 16 (noviembre de 1970).
[11] Thomas Powers, *Heisenberg's War. The Secret History of the German Bomb*, Cape, 1993.
[12] *Ibid.*
[13] *Ibid.*
[14] *Ibid.*
[15] Speer, *Inside the Third Reich…* [Hay trad. cast.: *Memorias…*].
[16] *Ibid.*
[17] Michael J. Neufeld, *Von Braun. Dreamer of Space, Engineer of War*, Knopf, 2007.
[18] *Ibid.*
[19] Existe un extraordinariamente abundante sitio web dedicado a la vida y los trabajos de Manfred von Ardenne en <www.vonardenne.biz/en/company/mva>. También se encuentran allí muchas fotografías. Su autobiografía fue publicada en alemán en 1971. Su trabajo en el campo de la microscopía electrónica aparece mencionado en innumerables publicaciones científicas y académicas. También se encuentran allí muchas fotografías. Su autobiografía fue publicada en alemán en 1971. Su trabajo en el campo de la microscopía electrónica aparece mencionado en innumerables publicaciones científicas y académicas.

8. LA PROFECÍA DE LA CARNE

[1] Tomado de una deliciosa monografía, «Hot Swing and the Dissolute Life. Youth, Style and Popular Music in Europe 1939-49», de Ralph Willett, *Popular Music*, vol. 8, n.º 2 (mayo de 1989).
[2] *Ibid.*
[3] Recuerdos de Manfred Omankowsky, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[4] *Ibid.*
[5] De una absorbente monografía titulada «What is 'Nazi Music'?», de Pamela M. Potter, *Musical Quarterly* (otoño de 2005).
[6] *Ibid.*
[7] El terrible dilema al que se enfrentaba Furtwängler se trata a fondo en una monografía titulada «Political Pleasures with Old Emotions? Performances of the Berlin Philharmonic in

the Second World War», de Sven Oliver Müller, *International Review of the Aesthetics and Sociology of Music*, vol. 43, n.º 1 (junio de 2012).
[8] Tomado de una monografía titulada «Furtwängler the Apolitical?», de Chris Walton, *Musical Times*, vol. 145, n.º 1.889 (invierno de 2004).
[9] *Ibid.*
[10] *Ibid.*
[11] *Ibid.*
[12] Sobre el ascenso de Karajan, véase «Political Pleasures with Old Emotions?».
[13] Véase el apasionante relato de cómo se estableció el vínculo entre la sangrienta pelea en la estación de Silesia y *Die Dreigroschenoper* en «The Criminal Underworld in Weimar and Nazi Berlin», de Christian Goeschel, *History Workshop Journal*, vol. 75, n.º 1 (primavera de 2013).
[14] Del esclarecedor *The Jazz Republic. Music, Race and American Culture in Weimar Germany*, de Jonathan O. Wipplinger, University of Michigan Press, 2017.
[15] La obsesión racista subyacente al odio nazi por el jazz y el swing se estudia con cierto detalle en una monografía titulada «Forbidden Fruit? Jazz in the Third Reich», de Michael H. Kater, *American Historical Review*, vol. 94, n.º 1 (febrero de 1989).
[16] Wipplinger, *The Jazz Republic…*
[17] *Ibid.*
[18] *Ibid.*
[19] Uno de los más sorprendentes avances de la era moderna es que este éxito pueda encontrarse hoy en día en YouTube buscando «Charlie and His Orchestra»; al parecer, hasta un sucedáneo nazi de banda de swing tiene sus fans.
[20] De una apasionante monografía titulada «Hitler's Very Own Hot Jazz Band», de Mike Dash, *The Smithsonian* (17 de mayo de 2012).
[21] *Ibid.*
[22] *Ibid.*
[23] *Ibid.*
[24] *Ibid.*
[25] El tema del *lustmord* o asesinato lujurioso era uno de los subgéneros menos habituales en el arte de Weimar; podemos encontrar una interesante reseña sobre esta corriente clandestina de violencia sexual, junto con una panorámica del ciclo «Interregnum», de Grosz, en «Torture and Masculinity in George Grosz's *Interregnum*», de James A. van Dyke, *New German Critique*, n.º 119 (verano de 2013).
[26] Orbach y Orbach-Smith, *Young Lothar…*
[27] De una carta a Herbert Fiedler (febrero de 1946).
[28] En la página web de la casa de subastas de arte Christie's podemos encontrar una introducción visual a Grosz muy acertada, en la que se da una idea del alcance de su obra, así como de las reacciones a la misma: <www.christies.com/features/10-things-to-know-about-George-Grosz-7883-1.aspx>.
[29] Grosz, *A Small Yes and a Big No…* [Hay trad. cast.: *Un sí menor y…*].
[30] *Ibid.*
[31] Van Dyke, «Torture and Masculinity in George Grosz's *Interregnum*».
[32] La historia se reprodujo en la página web alemana de noticias DW, entre otras publicaciones, el 4 de febrero de 2020.
[33] De una tremendamente ilustrativa monografía titulada «"Only the Real, the True, the Masculine Held Its Value": Ernst Röhm, Masculinity and Male Homosexuality», de Eleanor Hancock, *Journal of the History of Sexuality*, vol. 8, n.º 4 (abril de 1998).

[34] *Ibid.*
[35] *Ibid.*
[36] *Ibid.*
[37] *Ibid.*
[38] Todo ello se investiga de forma muy convincente en Elena Mancini, *Magnus Hirschfeld and the Quest for Sexual Freedom. A History of the First International Sexual Freedom Movement*, Macmillan, 2010.
[39] *Ibid.*
[40] *Ibid.*
[41] De «The German Invention of Homosexuality», de Robert Beachy, *Journal of Modern History*, vol. 82, n.º 4 (diciembre de 2010).
[42] Orbach y Orbach-Smith, *Young Lothar…*
[43] *Ibid.*
[44] *Ibid.*
[45] *Ibid.*
[46] Véase una interesante monografía en Neil Levi, «"Judge for yourselves!": The Degenerate Art Exhibition as Political Spectacle», n.º 85 (verano de 1998).
[47] *Ibid.*
[48] De una monografía ilustrada, O.K. Werckmeister, «Hitler the Artist», *Critical Inquiry*, vol. 23, n.º 2 (invierno de 1997).
[49] *Ibid.*
[50] Recuerdos de Helga Hauthal.
[51] *Ibid.*
[52] *Ibid.*

9. LAS RUINAS DE LOS PALACIOS

[1] La construcción es actualmente una atracción turística muy visitada. Pueden encontrarse varias imágenes de esta singular casa, vista desde distintos ángulos, en: <visitworldheritage.com/en/eu/cecilienhof-country-house-in-the-new-garden/4e8e31d3-7819-413f-a4ea-62f06fee36d1>.
[2] Mencionado en Marie «Missie» Vassiltchikov, *The Berlin Diaries 1940-1945 of Marie «Missie» Vassiltchikov*, Chatto & Windus, 1985. [Hay trad. cast.: *Los diarios de Berlín (1940-1945)*, Barcelona, Acantilado, 2004].
[3] *Ibid.*
[4] *Ibid.*
[5] *Ibid.*
[6] Peter Hoffmann, *Stauffenberg. A Family History 1905-1944*, Cambridge University Press, 1995, por Peter Black, *Central European History*, vol. 30, n.º 1 (1997).
[7] De «Plutarch in Germany. The Stefan George *Kreis*», de Lawrence A. Tritle, *International Journal of the Classical Tradition*, vol. 1, n.º 3 (invierno 1995).
[8] Véase un fascinante (y feroz) artículo de Matthew Olex-Szczytowski titulado «An Alternative History» para *The Spectator* (21 de julio de 2018).
[9] La idea del *eintänzer* se expone con gran detalle en Mihaela Petrescu, «Social Dancing and Rugged Masculinity. The Figure of the *eintänzer* in Hans Janowitz's Novel Jazz (1927)»,

Monatshefte, vol. 105, n.º 4 (invierno de 2013).
[10] El espectáculo floral (en aquel calor agobiante de Berlín) se describe en *The New York Times* (5 de junio de 1905).
[11] Este ácido comentario fue realizado por lord Edgar Vincent d'Abernon, embajador británico ante Alemania 1920-1926, en sus memorias *The Diary of an Ambassador*, vol. 3: *Dawes to Locarno, 1924-26* (aunque recogido en un solo volumen, *An Ambassador of Peace*, Hodder and Stoughton, 1930).
[12] Kessler, *Diaries of a Cosmopolitan…* [Hay trad. cast.: *Conde Harry Kessler…*].
[13] Citado en un cautivador ensayo, «What Do the Hohenzollerns Deserve?», de David Motadel, *The New York Review of Books* (26 de marzo de 2020).
[14] Citado en Speer, *Inside the Third Reich.* [Hay trad. cast.: *Memorias…*].
[15] *Ibid*.
[16] Vassiltchikov, *The Berlin Diaries…* [Hay trad. cast.: *Los diarios de Berlín…*].
[17] Más abundancia de detalles en Larry Eugene Jones, «Franz von Papen, the German Center Party and the Failure of Catholic Conservatism in the Weimar Republic», *Central European History*, vol. 38, n.º 2 (2005).
[18] De la apasionante monografía de Larry Eugene Jones, «Franz von Papen, Catholic Conservatives and the Establishment of the Third Reich, 1933-1934», *Journal of Modern History*, vol. 83, n.º 2 (junio de 2011).
[19] *Ibid.*
[20] Speer, *Inside the Third Reich.* [Hay trad. cast.: *Memorias…*]. Resulta sorprendente en esta historia la forma en que confiesa el incidente: «no me afectó más allá de eso».

SEGUNDA PARTE: NECRÓPOLIS

10. SUSPENDIDA EN EL OCASO

[1] Mariscal G. K. Zhukov, *The Memoirs of Marshal Zhukov*, Jonathan Cape, 1971.
[2] *Ibid.*
[3] Información aparecida en *The Daily Telegraph* (3 de abril de 1945).
[4] Existe una apasionante monografía histórica escrita por un periodista alemán, Erich Schneyder, que se movía en los círculos del Gobierno, traducida y abreviada por un periodista estadounidense, Louis Lochner, en la que se estudia de cerca a Goebbels y a algunos otros a nivel de calle durante este periodo de la caída. «The Fall of Berlin», publicado por primera vez en *Wisconsin Magazine of History*, vol. 50, n.º 4 (verano de 1967).
[5] Un estremecedor detalle del magistral *Berlin. The Downfall, 1945,* de Antony Beevor, Viking, 2002. [Hay trad. cast.: *Berlín. La caída, 1945*, Barcelona, Crítica, 2005].
[6] Zhukov, *The Memoirs…*
[7] *Ibid.*
[8] Florence, <www.elinorflorence.com/blog/berlin-bombing/>.
[9] *Ibid.*
[10] *Ibid.*
[11] Relato de Marion Keller, recogido por el Zeitzeugenbörse.
[12] *Ibid.*
[13] *Ibid.*

[14] *Ibid.*
[15] *Ibid.*
[16] *Ibid.*
[17] Memorias de Brigitte Eicke, recopiladas por el Zeitzeugenbörse.
[18] *Ibid.*
[19] *Ibid.*
[20] Del diario de Richard Strauss, 8 de mayo de 1945, citado en Neil Gregor, «Music, Memory, Emotion. Richard Strauss and the Legacies of War», *Music and Letters* (febrero de 2015).

11. EL CIELO AULLADOR

[1] De una monografía, a menudo sorprendente, titulada «"Germany is Our Mission – Christ is Our Strength!": The Wehrmacht Chaplaincy and the "German Christian" Movement», de Doris L. Bergen, *Church History* (septiembre de 1997).
[2] *Ibid.*
[3] *Ibid.*
[4] *Ibid*. Bergen explora las fisuras éticas que se abrieron cuando los nazis aumentaron su presión sobre los capellanes para que predicaran las «virtudes del soldado» y el «autosacrificio» como parte de la «voluntad de orden en la Tierra» de Dios; la dolorosa amalgama de diferentes tipos de fe.
[5] Zhukov, *The Memoirs…*
[6] Schöneck es citado con detalle en *Berlin Battlefield Guide,* de Tony Le Tissier, Pen & Sword, 2014.
[7] Knef, *The Gift Horse.* [Hay trad. cast.: *A caballo regalado…*].
[8] Lutz Koch, publicado en *The Daily Telegraph* (17 de abril de 1945).
[9] Zhukov, *The Memoirs…*
[10] *Ibid.*
[11] *Ibid.*
[12] *Ibid.*
[13] Speer, *Inside the Third Reich.* [Hay trad. cast.: *Memorias…*].
[14] *Ibid.*
[15] *Ibid.*
[16] *Ibid.*
[17] Relato de Mechtild Evers, recogido por el Zeitzeugenbörse.
[18] *Ibid.*
[19] *Ibid.*
[20] Citado en *Hitler's Girls. Doves Amongst Eagles,* de Tim Heath, Pen & Sword, 2017.
[21] Citado por extenso en *The Daily Telegraph* del 17 de abril de 1945; la intensidad demencial y gótica de esta retórica, reveladora de su propia disolución, debió de causar enorme asombro en innumerables lectores británicos mientras tomaban su racionado desayuno.
[22] *Ibid.*
[23] *Ibid.*

[24] Los diarios de Ruth Andreas-Friedrich fueron traducidos y publicados en *Battleground Berlin. Diaries, 1945-48*, Paragon House, 1990; el volumen que trata de los primeros años describía la valerosa resistencia al régimen.
[25] Beevor, *Berlin. The Downfall, 1945.* [Hay trad. cast.: *Berlín…*].

12. LAS LÁGRIMAS DE TODAS LAS MADRES

[1] Véase la reflexiva monografía titulada «Writing Through Crisis: Time, History and Futurity in German Diaries of the Second World War», de Kathryn Sederberg, *Biography*, vol. 40, n.º 2 (primavera de 2017).
[2] *Ibid.*
[3] Hay muchos noticiarios sobre los cumpleaños de Hitler en Berlín a lo largo de los años, que hoy en día pueden verse en YouTube. Algunos de estos documentales tienen el peculiar encanto del pasado. Lo que resulta especialmente sorprendente es la entrada del Bristish Movietone News, que al comentar un desfile celebrado en el Tiergarten en 1936, utiliza términos insultantes como «Fritz».
[4] Citado en una fascinante monografía: «Wagnerian Self-Fashioning. The Case of Adolf Hitler», de Hans Rudolf Vaget, *New German Critique*, n.º 101 (verano de 2007).
[5] Speer, *Inside the Third Reich.* [Hay trad. cast.: *Memorias…*].
[6] *Ibid.*
[7] Las memorias de Dorothea von Schwanenfluegel se publicaron bajo el título de *Laughter Wasn't Rationed. A Personal Journey Through Germany's World Wars and Postwar Years*, Tricor Press, 2001.
[8] *Ibid.*
[9] La carrera de Lutz Heck se analiza en una monografía altamente iluminadora: «Green Nazis? Reassessing the Environmental History of Nazi Germany», de Frank Uekötter, *German Studies Review* (mayo de 2007).
[10] Y pese a todo, un caimán logró sobrevivir: Saturno, que era el nombre del reptil, tuvo una larga vida en cautividad, y no murió hasta 2020: «Berlin WW2 Bombing Survivor Saturn the Alligator Dies in Moscow Zoo», BBC News; <www.bbc.co.uk/news/world-europe-52784240>.
[11] Uekötter, «Green Nazis?…».
[12] *Ibid.*
[13] *Ibid.*
[14] *Ibid.*
[15] Más información en una historia desde la izquierda titulada *The Zookeepers' War. An Incredible True Story from the Cold War,* de J. W. Mohnhaupt, traducción de Shelley Frisch, Simon & Schuster, 2019.
[16] En los relatos presentados ante el Zeitzeugenbörse, y también en memorias, la amenaza de los ataques aéreos siempre se ve amortiguada por el miedo a los próximos ataques del Ejército Rojo.
[17] Von Schwanenfluegel, *Laughter Wasn't Rationed…*
[18] Hay una excelente novela, escrita en 1946, en la que se detalla la destrucción de Berlín, en la que se citan este y otros discursos de Goebbels al completo, entretejiéndolos con el peligro al que se enfrentan sus personajes en la ficción. *Berlin Finale*, de Heinz Rein,

traducción de Shaun Whiteside, publicado por primera vez en 1947, Penguin, 2017. [Hay trad. cast.: *Final en Berlín*, Madrid, Sexto Piso, 2017].
[19] Von Schwanenfluegel, *Laughter Wasn't Rationed…*
[20] Recogido en *The Daily Telegraph* (21 de abril de 1945).
[21] Knef, *The Gift Horse.* [Hay trad. cast.: *A caballo regalado…*].
[22] *Ibid.*
[23] *Ibid.*
[24] *Ibid.*
[25] *Ibid.*
[26] *Ibid.*
[27] Memorias de Christa Ronke.
[28] *Ibid.*
[29] Schneyder, trabajando con Louis Lochner, citaba este incidente en una monografía titulada «The Fall of Berlin», *Wisconsin Magazine of History*, vol. 50, n.º 4 (verano de 1967).
[30] Recuerdos de Hildegard Dockal, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[31] *Ibid.*
[32] *Ibid.*
[33] Recuerdos de Günther Lothar, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[34] *Ibid.*
[35] Recuerdos de Ingeborg Seldte, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[36] Alfred Czech fue entrevistado en varias ocasiones, la última para el *Independent,* el 16 de noviembre de 2005: <www.independent.co.uk/news/world/europe/downfall-the-story-of-a-nazi-boy-hero-520880.html>.
[37] *Ibid.*
[38] Speer, *Inside the Third Reich.* [Hay trad. cast.: *Memorias…*].
[39] *Ibid.*
[40] Gracias al siempre sorprendente alcance de YouTube, es posible escuchar una grabación de 1929 de «Blutrote Rosen», con algunas imágenes de la vida nocturna de Berlín a finales de la década de 1920: <www.youtube.com/watch?v=4yauXRh5NW4>.
[41] Citado en una muy interesante página web: Music and the Holocaust, en <holocaustmusic.ort.org/places/camps/central-europe/sachsenhausen/>.
[42] Este y otros relatos extraordinarios e inquietantes pueden leerse en <www.below-sbg.de/geschichte/april-1945-todesmarsch-und-waldlager/aussagen-von-zeitzeugen/>.
[43] De un fascinante estudio realizado por Mordechai Altshuler en *Soviet Jews in World War II. Fighting, Witnessing, Remembering*, Academic Studies Press, 2014.
[44] *Ibid.*
[45] Schneyder, «The Fall of Berlin».

13. CALLES DE SANGRE

[1] De *A Writer at War. Vasily Grossman with the Red Army, 1941-1945,* de Vasili Grossman, Pimlico, 2006. [Hay trad. cast.: *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, edición de Antony Beevor y Luba Vinogradova, Barcelona, Crítica, 2012].
[2] *Ibid.*

[3] Schneyder, «The Fall of Berlin».
[4] *Ibid.*
[5] *Ibid.*
[6] *Ibid.*
[7] Citado en un interesante libro, *Uncertainty. The Life and Science of Werner Heisenberg,* de David C. Cassidy, W. H. Freeman, 1992.
[8] *Ibid.*
[9] De una iluminadora monografía: «Entering the Nuclear Arms Race. The Soviet Decision to Build the Atomic Bomb, 1939-45», de David Holloway, *Social Studies of Science* (mayo de 1981).
[10] *Ibid.*
[11] *Ibid.*
[12] *Ibid.*
[13] Véase más en el sitio web de Manfred von Ardenne mencionado anteriormente.
[14] *Ibid.*
[15] Holloway, «Entering the Nuclear Arms Race…».
[16] *Ibid.*
[17] *Ibid.*
[18] Hay más, con enlaces relacionados, en el sitio web de Manfred von Ardenne.
[19] Memorias de Christa Ronke.
[20] *Ibid.*
[21] *Ibid.*
[22] *Ibid.*
[23] Relato de Marion Keller.
[24] *Ibid.*
[25] *Ibid.*
[26] Recuerdos de Ingeborg Seldte.
[27] *Ibid.*
[28] *Ibid.*
[29] *Ibid.*
[30] Jalowicz-Simon, *Underground in Berlin…* [Hay trad. cast.: *Clandestina…*].
[31] *Ibid.*
[32] *Ibid.*
[33] *Ibid.*
[34] *Ibid.*
[35] *Ibid.*
[36] *Ibid.*
[37] Anónima, *A Woman in Berlin.* [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín…*].
[38] Inge Deutschkron más adelante llegaría a ser periodista y escritora. Además de dar muchas entrevistas, escribió unas memorias, tituladas: *Outcast. A Jewish Girl in Wartime Berlin*, Plunkett Lake Press, 2017.
[39] *Ibid.*
[40] Anónima, *A Woman in Berlin.* [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín…*].
[41] Zhukov, *The Memoirs…*
[42] *Ibid.*
[43] Relato de Mechtild Evers.
[44] *Ibid.*
[45] *Ibid.*

[46] *Ibid.*
[47] *Ibid.*
[48] *Ibid.*
[49] *Ibid*.
[50] Knef, *The Gift Horse.* [Hay trad. cast.: *A caballo regalado…*].
[51] *Ibid.*
[52] *Ibid.*
[53] *Ibid.*
[54] *Ibid.*
[55] Citado en una apasionante monografía, «Philomela's Legacy. Rape, the Second World War and the Ethics of Reading», de Elisabeth Krimmer, *German Quarterly* (invierno de 2015).
[56] De la iluminadora y conmovedora monografía, «A Question of Silence. The Rape of German Women by Occupation Soldiers», de Atina Grossmann, *October*, n.º 72 (primavera de 1995).
[57] *Ibid.*
[58] Memorias de Christa Ronke.

14. OLVIDO

[1] De la sombríamente fascinante monografía «Suicide at the End of the Third Reich», de Christian Goeschel, *Journal of Contemporary History*, vol. 41, n.º 1 (enero de 2006).
[2] Hay un libro reciente, hipnóticamente desolador, sobre el tema de los civiles alemanes que se suicidaron: *Promise Me You'll Shoot Yourself. The Down fall of Ordinary Germans, 1945,* de Florian Huber, traducción de Imogen Taylor, Allen Lane, 2019. [Hay trad. cast.: *Prométeme que te darás un tiro*, Barcelona, Ático de los Libros, 2022].
[3] *Ibid.*
[4] Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich».
[5] *Ibid.*; también hay muchos documentos médicos en línea, como «Cyanide Poisoning. Pathophysiology and Treatment Recommendations», de D. M. G. Beasley y W. I. Glass (sobre el envenenamiento leve): <https://academic.oup.com/occmed/article/48/7/427/1514905>.
[6] Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich».
[7] *Ibid.*
[8] Huber, *Promise Me You'll Shoot Yourself…* [Hay trad. cast.: *Prométeme que te darás un tiro…*].
[9] *Ibid.*
[10] Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich».
[11] Anónima, *A Woman in Berlin.* [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín…*].
[12] Knef, *The Gift Horse.* [Hay trad. cast.: *A caballo regalado…*].
[13] *Ibid.*
[14] *Ibid.*
[15] Jalowicz-Simon, *Underground in Berlin…* [Hay trad. cast.: *Clandestina…*].
[16] *Ibid.*
[17] *Ibid.*

[18] Relato de Marion Keller.
[19] Zhukov, *The Memoirs…*
[20] *Ibid.*
[21] Stern, *Ulbricht…*
[22] *Ibid.*
[23] Grossman, *A Writer at War…* [Hay trad. cast.: *Un escritor en guerra…*].
[24] *Ibid.*
[25] Existe una biografía entrañable y detallada de Von Treskow (a su manera, un gran reformador municipal de Berlín en la era guillermina) que puede encontrarse en el sitio web del Museo Lichtenberg; <www.museum-lichtenberg.de/index.php/menschen/lichtenberger-persoenlichkeiten/694-sigismund-johann-carl-von-treskow>.
[26] Grossman, *A Writer at War…* [Hay trad. cast.: *Un escritor en guerra…*].
[27] Vaget, «Wagnerian Self-Fashioning…».
[28] Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich».

15. «LAS SOMBRAS DE NUESTRAS ALMAS»

[1] Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich».
[2] *Ibid.*
[3] Del hipnótico *The End. Germany, 1944-45* de Ian Kershaw, Allen Lane, 2011. [Hay trad. cast.: *El final. Alemania, 1941-1945*, Barcelona, Crítica, 2022].
[4] Citado en *Time and Power. Visions of History in German Politics, from the Thirty Years' War to the Third Reich,* de Christopher Clark, Princeton University Press, 2021. [Hay trad. cast.: *Tiempo y poder. Visiones de la historia desde la guerra de los Treinta Años al Tercer Reich*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019].
[5] Citado en «How the Berlin Garrison Surrendered, 2 May 1945», de Igor Venkov, publicado en *Army History*, n.º 17 (invierno de 1990-1991).
[6] *Ibid.*
[7] Anónima, *A Woman in Berlin.* [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín…*].
[8] Relatado en la monografía «Gazing at Ruins», de Stefan-Ludwig Hoffmann, publicado en *Journal of Modern European History*, vol. 9, n.º 3 (2011).
[9] Existe un iluminador artículo sobre Hans Fritzsche, su posterior proceso en Núremberg y la naturaleza de sus programas, que puede encontrarse en línea en <www.jewishvirtuallibrary.org/Nuremberg-trial-defendants-hans-fritzsche>. Pese a que después de Núremberg fue «desnazificado», sería juzgado de nuevo en Alemania Occidental y sentenciado a nueve años de cárcel, aunque liberado en 1950.
[10] *Ibid.*
[11] *Ibid.*
[12] *Ibid.*
[13] Hoffmann, «Gazing at Ruins».
[14] Venkov, «How the Berlin Garrison Surrendered…».
[15] Anónima, *A Woman in Berlin.* [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín…*].
[16] Recuerdos de Dieter Pfeiffer, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[17] *Ibid.*
[18] *Ibid.*

[19] *Ibid.*
[20] Jalowicz-Simon, *Underground in Berlin…* [Hay trad. cast.: *Clandestina…*].
[21] Grossman, *A Writer at War…* [Hay trad. cast.: *Un escritor en guerra…*].
[22] *The Times* (3 de mayo de 1945).
[23] *Ibid.*
[24] Pueden encontrarse más elocuentes detalles en *A Woman in Berlin*, anónima. [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín…*].
[25] Véanse más detalles, algunos terribles, en «Remembering/Forgetting», de Helke Sander, traducido por Stuart Liebman, *October*, n.º 72 (primavera de 1995).
[26] Hay varios artículos interesantes sobre este momento clave: uno de ellos, a la vez muy bien ilustrado, puede encontrarse en <https://aboutphotography.blog/blog/2019/10/12/the-story-behind-the-raising-a-flag-over-the-reichstag-by-yevgeny-khaldei-1945>.
[27] Existe una apasionante monografía que narra el rápido esfuerzo soviético por restaurar el arte y la cultura siguiendo estrictamente las líneas del partido: «Reconfiguring Postwar Antifascism. Reflections on the History of Ideology», de Clara M. Oberle, *New German Critique*, n.º 117 (otoño de 2012).
[28] Citado y comentado en *In a Cold Crater. Cultural and Intellectual Life in Berlin, 1945-1948,* de Wolfgang Schivelbusch, University of California Press, 1998.
[29] *Ibid.*
[30] *Ibid.*
[31] Relato de Marion Keller.
[32] *Ibid.*
[33] *Ibid.*
[34] *Ibid.*
[35] *Ibid.*
[36] *Ibid.*
[37] Recuerdos de Peter Lorenz, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[38] *Ibid.*
[39] *Ibid.*
[40] Knef, *The Gift Horse.* [Hay trad. cast.: *A caballo regalado…*].
[41] *Ibid.*
[42] Grossman, *A Writer at War…* [Hay trad. cast.: *Un escritor en guerra…*].
[43] Knef, *The Gift Horse.* [Hay trad. cast.: *A caballo regalado…*].
[44] Orbach y Orbach-Smith, *Young Lothar…*
[45] Comentado en una magnífica monografía, «Typical Russian Words in German War-Memoir Literature», de Katherina Filips, *Slavic and East European Journal*, vol. 8, n.º 4 (invierno de 1964).
[46] *Ibid.*
[47] Investigado en «Street Names and Political Identity. The Case of East Berlin», de Maoz Azaryahu, *Journal of Contemporary History*, vol. 21, n.º 4 (1986).
[48] *Ibid.*
[49] *The Daily Telegraph* (11 de mayo de 1945).
[50] Relato de Mechtild Evers.
[51] Knef, *The Gift Horse.* [Hay trad. cast.: *A caballo regalado…*].
[52] *Ibid.*
[53] Gracias a los incesantes adelantos de la era tecnológica, actualmente es posible ver esta película en línea a través del Instituto de Cinematografía Judío: <https://jfi.org/watch-online/jfi-on-demand/professor-mamlock>.

TERCERA PARTE: POSESIÓN

16. COMPLICIDAD

[1] Existe un reciente y extraordinario artículo de Alex Ross, «The Haunted California Idyll of German Writers in Exile», *The New Yorker* (9 de marzo de 2020), que trata de la gran comunidad de artistas alemanes en Estados Unidos, incluyendo a Mann, Alfred Döblin, Bertolt Brecht y muchos más. Este tema también se comenta en «The Hannah Arendt Situation», de Richard Wolin, *New England Review*, vol. 22, n.º 2 (primavera de 2001).
[2] Ross, «The Haunted California Idyll…».
[3] *Essays in Understanding, 1930-1954,* de Hannah Arendt, Shocken Books, 2005. [Hay trad. cast.: *Ensayos de comprensión, 1930-1954*, Barcelona, Página Indómita, 2018].
[4] Aparecido en *The Times* (3 de junio de 1945).
[5] *Ibid.*
[6] *Ibid.*
[7] Anónima, *A Woman in Berlin.* [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín…*].
[8] Stern, *Ulbricht…*
[9] Oberle, «Reconfiguring Postwar Antifascism…».
[10] *Ibid.*
[11] *Ibid.*
[12] *Ibid.*
[13] Existe una monografía maravillosamente detallada, «The Hut on the Garden Plot. Informal Architecture in Twentieth-Century Berlin», de Florian Urban, *Journal of the Society of Architectural Historians*, vol. 72, n.º 2 (junio de 2013).
[14] *Ibid.*
[15] Oberle, «Reconfiguring Postwar Antifascism…».
[16] *Ibid.*
[17] Como se analiza en la absorbente monografía «Johannes R. Becher and the Cultural Development of the GDR», de Alexander Stephan, *New German Critique*, n.º 2 (primavera de 1974).
[18] *Ibid.*
[19] *Ibid.*
[20] *Ibid.*
[21] De un artículo publicado en la revista del Zeitzeugenbörse, 2005.
[22] La Estrella Roja continúa allí; las flores siguen cultivándose con esmero año tras año.
[23] La terminología, y la filosofía, aparecen comentadas en Wolin, «The Hannah Arendt Situation».
[24] *Ibid.*
[25] Memorias de Christa Ronke.
[26] El libro que surgió de las investigaciones de Trevor-Roper sobre aquellas ruinas fue *The Last Days of Hitler* (publicado por primera vez en 1947, y que hoy podemos encontrar bajo el sello de Pan Books). [Hay trad. cast.: *Los últimos días de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2020].
[27] Recuerdos de Margot Sharma, recogidos por el Zeitzeugenbörse.

17. «¿DÓNDE ESTABA NUESTRA CASA?»

[1] Como se recuerda en un artículo de la revista del Zeitzeugenbörse, 2005.
[2] Memorias de Christa Ronke.
[3] Analizado en detalle en Hoffmann, «Gazing at Ruins».
[4] En los últimos años se ha escrito mucho sobre la vida de Wilder y sus años posteriores en Hollywood; véase el iluminador ensayo titulado «Billy Wilder's Cold War Berlin», de David Bathrick, *New German Critique*, n.º 110 (verano de 2010).
[5] *Ibid.*
[6] *Ibid.*
[7] Citado en *ibid.*
[8] Citado en *ibid.*
[9] Knef, *The Gift Horse.* [Hay trad. cast.: *A caballo regalado…*].
[10] *Berlín Occidente* está disponible en DVD, y la oscuridad de su tono cómico a menudo resulta sorprendente. La escena en la que un niño travieso no puede parar de dibujar esvásticas en tiza —y del padre exasperado que no se da cuenta de que el niño le ha pintado una en la parte de atrás de su chaqueta— es a la vez desternillante y escalofriante, una combinación de lo más extraña.
[11] Bathrick, «Billy Wilder's Cold War Berlin».
[12] Citado en un cautivador ensayo, «Fashion Amidst the Ruins. Revisiting the Early Rubble Films *And the Heavens Above* (1947) and *The Murderers are Among Us* (1946)», de Mila Ganeva, *German Studies Review*, vol. 7, n.º 1 (febrero de 2014).
[13] Knef, *The Gift Horse.* [Hay trad. cast.: *A caballo regalado…*].
[14] Podemos encontrar un esclarecedor y a la vez muy triste capítulo en «Repressive Rehabilitation. Crime, Morality and Delinquency in Berlin-Brandenburg, 1945-1958», de Jennifer V. Evans, en *Crime and Criminal Justice in Modern Germany*, editado por Richard F. Wetzell, Berghahn Books, 2014, donde se explora también cómo un número considerable de estas jóvenes cayeron en la prostitución, utilizando para ello áreas como las principales estaciones de tren de la ciudad.
[15] *Ibid.*
[16] Podemos encontrar abundancia de escalofriantes detalles en el sitio web <http://www.sachsenhausen-sbg.de/en/history/1945-1950-soviet-special-camp/>, donde se profundiza más en la existencia de Sachsenhausen.
[17] Como se explica en el ensayo «The Postwar Restoration in East and West», de Stephen Brockmann, *New German Critique*, n.º 126 (noviembre de 2015).
[18] Memorias de Christa Ronke.
[19] Todo el macabro asunto de los cadáveres encontrados en los bosques de los alrededores de Berlín —de los cuales hoy se siguen hallando fragmentos— se expone en un artículo titulado «Digging Up the Past in Halbe», disponible en <www.dw.com/en/digging-up-the-past-in-halbe/a-16762689>.
[20] Véase el encantador e interesante ensayo sobre la formación del Berliner Ensemble y el crucial papel desempeñado por Helene Weigel, esposa de Brecht, en «Gossip, Ghosts and Memory - Mother Courage and the Forging of the Berliner Ensemble», de Gitta Honegger, *TDR*, vol. 52, n.º 4 (invierno de 2008).
[21] Jalowicz-Simon, *Underground in Berlin…* [Hay trad. cast.: *Clandestina…*].

[22] Véase un apasionante artículo (y programa) en el sitio web de noticias del *Deutsche Welle:* <www.dw.com/en/how-jewish-life-developed-in-germany-after-the-holocaust/a-56604526>.
[23] *Ibid.*
[24] *Ibid.*
[25] Como se narra en «East Germany's Jewish Question. The Return and Pre-servation of Jewish Sites in East Berlin and Potsdam, 1945-1989», de Michael Meng, *Central European History*, vol. 38, n.º 4 (2005).
[26] Citado en el sitio de noticias *Deutsche Welle.*
[27] Meng, «East Germany's Jewish Question…».
[28] *Ibid.*
[29] Desarrollado en *Jews, Germans and Allies. Close Encounters in Occupied Germany,* de Atina Grossmann, Princeton University Press, 2009.
[30] *Ibid.*
[31] Como se expone en *Visual Histories of Occupation. A Transcultural Dialogue,* de Jeremy E. Taylor, Bloomsbury Academic, 2021.
[32] *Ibid.*
[33] *Ibid.*
[34] Gracias a los continuos avances de la era digital, el noticiario de British Pathé sobre este evento puede verse en YouTube, <www.youtube.com/watch?v=M17bEXksnBc>.
[35] Como se informó —con una indignación que hoy resulta cómica— en la página 3 de *The Times* (2 de septiembre de 1947).

18. LOS INSULARES

[1] Véase una interesante exploración sobre la revista y la sátira de la posguerra en Berlín, en «The *Ulenspiegel* and Anti-American Discourse in the American Sector of Berlin», de Cora Sol Goldstein, *German Politics and Society*, vol. 23, n.º 2 (verano de 2005).
[2] Esta macabra obra a lápiz puede verse en el sitio web del Museo de Arte Moderno en <www.moma.org/collection/works/151564>.
[3] Esta etérea composición puede contemplarse en <www.meisterdrucke.uk/fine-art-prints/Gustav-Wunderwald/690135/Bridge-over-the-Ackerstraße-Berlin-North.html>.
[4] Parte de un reportaje dedicado a la calle y a su vecindario en la publicación del Zeitzeugenbörse (verano de 2006).
[5] Recuerdos del doctor Alfred Wege, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[6] Podemos encontrar un fascinante grado de detalle histórico en Jan Palmowski, *Inventing a Socialist Nation. Heimat and the Politics of Everyday Life in the* GDR*, 1945-90*, Cambridge University Press, 2009.
[7] *Ibid.*
[8] El documento original del «largo telegrama» se encuentra digitalizado en <digitalarchive.wilsoncenter.org/document/116178.pdf>.
[9] Véase el asombrosamente revisionista (y muy absorbente) estudio «The Incomplete Blockade – Soviet Zone Supply of West Berlin, 1948-49», de William Stivers, *Diplomatic History*, vol. 21, n.º 4 (otoño de 1997).
[10] *Ibid.*

[11] *Ibid.*
[12] Un área que se explora en Palmowski, *Inventing a Socialist Nation…*
[13] Citado en Stivers, «The Incomplete Blockade…».
[14] *Ibid.*
[15] El espeluznante detalle está tomado de un artículo de la época, «Life in Berlin Today», *The World Today* (diciembre de 1948).
[16] *Ibid.*
[17] *Ibid.*
[18] Citado en Stivers, «The Incomplete Blockade…».
[19] *Ibid.*
[20] *Ibid.*
[21] Aunque fue entrevistado muchas veces, merece destacarse el especialmente ameno y detallado artículo de Kris Hendrix, investigador de la Historia de la Aviación del Museo de la RAF, escrito con motivo de una visita de un ya anciano Gail Halvorsen, en <www.rafmuseum.org.uk/blog/the-candy-bomber/>.
[22] *Ibid.*
[23] Véase un estudio sobre la participación británica en el puente aéreo en «The Role of Britain in the Berlin Airlift», de Emma Peplow, *History*, vol. 95, n.º 2 (abril de 2010).
[24] Todo ello fue captado por los noticiarios de British Pathé. Tanto este como otros reportajes filmados sobre el bloqueo pueden verse en <www.british-pathe.com/workspaces/df699ffd537d4e0c74710ad015dfd64d/fGjL01IJ>.
[25] «Life in Berlin Today».
[26] Stivers, «The Incomplete Blockade…».
[27] *Ibid.*
[28] Véase un (ligeramente escalofriante) estudio casi contemporáneo sobre este tema en «Nutrition Lessons of the Berlin Blockade», de H. E. Magee, *Public Health Reports*, vol. 67, n.º 7 (julio de 1952).
[29] *Ibid.*
[30] *Ibid.*
[31] «Life in Berlin Today».
[32] Véase una valoración bastante positiva de la producción —y del destacado papel de la esposa de Brecht, Helene Weigel, y de la influencia e impacto que tuvo esta producción concreta (Brecht colocaría el teatro épico por encima del estilo realista de Stanislavski) en los años siguientes— de Gideon Lester en <americanrepertorytheater.org/media/a-model-of-courage/>.
[33] Como se informó, con cierto placer, en *The Times,* el 23 de agosto de 1948.
[34] *Ibid.*
[35] *Ibid.*
[36] Podemos encontrar un breve tributo al genio Günter Neumann, junto con una grabación de «The Islanders' Song», en <www.günter-neumann-stiftung.de/die-insulaner>.

19. «LA MULTITUD EMPEZÓ A GRITAR»

[1] *The Times* (21 de enero de 1952).

[2] *The Times* (26 de mayo de 1952). Burianek —que sería rehabilitado a título póstumo en 2005— había sido previamente descrito como terrorista patrocinado por la CIA e implicado en una conspiración para incendiar y destruir un puente ferroviario.
[3] *The Times* (3 de junio de 1952).
[4] *Ibid.*
[5] *Ibid.*
[6] *The Times* (6 de junio de 1952).
[7] *Ibid.*
[8] Un interesante noticiario de British Pathé también muestra a Acheson en la misma visita mirando un modelo a escala de un proyecto de biblioteca que anticipa la arquitectura de una nueva zona; el modernismo que luego se extendería por todo el telón de acero.
[9] Stern, *Ulbricht…*
[10] De un absorbente ensayo sobre el estilo y las aspiraciones de la edificación comunista en Berlín Este: «The Vernacular and the Monumental. Memory and Landscape in Post-War Berlin», de Paul Stangl, *GeoJournal*, vol. 73, n.º 3 (2008).
[11] *Ibid.*
[12] *Ibid.*
[13] *Ibid.*
[14] *Ibid.*
[15] De un encantador diario, «My Berlin», de Horst Koegler, *Dance Chronicle*, vol. 36, n.º 1 (2013).
[16] *Ibid.*
[17] *Ibid.*
[18] *Ibid.*
[19] *Ibid.*
[20] Comentado en «Hero or Villain? Bertolt Brecht and the Crisis Surrounding June 1953», de Mark W. Clark, *Journal of Contemporary History*, vol. 41, n.º 3 (julio de 2006).
[21] Citado en «"Keeping the Pot Simmering". The United States and the East German Uprising of 1953», de Christian F. Ostermann, *German Studies Review*, vol. 19, n.º 1 (febrero de 1996).
[22] *Ibid.*
[23] *Ibid.*
[24] Horst Kreeter, entrevistado por el doctor Richard Millington para el *podcast* «Cold War Conversations», disponible en <https://coldwarconversations.com/episode6/>.
[25] *Ibid.*
[26] Citado en Stern, *Ulbricht…*
[27] Existe un interesante ensayo que analiza la naturaleza del humor de Brecht: «Bertolt Brecht, Politics and Comedy», de Marc Silberman, *Social Research*, vol. 79, n.º 1 (primavera de 2012). Esta frase en concreto de Brecht probablemente es una de las más frecuentemente citadas fuera de contexto en el mundo.
[28] Citado en Ostermann, «"Keeping the Pot Simmering"…».
[29] *Ibid.*
[30] *Ibid.*
[31] *Ibid.*
[32] *Ibid.*
[33] *Ibid.*
[34] *Ibid.*
[35] *Ibid.*

20. EL ABISMO SE AGRANDA

[1] Puede encontrarse un maravilloso material de archivo en el sitio web de la Agencia Nacional de Seguridad, <www.nsa.gov/portals/75/documents/news-features/declassified-documents/cryptologic-histories/operation_regal.pdf>.
[2] Stern, *Ulbricht…*
[3] *The Daily Telegraph* (16 de enero de 1956).
[4] *Ibid.*
[5] *Ibid.*
[6] La creciente tensión respecto a la posibilidad de que «Rusia» armara a estos grupos fue comentada en *The Daily Telegraph* (11 de febrero de 1956).
[7] Comentado en una cautivadora monografía: «Rock 'n' Roll, Female Sexuality and the Cold War Battle Over German Identities», de Uta G. Poiger, *Journal of Modern History*, vol. 68, n.º 3 (septiembre de 1996).
[8] *Ibid.*
[9] Véase una increíble explosión de recuerdos de «Elvis in Germany», y del fascinante diseño gráfico y tipografía de la popular revista de la década de 1950, en una página web altamente especializada donde se detallan las apariciones de Elvis en la revista *Bravo* en <http://www.elvisechoesofthepast.com/elvis-in-bravo-magazine-germany-1956/>.
[10] Poiger, «Rock 'n' Roll…».
[11] *Ibid.*
[12] *Ibid.*
[13] *Ibid.*
[14] Relato de Elke Rosin —que encapsula la construcción del Muro de Berlín— que puede encontrarse en el interesante sitio web <www.berliner-mauer-gedenkstaette.de/en/elke-rosin-783.html>.
[15] Poiger, «Rock 'n' Roll…».
[16] *Ibid.*
[17] *The Daily Telegraph* (28 de enero de 1956).
[18] *Ibid.*
[19] *Ibid.*
[20] *Ibid.*
[21] *Ibid.*
[22] Véase una fascinante y escalofriante documentación de archivo de la Stasi sobre el caso —recuperada y digitalizada— en <www.stasi-mediathek.de/themen/person/Elli%20Barczatis/>.
[23] *The Daily Telegraph* (7 de febrero de 1956).
[24] *Ibid.*
[25] La historia de John Peet se explora en profundidad en «John Peet (1915-1988). An Englishman in the GDR», de Stefan Berger y Norman Laporte, *History*, vol. 89, n.º 1 (enero de 2004).
[26] Hay una breve, encantadora y entusiasta biografía —en la que se destaca su carrera automovilística— en <media.daimler.com/marsMediaSite/en/instance/ko/Biography-Manfred-von-Brauchitsch.xhtml?oid=45194996>.

[27] Este temor al rearme como motivación apareció reflejado en numerosos reportajes de *The Daily Telegraph* en las primeras semanas de 1956.
[28] Existen muchos interesantes ensayos sobre la manera en que la Stasi se organizó para penetrar en todos los rincones de la sociedad, y también más allá de la RDA; como este, tomado de *Deutsche Welle* (11 de junio de 2019): <www.dw.com/en/stasis-pervasive-footprint-across-two-berlins-revealed/a-49135973>.
[29] Como informaba casi diariamente *The Times* durante 1960 y los primeros meses de 1961; a veces, con artículos de gran valor descriptivo, como el del 26 de abril de 1960, sobre las preocupaciones de los artesanos y también de los «intelectuales».
[30] *Ibid.*
[31] Recuerdos de Margot Schorr, recogidos por el Zeitzeugenbörse.
[32] *Ibid.*
[33] Como se informaba en *The Times*, véase nota 29.
[34] Ulbricht planteó la exigencia muchas veces durante aquel año; la primera fue recogida por *The Times* el 2 de enero de 1961.
[35] Palmowski, *Inventing a Socialist Nation…*
[36] Hoy en día, leer la sesión parlamentaria entera —en la que Heath acepta preguntas de la cámara sobre asuntos relativos a todos los lugares del mundo— no debe llevarnos a la trampa para personas mayores de pensar que los parlamentarios de entonces eran infinitamente mejores que los de hoy, sino a reflexionar sobre un periodo en el que los debates y las preguntas se centraban en la cámara, y no en el ciclo de los informativos 24 horas. Véase <hansard.parliament.uk/commons/1961-07-31/debates/e299acfa-8686-46cd-b1e7-6c0d807e1a26/ForeignAffairs>.
[37] *The Daily Telegraph* (11 de agosto de 1961).
[38] *The Daily Telegraph* (12 de agosto de 1961).
[39] *Ibid.*
[40] Reportaje de un joven Nigel Lawson, años antes de ocupar su cargo como ministro de Hacienda, en el *Sunday Telegraph* (27 de agosto 1961).
[41] Dieter Weber, entrevistado para un sitio web repleto de sorprendentes imágenes: <www.the-berlin-wall.com>.
[42] *Ibid.*
[43] *Ibid.*
[44] Véase más sobre este tema, junto con enlaces a archivos en línea, en <www.wilsoncenter.org/publication/new-evidence-the-building-the-berlin-wall>.

21. HAY UN MUNDO EN CUALQUIER PARTE

[1] El discurso completo del presidente Kennedy puede leerse en la JFK Presidential Library and Museum: <www.jfklibrary.org/archives/other-resources/john-f-kennedy-speeches/berlin-w-germany-rudolph-wilde-platz-19630626>.
[2] La idea del Muro como «Barrera de Protección Antifascista» —entre sus otros significados y usos— es comentada en profundidad por Neal Ascherson, historiador y asiduo y veterano analista de Berlín (antes y después del Muro), en «The Media Did It», *London Review of Books* (21 de junio de 2007).

[3] Su historia puede encontrarse en el sitio web del memorial sobre el Muro de Berlín: <www.berliner-mauer-gedenkstaette.de/en/1961-299.html>.
[4] Historia de Elke Rosin, *ibid.*
[5] Véase la historia de Olga Segler en el sitio web del memorial sobre el Muro de Berlín: <www.berliner-mauer-gedenkstaette.de/en/1961-299.html>.
[6] Historia de Günter Litfin, *ibid.*
[7] *Ibid.*
[8] Véase la historia de Düllick en el sitio web del memorial sobre el Muro de Berlín: <www.berliner-mauer-gedenkstaette.de/en/1961-299.html>.
[9] Citado en *Belonging in the Two Berlins. Kin, State, Nation,* de John Borneman, Cambridge University Press, 1992.
[10] *Ibid.*
[11] Citado en un meticulosamente ilustrado ensayo titulado «The Architecture and Message of the "Wall", 1961-1989», de Leo Schmidt, *German Politics and Society*, vol. 29, n.º 2.
[12] Esta y otras inquietantes historias pueden leerse en el sitio web del memorial sobre el Muro de Berlín: <www.berliner-mauer-gedenkstaette.de/en/1968-316.html>.
[13] Citado en una monografía escrita cuando el Muro todavía parecía algo permanente: «Disquiet on the Western Front. Observations on the Twentieth Anniversary of the Berlin Wall», de John C. Palenberg, *The Fletcher Forum*, vol. 5, n.º 2.
[14] Schmidt, «The Architecture and Message of the "Wall"…».
[15] *Ibid.*
[16] *Ibid.*
[17] Citado *ibid.* (tomado originalmente de un artículo en *Der Spiegel* de 1981).
[18] Esta y otras historias pueden leerse en el sitio web del memorial del Muro de Berlín: <www.berliner-mauer-gedenkstaette.de/en/1981-326.html>.
[19] *Ibid.*
[20] Esta historia puede leerse en el sitio web del memorial del Muro de Berlín: < www.berliner-mauer-gedenkstaette.de/en/1989-332.html>.
[21] *Ibid.*

EPÍLOGO

[1] Benjamin, «A Berlin Chronicle».

[*] En alemán, «hombre lobo». *(N. de la T.)*

[*] Abreviatura de SMERt SHpiónam, o «Muerte a los Espías». Se trata del departamento de contraespionaje de la Unión Soviética formado durante la Segunda Guerra Mundial. *(N. de la T.)*

[*] El apodo podría traducirse como «Tío Alas Ondulantes», en referencia al movimiento que hacía con las alas del avión. *(N. de la T.)*

Título original: *Berlin*

Primera edición: abril de 2023

© 2022, Sinclair McKay
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona,
por acuerdo con Johnson & Alcock Ltd.
© 2023, Victoria E. Gordo del Rey, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-306-2581-9

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
Twitter: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

No se puede entender el siglo xx sin conocer la historia de Berlín. Una biografía magistral de la ciudad y sus habitantes.

A lo largo del siglo xx, Berlín estuvo en el centro del mundo. Su historia suele abordarse de manera fragmentaria, pero este libro borra las líneas entre generaciones de berlineses para ofrecer una mirada panorámica y enormemente reveladora. El relato arranca en 1919, cuando la ciudad emergió de las sombras de la Gran Guerra para convertirse en sinónimo de modernidad en el arte, el cine, la arquitectura, la industria y la ciencia. Y abarca la posterior caída en picado de la economía, el ascenso nazi, la destrucción de la Segunda Guerra Mundial, la psicosis del genocidio y la larga convivencia de

dos ideologías enfrentadas que mantuvieron la capital alemana partida en dos hasta la caída del Muro.

El relato de Sinclair McKay recoge las voces de quienes transitaron sus calles, amas de casa, oficinistas, trabajadores y unos jóvenes pletóricos, testigos de unos años de transformación emocionante y también aterradora. A su vez arroja luz sobre figuras como Albert Einstein o Albert Speer, y muestra los curiosos contrastes de una ciudad que pasó de momentos de increíble oscuridad a escenas de un irónico humor berlinés -como el a menudo ridículo tira y afloja entre Berlín Este y Oeste- y a otros de alegre esperanza. McKay nos muestra como nunca antes la habíamos visto esta hipnótica ciudad que alguna vez fue la más sofisticada del mundo.

La crítica ha dicho:

«Me encanta este libro. Oportuno y sabio, es ideal para cualquiera que conozca un poco Berlín y esté fascinado por ella, pero le gustaría entenderla mejor».
David Aaronovitch, *The Times*

«Notable. Una espléndida obra de no ficción».
Matthew D'Ancona, *Tortoise*

«La mirada de McKay capta brillantemente los éxitos iniciales de Alemania, y luego los reveses y las crecientes derrotas. Descubrir tantos personajes desconocidos y anécdotas fascinantes es maravilloso».
Ian MacGregor, *The Spectator*

«Un gran tema, investigado de forma exhaustiva, escrito de manera brillante. Cualquiera que quiera comprender el lugar incomparable que ocupó Berlín en la historiadel siglo XX, debería empezar por este impresionante y asombroso libro».
Keith Lowe, autor de *Savage Continent and The Fear and the Freedom*

«El potente imaginario de McKay y su magnética prosa combinadas producen un nuevo relato sobre Berlín que resulta muy estimulante. *No puedes entender el siglo XX sin entender Berlín*, afirma el autor. Su alegato resulta muy convincente».
Julia Boyd, autora de *Viajeros en el Tercer Reich*

«Poderosa. Visceral. Realmente reveladora. Con una escritura hermosa y absolutamente convincente. No pensé que Sinclair McKay pudiera superar su anterior libro, que era magistral. Con *Berlín*, ha demostrado que me equivocaba».
Damien Lewis, autor de *SAS Bravo Three Zero*

Sinclair Mckay, historiador, escritor y periodista británico, es autor de best sellers como *The Secret Lives of Codebreakers, The Secret Listeners for Aurum* y *Dresde 1945. Fuego y oscuridad* (Taurus, 2020). Es crítico literario de *The Telegraph* y *The Spectator.*

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

ÍNDICE

Berlín. Auge y caída de una ciudad en el centro del mundo

Lista de ilustraciones
Créditos de las ilustraciones
Mapas
Prólogo. «Toda ciudad tiene una historia, ¡pero Berlín tiene demasiada!»
Primera parte. Disolución
1. Los habitantes de la oscuridad
2. Los niños mártires
3. La agonía revolucionaria
4. Sangre derramada y júbilo
5. El camino que conducía a la oscuridad
6. a proyección de los sueños
7. El club del uranio
8. La profecía de la carne
9. Las ruinas de los palacios
Segunda parte. Necrópolis
10. Suspendida en el ocaso
11. El cielo aullador
12. Las lágrimas de todas las madres
13. Calles de sangre
14. Olvido
15. «Las sombras de nuestras almas»
Tercera parte. Posesión
16. Complicidad
17. «¿Dónde estaba nuestra casa?»
18. Los insulares
19. «La multitud empezó a gritar»
20. El abismo se agranda

21. Hay un mundo en cualquier parte
Epílogo
Agradecimientos
Bibliografía

Notas
Créditos
Sobre este libro
Sobre Sinclay Mckay